

Nora Roberts

*Magos, amantes
y ladrones*



de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La familia Nouvelles es como mínimo singular: formada por Max, su compañera Lily y Roxanne, fruto de un matrimonio anterior de Max, se dedica a la magia y, de vez en cuando, a los robos de guante blanco. A la familia se une Luke, un ladronzuelo huido de su casa al que Max recoge y da un hogar. Entre Luke y Roxanne crece una relación que pasa de los juegos infantiles al cariño desinteresado y, casi sin que ellos se den cuenta, al amor. Pero antes de que este pueda convertirse en una vida compartida habrán de vencer las amenazas que, como vientos del pasado —el padrastro de Luke, las ansias de venganza de un despechado novio de Roxanne—, buscan su fracaso. Una arrolladora historia de amores juveniles que pugnan por convertirse en adultos en un universo fascinante... y muy peligroso.

L  LIBROS

Nora Roberts

Magos, amantes y ladrones

Para Bruce, Dan y Jason,
la magia de mi vida

Prólogo

«La dama desaparece». El viejo artificio, con una presentación moderna, que siempre dejaba boquiabierto al público del Radio City.

Hasta en el momento de subir al pedestal de vidrio, Roxanne sintió el suspenso y la excitación de los presentes: esa mezcla maravillada de expectación e incredulidad que sentían todos, y que nivelaba condiciones y clases sociales.

La magia los igualaba a todos.

Roxanne recordó que Max había dicho eso. Muchas, muchas veces.

Entre el remolino de bruma y los haces de luz, el pedestal comenzó a ascender con lentitud, describiendo círculos majestuosos al son de la melodía de *Rapsodia en azul*, de Gershwin. El suave giro de trescientos sesenta grados le permitió al público ver todos los lados de ese pedestal transparente y a la esbelta mujer que estaba sobre él... y al mismo tiempo logró distraerlos del truco que se estaba llevando a cabo.

Le habían enseñado que la presentación de un efecto era lo que establecía la diferencia entre un charlatán y un artista.

Haciendo juego con el tema musical, Roxanne usaba un resplandeciente traje azul noche que se adhería a su figura esbelta y espigada, hasta el punto de que nadie que la observara pudiera creer que llevaba debajo de esa seda rutilante nada que no fuera su propia piel. Su pelo, una cascada de fuego que le llegaba a la cintura, centelleaba con miles de diminutas estrellas iridiscentes.

Fuego y hielo. Más de un hombre se había preguntado cómo era posible que una mujer fuera las dos cosas al mismo tiempo.

Como dormida o en trance, sus ojos estaban cerrados —o parecían estarlo— y su rostro elegante se levantaba hacia la parte superior del escenario, tachonada de estrellas.

A medida que se elevaba, dejó que sus brazos se mecieran al compás de la música, después los alzó por encima de su cabeza, tanto para lograr un efecto teatral como por necesidades prácticas.

Sabía que era un efecto hermoso. La bruma, las luces, la música, la mujer. Roxanne disfrutaba de lo dramático de la situación, y también de la ironía que implicaba utilizar el ancestral símbolo de una mujer sola y hermosa sobre un pedestal, ubicada por encima de las preocupaciones y las fatigas cotidianas del hombre.

Era, asimismo, una tarea muy compleja, que requería una gran dosis de control físico y de sentido exacto del tiempo y del momento oportuno. Pero ni siquiera los espectadores que tenían la fortuna de ocupar la primera fila lograron detectar esa intensa concentración en su rostro sereno. Ninguno de ellos podía saber cuántas horas tediosas había dedicado para perfeccionar cada detalle de ese número, primero en el papel y después en la práctica. Una práctica rigurosa

e implacable.

Lentamente, de nuevo al ritmo de la música de Gershwin, su cuerpo comenzó a girar, a bajar, a mecerse. Una danza sin compañero tres metros por encima del escenario; una danza todo color y movimiento fluido. Se oyeron murmullos entre el público, y aplausos aislados.

Alcanzaban a verla; sí, podían verla a través de esa bruma azulada y de las luces que giraban sin cesar. El resplandor de su traje oscuro, el centelleo de su pelo rojo, el brillo de su piel de alabastro.

Hasta que, de pronto, no la vieron más. En menos tiempo de lo que se tarda en parpadear, había desaparecido. Y en su lugar apareció un espléndido tigre de Bengala que se alzó sobre sus patas traseras para arañar el aire y rugir.

Se hizo un silencio, ese silencio tan maravilloso para un animador, en el que el público contiene un instante la respiración antes del aplauso cerrado y monumental, que seguía resonando cuando el pedestal volvió a descender. El enorme felino saltó y avanzó majestuosamente hacia la derecha del escenario. Se detuvo junto a una caja de ébano, lanzó otro rugido que hizo que una mujer de la primera fila riera nerviosamente. Y, de pronto, los cuatro lados de la caja cayeron al unísono.

Y allí estaba Roxanne, no ya con su vestido azul noche sino con un traje plateado. Saludó al público como se lo habían enseñado casi desde su nacimiento: con un floreio.

Y mientras los aplausos estruendosos seguían resonando en sus oídos, montó al tigre y llevó a la bestia fuera de la escena.

—Buen trabajo, *Oscar*. —Con un pequeño suspiro, se inclinó hacia adelante para rascar al animal entre las orejas.

—Estuviste muy bien, Roxy. —Su fornido asistente sujetó una correa al collar centelleante de *Oscar*.

—Gracias, Mouse. —Roxanne desmontó y se tiró hacia atrás el pelo. Entre bambalinas reinaba gran actividad. Varias personas se encargarían de retirar su equipo y de guardarlo y ponerlo a salvo de ojos indiscretos. Como tenía prevista una conferencia de prensa para el día siguiente, Roxanne no recibiría en ese momento a los periodistas. Soñaba con una botella de champán helada y un baño de inmersión bien caliente, con hidromasaje.

Sola.

Con aire ausente, se frotó las manos; un viejo hábito que Mouse podría haberle dicho que había heredado de su padre.

Mouse permaneció donde estaba, dejando que *Oscar* se frota contra sus rodillas. Nunca había tenido facilidad de palabra, ni siquiera en las mejores circunstancias, pero trató de encontrar la manera de darle la noticia.

—Tienes visita, Roxy. En el camerino.

—¿Ah, sí? —Sus cejas se acercaron, y entre ellas apareció una línea delgada

de impaciencia—. ¿Quién?

—Sal a saludar de nuevo, querida. —Lily, la asistente de escena de Roxanne y su madre sustituía, se acercó y la tomó del brazo—. Esta noche has hecho vibrar al público. —Lily dio algunos toquecitos con un pañuelo alrededor de las pestañas postizas que usaba en escena y fuera de ella—. Max se sentiría tan orgulloso.

Roxanne se esforzó por reprimir las lágrimas. No se le notaron. Jamás permitía que le brotaran en público. Avanzó hacia el lugar de donde provenían los aplausos.

—¿Quién me está esperando? —preguntó por encima del hombro, pero Mouse ya se llevaba al felino.

Su amo le había enseñado que la discreción era fundamental para la supervivencia.

Diez minutos después, con las mejillas arrebatadas por el éxito, Roxanne abrió la puerta de su camerino. La fragancia fue lo primero que sintió: de rosas y de base de maquillaje. Esa mezcla de aromas se había convertido en algo tan familiar que la aspiraba como si fuera aire fresco. Pero a ella se incorporaba ahora otro olor: el de tabaco fuerte. Su mano tembló sobre el pomo mientras abría la puerta de par en par.

Allí estaba un hombre que ella asociaría siempre con ese aroma. Un hombre que habitualmente fumaba delgados cigarros franceses.

Roxanne no dijo nada cuando lo vio. No pudo decir nada cuando él se levantó del asiento donde había estado disfrutando de su cigarro y del champán de Roxanne. Dios, era excitante y horrible observar esa boca magnífica en esa mueca tan familiar, cruzar la mirada con esos ojos increíblemente azules.

Todavía llevaba el pelo largo, una mata ondulada color ébano, peinada hacia atrás. Incluso de joven había sido estupendo, un gitano elegante con ojos capaces de congelar o de quemar. Los años habían acrecentado su apostura y afinado ese rostro atractivo, de huesos largos y huecos en sombras, ese mentón apenas partido. Más allá de lo físico, existía en él un drama que lo rodeaba como un aura.

Era un hombre que hacía que las mujeres se estremecieran y lo desearan.

Como le había pasado a ella. Sí, vaya si le había pasado.

Cinco años habían transcurrido desde la última vez que vio esa sonrisa, desde que le pasó la mano por el pelo o sintió la presión de esa boca impaciente. Cinco años de duelo, de llanto y de odio.

¿Por qué no había muerto?, se preguntó mientras se obligaba a cerrar la puerta a sus espaldas. ¿Por qué no había tenido la decencia de morir?

Y, por el amor de Dios, ¿qué haría ella con ese terrible anhelo que sentía con solo verlo de nuevo?

—Roxanne. —El entrenamiento había hecho que la voz de Luke se

mantuviera firme al pronunciar su nombre. La había observado a lo largo de los años. Esa noche, había estudiado cada movimiento suyo desde bambalinas, en las sombras. La había juzgado y evaluado. Y, sobre todo, la había deseado. Ahora, allí, frente a frente, le pareció casi insoportablemente hermosa—. Ha sido un buen espectáculo. El efecto final fue deslumbrante.

—Gracias.

Su mano estaba firme cuando le sirvió una copa de champán, igual que las de ella al aceptarla. Después de todo, los dos eran gente del espectáculo, forjados en el mismo molde. El molde de Max.

—Lamento lo de Max.

—¿En serio?

Porque Luke sentía que se merecía algo más que la agresión del sarcasmo, se limitó a asentir con la cabeza, y después, miró su copa burbujeante y se sumió en sus recuerdos. Volvió a clavar sus ojos en Roxanne.

—Ese trabajo en Calais, los rubies. ¿Fuiste tú?

—Por supuesto.

—Ah —volvió a asentir, complacido. Tenía que estar seguro de que ella no había perdido su habilidad para la magia y para el robo—. Oí decir que una primera edición de *La caída de la casa Usher*, de Poe, fue robada de una bóveda de seguridad de Londres.

—Siempre tuviste buen oído, Callahan.

Él siguió sonriendo y se preguntó cuándo habría aprendido ella a exudar sexo como aliento. Recordó a la pequeña inteligente, a la adolescente juguetona, al pimpollo irresistible en que se había convertido al hacerse mujer. Ese pimpollo había florecido de manera seductora. Y Luke sintió la atracción que siempre existió entre ellos. Echaría mano ahora de esa atracción, con pesar, pero la usaría para sus propios fines.

El fin lo justifica todo. Otra de las máximas de Maximilian Nouvelle.

—Tengo una proposición para ti, Rox.

—¿De veras? —Bebió un último sorbo antes de apartar su copa. Las burbujas le supieron amargas en su lengua.

—Negocios —dijo él con aire jovial y apagó su cigarro. Le tomó la mano y acercó los dedos de Roxanne a su boca—. Y también algo personal. Te he echado de menos, Roxanne. —Fue la afirmación más veraz que pudo hacer. Un destello de sinceridad en medio de años de triquiñuelas, juegos y simulación. Sumido en sus propios sentimientos, no vio el brillo de advertencia en los ojos de Roxanne.

—¿En serio, Luke? ¿De veras me has añorado?

—Más de lo que puedo decirte. —Inmerso en sus recuerdos y sus necesidades, la atrajo hacia sí y sintió que su sangre bombeaba con fuerza cuando el cuerpo de ella lo rozó. Pese a haberse fugado con éxito infinidad de veces, jamás consiguió liberarse del todo de la trampa en la que Roxanne

Nouvelle lo tenía preso—. Ven a mi hotel —dijo en un suspiro cuando ella cayó en sus brazos—. Cenaremos. Y hablaremos.

—¿Hablaremos? —Sus brazos se ciñeron sinuosamente alrededor de él. Sus anillos brillaron cuando hundió los dedos en su pelo. El espejo de maquillaje que estaba sobre el tocador reflejó la imagen de ambos por triplicado, como mostrándolos en pasado, presente y futuro. Cuando ella habló su voz fue como la bruma en la que había desaparecido momentos antes: oscura, densa y misteriosa —. ¿Eso es lo que quieres hacer conmigo, Luke?

Él olvidó la importancia de controlarse, lo olvidó todo salvo el hecho de que la boca de Roxanne estaba a un par de centímetros de la suya.

—No.

Dejó caer la cabeza hacia la de ella. Y de pronto el aire explotó en sus pulmones cuando la rodilla de Roxanne se incrustó en su entrepierna. Y en el momento en que él se doblaba en dos, ella le pegó un puñetazo en la barbilla.

Su gruñido de sorpresa y las astillas que saltaron de la mesa contra la que golpeó al caer, le proporcionaron a Roxanne una satisfacción enorme. Las rosas saltaron por el aire, el agua cayó por todas partes.

—Tú... —Con cara de furia, se desenredó una rosa del pelo. Recordó que esa niña siempre actuaba de manera solapada—. Eres más rápida de lo que solías ser, Rox.

Con los brazos en jarras, ella lo miró desde arriba, una guerrera esbelta y plateada que jamás aprendió a vengarse con frialdad.

—Soy muchas cosas que no solía ser. —Los nudillos le dolían intensamente, pero aprovechó ese dolor para anular una pena mucho más profunda—. Y ahora, desvergonzado irlandés mentiroso, más vale que vuelvas a meterte en la cueva que te fabricaste hace cinco años. Si llegas a acercarte de nuevo a mí, juro que te haré desaparecer para siempre.

Encantada con esas palabras finales, giró sobre sus talones y soltó un alarido cuando Luke le aferró un tobillo. Cayó con fuerza sobre el trasero y, antes de que alcanzara a utilizar sus uñas y dientes, él logró sujetarla. Había olvidado lo rápido y fuerte que era Luke.

Max habría dicho que había cometido un error de cálculo. Y esa clase de errores eran la base de todos los fracasos.

—Está bien, Rox, podemos hablar aquí. —Aunque casi no podía respirar y tenía mucho dolor, sonrió—. Ha sido tu elección.

—Te veré en el infierno...

—Es muy probable —dijo él y su sonrisa se desvaneció—. Maldita seas, Roxy, nunca pude resistirte. —Y cuando apretó su boca contra la de ella, fue como si los dos se zambulleran en el pasado.

PRIMERA PARTE

Cerca de Portland (Maine), 1973

—Dense prisa, pasen. Sorpréndanse, maravíllense. Observen cómo el Gran Nouvelle desafía las leyes de la naturaleza. Por solo un dólar, véanlo conseguir que las cartas bailen en el aire. Ante sus ojos, vean a una hermosa mujer cortada en dos.

Mientras el pregonero continuaba con sus anuncios, Luke Callahan se deslizó entre el gentío del parque de diversiones, muy atareado en robar billeteras. Contaba con manos rápidas, dedos ágiles y, lo más importante para un ratero exitoso, una completa falta de conciencia moral.

Tenía doce años.

Hacía casi seis semanas que andaba por los caminos, tras haber huido de su casa. Y planeaba dirigirse hacia el sur antes de qué el húmedo verano de Nueva Inglaterra se convirtiera en un crudo invierno.

No llegaría muy lejos con lo poco que conseguía robar, pensó, y extrajo una billetera del bolsillo de un mono de trabajo. La mayoría de los asistentes llevaban solo algunos billetes arrugados.

Pero cuando llegara a Miami las cosas serían diferentes. Detrás de uno de los puestos, entre las sombras se deshizo de la billetera imitación cuero y contó lo que había conseguido esa noche.

Veintiocho dólares.

Pero en Miami, la tierra del sol, la diversión y el mar con sus enormes rompientes, le iría mucho mejor. Lo único que tenía que hacer era llegar hasta allí; de momento solo había logrado reunir doscientos dólares. Un poco más y podría pagarse el pasaje en autocar, por lo menos una parte del trayecto.

Un fugitivo no podía mostrarse exigente con respecto al medio de transporte. Luke sabía perfectamente que hacer autostop y conseguir que un coche particular lo llevara podía terminar en un informe policial o —casi tan malo como eso— en un sermón sobre los peligros a que se expone un chico al huir de su casa.

Después de separar dos billetes de un dólar, Luke guardó el resto de su botín en el bolsillo de sus pantalones raídos. Necesitaba comer. El olor a grasa caliente lo torturaba desde hacía casi una hora. Se premiaría con una hamburguesa recocida y patatas fritas, y bajaría la comida con alguna gaseosa.

Como a la mayoría de los chicos de doce años, a Luke le habría encantado dar una vuelta en El Látego, pero ocultó ese deseo tras una mirada de desprecio. Otros chicos de su edad estarían esa noche bien arropados en sus camas, mientras que él dormiría bajo las estrellas, pero al despertar tendrían que hacer lo que sus padres les ordenaran. Él, en cambio, era libre y no le debía obediencia

a nadie.

Sintiéndose superior en todos los aspectos, metió los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros y siguió recorriendo la feria.

Volvió a pasar frente al cartel que mostraba al mago en tamaño mayor que el natural. El Gran Nouvelle, con su mata de pelo negro, sus grandes bigotes, sus hipnóticos ojos oscuros.

Esos ojos parecían mirarlo hasta adentro, como si fueran capaces de ver y comprender mucho sobre Luke Callahan.

Casi esperaba que esa boca pintada le hablara y la mano que sostenía el abanico de cartas se adelantara, lo aferrara por la garganta y lo metiera en el cartel. Y quedaría prisionero allí para siempre, golpeando el otro lado del cartón, como lo había hecho contra tantas puertas cerradas con llave durante su infancia.

La sola idea lo aterró, y Luke hizo una mueca con los labios.

—La magia es pura palabrería —dijo en voz muy baja. Y el corazón le latió con fuerza cuando desafió a ese rostro pintado—. Qué gracia —prosiguió, ganando confianza—. Sacar conejos estúpidos de chisteras estúpidas y hacer una serie de estúpidos juegos de cartas.

Deseaba ver esos estúpidos juegos de cartas mucho más de lo que deseaba dar una vuelta en El látigo. Más incluso que llenarse la boca con patatas fritas cubiertas de *ketchup*. Luke vaciló y tocó uno de los billetes que tenía en el bolsillo.

Decidió que poder demostrarse a sí mismo que el mago no era nada del otro mundo, bien valía un dólar. Valdría un dólar poder sentarse. En la oscuridad, se justificó mientras sacaba el billete arrugado y compraba la entrada, seguramente habría varios bolsillos en los que podría meter los dedos.

El faldón de gruesa lona de la carpa se cerró tras él y bloqueó casi toda la luz y el aire de fuera. La gente ya se encontraba ubicada en las sillas de madera, hablando en voz baja, moviéndose y abanicándose para aliviar el calor sofocante.

Él permaneció un momento de pie en el fondo, e inspeccionó el lugar. Con un instinto que se había afianzado a lo largo de las últimas seis semanas, descartó a un grupo de chicos y a varias parejas por considerarlas demasiado pobres. Eligió como blancos a algunas mujeres, pues la mayoría de los hombres estarían sentados sobre su dinero.

—Perdón —dijo, cortés como un *boy scout*, mientras se ubicaba detrás de una mujer con aspecto de abuela. Nada más sentarse, el Gran Nouvelle apareció en el escenario.

El esmoquin negro y la camisa blanca almidonada parecían fuera de lugar en el calor agobiante de esa carpa. Sus zapatos brillaban como un espejo y en el dedo meñique de la mano izquierda lucía un anillo de oro con una piedra central negra, que titilaba con las luces del escenario.

Su aspecto majestuoso se impuso en cuanto se puso frente a su público.

El mago no dijo nada, pero la carpa pareció llenarse con su presencia. Su aporte era tan dramático como se veía en el cartel, aunque su pelo negro mostrara algunas hebras plateadas. El Gran Nouvelle levantó las manos y mostró las palmas al público. Con un movimiento de muñeca, entre sus dedos vacíos y extendidos apareció una moneda. Otro movimiento y otra moneda, y otra, y otra, hasta que las amplias uves de sus dedos se llenaron con el brillo dorado.

Eso interesó suficientemente a Luke como para hacerlo inclinarse hacia adelante y entrecerrar los ojos. Quería saber cómo se hacía. Era un truco, desde luego. Sabía que el mundo estaba lleno de trucos. Ya había dejado de preguntarse por qué, pero no de preguntarse cómo.

Las monedas se convirtieron en bolas de colores que fueron cambiando de tamaño y tono. Se multiplicaron, se restaron, aparecieron y desaparecieron mientras los espectadores aplaudían.

Le costó apartar la mirada del espectáculo, pero le resultó muy sencillo sacar seis dólares de la cartera de la abuela. Después de meterse en el bolsillo el fruto de su trabajo, Luke cambió de lugar y se ubicó detrás de una rubia cuyo bolso de rafia estaba descuidadamente apoyado en el suelo, junto a ella.

Mientras los juegos de prestidigitación entusiasmaban al público, Luke consiguió otros cuatro dólares. Pero no podía concentrarse. Se dijo entonces que esperaría un rato antes de dedicarse a la señora gorda sentada a su derecha, y se dispuso a mirar la función.

Durante los siguientes momentos, Luke fue solo una criatura, los ojos muy abiertos por el azoramiento, mientras el mago abría en abanico un mazo de cartas, pasaba una mano sobre la parte superior, y la otra por debajo, de modo que el mazo abierto quedaba suspendido en el aire. Y, con un elegante movimiento de sus manos, las cartas se mecían, caían, giraban.

—Tú —resonó la voz de Nouvelle. Luke quedó paralizado al sentir que esos ojos oscuros lo enfocaban—. Pareces un muchachito despierto. Necesito alguien inteligente... —Leve pestañeo de esos ojos—. Un chico honesto que me ayude en el siguiente juego. Sube aquí. —Nouvelle recogió las cartas colgantes y le hizo un gesto con la mano.

—Ve, muchacho. Ve. —Un codo se incrustó en las costillas de Luke.

Colorado de la cabeza a los pies, Luke se puso de pie. Sabía que era peligroso atraer la atención de la gente. Pero pensó que se fijarían más en él si se negaba a subir.

—Elige una carta —le dijo Nouvelle cuando Luke trepó al escenario—. Cualquier carta.

Volvió a abrir el mazo en abanico frente al público, para que vieran que era un mazo común y corriente. Con rapidez y habilidad, Nouvelle las mezcló y las extendió sobre la pequeña mesa.

—Cualquier carta —repitió y Luke frunció el entrecejo por la concentración

cuando tomó una—. Mira hacia nuestro amable público —le instruyó Nouvelle—. Y sostén la carta para que todos puedan verla. Bien, excelente.

Riendi para sí, Nouvelle tomó el resto del mazo y volvió a manipularlo con sus dedos largos e inteligentes.

—Ahora... —Los ojos fijos en Luke, le extendió el mazo—. Coloca tu carta en cualquier parte. Donde se te ocurra. Excelente. —Sus labios estaban curvados en una sonrisa cuando le ofreció el mazo al muchacho—. Mezcla las cartas como quieras, por favor. —La mirada del mago permaneció fija en Luke mientras el chiquillo mezclaba las cartas—. Ahora... —Nouvelle colocó una mano sobre el hombro de Luke—. Ponlas sobre la mesa, por favor. ¿Te gustaría cortar, o quieres que lo haga yo?

—Yo lo haré. —Luke tenía las manos sobre las cartas, para asegurarse de que no le hicieran ningún truco. Sobre todo cuando estaba tan cerca del mago.

—¿Tu carta es la de arriba?

Luke le dio la vuelta y sonrió.

—No.

Nouvelle pareció sorprendido mientras el público reía con disimulo.

—¿Seguro? ¿Será, entonces, la de abajo?

Luke giró el mazo y mostró la carta de abajo.

—No. Parece que le falló el truco, señor.

—Qué extraño —murmuró Nouvelle, tocándose el bigote—. Eres un chico más vivo de lo que imaginé. Todo parece indicar que me ganaste. Pero la carta que elegiste no está en ese mazo. Porque está... —Chasqueó los dedos, giró la muñeca y tomó el ocho de corazones del aire—. Aquí.

Mientras Luke lo miraba, aturdido, el público prorrumpió en un aplauso cerrado. Aprovechando el estruendo, Nouvelle le dijo a Luke en voz baja.

—Ven detrás del escenario después del espectáculo.

Y eso fue todo. Con un golpecito, el mago envió al muchacho de vuelta a su asiento.

Durante los siguientes veinte minutos, Luke olvidó todo lo que no fuera magia. Observó a una pequeña pelirroja bailar sobre el escenario con malla con lentejuelas. Sonrió cuando ella se metió en una chistera enorme y se transformó en un conejo blanco. Se sintió adulto y divertido cuando la chiquilla y el mago iniciaron una discusión en broma sobre la hora en que ella debía acostarse. La pequeña agitó su cabellera rizada y roja y dio patadas contra el suelo. Con un suspiro, Nouvelle hizo girar sobre ella una capa negra y dio tres golpecitos con su varita mágica. La capa cayó al suelo y la chiquilla desapareció.

Como broche, Nouvelle cortó por la mitad con un serrucho a una rubia de generosas curvas con una sucinta malla de bailarina.

Un entusiasta espectador saltó y gritó:

—¡Eh, Nouvelle, si ha terminado con la señora, yo me quedaré con las dos

mitades!

El mago separó a la dama dividida en dos. A una orden suya, ella movió los dedos de la mano y del pie. Cuando las dos partes de la caja volvieron a unirse, Nouvelle quitó los divisores de acero, movió la mano y abrió la tapa.

Mágicamente recompuesta, la dama saltó al suelo en medio de un aplauso estruendoso.

Luke había olvidado todo lo referente a la cartera de la mujer gorda, pero decidió que le había sacado buen provecho al precio de la entrada.

Mientras el público salía de la carpa para entretenerse en alguno de los juegos o mirar boquiabierto a *Sahib* el Encantador de serpientes, Luke se dirigió al escenario. Puesto que había sido algo así como un asistente para el truco de las cartas, pensó que quizá Nouvelle le enseñaría cómo hacerlo.

—Muchacho.

Luke levantó la vista. Desde su lugar privilegiado, el hombre parecía un gigante. Un metro noventa y cinco de estatura y ciento dieciocho kilos de puro músculo. La cara afeitada era amplia como un plato, los ojos parecían dos uvas pasas. De su boca colgaba un cigarrillo sin filtro.

Herbert *Mouse* Patrinski se sentía seguro.

Instintivamente, Luke adoptó una pose altanera: el mentón hacia adelante, los hombros echados hacia atrás, las piernas abiertas y bien afirmadas en el piso.

—¿Sí?

Por toda respuesta, Mouse hizo un movimiento de cabeza y se alejó. Luke dudó un instante y luego lo siguió.

Gran parte del encanto chillón de la feria se volvió gris a medida que fueron cruzando la hierba amarillenta y pisoteada en dirección al amontonamiento de camiones y caravanas.

El tráiler de Nouvelle parecía un pura sangre en medio de un campo de percherones. Era largo y elegante, y su pintura negra brillaba a la luz de la luna. Un cartel plateado proclamaba EL GRAN NOUVELLE, PRESTIDIGITADOR EXTRAORDINARIO.

Mouse golpeó una vez a la puerta antes de abrirla. Cuando subió detrás de él, Luke percibió una fragancia que curiosamente le hizo recordar a una iglesia.

El Gran Nouvelle ya se había cambiado de ropa y estaba sentado en un sofá angosto vestido con una bata negra de seda. Delgadas espirales de humo ascendían perezosamente de media docena de varillas de incienso. En segundo plano se oía música de cítara mientras Nouvelle hacía girar cinco centímetros de coñac en su copa.

Luke metió las manos en los bolsillos y observó lo que lo rodeaba. Sabía que acababa de entrar en una casa rodante, pero flotaba allí la intensa ilusión de un santuario exótico. Eso se debía, sin duda, a los coloridos almohadones apilados aquí y allá, a las pequeñas esteras tejidas diseminadas como al azar sobre el piso,

a los cortinajes de seda de las ventanas, al misterioso oscilar de la luz de las velas.

Y, desde luego, al mismo Maximilian Nouvelle.

—Ah. —Con su sonrisa divertida semioculta por su bigote, Max brindó por el muchacho—. Me alegro de que pudieras venir.

Para demostrar que no se sentía impresionado, Luke se encogió de hombros.

—Ha sido un espectáculo bastante bueno.

—Tu elogio me hace ruborizarme —dijo secamente Max y con la mano le indicó a Luke que se sentara—. ¿Te interesa la magia, señor...?

—Soy Luke Callahan. Pensé que ver algunos trucos bien valía un dólar.

—Una suma abultada, coincido contigo. —Lentamente, los ojos fijos en Luke, Max tomó un sorbo de su coñac—. Pero confío en que habrá sido una buena inversión para ti.

—¿Inversión? —Intranquilo, Luke miró hacia Mouse, quien bloqueaba la puerta.

—Saliste con más dólares de los que entraste. En finanzas, llamaríamos a eso una inversión rápida y fructífera.

Luke resistió el deseo de escapar y miró a Max a los ojos. Bien hecho, pensó Max. Muy bien hecho.

—No sé de qué habla.

—Siéntate. —Max solo pronunció esa única palabra y levantó un dedo. Luke se tensó pero obedeció—. Verá usted, señor Callahan... ¿o puedo llamarte Luke? Un buen nombre. Deriva de Lucius, la palabra latina que significa *luz*. —Rio entre dientes y bebió otro sorbo—. Verás Luke, mientras tú me mirabas a mí, y o te miraba a ti. No estaría bien que te preguntara cuánto has conseguido, pero calculo que entre ocho y diez dólares. —Esbozó una sonrisa encantadora—. Nada mal, para una sola función.

Luke entrecerró los ojos y sintió que por la espalda le corría el sudor.

—¿Me está llamando usted ladrón?

—No si te ofende. Después de todo, eres mi invitado. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—¿De qué se trata, señor?

—Ya llegaremos a eso. Pero primero, lo primero, digo siempre. Como yo también fui joven, sé lo que es el apetito de un muchacho. —Y ese chico era tan flaco que Max casi podía contarle las costillas debajo de la sucia camiseta—. Mouse, creo que a nuestro invitado le gustaría comer una o dos hamburguesas, bien servidas.

—Está bien.

Max se puso de pie cuando Mouse salió por la puerta.

—¿Un refresco? —ofreció y abrió la pequeña nevera. No necesitaba verlo para saber que los ojos del pequeño miraban hacia la puerta—. Puedes huir, desde luego —dijo con tono informal mientras sacaba una botella—. Pero dudo

que el dinero que tienes oculto en tu zapato derecho te lleve muy lejos. O puedes descansar y disfrutar de una comida civilizada y de una buena conversación.

Luke barajó la posibilidad de huir. Su estómago comenzó a hacerle ruidos. Por si acaso, se acercó un poco a la puerta.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tu compañía, por supuesto —dijo Max mientras le servía una gaseosa con hielo. Sus cejas se alzaron apenas al notar un relampagueo en los ojos de Luke. De modo que había sido así de malo, pensó mientras sonreía. Procurando hacerle sentir al muchacho que estaría a salvo de esa clase de riesgos, Max llamó a Lily.

Ella atravesó una cortina de seda color carmesí. Al igual que Max, también usaba una bata. Era de color rosa pálido, festoneada con plumas color fucsia, al igual que las chinelas con tacón que cubrían sus pies. Al desplazarse dejó en el aire una estela de Chanel.

—Tenemos un invitado —dijo con voz atiplada.

—Sí, querida Lily. —Max le cogió la mano, se la llevó a los labios y se demoró en ella—. Te presento a Luke Callahan. Luke, esta es mi invaluable asistente y adorada compañera, Lily Bates.

Luke sintió un nudo en la garganta. Jamás había visto una belleza igual. Era toda curvas y fragancia, y sus ojos y boca estaban pintados de manera exótica. Sonrió, moviendo unas pestañas increíblemente largas.

—Encantada de conocerte —dijo y se acercó más a Max cuando él le pasó un brazo alrededor de la cintura.

—Yo también, señora.

—Luke y yo tenemos que hablar de algunas cosas. No quiero que me esperes levantada.

—A mí no me importa.

Él la besó con suavidad, pero con tal ternura, que Luke sintió sus mejillas calientes antes de apartar la mirada.

—*Je t'aime, ma belle*. Vete a dormir —murmuró él.

—Está bien. —Pero sus ojos le dijeron, con toda claridad, que lo esperaría despierta—. Encantada de conocerte, Luke.

—Lo mismo digo, señora —alcanzó a decir él cuando ella desapareció al otro lado de la cortina roja.

—Una mujer maravillosa —comentó Max mientras le ofrecía a Luke el vaso—. Roxanne y yo estaríamos perdidos sin ella. ¿No es verdad, *ma petite*?

—Papi. —Roxanne reptó debajo de la cortina y se puso de pie de un salto—. Yo estaba tan quieta y calladita, que ni siquiera me ha visto Lily.

—Pero yo te oí. —Sonriéndole, Max se golpeó la nariz con un dedo—. Tu champú. Tu jabón. Los lápices con que estuviste dibujando.

Roxanne hizo una mueca y se acercó con sus pies descalzos.

—Siempre lo sabes.

—Y siempre lo sabré cuando mi pequeñita está cerca. —La alzó y la sentó sobre su cadera.

Luke reconoció a la pequeña del acto, aunque ahora estaba vestida para la cama con un largo camisón fruncido. Su cabellera rizada color rojo fuego le llegaba a la espalda. Mientras Luke bebía su gaseosa, ella pasó un brazo por el cuello de su padre y se puso a estudiar al invitado con sus enormes ojos verde mar.

—Parece malo —decidió Roxanne, y su padre rio entre dientes y la besó en la sien.

—Estoy seguro de que te equivocas.

Roxanne reflexionó y decidió contemporizar.

—Parece que podría ser malo.

—Mucho más exacto. —Max la dejó en el suelo y deslizó una mano por su pelo—. Ahora saludalo con cortesía.

Ella ladeó la cabeza y después la inclinó como una pequeña reina que concede una audiencia.

—Hola.

—Sí. Hola. —Qué mocosa tan insolente, pensó Luke, y volvió a ponerse colorado cuando su estómago hizo ruido.

—Supongo que hay que darle de comer —dijo Roxanne, como si Luke fuera un perro abandonado al que se encontró revolviendo la basura—. Pero no sé si deberíamos quedarnos con él.

Mitad exasperado y mitad divertido, Max le pegó una palmadita en el trasero.

—Vete a la cama, mujer anciana.

—Una hora más, por favor, papá.

Él negó con la cabeza y se agachó para besarla.

—*Bonne nuit, bambine.*

Las cejas de Roxanne se juntaron, formando una pequeña arruga vertical entre ellas.

—Cuando sea grande, me quedaré despierta toda la noche si tengo ganas.

—Estoy seguro de que sí, y más de una vez. Pero hasta entonces... —y su padre señaló la cortina.

Roxanne puso morros, pero obedeció. Apartó la cortina de seda, y miró por encima de su hombro.

—De todos modos, te quiero.

—Y yo a ti. —Max sintió que su corazón se llenaba de afecto. Su hija. La única cosa que había hecho sin trucos ni efectos de magia—. Está creciendo —dijo Max para sí.

—Mierda —saltó Luke, hablándole a su gaseosa—. No es más que una chiquilla.

—Estoy seguro de que eso debe parecerle a una persona de tantos años y

experiencia como tú. —El sarcasmo era tan sutil, que Luke no lo percibió.

—Los chicos son una lata. Y, además, cuestan dinero, ¿no es así? —En sus palabras se coló un antiguo rencor—. Siempre entrometiéndose y dando trabajo. La gente los tiene sobre todo porque se calientan demasiado para pensar en las consecuencias cuando se acuestan.

Max se pasó un dedo por el bigote mientras levantaba su copa de coñac.

—Una filosofía muy interesante. Algún día tenemos que analizarla en profundidad. Pero esta noche... Ah, tu comida.

Confundido, Luke miró hacia la puerta. Seguía cerrada. No oyó nada. Solo segundos más tarde pudo percibir unas pisadas y una leve llamada a la puerta. Mouse entró con una bolsa de papel marrón, con algunas manchas de grasa. El aroma hizo que a Luke se le hiciera la boca agua.

—Gracias, Mouse. —Por el rabillo del ojo, Max vio que Luke se contenía para no arrebatar la bolsa.

—¿Quiere que me quede por aquí? —preguntó Mouse y colocó la comida sobre la pequeña mesa redonda que estaba frente al sofá.

—No es necesario. Estoy seguro de que estás cansado.

—Está bien. Buenas noches, entonces.

—Buenas noches. Por favor —prosiguió Max cuando Mouse hubo cerrado la puerta tras de él—, sírvete.

Luke metió una mano en la bolsa y sacó una hamburguesa. En un intento de parecer indiferente, dio el primer mordisco con suavidad. Después, antes de poder contenerse, devoró el resto. Max se echó hacia atrás en el sofá, hizo girar el coñac en su copa y entrecerró los ojos.

El chiquillo comía como un lobo. Max supuso que estaba hambriento de muchas otras cosas también. Sabía perfectamente lo que era tener hambre... de muchas cosas. Porque confiaba en sus instintos, y en lo que creyó ver detrás del desafío en los ojos del muchacho, le ofrecería una oportunidad.

—Cada tanto hago un acto de mentalismo —dijo Max—. Tal vez no lo sepas.

Como tenía la boca llena, Luke solo pudo gruñir.

—Me parecía que no. Si quieres, te haré entonces una demostración. Te fuiste de tu casa y hace un tiempo que estás viajando.

Luke tragó y eructó.

—Se equivoca. Mis padres tienen una granja a pocos kilómetros de aquí. Solo vine a divertirme en la feria.

Max abrió los ojos. En ellos había fuerza, poder, y algo que hacía que ese poder fuera más intenso.

—No me mientas. Hazlo con los demás, si no te queda más remedio, pero no conmigo. Huiste de tu casa. —Se movió con tal celeridad, que Luke no pudo esquivar la mano que se cerró como acero sobre su muñeca—. Dime, ¿dejaste atrás a una madre, un padre, un abuelo con el corazón destrozado?

—Ya le he dicho... —Las mentiras astutas, las que había aprendido a decir con tanta facilidad, se marchitaron en su lengua. Son esos ojos, pensó en un ataque de pánico. Iguales a los ojos del cartel, que parecían mirar dentro de él y verlo todo—. No sé quién es mi padre —escupió esas palabras mientras todo su cuerpo comenzaba a temblar con vergüenza y furia—. Y no creo que tampoco ella lo sepa. Ni que le importe. Tal vez lamente que yo me haya ido porque no tiene a nadie cerca para que le vaya a buscar una botella o le robe una si no tiene el dinero para comprarla. Y es posible que el hijo de puta con el que vive lo lamente porque ya no tiene a quien pegar. —En sus ojos le quemaron lágrimas que no sabía que tenía—. No volveré. Juro por Dios que lo mataré a usted si intenta obligarme a volver a eso.

Max soltó la presión de su mano sobre la muñeca de Luke. Sintió la pena del muchacho, tan parecida a la que él había sentido a su edad.

—Ese hombre te golpeaba.

—Cuando conseguía agarrarme. —Había desafío incluso en eso. Las lágrimas brillaron un instante y luego se secaron—. Voy al sur. A Miami.

—Mmmm. —Max tomó la otra muñeca de Luke y giró las manos hacia arriba. Cuando sintió que el muchacho se tensaba, mostró su primera señal de impaciencia—. No me interesan los hombres sexualmente —dijo—. Y aunque así fuera, no me rebajaría tocando a una criatura. —Luke levantó los ojos, y Max vio algo en ellos, algo que ningún chico de doce años debería haber conocido—. ¿Ese hombre abusó de ti en otros sentidos?

Luke se apresuró a negar con la cabeza, demasiado humillado para hablar.

Pero Max llegó a la conclusión de que habían abusado de él. O, al menos, de que alguien había intentado hacerlo. Eso tendría que esperar, hasta que existiera confianza entre los dos.

—Tienes buenas manos, dedos rápidos y ágiles. Tu sentido del ritmo y de la oportunidad es también bastante bueno para alguien de tan poca edad. Yo podría utilizar esas cualidades, y quizá ayudarte a refinadas, si aceptas trabajar conmigo.

—¿Trabajar? ¿Qué clase de trabajo?

—De todo un poco. —Max volvió a sentarse y sonrió—. Tal vez te guste aprender algunos trucos, joven Luke. Sucede que dentro de pocas semanas nos vamos hacia el sur. Puedes trabajar para pagarte el cuarto y la comida, y ganar además un pequeño sueldo si te lo mereces. Desde luego, y yo tendría que pedirte que te abstuvieras de robar billeteras por un tiempo. Pero dudo que cualquier cosa que te pidiera arruinara tu estilo.

A Luke le dolía el pecho. Solo cuando dejó salir el aire se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que los pulmones le quemaron.

—¿Estaría en el espectáculo de magia?

Max volvió a sonreír.

—La respuesta es no. Sin embargo, ayudarías en la preparación del espectáculo y en retirar el montaje. Y aprenderías, si es que tienes facilidad para esas cosas. Con el tiempo, puedes aprender mucho.

Luke dio vueltas alrededor del ofrecimiento como si rodeara una serpiente dormida.

—Supongo que podría pensarlo.

—Eso siempre es prudente. —Max se puso de pie y apartó su copa vacía—. ¿Por qué no duermes aquí? Por la mañana decidirás. Te conseguiré ropa de cama —dijo Max y desapareció sin esperar respuesta.

Luke pensó que podía ser una trampa, aunque aún no la descubriera. Y sería tan bueno dormir bajo cubierto por una vez, con el estómago lleno. Se estiró, diciéndose que no era más que para probar el terreno. Pero se le cerraron los ojos. La luz de las velas tenía un efecto hipnótico sobre él.

Se dijo que, si así lo deseaba, se marcharía por la mañana. Nadie podía obligarlo a quedarse. Ya nadie podía obligarlo a hacer nada.

Ese fue su último pensamiento antes de quedarse dormido. No oyó que Max regresaba con una almohada y sábanas limpias. No sintió el tirón cuando le sacaron los zapatos. Ni siquiera murmuró ni se movió cuando le levantaron muy suavemente la cabeza y se la depositaron sobre esa almohada con funda de hilo y un dejo a fragancia de lilas.

—Sé de dónde vienes —murmuró Max—. Me pregunto adónde irás.

Durante otro rato, se quedó observando al muchacho dormido: notó los fuertes huesos de la cara, la mano que estaba cerrada en un puño en actitud defensiva, el marcado ascenso y descenso de ese frágil pecho que hablaba de un agotamiento total.

Dejó a Luke durmiendo y fue a echarse en los brazos tiernos de Lily.

Luke despertó por etapas. Primero oyó el gorjeo de los pájaros en el exterior, después sintió la caricia cálida del sol sobre su cara. A continuación olió el aroma del café y se preguntó dónde estaba.

Entonces abrió los ojos, vio a la chiquilla y recordó.

Estaba de pie entre la mesa redonda y el sofá donde él se encontraba recostado; lo miraba con los labios apretados y la cabeza inclinada. Sus ojos se veían brillantes y curiosos, con una curiosidad no demasiado cordial.

Luke observó algunas pecas en el puente de la nariz que no le había notado cuando estaba en el escenario o bajo la luz de las velas.

Tan cauteloso como ella, le devolvió la mirada mientras lentamente se pasaba la lengua por los dientes. Su cepillo de dientes estaba en la mochila robada que había escondido entre algunos arbustos cercanos. Era muy quisquilloso con respecto a la higiene de sus dientes, un hábito directamente relacionado con su pánico al dentista.

Estaba deseando beber un poco de ese café caliente y estar solo.

—¿Qué demonios miras?

—A ti. —En realidad, su intención había sido observarlo con detenimiento, y la decepcionó un poco descubrir que se había despertado antes de que ella tuviera oportunidad de hacerlo—. Estás flaco. Lily dice que tienes una cara bonita, pero a mí no me lo parece.

—Y tú eres flaca y fea. Lárgate.

—Yo vivo aquí —dijo ella con aires de grandeza—. Y si tú no me gustas, puedo hacer que mi papá te eche.

—Vete a la mierda.

—Esa es una mala palabra —dijo Roxanne y puso cara de escandalizada. O eso pareció—. Yo sí que puedo ser educada y cortés. Porque soy la dueña de casa, te traeré una taza de café. Ya lo he preparado.

—¿Tú?

—Es mi trabajo —dijo y se dirigió a la cocina—. Porque papá y Lily duermen hasta tarde por la mañana, y a mí no me gusta. Casi nunca necesito dormir. Ni siquiera cuando era bebé. Es algo que tiene que ver con el metabolismo —dijo, encantada con esa palabra que su padre le había enseñado.

—Sí. Está bien. —La miró servir el café. Pensó que lo más probable era que tuviera gusto a barro, y esperó el momento adecuado para decirse lo.

—¿Leche y azúcar? —preguntó ella como lo haría la azafata de un avión.

—Mucho de las dos cosas.

Ella le tomó la palabra y, después, con la lengua entre los dientes, le llevó la taza a la mesa.

—Con el desayuno también puedes tomar zumo de naranja. —Aunque sin

mucha simpatía hacia su visitante, Roxanne estaba encantada con la idea de poder jugar a la amable ama de casa, y se imaginó usando una de las largas batas de seda de Lily y sus zapatos de tacón alto—. Ahora me prepararé uno especial para mí.

—Fantástico. —Luke se preparó para hacer una mueca al probar el café, pero le sorprendió encontrarlo sabroso—. Está muy bueno —murmuró, y Roxanne le dedicó una sonrisa sumamente femenina.

—Tengo una mano especial para el café. Todo el mundo lo dice. —Ahora con más entusiasmo, colocó rebanadas de pan en la tostadora y después abrió la nevera—. ¿Cómo que no vives con tu madre y tu padre?

—Porque no quiero.

—Pero tienes que hacerlo —señaló Roxanne—. Aunque no quieras.

—Un cuerno. Además, no tengo padre.

—Oh —dijo ella y apretó los labios. Aunque solo tenía ocho años, sabía que esas cosas sucedían. También ella había perdido a su madre, aunque no la recordaba en absoluto. Y puesto que Lily había llenado ese lugar a la perfección, no era una pérdida que la hubiera sacudido demasiado. Pero la idea de estar sin padre siempre la entristecía y la asustaba—. ¿Se puso enfermo, o tuvo un accidente espantoso?

—No lo sé y no me importa. Deja de hacer preguntas.

En cualquier otra circunstancia, esa contestación la habría enfurecido. Pero ahora, en cambio, le cayó bien.

—¿Qué parte del espectáculo te gustó más?

—No lo sé. Los juegos de cartas fueron excelentes.

—Yo sé uno. Puedo enseñártelo. —Con cuidado, vertió zumo en vasos de cristal—. Después del desayuno lo haré. —Y, con la serenidad de una reina en su trono, Roxanne se instaló sobre un almohadón de satén y se puso a beber el zumo—. ¿Por qué guardas el dinero en un zapato si tienes bolsillos?

—Porque ahí está más seguro. —Y notó que era cierto, que estaba todo, hasta el último dólar. Se sentó en su lugar y observó su plato: en él había una tostada untada con mantequilla y miel, espolvoreada con canela y azúcar y cortada en dos prolijos triángulos.

Una hora más tarde, cuando Max se abrió paso por la cortina, los vio a los dos sentados codo con codo en el sofá. Su hijita tenía una pequeña pila de billetes frente a ella y con pericia cambiaba de lugar tres cartas sobre la mesa.

—Muy bien, ¿dónde está la reina?

Luke se sopló el pelo de los ojos, vaciló un momento, y después golpeó con el dedo la carta del medio.

Muy complacida consigo misma, Roxanne le dio la vuelta a la carta y rio para sí cuando él lanzó una imprecación.

—Rox —dijo Max al acercarse a ellos—. Es una grosería desplumar a un

invitado. —Sonrió y le dio un golpecito en la barbilla—. Mi pequeña estafadora. —Y, después—: ¿Cómo has dormido, Luke?

—Muy bien. —Había perdido cinco dólares a manos de esa tramposita. Y eso lo mortificaba.

—Ya veo que has comido. Si has decidido quedarte, te pondré en manos de Mouse. Él te asignará alguna tarea.

—Está bien. —Pero sabía que era mejor no parecer ansioso. Por lo general, cuando uno se muestra impaciente, en ese momento le serruchan el suelo—. Bueno, al menos por un par de días.

—Espléndido. Antes de empezar te daré una lección gratis. —Hizo una pausa para servirse café, olerlo con expresión apreciativa y luego probarlo—. Nunca apuestes contra la mano de la casa, a menos que te convenga perder. ¿Necesitarás ropa?

Aunque él no imaginaba de qué manera podía convenir perder, no comentó nada al respecto. Dijo:

—Tengo algunas cosas.

—Está bien, entonces. Puedes ir a buscarlas. Y después comenzaremos.

Una de las ventajas de ser un chico como Luke era no tener expectativas. Siempre había creído que era más común recibir un mal pago que una buena recompensa.

Así que cuando el taciturno Mouse lo puso a levantar, arrastrar, limpiar, pintar y buscar cosas, obedeció órdenes sin quejas ni conversación.

No tenía nada de excitante fregar el enorme tráiler negro, o ayudar a Mouse a cambiar las bujías de la camioneta Chevy que lo arrastraba.

Mouse tenía la cabeza y los hombros metidos debajo del capó, y escuchaba el zumbido del motor con los ojos entrecerrados. De vez en cuando tarareaba una melodía, o gruñía y hacía algunos otros ajustes.

Luke no sabía nada de coches, y no imaginaba por qué debería saberlo cuando faltaban muchos años para que pudiera conducir uno. El tarareo y los movimientos de Mouse comenzaban a ponerlo nervioso.

—Pues a mí el motor me suena muy bien.

Mouse abrió los ojos. Tenía grasa en las manos, en su cara de luna llena y en su camiseta blanca.

—A mí no —lo corrigió y volvió a cerrar los ojos. Hizo pequeños ajustes, con la suavidad con que un hombre enamorado inicia a una virgen. El motor le roncó—. Preciosidad —le dijo en voz baja.

Para Mouse no había nada en el mundo más fascinante y seductor que un motor bien lubricado.

—Dios, si no es más que un estúpido camión.

Mouse volvió a abrir los ojos y en ellos apareció una sonrisa. Tenía poco más de veinte años, y por su tamaño y forma de ser había sido considerado un bicho raro por los demás chicos en el orfanato estatal en el que creció. No confiaba ni le tenía simpatía a demasiadas personas, pero ya había desarrollado un afecto considerable por Luke.

—Listo. —Y, para demostrarlo, Mouse cerró el capó y rodeó el morro del vehículo para sacar las llaves del contacto y metérselas en el bolsillo. Jamás había olvidado el orgullo que sintió la primera vez que Max le confió las llaves del coche—. Andará perfectamente esta noche cuando vayamos hacia Manchester.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—Tres días. —Mouse sacó un paquete de Pall Mall de su manga arremangada, lo sacudió y extrajo un cigarrillo con los dientes antes de ofrecerle el paquete a Luke, quien aceptó con el aire más natural posible—. Esta noche tendremos que trabajar duro para cargar todo.

Luke dejó que el cigarrillo le colgara de la comisura de la boca y esperó a que Mouse encendiera una cerilla.

—¿Cómo es que alguien como el señor Nouvelle anda en ferias como esta?

El fósforo brilló cuando Mouse lo acercó al extremo de su cigarrillo.

—Tiene sus razones —dijo, sostuvo el fósforo en la punta del de Luke, y después se echó hacia atrás sobre el camión y comenzó a soñar despierto con ese trayecto prolongado y sereno.

Luke aspiró, se ahogó, comenzó a toser y cometió el error de inhalar el humo. Tosió tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas, pero cuando Mouse lo miró, luchó por mantener su dignidad.

—No es la marca que suelo fumar. —Su voz era un chillido agudo, pero decidió aspirar otra bocanada. Esta vez se tragó el humo. Fue como si los ojos se le hundieran en la cabeza y trataran de reunirse con el estómago que sentía en la boca.

—¿Tenemos problemas? —preguntó Max al acercarse. Lily se apartó de su lado para agacharse junto a Luke.

Vio el cigarrillo encendido que había caído de las manos de Luke y dijo:

—¿Qué hacía esta criatura con una de esas cosas espantosas?

—Es culpa mía —dijo Mouse, mirando fijamente sus propios pies—. Estaba distraído cuando le ofrecí un cigarrillo. Es culpa mía.

—Él no tenía obligación de aceptarlo. —Max sacudió la cabeza mientras Luke, inclinado, luchaba contra las náuseas—. Y ahora lo está pagando. Te ofrezco otra lección gratis: no aceptes lo que no eres capaz de aguantar.

—Deja tranquilo al chico —dijo Lily movida por su instinto maternal y apretó el rostro frío y pegajoso de Luke contra su pecho. Después, fulminó con la mirada a Max—. El que tú no hayas estado enfermo ni un solo día de tu vida, no es motivo para no ponerte en el lugar del otro.

—Tienes razón —dijo Max y reprimió una sonrisa—. Mouse y yo te lo encomendamos a tu tierno cuidado.

—No te preocupes por nada, querido mío. Solo necesitas acostarte un rato, eso es todo.

—Sí, señora. —Quería acostarse. Sería más fácil morir de ese modo.

—No tienes que decirme «señora», corazón. Llámame Lily como todo el mundo. —Lo tenía apretado debajo de un brazo cuando abrió la puerta de la caravana—. Acuéstate en el sofá. Yo iré a buscar un paño bien frío.

Con un gruñido, Luke se dejó caer boca abajo.

—Aquí tienes, querido. —Armada con un paño húmedo y una palangana, por si acaso, Lily se arrodilló junto a él. Después de sacarle el pañuelo sudado que le rodeaba la cabeza, le puso el paño frío sobre la frente—. Pronto te sentirás mejor, te lo prometo.

Luke solo pudo contestarle con un gemido. Lily siguió hablando mientras le daba la vuelta al paño y se lo pasaba por la cara y el cuello.

—Descansa. Así, querido, muy bien. Duerme. Cuando despiertes te sentirás mejor.

Lily se dio el gusto de pasarle los dedos por el pelo. Era grueso y largo, y suave como la seda. Pensó que si ella y Max hubieran logrado tener un hijo juntos, podría haber tenido un pelo así. Pero aunque su corazón era fértil como para amar a toda una camada de chicos juntos, su útero era estéril.

El muchachito tiene una cara hermosa, pensó Lily. Su piel estaba dorada por el sol y era tersa como la de una chica. Debajo de ella había huesos buenos y fuertes.

Y esas pestañas. Lily volvió a suspirar. Pero por atractivo que fuera el muchacho, y por mucho que el corazón de Lily anhelara llenar su vida con chicos, no estaba segura de que Max hubiera hecho bien en recibirlo.

No era un huérfano como Mouse. Después de todo, Luke tenía madre. Y aunque la vida de Lily había sido difícil, le resultaba imposible creer que una madre no haría todo lo que estuviera en su mano para proteger, defender y amar a su hijo.

Con suavidad y ternura, empezó a sacarle la camisa sudada. Sus dedos quedaron paralizados por lo que vio.

Y mientras de sus ojos brotaban lágrimas de dolor y de rabia, volvió a cubrirlo.

Max permanecía de pie frente al espejo que había instalado sobre el escenario y ensayaba su rutina de prestidigitador. Observaba en el espejo lo que el público vería a medida que las monedas aparecieran y desaparecieran entre sus dedos.

Levantó las manos, golpeó una contra la otra, y todas las monedas

desaparecieron, salvo la primera con que había iniciado el juego.

—Nada en mis mangas —murmuró y se preguntó por qué la gente siempre creía esas palabras.

—¡Max! —Casi sin aliento por la carrera, Lily se apresuró a llegar al escenario.

Para Max fue —siempre lo era— un placer mirarla. Lily con *shorts* ajustados, con camiseta ceñida, con las uñas de los pies pintadas asomando por las polvorientas sandalias, era un espectáculo que daba gusto contemplar. Pero cuando cogió la mano para ayudarla a subir al escenario, y vio su cara, su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Es Roxanne?

—No, no. —Alterada, le echó los brazos alrededor del cuello y se apretó fuerte contra él—. Roxy está muy bien. Pero ese muchachito... Max, ese pobre muchachito...

Entonces él se echó a reír y le dio un abrazo cariñoso.

—Lily, mi amor, se sentirá incómodo por un tiempo, y muy desdichado por la vergüenza durante un período bastante más largo, pero se le pasará.

—No, no es eso. —Con las lágrimas rodando ya por sus mejillas, apretó la cara contra el cuello de Max—. Hice que se acostara en el sofá, y cuando se quedó dormido quise quitarle la camisa. Estaba empapada de sudor y yo quería que estuviera cómodo. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Su espalda, Max, no te imaginas. Llena de cicatrices, algunas antiguas y otras heridas muy recientes que todavía no han terminado de cicatrizar. De una correa, o un cinturón, o Dios sabe qué. —Se secó las lágrimas con la mano—. Alguien debe de haber golpeado espantosamente a ese muchacho.

—Su padrastro —dijo Max con voz apagada—. No creí que fuera tan grave. ¿Crees que habría que llevarlo a un médico?

—No. —Con los labios bien apretados, ella sacudió la cabeza—. En su mayoría son cicatrices, cicatrices horribles. No entiendo cómo alguien pudo hacerle eso a una criatura. —Lloriqué y aceptó el pañuelo que Max le ofrecía—. Yo no estaba segura de que hubieras hecho lo correcto al recibirlo. Pensé que su madre estaría desesperada por tener noticias de él. —Sus ojos dulces se endurecieron como el vidrio—. Su madre. Me gustaría ponerle las manos encima a esa bruja. Aunque no haya sido ella la que lo azotó, permitió que eso le pasara a su propio hijo. Pues bien, habría que azotarla a ella. Lo haría yo misma si tuviera la oportunidad.

—Tan feroz e impetuosa. —Max le rodeó la cara con las manos y la besó—. Dios, te amo, Lily. Por tantas razones. Ahora ve a arreglarte la cara y prepárate una buena taza de té para serenarte. Nadie volverá a lastimar al muchacho.

—No, nadie lo lastimará de nuevo —dijo ella y curvó los dedos alrededor de la muñeca de Max. Sus ojos se veían llenos de pasión, y su voz estaba

sorprendentemente calma—. Ahora es nuestro.

A Luke casi se le pasaron las náuseas, pero su vergüenza aumentó al despertar y encontrar a Lily sentada junto a él, bebiendo té. Trató de balucear alguna excusa, pero ella habló animadamente por sobre el tartamudeo de él, y le preparó un bol de sopa.

En ese momento entró Roxanne.

Venía cubierta de tierra de la cabeza a los pies, y el pelo que Lily le había trenzado con tanta prolijidad esa mañana estaba totalmente despeinado. En una rodilla tenía un rasguño recién hecho, y un desgarrón en sus pantalones cortos. El olor a animal la siguió al interior de la caravana. Roxanne acababa de jugar con el trío de terriers del número con perros.

—¿Está mi Roxy debajo de esa tierra?—preguntó Lily.

Roxanne sonrió y abrió la nevera en busca de un refresco bien frío.

—Estuve andando en la calesita una eternidad, y Big Jim me ha dejado sostener la sortija todo el rato. —Miró a Luke—. ¿De verdad te has fumado un cigarrillo y lo has vomitado todo?

Luke le mostró los dientes pero no dijo nada.

—¿Por qué hiciste eso?—prosiguió la pequeña charlatana—. Se supone que los chicos no deben fumar.

—Roxy —dijo Lily, se puso en pie y comenzó a empujar a la chiquilla hacia la cortina—. Tienes que asearte.

—Pero yo solo quiero saber...

—Date prisa. Pronto será la hora de la primera función.

—Solo me preguntaba...

—Te preguntas demasiadas cosas.

Roxanne desapareció y Lily volvió junto a Luke.

—Muy bien. Supongo que más vale que pongamos manos a la obra. ¿Por qué no vas y le pides a uno de los muchachos que te dé algunos folletos para repartirlos cuando la gente comience a aparecer?

Él se encogió de hombros a manera de asentimiento, y cuando Lily le tendió la mano, se echó hacia atrás con brusquedad. Había esperado un golpe. Ella se dio cuenta por la expresión oscura y fija que advirtió en sus ojos. También percibió la confusión del muchacho cuando lo despeinó cariñosamente.

Nadie lo había tocado así jamás. Mientras miraba a Lily, azorado, se le hizo un nudo en la garganta que no le permitió hablar.

—No tienes que tener miedo —le dijo ella en voz baja, como si fuera un secreto entre los dos—. No te haré daño. —Bajó la mano y le rodeó la barbilla—. Ni ahora ni nunca. Si llegaras a necesitar algo, acude a mí. ¿Me has entendido?

Él solo pudo asentir mientras se ponía de pie. Sentía una opresión en el pecho

y tenía la garganta seca. Al comprender que estaba peligrosamente cerca del llanto, corrió hacia afuera.

Ese día había aprendido tres cosas. Supuso que Max las llamaría lecciones gratis, y jamás las olvidaría. Primero, nunca volvería a fumar un cigarrillo sin filtro. Segundo, detestaba a esa mocosa de Roxanne. Y, tercero y lo más importante de todo, acababa de enamorarse locamente de Lily Bates.

El verano se hizo sentir mientras viajaban. Primero se dirigieron hacia el sur y después hacia el oeste, a Allentown, donde Roxanne se divirtió como loca jugando con un par de mellizas llamadas Tessie y Trudie. Cuando partieron de allí, dos días más tarde, entre lágrimas y promesas solemnes de amistad eterna, Roxanne sintió por primera vez las desventajas de una vida nómada.

Hizo pucheros durante una semana, enloqueciendo a Luke con alabanzas de sus amigas perdidas. Él la evitaba siempre que le era posible, pero no era nada fácil pues prácticamente vivían bajo el mismo techo.

Ella lo buscaba, pero no porque le tuviera simpatía. De hecho, sentía un desagrado profundo que ninguno de los dos reconocía todavía como una rivalidad natural. Pero, desde su experiencia con Tessie y Trudie, Roxanne comenzó a anhelar la compañía de personas de su edad.

Aunque esa persona fuera un varón.

Y ella hizo lo que las hermanas pequeñas les hacen a sus hermanos mayores desde el principio de los tiempos: convirtió su vida en un infierno.

Lo molestaba sin piedad, lo seguía a todas partes y lo fastidiaba con crueldad. De no haber sido por Lily, tal vez Luke se habría defendido. Pero por razones que él no alcanzaba a entender, Lily estaba loca por la mocosa.

La prueba de ello se hizo evidente durante el ensayo previo a la función que debían realizar en Winston-Salem.

Se está equivocando en los tiempos, pensó Luke con satisfacción observándola mientras vagabundeaba por la carpa.

Ese ensayo insatisfactorio le dio esperanzas. Él podría hacer ese truco mucho mejor que ella, si tan solo Max le diera la oportunidad.

—Roxanne —dijo Max con tono paciente, interrumpiendo los pensamientos de Luke—. No estás prestando atención.

—Estoy cansada de ensayar —dijo Roxanne y levantó su cara ruborizada—. Estoy cansada de la caravana, del espectáculo y de todo. Quiero volver a Allentown a ver a Tessie y Trudie.

—Me temo que eso es imposible —dijo Max—. Si no quieres actuar, esa será tu elección. Pero si y o no puedo confiar en ti, tendré que reemplazarte.

—¡Max! —Consternada, Lily dio un paso adelante, pero se detuvo en seco cuando Max levantó una mano.

—Como hija mía —prosiguió él mientras por la mejilla de Roxanne se deslizaba una única lágrima—, tienes derecho a todas las pataletas que quieras. Pero como mi empleada, ensayarás cuando haya ensayo. ¿Me has entendido?

Roxanne dejó caer la cabeza.

—Sí, papá.

—Muy bien, entonces. Sécate la cara —dijo y le puso una mano debajo del

mentón—. Quiero que tú... —No siguió hablando y le tocó la frente—. Está ardiendo —dijo con voz rara—. Lily, esta niña está enferma.

Lily se puso inmediatamente de rodillas y verificó ella misma si la criatura tenía fiebre. La frente de Roxanne estaba caliente y pegajosa al tacto.

—Querida, ¿te duele algo?

—Estoy bien. Es solo que aquí hace mucho calor. Quiero ensayar. No dejes que papá me reemplace.

—Qué tonterías dices —fue la respuesta de Lily mientras sus dedos se atareaban en busca de ganglios inflamados—. Nadie podría sustituirte. —Y, mirando a Max—: Creo que deberíamos ir a la ciudad a buscar un médico.

Sin habla, Luke observó cómo Max se llevaba en brazos a la llorosa Roxanne. Comprendió que su deseo se había hecho realidad. La mocosa estaba enferma. Hasta podía ser que tuviera la peste. Con el corazón latiéndole deprisa, salió corriendo de la carpa y observó la nube de polvo levantada por el camión, que se alejaba a toda velocidad.

Tal vez muriera antes de que llegaran a la ciudad. Ese pensamiento le produjo una oleada de pánico seguida por una culpa terrible.

—¿Adónde han ido? —preguntó Mouse, jadeando por haber corrido cuando oyó que se ponía en marcha su amado motor.

—Al médico. —Luke se mordió el labio—. Roxanne está enferma.

Antes de que Mouse pudiera hacerle más preguntas, Luke huyó precipitadamente. Esperaba que si realmente había un Dios, Él sabría que su intención no había sido hacerle mal a Roxanne.

Pasaron dos interminables horas antes de que el camión regresara. Al verlo aproximarse, Luke echó a andar hacia el vehículo, pero el corazón se le detuvo al ver que Max tomaba el cuerpo inerte de Roxanne de los brazos de Lily y llevaba alzada a la pequeña hasta la caravana.

—¿Está...? —Se le cerró la garganta.

—Duerme —le contestó Lily con una sonrisa distraída—. Lo siento Luke, pero será mejor que desaparezcas por un momento. Estaremos muy ocupados.

—Pero... pero...

—Será duro durante algunos días, pero una vez que la crisis haya pasado, estará bien.

—Yo no quise —soltó de pronto Luke—. Juro que no quise hacer que se pusiera mala.

Aunque Lily tenía la cabeza en otra parte, se detuvo junto a la puerta.

—No lo hiciste, querido. En realidad, sospecho que Roxy recibió de Trudie y Tessie mucho más que la promesa de una amistad eterna. —Sonrió al entrar en el tráiler—. Parece que tiene varicela.

Luke se quedó con la boca abierta mientras Lily le cerraba la puerta en la cara.

¿La mocosa solo tenía varicela, y él casi se había muerto de miedo?

—Puedo hacerlo. —Luke estaba obstinadamente de pie en el centro del escenario, mientras Max seguía manipulando las cartas—. Puedo hacer cualquier cosa que haga ella.

Hacía tres días que Roxanne se encontraba confinada en cama, sintiendo calor, una gran picazón y una gran desdicha. Y durante ese tiempo, en cada oportunidad, Luke entonó siempre la misma letanía.

—Solo tiene que enseñarme qué debo hacer.

—Ven aquí. —Luke dio un paso adelante, y de pronto vio en los ojos de Max algo que lo hizo estremecerse—. Jura —dijo Max, y su voz sonó profunda y autoritaria en esa carpa polvorienta—. Jura por todo lo que eres y todo lo que serás, que jamás revelarás ninguno de los secretos de este arte.

Luke quiso sonreír, recordarle a Max que, después de todo, solo se trataba de un truco. Pero no pudo. Cuando logró hablar, su voz fue un susurro.

—Lo juro.

Max se tomó otro momento para escrutar el rostro de Luke, y después asintió.

—Muy bien. Esto es lo que quiero que hagas.

En realidad, era muy simple. Cuando Luke descubrió lo notablemente sencillo que era todo, quedó sorprendido. Detestaba reconocerlo para sí, y se negaba a admitirlo frente a Max, pero ahora que sabía cómo había hecho Roxanne para convertirse en conejo, cómo había desaparecido de debajo de la capa, lo lamentaba un poco.

Pero Max no le dio tiempo para lamentarse por la pérdida de la inocencia. Trabajaron y repitieron la secuencia durante más de una hora: perfeccionando los tiempos, cuidando la coreografía de cada movimiento, eliminando cosas que le quedaban bien a Roxanne y reemplazándolas con otras que se adecuaban más a Luke.

Era una tarea agotadora e increíblemente monótona, pero Max solo aceptaba lo cercano a la perfección.

Revoló la capa y cubrió a Luke, después chasqueó dos veces los dedos, y rio por lo bajo cuando la forma que estaba debajo de esa tela negra permaneció en su lugar.

—A un buen asistente jamás se le pasa por alto la señal de su mago, por distraído que esté.

Se oyó un leve bufido debajo de la capa, y la forma se disolvió. Lejos de estar descontento con los adelantos de Luke, Max pensó que el muchacho serviría. Aprovecharía la impertinencia de su carácter, su hambre y su actitud

desafiante. Echaría mano a todo lo que Luke era, y, a su vez, le brindaría un hogar, y la oportunidad de elegir.

Un convenio bastante justo, pensó Max.

—De nuevo —se limitó a decir cuando Luke volvió a aparecer en el escenario por bambalinas.

En ese momento, Lily entró en la carpa.

—Sé que llego tarde —dijo mientras se acercaba deprisa—. Hoy todo está retrasado.

—¿Y Roxanne?

—Con fiebre e irritable, pero mejorando. Detesto tener que dejarla sola. Pero en este momento todo el mundo está ocupado, así que yo... Luke —dijo de pronto—, me harías un favor enorme si fueras a sentarte con ella durante más o menos una hora.

—¿Yo? —Podría haberle pedido también que se comiera un sapo.

—Sí. Le hace falta compañía, para que deje de pensar en la picazón.

Max sonrió y con gesto cordial apoyó una mano sobre el hombro del muchacho.

—Te presento al integrante más reciente de nuestro grupo —le dijo a Lily—. Luke actuará esta noche.

—¿Esta noche? —De pronto alerta, Luke se giró para mirar a Max—. ¿Solo esta noche? No he estado practicando como loco para actuar una sola noche.

—Eso está por verse. Si esta noche lo haces bien, volverás a actuar mañana por la noche. Es lo que yo llamo un período de prueba. Sea como fuere, por ahora ya hemos ensayado bastante, de modo que quedas libre para entretener a Roxanne.

—No sé qué mierda se supone que debo hacer con ella —murmuró Luke al saltar del escenario. Lily suspiró ante el lenguaje utilizado por el muchacho.

—Jugad a algo —sugirió ella—. Y, querido, de veras preferiría que no dijeras palabrotas cuando estás con Roxy.

Muy bien, pensó mientras abandonaba la carpa en tinieblas y salía al exterior bañado por el sol. No diría palabrotas delante de Roxy. Las diría para sí cuando pensara en ella.

Abrió la puerta de la caravana y se dirigió hacia la nevera. El impulso que sintió de mirar por encima del hombro al buscar una bebida fría seguía siendo intenso. Siempre esperaba que alguien apareciera de pronto y lo golpeara por apropiarse de algún comestible.

Pero nadie lo hizo.

Se movió con sigilo, otro hábito que la necesidad lo había obligado a desarrollar. Al avanzar por el pasillo estrecho, oyó cantar a Roxanne, acompañando una melodía que transmitía la radio.

Divertido, Luke espió desde la puerta. Roxanne estaba acostada de espaldas,

la vista fija en el cielo raso, mientras escuchaba la radio. En una pequeña mesa redonda junto a la cama, había una jarra con zumo de frutas y un vaso, al lado de una serie de medicamentos y un mazo de cartas.

Roxanne movió la cabeza y lo vio. Estuvo a punto de sonreír, tan desesperada estaba por compañía. Luke la observó.

La piel blanca de la chiquilla se veía llena de feas ronchas rojas, que también le cubrían la cara. Se preguntó cómo harían Lily y Max para tolerar mirarla.

—Dios, por lo visto tienes esa mierda en todo el cuerpo.

—Lily dice que pronto se me irán y que estaré guapa.

—Es *probable* que se te vayan —dijo con tal tono de duda que Roxanne frunció el entrecejo—. Pero seguirás siendo fea.

Ella olvidó la horrible picazón que sentía en el estómago y logró incorporarse hasta quedar sentada.

—Espero contagiarte la varicela. Espero que tengas ronchas por todo... hasta en el pito.

Luke casi se atragantó con la gaseosa, y después sonrió.

—La varicela es para los bebés.

—Yo no soy un bebé. —Nada podría haberla enfurecido más. Antes de que Luke tuviera tiempo de esquivarla, ella pegó un salto y cayó sobre él, golpeándolo con los puños. La botella de gaseosa saltó por el aire, fue a dar contra la pared y desparramó su contenido por todas partes. Podría haber sido divertido, y de hecho él lanzó una carcajada, pero enseguida le impresionó comprobar lo frágil que estaba la chiquilla. Sus brazos eran como dos palitos ardientes.

—Está bien, está bien. No eres un bebé. Ahora vuelve a la cama.

—Estoy cansada de la cama —dijo Roxanne, pero se dejó caer en ella, ayudada por el no demasiado suave empujón de Luke.

—Da igual, hazlo. Mierda, mira cómo ha quedado todo. Supongo que tengo que limpiarlo.

—Es culpa tuya —dijo ella con cara de ofendida y se puso a mirar por la ventana.

Gruñendo, Luke partió en busca de un trapo del suelo.

Cuando terminó de secar los restos de gaseosa, ella seguía ignorándolo.

—Mira, me he disculpado, ¿no?

Ella lo observó un instante, pero la expresión de su rostro siguió siendo helada.

—¿Te arrepientes de haberme dicho que soy fea?

—Bueno, supongo que sí.

Silencio.

—Muy bien, muy bien. ¡Dios! Lamento haber dicho que eres fea.

—¿Me servirías un poco de zumo?

—Supongo que sí.

Le sirvió un vaso y se lo entregó.

—No hablas mucho —dijo ella al cabo de un rato.

—Y tú hablas demasiado.

—Si quieres, podríamos jugar a algo.

—Soy demasiado mayor para juegos.

—No es verdad. Papá dice que nadie es demasiado mayor para jugar. —Vio un destello de interés en el rostro de Luke y siguió adelante—. Si juegas conmigo, te enseñaré un truco con cartas.

Luke no había logrado sobrevivir hasta los doce años sin saber cómo regatear.

—Enséñame primero el truco con cartas, y después jugaré.

—Nada de eso. —Su sonrisa fue complaciente, una versión apenas más inocente que la de una mujer que sabe que ha atrapado a su hombre—. Yo te *mostraré* el truco, y después jugaremos. Y solo después te enseñaré cómo hacerlo.

Tomó la baraja de la mesa y mezcló las cartas con considerable habilidad. Interesado, Luke se sentó en el borde de la cama y observó las manos de la chiquilla.

—Esto se llama «Perdida y Encontrada». Eliges cualquier carta que veas, y dices en voz alta cuál es.

—Qué gracia. ¿Dónde está el truco si yo te digo cuál es la carta? —murmuró Luke. Pero cuando ella volvió a pasar las cartas, él eligió el rey de espadas.

—No puedes tener esa carta —le dijo Roxanne.

—¿Por qué demonios no? Me dijiste que eligiera cualquiera de las que veía.

—Pero no pudiste ver el rey de espadas. No está aquí. —Sonriendo, volvió a pasar las cartas, y Luke quedó boquiabierto. Maldición, había visto ese rey. ¿Cómo había hecho ella para hacerlo desaparecer?

—Lo empalmaste.

Ella sonrió ampliamente.

—No tengo nada en las manos —dijo Roxanne y, después de depositar la baraja sobre las rodillas, levantó las dos manos para mostrar que estaban vacías—. Puedes elegir otra.

Esta vez, con mucha atención, Luke eligió el tres de tréboles.

—No haces más que elegir cartas que faltan —dijo ella sacudiendo la cabeza. Al volver a pasar las cartas, Luke no solo vio que faltaba el tres sino que el rey estaba de vuelta. Con rabia, intentó apoderarse de la baraja, pero ella la levantó por encima de su cabeza.

—No creo que sea una baraja común.

—No creer es lo que hace que la magia sea magia —dijo ella, citando a su padre con gran seriedad. Mezcló las cartas, las abrió boca arriba sobre las sábanas. Con un movimiento de la mano señaló las dos cartas que Luke había elegido entre las cincuenta y dos del mazo.

Él suspiró, vencido.

—Muy bien, ¿cómo lo haces?

Pero ella insistió en jugar primero. Después de dos partidas, él fue a buscar bebidas frías y dulces para los dos.

—Ahora te enseñaré el truco —dijo Roxanne—. Pero tienes que jurar que jamás revelarás el secreto.

—Ya hice ese juramento.

Roxanne entrecerró los ojos.

—¿Cuándo? ¿Cómo es eso?

Él tuvo ganas de morderse la lengua.

—En el ensayo, hace un rato —dijo de mala gana—. Haré tu número hasta que se te vayan las ronchas.

Lentamente, ella levantó las cartas y comenzó a mezclarlas. Hacer algo con las manos siempre la ayudaba a pensar.

—Estás ocupando mi lugar.

—Max dijo que sin ti habría un hueco en el espectáculo. Yo lo llenaré —dijo. Y con una diplomacia que no tenía conciencia de poseer, agregó—: Transitoriamente. Eso fue lo que dijo Max. Tal vez solo por esta noche.

Después de otro momento de reflexión, ella asintió.

—Si papá lo dijo, está bien. Me confió que lamentaba haber dicho que me reemplazaría. Que nadie podría hacerlo jamás. —Y, a continuación—: Esto es lo que tienes que hacer... —y con la paciencia de una maestra de primer grado que le enseña a un alumno a escribir su nombre, comenzó a mostrarle el truco.

Cuando ella sonrió, él le devolvió la sonrisa. Al menos por un momento, fueron solamente dos niños que compartían un secreto valioso.

Era una experiencia nueva y difícil. Luke estaba listo e impaciente mientras esperaba entre bambalinas. Su esmoquin de segunda mano, arreglado muy deprisa por los dedos hábiles de mamá Franconi, lo hacía sentir una estrella. Una y otra vez repasaba mentalmente su parte, sus movimientos, su letra, mientras Max caldeaba un poco al auditorio con juegos de prestidigitación.

Pensó que no era nada del otro mundo. Una habilidad más que le significaría ganar diez dólares por noche mientras Roxanne siguiera cubierta con esas ronchas. Si el pronóstico del médico era exacto, representaría cien dólares más en el « fondo » reservado para el viaje a Miami.

Se felicitaba a sí mismo por su buena suerte y miraba con desdén a los campesinos de ojos saltones de la primera fila, cuando Mouse le dio unos golpecitos en el hombro.

—Se acerca el momento de tu entrada.

—¿Qué?

—Tu entrada —repitió Mouse y movió la cabeza hacia el escenario, donde Lily se contoneaba con sus medias rutilantes, acentuando el movimiento de sus caderas para beneficio del sector masculino del público.

—Mi entrada —repitió Luke, mientras se le helaban las entrañas y su corazón se convertía en una pelota ardiente en su garganta.

Como Max había previsto el ataque de miedo de Luke, Mouse lanzó un gruñido de asentimiento y empujó al muchacho a escena.

Hubo un murmullo de risas cuando ese chiquillo flaco con el esmoquin demasiado grande apareció tambaleando. En contraste con las solapas negras y brillantes de su traje, la cara de Luke estaba blanca como el papel. No ocupó el lugar que debía y saltó la primera línea de su diálogo. Lo único que pudo hacer mientras el sudor le empapaba la espalda, fue permanecer inmóvil mientras con los ojos recorría los rostros de su primer público.

—Ah. —Con la misma suavidad con que había hecho aparecer y desaparecer el pañuelo de seda, Max se acercó a él—. Mi joven amigo parece perdido. —Para los espectadores, la impresión fue que Max acariciaba la cabeza de Luke. No vieron cómo sus dedos ágiles le pellizcaron con fuerza la nuca para sacarlo de esa suerte de trance en que estaba sumido en la noche de su estreno.

Luke dio un respingo, parpadeó y tragó.

—Yo, esto... —Mierda, ¿qué era lo que tenía que decir?—. He perdido mi chistera —concluyó la frase muy apurado, y después su cara pasó del blanco al rojo cuando las risas llegaron al escenario. Al diablo con ellos, se dijo y enderezó los hombros.

En ese momento, de un chiquillo asustado se transformó en un jovencito arrogante:

—Tengo una cita con Lily. No puedo llevar a bailar a una mujer hermosa sin mi chistera.

—¿Dices que tienes una cita con Lily? —Tal como lo habían ensayado, la expresión de Max fue primero de sorpresa, luego de enojo y, por último, cautelosa—. Me temo que debes de estar equivocado, jovencito. La hermosa Lily se ha comprometido a pasar la velada conmigo.

—Supongo que ha cambiado de idea —dijo Luke, sonrió y puso los pulgares detrás de las solapas—. Me está esperando. Iremos a... —Un pequeño floreo, y en su solapa negra brotó una enorme rosa roja—. Saldremos de la ciudad.

Los aplausos dispersos que saludaron su primer truco público de magia lo atrajeron como una mujer seductora.

Luke Callahan había encontrado su vocación.

—Ajá —dijo Max y miró de reojo al público—. ¿No eres un poco joven para una mujer con los encantos de Lily?

Ahora Luke ya no sentía miedo.

—Lo que me falta en años, lo compenso con energía.

El comentario, dicho con tono despectivo, suscitó fuertes carcajadas entre el público. Ese sonido despertó algo en lo más íntimo de Luke. Empezó a sentirse cada vez más cómodo, y el desdén se convirtió en una sonrisa.

—Pero, como es natural, un caballero no puede escoltar a una dama fuera de la ciudad sin su chistera. —Max se frotó las manos y miró hacia la izquierda del escenario—. Y me temo que esa es la única chistera que he visto esta noche. —Dicho lo cual, un foco iluminó la chistera invertida—. Y me parece un poco grande, incluso para una persona con la cabeza tan gorda como la tuya.

Balanceándose sobre sus pies, Luke metió los dedos en el cinturón.

—Conozco sus trucos. Todo andrà mejor si vuelve a dejar mi chistera tal como estaba.

—¿Yo? —preguntó Max, enarcó las cejas y se puso una mano sobre el corazón—. ¿Me estás acusando de hacer brujerías para arruinar tu salida con Lily?

—Eso mismo. —No eran exactamente las palabras ensayadas, pero Luke las dijo con fruición mientras se acercaba a la chistera y colocaba la mano sobre el borde—. Vamos, empiece de una vez.

—Muy bien, entonces. —Y con un suspiro por los evidentes malos modales del muchacho, Max hizo un gesto—. Si tienes la bondad de meterte dentro de la chistera. —Sonrió cuando Luke lo miró con suspicacia.

—Bueno, pero nada de cosas raras. —Con agilidad y presteza, Luke pegó un salto y se metió en el sombrero—. Recuerde que yo no me chupo el dedo.

En cuanto la cabeza de Luke desapareció debajo del ala, Max extrajo su varita mágica y pronunció unas palabras. Inmediatamente, metió la mano en la chistera y extrajo un conejo blanco. Mientras el público expresaba su aprobación

con gritos entusiastas, Max inclinó la chistera para que pudiera ver que estaba completamente vacía.

—Dudo mucho que a Lily le interese ahora salir con él.

Al oír su «pie», Lily entró en escena. Una mirada al conejo que se contorsionaba en la mano de Max la hizo lanzar un alarido.

—¡Otra vez! —Y con cara indignada, se giró para mirar a la audiencia—. Es el cuarto conejo este mes. Les advierto una cosa, señoras: no se les ocurra enrollarse con un mago celoso. —Y entre las risas de los presentes, miró a Max —. Transfórmalo de nuevo en lo que era.

—Pero, Lily...

—Hazlo ahora mismo —dijo ella, cerró los puños y los apoyó en las caderas —. De lo contrario, hemos terminado.

—Muy bien. —Con exagerada renuencia, Max volvió a colocar el conejo en la chistera, suspiró, y golpeó dos veces el borde con la varita. Y de pronto Luke brotó, con el enojo pintado en sus facciones.

El público seguía aplaudiendo cuando Luke salió del sombrero, los puños en alto. Y se oyeron carcajadas cuando vieron el rabo de algodón blanco estratégicamente colocado en la parte posterior de su esmoquin.

—Un pequeño error de cálculo —se disculpó Max cuando el público dejó de reír—. Para demostrarte que no estoy enojado contigo, haré desaparecer ese rabo.

—¿Me lo prometes? —preguntó Lily con un mohín.

—Te lo prometo —juró Max con una mano sobre el corazón. Se quitó la capa, la hizo girar sobre Luke y después pasó la mano sobre la tela de seda. Cuando la capa comenzó a caer al suelo, Max sujetó un extremo y la levantó, haciéndola describir otro giro.

—¡Max! —gritó Lily, horrorizada.

—Cumplí con mi promesa —dijo él, e hizo una reverencia, primero hacia ella y después en dirección al público que lo vitoreaba—. El rabo ha desaparecido. Y, con él, ese mocoso presumido.

Mientras Lily y Max proseguían hacia el final del número, Luke observaba desde bambalinas, transportado de felicidad. La gente aplaudía. Lo aplaudía a él. Luke se quedó mirando a Max mientras este se preparaba para cortar a Lily por la mitad con un serrucho.

Las miradas de ambos se cruzaron por apenas una fracción de segundo. Pero hubo en ese instante tal riqueza de comprensión y de dicha, que Luke sintió que le quemaba la garganta.

Por primera vez en su vida empezó a amar a otro hombre. Y en ese amor no había vergüenza.

Luke se puso a caminar por la feria. La última función había terminado hacía rato, pero en su cabeza seguían resonando los aplausos y las risas, como una vieja canción que repetía una y otra vez su melodía.

Él había sido alguien. Por breves momentos, había sido alguien importante. Ante la mirada asombrada de mucha gente, había desaparecido.

Y ellos se lo creyeron.

Ese es el secreto, se dijo Luke mientras pasaba junto a artistas cansados que todavía trataban de atraer al público, ya no tan numeroso. Hacer creer a la gente que una ilusión es realidad, aunque solo sea por un instante fugaz. Ese era un poder, un auténtico poder que superaba el de los puños y la furia. Se preguntó si sería capaz de explicarle lo que en ese momento pasaba por su mente. Le pareció que su cabeza, rebosante de ese poder, en cualquier momento se partiría, y se derramaría una luz blanca y quemante.

Sabía que Max entendería esa sensación, pero todavía no estaba dispuesto a compartirla con nadie. Por esa noche, esa primera noche, sería solo suya.

Los diez dólares que Max le había dado después de la última función crujieron entre sus dedos cuando él metió la mano en el bolsillo.

El impulso de gastarlos fue sorprendentemente fuerte; más intenso aún que el hambre que había aprendido a pasar por alto. Se quedó mirando las luces de la Rueda Mágica y oyendo el traquetear de El Látigo. Esa noche probaría todos los juegos.

La pequeña figura de vaqueros y camisa que cruzó deprisa por su campo visual lo hizo frenarse, luego fruncir el entrecejo, y después maldecir.

—¡Roxanne! ¡Eh, Rox, Rox! —Corrió tras ella y la aferró por el brazo—. ¿Qué diablos haces aquí afuera? ¿No has pensado que no te conviene salir?

Vaya si había pensado. Pensó que estaba atrapada en su cama, sintiéndose muy mal, mientras Luke ocupaba su lugar en el escenario. Pensó en lo interminables que se habían vuelto los días, y en el escozor terrible que la despertaba por las noches. Y pensó en que ellos ya estarían en Nueva Orleans, y la temporada de verano habría quedado atrás, antes de que ella se librara de las ronchas.

—Voy a dar una vuelta en la Rueda Mágica.

—¿Estás loca, mocosa de mierda?

Pero, sin dejarlo terminar de hablar, ella le pegó un codazo en el estómago y echó a correr antes de que él recuperara el aliento.

—Maldita seas, Roxy. —Alcanzó a sujetarla y comenzó a tironear de ella, pero Roxanne le lanzó unos mordiscos.

—¿Estás loca?

—Voy a subir a la Rueda Mágica —dijo ella y cruzó los brazos sobre el

pecho. Las luces de colores jugaron sobre su rostro, dándole un aspecto festivo a sus ronchas.

Él podría haberse ido. Pero por motivos que no alcanzaba a imaginar siquiera, se quedó junto a ella. Hasta sacó su dinero para pagar la entrada, pero el encargado, que conocía bien a Roxy, le hizo señas de que pasara sin pagar.

Como una princesa que concede una audiencia, Roxanne asintió en dirección a Luke.

—Si quieres, puedes venir conmigo —dijo.

—Gracias. —Él se dejó caer a su lado y esperó el ruido metálico de la barra de seguridad.

Roxanne no gritó ni jadeó cuando la rueda inició su ascenso. Se echó hacia atrás, cerró los ojos y dejó que una pequeña sonrisa de satisfacción jugaron entre sus labios. Años más tarde, Luke recordaría ese momento y comprendería que el aspecto de Roxanne era el de una mujer satisfecha que descansa en una mecedora después de un largo día.

Ella no habló hasta que la rueda dio una vuelta completa. Cuando lo hizo, su voz sonó extrañamente adulta.

—Estoy cansada de quedarme adentro. No puedo ver la luz, no puedo ver a la gente.

—Es igual todas las noches.

—Es diferente todas las noches. —Abrió los ojos, dos esmeraldas en las que brillaban todos los colores. Se inclinó contra la barra de seguridad y el viento le echó el pelo hacia atrás, contra el cielo—. ¿Ves ese hombre flaco allá abajo, el del sombrero de paja? Jamás lo he visto antes. ¿Y esa chica con pantalones cortos que lleva el perro de juguete? Tampoco la conozco. Así que es diferente. —Y cuando la rueda volvió a ascender, echó la cabeza hacia atrás—. Yo solía creer que esto subiría hasta el cielo. Que podría tocarlo y llevármelo abajo conmigo. Deseé hacerlo. Aunque solo fuera una vez —confesó, sonriendo.

—De mucho te serviría allá abajo —dijo él, pero también sonrió.

—Has estado bien esta noche en la actuación —anunció de pronto Roxanne—. Oí que papá lo comentaba cuando hablaba con Lily. Creyeron que yo dormía.

—¿Ah, sí? —Fue la respuesta de él, tratando de parecer indiferente.

—Dijo que había visto algo en ti, y que no lo decepcionaste. —Roxanne levantó los brazos. La caricia de la brisa fue una bendición para su piel ardiente—. Supongo que ahora formarás parte de la actuación.

La oleada de excitación que Luke sintió no tuvo nada que ver con el descenso súbito de la rueda.

—Por lo menos es algo que hacer —dijo y se encogió de hombros para no demostrar lo que sentía—. Por lo menos mientras estoy aquí. —Cuando miró de reojo a Roxanne, vio que ella lo observaba.

—También dijo que hiciste cosas, que viste cosas que no debías. ¿Qué cosas? Una mezcla de humillación, furia y asco estallaron en su pecho. Max sabía. De alguna manera, lo sabía. Sintió que la piel le quemaba, pero su voz fue fría.

—No sé de qué hablas.

—Sí que lo sabes.

—Si lo sé, no es asunto tuyo.

—Lo es si te quedas con nosotros. Sé todo lo referente a Mouse y a Lily y a LeClerc.

—¿Quién demonios es LeClerc?

—Cocina para nosotros en Nueva Orleans y ayuda a papá con la función del *cabaret*. Solía robar bancos.

—¿En serio?

Complacida de haber despertado su interés, Roxanne asintió.

—Estuvo preso y todo porque lo pescaron. Le enseñó a papá a abrir cualquier cerradura. Por eso, yo debería saberlo todo sobre ti también.

—Todavía no he dicho que me quedo. Tengo mis propios planes.

—Te quedarás —dijo Roxanne, como para sí misma—. Papá quiere que te quedes. Y Lily. Papá te enseñará magia, si te interesa aprender. Igual que me enseña a mí. Solo que yo lo haré mejor. —Ni siquiera parpadeó al pronunciar esa frase llena de burla—. Yo seré la mejor.

—Eso lo veremos —murmuró Luke mientras ascendían hacia el cielo. Giró la cara para quedar frente al viento y casi se convenció de que lo que había hecho no era nada, nada comparado con lo que haría en el futuro.

La primera impresión que Luke recibió de Nueva Orleans fue un torbellino de ruidos y olores. Mientras Max, Lily y Roxanne viajaban en el tráiler, él lo hizo acurrucado en la cabina del camión, durmiendo a ratos, fastidiado por el aburrido y monótono tarareo sin melodía de Mouse, quien se negaba a encender la radio para perderse el placer de escuchar el zumbido del motor.

Ahora, otros sonidos habían comenzado a colarse en el cerebro adormilado de Luke: voces agudas y risas chillonas, el barullo de saxos, tambores y trompetas. Mientras se iba despertando poco a poco, creyó que estaban de nuevo en el parque de atracciones. El aire olía a comida, a especias, con el hedor subyacente de la basura echada a perder por el calor.

Bostezó, abrió los ojos, parpadeó y miró por la ventanilla.

Las calles estaban repletas de gente. Vio a un malabarista, arrojando al aire pelotas de un color naranja vivo que brillaban en la oscuridad. Una mujer gordísima con vestido floreado hacía un solo de *boogie*. Olió a salchichas calientes.

El circo está en la ciudad, pensó, mientras se esforzaba por incorporarse en el asiento.

Y se dio cuenta de que habían dejado atrás el circo ambulante para unirse a otro más imponente y estable.

—¿Dónde estamos?

Mouse conducía el camión y la caravana por calles muy estrechas.

—En casa —se limitó a decir.

Luke seguía oyendo la música, pero ahora era mucho más débil; y había menos personas caminando por esas calles más tranquilas. Con la luz vacilante de las farolas, alcanzó a ver viejos edificios de ladrillos, balcones repletos de flores, taxis que avanzaban a gran velocidad y figuras acurrucadas para dormir en los portales.

No entendía cómo podía dormir nadie con esa música, esos olores, ese calor insoportable. Su propio cansancio se había desvanecido y fue reemplazado por una gran impaciencia por la lentitud con que Mouse conducía el camión.

Luke quería llegar de una vez a destino. Donde fuera.

—Por Dios, Mouse, si llegaras a conducir más despacio estaríamos retrocediendo.

—No hay prisa —dijo Mouse, y sorprendió a Luke al frenar por completo en mitad de la calle y bajarse del vehículo.

—¿Qué demonios haces? —gritó Luke, se asomó y vio a Mouse de pie junto a un portón abierto—. No puedes dejar esto en medio de la calle. Atraerás a la policía.

—Estoy refrescando mi memoria. —Mouse seguía parado, rascándose el

mentón—. Tengo que meterlo allí.

—¿Meter qué? —preguntó Luke con los ojos abiertos de par en par. Se acercó primero al portón y después volvió al vehículo—. ¿Dar marcha atrás con el camión y meterlo allí? —Luke miró la abertura del portón entre los dos muros de ladrillo, y después giró la cabeza para calcular el ancho de la caravana—. Imposible.

Mouse sonrió. Sus ojos brillaron como los de un pecador que acaba de convertirse a la religión.

—Tú quédate allí de pie, por si te necesito —dijo Mouse y saltó al camión.

—Es imposible —le gritó Luke.

Pero Mouse tarareaba de nuevo y comenzó a maniobrar el camión y la caravana por esa calle estrecha.

—Vas a chocar. Por Dios, Mouse. —Luke se preparó a oír el estrépito del metal. Su boca se abrió de par en par cuando la enorme caravana se deslizó dentro de la abertura con la facilidad de una mano en un guante. Mientras el camión hacía otro tanto, Mouse miró a Luke y le guiñó un ojo.

—Hombre, eres un genio —gritó Luke mientras Mouse saltaba del camión. Pero dio un brinco como un boxeador listo para el ataque cuando una luz se encendió en la casa, detrás de ellos—. ¿Quién es? —le preguntó a Mouse al divisar una figura en el portal.

—LeClerc. —Haciendo sonar las llaves en el bolsillo, Mouse avanzó para cerrar los portones de hierro.

—De modo que habéis vuelto —dijo LeClerc acercándose. Luke vio a un hombre menudo con barba y pelo canoso. Vestía una camiseta deportiva blanca y pantalones grises acolchados que sostenía con un trozo de cuerda. Hablaba con un leve acento, no con la clara dicción de Max, sino con una vocalización que parecía agregar sílabas a las palabras—. Supongo que tenéis hambre, ¿no?

—No paramos a comer —gritó Mouse.

—Fue una suerte que no lo hicierais. —LeClerc se acercó y Luke vio que era viejo, por lo menos diez años más que Max. Su rostro le pareció un baqueteado mapa de pergamino en el que aparecían cientos de rutas muy transitadas.

Por su parte, LeClerc vio a un muchachito delgado con una cara hermosa en la que dominaba un par de ojos cautelosos. Un muchacho que estaba listo para echarse a correr, o para pelear.

—¿Y este quién es?

—Este es Luke —dijo Max al bajar de la caravana, con Roxanne dormitando en sus brazos—. Viene con nosotros.

Algo ocurrió entre los dos hombres, algo que pareció más íntimo por no haber sido expresado.

—Otro, ¿eh? —dijo LeClerc con los labios curvados alrededor de la boquilla de la pipa que permanentemente sujetaba entre sus dientes—. Ya veremos. ¿Y

cómo está mi *bebé*?

Adormilada, Roxanne extendió los brazos y fue alzada por LeClerc. La pequeña se acurrucó contra ese conjunto de huesos y tendones como si fuera una almohada de plumas.

—¿Estás mejor, *oui*?

—La varicela fue eterna. Nunca más voy a volver a ponerme mala.

Él la apoyó sobre su cadera en el momento en que Lily se apeaba de la caravana. Llevaba un pesado bolso de maquillaje en uno de sus brazos que cubrían las mangas etéreas de una bata.

—Ah, *mademoiselle* Lily —dijo LeClerc y logró hacerle una reverencia pese a tener a la pequeña instalada sobre su cadera—. Y más hermosa que nunca.

Ella sonrió y le tendió una mano para que él se la besara, cosa que LeClerc hizo con aplomo.

—Qué bien estar en casa, Jean.

—Pasad, pasad. Disfrutad de la cena que os he preparado. —Dicho lo cual, abrió la marcha de la comitiva por el jardín, donde florecían en profusión rosas, lilas y begonias y, tras ascender algunos peldaños, traspuso la puerta que daba a la cocina. Allí, una luz iluminaba las superficies lustrosas de azulejos blancos y madera oscura.

Había un pequeño fogón de ladrillos que el humo había teñido de un gris rosado. Sobre él, una imagen iluminada de la Santísima Virgen, y lo que parecía una matraca india adornada con cuentas y plumas.

Aunque el ambiente estaba milagrosamente fresco como para suponer que recientemente se hubiera utilizado ese horno, Luke podría haber jurado que sintió el aroma cautivante del pan recién hecho.

Ramos secos de especias y hierbas colgaban del techo, junto con tiras de cebollas y de ajo. De ganchos de hierro ubicados sobre la cocina pendían relucientes cacerolas de cobre. Otra olla, de la que brotaba humo, estaba sobre el fogón posterior. Lo que se estaba cocinando dentro de ella olía como un manjar.

Una larga mesa de madera estaba ya preparada con boles y platos y servilletas de hilo a cuadros. Sin bajar a Roxanne, LeClerc sacó de una alacena todo lo necesario para agregar otro cubierto.

Luke observó, fascinado, cómo el tatuaje que LeClerc tenía desde la muñeca hasta el hombro, se movía y bailoteaba. Comprendió que eran serpientes. Un nido de víboras en azul y rojo desteñidos, cubría esa piel correosa.

Solo faltaba que lanzaran un sonido sibilante.

—¿Te gusta? —preguntó LeClerc con ojos divertidos mientras estudiaba a Luke—. Las serpientes son veloces y astutas. Y me dan buena suerte. —Y produjo un sonido sibilante mientras lanzaba el brazo hacia el muchacho—. Pero las serpientes no son para ti, jovencito. —Rio para sí mientras servía su sopa espesa y aromática—. Me traes un joven lobo, Max. Él será el primero en

morder.

—Un lobo necesita alimentarse bien. —Max tomó una panera que estaba sobre la mesa, la destapó y en ella apareció una hogaza dorada. Le pasó la panera a Lily.

—¿Qué soy yo, LeClerc? —Ya bien despierta, Roxanne comía su sopa.

—Tú. —Esa cara correosa y arrugada se llenó de dulzura cuando él pasó la mano sobre el pelo de la chiquilla—. Eres mi gatita.

—¿Solo una gatita?

—Pero las gatitas son inteligentes, valientes y sabias, y algunas se convierten en tigresas.

Eso la conformó. Entrecerró los ojos y miró a Luke.

—Los tigres se comen a los lobos —dijo.

Cuando la luna comenzó a ponerse, y hasta los ecos de la música de la calle Bourbon se habían acallado, LeClerc se sentó en un banco de mármol del jardín, rodeado de las flores que tanto amaba.

Max era el dueño de la casa, pero Jean fue el que la convirtió en un hogar. Había llevado a ella antiguos recuerdos de una cabaña en el pantano, y flores silvestres que su madre había domesticado.

LeClerc habría sido feliz viviendo en el pantano, pero no sin Max y la familia que Max le había regalado.

Fumó su pipa y escuchó los sonidos de la noche. La leve brisa arrancaba murmullos de las hojas de la magnolia, agitaba el calor y prometía lluvia. La humedad colgaba del aire como una bruma.

No vio que Max se acercaba, ni lo oyó, aunque tenía buen oído. Pero lo intuyó.

—Y bien —aspiró una bocanada de humo de su pipa y observó las estrellas—. ¿Qué harás con el muchacho?

—Darle una oportunidad —dijo Max—. La misma que tú me diste a mí hace años. ¿Serías capaz de aconsejarme que lo echara? —preguntó al sentarse junto a LeClerc en el banco.

—Es demasiado tarde para ser práctico, cuando entra a tallar el corazón.

—Lily está muy encariñada con él —comenzó a decir Max, pero fue interrumpido por la carcajada estentórea de LeClerc.

—¿Solo Lily, *mon ami*?

Max se tomó un momento para encender un cigarro y aspirar el humo.

—Le tengo afecto al muchacho.

—Lo quieres muchísimo —lo corrigió LeClerc—. ¿Cómo podría ser de otra manera, cuando al mirarlo te ves a ti mismo? Te trae recuerdos.

Era difícil reconocerlo. Max sabía que cuando se ama, es posible lastimar y

ser lastimado.

—Hace que yo no olvide. Cuando uno olvida el dolor, la soledad, la desesperación, también olvida mostrarse agradecido por no sentir ya ninguna de esas cosas. Eso me lo enseñaste tú, Jean.

—Y ahora, mi alumno es el maestro. Eso me agrada. —LeClerc giró la cabeza y sus ojos oscuros brillaron en la oscuridad—. ¿Cómo te sentirás cuando él te supere?

—No lo sé —dijo Max y se miró las manos—. He comenzado a enseñarle magia. Todavía no he decidido si le enseñaré lo demás.

—No podrás mantener mucho tiempo el secreto para ese par de ojos. ¿Qué hacía él cuando lo encontraste?

Max tuvo que sonreír.

—Era carterista.

—Ah. —También LeClerc sonrió—. Entonces, ya es uno de los nuestros. ¿Es tan bueno como lo eras tú?

—Sí —reconoció Max—. Tal vez mejor que yo a esa edad. Tiene menos miedo de las represalias, es más despiadado. Pero hay una gran distancia entre robar billeteras en un parque de atracciones y abrir cerraduras de mansiones y hoteles de lujo con ganzúas.

—Una distancia que tú salvaste con gran estilo. ¿Lo lamentas, *mon ami*?

—Para nada —respondió Max y volvió a reír—. ¿Qué tengo yo de malo?

—Naciste para robar —contestó LeClerc y se encogió de hombros—. Igual que naciste para sacar conejos de una chistera. Y, al parecer, también para recoger chicos descarriados. Es bueno tenerte de vuelta en casa.

—Es bueno estar en casa.

Por un momento permanecieron en silencio, disfrutando de la noche. Después, LeClerc fue al grano.

—Los diamantes que me mandaste de Boston eran excepcionales.

—A mí me gustaron más las perlas de Charleston.

—Ah, sí. Eran elegantes, pero los diamantes tenían como un fuego adentro. Me dio pena tener que cambiarlos por dinero.

—¿Cuánto conseguiste?

—Diez mil, y solo cinco mil por las perlas, a pesar de su elegancia.

—El placer de sentirlas en la mano es mayor que la ganancia que se obtiene.

—Recordó, con placer, cómo lucieron sobre la piel de Lily una noche gloriosa—. ¿Y el cuadro?

—Veintidós mil. Lo que es a mí, me pareció un trabajo chapucero. Esos pintores ingleses no tenían pasión —agregó, desechando el paisaje de Turner con un movimiento de hombros—. Me he quedado por un tiempo más con el jarrón chino. ¿Has traído la colección de monedas?

—No, no la conseguí. Cuando Roxanne se puso mala, cancelé ese

compromiso.

—Mejor así. —LeClerc asintió y siguió fumando su pipa—. La preocupación por ella te habría distraído.

—Así es, no habría trabajado bien. De modo que, hasta que coloques el jarrón, eso representa... tres mil setecientos dólares.

—Para fin de año, habrás despilfarrado por lo menos quince mil. Eso, sumado a cada año que has extraído el diez por ciento para acallar tu conciencia.

—Una donación para obras de caridad —lo interrumpió Max, divertido—. No lo hago para acallar mi conciencia, sino para apaciguar mi alma. Soy ladrón, Jean, un ladrón excelente a quien no le importan nada las personas a las que roba, pero sí mucho quienes no tienen nada que valga la pena robar. Quizá no sea capaz de vivir según las normas morales de los otros, pero debo cumplir las mías.

Luke tuvo la sensación de haber encontrado el paraíso. No podía creer en su buena suerte.

Le habían dado un cuarto para él solo, y había pasado la mayor parte de esa noche de insomnio mirando y tocando. La cabecera de la cama, alta y tallada, le había fascinado, lo mismo que el brillo suave del empapelado de las paredes y el diseño y los tonos apagados de la alfombra. Había un mueble enorme que Max llamó guardarropa. Luke supuso que en él cabría más ropa de la que una persona podía necesitar a lo largo de toda una vida.

Y había flores. Un florero azul alto estaba lleno de ellas. Nunca antes había tenido flores en su cuarto, y aunque sabía que debería descartarlas por ser poco masculinas, su fragancia le proporcionó un placer profundo y secreto.

Luke deambuló por la casa tan sigilosamente como el humo. Todavía no estaba seguro de cómo era LeClerc, y trató de evitarlo en sus exploraciones.

Los muebles reflejaban la elegancia de Max y le permitían tener una idea de cómo era su mentor, aunque no reconociera las antigüedades francesas ni británicas. Vio mesas distinguidas y lustrosas, sofás curvos, hermosas lámparas chinas y paisajes llenos de paz.

Por mucho que le gustara la casa, el lugar favorito de Luke era el balcón que se abría hacia el exterior de su cuarto. Desde allí podía oler la tibieza de las flores y de la calle. Podía ver gente que tomaba fotografías y buscaba recuerdos.

No pudo evitar notar lo descuidadas que eran las personas con sus billeteras. Las mujeres, con sus bolsos colgando del hombro; los hombres, con el dinero metido en el bolsillo trasero del pantalón: el paraíso de un carterista. Si lo de Miami no resultaba, Luke decidió que le iría muy bien allí, incrementando su sueldo como «aprendiz de hechicero».

—¿Qué miras? —preguntó Roxanne a sus espaldas, haciéndolo poner tenso.

Se le unió junto a la barandilla del balcón, muy prolija y atractiva con sus

pantalones cortos de color amarillo.

—¿Qué estás haciendo?

—Mirando.

—Papá dice que podemos tomarnos el día libre. Mañana tenemos que empezar a ensayar el nuevo acto para el *cabaret* del club.

—¿Qué club?

—La Puerta Mágica. Trabajamos allí. En ese lugar podemos presentar trucos más importantes que en la feria. A veces papá va al club durante el día y hace juegos para algunos de los clientes, de cerca.

Luke no sabía qué lugar ocuparía en el acto del *cabaret*, pero se proponía asegurarse alguno.

—¿Cuántas funciones por noche?

—Dos. A las ocho y a las once. Somos el número más importante. —Frunció la nariz—. Todos los días, después del colegio, tengo que dormir la siesta. Como un bebé.

A Luke no le importaban en absoluto los problemas de Roxanne. Tal vez tendría oportunidad de lucirse con los trucos de cartas que Roxanne le había enseñado y que venía practicando diariamente por lo menos durante una hora.

—Papá me dio dinero para un helado —dijo ella—. ¿Quieres ir a comprarlo?

—No. —Luke estaba demasiado ocupado para ser distraído por un helado y la compañía de una mocosa de ocho años—. Vete de una vez, por favor. Tengo que pensar.

—Más para mí —le replicó Roxanne, sin lograr controlar del todo un puchero.

En cuanto estuvo solo, Luke sacó su mazo de cartas y empezó a practicar. No vio el florero ubicado al lado de sus manos excitadas.

Para Luke, todo sucedió en cámara lenta. Vio el cristal tallado vivo con la luz, lleno de rosas rojas. Vio horrorizado cómo su mano tiraba el florero, y hasta lo observó balancearse cuando él se tambaleaba tratando de recuperar el equilibrio.

Sus dedos lo rozaron. Sintió el cristal frío sobre su piel y lanzó un gemido de desesperación cuando se le escapó.

El sonido del florero haciéndose trizas sobre la madera del suelo fue como una andanada de disparos. Luke quedó paralizado, las astillas brillantes a sus pies, y el aroma a rosas en el aire.

LeClerc maldecía. No hacía falta que Luke supiera francés para saber que sus palabras eran fuertes y llenas de furia. No se movió, no se molestó en salir corriendo.

—Pareces un salvaje. Y, ahora, rompes el Waterford, arruinas las rosas y empapas el suelo con agua. *Imbecile!* Mira lo que le has hecho a mis tesoros.

—Jean. —La voz de Max fue poco más que un susurro, pero interrumpió el berrinche del viejo.

—El Waterford, Max —dijo LeClerc y se puso en cuclillas para recuperar sus

rosas.

—Jean —repitió Max—. Suficiente. Mirale la cara.

Con las manos llenas de rosas que chorreaban agua, LeClerc levantó la vista. El muchacho estaba blanco como el papel, y sus ojos oscuros aparecían velados por algo demasiado profundo para ser llamado miedo. Con un suspiro, se incorporó.

—Buscaré otro florero —dijo y se fue.

—Me decepcionas, Luke —dijo Max en voz baja.

Algo se estremeció en las entrañas de Luke y apareció por un instante en sus ojos. Un insulto, un golpe no lo habrían rozado, pero esa sencilla tristeza en la voz de Max caló hondo en su corazón.

—Lo lamento. —Las palabras quemaron como ácido en su garganta—. Puedo pagar por el florero. Tengo dinero para hacerlo.

No me eches, suplicó su corazón. Dios, por favor, no hagas que me eche.

—¿Qué es lo que lamentas?

—Ser torpe. Estúpido. Lo lamento —repitió, y su desesperación creció mientras esperaba el golpe. O, peor aún, que le echaran por la puerta.

Max levantó un trozo del cristal roto.

—¿Qué ves aquí?

—Está roto. Yo lo he roto. Nunca pienso en nadie más que en mí, y...

—Cállate. Está roto —dijo Max, luchando por calmarse—. Y es verdad que tú lo rompiste. ¿Tuviste intención de hacerlo?

—No, pero yo...

—Mira esto —dijo y le mostró el trozo de cristal a Luke—. Es una cosa. Un objeto. Algo que cualquiera puede poseer si tiene el dinero suficiente. ¿Crees acaso que tú vales menos para mí que esto? —Cuando lo arrojó a un lado, Luke no pudo contener más los temblores—. ¿Crees que yo sería capaz de pegarte por haber roto un florero?

—Yo no... —A Luke le costaba respirar mientras la presión que sentía en su pecho se expandía como un incendio. No pudo evitar que en sus ojos brotaran lágrimas: Por favor, no me eche.

—Mi querida criatura, ¿cómo puedes haber estado conmigo todas estas semanas y no saber que soy diferente a ellos? ¿Te lastimaron mucho? —murmuró Max y apretó a Luke contra su cuerpo. El muchacho se puso tenso al volver a sentir ese temor primitivo. Pero el miedo se desvaneció cuando Max comenzó a mecero—. Nadie puede obligarte a volver. Aquí estás a salvo.

Sabía que debería darle vergüenza estar llorando como una criatura contra la camisa de Max, pero los brazos que lo rodeaban eran fuertes, sólidos, reales.

¿Qué clase de muchacho es este —se preguntó Max—, que está dispuesto a deshacerse de uno de sus preciosos dólares para pagar por lo que rompió? Y pensó en lo profundamente que lo podía lastimar la crueldad y la falta de

opciones.

—¿Me puedes decir qué te hicieron?

Luke sintió una oleada de vergüenza y, al mismo tiempo, la necesidad de que alguien entendiera.

—Yo no pude hacer nada. No pude frenar las cosas.

—Ya lo sé.

Las viejas rabias se fueron calmando a medida que caían las lágrimas.

—Me pegaban continuamente. Si yo hacía algo, si no lo hacía. Si estaban borrachos, si estaban sobrios. —Los puños de Luke se cerraron contra la camisa de Max como pequeñas pelotas de hierro—. A veces me encerraban con llave, y yo golpeaba en la puerta del armario y les suplicaba que me dejaran salir. Pero no podía. Nunca pude salir.

Fue espantoso recordarlo: sentirse llorar histéricamente en el ataúd oscuro del armario, sin esperanzas, sin ayuda, sin poder escapar.

—Venían las asistentes sociales, y si yo no decía lo que él quería, se desquitaba azotándome con el cinturón. La última vez, la última vez antes de que me fuera de casa, creí que me mataría. Él hubiera querido hacerlo.

Pero había más. Luke no estaba seguro de atreverse a decirlo. Pero al ver los ojos serenos e intensos de Max en los suyos, lo fue soltando a borbotones.

—Él... una noche trajo a un hombre a casa. Era tarde y estaban borrachos. Al salió y cerró la puerta con llave. Y el hombre... el hombre trató de...

—Está bien —dijo Max y trató de abrazar de nuevo al muchacho, pero el horror hizo que Luke se apartara.

—Me puso las manos encima, y la boca. —Luke se limpió ahora la suya con el dorso de la mano—. Dijo que le había pagado a Al, y que se suponía que yo debía hacerle cosas, y dejar que él me las hiciera a mí. Y yo fui un estúpido, porque no supe qué quería decir con eso.

Ahora no hubo lágrimas sino una rabia feroz.

—No lo supe hasta que lo tuve encima mío. Entonces sí que lo supe —dijo Luke y comenzó a entrelazar las manos y a soltarlas, dejando profundas huellas en sus palmas—. Lo golpeé y lo golpeé, pero él no se detenía. Así que me puse a morderlo y a arañarlo. Quedé con las manos llenas de su sangre, y él, apretándose la cara y chillando. Entonces entró Al, y me golpeó durante un buen rato. Y no recuerdo... no sé si... —Eso era lo peor: no saber, no tener la certeza. Era una vergüenza que él no lograba expresar en voz alta—. Esa noche quiso matarme. Y esa noche me fui.

Max permaneció en silencio un buen rato, tanto que Luke tuvo miedo de haber hablado demasiado, de haber dicho demasiado para ser perdonado.

—Lo hiciste todo bien. —Algo en la voz de Max hizo que en los ojos de Luke volvieran a asomar lágrimas—. Y yo te prometo una cosa: que nadie volverá a tocarte de esa forma mientras estés conmigo.

Luke trató de preguntar, pero las palabras se le atragantaron hasta que él las obligó a salir. Su vida dependía de la respuesta:

—Entonces ¿puedo quedarme aquí?

—Hasta que quieras irte.

Su gratitud fue tan enorme, que tuvo miedo de que le estallara el corazón. Lo mismo que el amor.

—Pagaré por el florero —logró decir—. Lo prometo.

—Ya lo has hecho. Ahora, corre a lavarte la cara. Y será mejor que limpiemos esto antes de que a LeClerc le dé otro ataque.

Desde su escondite en la salita, Roxanne oyó que su padre suspiraba. Y ella se echó a llorar.

Durante los días que siguieron, Luke actuó con mucha cautela. No estaba seguro de LeClerc, y solo sabía que él estaba a cargo de la casa. Hizo lo posible por mantenerse fuera de su camino. Y jamás cometió siquiera el desliz de dejar caer migas en el suelo.

Acompañaba a Lily a hacer compras, y le llevaba cajas y bolsas por esas calles humeantes. Se quedaba sentado con santa paciencia en las tiendas mientras ella elegía ropa nueva, la esperaba cuando se entretenía lanzando exclamaciones frente a los escaparates.

Su amor por Lily era suficientemente profundo como para tolerar que ella le eligiera la ropa. Tanto que ni siquiera hacía una mueca frente a las camisetas de colores vivos y dibujos vistosos que ella le compraba. Si le quedaba tiempo libre, recorría el barrio, feliz de poder explorar, de poder oír a los músicos callejeros y observar a los pintores en los alrededores de la plaza Jackson.

Pero lo mejor para Luke eran los ensayos.

La Puerta Mágica era un club pequeño y sombrío con olor a *whisky* y a humo impregnado en las paredes durante décadas. En esas tardes de calor agobiante, las persianas se bajaban para protegerse del sol y de los turistas. El aparato de aire acondicionado lanzaba chillidos metálicos más impresionantes que el leve soplo de aire tibio que producía. El ventilador de techo lograba resultados un poco más satisfactorios, pero con las luces de escena encendidas, el club era un pequeño horno.

Las paredes estaban empapeladas en terciopelo rojo y oro, y la pared detrás del mostrador del bar se encontraba cubierta de espejos para dar ilusión de un mayor espacio.

A Luke le fascinaba.

Cada tarde, Lester Friedmont, el gerente, se sentaba frente a la mesa más cercana, con una cerveza y un cigarro encendido entre los labios. Era un hombre alto cuyos kilos de más se acumulaban invariablemente en su barriga. Usaba sin excepción una camisa blanca de manga corta, con corbata y tirantes haciendo juego. Sus zapatos negros siempre exhibían un lustre impecable. Su cabello ya no tan abundante, peinado hacia atrás con fijador, brillaba bajo las luces. Observaba su mundo a través de los cristales sucios de sus gruesas gafas negras, calzadas en la punta de su nariz angular.

Un gato voluminoso que él llamaba *Fifi* solía restregarse alrededor de sus piernas. Se alejaba a ratos para mordisquear el contenido de un plato colocado debajo del mostrador del bar y regresaba junto a su amo.

Friedmont tenía un teléfono sobre la mesa. Poseía la habilidad de observar el ensayo, expresar sus comentarios, atormentar a la persona que limpiaba en ese momento el club y hablar por teléfono, todo en forma simultánea.

Luke tardó varios días en darse cuenta de que Friedmont era un corredor de apuestas.

No importaba con cuánta frecuencia ensayaban un número, Lester siempre sacudía la cabeza y gritaba:

—Dios, qué bien ha estado eso. ¿Me dirás cómo lo has hecho, Max?

—Lo siento, Lester. Es un secreto profesional.

Y Lester volvía a enfrascarse en la tarea de hacer apuestas y rascarse la barriga.

Max planeaba comenzar la función con algunos juegos de prestidigitación y varios trucos con pañuelos de colores, similares a los presentados en el parque de atracciones. Después, quería añadir su propia versión de la pelota que flotaba en el aire, antes de hacer aparecer a Roxanne para su nuevo número llamado « Levitación de la muchacha ». Le había dado una vuelta de tuerca adicional al acto de la mujer partida en dos, al utilizar una caja vertical y cortar a Lily en tres partes. El acto de ilusionismo era casi perfecto.

Probaba a Luke en distintos papeles. No tenía dudas sobre la rapidez mental y de manos del muchacho. Lo que probaba ahora era su corazón.

—Observa —le dijo—. Aprende.

De pie en el centro del escenario, Max extrajo pañuelos de seda de su bolsillo, de un color tras otro. Los labios de Luke comenzaron a crisparse. No entendía que lo que estaba viendo era puro manejo del tiempo, pura estrategia.

—Extiende los brazos —le ordenó Max, y fue colocando los pañuelos, aparentemente al azar, sobre los brazos de Luke—. Esto quedaría mucho mejor con música. ¿Lily?

Ella puso en funcionamiento el reproductor. Se oyó *El Danubio azul*.

—Este vals es lento, precioso —dijo Max—. Trataremos de que los gestos lo reflejen. —Sus manos volaron sobre los pañuelos, se elevaron, cayeron, mientras caminaba alrededor de Luke—. Y, por supuesto, si elijo a una mujer hermosa del público para que ocupe tu lugar, eso realzará el espectáculo y la belleza del efecto. Y su reacción inducirá la del resto de los espectadores. —Con un movimiento de la muñeca, Max tomó el extremo de un pañuelo y, al tirar de él, los otros siguieron, prolijamente atados entre sí, del escarlata al amarillo, del amarillo al zafiro, del zafiro al esmeralda.

Luke abrió los ojos de par en par y después sonrió.

—Excelente —dijo Max mientras, simultáneamente, apretaba los pañuelos hasta convertirlos en una pelota colorida—. Como ves, incluso en un truco tan sencillo, la presencia en escena, la habilidad en la presentación, son tan importantes como la rapidez. Hacer bien un truco nunca es suficiente. Pero si se hace con gracia... —Arrojó la pelota al aire y los pañuelos, ahora sueltos, flotaron hacia el suelo.

Roxanne, que estaba cerca, rio y aplaudió.

—Me gusta ese, papá.

—Mi mejor público —dijo Max, y se agachó para recoger los pañuelos—. Vamos, ahora hazlo tú.

Roxanne se frotó las manos y se mordió el labio.

—Todavía no puedo hacerlo con tantos pañuelos.

—Entonces, haz lo que puedas.

Los nervios y el orgullo se fundieron en ella mientras elegía seis de los pañuelos. Mirando al público imaginario, los apretó primero dentro de su mano y después hizo ondear cada uno y los fue colocando en los brazos de Luke. Había algo innegablemente femenino en sus gestos que hizo sonreír a Max mientras ella pasaba las manos por encima y por debajo de los pañuelos de seda. Aunque siguió el compás de la música mientras ejecutaba una serie de piruetas lentas alrededor de Luke, su concentración era total. En el mundo de Roxanne, no existían los trucos fáciles y sencillos. Todos eran importantes.

De nuevo frente a Luke, Roxanne sonrió, pasó una vez más las manos sobre los pañuelos, como podría hacerlo una mujer al acariciar un gato y después, aferrando el extremo de uno, lo hizo ondear por encima de su cabeza. Rio con aire triunfal cuando se rodeó los hombros con los pañuelos atados.

—Bien hecho —dijo Max y la levantó para estamparle un beso—. Muy bien hecho.

—Es fantástica, Max —gritó Lester—. Deberías dejar que lo hiciera frente al público.

—¿Tú qué dices, Roxanne? —preguntó Max y le acarició el pelo antes de ponerla de nuevo en el suelo—. ¿Estás lista para hacerlo sola?

—¿Puedo? —Sintió que el corazón le estallaba en el pecho—. Por favor, papá, ¿puedo?

—Haremos la prueba en la primera función, y después veremos.

Ella lanzó un chillido y corrió hacia Lily.

—¿Puedo usar aros? ¿Aros de verdad? ¿Puedo?

Lily le sonrió a Max por encima de la cabeza de la pequeña.

—Puedes elegir los que más te gusten.

—Los que están en el negocio al final de la calle. Los azules.

—Tómate veinte minutos, Lily —sugirió Max—. Una mujer necesita por lo menos ese tiempo para elegir accesorios para su atuendo. —Y, además, quería estar un momento a solas con Luke.

—Y bien. —Mientras Roxanne arrastraba a Lily hacia afuera, Max tomó un mazo de cartas y comenzó a hacer cortes con una sola mano—. Supongo que te estás preguntando por qué una chiquilla puede hacer algo que tú no puedes.

Luke se puso colorado, pero mantuvo la barbilla en alto.

—Yo puedo aprender cualquier cosa que ella sepa.

—Es posible. —Para entretenerse, Max formó un abanico con las cartas—.

Podría decirte que es un error usarla a ella, o a cualquier otra persona, como medida para ti mismo. Pero no me escucharías.

—Usted podría enseñarme.

—Podría —dijo Max.

—Yo ya sé algunos trucos. He estado practicando.

—¿Ah, sí? —Enarcando una ceja, Max le ofreció las cartas—. A ver.

Cuando Luke mezcló las cartas, los nervios le humedecieron las yemas de los dedos.

—El efecto no será el mismo, porque usted sabe cómo se hace.

—En eso te equivocas. El mejor público de un mago es otro mago, porque entiende el propósito del juego. ¿Lo entiendes tú?

—Hacer un truco —respondió Luke, tratando de concentrarse en las cartas.

—¿Solamente eso? Siéntate —dijo Max. Cuando estuvieron instalados frente a una de las mesas, eligió una de las cartas del mazo que Luke le ofrecía—. Cualquiera puede aprender a hacer un truco. Solo hace falta entender cómo funciona, y una habilidad básica que puede refinarse con la práctica. Pero la magia... —Miró la carta y después la colocó dentro del mazo—. Magia es tomar lo que es real y lo que no lo es, y fusionarlos por un momento en una sola cosa. Es hacer que el incrédulo parpadee con sorpresa. Es darle a la gente lo que ella quiere.

—¿Qué es lo que quiere la gente? —Luke mezcló las cartas, dio un golpecito sobre la de arriba, y cuando la giró era la carta elegida por Max. Su corazón se llenó de satisfacción al ver el gesto de aprobación de este.

—Excelente. Hazme otro. —Y se echó hacia atrás, mientras Luke realizaba con dificultad un corte con una sola mano—. ¿Qué es lo que quiere la gente? Ser engañada, embaucada, sorprendida. Ver cómo, delante de sus narices, ocurre lo asombroso. —Max abrió la mano y le mostró a Luke una pelotita roja—. Delante de sus propios ojos. —Aplastó la pelota contra la mesa y, después, sacó su otra mano de debajo de la mesa. En ella estaba la pelota, y la otra mano estaba vacía. Luke sonrió y preparó las cartas para otro juego.

—La empalmó —dijo Luke—. Sé que lo hizo, pero no lo vi hacerlo.

—Porque yo te miré a los ojos. Y entonces tú miraste los míos. Siempre míralos a los ojos. Con expresión inocente o presumida, como elijas. Pero míralos a los ojos. Eso hace que un simple truco sea verdadera magia.

—Pero un truco es algo así como una trampa, ¿no?

—Solo si no logras que disfruten del engaño. —Volvió a asentir cuando Luke le dio la vuelta a los cuatro ases de la parte superior del mazo que acababa de mezclar—. Tu técnica es buena, pero ¿dónde está tu estilo? ¿Dónde está eso que le dice a tu público que no es tan solo un truco bien practicado sino magia? Hazlo de nuevo —dijo y empujó las cartas hacia Luke—. Asómbreme.

Max observó la concentración que aparecía en los ojos del muchacho, oyó

sus dos respiraciones profundas mientras se preparaba.

—Quiero hacer de nuevo el primero.

—Está bien. Pero antes quiero oír tu presentación.

El color tiñó las mejillas de Luke, pero carraspeó y comenzó. Hacía varias semanas que lo practicaba.

—Me gustaría mostrarles algunos juegos de cartas. —E hizo una mezcla rusa y un corte especial—. Ahora bien, no todos los magos les dirán de antemano lo que piensan hacer. Pero yo soy solo un chiquillo y no sé hacerlo mejor. —Formó un abanico con el mazo y mostró las cartas a su público imaginario para que vieran que era un mazo común y corriente—. Le pediré ahora a ese caballero que elija una carta, cualquier carta. —Luke abrió en cinta las cartas bocabajo sobre la mesa, y aguardó un instante mientras Max cogía una—. ¿Esa? —dijo y pareció intranquilo—. ¿Seguro que elige esa?

Siguiéndole el juego, Max asintió con la cabeza.

—Por supuesto que elijo esa.

—¿Seguro que no prefiere esta? —preguntó Luke y mostró la última carta—. ¿No? —Y tragó fuerte cuando Max se mantuvo en sus trece—. Está bien. Pero recuerden que soy solo un chico. Por favor, muéstrele la carta al público. Pero asegúrese de que yo no la vea —agregó mientras estiraba el cuello para tratar de ver la carta—. Bien. Supongo que ahora puede colocar la carta en el mazo, en cualquier lugar, donde quiera. Y después, puede mezclar el mazo... a menos que quiera que lo haga yo —dijo con voz esperanzada mientras juntaba las cartas.

—No, creo que las mezclaré yo.

—Estupendo —dijo y suspiró—. Cuando estén mezcladas, y yo haré un corte y, por arte de magia, aparecerá la que este amable caballero ha elegido. —Metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo invisible y se secó la frente—. Creo que así está bien. En serio, ya ha mezclado bastante —dijo y le quitó el mazo a Max. Después de colocarlo sobre la mesa, movió las manos sobre él y murmuró: Ya casi la tengo. ¡Aquí está! —Hizo un corte y levantó una carta con tono triunfal. Al ver que Max negaba con la cabeza, pareció muy abatido—. ¿No es esta? Estaba seguro de que había hecho todo bien. Aguarde un minuto... —Volvió a poner las cartas en su lugar y una vez más eligió una equivocada.

» A este mazo le pasa algo. No creo que su carta esté aquí en absoluto. Creo que usted hizo trampa. —Se puso de pie, furioso, y comenzó a hablar con el público—. Y usted debe de tener un ayudante entre el resto de los espectadores. Usted —dijo y señaló a Lester, quien se encontraba atareado recibiendo apuestas—. Vamos, démela.

—¿Que te dé qué, muchacho?

—La carta. Sé que la tiene.

—Un momento —dijo Lester, se apoyó el auricular del teléfono en el hombro y levantó las dos manos—. Yo no tengo ninguna carta, muchacho.

—¿Ah, no? —Luke metió la mano debajo de la cintura del pantalón de Lester y extrajo un nueve de diamantes—. Supongo que estaba camino de una partida de póquer.

Mientras Lester se desternillaba de risa, Luke levantó la carta para que el público la viera.

—Gracias. Muchas gracias. Ha sido usted muy amable en colaborar —le dijo a Lester—. ¿Por qué no se pone de pie y saluda?

—Claro, muchacho, claro. —Divertido, Lester se puso de pie—. Tienes un alumno muy prometedor, Max. Le veo un gran porvenir.

El elogio hizo que Luke sonriera de oreja a oreja. Pero eso no fue nada comparado con el gusto de oír la risa de Max.

—Bueno —dijo Max y ya de pie, colocó una mano en el hombro de Luke—, eso sí que es tener habilidad para los efectos teatrales. Veamos si podemos incluir ese número en la función.

La boca de Luke se abrió de par en par.

—¿En serio?

Max despeinó al muchacho, y le alegró comprobar que ya no reaccionaba negativamente ante ese contacto.

—En serio.

El viaje de Nueva Orleans a Lafayette no fue demasiado largo. Con Mouse al volante del sedán oscuro, Max pudo reclinarsse, cerrar los ojos y prepararse. Robar no era demasiado diferente de actuar frente a un público. O, al menos, no lo fue nunca para él. Cuando comenzó, tantos años antes, fusionó las dos habilidades. Era una cuestión de supervivencia.

Ahora, con más años y más maduro, separaba sus actuaciones profesionales de los robos. Eso también era una cuestión de supervivencia. Ahora que su nombre era bien conocido, habría sido temerario robarle a su audiencia.

Y Max no era un hombre temerario.

Si alguien señalara que ya no tenía necesidad de robar para tener el estómago lleno o un techo sobre su cabeza, Max se habría mostrado de acuerdo. También habría agregado que no solo era difícil romper un hábito mantenido durante tanto tiempo, sobre todo para quien era tan hábil en ese campo, sino que robar le divertía.

Para un chico no querido, maltratado y abandonado, robar fue una cuestión obligada y un desafío.

Ahora, era más bien una cuestión de orgullo.

Además de ser uno de los mejores en su género, elegía sus blancos con cuidado, robándole solo a quienes podían darse el lujo de perder.

Difícilmente trabajaba cerca de su casa. Max lo consideraba a la vez

arriesgado y complicado. Pero, como es sabido, las reglas se hacen para violarlas.

Con los ojos cerrados, lograba ver el brillo y la belleza del collar de aguamarinas y diamantes. Esa helada combinación de azul y blanco. Personalmente, él prefería las gemas cálidas: rubies, zafiros, colores ricos y profundos que encerraban pasión y gloria. Pero a veces era preciso pasar por alto el gusto personal en bien de la practicidad. Si la información que poseía era correcta, esas aguamarinas con talla de esmeralda le proporcionarían una buena suma cuando se las sacara de su engarce.

LeClerc ya tenía un comprador.

Incluso después de descontar la décima parte y los gastos, Max calculó que quedaría una buena tajada para el fondo destinado a los estudios universitarios de Roxanne, y también para el que había abierto hacia poco para Luke.

Sonrió para sí. La ironía siempre le hacía gracia. Era un ladrón a quien le preocupaban las tasas de interés y los fondos de inversión.

—Esta es la esquina, Max.

Max abrió los ojos y notó que Mouse había detenido el vehículo junto al cordón de la vereda. Era un vecindario tranquilo y arbolado, con elegantes mansiones ocultas detrás de hojas y arbustos en flor.

—Ah, sí. ¿Qué hora es?

Mouse consultó su reloj, y otro tanto hizo Max.

—Las dos y diez.

—Espléndido.

—El sistema de alarma es realmente elemental. Lo único que tienes que hacer es cortar los dos cables rojos. Pero, si no estás seguro, puedo ir a hacerlo por ti.

—Gracias, Mouse —dijo Max mientras se calzaba un par de delgados guantes negros—. Creo que puedo hacerlo. Si la caja fuerte es como dijo LeClerc, solo necesitaré siete u ocho minutos para abrirla. Nos encontramos aquí a las dos y media en punto. Si me retraso más de cinco minutos, vete. —Al oír que Mouse gruñía, Max le dio unos golpecitos en el hombro—. Es preciso que yo cuente contigo en ese sentido.

—Estarás de vuelta a tiempo —dijo Mouse y se agachó en el asiento.

—Y seremos varios miles de dólares más ricos —dijo Max, se apeó del coche y se perdió entre las sombras.

Una media manzana más adelante, saltó por encima de un muro de piedra bajo. No se veían luces en la casa de ladrillos de tres plantas, pero igualmente dio una vuelta para estar seguro antes de buscar la caja de la alarma. Una vez que hubo seccionado los cables rojos, no vaciló ni un instante. Mouse no se equivocaba nunca.

Tomó el cortavidrios y la ventosa del bolso de cuero suave que llevaba en la

cintura. Las nubes que danzaban por encima de la luna hacían que la luz cambiara todo el tiempo, pero él no necesitaba ver: aunque hubiera estado ciego o con los ojos vendados, igual habría encontrado la forma de entrar y de salir por una puerta cerrada con llave.

Se oyó un leve clic al meter la mano y soltar el pestillo. Después, silencio. Como siempre, escuchó y aguardó un momento antes de entrar.

Jamás podría haberle descrito a nadie lo que sentía cada vez que entraba en una casa oscura y en silencio, algo que se parecía mucho al poder.

Silencioso como una sombra, atravesó la cocina, después el comedor e ingresó en el vestíbulo.

Su corazón comenzó a latir deprisa.

Encontró la biblioteca exactamente donde LeClerc le había dicho; y la caja fuerte, oculta detrás de una puerta falsa.

Con una pequeña linterna sostenida con los dientes y un estetoscopio cerca de la cerradura, Max comenzó su tarea.

Disfrutaba de ella. En la biblioteca flotaba un leve olor a rosas ya marchitas y a tabaco. Una suave brisa hacía que las ramas de un castaño repiquetearan contra la ventana. Percibió el chasquido de la tercera de las cuatro combinaciones de la cerradura al caer en su lugar. Entonces oyó los gemidos.

Preparado para salir corriendo, giró con lentitud y, con la linterna, iluminó en dirección al sonido. Un cachorrito, de no más de algunas semanas, lo observaba. Con otro gemido, se sentó y mojó la alfombra turca.

—Es un poco tarde para pedirme que te deje salir —murmuró Max—. Lo siento, pero no tengo tiempo para limpiar lo que has hecho.

Se puso a trabajar en la cuarta combinación mientras el cachorro se acercaba para olisquearle los zapatos. Con un suspiro de satisfacción, Max abrió la caja fuerte.

—Por suerte para mí, no planeé este trabajo para dentro de un año, cuando tú ya fueras suficientemente grande como para pegarme un mordisco. Aunque tengo en el trasero la cicatriz que me dejó un caniche no mucho más grande que tú.

Hizo a un lado los certificados de acciones de la Bolsa y abrió una caja de terciopelo. Las aguamarinas lo saludaron con un destello. Usando la linterna y una lupa de joyero, revisó las piedras y suspiró con satisfacción.

—Una preciosidad —dijo, las sacó de la caja y las puso en el bolso.

Cuando se agachaba para despedirse del cachorro con una caricia, oyó ruido de pasos por la escalera.

—¿Diablito? —Era una voz femenina y atiplada, que hablaba casi en un susurro—. *Diablito*, ¿estás ahí abajo?

—¿Diablito? —repitió en voz baja Max y acarició al perro—. Algunos de nosotros nos vemos obligados a crecer y a superar nuestros nombres. —Cerró la

caja fuerte y se ocultó entre las sombras.

Una mujer de mediana edad, con una redecilla en el pelo y la cara con crema, entró de puntillas a la biblioteca. El cachorro lanzó un gemido, golpeó con la cola sobre la alfombra y comenzó a avanzar hacia donde se encontraba Max.

—¡Aquí estás! ¡Ven con tu mamita! —A menos de treinta centímetros de Max, alzó el perro—. ¿En qué has andado? Perro malo. —Comenzó a besar ruidosamente al cachorro, que trataba de escapar—. ¿Tienes hambre? ¿Tienes hambre, mi amor? Te daremos un lindo bol con leche.

Max cerró los ojos y se puso por completo de parte del pobre perro, que aullaba y trataba de liberarse. Pero la mujer lo aferró con fuerza contra su pecho y se dirigió a la cocina.

Puesto que eso significaba que Max no podría salir por el camino utilizado para entrar, levantó la ventana. Si la suerte seguía acompañándolo, la mujer estaría demasiado ocupada con el cachorro como para notar el prolijo agujero en la puerta de vidrio de la cocina.

En caso contrario, reflexionó Max mientras pasaba una pierna por la ventana, inicialmente igual contaría con cierta ventaja.

Cerró la ventana a sus espaldas y procuró no pisar el cantero de pensamientos.

Luke no podía dormir. La sola idea de actuar la noche siguiente lo llenaba de excitación y de terror.

¿Y si fracasaba? ¿Y si olvidaba el truco? ¿Qué pasaría si el público pensaba que él no era más que un chico tonto?

Pero él sabía que podía ser un buen mago. Sabía que, en el fondo, tenía todo lo que hacía falta para serlo. Pero demasiados años de oír que lo consideraban estúpido, inútil, inservible, habían dejado su huella en él.

Luke tenía una sola manera de vencer el insomnio: comer.

Se echó algo encima y comenzó a bajar sigilosamente por la escalera. Por su mente desfilaban imágenes del cerdo a la parrilla y el pastel de nuez preparados por LeClerc, cuando la voz de este lo hizo detenerse y lanzar una imprecación. Estaba lejos de sentirse seguro de ese viejo. Pero cuando oyó también la voz de Max, se acercó un poco más.

—Tu información es siempre fiable, Jean. Los planos, la caja fuerte, las gemas. —Max tenía una copa de coñac en una mano y las joyas en la otra—. No puedo protestar demasiado por la aparición de un cachorrito.

—La semana pasada no tenían ningún perro. Y tampoco hace cinco días.

—Pues ahora sí lo tienen. —Max se echó a reír y bebió más coñac—. Al que todavía no le han enseñado dónde debe hacer sus necesidades.

—Gracias a Dios que no ladró. —LeClerc vertió un poco de *whisky* en su café

—. No me gustan las sorpresas.

—Hasta cierto punto, a mí me gustan mucho. —Y la luz del éxito brilló en los ojos de Max, como el collar que destellaba con la luz del techo—. De lo contrario, el trabajo se volvería demasiado rutinario. Y la rutina es peligrosa. ¿Crees que echarán de menos esto por la mañana? —Y sostuvo en alto el collar, dejando que las gemas se deslizaran por sus dedos—. ¿Y el hecho de que este collar fuera el pago de una deuda de juego, evitará que ellos denuncien su pérdida?

—La denuncien o no, jamás podrán seguir su rastro hasta aquí. —LeClerc comenzó a levantar su taza de café en un brindis, pero se frenó en seco. Sus ojos se entrecerraron cuando volvió a colocar la taza sobre la mesa—. Me temo que esta noche, las paredes tienen por lo menos dos oídos.

Alertado, Max miró hacia arriba y después suspiró.

—Luke. —Pronunció el nombre y luego hizo un gesto hacia las sombras—. Ven a la luz. —Aguardó y escrutó el rostro del muchacho mientras Luke se acercaba a la cocina—. Es tarde para que estés levantado.

—No podía dormir. —Pese a su esfuerzo por no hacerlo no podía apartar los ojos del collar. Fue una cuestión de confianza, de pura confianza, la que le permitió volver a mirar a Max y decir—: Usted lo robó.

—Sí.

Luke extendió un dedo y rozó una de las gemas color celeste.

—¿Por qué?

Max se echó hacia atrás en su asiento, bebió un trago de coñac y reflexionó.

—¿Por qué no?

Los labios de Luke temblaron al oír esa respuesta. Era una buena respuesta. Le resultó más satisfactoria que muchas dolidas justificaciones.

—Entonces es un ladrón.

—Entre otras cosas. —Max se inclinó hacia adelante, pero resistió el impulso de poner una mano sobre la de Luke—. ¿Te decepciono?

Los ojos de Luke se llenaron de un amor que no tenía palabras para expresar.

—No podría hacerlo —dijo y sacudió la cabeza en una negación frenética—. Jamás.

—No estés tan seguro. —Max le rozó la mano y después tomó el collar—. El florero que rompiste aquel día era un objeto... esto también lo es. Los objetos valen solo tanto o tan poco como la gente cree. —Cerró la mano sobre el collar, se golpeó los puños y abrió las dos manos. Estaban vacías—. Una ilusión más. Mis razones para apropiarme de lo que otros valoran son mías. Tal vez algún día las compartiré contigo. Hasta entonces, te pido que no hables de ello.

—No se lo diré a nadie. —Primero, preferiría morir—. Puedo ayudarle. Le aseguro que puedo hacerlo —repitió, furioso con la sonrisa de desprecio de LeClerc—. Puedo hacer buen dinero como carterista.

—Luke, no existe dinero malo. Pero prefiero que no metas las manos en los bolsillos de los demás, a menos que sea como parte de una actuación.

—Pero ¿por qué...?

—Yo te lo diré. —Le indicó a Luke que se sentara, y el collar volvió a aparecer en su mano—. Si hubieras permanecido en el parque de atracciones, probablemente te habrían pillado. Algo molesto y lamentable.

—Yo soy cuidadoso.

—Eres joven —lo corrigió Max—. Por ejemplo, dudo que se te haya ocurrido pensar si las personas a las que le robaste podían darse el lujo de prescindir de ese dinero. —Sacudió la cabeza antes de que Luke pudiera hablar—. Y tu necesidad era grande en ese momento. Pero no lo es ahora.

—Pero usted roba.

—Porque elegí hacerlo. Porque, lisa y llanamente, me divierte. Y por razones muy complejas que tú... —Se interrumpió y rio para sí—. Estaba por decir que no comprenderías. Pero no es así. —Sus ojos se ensombrecieron—. Yo era apenas mayor que tú cuando LeClerc me encontró. Me ganaba monedas y billetes con trucos de cartas. Y robando billeteras. También yo había escapado de la clase de pesadilla que ningún chico debería experimentar. La magia me salvó. Y también el hecho de robar. No me excuso por ser ladrón. Cada vez que robo, recupero algo de lo que me robaron.

Se echó a reír y bebió un sorbo de coñac.

—No quiero ni pensar lo que un psiquiatra diría de eso. No, no me excuso, pero tampoco jugaré al justiciero contigo. Yo te enseñaré magia, Luke. Y cuando seas mayor, tomarás tus propias decisiones.

Luke reflexionó un momento.

—¿Roxanne lo sabe?

Por primera vez, la sombra de una duda apareció en el rostro de Max.

—No veo ningún motivo para que lo sepa.

Eso hizo que las cosas le parecieran mejores aún. El hecho de estar al tanto de algo que Roxanne ignoraba, era maravilloso.

—Esperaré. Aprenderé.

—Estoy seguro de que sí. Y, hablando de eso, debemos empezar a pensar en tu educación.

El entusiasmo de Luke sufrió un rudo golpe.

—¿Educación? No pienso ir al colegio.

—Pues sí lo harás. —Con aire distraído, Max le entregó el collar a LeClerc—. Supongo que los trámites serán bastante sencillos.

—Me tomarán una semana —dijo LeClerc—. O quizá dos.

—Excelente. Entonces estaremos listos para las clases en el otoño.

—No pienso ir al colegio —repitió Luke—. No necesito ir al colegio. Usted no puede obligarme a ir.

—Al contrario —dijo Max con serenidad—. Irás al colegio, obviamente lo necesitas, y te aseguro que puedo obligarte a ir.

Luke estaba dispuesto a morir por él, se habría sentido feliz con la oportunidad de demostrarlo. Pero no estaba dispuesto a sufrir horas de aburrimiento durante cinco días por semana.

—No iré.

Max se limitó a sonreír.

Luke fue al colegio. Sus súplicas y regateos y amenazas cayeron en oídos sordos. Cuando descubrió que incluso la tierna Lily estaba contra él, se dio por vencido.

O lo simuló.

Podían obligarlo a ir. Al menos, podían hacerlo vestirse, cargar un montón de libros estúpidos y enfilar hacia el colegio bajo la mirada de águila de LeClerc.

Pero no podían obligarlo a aprender nada.

Pero la vanidad con que Roxanne lucía sus «sobresalientes» y sus bandas de honor comenzaron a picarle el amor propio. No podía tolerar la sonrisa que ella le dedicaba cuando Max o Lily le expresaban su aprobación. Y, cada noche, la mocosa se sentaba entre bambalinas y se dedicaba a hacer sus tareas entre un acto y otro.

Max había ampliado su número con los pañuelos de seda.

Luke sabía que podía sacar un sobresaliente. Si se lo proponía.

No era nada muy complicado, pero para demostrar que una mocosa con cara de mono no podía superarlo, estudió para la prueba de geografía.

Después de todo, no fue tan espantoso estudiar sobre los diferentes estados y sus capitales. Sobre todo cuando comenzó a contar cuántos de esos estados había visitado.

Después, no veía la hora de poder lucirse. Pero se obligó a mantenerse en calma. Si su prueba de geografía con el 10 dibujado con color rojo se le caía por casualidad del cuaderno entre bambalinas, no era culpa suya.

Casi explotó de impaciencia hasta que Lily la vio y la levantó.

—¿Qué es esto? —Vio cómo los ojos de Lily se abrían de par en par y le brillaban con una emoción que pocas veces descubrió en ellos, y eso lo hizo enrojecer de la cabeza a los pies. Era orgullo—. ¡Luke! ¡Qué maravilla! ¿Por qué no nos dijiste nada?

—¿El qué? —La sonrisa tonta que se propagó por toda su cara le arruinó su actuación de indiferencia, pero de todos modos se encogió de hombros—. Ah, eso. No es nada.

—¿No es nada? —Sonriendo, Lily lo apretó contra su cuerpo—. Es muchísimo. No te equivocaste en ninguna pregunta. En ninguna. —Y con un brazo todavía alrededor del muchacho, llamó a Max, que en ese momento discutía con Lester—. Max, Max, ven querido a ver esto.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Esto. —Triunfante, Lily blandió la prueba escrita frente a él—. Mira lo que ha hecho nuestro Luke, y no se lo ha contado a nadie.

—Con todo gusto miraré, si no mueves tanto el papel. —Sus cejas se enarcaron al mirar después a Luke—. Bueno, bueno. Después de todo, has puesto a trabajar tu cerebro. Y con excelentes resultados.

—No es nada. Es solo cuestión de memoria.

—Mi querido muchacho. —Max extendió un brazo y con un dedo dio un golpecito en la mejilla de Luke—. La vida consiste precisamente en eso, en memorizar. Una vez que se aprende el truco, no hay mucho más que se pueda hacer. Y tú lo has hecho bien. Muy bien.

Mientras se preparaban para el siguiente acto permaneció inmóvil, absorbiendo todo el placer. Solo se desdibujó un poco cuando se giró y vio a Roxanne observándolo con ojos astutos.

—¿Qué demonios miras?

—A ti —dijo simplemente ella.

—Bueno, pues deja de hacerlo.

Pero cuando él se alejó, ella lo siguió con la mirada. Lo mismo que haría con cualquier cosa que la desconcertara.

El colegio no fue tan malo. Luke descubrió que podía tolerarlo, y rara vez faltaba a clase más de uno o dos días por mes. Sus notas eran buenas. Tal vez no sacaba siempre sobresalientes como Roxanne, pero tampoco le iba mal.

Pero no le fue bien en todos los sentidos. Hicieron falta un ojo negro y un labio partido para que esa revelación se hiciera carne en él.

Mientras regresaba a casa magullado, disgustado y con tres dólares y veintisiete centavos menos de su dinero en el bolsillo, comenzó a planear su venganza.

Su única esperanza era tener tiempo de arreglarse un poco la cara antes de que alguien lo viera. Se preguntó si podría disimular los moretones y el ojo negro con base de maquillaje.

—¿Qué ha pasado?

Luke se maldijo por haber caminado descuidadamente por la vereda en lugar de estar alerta. Y ahora acababa de tropezar nada menos que con Roxanne.

—No es asunto tuyo.

—Has estado peleando. A papá no le gustará nada —dijo Roxanne, se calzó la mochila en un hombro y puso los brazos en jarras—. Y te sangra el labio. —Con un suspiro, buscó un pañuelo de papel en el bolsillo de su falda azul—. Aquí tienes. No te lo frotes con la mano, te desparramarás la sangre por todos lados. —Con la paciencia de una anciana, ella misma le fue secando la sangre de la herida—. Será mejor que te sientes. Eres demasiado alto para mí.

Con un gruñido, Luke se sentó en los escalones de una tienda. De todas formas necesitaba un momento para prepararse para hacer frente a Max y a Lily.

—Yo lo puedo hacer solo.

Ella no se quejó cuando él le arrancó el pañuelo. Estaba demasiado interesada en mirarle el ojo, donde ya comenzaba a aparecer el moretón.

—¿Hiciste enfadar a alguien?

—Sí. Se enfadaron conmigo porque no quise darles mi dinero. Ahora, cállate.

—¿Ellos? —preguntó Roxanne y entrecerró los ojos—. ¿Ellos te golpearon y se llevaron tu dinero?

La humillación le dolió más que el ojo.

—Ese tarado de Alex Custer me pegó un puñetazo. Yo podría haberlo vencido, si dos de sus compinches no me hubieran agarrado.

—Hablares de esto más tarde. Ahora tenemos que volver a casa. Si no, empezarán a preocuparse.

Pero a Luke le preocupaba la reacción de los demás cuando él apareciera en la puerta de la cocina. Lo más probable era que le gritaran. O, peor todavía, infinitamente peor, Max lo miraría con pena y diría esas palabras espantosas.

Me decepcionas, Luke.

Sí gritaron cuando él siguió a Roxanne y traspuso la puerta de la cocina. Todos juntos, pero no fue precisamente lo que Luke esperaba.

—¡Feliz cumpleaños!

Dio un salto hacia atrás como si lo hubieran golpeado. Todos estaban de pie alrededor de la mesa: Max, Lily, Mouse, LeClerc, y en ella había un enorme pastel con velitas encendidas. Mientras miraba la escena, azorado, la sonrisa rutilante de Lily se transformó en un «Oh» de desazón.

—¡Querido! ¿Qué ha pasado? —Max tomó a Lily de la muñeca para frenar su impulso hacia adelante. Sus ojos se centraron en Luke, y si bien en ellos había un destello de rabia, su voz fue muy serena.

—Tuviste una pelea, ¿no?

Luke solo atinó a encogerse de hombros, pero Roxanne salió en su defensa.

—Fueron tres, papá. Eso los convierte en cobardes, ¿no es verdad?

—Desde luego. —Se inclinó hacia adelante y tomó con la mano el mentón de Luke—. La próxima vez, elige tus adversarios con más cuidado.

—Ponte esto —dijo LeClerc, cogió un frasco de un estante y vertió parte de su contenido sobre un paño limpio. Cuando lo colocó sobre el ojo hinchado de Luke, gran parte del dolor desapareció—. ¿Tres? —preguntó y le guiñó un ojo—. Lo que tienes en la camisa es sangre de ellos, ¿oui?

Era la primera vez que recibía la aprobación de LeClerc. Luke se arriesgó a que se le volviera a abrir la herida en el labio y dijo:

—Maldito si lo eran.

—Bueno —dijo Lily—. Nos has dado una sorpresa tan grande como la que nosotros queríamos darte. Espero que la nuestra te guste más. Feliz cumpleaños, querido.

—Más vale que soples las velas —sugirió Max cuando vio que Luke permanecía allí, como paralizado—. Antes de que incendiemos la casa.

—No te olvides de formular un deseo —dijo Roxanne mientras se colocaba

en el cuadro para salir en la fotografía que estaba a punto de tomar Mouse.

Luke solo tenía un deseo, y ese deseo era estar con ellos. Pensó que ya se había hecho realidad.

La asombrada excitación de su primer pastel de cumpleaños, de abrir regalos comprados expresamente para él, borró de la mente de Luke todo pensamiento sobre Alex y la venganza que planeaba llevar a cabo.

Roxanne, en cambio, era más obstinada.

Dos días después, Luke se encontró metido en un plan que le depararía una enorme satisfacción o la cara destrozada.

Pero tuvo que reconocer que como plan era astuto. Siguiendo los consejos de Roxanne, se aseguró de que Alex y sus dos jóvenes secuaces lo vieran deambular por un supermercado ubicado en una esquina, a una manzana del colegio. Pagó por la botella de gaseosa, la destapó y tomó un buen trago mientras salía del negocio.

Después, simuló ver por primera vez a Alex y parecer asustado. Alex no necesitó mucho más para comenzar a perseguirlo.

Luke echó a correr por un callejón, mientras destapaba un frasco que contenía uno de los remedios caseros de LeClerc.

Con manos ágiles, vertió el fuerte laxante en la botella de gaseosa. Confiaba en que Roxanne sabría lo que hacía y que no estaba a punto de matar a nadie. Aunque su conciencia no lo habría molestado demasiado en este caso.

Se metió el frasco vacío en el bolsillo, giró en redondo, como muerto de pánico. Había elegido ese callejón sin salida deliberadamente. Tal vez lo golpearían de nuevo, pero al menos uno de sus atacantes lo pagaría después.

—¿Qué te pasa? ¿Estás cansado? —Al ver a su presa sin salida, Alex sonrió—. ¿Te has perdido?

—No quiero problemas. —Luke se tragó el orgullo en favor de la venganza e hizo que su voz y sus manos temblaran—. No tengo más dinero. Lo gasté en esto.

—¿No tienes dinero? —Alex le arrancó la botella de las manos antes de arrojar a Luke contra la pared—. Fíjate si está mintiendo, Jerry. —Alex bebió un buen trago de la supuesta gaseosa y sonrió.

Luke gimió, permitiendo que el otro muchacho le revisara los bolsillos. Quería asegurarse de que Alex terminara de beber el contenido de la botella.

—No tiene nada —anunció Jerry—. Dame un trago, Alex.

—Consíguete uno —dijo Alex, levantó la botella y terminó de beber su contenido—. Y ahora, démosle su merecido a ese pillo.

Pero esta vez Luke estaba listo para ellos. Cuando uno no podía pelear, corría. Bajó la cabeza y arremetió contra el estómago de Alex, golpeando así a un chico contra el otro, hasta que los tres cayeron como un castillo de naipes. Y echó a

correr hacia la boca del callejón. Sabía que era más veloz que los otros, y podría haber desaparecido antes de que ellos salieran a perseguirlo. Pero quería que lo siguieran. Pensó que un poco de ejercicio pondría las cosas en movimiento en el cuerpo de Alex, así que hizo que lo siguieran.

Al mirar hacia atrás vio que la cara de Alex estaba blanca como el papel y muy sudada. Luke llegó al jardín de su casa y no supo si debía seguir corriendo para que la carrera continuara, cuando oyó que Alex gemía y se apretaba la barriga.

—Epa, ¿qué te pasa? —le preguntó Jerry—. Vamos, hombre. Lo estamos perdiendo.

—¡Me duele mucho! —gritó Alex, corrió hacia un arbusto y se agachó.

—¡Por Dios! —gritó Jerry, con repugnancia—. ¡Qué porquería!

—No puedo, no puedo —fue todo lo que Alex logró decir mientras el laxante de LeClerc ejercía su efecto despiadado.

—¡Mirad! —gritó Roxanne, que apareció de pronto y señaló—. Hay un chico entre los arbustos, y está cagando. ¡Mamá! —aulló con voz de niña—. Mamita, ven pronto.

Después de mirar en todas direcciones, tanto Jerry como su compañero dejaron allí a Alex y huyeron a toda prisa, mientras varios adultos comenzaban a acercarse.

Con una sonrisa en la cara, Roxanne entró en el jardín.

—Esto es mejor que pegarle un puñetazo —le dijo a Luke—. Eso lo olvidaría, pero te aseguro que jamás olvidará esto.

Él no pudo evitar sonreír.

—Y dijiste que yo era malo.

Desde el balcón, Max había visto casi toda la escena y oído todo lo que hacía falta oír. Sus hijos —pensó con mucho orgullo— estaban creciendo bien. Cómo se habría alegrado Moira por su hijita.

Incluso después de los años transcurridos, le resultaba difícil creer que todo eso hubiera desaparecido. Tan rápido. Tan inútilmente.

Un apéndice perforado. Ella era demasiado impaciente como para quejarse por el dolor, y después... después fue demasiado tarde. Una carrera frenética al hospital, y la intervención quirúrgica de emergencia que no logró salvarla. Y así se fue de su vida, dejándole el tesoro más preciado que habían creado juntos.

Sí, estaba seguro de que Moira se sentiría orgullosa de su hija.

Al entrar de nuevo en la habitación, observó cómo Lily le metía un par adicional de esas medias suyas con un diseño de rombos en el bolso.

Lily. Hasta su nombre lo hacía sonreír. La dulce y hermosa Lily. Mal podía él maldecir a Dios, cuando le habían sido dadas dos mujeres tan gloriosas en una sola existencia.

—No tienes por qué hacer eso para mí.

—No me importa —dijo ella. Se aseguró de que el estuche con los elementos para afeitarse tuviera hojas nuevas antes de meterlo en el bolso—. Te echaré de menos.

—Estaré de vuelta antes de que te des cuenta. Houston está prácticamente aquí al lado.

—Ya lo sé. —Suspiró y se acurrucó contra él—. Me sentiría mejor si fuera contigo.

—Mouse y LeClerc son suficiente protección, ¿no te parece? —Volvió a besarla, primero en una sien, luego en la otra. Su Lily tenía una piel tan tersa como los pétalos de una rosa.

—Supongo que sí —respondió ella, inclinó la cabeza y cerró los ojos cuando él comenzó a besarle el cuello—. Y alguien tiene que quedarse con los chicos. ¿De veras crees que esto te reportará un cuarto de millón de dólares?

—Por lo menos. A estos petroleros les gusta invertir el dinero que les sobra en joyas y obras de arte.

La idea de semejante suma de dinero la excitó, pero no tanto como lo que la lengua de Max le estaba haciendo en la oreja.

—He cerrado la puerta con llave —dijo ella.

Max rio para sí mientras la arrojó sobre la cama.

—Ya lo sé.

Durante el breve vuelo de Nueva Orleans a Houston, con Mouse al frente de los controles del Cessna, Max tuvo tiempo de sobra para repasar los planos una vez más. La casa en la que darían el golpe algunas horas más tarde era enorme: más de mil quinientos metros cuadrados.

Esos planos habían costado más de cinco mil dólares en sobornos. Era una inversión que Max calculó valía la pena hacer en vista de las ganancias que preveía.

El Rancho de la R Torcida, tal era el nombre que llevaba, estaba repleto de obras de arte de los siglos XIX y XX, todas las cuales fueron compradas a través de agentes. Y no por su valor estético o su belleza, sino simplemente como inversión.

Y muy buena, por cierto. Representaría una cantidad importante de dinero para Max.

También había joyas. La lista que Max había obtenido de los archivos de la casa central de una compañía de seguros de Atlanta, contenía suficientes alhajas como para surtir una modesta joyería.

Puesto que sus próximas víctimas lo tenían todo asegurado, Max calculó que la pérdida de la compañía de seguros sería su ganancia. Después de todo, los seguros eran algo así como una apuesta entre asegurador y asegurado. Y alguien

tenía que perder.

Max levantó la vista y sonrió al mirar a LeClerc: tenía los nudillos blancos de tanto que se aferraba a los apoyabrazos. Colgados del cuello llevaba una cruz de plata, un amuleto de oro, un talismán de cristal y una pluma de águila. Sobre las rodillas había cuentas de rosario, una pata negra de conejo y un bolso lleno de abalorios de colores.

Cada vez que se veía obligado a volar, LeClerc se aseguraba de cubrir todas las posibilidades.

Como LeClerc tenía los ojos fuertemente cerrados y su boca se movía en una plegaria silenciosa, Max no dijo nada cuando se puso de pie para servir un poco de coñac para los dos.

LeClerc lo bebió de un trago.

—No es natural que un hombre esté en el aire. Es un desafío a los dioses.

—Siento tener que obligarte a hacer algo que detestas, pero mi ausencia de Nueva Orleans no pasaría inadvertida si nos hubiéramos tomado el tiempo necesario para viajar en coche.

—Lo que puede la fama...

—Tiene también sus ventajas. La gente me invita a cenar con la esperanza de que los entretenga con mi magia. Nuestros amigos de Houston quedaron encantados con mi actuación improvisada en aquella velada en Washington, el año pasado. Qué suerte para nosotros que hubieran decidido ir a visitar a su primo el senador.

—Y más suerte todavía para nosotros que en este momento se encuentren en Europa.

—Es verdad. Aunque no representa casi ningún desafío robar de una casa deshabitada.

Alquilaron una limusina en Hobby, y Mouse se puso su gorra y chaqueta de chófer para el viaje. En ese vecindario opulento, la elegante limusina resultaba menos llamativa que un sedán cualquiera.

Y, siempre que era posible, Max prefería viajar bien.

En el asiento trasero, con Mozart como música de fondo, verificó sus herramientas por última vez.

—Dos horas —anunció—. No más.

LeClerc ya se estaba poniendo los guantes. Hacía meses que no oía sonar y caer las combinaciones, meses desde que tuvo el placer de abrir la puerta de una caja fuerte y meter la mano en ese agujero oscuro. Durante el largo verano había sido célibe —al menos, en un sentido figurado—, y estaba impaciente por vivir el romance del robo.

Sin Max, sabía que ese placer habría desaparecido de su vida. Aunque jamás hablaban de ello, los dos sabían que LeClerc se estaba poniendo demasiado lento para ese trabajo. Ahora solo acompañaba a Max en trabajos menos difíciles. Si

la casa del petrolero no hubiera estado vacía, LeClerc sabía que en ese momento estaría en casa esperando, como Lily.

Pero no sentía rencor. Al contrario, estaba agradecido por la oportunidad de sentir de nuevo la emoción que tanto le apasionaba.

Cuando estacionaron frente a la casa, los hombres se movieron en silencio. Max y LeClerc se dirigieron al baúl y Mouse fue a ocuparse del sistema de seguridad. Estaba muy oscuro, sin rastros de la luna.

—Es un terreno muy grande —murmuró, complacido, LeClerc—. Con muchos árboles añosos. Los vecinos deben de necesitar prismáticos para espiar en las ventanas de los otros. Me sorprende que confíen solamente en un sistema de alarmas.

Max sacó del baúl del coche una caja grande tapizada en terciopelo, y un rollo de material de aislamiento acústico, como el que se suele utilizar en los cines.

Y aguardaron.

Diez minutos después, Mouse apareció corriendo.

—Lo siento. Era un sistema de alarma bastante complejo. Me tomó un poco de tiempo desactivarlo.

—No tienes por qué disculparte —dijo Max y comenzó a sentir el cosquilleo familiar en las yemas de los dedos al aproximarse a la puerta principal. Sacó su juego de ganzúas y comenzó a trabajar.

—¿Por qué perder tiempo con eso? Que Mouse la abra de un golpe. La alarma está desactivada.

—Pero no sería un robo con estilo —murmuró Max, los ojos entrecerrados, su mente concentrada en las combinaciones—. Un momento más y...

Instantes después estaban de pie en el imponente vestíbulo de mármol blanco y negro y tres pisos de alto.

Se separaron: LeClerc ascendió por la amplia escalinata curva en dirección a la caja fuerte del dormitorio y las joyas de la dueña de la casa; Mouse y Max cubrieron la planta baja.

Trabajaron en forma armónica, cortando telas de lo que Max consideraba marcos demasiado ornamentados, enrollándolas y colocándolas en la caja de terciopelo. Las esculturas de bronce y mármol y piedra fueron envueltas en la tela de aislamiento acústico.

—Un Rodin. —Max hizo una breve pausa para darle una clase a Mouse—. Una pieza realmente notable. ¿Ves el movimiento, Mouse? La fluidez, la emoción que sentía el artista por su modelo.

Max suspiró al envolver con reverencia el Rodin en esa tela gruesa.

—No, esa no —dijo cuando vio el objeto de bronce que Mouse sostenía.

—Es realmente pesado —le dijo Mouse—. Y sólido. Debe de valer mucho.

—Sin duda, de lo contrario no estaría en esta colección. Pero le falta estilo,

Mouse. Y belleza. Es mucho más importante robar cosas bellas que cosas valiosas. Si no fuera así, estaríamos robando bancos, ¿no lo crees?

—Supongo que sí. —Fue a la otra habitación y volvió con una escultura que representaba a un jinete montado sobre un caballo que corcoveaba—. ¿Qué me dices de este, Max?

Max lo observó. Era una buena pieza y probablemente pesara como un camión. Aunque no era de su gusto personal, vio que a Mouse le gustaba.

—Una elección excelente. Mejor llévatelo a la limusina tal cual está. Aquí y a casi hemos terminado.

—Y nos ha ido bien —dijo LeClerc al bajar por la escalera y darle golpecitos a su bolso abultado—. No sé lo que *Madame* y *Monsieur* se llevaron a Europa, pero dejaron aquí bastantes chucherías para nosotros. —Le había costado mucho no tomar los bonos de acciones y el efectivo que encontró en las cajas fuertes gemelas, pero Max era supersticioso con respecto a robar dinero. Y LeClerc respetaba siempre las supersticiones de los demás—. Mirad esto.

Y extrajo del bolso un despliegue de diamantes y rubíes trabajados en un collar de tres vueltas. Max lo tomó y lo levantó para verlo a la luz.

—¿Cómo puede alguien coger piedras tan hermosas y fabricar con ellas algo tan abominable? La señora debería agradecernos por no tener que volver a usar esto en su vida.

—Debe de valer como cincuenta mil dólares, por lo menos.

—Mmmm. —Es posible, pensó Max y deseó tener su lupa de joyero. Elegiría algunas de las mejores piedras y mandaría hacer un collar más adecuado para Lily. Consultó su reloj y asintió—. Creo que nuestro paseo de compras ha terminado. ¿Os parece bien que carguemos todo? Creo que estaremos de vuelta en casa a tiempo.

SEGUNDA PARTE

Cuando Luke cumplió dieciséis años, Mouse le enseñó a conducir un coche. Sufrieron muchas sacudidas y frenadas en los caminos vecinales, y en una ocasión, cuando Luke intentó cambiar de velocidad, girar el volante y frenar, todo al mismo tiempo, casi acabaron en un pantano. Pero Mouse tenía una capacidad inagotable de paciencia.

Obtener el permiso de conducir fue un acontecimiento memorable para Luke, un paso gigantesco para llegar a ser un hombre, lo que él comenzaba a ansiar tanto. Pero incluso eso pasó a segundo plano frente a otra ocasión también memorable: su cita con Annabelle Walker, que incluía ir al cine a ver esa maravillosa película llamada *La guerra de las galaxias*, dos bolsas gigantes de palomitas y una velada que terminó con sexo en el coche de segunda mano que había comprado con sus ahorros.

Ni para Annabelle ni para el Nova fue novedad esa actividad en el asiento trasero. Pero para Luke era la primera vez, y el camino oscuro, la música, los jadeos y gemidos, la experiencia milagrosa de tener los pechos de Annabelle en las manos, fueron tan románticos como el Taj Mahal.

Podría haberse pensado que Annabelle era una chica fácil, pero lo cierto es que solo se instalaba en el asiento trasero del coche si el chico era apuesto, si la trataba bien y si era un buen besador.

Luke cumplía todos esos requisitos.

Cuando lo dejó poner la mano debajo de su camiseta para acariciar sus generosos senos blancos, para Luke fue como tocar el cielo. Pero cuando ella le bajó el cierre del Levis y se apoderó de él, comprendió que las puertas del paraíso se abrían de par en par.

Había esperado que ella lo dejara tocarla, pero jamás pensó que una serie de salidas y una noche viendo cómo se salvaban algunos mundos la convencerían para permitirle que él fuera hasta el final.

Pero él no estaba dispuesto a perder una oportunidad cuando se le presentaba. Eso se lo había enseñado Max.

—Deja que yo... —dijo y, aunque no estaba muy seguro, metió la mano dentro de sus bragas rojas de encaje.

Estaba mojada, caliente y resbaladiza. La sangre de Luke se desplazó con salvajismo de la cabeza a la entrepierna, y comenzó a pulsar allí con una intensidad que marcó el ritmo de sus dedos curiosos. El placer de Annabelle comenzó a expresarse en un canturreo suave que pronto se convirtió en gemidos ansiosos, jadeos desesperados y gimoteos deliciosos. Sus amplias caderas se arqueaban y caían, golpeando contra el andrajoso tapizado del asiento del Nova. Las ventanillas que Luke había subido para protegerlos del frío exterior se empañaron, transformando el coche en una humeante sauna con olor a sexo.

Con la cara enterrada entre los pechos de Annabelle, y una mano trabajando sobre su cuerpo, le liberó las caderas del Levis. La sensación de estar dentro de una mujer de esa manera era casi suficiente para hacerle perder todo control. Sin embargo, una parte de él, un pequeño rincón de su cerebro, permaneció frío, extrañamente indiferente, hasta divertido.

Allí estaba Luke Callahan, con el culo al aire en su Nova '72, con los Bee Gees cantando por la radio —por Dios, ¿tenían que ser los Bee Gees?— y Annabelle abriéndose de piernas debajo de él.

No fue su habilidad lo que le permitió darle a ella mucho más que los otros chicos con los que había salido. Era pura inexperiencia mezclada con una sana curiosidad y un amor por las cosas bellas. Sentir un cuerpo femenino que temblaba y se sacudía debajo de él fue una de las cosas más hermosas que Luke había experimentado en su vida.

—Oh, mi amor. —Annabelle, una veterana del sexo en el asiento trasero, comenzó a moverse y a contorsionarse, y por último trabó las piernas alrededor de las caderas de Luke—. No puedo esperar. Te juro que no puedo.

Tampoco podía él. Un instinto ciego lo hizo penetrarla. Lo último que oyó fue que ella pronunciaba su nombre.

Por cortesía de Annabelle, el lunes regresaría al colegio con una reputación que haría sentirse orgulloso a un chico mayor que él.

Cuando volvió, con olor a sexo y a sudor y a la colonia de Annabelle, la casa estaba a oscuras, salvo por una luz encendida en la cocina.

Le alegró que no hubiera nadie levantado para recibirlo. Y se alegró más todavía de que le dieran un fin de semana libre cada quince días para que desarrollara su vida social.

Abrió la nevera y bebió como medio litro de zumo de naranja directamente de la botella. Todavía sonreía cuando se giró y descubrió a Roxanne en el vano de la puerta.

—Qué cochinada —dijo e inclinó la cabeza hacia la botella que él tenía en las manos.

Los dos habían pegado un estirón a lo largo de los años. Pero mientras que Luke todavía no llegaba al metro ochenta y tenía una estatura normal para su edad, Roxanne era la más alta de su clase; de hecho, más alta que la mayoría de sus compañeros varones.

—¡No digas tonterías! —Luke sonrió y apoyó la botella en el mármol.

—A lo mejor otra persona tenía ganas de beber un poco de zumo. —Aunque no tenía sed, se acercó a la nevera y buscó. Mientras elegía una bebida, arrugó la nariz al mirar a Luke—. Apestas... —Olfateando el aire, pescó, entre otras cosas, un dejo de la colonia de Annabelle—. Has vuelto a salir con *ella*.

Roxanne detestaba a Annabelle por principio. Y el principio consistía en que era bajita y rubia y bonita, y que Luke pasaba mucho tiempo con ella.

—¿Y a ti qué te importa?

—Se aclara el pelo y usa ropa demasiado ajustada.

—Usa ropa *sexy* —la corrigió Luke, sintiéndose un experto en la materia—. Estás celosa porque ella tiene tetas y tú no.

—Ya las tendré. —A punto de cumplir trece años, a Roxanne la mortificaba el paso de tortuga de su desarrollo femenino. Casi todas las chicas de su clase tenían por lo menos proyectos de pechos de mujer, y ella seguía tan plana como la tabla que LeClerc usaba para cortar el pan—. Y cuando las tenga, serán mejores que las de ella.

—Está bien. —La idea de Roxanne con pechos lo divirtió. En un principio. Cuando se puso a pensar en eso, comenzó a sentir un calor muy incómodo—. Vete de aquí.

—No me da la gana.

—Entonces me iré yo. —¿Cómo hacía un tipo para flotar en una nube de lujuria con una mocosa cerca?, se preguntó mientras salía de la cocina y subía la escalera. Después, sin perder ni un minuto, se quitó la ropa y se tiró desnudo sobre la cama.

Se había acostumbrado al aroma y la sensación de sábanas limpias, aunque no por eso lo daba por sentado.

En los últimos cuatro años, había recorrido la mayor parte del este de Estados Unidos y actuado en campo abierto, en clubes sucios y en escenarios encerados. El verano anterior, después de que Max —con bastante pesar— vendiera el circo ambulante, viajaron a Europa donde el mago incrementó su reputación de maestro.

Sabía chapurrear francés y había aprendido a hacer bailar las cartas. A su leal saber y entender, lo tenía todo. La vida es perfecta, pensó Luke antes de dejarse vencer por el sueño.

Así que fue una desagradable sorpresa para él despertar una hora después empapado de un sudor frío y con un sollozo en la garganta.

El sueño lo había llevado de vuelta a ese abigarrado apartamento de dos ambientes. El cinto de Al le había atravesado la piel como una navaja, y no había adonde huir, dónde esconderse.

Sentado en la cama, Luke aspiró grandes bocanadas del pesado aire otoñal y aguardó a que los temblores le pasaran. Hacía meses que no le ocurría, se dijo mientras apoyaba la cabeza sobre las rodillas. Meses y meses sin que su subconsciente lo hiciera volver a ese lugar. Creía haber superado esos recuerdos. Cada vez que pasaba varias semanas sin sufrir una de esas pesadillas, estaba seguro de haberlas dejado atrás.

Ya no soy un chico, se recordó Luke y decidió levantarse. No tenía sentido

tener pesadillas y despertar temblando y querer que Lily o Max estuvieran junto a él para protegerlo.

Saldría a caminar. Se puso los pantalones y se dijo que iría hasta Bourbon y volvería, para sacudirse los restos de la pesadilla.

Cuando llegó a la planta baja oyó un alarido agudo y el murmullo apagado de voces. Al mirar en el estudio, vio a Roxanne sentada cruzada de piernas en el piso, con un bol de palomitas en la falda.

—¿Qué estás haciendo?

Ella se sobresaltó, pero no apartó la vista de la pantalla.

—Estoy mirando una película de terror. *El castillo de los muertos vivos*. El conde está embalsamando a la gente. Me encanta.

—Qué espanto. —Pero quedó atrapado, por lo menos lo suficiente como para sentarse en un extremo del sofá y meter una mano en las palomitas de Roxanne. Todavía se sentía un poco sacudido, pero un momento después se quedó dormido.

Roxanne esperó hasta estar segura de que dormía, y después, apoyando la mejilla contra el almohadón del sofá, levantó el brazo para acariciarle el pelo.

—Los chicos están creciendo, Lily.

—Ya lo sé, querido. —Suspiró al introducirse en la caja horizontal pintada de colores vivos. Ensayaban solos en el club un nuevo número que Max había denominado « La mujer dividida » .

—Roxy pronto entrará en la adolescencia —dijo Max y calzó las abrazaderas de los cerrojos y dio una vuelta alrededor de la caja para beneficio de los espectadores potenciales—. No falta mucho para que los muchachos comiencen a acosarla.

Lily sonrió y movió los pies y las manos que salían por los agujeros de la caja.

—Es verdad. Pero no te preocupes, Max. Ella es demasiado lista para elegir algo que no sea exactamente lo que quiere.

—Espero que tengas razón.

—Es hija de su padre —dijo Lily y dejó oír los gemidos y gimoteos apropiados cuando Max demostró el filo de su cimitarra enjoyada.

—Supongo que con eso quieres decir que es empecinada, ambiciosa y decidida.

Lily permaneció en silencio mientras Max proseguía con la rutina de cortar la caja hasta separarla por completo, y después unir las mitades. Después, preguntó:

—No estarás triste porque los chicos crecen, ¿verdad querido?

—Tal vez un poco. Me recuerda que me estoy volviendo viejo. Imagínate: Luke conduciendo un coche y persiguiendo a las chicas.

—No tiene necesidad de perseguirlas —dijo Lily y arrugó la frente con fastidio—. Ellas se arrojan en sus brazos. Sea como fuere —dijo y suspiró—, son buenos chicos, Max. Una pareja fantástica.

Una mitad de esa pareja fantástica estaba a dos manzanas de allí, concentrada en un juego de cartas. Para Roxanne era una tentación a la que no podía resistirse. Una multitud de participantes de una convención había inundado la ciudad, y varios estaban dispuestos a jugar. Roxanne no lo hacía solamente por dinero, sino porque le divertía.

Tomó otros cincuenta dólares, y pagó veinte para mantener buenas relaciones. Desde una esquina cercana sonó una trompeta solitaria. Roxanne decidió que había llegado el momento de terminar con el juego y volver a casa.

—Eso es todo por hoy. Gracias, damas y caballeros. Espero que disfruten de su estancia en Nueva Orleans. —Comenzó a recoger las cartas, cuando una mano se cerró sobre su muñeca.

—Una ronda más. No llegué a probar mi suerte.

Era un muchacho de alrededor de diecinueve años. Debajo de su camiseta y de sus vaqueros desteñidos se adivinaba un cuerpo fuerte y delgado, puro músculo. Su pelo rubio dorado formaba una suerte de halo alrededor de una cara de facciones angulosas. Sus ojos, de un marrón intenso y oscuro, estaban fijos en la muchacha.

Le recordó a Luke, no en lo físico sino en su salvajismo interior y una cierta maldad potencial. Su voz no sonó con el acento de Nueva Orleans.

—Llegas demasiado tarde —le dijo ella.

La mano de él siguió apretando firmemente su muñeca. Cuando el muchacho sonrió, mostrando sus dientes blancos y parejos, ella se puso nerviosa.

—Solamente una mano —dijo él—. Te he estado observando.

Roxanne no pudo rechazar ese desafío directo. Su instinto le aconsejó no aceptarlo, pero el orgullo ganó la partida.

—Tengo tiempo para una. La apuesta son cinco dólares.

Con un movimiento de la cabeza, él extrajo un billete doblado del bolsillo trasero del pantalón y lo puso sobre la mesa.

Roxanne colocó las cartas bocabajo: dos damas rojas y una negra en el centro.

—No pierdas de vista la dama negra —dijo ella mientras cambiaba de lugar las cartas—. En el último momento decidió no empalmar la carta sino hacer frente al desafío sin utilizar ningún truco. Fue cambiando las cartas de lugar a un ritmo cada vez más rápido, y sin quitarle los ojos de encima al muchacho.

No era la primera vez que él participaba de ese juego. Ella lo hacía desde hacía demasiado tiempo como para no ser capaz de reconocer a un profesional.

Roxanne apostó su ego contra ese billete de cinco dólares.

Aunque no había vuelto a mirar las cartas desde que inició el juego, sabía exactamente dónde estaba la dama negra.

—¿Dónde está?

Él no vaciló, y golpeó con el dedo la carta de la izquierda. Pero antes de que ella pudiera girarla, él volvió a sujetarle la muñeca.

—Lo haré yo —dijo y destapó la dama de corazones.

—Parece que mis manos son más rápidas que tus ojos.

Sin soltarle la mano, él le dio la vuelta a las otras dos cartas y parpadeó con sorpresa al comprobar que la dama negra estaba exactamente en el mismo lugar del principio: en el centro.

—Eso parece —murmuró. Entrecerró los ojos mientras la observaba deslizar su billete de cinco dólares y las cartas en una bolsa que había colocado debajo de la mesa.

—Te deseo más suerte la próxima vez —dijo, plegó la mesa, se la puso debajo del brazo y echó a andar hacia la Puerta Mágica.

Él no se dio por vencido con tanta facilidad.

—Oye, ¿cómo te llamas? —preguntó.

Ella lo miró de reojo cuando él la alcanzó.

—Roxanne. ¿Por qué?

—Para saber. Yo soy Sam. Sam Wyatt. Eres buena. Muy buena.

—Ya lo sé.

Él rio en voz baja, pero mentalmente barajaba las distintas posibilidades. Si lograba conducirla a un lugar menos concurrido, podría recuperar sus cinco dólares, y también quedarse con el resto del dinero que llevaba.

—Has ganado mucho. ¿Qué edad tienes? ¿Doce, trece?

—No es asunto tuyo.

—¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a embaucar a la gente?

—Yo no soy una embaucadora. —La sola idea de que creyeran eso de ella la enfureció—. Soy maga —le informó—. Trabajar con esa gente fue algo así como un ensayo.

—Maga. —Sam notó que en ese lugar transitaban menos peatones. No veía a nadie que pudiera causarle problemas cuando le arrancara la bolsa y echara a correr—. ¿Por qué no me enseñas un truco? —Le puso la mano en el brazo y se preparó para arrojarla al suelo.

—Roxanne. —Con cara de malhumor, Luke apareció del otro lado de la calle—. ¿Qué demonios estás haciendo? Tendrías que estar en el ensayo.

—Ya voy —dijo y lo fulminó con la mirada. La enfurecía que se hubiera presentado justo cuando ella estaba por probar sus armas en un flirteo—. Tú tampoco estás allá.

—Eso no tiene nada que ver. —Vio la mesa y la bolsa, y adivinó en qué había

andado—. ¿Quién es este?

—Un amigo mío —decidió Roxanne de golpe—. Sam, este es Luke.

Sam le dedicó una sonrisa cautivante.

—¿Cómo estás?

—Bien. No eres de por aquí.

—Llegué a la ciudad hace un par de días. Estoy viajando un poco, ¿sabes?

A Luke, Sam no le cayó nada bien. Su mirada codiciosa no armonizaba con esa sonrisa franca.

—Llegamos tarde, Roxy. Vámonos.

—Dentro de un minuto. —Si Luke pensaba tratarla como a una criatura, ella le enseñaría que era una mujer independiente—. ¿No quieres acompañarnos, Sam, y ver el ensayo? Estamos aquí cerca, en La Puerta Mágica.

—Me parece fantástico.

Sam Wyatt sabía cómo mostrarse encantador. Exhibir afabilidad, buenos modales y buen humor era parte del juego. Sam se sentó en La Puerta Mágica y aplaudió, expresó una incredulidad llena de asombro y se rio en los momentos apropiados.

Cuando Lily lo invitó a cenar, aceptó con tímida gratitud.

LeClerc le pareció viejo y tonto; Mouse, lento y estúpido, pero procuró por todos los medios causar una buena impresión en los dos.

Después, brilló por su ausencia durante todo el día siguiente, para no parecer demasiado confiado. Cuando se presentó en La Puerta Mágica para asistir a una función, se aseguró de que Lily lo viera contar cuidadosamente su calderilla para poder comprarse una gaseosa.

—Max —dijo ella cuando estuvieron entre bambalinas, después de haber dejado a Luke en escena para realizar sus cinco minutos de prestidigitación—. Ese chico tiene problemas.

—¿Luke?

—No, no. Sam.

—Yo no lo llamaría precisamente chico, Lily. Ya es casi un hombre.

—No creo que sea mucho mayor que Luke —le replicó ella. Espió hacia el salón y vio a Sam sentado frente al mostrador del bar y notó que todavía tenía el mismo vaso de Coca-Cola—. No creo que tenga dinero, ni adónde ir.

—No me parece que esté buscando trabajo. —Max sabía que se estaba mostrando duro, y no tenía idea de por qué sentía tanta reticencia en ayudar al muchacho.

—Querido, ya sabes lo difícil que es conseguir trabajo. ¿No tienes nada para ofrecerle?

—Puede ser. Dame un par de días para pensarlo.

Un par de días era todo lo que Sam necesitaba. Como broche para la imagen

que quería dar, cierta noche se echó a dormir en el jardín, asegurándose de que lo descubrirían a la mañana siguiente.

Totalmente despierto, mantuvo los ojos cerrados, viendo a través de las pestañas cómo salía Roxanne por la puerta de la cocina. Gimió, se movió y después parpadeó cuando ella lo descubrió y reprimió un grito de alarma.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —contestó él, enrolló una manta raída y se puso de pie—. No hacía nada.

Ella se acercó con el entrecejo fruncido.

—¿Has dormido aquí?

Sam se humedeció los labios.

—Mira, no es nada. Por favor no se lo digas a nadie.

—¿No tienes un cuarto?

—Lo perdí —dijo, se encogió de hombros y logró parecer valiente y al mismo tiempo desesperanzado—. Ya aparecerá algo. Pero no quería estar en la calle toda la noche. Supuse que aquí no molestaría a nadie.

Roxanne tenía el buen corazón de su padre.

—Entra —dijo y le tendió la mano—. LeClerc está preparando el desayuno.

—No necesito una limosna.

Porque ella entendía el orgullo de Sam, se enterneció aún más.

—Papá puede darte trabajo. Se lo pediré.

Max no solía negarle nada a Roxanne. Por ella acogió a Sam Wyatt, a pesar de la extraña renuencia que sentía para incorporarlo a su equipo. Le encargó la tarea de transportar las cosas grandes para los espectáculos, una ocupación que Sam sabía por debajo de su dignidad y habilidad.

Pero también Sam tenía intuición. Y esa intuición le dijo que unirse a los Nouvelle podía ser la llave que le permitiría acceder a cosas mucho más importantes. Era cuestión de tener paciencia.

Pasaba muchas horas cargando y descargando el equipo, lustrando las cajas y las bisagras que Max usaba para varios números. Cierta día juró vengarse del viejo por haberle ofrecido un trabajo tan degradante, pero se mostraba incesantemente bondadoso y atento con Roxanne y tímido y zalamero con Lily. Hacía mucho que estaba convencido de que, en todo grupo, eran las mujeres las que poseían el auténtico poder.

No cometió el error de competir con Luke. Dudaba que fuera prudente rivalizar abiertamente con la persona que Max consideraba su hijo. El hecho de que ese antagonismo fuera mutuo lo favorecía. Ninguno de los dos habría podido decir por qué, pero lo cierto fue que se odiaron a primera vista.

Mientras tanto, Sam se sentía satisfecho con el lugar que se había asegurado y con la perspectiva de pasar una semana en Los Ángeles.

Max también estaba complacido con ese próximo viaje. Tendrían oportunidad de actuar en el Castillo Mágico y de asistir a una cena ofrecida por Brent Taylor, un actor de cine y mago amateur, y Max tendría el placer de mostrar a su familia algo del brillo de Hollywood.

También se proponía llevarse de regreso al este otros brillos bastante más caros. Beverly Hills, y sus mansiones llenas de tesoros, se sumarían a un viaje y a un trabajo de por sí lucrativo.

Tenía elegidas dos casas, y decidiría cuál de las dos sería su blanco una vez que llegara a Los Ángeles e inspeccionara los lugares con sus propios ojos.

Tomaron varias habitaciones en el Beverly Hills Hotel. Le divirtió ver a Luke, que fascinaba al botones y a la criada con algunos efectos de prestidigitación. El muchacho sí que había aprendido. Y muy bien.

Hizo todos los arreglos necesarios para un almuerzo preparado en Maxim's, del que hizo participar no solo a su familia sino también a todos los integrantes de su equipo, incluso los más humildes. Después, envió a Lily y a Roxanne de compras.

En la sobremesa, encendió un cigarro y dijo:

—Muy bien. Mouse y yo tenemos que hablar de negocios, pero vosotros tenéis el día libre para explorar, recorrer la ciudad, lo que queráis. Os necesitare a todos bien despiertos mañana, a las nueve de la mañana.

Cuando los demás se marcharon, Luke se sentó en una silla junto a Max.

—Tengo que hablar con usted.

—Por supuesto. —Reconociendo en el muchacho una mezcla de nervios y de determinación, Max enarcó una ceja—. ¿Algún problema?

—No creo que sea un problema. —Luke respiró hondo y se lanzó al vacío—. Quiero ir con ustedes. —Y sacudió la cabeza antes de que Max pudiera hablar. Durante días había estado preparando ese discurso—. Conozco la rutina, Max. Usted y Mouse irán a un par de casas. Sin duda ya tienen casi todo el material esencial: una copia de las listas de los objetos asegurados, planos, un esquema de los sistemas de seguridad, una idea de las costumbres de sus habitantes. Ahora irán a hacer una inspección de primera mano para decidir dónde dar el golpe.

Max se pasó la mano por el bigote. No sabía bien si estaba fastidiado o impresionado.

—No has perdido el tiempo.

—He tenido cuatro años para estudiar mientras esperaba que me dejara participar del trabajo.

Max sacudió la ceniza de su cigarro antes de aspirar una bocanada.

—Mi querido muchachito...

—Ya no soy un muchachito. —Los ojos de Luke brillaron al acercarse a Max—. O confía en mí o no lo hace. Tengo que saberlo.

Max exhaló el humo y se mantuvo en silencio mientras el camarero retiraba los platos.

—No es cuestión de confianza, Luke, sino de oportunidad.

—No me estará diciendo que intenta salvarme de una vida de delitos.

—Por supuesto que no. Jamás he sido hipócrita, y soy tan egocéntrico como cualquier padre que espera que sus hijos sigan sus pasos. Pero...

Luke apoyó una mano en la muñeca de Max.

—¿Pero?

—Todavía eres joven. No estoy seguro de que estés listo. Ser un ladrón exitoso requiere madurez, experiencia.

—Requiere tener pelotas —dijo Luke y Max se echó a reír.

—Ya lo creo. Pero, además de eso, una buena dosis de habilidad, sutileza, serenidad. En algunos años más tal vez estés maduro, pero por ahora...

—¿Qué hora es?

Distraído, Max parpadeó y después miró su reloj. O, más bien, el lugar donde debería estar su reloj.

—Siempre dije que tenías buenas manos —murmuró.

—¿No sabe qué hora es? —Luke giró la muñeca y el sol brilló en el Rolex de oro de Max—. Son casi las tres. Creo que será mejor que pague la cuenta y que nos marchemos. —El mismo Luke llamó al camarero. Con aire ausente, Max metió la mano en el bolsillo en busca de su billetera. No la encontró.

—¿No tiene suficiente dinero? —preguntó Luke con una sonrisa y sacó la billetera de Max de su propio bolsillo—. Esta vez pago yo. Da la casualidad que últimamente he recibido algo de dinero.

Dos a cero, pensó Max y le sonrió a Mouse.

—¿Por qué no te tomas tú también la tarde libre? Luke puede llevarme.

—Está bien, Max. Voy a ir al Teatro Chino a ver las huellas de los artistas.

—Diviértete. —Con un suspiro, Max extendió la mano para pedir su billetera —. ¿Listo? —le preguntó a Luke.

—Hace años que estoy listo.

A Luke le gustaba Beverly Hills. No tanto como Nueva Orleans, con sus calles bullangueras y su encanto decadente: era el único lugar que consideraba su hogar. Pero esas avenidas anchas y flanqueadas por palmeras, y el aura de fantasía de las mansiones encastradas en las colinas en una brumosa lejanía, eran como una película. Supuso que esa era la razón por la que tantas estrellas de cine elegían ese sector para vivir.

Recorrió la zona siguiendo las indicaciones de Max. Advirtió cada tanto las patrullas de la policía. Allí, nada de coches polvorientos ni con rayaduras para los agentes del orden: todos brillaban con el sol de la tarde.

La mayoría de las propiedades estaban ocultas detrás de muros y cercos altos. En dos ocasiones, mientras hacían su recorrido, se cruzaron con autocares que llevaban a los turistas a ver las casas de los artistas de cine. Luke se preguntó cómo a la gente se le ocurriría pagar por ese tour, cuando lo único que podían ver en realidad era muros de piedra y copas de árboles.

—¿Por qué —preguntó Max mientras abría su maletín— quieres robar?

—Porque es divertido —respondió Luke sin siquiera pensar—. Soy muy hábil para eso.

—Mmmm. —Max convino interiormente que era mejor pasar la vida haciendo algo que a uno le divertía y para lo cual tenía habilidad—. El botones que subió nuestras maletas se quedó tan encantado con tus trucos, tenía un reloj y una billetera. ¿Se los has robado?

—No. —Sorprendido, Luke giró la cabeza y miró a Max—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Yo preguntaría más bien por qué no hacerlo. —Max se aflojó la corbata y la colocó dentro del maletín.

—Bueno, demonios, no tiene gracia cuando es tan fácil. Además, era un pobre tipo que trataba de ganarse la vida.

—Podría alegarse que un ladrón es también un pobre tipo que trata de ganarse la vida.

—Si eso fuera lo único que quisiera, podría robar en un supermercado.

—Y consideras eso fuera de la cuestión.

—Es algo ruin, nada elegante.

—Luke. —Max suspiró mientras metía bien doblada su camisa blanca almidonada en el maletín—. Estoy orgulloso de ti.

—Es como la magia —dijo Luke al cabo de un momento—. Uno quiere hacer lo mejor de lo que es capaz. Si se planea embaucar a alguien, hay que hacerlo con estilo. ¿Correcto?

—Correcto. —Max se puso una camisa de poliéster de mangas cortas, con un espantoso diseño de cuadros verdes y anaranjados.

—¿Qué hace?

—Me pongo el atuendo adecuado —dijo Max y como broche final se calzó una gorra de béisbol y un par de gafas espejadas de sol—. Espero parecer un turista.

Luke frenó frente a un semáforo en rojo y se tomó tiempo para observarlo.

—Lo que parece es un tarado.

—Bastante aproximado. ¿Ves el autocar del tour, allá, a media manzana? Aparca detrás de él.

Luke obedeció.

Max se colgó del cuello un par de binoculares y una cámara fotográfica.

—Esa es la casa de Elsa Langtree —dijo Max con acento del Medio Oeste cuando se apeó del coche. Silbó antes de unirse a los otros turistas para espiar por la reja de hierro forjado—. ¡Dios, vaya si es una maravilla!

Luke le siguió el juego y estiró el cuello.

—Demonios, papá, es vieja.

—Pues a mí no me importaría perderme en el bosque con ella.

Ese comentario suscitó algunas risas en el resto del gentío, antes de que el guía del tour comenzara su rutina. Dando un paso atrás, Max rodeó el autocar y trepó al techo del vehículo mientras el resto de la gente escuchaba al guía y tomaba fotografías. Max utilizó el teleobjetivo de la cámara para hacer tomas del muro, de la casa colonial de tres plantas, los edificios anexos y el sistema exterior de iluminación.

—Eh, amigo —dijo el chófer del autocar, entrecerrando los ojos debajo de la visera de su gorra—. Bájese de allí, ¿quiere? Dios, en todos los grupos hay algún chiflado.

—Solo quería ver si podía echarle un vistazo a Elsa.

—Vamos, papá. Me das vergüenza.

—Está bien, está bien. ¡Un momento! Me parece verla. ¡Elsa! —gritó, y aprovechó la confusión del movimiento de la gente que corrió de nuevo junto a la verja para tomar sus últimas fotografías.

Mientras el conductor lanzaba imprecaciones y amenazas, Max se bajó del techo y le dedicó una sonrisa pusilánime y una disculpa.

—Hace veinte años que soy admirador de Elsa. En su honor, hasta le puse su nombre a mi cotorra.

—Imagino que le fascinaría saberlo.

Con evidente renuencia, Max dejó que Luke lo arrastrara de vuelta al coche.

—¿Consiguió lo que quería? —preguntó Luke.

—Supongo que sí. Le echaremos un vistazo a una más. La casa de Lawrence Trent no está incluida en el tour, pero es famoso por poseer una excelente colección de cajas de rapé del siglo XIX.

—¿Y qué tiene Elsa?

—¿Además de sus evidentes encantos femeninos? Esmeraldas, mi querido muchacho. A la dama le encantan las esmeraldas. Hacen juego con sus ojos.

También a Max le encantaban las esmeraldas. Una vez que LeClerc hizo revelar las fotografías, se hizo evidente que la propiedad de Trent sería el blanco más fácil. Max no necesitó mucho más para decidir. Iría tras las gemas.

Tal vez fuera por efecto de esas luces, o de sus propios pensamientos, pero por un momento, cuando se levantó el telón, Max vio a Roxanne como una mujer hecha y derecha, espigada y hermosa, llena de aplomo y confianza en sí misma, los ojos llenos de secretos que solo un corazón femenino podría entender.

Y de pronto volvió a ser su chiquita, con zapatos de tacón alto y fascinando al público con su habilidad con los pañuelos de seda, que un momento después quedaron hechos un montón a sus pies. Entonces giró para mirar a su padre, lista para ser puesta en trance, para el nuevo número de levitación, una combinación del viejo efecto del palo de escoba con la muchacha que flota.

Comenzó a sonar la música: *Para Elisa*. Lenta y elegantemente, Max pasó las manos frente a la cara de Roxanne, quien movió la cabeza y cerró los ojos.

Utilizó escobillas de fantasía, pues la belleza le importaba tanto como el impacto. Le colocó una entre los omóplatos y después, dando un paso hacia la izquierda del escenario, extendió los brazos y los movió. Como un ser ingrávito, las piernas de Roxanne comenzaron a levantarse y a extenderse, hasta que su cuerpo quedó paralelo al escenario. Empleó la otra escobilla para pasarla por encima y por debajo de ella. La cabellera rojiza de Roxanne colgaba hacia el suelo. Cuando él le quitó su único punto de apoyo y le pasó las dos escobillas a Lily, el público aplaudía a rabiar.

Al compás de la música de Beethoven, Roxanne comenzó a moverse. La luz se volvió plateada mientras el cuerpo de la muchacha giraba, se inclinaba, se ponía vertical a treinta centímetros del escenario. Max la hizo bajar suavemente, centímetro a centímetro, hasta que sus pies tocaron el suelo.

Y la despertó.

Roxanne abrió los ojos mientras sonaban aplausos atronadores. Para ella, ese ya era un sonido celestial.

Sam observaba desde bambalinas y sacudió la cabeza. Es nada más que un truco, pensó. Lo que más rabia le daba era que nadie quisiera decirle cómo se hacía. Otra cosa por la que los Nouvelle tendrían que pagar más adelante.

Tenía que haber una manera de sacar provecho de la situación. Encendió un cigarrillo y observó la entrada a escena de Luke. El muy imbécil cree que es alguien importante, allí de pie bajo los reflectores, atrayendo el aplauso y la atención de los presentes, pensó Sam.

Pero ya llegaría el día en que él concitaría toda la atención. Porque si la obtenía, se obtenía el poder. Y eso era lo que más quería Sam.

—Señor Nouvelle. —No bien terminó la función, Brent Taylor, el máximo galán de moda, con aspecto de ídolo y voz de barítono, buscó a Max en su camerino—. Jamás he visto algo mejor —dijo Taylor y le estrechó con entusiasmo la mano.

—Me halaga usted, señor Taylor.

—Brent, por favor.

—Brent, entonces, y usted llámeme Max. No hay mucho lugar aquí, pero sería un honor para mí que me acompañara a beber una copa de coñac.

—Encantando. El acto de transformación —prosiguió diciendo Taylor mientras Max servía el coñac— sencillamente maravilloso. Y la levitación fue espectacular. Estoy impaciente porque llegue el día de la cena que ofrezco para que tengamos más tiempo de hablar sobre magia.

—Siempre me gusta hablar sobre magia —dijo Max y le ofreció una copa de Napoleón.

—Y tal vez podremos hablar también sobre la magia en la pequeña pantalla. En la televisión —dijo Taylor y Max se limitó a sonreír con cortesía.

—Sí, me temo que he tenido pocas ocasiones de ver la tele. Mis chicos, en cambio, son expertos en la materia.

—Y magos excelentes por derecho propio. Supongo que les encantaría probar suerte en un especial de televisión.

Max le indicó a Taylor que tomara asiento en un pequeño canapé y él se sentó frente a la mesa de maquillaje.

—La magia pierde su poder en película.

—Es posible, desde luego. Pero con su sentido teatral, podría ser maravilloso. Seré franco con usted, Max. Una de las cadenas televisivas me ha brindado la oportunidad de producir una serie de especiales con variedades. Me gustaría muchísimo producir uno de una hora llamado « Los asombrosos Nouvelle ».

—Max —dijo Luke y se detuvo, con una mano en la puerta—. Lamento interrumpirlos, pero hay un periodista del *Los Angeles Times*.

—Hablaré con él dentro de un momento. Brent Taylor, Luke Callahan.

—Un placer conocerte —dijo Taylor y se puso de pie para estrecharle la mano—. Tienes mucho talento, lo cual no es sorprendente cuando has tenido al mejor por maestro.

—Gracias. Me gustan sus películas. —Luke miró a Taylor y después a Max—. Le diré que espere en el bar.

—Me parece bien.

—Un muchacho muy apuesto —comentó Taylor cuando Luke los dejó solos—. Si decidiera no seguir sus pasos, mañana mismo podría conseguirle seis papeles.

Max sonrió y se miró las uñas.

—Me temo que está muy decidido a seguirme en lo mío. Ahora bien, con respecto a su ofrecimiento...

Luke estaba tan impaciente que casi no podía esperar. No tuvo tiempo de hablar en privado con Max hasta después de la segunda función. No bien Max entró en su camerino, Luke le preguntó:

—¿Cuándo lo hacemos?

—¿Hacemos? —Max se sentó frente a la mesa de maquillaje y metió los dedos en la crema limpiadora—. Hacemos ¿qué?

—Lo de la televisión. El especial que Taylor quiere producir. ¿Lo haríamos aquí, en Los Ángeles?

Con toques lentos, Max se quitó la base de maquillaje.

—No.

—Podríamos hacerlo en Nueva Orleans. —Ya se lo imaginaba: las luces, las cámaras, la fama.

Max arrojó los pañuelos de papel.

—No lo haremos, Luke.

—¿Qué quiere decir con que no lo haremos?

—Solo eso. —Max se aflojó la corbata del esmoquin antes de ponerse de pie para cambiarse—. Rechacé la oferta.

—Pero ¿por qué? Llegaríamos a millones de personas en una sola noche.

—La magia pierde su impacto en película. —Max colgó su chaqueta y comenzó a desabrocharse los gemelos de oro.

—No haría falta filmarlo. Podríamos hacerlo en vivo. Muchas veces hay público en los estudios.

—De todas formas, nuestra agenda de compromisos no lo permitiría. —Max colocó los gemelos en un pequeño estuche.

—Eso no es verdad. —La voz de Luke se apaciguó cuando en su mente apareció algo que disipó su confusión—. Es por mí.

Con lentitud, Max cerró el estuche.

—Qué disparate.

—No, no lo es. No quiere que nos expongamos de esa manera, pero por mí. Por eso rechazó también actuar en el programa de Carson el año pasado. Usted no quiere presentarse en televisión porque cree que ese hijo de puta puede verme, él o mi madre, y causar problemas. Está rechazando algo que podría ponerlo en la cima.

Max se sacó la camisa del esmoquin y se quedó de pie en camiseta y calzoncillos. Por puro hábito, colgó la camisa en una percha acolchada y alisó las tablas con los dedos.

—Yo tomo mis propias decisiones, Luke, y por mis propios motivos.

—Es por mí —murmuró Luke—. No está bien.

—Está bien para mí, Luke. —Max extendió la mano para tocarle el hombro, pero él pegó un salto hacia atrás. Era la primera vez en años que el muchacho reaccionaba con ese violento movimiento defensivo—. No hace falta que lo tomes así.

—¿Cómo se supone que debo tomarlo? —preguntó Luke. Tuvo ganas de romper algo, cualquier cosa, pero logró apretar los puños a los costados del cuerpo—. Es culpa mía.

—La culpa no tiene nada que ver con esto. Las prioridades, sí. Tal vez no tengas edad suficiente para comprenderlo, o que el tiempo pasa. Dentro de dos años tendrás dieciocho años. Si en ese momento yo decido aceptar una oferta de hacer televisión, lo haré.

—No quiero que espere. No por mí. —Sus ojos se veían brillantes y llenos de furia—. Si se presentan problemas, yo los resolveré. Ya no soy un chico. Y, por lo que sabemos, ella está muerta. Espero por Dios que lo esté.

—No digas eso. —La voz de Max sonó afilada como una espada—. Sea lo que fuere que hizo o que no hizo, sigue siendo tu madre, y te dio la vida. No le desees la muerte, Luke. Ya es algo que nos viene a todos demasiado pronto.

—¿Acaso espera que no la odie?

Siéntiéndose de pronto muy cansado, Max se pasó las manos por la cara. Sabía que llegaría el momento de hablar de eso. Siempre llegaba el momento de lo que uno más temía.

—No está muerta.

—¿Cómo lo sabe? —Saltó Luke.

—¿Crees que correría riesgos contigo? —Furioso por tener que dar explicaciones, Max arrancó una camisa limpia de una percha—. Le he seguido la pista y sé dónde está, cómo está, qué hace. Al primer movimiento que hiciera hacia ti, yo te habría llevado a algún lugar donde ella no pudiera encontrarte.

Toda la furia de Luke se desvaneció, dejándolo vacío y desdichado.

—No sé qué se supone que debo decirle.

—No tienes que decir nada. Hice lo que hice, y seguiré haciéndolo, porque te quiero. Si tuviera que pedirte algo a cambio, te pediría que tuvieras paciencia durante dos cortos años.

Los hombros caídos, Luke se puso a toquetear los botes de crema que estaban en el tocador de Max.

—Jamás podré pagarle lo que hace por mí.

—No me insultes al intentarlo...

—Usted y Lily... —Tomó un bote, lo volvió a dejar. Algunos sentimientos eran demasiado grandes para expresarlos con palabras—. Yo haría cualquier cosa por ustedes.

—Entonces sácate eso de la cabeza por el momento. Ve a cambiarte. Todavía tengo trabajo que hacer esta noche.

Luke volvió a levantar la vista. Max se preguntó cómo era posible que ese muchacho se hubiera convertido en un hombre en el breve rato que estuvieron hablando en ese cuarto abigarrado. Pero era un hombre el que ahora lo miró, sus hombros anchos y erguidos, sus ojos ya no brillantes sino oscuros y directos.

—Esta noche usted piensa hacer el trabajo en la mansión Langtree. Quiero ir con usted.

Max suspiró y se sentó para quitarse los zapatos de la función.

—Me estás haciendo muy difíciles las cosas esta noche, Luke. Te he complacido antes, pero hay un gran trecho entre obtener información para hacer un trabajo y ejecutarlo.

—Iré con usted, Max. —Luke dio un paso adelante de modo que Max se vio obligado a echar la cabeza hacia atrás para mirar a Luke a los ojos—. Siempre habla de hacer elecciones. ¿No es hora de que me deje empezar a hacer las mías?

Hubo un largo silencio antes de que Max volviera a hablar.

—Salimos dentro de una hora. Necesitarás ropa oscura.

Max se alegró muchísimo de que Elsa Langtree no coleccionara los pequeños perros falderos a que eran tan afectas la mayoría de las actrices. Las excentricidades de Elsa se dirigían más bien a coleccionar hombres... cada vez más jóvenes y musculosos a medida que pasaban los años. En la actualidad atravesaba el período entre su marido número siete y número ocho. Recientemente se había divorciado de un futbolista profesional y estaba en plenos preparativos de casamiento con su actual amor: un levantador de pesas de veintiocho años.

Elsa tenía, según su propia confesión, cuarenta y nueve.

Si bien su gusto era bastante malo en lo relativo a los hombres, no lo era en otros sentidos. Un hecho que Max le señaló a Luke mientras trepaban el muro de

dos metros y medio de altura que rodeaba su propiedad.

—Los ricos con frecuencia pierden toda perspectiva —dijo Max en voz baja mientras corrían por el bien cuidado parque—. Pero, como verás, la casa que Elsa mandó construir hace diez años es preciosa. Contrató a decoradores, por supuesto. Pero ella inspeccionó y aprobó cada tela, cada pieza, cada detalle personalmente.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Cuando uno se prepara para entrar en una casa, es imperativo saberlo todo sobre sus habitantes, tanto como conocer el plano estructural del edificio. —Hizo una pausa al abrigo de unos árboles—. La casa, como puedes ver, es un excelente ejemplo de arquitectura colonial. Líneas muy tradicionales, levemente fluidas y femeninas y perfectamente adecuadas para una persona como Elsa.

—Es muy grande —comentó Luke.

—Naturalmente, pero no ostentosa. Una vez que estemos adentro, hablaremos solo cuando sea absolutamente necesario. Quédate todo el tiempo a mi lado y sigue mis instrucciones al pie de la letra y sin vacilar.

Luke asintió. En su sangre bullía la expectación.

—Estoy listo.

Max encontró el sistema de alarma camuflado entre los canteros de los ventanales junto al patio posterior. Siguiendo las instrucciones de Mouse, desatornilló la placa de protección y cortó los cables apropiados. Luchando contra la impaciencia, Luke aguardó a que Max volviera a colocar los tornillos y se dirigiera a la puerta de la terraza.

—Cristal tallado, cortado y diseñado por un artista de New Hampshire —murmuró Max—. Sería un crimen dañarlo. —En lugar de usar su cortavidrios, sacó las ganzñas y se puso a trabajar en las dos cerraduras.

Le tomó tiempo. Mientras los minutos pasaban, Luke oía todos los sonidos que flotaban en el aire. El débil zumbido del filtro de la piscina, el murmullo de los pájaros en los árboles, el leve clic de metal sobre metal mientras Max intentaba abrir las cerraduras. Después, el suspiro de triunfo cuando Max abrió la puerta.

Ahora, por primera vez, Luke sintió lo que Max siempre había experimentado. Esa vibrante excitación de caminar por el interior de una casa cerrada con llave, el placer fantasmal de saber que en ella había gente durmiendo, el punzante poder de desplazarse por la oscuridad para cobrar el premio.

Caminaron en silencio, en fila india, por la sala espaciosa. Un leve aroma a crisantemos, un susurro de perfume femenino. Con los planos grabados en la mente, Max enfiló hacia la cocina y la puerta que conducía al sótano.

—¿Por qué...?

Max sacudió la cabeza para imponer silencio y bajó por la escalera. Las paredes estaban revestidas con pino oscuro. En el centro de la habitación

principal se veía una mesa de pool, rodeada por pesados muebles. Un bar de roble dominaba una de las paredes.

—Un cuarto de juegos —dijo Max en voz baja—. Para mantener contentos a sus hombres.

—¿Guarda aquí sus joyas?

—No. —Max rio entre dientes ante la mera idea—. Pero aquí está la caja principal de fusibles. La caja tiene un temporizador. Muy sofisticado y difícil de eliminar. Pero si se desconecta la corriente...

—La caja fuerte se abrirá.

—Exactamente. —Max entreabrió la puerta que daba a otro pequeño cuarto—. ¿No te parece perfecto? —le dijo a Luke—. Todo prolijamente rotulado. Biblioteca —dijo y sacó el fusible—. Con eso debe de bastar. —Miró a Luke con una sonrisa—. Es tan frecuente que la gente esconda la caja de seguridad entre los libros. Interesante, ¿no te parece?

—Sí. —Dentro de los guantes, sentía que le sudaban las manos.

—¿Cómo te sientes?

—Como la primera vez que me instalé con Annabelle en el asiento trasero del coche —se oyó decir Luke y se puso colorado.

Max se llevó una mano al corazón pero no pudo reprimir la risa.

—Sí, claro —logró decir un momento después—. Una analogía muy apropiada. —Y se dio media vuelta y comenzó a subir por la escalera.

En la biblioteca encontraron la caja fuerte, detrás de un cuadro magnífico. Con el temporizador anulado, fue tan sencillo como abrir la hucha de un niño. Max dio un paso atrás y le hizo señas a Luke.

De padre a hijo, pensó con orgullo mientras Luke extraía el joyero. Iluminó con su pequeña linterna cuando Luke lo abrió.

Las gemas eran una preciosidad. Eso fue todo lo que Luke pudo pensar mientras contemplaba el resplandor de las piedras, magníficamente engarzadas en oro y platino. El hecho de que en ese primer instante no hubiera pensado en absoluto en su valor monetario le habría complacido muchísimo a Max.

—Todavía no —dijo Max con la boca muy cerca de la oreja de Luke—. Lo que relumbra con frecuencia es solo una imitación. —Extrajo su lupa de la bolsa y, después de entregarle la linterna a Luke para que iluminara las gemas, las examinó—. Maravillosas —murmuró con un suspiro—. Simplemente maravillosas. Como te dije, Elsa tiene un gusto exquisito. —Cerró la caja fuerte y volvió a ocultarla con el cuadro.

Luke se quedó un momento con miles de dólares en esmeraldas en las manos. Y sonrió.

Para Sam, el truco para poder embaucar bien a la gente, consistía en explotar el eslabón más débil de la cadena. En el corto tiempo en que estaba con la troupe de los Nouvelle, se había ofrecido a realizar cualquier trabajo, siempre con una sonrisa en los labios y con un cumplido en la punta de la lengua. Había escuchado con aire comprensivo el relato que le hizo Lily del pasado de Luke, y logró ganar su afecto inventando la historia de una madre muerta y un padre brutal, historia que habría sorprendido a sus padres, que vivían en una casa modesta en Bloomfield, New Jersey, y que en los dieciséis años en que él vivió bajo su techo, ni siquiera le habían levantado la mano.

Pero él siempre detestó los suburbios y, por razones que habían desconcertado a sus padres tranquilos y trabajadores, los despreció, no solo a ellos sino a su estilo de vida y sus ambiciones modestas.

Durante su adolescencia, les había destrozado el corazón con su desafío y rebelión. Robó por primera vez el coche de la familia a los catorce años y se dirigió a Manhattan. Podría haberlo logrado si se hubiera molestado en pagar el peaje. La policía lo llevó de vuelta a Bloomfield, arrogante e impenitente.

Comenzó a robar en las tiendas: relojes, alhajas de fantasía, maquillajes. Después, embalaba la mercancía robada en algún estuche de cuero también robado y se la vendía con descuento a sus compañeras de estudios.

En dos ocasiones entró por la fuerza al colegio y realizó allí actos de vandalismo, destrozando por puro placer los vidrios de las ventanas y los grifos de agua. Tuvo la inteligencia de no alardear de sus actividades, y se mostró tan seductor con sus maestros que jamás sospecharon de él.

En su casa era un verdadero demonio que permanentemente hacía llorar a su madre. Sus padres sabían que él les robaba: hoy, un billete de veinte dólares de la billetera; mañana, algunos objetos de adorno; otro día, una joya. No podían entender por qué tomaba esas cosas cuando ellos le daban todo lo que quería. No entendían que, en realidad, lo que más le gustaba no era robar sino lastimar a la gente.

Rehusó asistir a reuniones con consejeros, o si lograban arrastrarlo ante un terapeuta, no abría la boca. A los dieciséis, en una ocasión en que su madre no quiso prestarle el coche, él respondió golpeándola, partiéndole el labio y poniéndole un ojo a la virulé. Después, muy campante, cogió las llaves, salió por la puerta y se llevó el coche.

Dejó abandonado el vehículo cerca de la frontera con Pensilvania y jamás regresó.

Nunca pensaba en sus padres. Por su mente no desfilaban recuerdos de Navidades, ni de cumpleaños, ni de viajes a la costa. Para Sam, ellos prácticamente no significaban nada, y, por consiguiente, no existían.

Los Nouvelle le proporcionaban dinero, una fachada excelente, y tiempo para planear su futuro. Porque le era posible usarlos, los despreciaba tanto como a la pareja que le diera la vida.

Por razones que él mismo no comprendía ni intentaba entender, al que más odiaba era a Luke. Y como intuía que Roxanne tenía un enamoramiento casi infantil hacia Luke, Sam se preparó para apartarla de él.

Además, la consideraba el eslabón más débil.

Le brindó tiempo y atención, la escuchó expresar sus ideas, la felicitó por sus habilidades en la magia. Por medio de halagos, la convenció de que le enseñara algunos trucos y poco a poco consiguió que confiara en él y le tuviera afecto.

Estaba seguro de la lealtad de Roxanne, y hacia finales de su segundo mes en Nueva Orleans, decidió ponerla a prueba.

Con frecuencia salía a caminar y a encontrarse con Roxanne cuando ella salía del colegio, un hábito que lo hizo congraciarse con Max y con Lily. Era un invierno muy frío y húmedo, y la gente caminaba deprisa por las calles, ansiosa por encontrar refugio en su casa. Resultaba fácil descubrir a Roxanne, que caminaba con lentitud por las veredas, y se protegía de la llovizna al avanzar debajo de los balcones mientras miraba los escaparates de las tiendas.

Estaba todavía a dos manzanas de distancia cuando él la vio: su llamativo pelo y su chaqueta azul profundo se destacaban en ese paisaje sombrío.

—Eh, Roxy, ¿cómo ha ido el colegio?

—Muy bien —contestó ella y le sonrió, con edad suficiente y por cierto lo bastante femenina como para sentirse halagada por las atenciones de un muchacho de diecinueve años.

Una de las tiendas de la calle Royal estaba repleta de más chucherías que de tesoros. Pero se podían encontrar algunas piezas interesantes, la mayoría de poco valor. La mujer que atendía la tienda admitía objetos en prenda, y completaba sus ingresos tirando el Tarot y leyendo las manos. Sam había elegido esa tienda porque por lo general la propietaria trabajaba sola y porque con frecuencia Roxanne entraba allí para curiosarse sobre su futuro.

—¿Quieres hacerte tirar las cartas? —preguntó él con una sonrisa—. Podrías preguntarle si conseguirás novio. —Le lanzó una mirada que la conmovió y abrió la puerta antes de que ella tuviera tiempo de pasar de largo—. Quizá te diga cuándo te casarás.

Madame D'Amour se encontraba sentada detrás del mostrador. Tenía un rostro angular muy maquillado y dominado por oscuros ojos marrones. Ese día usaba uno de sus muchos turbantes, uno de color púrpura, y unos aros llamativos imitación diamante que casi le llegaban a los hombros de su larga túnica también púrpura. Alrededor del cuello llevaba varias cadenas de plata, y, en ambas muñecas, una serie de pulseras.

Tendría algo más de sesenta años y alegaba descender de gitanos. Tal vez

fuera cierto, pero al margen de su herencia, Roxanne sentía fascinación por ella.

Cuando sonaron las campanillas de la puerta, levantó la vista y sonrió. Frente a ella, sobre el mostrador, había cartas de Tarot dispuestas formando una cruz celta.

—Pensé que mi pequeña amiga me visitaría hoy.

Roxanne se acercó para poder estudiar las cartas.

—¿Viniste a comprar —le preguntó *Madame*—, o a mirar?

—¿Tiene tiempo para tirarme las cartas?

—Para ti, querida, siempre tengo tiempo. —Miró a Sam, y su sonrisa se desvaneció un poco. Había algo en el muchacho que no le gustaba nada, a pesar de su sonrisa abierta y cordial y sus lindos ojos—. ¿Y tú? ¿Tienes alguna pregunta para las cartas?

—En realidad, no —dijo y sonrió con timidez—. Pero tú, Roxy, tómate tu tiempo. Yo tengo que ir a buscar algunas cosas a la farmacia. Te veré en casa.

—Está bien. —Mientras *Madame* tomaba las cartas y se ponía de pie, Roxanne se acercó a la cortina que separaba la trastienda—. Dile a papá que ya voy.

Él abrió con lentitud la puerta de calle para que sonaran las campanillas. Y después volvió a cerrarla. Moviéndose con rapidez, enfiló hacia el mostrador, debajo del cual había una caja de cigarros pintada donde *Madame* guardaba el dinero y los recibos. Sam sacó todo el efectivo, hasta el último centavo. Después, sosteniendo las campanillas para que no sonaran, se deslizó afuera y cerró la puerta muy despacio.

Durante la siguiente semana, Sam robó en otras cuatro tiendas de la zona. Cuando le convenía, usufructuaba de la colaboración de Roxanne: recorría las tiendas con ella, y aguardaba hasta que ella, una cara familiar en el barrio, llamaba la atención del empleado.

A Sam no le importaba el valor del botín. De lo que más disfrutaba era de que la confiada e ingenua Roxanne fuera su cómplice sin saberlo. A nadie se le ocurriría acusar a la adorada hija de Maximilian Nouvelle de hacerse con algunas baratijas. Mientras estuviera con ella, podía llenarse los bolsillos.

Pero lo mejor de ese verano en Nueva Orleans fue seducir a Annabelle y apartarla así del enamorado Luke.

Le resultó fácil, tan fácil como sus raterías compulsivas en las tiendas. Lo único que tenía que hacer era observar, escuchar y sacar ventaja de las oportunidades que se le ofrecían.

Al igual que la mayoría de los jóvenes enamorados, Luke y Annabelle tenían su buena dosis de disputas, la mayoría de las cuales giraban alrededor del poco tiempo que Luke le dedicaba y de las crecientes exigencias de ella de que

pasaran más tiempo juntos. Trataba de convencerlo de que faltara a los ensayos, de que se retirara de las funciones para poder llevarla a una fiesta, a un baile, a un paseo.

—Mira, no puedo —dijo Luke con impaciencia y se pasó el auricular del teléfono a la otra oreja—. Annabelle, ya te lo he explicado mil veces.

—Qué empecinado que eres. —A través del auricular se notó el llanto en su voz—. Sabes perfectamente bien que el señor Nouvelle lo entendería.

—No, no lo sé —respondió Luke... porque no le había pedido a Max que entendiera y no pensaba hacerlo—. No tengo el fin de semana libre, Annabelle. Estoy comprometido con la función.

—Supongo que eso te importa más que yo.

Era cierto, pero Luke dudaba mucho que fuera prudente reconocerlo.

—Es nada más que algo que tengo que hacer.

—La fiesta de Lucy será la más grande del año. Todo el mundo estará allí. Su padre contrató a una banda de música. Moriré si me la pierdo.

—Entonces ve —dijo Luke de mala gana—. Te dije que yo no tenía inconveniente. No te obligo a quedarte sentada y sola en tu casa.

—¿No puedes hacer un esfuerzo?

—No puedo, Annabelle.

—No quieres —dijo ella con tono helado.

—Escucha —dijo él, pero hizo una mueca cuando oyó que ella cortaba la comunicación con furia—. Dios mío —murmuró y dejó caer el auricular.

—¿Problemas con las mujeres? —Parecía que Sam pasaba por allí casualmente al salir de la cocina, con una manzana en la mano. En realidad, había escuchado toda la conversación, y ya les estaba dando forma a sus planes.

Mientras Luke se preparaba para su actuación en La Puerta Mágica, Sam llamaba a la puerta de la casa de Annabelle. Ella misma fue a abrir, con los ojos hinchados por el llanto, y de muy mal humor.

—Hola, Sam —dijo y se alisó el pelo—. ¿Qué haces por aquí?

—Luke me mandó. —Y con una sonrisa de disculpa, sacó el brazo que tenía detrás de la espalda y le ofreció un ramo de pensamientos.

—Oh —dijo ella, y tomó las flores. Estaba halagada. Con una noche aburrida y larga por delante, le pareció tonto cerrarle la puerta a este muchacho atractivo—. ¿Quieres entrar a tomar una Coca-Cola o algo? A menos que tengas otros planes.

—Me encantaría, si a tus padres no les parece mal.

—Han salido, y no volverán hasta dentro de varias horas. —Parpadeó—. Me gustaría estar acompañada.

—A mí también —dijo Sam y cerró la puerta a sus espaldas.

Primero se hizo un poco el tímido y mantuvo bastante distancia mientras tomaban refrescos y oían música. Poco a poco, se fue transformando en un

comprensivo confidente. Procuró no criticar a Luke por temor a que ella lo tomara mal y lo defendiera. Con la excusa de compensarla por haber perdido la fiesta, la invitó a bailar, aunque con cierta timidez.

Esa apocada admiración le pareció muy dulce a Annabelle, y le hizo apoyar la cabeza sobre su hombro mientras se mecían sobre la alfombra. Cuando la mano de él comenzó a ascender y descender rítmicamente por su columna vertebral, Annabelle se limitó a suspirar.

—Me alegro tanto de que vinieras —murmuró—. Me siento muchísimo mejor.

—Me ponía mal pensar que estabas sola y enfadada. Luke tiene suerte de tener una chica como tú —dijo y tragó fuerte, asegurándose de que ella lo oyera. Cuando volvió a hablar, su voz era vacilante—. Yo, bueno, pienso en ti todo el tiempo, Annabelle. Sé que no debería, pero no puedo evitarlo.

—¿En serio? —Sus ojos brillaban cuando echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara—. ¿Qué es lo que piensas de mí?

—En lo hermosa que eres. —Acercó su boca a la de ella y la sintió estremecerse—. Cuando vienes a casa o al club, no puedo quitarte los ojos de encima. —Le rozó los labios con los suyos, apenas, y después, como recuperando la sensatez, dio una sacudida hacia atrás—. Lo lamento —dijo y se pasó una mano temblorosa por el pelo—. Debería irme.

Pero no se movió sino que se quedó allí de pie, mirándola. Un momento después fue ella, tal como él había supuesto, como lo había planeado, la que se le acercó y le echó los brazos al cuello.

—No te vayas, Sam.

Era atractivo, era agradable con ella y sabía besar. Los requerimientos de Annabelle acababan de verse satisfechos.

Cuando él la recostó en el diván y la poseyó, su cuerpo se estremeció en el momento del clímax. Pero se estremeció más todavía por el placer de saber que acababa de tomar algo que había sido de Luke.

Mientras Sam hacía gemir a Annabelle sobre las borrosas flores del tapizado del diván de su madre, *Madame* se acercaba por detrás del escenario de La Puerta Mágica. Le molestaba ser portadora de malas noticias. Pero era algo que debía hacer, no tanto por los demás comerciantes del barrio, ni siquiera por ella misma, sino por Roxanne.

—*Monsieur* Nouvelle.

Max levantó la vista de los bosquejos que estaba haciendo y vio a *Madame* en la puerta de su camerino. Sus ojos se iluminaron con auténtico placer, se puso de pie y le tomó la mano para besársela.

—Ah, *Madame*, *bonsoir*, *bienvenue*. Es un verdadero placer volver a verla.

—Ojalá pudiera decir que he venido a ver la función, *mon ami*, pero no es así.
—Vio que la sonrisa de los ojos de Max se trocaba en preocupación.

—Ocurre algo.

—*Oui*, algo que lamentablemente tengo que decirle. ¿Podemos hablar?

—Desde luego. —Cerró la puerta y la condujo a una silla.

—Al principio de esta semana, mi tienda fue robada.

—¿Qué se llevaron?

—Alrededor de cien dólares, y varias bagatelas. No será una tragedia, pero es bastante desagradable. Hice la denuncia, por supuesto, y, como es natural, no se pudo hacer mucho. Cuando uno está en el comercio, acepta las pérdidas. No habría vuelto a pensar en el asunto si uno o dos días después no me hubiese enterado de que otros dos negocios, la *boutique* Nueva Orleans, de la calle Bourbon, y *Rendezvous*, en la calle Conti, también habían sido robados, siempre por sumas no muy grandes. Un día después, le ocurrió lo mismo a la tienda contigua a la mía, aunque en ese caso las pérdidas no fueron tan pequeñas: se llevaron varias piezas valiosas de porcelana y también varios cientos de dólares en efectivo.

Max se pasó un dedo por el bigote.

—¿Alguien alcanzó a ver al ladrón?

—Tal vez sí —dijo *Madame* y se puso a jugar con el amuleto que descansaba sobre la seda roja de su túnica—. Tal vez no. Mientras los comerciantes cambiábamos ideas sobre lo ocurrido, descubrimos que alguien conocido había estado en la tienda en cada ocasión en que se produjo el robo. Es posible que haya sido una coincidencia.

—¿Una coincidencia? —Max enarcó una ceja—. Me parece muy poco probable. ¿Por qué ha venido a verme por este tema, *Madame*?

—Porque la persona que estuvo en todas las tiendas fue Roxanne.

Madame apretó los labios bien fuerte cuando vio el cambio en la expresión del rostro de Max. Nada quedaba en él de la preocupación, el interés, el evidente deseo de ayudar. En su lugar aparecía una furia peligrosa.

—*Madame* —dijo en un murmullo—. ¿Se atreve usted...?

—Me atrevo, *monsieur*, porque quiero mucho a la pequeña.

—Y, sin embargo, la acusa.

—No. No la acuso a ella. Roxanne no estaba sola cuando visitó esos lugares.

—¿Quién la acompañaba?

—Samuel Wyatt.

Max habría querido decir que la noticia lo cogía por sorpresa.

—¿Me espera usted un momento? —dijo, se acercó a la puerta y llamó a Roxanne. Cuando ella entró al camerino, en su rostro apareció una enorme sonrisa al ver a *Madame*.

—¡Vino! —exclamó y corrió a besar a la mujer—. No sabe cuánto me alegro. Podrá ver el nuevo número. Luke y yo lo hicimos por primera vez frente al público en la función anterior. Y lo hicimos bien, ¿verdad, papá?

—Sí. —Cerró la puerta y después se inclinó y le colocó las manos en los hombros—. Tengo que preguntarte algo, Roxanne. Algo importante. Y debes decirme la verdad, no importa lo que sea.

La sonrisa desapareció de los ojos de Roxanne, y en ellos apareció una expresión solemne y un poco asustada.

—Yo no te mentaría, papá. Nunca.

—¿Estuviste en la tienda de *Madame* a principios de esta semana?

—El lunes, después del colegio. *Madame* me tiró las cartas.

—¿Estuviste sola?

—Sí... quiero decir, cuando me tiró las cartas. Sam fue conmigo, pero se marchó.

—¿Te llevaste algo de la tienda de *Madame*?

—No. Me hubiera gustado comprar el pequeño frasco azul, para el cumpleaños de Lily, pero no llevaba dinero encima.

—No hablo de comprar, Roxanne, sino de llevarte, de coger.

—Yo... —Su boca tembló al entender—. Jamás le robaría nada a *Madame*, papá. ¿Cómo podría hacerlo? Es mi amiga.

—¿Viste si Sam se llevaba algo, de lo de *Madame* o de cualquiera de las otras tiendas que visitó contigo esta semana?

—Oh, papá, no. —La sola idea hizo que en sus ojos asomaran lágrimas—. Él no podría haberlo hecho.

—Ya lo veremos —dijo Max y la besó en la mejilla—. Lo siento, Roxanne. Te pido que no pienses más en esto hasta después de la función, y que estés preparada para aceptar la verdad, cualquiera que sea.

—Es mi amigo.

—Eso espero.

Ya había pasado la una de la madrugada cuando Max abrió la puerta del dormitorio de Sam. Vio la figura debajo del cobertor y avanzó sigilosamente hacia un costado de la cama. Totalmente despierto, Sam se movió, parpadeó y abrió los ojos como si acabara de despertar. La luz de la luna iluminó su cara.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Max.

—Eso creo —dijo Sam y esbozó una débil sonrisa—. Lamento haberlos decepcionado esta noche.

—No tiene importancia —dijo Max y encendió la luz, sin prestar atención al gruñido de sorpresa de Sam—. Desde ya te pido disculpas por esta intromisión. Pero es necesaria. —Dijo y se acercó al armario.

—¿Qué ocurre?

—Hay dos maneras de mirarlo —dijo Max y apartó la ropa colgada—. O estoy defendiendo mi hogar, o de lo contrario te estoy causando un grave daño. Sinceramente, espero que sea lo segundo.

—Usted no tiene derecho a revisar mis pertenencias. —Sam saltó de la cama en ropa interior y tiró del brazo de Max.

—Al hacerlo, es posible que esté salvando tu reputación.

—Vamos, Sam. —Muy incómodo a juzgar por el rubor de sus mejillas, Mouse entró en la habitación para apartar a Sam.

—Pedazo de imbécil, sácame las manos de encima. —Sam saltó y tironeó, pero Mouse lo sostuvo con firmeza. La furia que siempre bullía debajo de la superficie estalló en Sam cuando vio que Max sacaba una caja de un estante—. Maldito hijo de puta, te mataré por esto.

Con gran calma, Max le quitó la tapa a la caja y observó lo que contenía. El dinero en efectivo estaba prolijamente dispuesto en un fajo sujeto con una goma elástica. Algunas de las bagatelas de la lista proporcionada por *Madame* se encontraban también allí.

—Te acepté en mi hogar —dijo Max con lentitud mirando a Sam—. No espero gratitud por eso, puesto que trabajaste para pagar tu alojamiento y comida. Pero te confié a mi hija y ella te creyó su amigo. La usaste, y de tal manera que, junto con todo esto, le robaste parte de su infancia. Si yo fuera un hombre violento, te mataría solamente por eso.

—Ella sabía lo que yo estaba haciendo —dijo Sam—. Fue parte del plan. Ella...

Calló cuando Max le pegó una bofetada con el dorso de la mano.

—Quizá, después de todo, sea un hombre violento. —Dio un paso adelante para que sus ojos estuvieran cerca de los de Sam—. Cogerás tu ropa y te irás esta misma noche. Te pagaré lo que te deba. Y te irás, no solo de esta casa, sino también de este barrio. Créeme, conozco cada centímetro de este vecindario. Si al amanecer sigues en él, yo lo sabré. Y te encontraré.

Se dio media vuelta y, llevándose la caja, se encaminó a la puerta.

—Déjalo ir, Mouse. Pero vigila que empaquete sus cosas y solamente sus cosas.

—Me lo pagarás, hijo de puta —dijo Sam mientras se limpiaba la sangre del labio—. Juro por Dios que me lo pagarás.

Sam tomó un par de vaqueros del respaldo de una silla y se mofó de Mouse mientras se los ponía.

—¿Te calienta ver cómo me visto, marica de porquería?

Mouse se ruborizó un poco, pero no dijo nada.

—De todos modos, me encantará largarme de aquí. —Se puso una camisa—. Los últimos meses me he aburrido como una ostra.

—Entonces lárgate de una vez. —Luke estaba de pie en el vano de la puerta. Sus ojos refulgían—. Eso nos dará tiempo para fumigar este cuarto usado por la alimaña que usa a una criatura para salvar su trasero.

—¿No crees que a ella le gusta ser usada? —Sonriendo por el desafío, Sam metió el resto de su ropa en una bolsa de lona—. Eso es lo que más les gusta a las mujeres, tarado. Pregúntaselo a Annabelle.

—¿Qué mierda quiere decir eso?

—Bueno, bueno. —Sam se encogió de hombros—. Puesto que lo preguntas, tal vez te interese saber que mientras esta noche jugabas al buen muchacho con el resto de la troupe, yo estaba muy ocupado tirándome a tu chica. —Vio la furia en la cara de Luke y también su incredulidad—. Justo en ese horrible diván floreado del cuarto de estar. —La sonrisa de Sam fue helada—. En cinco minutos la tuve afuera de esa preciosa bragueta roja de encaje. A ella le gusta más estar arriba, ¿no? Para poder dársela bien al fondo. Y ese lunar que tiene debajo de la teta izquierda sí que es *sexy*, ¿verdad?

Se preparó, deseando la pelea mientras Luke saltaba hacia él. Pero Mouse fue más veloz: aferró a Luke y lo arrastró hacia la puerta.

—No vale la pena —decía sin cesar Mouse—. Vamos Luke, suéltalo. No vale la pena. Sal y tranquilízate.

Fantástico, pensó Luke. Saldría y esperaría a Sam. Bajó corriendo los escalones y salió al jardín. La sangre le bullía en las venas. Ya tenía los puños apretados y listos. Planeaba esperar a Sam en la calle, seguirlo durante una o dos manzanas, y después darle una paliza inolvidable.

Entonces oyó llorar a Roxanne. Él ya estaba prácticamente en la calle, listo para luchar, su mente llena de violencia. Pero ella lloraba como si tuviera el corazón destrozado, acurrucada sobre un banco de piedra junto a las azaleas.

Tal vez si Roxanne hubiera tenido el hábito de llorar, Luke podría no haberle prestado atención y seguir con lo suyo. Pero en todos los años pasados junto a los Nouvelle, jamás la había oído llorar desde que cayó enferma con varicela. Y ese sonido le llegó hondo y le tocó el corazón.

—Vamos, Roxy. —Con torpeza, Luke se acercó al banco y la palmeó en la cabeza—. No llores.

Ella siguió con la cara apretada contra las rodillas y sollozó.

—Dios mío. —Y, de pronto, Luke se encontró sentado junto a ella, abrazándola—. Vamos, chiquita, no dejes que él te haga llorar de esta manera. Es un hijo de puta, un desgraciado. —Suspiró y se mecía y descubrió que poco a poco se iba calmando—. Él no lo vale —dijo, mitad para sí, y en ese momento comprendió la verdad en las palabras de Mouse.

—Me usó —murmuró Roxanne contra el pecho de Luke. Ahora ya tenía control sobre los sollozos, y casi se sintió suficientemente fuerte como para dejar de llorar—. Fingió ser mi amigo, pero jamás lo fue. Me usó para robarle cosas a

la gente que me importaba. Oí lo que le dijo a papá. Fue como si nos odiara, como si nos hubiera odiado desde siempre.

—Tal vez fuera así. ¿Qué nos importa?

—Yo lo traje a casa. —No estaba segura de poder perdonárselo—. ¿Él... realmente hizo eso con Annabelle?

Luke soltó el aire de sus pulmones y apoyó la mejilla contra el pelo de Roxanne.

—Supongo que sí.

—Lo siento.

—Si ella se lo permitió, así como así, no creo que haya sido realmente mía.

—Él quería lastimarte —dijo Roxanne—. Creo que quería herir a todo el mundo. Por eso robó esas cosas. No es como lo que hace papá.

—Mmmm —dijo Luke con aire ausente—. ¿Qué?

—Ya sabes, eso de robar. Papá no le robaría a un amigo, ni a una persona que se perjudicara por ese robo. —Roxanne bostezó—. Siempre se lleva joyas y cosas que están aseguradas.

—Dios santo. —La empujó de sus rodillas y la pobre Roxanne cayó de traste sobre el banco—. ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Cuánto hace que sabes lo que hacemos?

Ella sonrió con aire condescendiente, y sus ojos hinchados reflejaron el claro de luna.

—Desde siempre —dijo, sencillamente—. Siempre lo supe.

Sam se marchó de la casa, pero no del barrio. Porque todavía tenía que ajustar cuentas con alguien. La soplona tenía que haber sido Roxanne.

La esperó. Sabía el camino que cogía para ir al colegio. Algunas veces incluso la había acompañado, tratando de mostrarse atento con ella. Y ella le había pagado de esa manera.

Pasó varias horas acurrucado en un callejón, tratando de protegerse de una llovizna helada. Detestaba tener frío.

Era otra cosa por la que la haría pagar.

La vio y se ocultó más. Pero comprobó que no hacía falta tomar precauciones. Ella caminaba con despreocupación, llevando la mochila en la espalda, los ojos bajos. Él esperó y, cuando Roxanne estuvo suficientemente cerca, saltó sobre ella.

La chiquilla no tuvo siquiera tiempo de gritar cuando fue apresada desde atrás y arrojada al callejón. Levantó los puños, pero los bajó al ver que se trataba de Sam.

Todavía tenía los ojos hinchados. Eso le dio rabia. Le dio rabia que él la hubiera hecho llorar. Con la barbilla bien alta, y sus ojos perfectamente secos, lo

miró.

—¿Qué quieres?

—Charlar un momento. Solo tú y yo.

Algo en la cara de Sam le hizo tener ganas de huir, algo que jamás le había visto antes. Odio.

—Papá te dijo que te marcharas de aquí.

—¿Crees que ese viejo me asusta? —dijo y la tiró contra la pared—. Hago lo que quiero, y lo que quiero en este momento es ajustar cuentas contigo. Me debes una, Rox.

—¿Yo te debo? —Olvidando la sorpresa, olvidando el dolor del hombro donde había golpeado contra la piedra, se apartó de la pared—. Yo te llevé a casa. Le pedí a papá que te diera trabajo. Te ayudé, y después le robaste a mis amigos. Yo no te debo nada.

—¿Adónde vas? —La volvió a tirar contra la pared cuando ella trató de escapar—. ¿Al colegio? No lo creo. Creo que deberías pasar un buen rato conmigo —dijo y le rodeó la garganta con la mano. Roxanne habría querido gritar en ese momento, muy fuerte y por mucho tiempo, pero no tenía suficiente aire.

El miedo la hizo levantar los brazos y, sin pensarlo siquiera, y sin previo aviso, clavarle las uñas en la cara. Él chilló y aflojó las manos. Roxanne casi había logrado llegar a la boca del callejón cuando él la apresó.

—Putita de mierda. —Respiraba fuerte cuando la tendió en el suelo. Sentía rabia y dolor, pero también excitación. Haría lo que se le antojara con ella: cualquier cosa, todo, y nadie podría impedirselo.

Ella lo vio acercarse y se incorporó apoyándose en las manos y las rodillas. Sabía que él la lastimaría, y que las cosas se pondrían realmente feas. Apunta bajo, se dijo, y golpea fuerte.

No hizo falta. Cuando ella se preparaba para el ataque, Luke apareció corriendo por el callejón. Al saltar sobre Sam un rugido brotó de su garganta. Un rugido que Roxanne solo podría describir como el de un lobo.

Y, después, se oyeron golpes sordos de puños contra el cuerpo. Roxanne consiguió ponerse en pie, aunque le temblaron las piernas. Lo primero que hizo fue buscar un arma: una plancha de madera, una piedra, un trozo de metal, lo que fuera. Al final se resignó a utilizar la tapa de un cubo de basura y se acercó al lugar de la pelea.

Solo tardó un momento en comprobar que Luke no necesitaba su ayuda. Ahora estaba montado a horcajadas sobre Sam y lanzaba puñetazos, metódica e implacablemente, sobre su cara.

—Ya basta —dijo ella, y arrojó la tapa para poder frenar a Luke con las dos manos—. Tienes que parar. Nos meteremos en un buen lío si lo matas. —Tuvo que agacharse para que los ojos llenos de furia de Luke se encontraran con los

suyos—. Luke, papá no quería que te lastimaras las manos.

Algo en el tono frío y lógico de esas palabras lo hizo mirárselas. Sus nudillos estaban machucados, en carne viva y ensangrentados. Se echó a reír.

—De acuerdo. —Pero tocó con una de esas manos sangrientas la cara de Roxanne. Había estado furioso por lo de Annabelle, pero eso no era nada, nada en absoluto, comparado con lo que sintió cuando vio a Roxanne en el suelo y Sam erguido sobre ella—. ¿Estás bien?

—Sí. Estaba por golpearlo en las pelotas, pero te agradezco que lo hayas zurrado por mí.

Luke movió la cabeza en dirección a la boca del callejón.

—Vete, Rox. Espérame.

Después de mirar por última vez a Sam, ella se dio media vuelta y se alejó.

—Podría matarte por haberla tocado —dijo Luke y se agachó hacia Sam—. Si llegas a acercarte de nuevo a ella o a cualquiera de mi familia, juro que te mataré.

Sam logró apoyarse en los codos cuando Luke se puso de pie. Tenía fuego en la cara y sentía el cuerpo como si lo hubiese atropellado un camión. Nadie lo había lastimado así antes.

—Me las pagarás —dijo, con un graznido.

Se lo prometió cuando se esforzaba por ponerse de pie. Algún día. Algún día me lo pagarán.

París, 1982

—Ya no soy una criatura —dijo Roxanne con rabia.

—Tengo plena conciencia de ello —dijo Max. En franco contraste, su tono era sosegado. La furia de su hija parecía no afectarlo en absoluto cuando le agregó un poco de crema a su café francés bien cargado. Los años habían agrisado su cabellera.

—Tengo derecho a ir contigo, tengo derecho a participar en eso.

Max untó una generosa ración de mantequilla en su cruasán, probó un trozo y se secó los labios con una servilleta de lino.

—No —dijo, sonrió con dulzura y siguió comiendo.

—Papá... —Roxanne terminó de beber su café y logró sonreírle—. Me doy cuenta de que solo quieres protegerme.

—La tarea más importante de un padre.

—Y te quiero muchísimo por eso. Pero tienes que dejarme crecer.

Él la miró. Aunque en sus labios permanecía la sonrisa, en sus ojos había una tristeza inenarrable.

—Ni siquiera toda la magia de que dispongo podría haber impedido eso.

—Estoy lista. —Sacó ventaja del largo suspiro de Max, le tomó las manos y se inclinó hacia adelante. Su mirada era de nuevo tierna; su sonrisa, persuasiva—. Hace tiempo que estoy lista. Y soy tan buena como Luke...

—No tienes idea de lo bueno que es Luke —dijo Max y le acarició la cabeza.

La mirada de Roxanne se endureció.

—Por bueno que sea —dijo—, yo puedo ser mejor.

—No se trata de un certamen, mi amor.

En esto se equivoca, pensó Roxanne poniéndose de pie y comenzando a pasearse por la habitación. Era una competencia entre ambos, y muy feroz, desde hacía años.

—Es porque yo no soy varón —dijo, y hubo amargura en cada sílaba.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Max—. Eres demasiado joven, Roxy.

Max acababa de emplear el peor argumento. Indignada, ella se dio media vuelta.

—Ya casi tengo dieciocho años. ¿Qué edad tenía Luke la primera vez que lo llevaste contigo?

—Varios años más —murmuró Max—. Además, Roxanne, quiero que tengas estudios universitarios, que aprendas cosas que yo no puedo enseñarte. Que te descubras.

—Sé perfectamente quién soy —saltó ella, levantó la cabeza y enderezó los hombros. Y Max vislumbró en qué clase de mujer se convertiría. Y se sintió tan

orgulloso que casi se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me enseñaste todo lo que necesito saber.

—Ya te llegará el día, si es eso lo que el destino te tiene preparado. Pero no ahora —dijo Max.

—Maldición. Yo quiero...

—Tus deseos tendrán que esperar. —Su tono fue categórico y tajante. Y solo él supo el alivio que sintió al ser interrumpidos por un golpe en la puerta. Le hizo señas a Roxanne de que abriera.

Ella logró disimular su furia y abrir la puerta con una sonrisa agradable en el rostro, que se desdibujó al ver a Luke, a quien fulminó con la mirada.

—Max —dijo Luke—. Pensé que querría saber que finalmente ha llegado el resto del equipo.

—Por fin —dijo Max y le indicó a Luke que se sentara—. Toma una taza de café. Yo mismo iré a verificar todo. Tú podrías quedarte con Roxanne.

—Iré con usted —dijo, y ya se estaba poniendo de pie cuando Max lo obligó a sentarse de nuevo.

—No es necesario. Mouse y yo podemos ver si todo está en orden. Calculo que podremos ensayar esta misma tarde.

¿Ninguno de los dos se da cuenta de las chispas que producen en el otro?, se preguntó Max. Cualquiera que estuviera cerca se incendiaría. Ah, la juventud, pensó con un suspiro y una sonrisa. Los vio reflejados en el espejo: estaban muy tensos aunque se encontraban cada uno en un extremo de la habitación.

En cuanto la puerta se cerró detrás de su padre, Roxanne le dijo a Luke:

—Esta vez no pienso permitir que me dejen al margen.

—No depende de mí.

Se acercó a la mesa frente a la que él se encontraba sentado, y golpeó con las palmas de las manos el mantel de hilo con tal fuerza, que el servicio de porcelana se sacudió estrepitosamente.

—¿Y si dependiera de ti?

Él la miró a los ojos. Tuvo ganas de estrangularla por haberse convertido en una muchacha tan hermosa.

Y lo había hecho lenta e insidiosamente a lo largo de los últimos años.

—Haría exactamente lo que hace Max.

Eso le dolió a Roxanne. Le pareció una traición.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estás lista.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó y echó la cabeza hacia atrás. La luz que se colaba por la ventana iluminó su pelo y pareció encender fuego en él. Luke tuvo miedo de que hubiera notado la pasión que palpitaba en sus propios ojos—. ¿Cómo sabes para qué estoy lista?

Era un desafío directo. Demasiado directo. Se le humedecieron las manos. La

haría enojar. Era lo mejor. Mientras estuviera furiosa esperaba poder mantener sus manos lejos de ella.

—Soy tan buena como tú, Callahan. Ni siquiera sabías barajar un mazo de cartas hasta que yo te enseñé cómo hacerlo.

—Debe de ser duro saberse superada.

Ella se puso blanca y después enrojeció con violencia. Se enderezó y, para desdicha de Luke, él pudo notar cada una de las curvas de su cuerpo debajo de la bata que llevaba puesta.

—Hijo de puta. No podrías superarme aunque estuvieras de pie sobre zancos. Él se limitó a sonreír.

—¿A quién le dedicaron más espacio en los medios de prensa en la última gira en Nueva York?

—Un idiota que se hace encadenar a un baúl y arrojar al East River forzosamente consigue más espacio en la prensa.

—Si hablaron de mí fue porque conseguí liberarme —le recordó—. Por ser el mejor. Deberías contentarte con tus bonitos trucos de magia, Rox, y con tus apuestas pretendientes... —A todos los cuales habría querido asesinar—. Deja los trabajos peligrosos a los que podemos manejarlos.

Ella era rápida. Luke siempre la admiró por eso. Casi no tuvo tiempo de levantar una mano y aferrarle la muñeca antes de que ella le estrellara un puñetazo en la nariz. Sin soltarle la mano, él se puso de pie. Ahora estaban cara a cara, y los cuerpos de ambos casi se rozaban.

Roxanne sintió un escalofrío que le recorrió la columna. Y en su interior floreció un anhelo, como una llama que jamás pudo apagar. Tuvo ganas de odiarlo por eso.

—Mucho cuidado con lo que haces —dijo él. La advertencia fue serena, pero le hizo sentir que no había logrado avivar el fuego de su enojo, sino otra cosa.

—Si crees que tengo miedo de que me pegues...

Sorpresivamente, él le tomó el mentón con sus dedos tensos y mantuvo su cara bien cerca. Los labios de ella se entreabrieron, tanto por la sorpresa cuanto por la ansiedad. Por suerte, tenía la mente en blanco.

—Podría hacer algo peor —dijo él con lentitud—. Y los dos pagaríamos las consecuencias.

La apartó antes de verse arrastrado a algo que no se perdonaría jamás. Y, mientras se encaminaba a la puerta, dijo:

—A las dos de la tarde en Le Palace. —Y se fue dando un portazo.

Cuando ella se dio cuenta de que le temblaban las rodillas, se sentó. Por un instante, un instante fugaz, él la había mirado como si comprendiera que era una mujer. Una mujer que él podía desear. Una mujer a la que deseaba.

Qué ridículo. De todas formas, a ella no le interesaban los hombres. Tenía planes más importantes.

Sonriendo, cruzó las piernas, se echó hacia atrás en la silla y comenzó a trazarlos.

Luke estaba agradecido por tener tantas cosas en que ocuparse. Entre preparar la función en Le Palace y el trabajo en Chaumet, no le quedaba tiempo para pensar en Roxanne.

Se echó a dormir un rato esa tarde. Al poco tiempo despertó empapado de sudor frío, después de soñar con ella. Un sueño increíblemente real, en el que ese cuerpo blanco estaba fusionado con el suyo; su gloriosa cabellera roja desparramada sobre un trozo de césped verde cubierto de rocío en el claro de un bosque; sus ojos hechiceros, nublados por la pasión.

Si existía un infierno, Luke sin duda ardería en él nada más que por esos sueños. Por el amor de Dios, había crecido junto a ella, y era lo más parecido a una hermana. Lo único que le impedía a Luke concretar lo que anhelaba era la idea de que cometería algo así como un incesto espiritual.

Y la certeza de que, si llegaba a demostrarle sus sentimientos, ella se reiría de él, y esa risa helada le penetraría hasta los huesos.

Después de pasarse un buen rato por la habitación, comprendió que tenía que salir. Una buena caminata antes de la cena, un paseo por el atardecer parisino. Tomó su chaqueta de cuero y se detuvo un instante ante el espejo, solo el tiempo suficiente para pasarse la mano por el pelo.

No había notado los cambios en sí mismo a lo largo de los años. Tantas cosas permanecían igual. Su pelo seguía siendo oscuro y grueso, y lo llevaba bastante largo como para que se le curvara sobre el cuello o pudiera peinárselo con una coleta. Sus ojos seguían siendo azules, y el largo de sus pestañas renegridas ya no lo incomodaba. Había aprendido que su apostura podía fascinar a las mujeres a las que lo que más les importaba era la belleza física. Su piel seguía siendo suave, y tensa sobre sus huesos largos. Durante su adolescencia se había dejado crecer el bigote, pero descubrió que no le quedaba bien y se lo afeitó.

En uno de sus escapes se había roto la nariz, pero se le había cicatrizado bien, lo cual le produjo una leve decepción.

A los veintuno había alcanzado su estatura definitiva: casi dos metros, y su cuerpo era delgado. La expresión perturbada de sus ojos que aparecía con tanta frecuencia durante su infancia, ahora solo se le veía muy rara vez. Los años transcurridos junto a Max le habían enseñado a controlarse, tanto física, como mental y emocionalmente. Y siempre le estaría agradecido por ello.

Luke se apartó del espejo, salió y echó a andar por el largo pasillo alfombrado hacia los ascensores. Miró de reojo a la bonita camarera rubia que empujaba el carrito.

Había llegado la hora de cambiar las toallas y la ropa de cama. El chico que

alguna vez durmiera en zanjás, se había acostumbrado tanto a esos lujos que casi no los notaba.

—*Bon soir* —murmuró él con una sonrisa casual cuando pasó junto a ella.

—*Bon soir, monsieur.* —Su sonrisa fue tímida y breve antes de llamar a una puerta del otro lado del pasillo.

Luke ya estaba casi junto a los ascensores cuando se frenó en seco. Esa fragancia. El perfume de Roxanne. Maldita sea, ¿estaría él tan encandilado que le parecía oler su perfume en todas partes? Dio otro paso y volvió a detenerse. Entrecerró los ojos mientras se giraba y observaba bien a la camarera que en ese momento introducía su llave maestra en la cerradura.

Esas piernas. Apretó los dientes mientras estudiaba esas piernas largas y esbeltas debajo de la falda negra y discreta del uniforme.

Las piernas de Roxanne.

Ella ya cerraba la puerta detrás de sí cuando él golpeó.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Ella parpadeó.

—*Pardon?*

—Basta de tonterías, Roxanne. ¿Qué te propones?

—Cállate —dijo, lo tomó del brazo y lo arrastró hacia adentro. Estaba furiosa, pero eso podía esperar. Primero quería algunas respuestas—. ¿Cómo supiste que era yo?

Él no podía decirle que la había reconocido por las piernas, así que mintió.

—Por favor. ¿A quién quieres engañar con ese disfraz?

En realidad era perfecto. Esa peluca rubia y corta cambiaba muchísimo su aspecto. Hasta el color de sus ojos era diferente. Lentes de contacto coloreadas, supuso, que convertían el tono esmeralda en un marrón ahumado. Tenía suficiente habilidad con el maquillaje como para modificar sutilmente el tono de su cutis y la forma de su rostro. Había almohadillado un poco sus caderas y —de eso Luke estaba seguro—, usaba un corpiño con relleno que debería ser declarado ilegal por el efecto que producía en los hombres.

—Eso no es cierto —dijo ella, enojada, pero en voz muy baja—. Estuve diez minutos en la habitación de Lily y ella no me reconoció.

—Pues yo sí —dijo él—. Y ahora dime qué demonios haces aquí.

—Vine a robar las joyas de la señora Melville.

—Un cuerno si lo harás.

Los ojos de ella despidieron llamas. Tal vez fueran marrones, pero eran los de Roxanne.

—Déjame en paz. Entré aquí y no pienso irme con las manos vacías. Lo he planeado hasta en sus menores detalles, y no pienso dejar que lo arruines.

—¿Y qué harás cuando la señora Melville llame a gritos a la policía?

—Parecer sorprendida, consternada y furiosa, por supuesto. Como todos los

demás huéspedes del hotel. —Se dio media vuelta y se dirigió directamente al tocador. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo utilizó al abrir los cajones para no dejar impresiones digitales.

—¿Crees que encontrarás sus joyas desperdigadas en un cajón? El Ritz tiene en la planta baja una caja de seguridad para sus clientes.

Roxanne le dedicó una mirada lánguida.

—Ella no las guarda abajo. La otra noche la oí discutir por eso con su marido. Le gusta tenerlas cerca para poder elegir todas las noches al vestirse.

Bien, muy bien, pensó Luke. Trató de encontrar otro fallo en el plan.

—¿Qué harás si alguien llega a entrar en el cuarto mientras estás revisando todo?

—No estaré revisando todo —dijo ella, y con rapidez y habilidad cerró un cajón—. Estoy aquí para abrir las camas. ¿Qué excusa tienes tú?

—Está bien, Rox, es suficiente —dijo él y la tomó del brazo—. Hace meses que planeamos lo de Chaumet. Y no pienso permitir que algo de poca monta arruine ese trabajo.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —dijo ella y se apartó de él—. Y no es de poca monta. ¿Has visto el tamaño de las piedras que usa?

—Podrían ser falsas.

—Eso me toca averiguarlo a mí. —Y enarcando una ceja, sacó del bolsillo una lupa de joyero—. Hace casi dieciocho años que estoy al lado de Max —dijo mientras volvía a guardarla—. Y sé lo que hago.

—Lo que harás será salir enseguida de aquí... —Pero calló cuando oyó el ruido de una llave en la cerradura—. Mierda.

—Podría gritar —dijo ella—. Decir que entraste aquí por la fuerza y me atacaste.

No había tiempo para contradecirla. Le lanzó una mirada fulminante y tomó la única opción que se le presentaba. Se zambulló debajo de la cama.

Tentada de risa, Roxanne comenzó a abrir la cama. Se enderezó cuando la puerta se abrió, y su rostro se llenó de rubor.

—Oh, *monsieur* Melville —habló en inglés, con fuerte acento francés—. Si quiere, vuelvo en otro momento.

—No hace falta, preciosa. —Era un tejano cincuentón fornido y musculoso, y la maldita comida francesa le provocaban indigestión—. Continúe con lo que estaba haciendo.

—*Merci*. —Roxanne alisó el cobertor y esponjó las almohadas, con plena conciencia de que los ojos de Melville estaban fijos en su trasero.

—No recuerdo haberla visto antes por aquí.

—En realidad —dijo y se inclinó un poco más sobre la cama—, este no es mi piso. —Disfrutando de su papel, se dio media vuelta y le dedicó una mirada provocativa por debajo de sus pestañas—. ¿Quiere que le traiga más toallas,

monsieur? ¿Desea alguna otra cosa?

—Bueno, bueno —dijo él y se agachó para hacerle cosquillas en el mentón. En su aliento había rastros de *whisky*—. ¿Qué puedes ofrecerme?

Ella lanzó una serie de risitas tontas y volvió a poner en movimiento sus pestañas.

—Oh, *monsieur*. Usted se aprovecha de mí, ¿oi?

Ya lo creo que me gustaría hacerlo, pensó él. Desenvolver un paquete tan tentador como ese sería mucho más divertido que asistir al concierto al que su mujer pensaba arrastrarlo. Pero también tomaría tiempo. Olvidada su indigestión, decidió que podría flirtear un poco.

—Siempre he sentido debilidad por los dulces franceses —dijo Melville y le palmeó el culo, y cuando ella rio con disimulo, le pellizcó un pecho. Desde debajo de la cama, Luke tuvo la certeza de que le estaban creciendo los colmillos.

Ruborizada y sin aliento, Roxanne miró a Melville con sus enormes ojos marrones.

—Oh, *monsieur*. Ustedes, los norteamericanos...

—Yo no soy solo norteamericano, preciosa. Soy tejano.

—Ah. —Roxanne dejó que él le besara el cuello mientras Luke observaba la escena, impotente, los puños apretados—. ¿Es verdad lo que dicen de los tejanos, *monsieur*? ¿Que todo es... más grande?

Melville pegó un grito y la besó fuerte en la boca.

—Es totalmente cierto, preciosa. ¿No quieres averiguarlo tú misma? —Y olvidó por completo a su esposa y su estómago y comenzó a empujarla hacia la cama. Luke se preparó, listo para saltar sobre él.

—Pero, *monsieur*, estoy de servicio —dijo Roxanne mientras luchaba por liberarse sin dejar de reír—. Me despedirán.

—¿Qué te parece entonces cuando no estés de servicio?

Jugando a fondo el papel de la buscona francesa, volvió a ruborizarse y se mordió el labio inferior.

—Tal vez podríamos encontrarnos a medianoche —dijo y le hizo una caída de ojos—. Hay un lindo café aquí cerca. Se llama Robert's.

—Bueno, creo que podría arreglarlo. —Volvió a tomarla en sus brazos y le apretó las caderas almohadilladas—. No me pierdas de vista. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Monique —respondió ella y deslizó los dedos sobre la mejilla de Melville—. Aguardaré con impaciencia a que llegue la medianoche.

Él le dio otro pellizco y le guiñó un ojo antes de marcharse, soñando con acostarse con esa francesa jovencita.

Roxanne se desplomó en la cama y comenzó a reír a carcajadas.

—Sí claro, muy divertido —murmuró Luke mientras salía de debajo de la

cama—. Dejaste que ese sinvergüenza te toqueteara y prácticamente se montara encima tuyo, y ahora ríes. Debería darte una buena paliza.

—Vamos, Luke, crece de una vez.

—Tú pareces haber crecido por los dos. Eres una experta en ese campo. Dime, Rox, ¿a cuántos de los compañeros de estudio con los que sales les permitiste que te toquetearan así?

Esta vez el rubor de Roxanne fue auténtico.

—Eso no es asunto tuyo.

—Ya lo creo que lo es. Yo... —Estoy loco por ti. Las palabras estuvieron a punto de brotar de sus labios antes de que él se las tragara—. Alguien tiene que cuidar de ti.

—Yo me puedo cuidar muy bien sola —dijo ella y se abrió paso con el codo, horrorizada por el cosquilleo que sentía en la espina dorsal—. Y para tu información, cerebro de mosquito, él no me puso las manos encima a mí. Donde él tocaba, yo tenía suficiente relleno como para fabricar un colchón.

—Eso no tiene nada que ver —dijo él, y la tomó de la mano, pero ella lo apartó—. Roxanne, nos vamos de aquí. Ahora mismo.

—Vete tú. Yo obtendré lo que vine a buscar. —Preparada para no ceder, echó la cabeza hacia atrás—. Lo quiero más que nunca. Ese degenerado le comprará a su esposa un nuevo canasto lleno de joyas. Se lo tiene merecido... ir a encontrarse con una putita francesa en un café barato.

Pese a sí mismo, Luke se echó a reír y se pasó la mano por el pelo.

—Tú eres la putita francesa, Rox.

—Y yo soy la que lo haré pagar por su adulterio —dijo, con una mirada tan decidida, que Luke no pudo menos que admirarla—. ¿Y qué dirá él sobre mí? Dirá que encontró aquí a una camarera, y me describirá, pero no con demasiado detalle porque se sentirá culpable y asustado. Es mejor que si no me hubiera visto en absoluto. —Se dirigió al armario y, mientras revisaba el estante superior, sonrió—. *Et voila*.

Tuvo que estirarse para alcanzar el joyero de tres pisos.

—¡Dios, Luke, esto debe de pesar como diez kilos! —Antes de que él pudiera ayudarla, ella colocó el joyero en el suelo y se puso en cuclillas—. Es mío —dijo y le pegó un manotazo en la mano. Tomó una serie de ganzáas que llevaba en el bolsillo, eligió una y se puso a trabajar en la cerradura.

Tardó cuarenta y tres segundos; Luke le tomó el tiempo. Y tuvo que reconocer que era mucho más hábil de lo que él había imaginado.

—Dios santo. —El corazón de Roxanne le dio un vuelco cuando abrió la tapa. Destellos, brillos, resplandores. Se sintió Ali Babá explorando la cueva. No, no, pensó: más bien como uno de los cuarenta ladrones—. ¿No son maravillosas? —preguntó y metió la mano en el joyero—. ¡Son fabulosas!

—Sí... —empezó a decir Luke pero la voz le falló. Tuvo que carraspear—. Si

son auténticas.

Roxanne suspiró y sacó la lupa. Después de examinar una cadena de zafiros y diamantes, se sentó sobre los talones.

—Son auténticas, Callahan. —Y actuando ahora con rapidez, examinó una pieza tras otra antes de envolverlas en toallas.

Él la ayudó a ponerse de pie. Después, limpió el joyero y, usando para ello una toalla, volvió a ponerlo en su lugar.

—Ahora, larguémonos de aquí.

—Vamos, Luke —dijo ella, bloqueó la puerta y sonrió con los ojos—. Por lo menos podrías decir que lo hice bien.

—Suerte de principiante —dijo él, pero le devolvió la sonrisa.

—La suerte no tuvo nada que ver —dijo Roxanne y le clavó un dedo en el pecho—. Te guste o no, Callahan, tienes una nueva socia.

—No eres justo.

Roxanne estaba en el camerino de su padre, totalmente vestida para la función. Las lentejuelas y el canutillo de su vestido sin breteles color esmeralda refulgían con las luces y con su indignación.

—He demostrado que soy capaz—insistió ella.

—Lo que demostraste es que eres impulsiva, imprudente y empecinada. —Después de colocarse los gemelos en la camisa de su esmoquin, Max miró en el espejo la cara furiosa de su hija—. Y no participarás, repito, no participarás en el trabajo de Chaumet. Ahora, faltan solo diez minutos para que me llamen a escena, jovencita. ¿Alguna otra cosa?

En ese momento, Roxanne se sintió inmersa de nuevo en su niñez. Su labio inferior tembló cuando se desplomó en una silla.

—Papá, ¿por qué no confías en mí?

—Por el contrario, yo confío en ti. Pero tú debes confiar en mí cuando te digo que no estás lista.

—Pero las joyas de los Melville...

—Fueron un riesgo que jamás deberías haber corrido. —Sacudió la cabeza mientras se acercó para tomarle la barbilla. ¿Cómo podía esperar que una hija de su sangre no se le pareciera? En el fondo, estaba orgulloso de ella.

El público de Le Palace estaba constituido por estrellas de cine, modelos parisinas y gente rica y llena de *glamour*. Max había creado un espectáculo sofisticado y suficientemente complejo como para entretener a personas de ese nivel. A Roxanne le era imposible actuar con el pensamiento en otra cosa.

Tal como había sido entrenada, apartó de su mente todo lo que no fuera magia. Ahora era ella la que realizaba el efecto de «Las pelotas flotantes», ella, una mujer esbelta con un rutilante vestido color esmeralda. Al observarla, Luke comprendió que parecía una rosa de tallo largo: ese verde sinuoso, su cabello color fuego. El público quedó tan cautivado con su belleza como con las pelotas plateadas que se mecían y danzaban algunos centímetros por encima de sus gráciles manos.

A Luke le gustaba fastidiarla y decirle que sus juegos de magia eran puro brillo, pero lo cierto era que tenía una habilidad extraordinaria.

Max sonrió cuando el telón se levantó y mostró el tanque de vidrio lleno de agua para el número final que protagonizaría Luke: su propia versión de «El escape del agua» de Houdini. Luke mismo había diseñado ese receptáculo: las

dimensiones, el grosor del vidrio, incluso las bisagras. Luke sabía exactamente cuánta agua contenía para permitir el desplazamiento de su cuerpo cuando fuera sumergido, encadenado, en ese tanque.

Sabía al segundo cuánto tiempo necesitaba para liberarse de las cadenas, de las esposas, de los grilletes que lo aseguraban a los cerrojos de la cámara.

Y sabía qué período de gracia le permitirían sus pulmones si algo llegaba a salir mal.

Ahora con su traje blanco, Roxanne estaba de pie junto al tanque. Pese al miedo que sentía en su corazón, su rostro se veía sereno. Fue ella la que le quitó la camisa de mangas anchas a Luke para que quedara desnudo hasta la cintura.

No miró las cicatrices que le cruzaban la espalda. En todos los años que habían estado el uno junto al otro, jamás se las había mencionado. Aunque ella fuera capaz de abrir cerraduras, no pensaba tocar esa que se cerraba sobre el orgullo de Luke.

Fue ella la que permaneció serenamente de pie mientras dos voluntarios del público cerraban las pesadas cadenas alrededor de Luke. Cuando los brazos de él estuvieron cruzados sobre su pecho y sujetos allí, las esposas de acero sujetas alrededor de sus muñecas, sus pies descalzos engrillados a un tablón de madera.

Los cellos tocaban una melodía lenta y cargada de suspenso mientras la plataforma sobre la que Luke estaba de pie era elevada por el aire.

—Se dice —comenzó a decir él con una voz que flotó por encima de las cabezas de los espectadores— que el Gran Houdini perdió la vida debido a las lesiones que sufrió durante su escape. Desde su muerte, duplicar ese escape y triunfar en él ha sido un desafío para cada mago, cada escapista.

Miró hacia abajo y allí estaba Mouse, incómodo y lleno de vergüenza con su atuendo de príncipe árabe, empuñando un enorme mazo.

—Con suerte, no habrá necesidad de que mi amigo rompa el vidrio con sus brazos musculosos —dijo y le guiñó un ojo a Roxanne—. Pero tal vez sí tendré necesidad de que la hermosa Roxanne me haga la respiración boca a boca.

A Roxanne no le gustó demasiado ese agregado al libreto, pero el público rio y aplaudió.

—Una vez que me bajen y me metan en el tanque, lo sellarán herméticamente. —El público dejó escapar una exclamación cuando la plataforma giró y Luke volvió a ponerse frente a él, pero esta vez bocabajo. Comenzó a realizar inspiraciones profundas y a llenarse los pulmones de aire. Ahora Roxanne se hizo cargo del resto del acto.

—Les pedimos un completo silencio durante el escape, y que centren su atención en el reloj. —Al decirlo, un reflector iluminó la esfera de un gran reloj en la parte posterior del escenario—. Comenzará a funcionar en el momento en que Callahan sea sumergido en el tanque. Damas y caballeros... —Luke fue bajado centímetro a centímetro hacia la superficie del agua. Roxanne mantuvo

los ojos y la mente fijos en el público—. Callahan tendrá exactamente cuatro minutos, y solo cuatro minutos para escapar, de lo contrario nos veremos obligados a romper el vidrio. Tenemos un médico aquí por si se produjera un accidente.

Ahora ella se debía girar y extender los brazos mientras la cabeza de Luke hendía el agua. Lo vio descender hasta que todo su cuerpo quedó sumergido, oyó el golpe seco al calzar ajustadamente la plataforma en la parte superior del tanque. Su cabello describió un remolino y flotó, mientras los ojos de Luke, de un azul brillante, miraban los de Roxanne.

Entonces descendió la cortina blanca que cubrió los cuatro costados del tanque.

El reloj comenzó a funcionar.

—Un minuto —anunció Roxanne con una voz que no revelaba su desazón interior. Imaginó a Luke libre de las esposas. Deseó que así fuera. Sin duda trabajaba ya en las cadenas.

Hubo murmullos en el público cuando el reloj marcó los dos minutos. Roxanne sintió que un sudor frío le cubría las palmas de las manos, la nuca, la espalda. Luke siempre emergía a los tres minutos, cuando mucho a los tres minutos y veinte segundos. A través de la tela blanca le pareció ver la sombra de un movimiento.

No tiene cómo pedir ayuda, pensó con desesperación cuando al reloj le faltaba poco para marcar los tres minutos. No había manera de hacer una señal si le fallaban los pulmones y le faltaba aire. Podía morir antes de que apartaran las cortinas, antes de que Mouse tuviera tiempo de romper el vidrio. Podía morir solo y en silencio, encadenado a su propia ambición.

—Tres minutos —dijo, y ahora en sus palabras se filtró el miedo e hizo que los espectadores se inclinaran hacia adelante.

—Tres minutos, veinte segundos —dijo y miró a Mouse con ojos aterrados—. Tres minutos, veinticinco segundos. Por favor, damas y caballeros, mantengan la calma y permanezcan en sus asientos. —Tragó una bocanada de aire y pensó con espanto en los pulmones de Luke—. Tres minutos, cuarenta segundos.

Una mujer, ubicada en el fondo de la sala, tuvo un ataque de histeria y se puso a gritar cosas en francés. Eso inició una reacción de alarma en cadena que se desplazó por las distintas filas hasta que todo el público quedó electrizado. Muchos se habían puesto de pie de un salto al ver que faltaba poco para que el reloj marcara los cuatro minutos.

—Por Dios, Mouse. —Cuando solo faltaban ocho segundos, Roxanne perdió la compostura y tiró de la cortina, que cayó justo en el momento en que Luke apartaba la plataforma que tapaba el tanque. Sacó la cabeza y aspiró hondo. En sus ojos brillaba el triunfo cuando el público reaccionó con gritos y aplausos.

Permaneció un momento allí de pie, con una mano en lo alto. Se aferró de la

plataforma, saltó del tanque de agua y bajó al escenario. Allí se quedó parado, chorreando agua, saludando al público con reverencias.

Movido por un súbito impulso, tomó una mano de Roxanne, e inclinándose la besó, para alegría de todos esos franceses románticos.

—Tiemblas —comentó, sin que su voz se oyera por los aplausos—. No me digas que pensaste que no lo lograría.

En lugar de retirar la mano de un tirón, como habría deseado, Roxanne le sonrió.

—Tenía miedo de que Mouse tuviera que romper el vidrio. ¿Sabes cuánto costaría reemplazarlo?

—Esa es mi Roxanne —dijo y volvió a besarle la mano—. Adoro tu mente mezquina.

Esta vez ella sí apartó la mano. Los labios de él se habían demorado demasiado.

—Me estás salpicando, Callahan —dijo y dio un paso atrás para que solo él quedara iluminado por el reflector.

A Roxanne le indignaba tener que quedarse sentada y esperar. Es degradante, pensó mientras se paseaba con impaciencia por la sala mientras Lily, cómodamente recostada en el sofá, miraba por televisión una vieja película en blanco y negro.

—¿Nunca tuviste ganas de ir con ellos? ¿Jamás quisiste integrar el equipo? —le preguntó Roxanne.

—Soy parte del equipo —le respondió Lily con una sonrisa—. Sé que Max entrará por esa puerta y tendrá esa mirada especial en los ojos. Esa mirada que dice que ha hecho lo que quería hacer. Y necesitará contármelo, compartirlo conmigo. Necesitará que yo le diga lo inteligente y hábil que es.

—¿Y eso te basta? —prosiguió Roxanne—. ¿Ser una caja de resonancia para el ego de Max?

La sonrisa de Lily se desvaneció, y el brillo de sus ojos celestes se volvió frío como el mármol.

—En todos los años que hace que estoy con Max, él no me usó jamás, ni hirió mis sentimientos en forma deliberada. Tal vez eso no signifique mucho para ti, pero para mí es más que suficiente. Es un hombre gentil y tierno y me da todo lo que puedo anhelar.

—Lo siento —dijo Roxanne, y de veras lo sentía cuando le tomó la mano. Lamentaba haber herido los sentimientos de Lily. Lamentaba, también, que su espíritu independiente no pudiera entender—. Lo que pasa es que me enfurece que me hayan dejado atrás, y entonces me desquito contigo.

—Querida, no todos podemos pensar igual, o sentir lo mismo, o ser idénticos.

Tú... —Lily se echó hacia adelante para tomar la cara de Roxanne entre sus manos—. Tú eres hija de tu padre.

—Quizá él habría preferido tener un hijo varón.

—Ni se te ocurra pensarlo.

—Luke fue con él —dijo, sin poder disimular su resentimiento—. Y yo estoy aquí sentada, matando moscas.

—Roxy, solo tienes diecisiete años.

—Entonces detesto tener diecisiete años. —Se levantó de un salto, fue hacia la ventana y la abrió—. Detesto tener que esperar para todo, y que me digan que tengo mucho tiempo por delante.

—Por supuesto que sí. —Había una sonrisa en los labios de Lily y lágrimas en sus ojos cuando observó a Roxanne. Es tan hermosa, pensó. Tan llena de ansiedades. Qué desesperante es tener diecisiete años. Qué maravilloso y horrible quedar atrapada en el borde mismo de la feminidad—. Puedo darte algunos consejos, pero tal vez no sean los que quieres oír.

Roxanne levantó la cara hacia esa agradable noche primaveral y cerró los ojos. ¿Cómo explicarle a Lily esas ansias ardientes e imperiosas que sentía, cuando ni ella misma las entendía?

—Los consejos nunca hacen mal, pero seguirlos no siempre es bueno.

Lily se echó a reír porque ese era uno de los dichos de Max.

—Hay que llegar a una fórmula de transacción. —Roxanne protestó al oír esas palabras, pero Lily siguió adelante—. No es demasiado penoso cuando es uno el que fija los términos de esas concesiones. —Se puso de pie, y le alegró ver que Roxanne giraba la cabeza para mirarla—. Eres mujer, ¿te gustaría cambiarlo?

Roxanne sonrió al recordar el alivio y el orgullo que sintió cuando sus pechos finalmente comenzaron a tomar forma.

—No. Por supuesto que no.

—Entonces saca partido de ello, querida. —Lily apoyó una mano sobre el hombro de Roxanne—. Sacar partido no significa...

—¿Explotarlo? —sugirió Roxanne y Lily sonrió.

—Eso es. Uno saca partido de lo que tiene. Lo hace trabajar en favor de uno. Me refiero al cerebro, el aspecto físico, la feminidad. Querida, las mujeres que lo han hecho han estado liberadas desde hace siglos. Lo que pasa es que los hombres no siempre lo supieron.

—Lo pensaré —dijo y besó a Lily en la mejilla—. Gracias.

Se puso tensa cuando oyó que la llave giraba en la cerradura de la puerta, y se obligó a distenderse. Junto a ella, Lily ya vibraba de excitación. Eso le encantó a Roxanne, y al mismo tiempo la desconcertó. Después de todos los años que estaban juntos, Max podía hacer que siguiera sintiendo eso.

Se preguntó, fugazmente, si alguna vez aparecería alguien que pudiera

hacerle ese regalo a ella.

Max abrió la puerta. Luke entró detrás de él, sonrió y le arrojó una pequeña bolsa a Roxanne.

—¿Todavía despiertas? —Embriagado aún por la victoria, Max besó a Lily—. ¿Qué más puede querer un hombre, Luke, que volver a su casa después de una aventura exitosa y encontrar a dos mujeres hermosas esperándolo?

—Una cerveza helada —contestó Luke y enfiló hacia el minibar—. Creo que en esa bóveda había una temperatura de cerca de cincuenta grados cuando desconectamos la corriente. —Luke abrió una lata de cerveza y se bebió la mitad.

Parece un bárbaro, pensó Roxanne. El pelo negro, la piel blanca, sudado, y decididamente masculino. Como mirarlo le había secado la garganta, miró a su padre. Ese sí que es un hombre, pensó complacida, un hombre con clase. Un aristócrata pirata, con su bigote brillante, sus pantalones negros prolijamente planchados, el suéter oscuro de cachemira con un leve dejo de su colonia.

Había ladrones, decidió mientras se sentaba en el brazo del diván, y ladrones.

—¿Y Mouse y LeClerc? —preguntó Lily.

—Se fueron a la cama. Invité a Luke a beber una copa. Mi querido muchacho, ¿qué te parece si abres una botella de ese Chardonnay que tenemos bien helado?

—Por supuesto. —Mientras descorchaba la botella, miró a Roxanne—. ¿No quieres ver lo que hay en esa bolsa, Rox?

—Supongo que sí —dijo ella, no queriendo parecer ansiosa. No deseaba darles demasiada importancia. Pero cuando vertió el contenido de la bolsa en su mano, no hubo fuerza de voluntad que le impidiera jaeear y quedar sin aliento.

—¡Oh! —exclamó cuando los diamantes chisporrotearon contra su piel.

—Son espectaculares, ¿no lo crees? —Max tomó la bolsa y vació el resto de las piedras en las manos de Lily—. Absolutamente perfectos. ¿Cuánto crees que pueden valer, Luke? ¿Un millón quinientos mil?

—Yo diría que más bien dos millones. —Le ofreció a Roxanne una copa de vino y colocó la de Lily sobre la mesa.

—Quizá tengas razón. —Max murmuró una palabra de agradecimiento cuando Luke le entregó una copa—. Debo reconocer que estuve tentado de mostrarme demasiado codicioso. ¡Las cosas que había en esa bóveda!

Luke recordaba una pieza en particular, una sinfonía espectacular de esmeraldas, diamantes, topacios y amatistas engarzadas en un collar de oro batido de estilo bizantino. Se había imaginado colocándolo alrededor del cuello de Roxanne, levantándole su poblada cabellera, ajustándole el cierre. Ella parecería una reina.

Habría intentado decirle que necesitaba verla con ese collar puesto, que necesitaba regalarle algo que ninguna otra persona podía darle.

Luke sacudió la cabeza cuando la voz de Max quebró su fantasía.

—¿Qué pasa? ¿Te preocupa algo?

—No. Estoy cansado, eso es todo. Ha sido un día muy largo. Buenas noches

Lily. Max.

—Un trabajo excelente, Luke —dijo Max—. Que duermas bien.

Abrió la puerta y miró por encima del hombro. Los tres estaban muy juntos. Max en el centro, con Lily acurrucada debajo de su brazo. Roxanne en el brazo del diván, su cabeza recostada contra el costado de su padre, su mano llena de esas piedras blancas que parecían de hielo.

Un retrato de familia, pensó. Su familia. Miró a Roxanne.

—Hasta mañana, Rox.

Cerró la puerta y se encaminó a su propia habitación, donde sabía que pasaría el resto de la noche soñando con un premio mucho más inalcanzable que los diamantes.

Al día siguiente, no bien terminó el ensayo, Roxanne montó en el asiento posterior de una motocicleta detrás de un Adonis rubio. Saludó con la mano, ciñó con los brazos la cintura de ese bribón francés y los dos se perdieron en el tráfico parisino.

—¿Quién demonios era ese? —preguntó Luke.

Max se detuvo junto a un vendedor callejero de flores y compró un clavel para ponerse en el ojal.

—¿A quién te refieres?

—A ese tarado con el que acaba de fugarse Roxanne.

—Oh, ese muchacho. —Max aspiró la fragancia de su flor roja antes de pasar el tallo por el ojal de su chaqueta—. Antoine, Alistair, o algo parecido. Un alumno de la Sorbona. Y creo que también pintor.

—¿La deja irse con un tipo que usted ni siquiera conoce?

—Roxanne lo conoce —señaló Max. Encantado con la vida en general, aspiró una bocanada de aire—. Cuando Lily termine de cambiarse, creo que todos iremos a almorzar en algún café al aire libre.

—¿Cómo puede pensar en comer? —Luke giró sobre sus talones y luchó contra el deseo de ahorcar a Max—. Su hija acaba de partir con un perfecto desconocido. Por lo que usted sabe, podría ser un maniaco sexual.

Max rio por lo bajo y decidió comprarle a Lily una docena de rosas.

—Roxanne es muy capaz de arreglárselas sola.

—Él le estaba mirando las piernas —dijo con furia Luke.

—Sí, bueno. No podemos culparlo por eso. Ah, aquí está Lily. —Y le entregó las rosas con una reverencia que hizo estallar su risa.

Roxanne lo pasó estupendamente bien. Un *picnic* en las afueras, el aroma de las flores silvestres, un pintor francés que le leía poemas bajo la sombra de un nogal.

Disfrutó de ese interludio, de los besos suaves, de las palabras de amor susurradas en el idioma más romántico del mundo. Volvió a su cuarto como si caminara en las nubes, con una sonrisa secreta en los labios y estrellas en los ojos.

—¿Qué cuernos estuviste haciendo?

Ella reprimió un grito, se tambaleó y miró fijamente a Luke. Él estaba sentado en un sillón junto a la ventana, con una botella de cerveza en la mano y una mirada asesina en los ojos.

—Maldito seas, Callahan, me has dado un susto terrible. ¿Qué haces en mi cuarto?

—Esperando que decidieras volver.

Cuando su corazón volvió a latir con normalidad, Roxanne se echó el pelo hacia atrás. Estaba despeinada por el paseo en moto y, al notarlo, Luke pensó que parecía una mujer que acababa de levantarse de la cama después de una relación sexual turbulenta y apasionada. Una razón más para querer asesinarla.

—No sé de qué hablas. Nos queda solo una hora por delante antes de que tengamos que salir para el teatro.

Ella había dejado que ese hijo de puta la besara. Oh, sí, lo sabía. Roxanne tenía ese aspecto, esos labios hinchados, esos ojos entrecerrados. Su blusa estaba arrugada. Ella permitió que él la acostara sobre el pasto y...

No podía ni pensarlo.

—Me gustaría saber dónde tienes la cabeza. Y cómo es que se te ocurrió irte con un desfachatado francés llamado Alistair.

—Fuimos de *picnic* —le replicó ella—. Y no es un sinvergüenza. Es un hombre dulce y sensible. Un pintor. —Le arrojó eso como un guante—. Y, para tu información, se llama Alain.

—Me importa un carajo cómo se llama. —Luke se puso de pie lentamente. Todavía suponía que podía controlarse—. No volverás a salir con él.

Por un instante, Roxanne quedó demasiado atontada como para hablar. Pero solo por un instante.

—¿Quié demonios crees que eres? —Se acercó a Luke y le golpeó el pecho con la mano—. Yo puedo salir con quien se me antoje.

Luke le aferró la muñeca y la tiró hacia él.

—Un cuerno.

—¿Quién me lo impedirá? ¿Tú? No eres quién para opinar sobre lo que yo hago, Callahan. No lo eres ahora ni lo serás nunca.

—Te equivocas —dijo él entre dientes. Había hundido su mano en el pelo de Roxanne. No podía parar. Olió su fragancia, y el dejo persistente del césped, del sol. De las flores silvestres. Le provocaba una rabia asesina pensar que alguien

había estado tan cerca de ella. Lo suficientemente cerca como para tocarla. Para sentirle el gusto—. Dejaste que te pusiera las manos encima. Si vuelves a hacerlo, lo mataré.

Roxanne podría haberse echado a reír por la amenaza, o gritado. Pero vio la verdad desnuda en sus ojos. Y la única forma de combatir el miedo que le cerró la garganta era con furia.

—Estás loco. Si él me tocó fue porque yo quise que lo hiciera. —Sabía que era justo lo que no tenía que decir, pero no pudo evitarlo—. Y ahora quiero que me quites las manos de encima. Ya mismo.

—¿De veras? —Su voz era suave, suave como la seda. Eso la asustó aún más, mucho más que las amenazas airadas—. ¿Por qué no llamamos a esto una lección gratis? —Luke se maldijo a sí mismo incluso en el momento en que le cubría la boca con la suya.

Ella no luchó, no protestó. Ni siquiera supo si seguía o no respirando. Eso no se parecía nada a los besos tiernos y suaves del pintor. Nada como los abrazos torpes y arrogantes de los muchachos con los que había salido. Eso era algo glorioso, primitivo y aterrador. Roxanne se preguntó si alguna mujer querría ser besada de otra manera.

La boca de Luke se adaptaba perfectamente a la suya. El trozo de piel que él no se había afeitado contribuía a que ella supiera que, por fin, estaba siendo abrazada por un verdadero hombre, que destilaba agresión, pasión, furia. Ese momento único y salvaje fue todo lo que ella había deseado siempre.

Con su mano todavía en el pelo de Roxanne, le echó la cabeza hacia atrás. Deseaba, con desesperación, arrojarla sobre la cama, desgarrarle la ropa y poseerla. Sentir cómo su cuerpo se arqueaba y se cerraba alrededor de él. Era tal su deseo que casi no podía respirar.

Era como estar encerrado en una caja. Atrapado. Casi sin aire. Sintió la fuerza de su corazón y de sus pulmones. No tenía control sobre ellos. No tenía control sobre nada.

Si ahora ella llegaba a tocarlo, solo tocarlo, la tomaría como un animal. Para protegerla de eso, se escondió detrás de toda la furia que sentía por lo que había estado a punto de hacer, y centró esa furia en ella.

—Una lección gratis —repitió y simuló no ver cómo los labios de ella se abrían por el *shock*, y sus ojos brillaban con dolor—. Esto es lo que recibirás si sales con hombres que no conoces.

Ella tenía orgullo y también pasta de actriz.

—Qué curioso, ¿no? Tú eres el único que me ha tratado así. Y te conozco. O creí conocerte. —Le dio la espalda y se puso a mirar por la ventana—. Sal de mi cuarto, Callahan. Si vuelves a tocarme de esa manera, me lo pagarás.

Ya lo estoy pagando, pensó Luke. Cerró la mano en un puño antes de ceder al impulso de acariciarle el pelo. De suplicarle. En cambio, se encaminó a la

puerta.

—Hablé en serio, Roxanne.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Yo también.

Roxanne le hizo caso a Lily y llegó a una fórmula de transacción con Max... aunque prefería denominarlo un trato. Ella se inscribiría en la Universidad de Tulane y le prestaría mucha atención a su educación universitaria. Si al cabo de un año seguía decidida a unirse al trabajo no tan público de su padre, él la tomaría como aprendiz.

Eso le venía muy bien a Roxanne. En primer lugar, porque disfrutaba del aprendizaje. En segundo lugar, porque no tenía intenciones de cambiar de idea.

Las exigencias de su carrera en escena y de sus estudios tenían el beneficio adicional de dejarle poco tiempo libre. Y eso significaba pasar el menor tiempo posible junto a Luke.

Podría haber olvidado sus gritos, incluso sus órdenes. Y, sin duda, podría haberle perdonado el beso. Pero jamás lo perdonaría por convertir uno de los momentos más gloriosos de su vida apenas en solo una lección ofrecida por un maestro a una alumna.

Era demasiado profesional para permitir que eso interfiriera en su trabajo o en el de Luke. Cuando había ensayo, ensayaba con él. Actuaban juntos una noche después de otra sin que los sentimientos profundos de ambos afloraran.

Si la troupe salía de viaje, viajaban juntos sin ningún incidente, como lo harían dos desconocidos cortesés que comparten un avión, un tren o un automóvil.

Solo en una ocasión, cuando Lily expresó su preocupación ante los escapes de Luke que se estaban volviendo cada vez más complejos y peligrosos, salió a la superficie algo del torbellino que Roxanne sentía en su interior.

—Déjalo —dijo—. Los hombres como él siempre tienen que demostrar algo.

Su pequeña venganza consistió en salir con una serie de hombres atractivos. Con frecuencia los llevaba a su casa a cenar, a fiestas, a grupos de estudio. Le daba mucho placer saber que su «simpatía» del momento —como Lily solía llamarlos— estaba entre el público durante las funciones. Y le daba todavía más placer saber que Luke lo sabía.

Prefería los muchachos letrados, porque le atraían las mentes inquietas. Y solía mencionar, como al pasar, que Matthew estudiaba derecho, o que Phillip preparaba su licenciatura en economía.

En cuanto a sus propios estudios, Roxanne había elegido historia del arte y gemología. Su propósito, para deleite de Max, era acrecentar sus conocimientos en lo que ahora denominaba su «*hobby*». Le informó a su padre que, si uno se proponía robar obras de arte y gemas muy finas, debería tener una formación sólida con respecto a los antecedentes y valor del botín.

Max se sentía orgulloso de tener una hija con tanta visión de las cosas.

También le alegraba que su propia reputación como ilusionista y el respeto

por su grupo se hubieran incrementado. Atesoraba el premio de Mago del Año que le otorgara la Academia de Artes Mágicas. Ya no le parecía necesario eludir su presentación pública a nivel nacional. Los Nouvelle tenían en su haber dos exitosos especiales de televisión y Max acababa de firmar un contrato para escribir un libro sobre magia.

Con todo esto en las manos ahora, Max tenía un propósito que lo apasionaba: encontrar la piedra filosofal.

Para algunos, era una leyenda. Para Max, era una meta. Quería tener en sus manos esa piedra que era el sueño de todo mago. No tan solo para convertir el metal en oro, sino como testamento de todo lo que había aprendido, logrado, recibido y dado a lo largo de su vida. Ya había reunido libros, mapas y cantidades enormes de cartas y diarios que se referían al tema.

Hallar la piedra filosofal sería la máxima hazaña de Maximilian Nouvelle. Cuando la tuviera, podría retirarse. Y él y Lily recorrerían el mundo como un par de vagabundos, mientras sus hijos continuaban con la tradición Nouvelle.

A Roxanne le gustaba la lluvia. Le producía cierta ensoñación sentirla rebotar contra la vereda, surcar el vidrio de la ventana. Permaneció de pie en el balcón cubierto del apartamento de Gerald y observó cómo esa delgada cortina fría de agua alejaba a los peatones. Si respiraba hondo alcanzaba a oler el aroma del café con leche que Gerald preparaba en su cocina diminuta.

Era agradable estar allí —pensó—, tomándose libre esa noche lluviosa. Disfrutaba de la compañía de Gerald, y lo encontraba inteligente y dulce. Era un hombre al que le gustaba escuchar a Gershwin y ver películas extranjeras. Su pequeño apartamento, ubicado sobre una tienda de recuerdos, estaba atestado de libros, discos y cintas de vídeo. Gerald estudiaba cine y ya había logrado coleccionar más películas de las que Roxanne supuso tendría tiempo de ver en toda una vida.

Esa noche pensaban ver *Sonrisas de una noche de verano*, de Ingmar Bergman, y *Vértigo*, de Hitchcock.

—¿No tienes frío? —preguntó Gerald desde el otro lado de la ventana, y le entregó un jersey. Tal vez fuera unos quince centímetros más bajo que ella, pero sus hombros anchos daban la sensación de que su estatura era mayor. Su pelo rubio y lacio le caía sobre la frente. Sus facciones angulosas lo asemejaban vagamente a Harrison Ford. Sus ojos marrones parecían más distinguidos a través de las gafas con armazón de carey.

—En realidad, no. —Pero entró—. Esta noche no parece haber ni un alma en la ciudad. Todos deben de estar metidos en sus casas.

Él apartó el jersey.

—Me alegro de que estés aquí.

—También yo —dijo Roxanne y le dio un beso muy suave—. Me gusta este lugar. —Hacia un mes que se veían de vez en cuando, pero era la primera vez que ella iba a su casa.

Era el típico apartamento de un estudiante. Las paredes estaban cubiertas de pósters de películas, sobre el diván algo hundido había una manta desteñida, el escritorio bastante maltrecho estaba cubierto de libros. Sin embargo, su equipo electrónico era de última generación.

—Supongo que esta forma de ver cine en casa es la que más se adoptará en el futuro.

—Hacia fines de esta década, los videos serán algo tan común y corriente como los televisores en el hogar de los norteamericanos. Todo el mundo tendrá videocámaras —aseguró Gerald—. Tal vez algún día me dejarás que te filme.

—¿A mí? —La sola idea le dio risa—. No puedo imaginarlo siquiera.

Pero él, sí. La tomó de la mano y la condujo al diván.

—Bergman primero, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Roxanne tomó su taza de café y se instaló contra el brazo de Gerald, quien se dedicó a oprimir algunas teclas de su mando a distancia. Una para poner en funcionamiento el video, la otra, para hacer otro tanto con la cámara que había colocado estratégicamente entre varias pilas de libros.

Roxanne supuso que era una ignorante, pero lo cierto fue que Bergman no la interesó. Luchó por concentrarse en las lentas imágenes en blanco y negro que titilaban sobre la pantalla.

No le importó que Gerald la rodeara con el brazo. Olía a enjuague bucal mentolado y a una colonia suave y barata. Tampoco le importó que le deslizara los dedos por el brazo. Cuando quiso besarla, no tuvo inconveniente en girar la cabeza y aceptar ese beso.

Pero cuando ella trató de apartarse, él la apretó con más fuerza.

—Gerald —dijo ella al girar la cabeza en otra dirección—. Te vas a perder la película.

—Ya la he visto antes. —Su voz era ronca y jadeante y comenzó a besarle el cuello.

—Pues yo no. —Roxanne no estaba demasiado preocupada. Tal vez un poco fastidiada de que el intento fuera tan obvio y apasionado, pero no preocupada.

—¿No la encuentras erótica? Las imágenes, las sutilezas.

—No. —En realidad, le parecía tediosa, y tampoco le gustaba que él la estuviera empujando contra los almohadones del diván—. Pero quizá es porque no tengo imaginación. —Ella le bloqueó la boca, pero no fue suficientemente rápida como para frenarle los dedos que ya comenzaban a desabrocharle los botones de la blusa—. Basta, Gerald. —No quería lastimarlo en su orgullo—. Yo no vine aquí para esto, y no es lo que quiero.

—Te deseo desde la primera vez que te vi. —Logró separarle las piernas y

comenzó a frotar su pene erecto contra ella. Roxanne sintió que el pánico comenzaba a superar su fastidio—. Te filmaré desnuda, corazón, y te convertiré en una estrella.

—No harás nada semejante. —Luchó en serio cuando una mano de Gerald se cerró sobre su pecho y se lo apretó. El miedo hizo que le temblara la voz. Fue un error venir aquí, pensó enseguida al oírlo jadear, lleno de excitación—. Maldito seas, apártate de mí. —Se debatía con todas sus fuerzas, pero oyó que él le desgarraba la blusa.

—¿Te gusta el juego fuerte, corazón? Está bien. —Y aferró el cierre automático de los vaqueros de Roxanne con manos impacientes y sudorosas—. Así está mejor. El campo visual es mejor. Más tarde la miraremos.

—Hijo de puta. —Ella nunca supo en qué momento el terror la había hecho balancear el brazo y asestar el codo contra la sien de Gerald para hacerlo retroceder. No vaciló, sino que cerró la mano en un puño y se lo estrelló en la nariz.

La sangre brotó como de una fuente, manchándole la blusa y haciéndolo aullar como un cachorrito pateado. Acercó sus manos a la cara de él y le arrancó las gafas. Después, se puso de pie, tomó su bolso de lona y tomando impulso con las dos manos, se lo estampó contra la cara.

—Me has roto la nariz —balbuceó él mientras se la tanteaba con sus dedos ensangrentados.

Trató de incorporarse, pero se dejó caer de nuevo cuando ella lo amenazó con los dos puños, de pie en posición de boxeador.

—Vamos —lo desafió ella. Ahora había lágrimas en sus ojos, pero no eran de miedo sino de furia—. ¿Quieres tomarme, hijo de puta?

Él sacudió la cabeza y asió un extremo de la manta para parar la sangre que le salía de la nariz.

—Vete de aquí. Por Dios, estás loca.

—Sí —dijo ella y sintió que su furia crecía. Quería volver a golpearlo. Quería darle puñetazos y lastimarlo hasta que él sintiera el mismo miedo y la misma impotencia que ella había experimentado momentos antes—. No lo olvides, tarado, y mantente alejado de mí. —Salió dando un portazo, y lo dejó murmurando sobre hospitales y acciones legales.

Roxanne estaba a una manzana del apartamento cuando de pronto lo comprendió. ¿Convertirme en una estrella de cine? ¿La veremos después? Un alarido de rabia brotó de su garganta al entender el significado de esas palabras.

El muy hijo de puta debió de haber estado filmando toda la escena.

Era como hundirse en una pesadilla. Aunque la lluvia se había transformado en una llovizna, era una noche fría y espantosa. Y se adecuaba a la perfección al

estado de ánimo de Luke.

En sus manos tenía una carta, una carta que lo había hecho volver al pasado. De Cobb. El hijo de puta lo había encontrado.

Por astuto que él hubiera sido, por exitoso y fuerte, algunas palabras en un papel habían logrado transformarlo en un muchachito asustado.

Callahan:

¿Cuánto hace que no nos vemos? Tengo muchas ganas de que hablemos de los viejos tiempos. Si no quieres perder tu encumbrada posición, encuéntrate conmigo esta noche a las diez en Bodine's, de la calle Bourbon. No intentes ningún acto de escapismo, pues de lo contrario me veré obligado a tener una larga charla con los Nouvelle.

AL COBB

Habría querido no prestarle atención. Habría querido echarse a reír y romper ese papel en pedacitos, solo para demostrarse lo poco que eso le importaba al hombre en que se había convertido. Pero le temblaban las manos y tenía un nudo en el estómago. Y supo, siempre lo supo, que no podía escapar del lugar de donde procedía. Ni de lo que le había pasado.

Pero, de todos modos, no era un chico como para tenerle miedo a un fantasma. Hizo una bola con el papel, se lo metió en el bolsillo y salió hacia la calle. Se enfrentaría esa noche a Cobb, y se las ingeniaría para encontrar la manera de hacerlo desaparecer, a él y a todo lo que él representaba.

La lluvia le humedecía la chaqueta, los zapatos y el talante. Agachó los hombros, lanzó una imprecación y echó a andar hacia la esquina. Cuando un taxi se aproximó al cordón de la vereda, vaciló, y pensó si no sería mejor llegar en coche y seco, que caminando y mojado.

Olvidó ambas posibilidades cuando vio bajar de él a Roxanne. Era un blanco perfecto para descargar su frustración.

—¿De vuelta tan pronto? —le gritó—. ¿Tu amigo no logró entretenerte?

—Vete a la mierda, Callahan. —Y Roxanne mantuvo la cabeza baja tratando de pasar junto a él sin ser vista. Pero Luke tenía tanta rabia que no se lo permitió.

—Eh —dijo, la tomó del brazo y la hizo girar. Pero se frenó en seco cuando vio el estado en que tenía la ropa. Debajo de la colorida chaqueta, la blusa de algodón estaba rota y salpicada de sangre. Luke sintió una oleada de pánico mientras la sujetaba por los hombros y le clavaba los dedos—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. Déjame en paz.

La sacudió con fuerza.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, y las palabras parecieron no querer salir de

su garganta—. Niña, ¿qué ha ocurrido?

—Nada —repitió ella. ¿Por qué de pronto empiezo a temblar?, se preguntó. Ya todo había terminado. Definitivamente—. Gerald tenía una idea distinta de la mía sobre mi presencia en su apartamento. —Levantó la barbilla, lista para escuchar un sermón—. Tuve que convencerlo de lo contrario.

Oyó que Luke aspiraba aire, aunque en realidad fue más bien el gruñido de un animal. Cuando levantó la vista, su pulso, ya inestable, enloqueció. Los ojos de Luke parecían de vidrio, como los de una fiera enceguecida.

—Lo mataré. —Sus dedos se hundieron tanto en los hombros de Roxanne que la hicieron gritar. Y Luke la soltó tan deprisa que la muchacha se tambaleó hacia atrás. Cuando finalmente recuperó el equilibrio, tuvo que correr para alcanzarlo.

—Luke. Basta. —Lo aferró de la manga—. No pasó nada. Nada. Estoy bien.

—Estás llena de sangre.

—No es mía. —Ensayó una sonrisa y se apartó el pelo mojado de la cara—. Vamos, aprecio tu gesto de caballero andante, pero yo y ya me ocupé de él. Ni siquiera sabes dónde vive.

Lo encontraría. De alguna manera, Luke supo que lograría rastrear a ese hijo de puta del mismo modo en que un lobo le sigue la pista a un conejo. Pero la mano de Roxanne temblaba sobre su brazo.

—¿Te ha hecho daño? —Le costaba muchísimo mantener la voz calmada y uniforme, pero lo hizo por el bien de ella—. Dime la verdad, Rox. ¿Te violó?

—No. —Roxanne no se resistió cuando Luke la rodeó con sus brazos. Comprendió que no era el miedo sino el sentirse traicionada lo que la hacía temblar. Conoció a Gerald, le resultó atractivo, y él había querido forzarla a tener relaciones sexuales—. No, no me violó. Te lo juro.

—Te desgarró la blusa.

Esta vez, la sonrisa de Roxanne fue más auténtica.

—Dijo que yo le había roto la nariz, pero creo que solo se la hice sangrar. —Se echó a reír y apoyó la cabeza en el hombro de Luke. Se sentía tan bien, de pie allí en la lluvia con él, sintiendo los latidos de su corazón. Cada vez que las cosas se ponen feas, pensó, siempre está Luke a mi lado. Eso la consoló—. Tendrías que haberlo oído gritar. Luke, no quiero que Max ni Lily lo sepan. Por favor.

—Max tiene derecho a...

—Ya lo sé. —Volvió a levantar la cabeza. La lluvia se deslizaba como lágrimas por su cara—. No tiene nada que ver con los derechos. Lo lastimaría y lo asustaría. Y ya pasó, de modo que ¿qué podría hacer él?

—Está bien. No le diré nada. Si...

—Sabía que habría una condición.

—Sí —replicó Luke y le puso un dedo debajo del mentón—. Si prometes dejar que yo hable con ese bruto. Para asegurarme de que no volverá a acercarse a ti.

—Créeme, no tengo por qué preocuparme. Es probable que esté tratando de conseguir una orden judicial que me prohíba acercarme a él a menos de ciento cincuenta metros.

—Hablo con él o hablo con Max. Elige.

—Maldición. —Roxanne suspiró, reflexionó y se encogió de hombros—. Está bien, te diré dónde encontrarlo, si...

—Bueno, de acuerdo, ¿cuál es tu condición?

—Si me juras que solo hablarás con él. No quiero ni necesito que vuelvas a golpear a nadie por mí. —Ella sonrió una vez más, y supo que los dos pensaban en Sam Wyatt—. Esta vez yo ya me he ocupado de eso.

—Solo hablaré —dijo Luke. A menos que decidiera que hacía falta algo más.

—De hecho, podrías hacerme un favor. —Se apartó de Luke porque lo que tenía que decir le resultaba difícil—. No estoy del todo segura, pero creo... Por algo que él dijo cuando trató de...

—¿Qué?

—Creo que tenía una cámara escondida en alguna parte. Y que estaba filmando lo que sucedía.

Luke abrió la boca. Volvió a cerrarla. Tal vez mejor hubiera sido que quedara sin habla.

—¿Cómo dices?

—Es aficionado al cine —siguió diciendo ella deprisa—. Tiene locura por las películas y los videos. Por eso fui a su apartamento. Para ver un par de películas clásicas. Y él... —Suspiró—. Estoy bastante segura de que tenía una cámara en funcionamiento, para poder vernos después.

—Maldito degenerado de mierda.

—Sí, bueno, pero me preguntaba, si insistes en hablar con él, si no podrías hacer que él te diera la película o el video o lo que fuera.

—La conseguiré. Si alguna vez vuelves a hacer una cosa así...

—¿Yo? —Se golpeó las manos contra las caderas—. Escucha, alfeñique, estuve a punto de ser violada. Eso me convierte en víctima, ¿has entendido? Yo no hice nada que mereciera ese tratamiento.

—No quise decir...

—Al demonio con eso. Típico de los hombres. —Se dio media vuelta, dio dos pasos y se volvió a girar—. Supongo que piensas que me lo merecía, ¿verdad? Que seduje a ese pobre hombre indefenso, lo hice caer en mi telaraña, y después cambié de idea cuando las cosas se pusieron feas.

—Cállate. —La atrajo hacia sí y la apretó fuerte—. Lo siento. No quise decir nada por el estilo. Por Dios, Roxanne, ¿no entiendes que me he asustado? No sé qué habría hecho si él... —Apretó su boca contra el pelo de Roxanne—. No sé qué habría hecho.

—Está bien. —Otro temblor la estremeció y le recorrió la espalda—. Todo

está bien.

—De acuerdo —murmuró él mientras la acariciaba, trataba de consolarla, incluso cuando su boca buscaba la de ella—. Nadie va a lastimarte nunca más. —Había lluvia en los labios de Roxanne, y él se la quitó, tierna y dulcemente, y después volvió a buscar más. Los brazos de ella subieron y le rodearon el cuello y su cuerpo comenzó a derretirse como cera contra el de él. Luke se permitió un momento, un momento glorioso, en el que la abrazó y simuló que eso podía ser real.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con sonrisa tensa mientras la apartaba.

Cuando Roxanne le puso la mano en la mejilla, él se la aferró y le besó el centro de la palma.

—Rox... sería mejor que... —Se interrumpió cuando advirtió que un hombre se acercaba entre la cortina de lluvia. Luke comenzó a empujar a Roxanne hacia adentro, y entonces vio la cara de Cobb, los ojos de Cobb, y sintió que su vida daba un salto mortal.

Qué tonto había sido en olvidar por un momento que esa noche debería hacer frente a sus propios demonios.

Pero aunque no pudiera hacer otra cosa, sí podía impedir que semejante fealdad rozara a Roxanne.

—Vete adentro —le ordenó.

—Pero, Luke...

—Entra. Ya. —La empujó hacia el portón y el jardín—. Hay algo que tengo que hacer.

—Esperaré.

—No, no lo hagas. —Y Roxanne alcanzó a verle los ojos, y la angustia que había en ellos.

Luke caminó por entre la lluvia para enfrentarse a una vieja pesadilla.

—Cuánto tiempo hace que no te veo, muchacho. —Al Cobb estaba sentado en el sucio cafetín de la calle Bourbon, fumando un Camel.

Luke tenía un brazo apoyado en el respaldo de su silla. Se esforzaba por mantenerse sereno, y centraba toda su fuerza de voluntad en impedir que esos desagradables recuerdos penetraran en su mente.

—¿Qué quieres?

—Una copa, un poco de conversación. —Cobb dejó que sus ojos recorrieran los pechos de la camarera y bajaran hasta su entrepierna—. Un *whisky*, doble.

—Black Jack —ordenó Luke, sabiendo que la cerveza que solía beber no tendría el fuego necesario.

—La bebida de un hombre —dijo Cobb, sonrió, y mostró sus dientes manchados de tabaco. Tantos años de empinar el codo no habían sido bondadosos

con él. Incluso en esa suave penumbra, Luke alcanzó a ver el laberinto de capilares rotos que se dibujaba en su cara, esos intrincados estandartes que lucían los borrachos. Había engordado mucho y la camisa se le abría en la cintura.

—Te he preguntado qué querías.

Cobb no dijo nada mientras les servían las bebidas. Levantó su vaso, bebió un buen trago y se puso a contemplar el escenario. Una pelirroja teñida comenzaba a quitarse el uniforme de camarera. Ahora solo la cubría un taparrabo mínimo y un par de plumas.

—Por Dios, mira las tetas de esa puta. —Cobb bebió su *whisky* e hizo señas de que le trajeran otro. Miró a Luke y sonrió—. ¿Qué te pasa, muchacho? ¿No te gusta mirar tetas?

—¿Qué haces en Nueva Orleans?

—Me estoy tomando unas pequeñas vacaciones. —Cobb se pasó la lengua por los labios mientras la bailarina saltaba y se apretaba sus pechos abundantes—. Pensé que, ya que andaba por aquí, trataría de verte. ¿No vas a preguntarme por tu madre?

Luke bebió un sorbo de *whisky* y esperó a que ese calor le llegara a las entrañas y entibiara sus músculos congelados.

—No.

—Eso no es natural —dijo Cobb y chasqueó la lengua—. Ahora vive en Portland. Cada tanto pasamos un tiempo juntos. ¿Sabías que empezó a cobrarme? —Miró a Luke con expresión lasciva y se alegró al ver que apretaba las mandíbulas—. Pero la vieja y querida Maggie es lo suficientemente sentimental como para darme una sesión gratis cuando llamo a su puerta. ¿Quieres que le dé recuerdos?

—No quiero que le des nada de mi parte.

—Tu actitud es una mierda. —Cobb bebió más *whisky* mientras la música se volvía más intensa y más áspera. Un hombre intentó trepar al escenario y fue arrojado de él—. Siempre fuiste así. Si te hubieras quedado en casa un tiempo más, yo te habría zurrado hasta infundirte un poco de respeto.

Luke se inclinó hacia adelante, y sus ojos lanzaban fuego.

—O me habrías convertido en un puto.

—Tenías un techo sobre tu cabeza, comida en la panza. —Cobb se encogió de hombros y siguió bebiendo—. Algo tenías que pagar por eso. —A Cobb no se le ocurría tener miedo de Luke. Su memoria era suficientemente buena como para recordar lo fácil que le resultaba acobardar a ese chico con algunos azotes propinados con su cinto—. Pero eso ya es historia antigua, ¿no te parece? Ahora eres un personaje importante. Casi me caigo de culo cuando te vi por televisión. Y haciendo trucos de magia, por el amor de Dios. Parece que aprendiste a usar tu varita mágica, ¿verdad, Luke? —Lanzó una carcajada festejando su propio chiste hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas—. Tú y ese viejo si lo habréis

pasado en grande.

La risa se convirtió en ahogo cuando Luke lo aferró por el cuello. Ahora las caras de ambos estaban cerca, lo suficientemente cerca como para que Luke oliera el *whisky* en el aliento de Cobb por encima del hedor y el humo del local.

—¿Qué quieres? —repitió, separando las dos palabras.

—¿Quieres pelear, muchacho? —Siempre listo para armar camorra, rodeó las muñecas de Luke con sus dedos carnosos. Le sorprendió la fuerza que encontró en ellas, pero en ningún momento dudó de su propia superioridad—. ¿Quieres pelear conmigo?

Por supuesto que quería hacerlo, con una necesidad casi tan profunda como el sexo. Pero una parte de él, sepultada en lo más profundo de su ser, seguía siendo ese chiquillo aterrado que recordaba el ruido del cinto de cuero y su azote sobre la carne viva.

—No quiero vivir en el mismo estado que tú.

—Es un país libre. —Como era suficientemente vivo como para saber que con una pelea no lograría lo que había ido a buscar, Cobb se apartó con una sacudida y pidió otro *whisky*—. El problema es que tendrás que pagar por todo eso. Estás ganando buen dinero con tus trucos de magia.

—¿Eso es lo que quieres? —Luke podría haberse echado a reír si el asco no le hubiera cerrado la garganta—. ¿Quieres que te dé dinero?

—Yo ayudé a criarte, ¿no? Y soy lo más parecido a un padre que tuviste.

Ahora sí se rio. Y en ese sonido hubo tanta furia que la gente que estaba cerca los miró con precaución.

—Lárgate. —Pero antes de que pudiera levantarse, Cobb se agarró a su manga.

—Yo podría causarte problemas, a ti y a ese viejo con el que estás liado. Lo único que tengo que hacer es un par de llamadas a algunos periodistas. ¿Qué crees que pensarían los productores de televisión cuando leyeran acerca de ti? Callahan... así es como te haces llamar, ¿no? Solamente Callahan. Escapista y taxi-boy.

—Mentira. —Pero había palidecido, y Cobb lo notó. Todos esos recuerdos le inundaron la cabeza: esas manos gordas que lo tocaban, que lo palpaban, el sudor y los jadeos—. No permití que me tocara.

—No tienes idea de lo que pasó después de que yo te pateé y te dejé inconsciente. —Cobb estaba contento de que esa mentira hiciera efecto en el muchacho—. De todos modos, la gente dudaría, ¿no te parece? Personas como la chica que estabas abrazando hace un rato no querrían tener nada que ver contigo si supieran lo que hacías con los maricas cuando tenías doce. —Sonrió, y había odio en sus ojos—. No importa si es mentira o verdad, muchacho, una vez que aparezca impreso.

—Te mataré. —La náusea debilitó la voz de Luke y le perló la frente.

—Te resultará más fácil pagarme. No necesito mucho. Solo un par de miles para empezar —dijo—. Para empezar mañana mismo. Después te escribiré cada tanto, diciéndote cuánto quiero y dónde tienes que mandarlo. De lo contrario... me dirigiré a los medios de prensa. Y diré cómo te vendiste a una serie de degenerados, cómo abandonaste a tu pobre y doliente madre, cómo te enredaste con ese tal Nouvelle. Me parece que, al tomar bajo su ala a un chico que ha huido de su hogar, él violó un par de leyes. Por otro lado, puede dar la impresión de que tiene otros usos para ti. Ya sabes lo que quiero decir. —Y volvió a sonreír, satisfecho al observar la repugnancia en el rostro de Luke—. Yo podría hacer que la gente se preguntara si él no recibió gratis lo que a otros les hice pagar.

—Mantén a Max fuera de esto.

—Con mucho gusto —dijo Cobb y abrió las manos—. Tú tráeme dos mil dólares aquí, mañana por la noche. Será un asunto de buena fe. Después me iré. Si no te presentas, llamaré por teléfono al *National Enquirer*. Y opino que a todos esos chicos y chicas, y a sus madres y padres, no les haría ninguna gracia ver a un mago que tiene debilidad por la carne joven. No imagino que puedas dar otra función ante la reina de Inglaterra si se te acusa de sodomía. Es así como lo llama la policía. Sodomía. —Cobb rio de nuevo al ponerse de pie—. Mañana por la noche. Te estaré esperando.

Luke permaneció inmóvil en su asiento, luchando para poder respirar. Mentiras, asquerosas mentiras, y él podía demostrarlo, ¿verdad? La mano le tembló cuando tomó el vaso. Nadie creería, nadie, de ninguna manera, podría creer que Max...

Asqueado, se apretó las manos contra los ojos.

Cobb tenía razón. Cuando eso apareciera en letras de molde, cuando la gente empezara a dudar y a murmurar, ya no importaría. La mancha estaría allí, junto con la vergüenza y el horror.

Y si bien él era capaz de soportarlo, no podía tolerar que nada de eso rozara siquiera a Max o a Lily. O a Roxanne. La dulce Roxanne. Cerró los ojos con fuerza mientras terminaba de beber lo que le quedaba de *whisky*. Pidió otro y decidió emborracharse.

Ella lo esperaba. Roxanne había entrado y logrado deslizarse en su habitación sin que nadie lo notara. Un baño bien caliente y prolongado había aliviado gran parte de sus dolores y parte de sus frustraciones. Después se instaló en el balcón a esperar.

Lo vio acercarse tambaleando entre la llovizna y la niebla. Lo vio mecerse y detenerse y arrancar de nuevo, con la forma típica de caminar de los borrachos. Su preocupación y confusión se trocaron en furia asesina.

Él la había dejado en medio de la lluvia, con todos los sentidos aguzados, y se marchó para reunirse con una botella. O con varias botellas, a juzgar por su aspecto. Roxanne se puso de pie, se ajustó el cinturón de su bata —como un soldado que se prepara para la batalla— y corrió hacia abajo para interceptar a Luke en el jardín.

—Pedazo de imbécil.

Él se tambaleó hacia atrás, trató de mantener el equilibrio y sonrió con expresión tonta.

—Querida, ¿qué haces aquí en la lluvia? Te resfriarás —dijo y dio un paso vacilante—. Dios, qué linda estás, Roxy. Me vuelves loco.

—Eso es evidente. —No fue precisamente un cumplido oírle balbucear esas palabras en forma casi incomprensible. Extendió un brazo para sostenerlo cuando él se balanceó—. Espero que pagarás por esto por la mañana.

—Por la noche —murmuró mientras la cabeza le daba vueltas y más vueltas sobre los hombros—. Tengo que pagar mañana por la noche.

—Espero que vivas hasta ese momento —dijo Roxanne y suspiró, pero igualmente lo sostuvo y pasó uno de los brazos de Luke sobre sus hombros—. Vamos, Callahan, veamos si podemos meter a un borracho en la cama sin despertar al resto de la casa.

—No estoy borracho.

Ella gruñó un poco por el esfuerzo de arrastrarlo hacia una puerta lateral.

—Claro que no. Por tu aliento, calculo que solo tienes dentro como cuatro litros de *whisky*.

Él sonrió y golpeó pesadamente contra la puerta antes de que ella tuviera tiempo de abrirla.

—Lo siento. Hueles bien, Rox. Como la lluvia sobre las flores silvestres.

—Ah, el poeta irlandés. —Y los colores subieron a su rostro al sostener a Luke con una mano y abrir la puerta con la otra.

—Me alegro de que no tengas tetas como esa tipa de esta noche. Creo que no me habría gustado.

—¿Qué tipa? —preguntó Roxanne en un susurro, antes de agregar, casi sin aliento—. No importa.

—No me entusiasma demasiado ver desnudarse a una mujer cuando en el cuarto hay muchos hombres. Una y uno es más mi estilo, ¿sabes?

—Fascinante. —Roxanne no sintió el menor remordimiento cuando lo arrojó contra el mármol de la cocina—. Me dejas en medio de la lluvia y corres a un local donde se hace striptease. Hijo de puta.

—Soy un hijo de puta —dijo con voz de borracho—. Nací siéndolo y moriré de la misma manera. —Se tambaleó cuando ella trató de dirigirlo hacia la escalera de atrás—. Creo que lo mejor sería matarlo. Sería más limpio.

—No, tú prometiste que solo hablarías con él.

Luke se pasó una mano por la cara para asegurarse de que seguía teniéndola allí.

—¿Hablar con quién?

—Con Gerald.

—Sí, claro. —Trozó con el primer escalón, y aunque cayó y se golpeó con fuerza, no pareció darse cuenta. Para desconcierto de Roxanne, se tendió sobre la escalera y se dispuso a dormir—. Es terrible que se acerque a ti de esa manera. Y que no sepas si puedes o no detenerlo. Y que él te agarre y te toquete. Dios santo... No quiero ni pensarlo.

—Entonces no lo hagas. Piensa en llegar al piso de arriba.

—Tengo que acostarme —murmuró, irritado, cuando ella trató de levantarlo—. Déjame en paz.

—No pienso permitir que te duermas aquí, como el imbécil borracho que eres. Lily se preocupará muchísimo si te encuentra en este lugar.

—Lily —dijo él y suspiró. Comenzó a trepar los escalones, instigado por Roxanne—. Es la primera mujer que quise. Es la mejor. Nadie lastimará jamás a Lily.

—Por supuesto que no. Vamos, un esfuerquito más. —Tanto tironeo le había abierto la bata. Desde donde se encontraba, Luke tuvo una visión perturbadora de un muslo blanco y suave—. Me iré al infierno —dijo y rio cuando Roxanne lo hizo callar—. Derechito al infierno. Dios, ojalá usaras algo debajo de la bata, por lo menos alguna vez. Déjame que... —Pero cuando él estiró la mano para tocar, nada más que para tocar esa piel tersa y blanca, terminó hecho una piltrafa en el descanso superior de la escalera.

—De pie, Callahan —le dijo al oído Roxanne—. No quiero que despiertes a Max y a Lily.

—Está bien, está bien. —Trató de tragar, pero su saliva tenía gusto a veneno—. ¿Voy a vomitar? —preguntó, cuando la náusea se agazapó en su estómago.

—Eso espero —dijo ella entre dientes mientras lo arrastraba a su dormitorio—. Sinceramente lo espero.

—Detesto eso. Me hace sentir como aquella vez que Mouse me dio mi primer cigarrillo. No volveré a emborracharme, Rox.

—De acuerdo. Aquí estamos... mierda.

Él se derrumbó en la cama. Y, aunque era rápida, no se movió con la suficiente rapidez como para evitar caer con él. Luke aterrizó sobre ella y le dejó sin aliento.

—Sal de encima mío, Callahan.

Él respondió con un murmullo incomprensible. Sus labios le rozaron la garganta.

—Basta. Oh... maldición. —La maldición terminó en un gemido ahogado. El placer, pesado y oscuro, la invadió cuando él rodeó con la mano uno de sus

pechos. Él no tanteó, ni apretó, simplemente poseyó.

—Suave —murmuró—. Suave y dulce Roxanne. —Sus dedos acariciaron la fina seda, ausente y perezosamente, mientras sus labios besaban la piel.

—Luke. Bésame. —El cuerpo de Roxanne ya flotaba cuando intentó acercar su boca a la de Luke—. Bésame como lo hiciste aquella vez.

—Mmmm. —El suspiro de Luke fue prolongado, después de lo cual perdió el conocimiento.

—Luke —dijo ella y lo sacudió por los hombros. No puede ser, se dijo. No dos veces la misma noche. Pero cuando tomó un mechón del pelo de Luke para echarle la cabeza hacia atrás, vio que estaba inconsciente. Apretando los dientes y maldiciendo en voz baja, apartó ese cuerpo inerte que tenía encima.

Lo dejó tendido transversalmente en la cama, totalmente vestido, y fue a darse una ducha helada.

Estuvo a punto de matarse. Entre la resaca de su borrachera y su precario estado emocional, Luke perdió los sentidos del tiempo y del equilibrio. En el arte de las fugas, como las que él hacía, existen reglas, reglas rígidas y exigentes que limitan la frontera entre la vida y la muerte.

Pero la elección de actuar siguiendo esas reglas y dejar de lado el orgullo, dejaba poco lugar para maniobrar. Luke siguió adelante con el acto de escape de la primera función, y permitió que le colocaran una camisa de fuerza, lo esposaran y le engrillaran las piernas antes de encerrarse en un arcón de hierro ubicado en el centro del escenario.

Adentro todo era negrura, calor sofocante y falta de aire. Como una tumba, como una bóveda. Como un armario. Tal como le ocurría siempre, sintió esa oleada inicial de pánico, la sensación de estar atrapado.

«No tienes salida, muchacho», resonó la voz de Cobb en la cabeza de Luke. «No tienes salida hasta que yo te deje ir. Y no lo olvides».

Ese miedo antiguo e inerte se metió dentro de él. Comenzó a inhalar con lentitud y en forma superficial para ganarle a los nervios, mientras comenzaba a trabajar para liberarse las manos.

Podía salir. Había demostrado una y otra vez que nadie podría volver a mantenerlo encerrado nunca más. Luchó y luchó, pero la imagen de Cobb volvía:

«Yo tengo la llave, pequeño sinvergüenza, y te quedarás donde te puse. Y es hora de que recuerdes quién manda aquí».

Se sintió una vez más dentro del armario: el chico que sollozaba y pegaba golpes contra la puerta con las manos lastimadas. Casi dejó de respirar cuando su corazón le golpeó contra las costillas y resonó en su cabeza. Las náuseas le quemaban el estómago. Volvió a sentir miedo, un miedo que se le deslizaba por todo el cuerpo como diminutos insectos por su piel sudorosa.

Lanzó una exclamación de dolor cuando los hierros se le incrustaron en las muñecas. Por un momento, luchó contra ellos como lo haría un hombre desesperado para librarse de sus grilletes camino del cadalso. Y olió el aroma a cobre de su propia sangre.

«Estoy respirando demasiado rápido», se dijo, acobardado por el sonido de sus pulmones que luchaban por más oxígeno. «Cálmate, cálmate, maldito seas».

Dobló su cuerpo, y sintió la familiar y esperada puntada de dolor al mover sus articulaciones. Colocó su hombro en una posición imposible, que le permitía maniobrar y moverse dentro del chaleco de fuerza.

Tuvo que detenerse de nuevo, y reunir suficiente coraje para hacer caso omiso del dolor.

Estaba mareado, una sensación que le recordó vividamente su estado de la

noche anterior... y también a Roxanne. Las imágenes comenzaron a desfilar por su mente, aunque él luchara por reprimirlas y concentrarse en la tarea de liberar sus brazos. La piel suave y blanca de Roxanne, y las manos de él moviéndose sobre ella. El cuerpo de Roxanne, lleno de curvas, que cedía debajo del suyo.

El sudor le cubría el cuerpo. Había perdido la noción del tiempo, un grave error. Si le quedara aliento, se habría maldecido. Cuando consiguió liberarse del chaleco de fuerza, tenía los músculos y articulaciones en un grito de dolor. Solo tenía que golpear la pared del arcón... como antes lo había hecho con la puerta del armario.

Ellos lo abrirían, lo dejarían salir, dejarían que aspirara una enorme bocanada de aire. Su cabeza cayó hacia atrás, rebotando contra el costado del arcón. Un dolor ardiente y luminoso se le incrustó en la cabeza, y las imágenes danzaron detrás de sus ojos cerrados.

Cobb lo miraba de reojo, de él brotaban miradas con desdén y sorna.

Me ocuparé de Cobb, se prometió Luke. Solo hacía falta dinero.

Roxanne. Esas imágenes de Roxanne en la película que había conseguido sacarle a un Gerald aterrorizado. Le pareció oír el sonido de su blusa al desgarrarse, sus súplicas ahogadas de que la soltara. Le pareció ver el chorro de sangre, casi olerlo, cuando ella luchó para liberarse.

Y qué aspecto tenía, Dios santo, allí de pie, los puños preparados, el cuerpo en posición de lucha, como una amazona, protegida por su coraje como por una armadura; el miedo y la rabia brillando en sus ojos.

Habría querido abrazarla entonces, borrarle los temblores con caricias. Tal como habría querido zurrar al ya golpeado Gerald hasta hacerlo papilla.

Pero, por muy furioso que hubiera estado, se sintió igualmente avergonzado. ¿Le había él, ciego por el alcohol y la lujuria, hecho a Roxanne lo que Gerald solo había intentado?

Deseo y chantaje. Pues bien, ninguna de las dos cosas merecían morir por ellas. Levantó una mano vacilante y se cacheteó fuerte, una, dos veces, para que el dolor aclarara las brumas de su cerebro.

Se puso a trabajar con los grilletes de las piernas, mientras inhalaba con cautela el poco aire que quedaba.

—Tarda demasiado. —Roxanne oyó el pánico en su propia voz cuando aferró la manga de su padre—. Papá, ya se pasó dos minutos.

—Ya lo sé —Max cerró una mano que tenía la temperatura del hielo sobre la de su hija—. Todavía tiene tiempo. —No cabía contarle que al ver a Luke tan pálido y con los ojos hundidos en el camerino, le había exigido que cancelara su parte en la función de esa noche.

Tampoco tenía sentido decirle que Luke se negó a obedecerlo. El muchacho

era ahora un hombre, y las riendas del poder estaban cambiando de mano.

—Algo anda mal. —Se lo imaginaba inconsciente, asfixiado e indefenso—. Maldita sea. —Roxanne dio media vuelta, con la intención de ir a bambalinas para sacarle las llaves del arcón a Mouse. Antes que alcanzara a dar un paso, la tapa de la caja se abrió con un golpe.

Impresionado, el público aplaudió. Empapado de sudor, Luke saludó y llenó, por fin, sus pulmones hambrientos. Cuando Max vio que se tambaleaba y trataba de sostenerse, le hizo una seña a Roxanne y enseguida dio un paso adelante para distraer a los presentes con juegos de prestidigitación.

—Idiota. Tarado. Cerebro de mosquito. —Roxanne le lanzó una andanada de insultos entre los dientes cerrados de una sonrisa ancha, mientras lo tomaba del brazo y lo sacaba del escenario—. ¿Qué demonios tratabas de demostrar?

Lily estaba allí con un gran vaso de agua y una toalla. Luke se bebió hasta la última gota.

—Marchaos —dijo, mientras se secaba el sudor de la cara. Cuando se tambaleó, Roxanne lo rodeó con los brazos. El corazón de ella resonaba como un trueno en sus oídos mientras continuaba regañándolo.

—No tenía sentido que te metieras en esa caja esta noche, después de pasarte la noche bebiendo.

—Mi trabajo es meterme allí —le recordó él. Se sentía tan bien, tan pero tan bien, con ella sosteniéndolo. Se soltó y se encaminó al camerino. Como un terrier rabioso, Roxanne lo siguió.

—Pertener al mundo del espectáculo no significa que tengas que matarte. Y si tú... —Roxanne se detuvo junto a la puerta del camerino de Luke—. Oh, Luke, estás sangrando.

Él bajó la vista y vio que le salía sangre de las muñecas y de los tobillos.

—Los grilletes de las piernas me dieron un poco de trabajo —dijo y levantó una mano para impedir que ella entrara—. Quiero cambiarme.

—Necesitas que alguien te limpie eso. Deja que yo...

—Dije que quería cambiarme. —Ahora fue la mirada helada de sus ojos lo que la frenó—. Puedo ocuparme yo de eso.

Ella apretó los labios para impedir que le temblaran. ¿No sabía él, acaso, que esa frialdad le dolía mil veces más que una palabra airada? Levantó la barbilla. Por supuesto que lo sabía.

—¿Por qué me tratas así, Luke? Después de lo de anoche...

—Estaba borracho —dijo con tono cortante, pero ella sacudió la cabeza.

—Antes, antes no estabas borracho. Cuando me besaste.

Pequeñas lenguas de fuego brotaron en sus entrañas. Un hombre tendría que ser ciego para no ver lo que ella le estaba ofreciendo con los ojos. Se sintió enfermo y cansado hasta los huesos.

—Estabas trastornada —logró decir con sorprendente calma—. Y yo

también. Trataba de hacer que te sintieras mejor, eso fue todo.

—Eres un mentiroso —saltó ella con el orgullo herido—. Me deseabas.

La sonrisa de él estaba calculada para ser un insulto. Por lo menos control para eso le quedaba.

—Querida, si algo he aprendido en los últimos diez años es a tomar lo que deseo. —Sus manos se cerraron en un puño a los costados del cuerpo, pero la expresión de sus ojos siguió siendo divertida.

Le cerró la puerta en la cara y después se recostó pesadamente contra ella.

Estuviste cerca, Callahan, pensó cerrando los ojos. En más de un sentido. Como los dolores que sufría exigían atención, se puso a buscar una aspirina. Tenía que ir a ver a Cobb, y lo haría armado con dos mil dólares y una cabeza despejada.

Nadie sabía mejor que Maximilian Nouvelle el valor que tenía el momento apropiado. Aguardó pacientemente a lo largo de la segunda función, sin hacer ningún comentario ni expresar ninguna crítica. Hizo caso omiso de las objeciones de Lily y de Roxanne cuando Luke se introdujo en la caja de hierro para el público de última hora. Max sabía bien que si un hombre no se enfrenta a sus demonios personales, acaba devorado completamente por ellos.

Una vez en casa, invitó cortésmente a Luke a la sala para un último trago y se apresuró a servir dos copas de coñac antes de que él tuviera tiempo de aceptar o rechazar la invitación.

—No estoy de ánimo para un trago —dijo Luke. La sola idea de beber alcohol lo descomponía.

Max se instaló en su sillón favorito y rodeó la copa con las manos para calentarla.

—¿No? Bueno, entonces puedes acompañarme un rato mientras yo bebo.

—Ha sido una noche larga —dijo Luke.

—Ya lo creo que sí. —Max levantó una mano y le indicó una silla—. Siéntate.

El poder seguía siendo suyo, con la misma fuerza que alguna vez había obligado a un chico de doce años a esperar junto a un escenario en tinieblas. Luke se sentó, tomó un cigarro. Jugó con él mientras aguardaba que Max hablara.

—Existen muchos métodos para suicidarse. —La voz de Max fue suave, como la de un hombre que comienza a relatar una historia—. Pero tengo que reconocer que considero a todos ellos una forma de cobardía. Sin embargo, una elección de esa naturaleza es una cuestión sumamente personal. ¿Estás de acuerdo?

Luke estaba perdido. Como hacía mucho que aprendió a mostrarse cauteloso con las palabras cuando Max le tendía una trampa, se limitó a encogerse de hombros.

—Muy elocuente —dijo Max con un dejo de sarcasmo que hizo que Luke entrecerrara los ojos—. Si llegas a considerar de nuevo esa elección —prosiguió Max después de beber un sorbo de coñac—, te sugiero un método más limpio y más rápido, como por ejemplo el uso de la pistola que guardo en el estante superior del armario de mi dormitorio. —Antes de que Luke pudiera hacer otra cosa que parpadear por la sorpresa, Max se había echado hacia adelante, con una mano delicadamente alrededor de su copa, mientras con la otra tiraba con fuerza del cuello de la camisa de Luke. Cuando los rostros de ambos estuvieron cerca, Max habló con una furia intensa y serena que se espejó en la mirada de sus ojos—. No vuelvas a usar mi escenario, ni la ilusión de la magia, para algo tan cobarde como poner fin a tu vida.

—Max, por el amor de Dios. —Luke sintió que esos dedos fuertes se cerraban alrededor de su garganta y después aflojaban la tensión.

—Jamás te levanté siquiera la mano. —Ahora, el control que Max había mantenido durante la segunda función y después, comenzó a resquebrajarse, así que tuvo que levantarse y mirar en otra dirección al hablar—. Ya han pasado diez años, y he respetado la promesa que te hice. Pero debo prevenirte que la romperé. Si vuelves a hacer una cosa como la de esta noche, te molere a golpes. —Y se giró midiendo a Luke con ojos que echaban chispas.

La rabia y la indignación fueron lo primero. Luke se puso de pie de un salto, con la garganta llena de desafíos y de negaciones. Fue en ese momento cuando, a la luz de la lámpara, advirtió que los ojos de Max no brillaban de furia sino por las lágrimas. Eso lo humilló más que mil tundas.

—No tendría que haber hecho esa prueba esta noche —dijo en voz baja—. Había perdido el sentido del tiempo. Tenía problemas que no pude sacarme de la cabeza. Lo sabía, pero no pude... Juro que no intentaba lastimarme, Max. Fueron la estupidez y el orgullo.

—Viene a ser la misma cosa, ¿no te parece? —Max volvió a beber un sorbo para aclararse la garganta—. Hiciste llorar a Lily. Y eso es algo que me cuesta perdonar.

Por primera vez en años, Luke sintió un miedo terrible, miedo del rechazo.

—¿Es por una mujer? Si es así, podría decirte que ninguna mujer vale tu vida ni tu paz espiritual. Pero, por supuesto, eso sería una mentira. Hay algunas, y para un hombre es a la vez una bendición y una maldición encontrarlas. ¿Quieres que hablemos sobre el asunto?

—No —logró decir Luke, pese a tener la garganta obstruida. La sola idea de hablar de su deseo oscuro e imperioso con respecto a Roxanne con su padre le pareció absurdo—. Lo tengo todo bajo control.

—Muy bien. Entonces quizá quieras saber acerca del nuevo trabajo.

—Sí. Por supuesto.

Satisfecho de haber aclarado las cosas, Max volvió a sentarse.

—LeClerc conoce una información muy interesante. Cierta político de alto nivel tiene una amante en los suburbios opulentos de Maryland, cerca de la capital de este país. Parece que nuestro servidor público no desdén los sobornos; en mi opinión, una manera muy sucia de ganarse la vida, pero así es. De todos modos, es lo suficientemente astuto como para no cambiar de estilo de vida para evitar toda clase de sospechas. En cambio, invierte en joyas y obras de arte, y guarda sus inversiones en casa de su amante.

» Ahora bien, con respecto a nuestro viaje a Washington...

Planear la operación tomó seis meses. Era preciso perfilar y pulir los detalles con tanto cuidado como la función que los Nouvelle ofrecerían en el Kennedy Center.

En abril, en la época en que florecen los cerezos, Luke viajó a Potomac, Maryland. Disfrazado con un traje de rayas finas, una peluca rubia y una barba recortada, se puso a recorrer propiedades con un agente de bienes raíces. Con un fuerte acento bostoniano, asumió la identidad de Charles B. Holderman, el representante de un adinerado industrial de Nueva Inglaterra, a quien le interesaba comprar una casa en los suburbios elegantes del Distrito Federal.

Se alegró de viajar, no solo por la oportunidad de conocer lugares nuevos, sino por el beneficio adicional de estar lejos de Roxanne. Ella se había vengado de la manera más artera y eficaz: actuando como si nada hubiera pasado.

Luke recorrió la serie de casas que le ofrecía el promotor inmobiliario. Las preguntas que formulaba como representante de un posible comprador eran las mismas que él necesitaba saber como ladrón potencial: quién vivía en el vecindario y a qué se dedicaban. Si había perros y patrullas policiales. A qué compañía recomendaría para instalar sistemas de seguridad, etc.

Más tarde, ese mismo día, Luke decidió ir al grano y hacerle una visita a Miranda Leesburg. Avanzó por su sendero de lajas bordeado de flores y llamó a su puerta de roble con vitrales.

Ya sabía qué esperar: había estudiado las fotografías de esa rubia de treinta y tantos años, con un cuerpo fenomenal y ojos azules y helados. Oyó con resignación el ladrido agudo de un par de perros. Sabía que tenía dos pomeranias, pero era una pena que ladraran tanto.

Cuando ella abrió la puerta, Luke se sorprendió al ver un pelo lacio peinado hacia atrás y sujeto en una cola de caballo, y la cara de facciones angulosas perlada de transpiración. Miranda llevaba una toalla alrededor del cuello. El resto de ese cuerpo lleno de curvas estaba cubierto por un atuendo de gimnasia de dos piezas, de intenso color púrpura.

Ella alzó a los dos perros. Al mirarla, Luke comenzó a entender por qué el buen senador guardaba escondido ese pequeño tesoro.

En las fotografías, era bonita pero de una manera fría y distante.

Personalmente, su atracción sexual era increíble.

—Perdón —dijo él con acento yanqui—. Lamento molestarla. —Los perros seguían ladrando y tuvo que levantar la voz para ser oído en medio de tanto barullo—. Soy Holderman, Charles Holderman.

—¿Sí? —Ella lo miró de arriba abajo, como lo haría si él fuera una estatua que contemplaba en un museo—. Lo he visto por el vecindario.

—Mi jefe está interesado en comprar una propiedad en esta zona —dijo Luke y volvió a reír.

—Lo siento, mi casa no está en venta.

—No, ya me doy cuenta. ¿Puede brindarme un momento de su tiempo? Si quiere podemos hablar aquí afuera.

—¿Por qué cree que me sentiría más cómoda aquí afuera? —Bajó los perros y les dio una palmadita para que se alejaran. Con su amante fuera de la ciudad durante casi dos semanas en una gira para recaudar fondos, se sentía aburrida. Charles B. Holderman le pareció una diversión interesante—. ¿De qué quería hablarme?

—Ah, su parque. Mi cliente es muy exigente con respecto a los parques y jardines. Y el suyo se acerca bastante a satisfacer sus requisitos. Me preguntaba si usted misma construyó el jardín con rocas del parque.

Ella se echó a reír.

—Querido, no sé distinguir un pensamiento de una petunia. Empleo a un especialista en la materia.

—Ah. Entonces quizá tendrá usted la bondad de darme su nombre, su número de teléfono.

—Sí, supongo que podría ayudarlo. Entre, buscaré la tarjeta.

—Muy amable de su parte. —Luke comenzó a grabarse mentalmente los detalles del vestíbulo, de las escaleras del frente, del tamaño y número de las habitaciones que daban al pasillo—. Su casa es preciosa.

Era todo pastel y estampados florales. Muy femenina.

Luke se detuvo a admirar un cuadro.

—Exquisito —dijo cuando Miranda miró por encima de su hombro.

—¿Le gustan los cuadros?

—Sí, soy un admirador de las obras de arte. Y el estilo de este es impecable.

A ella no le importaba nada el estilo, pero sí conocía al dedillo el valor de esa tela.

—Jamás pude entender por qué a la gente se le ocurre pintar árboles y arbustos.

Luke sonrió.

—Tal vez para que algunas personas se pregunten quién o qué está detrás de esos árboles y arbustos.

Ella se echó a reír.

—Eso está muy bien, Charles, muy bien. Tengo un fichero de tarjetas en la cocina. ¿Por qué no toma algo fresco conmigo mientras encuentro el nombre y la dirección de ese especialista en parques?

—Será un placer.

La cocina poseía el mismo encanto suave y femenino del resto de la casa. En los mármoles en tonos malva y marfil había macetas con violetas africanas. Los aparatos eléctricos eran modernos y no desentonaban. Una mesa redonda de cristal con cuatro sillas acolchadas color crema ocupaban el centro del ambiente, sobre una alfombra color rosa pálido. Como nota disonante, por los altavoces de la cocina se oían los acordes estridentes de una guitarra.

—Estaba haciendo gimnasia cuando llamó a la puerta —dijo Miranda y se acercó a la nevera para sacar una jarra con limonada—. Me gusta estar en forma, ¿sabe? Y ese tipo de música me hace sudar.

—Estoy seguro de que resulta estimulante.

—Ya lo creo —dijo ella, sacó dos vasos y sirvió en ellos la limonada—. Siéntese, Charles. Buscaré esa tarjeta.

Colocó los vasos sobre la mesa y lo rozó al pasar junto a él y acercarse a un cajón.

Tranquilo, muchacho, pensó Luke y se enderezó el nudo de la corbata antes de tomar su vaso.

—Un día precioso —dijo, mientras ella revolvía el contenido del cajón—. Qué afortunada que es al poder disfrutarlo en su casa.

—Oh, bueno, mi tiempo es mío. Tengo una pequeña *boutique* en Georgetown. Hay que vigilar los negocios, pero tengo un gerente que se ocupa de los problemas de todos los días. —Sacó una tarjeta comercial del cajón y se puso a jugarrear con ella—. ¿Está usted casado, Charles?

—No. Divorciado.

—Yo también —dijo ella y sonrió, complacida—. Descubrí que me encanta tener mi casa y mi vida para mí. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en esta zona?

—Solo uno o dos días más, me temo. Compre o no mi cliente una propiedad aquí, mi tarea habrá acabado.

—Y entonces se irá de vuelta a...

—A Boston.

—Mmmm. —Eso era bueno. De hecho, era perfecto. Si él se hubiera quedado más tiempo, ella lo habría despedido con la bebida y la tarjeta del jardinero. Pero, tal como estaban las cosas, era la respuesta ideal a dos semanas larguísimas y frustradoras. Cada tanto, muy cada tanto, a Miranda le gustaba cambiar de compañero y bailar un poco.

Ella no lo conocía, y tampoco el senador. Un revolcón rápido y anónimo la ayudaría mucho.

—Bueno... —dijo ella y deslizó la mano hacia abajo y se frotó apenas la

entrepiera—. Podría decirse entonces que usted... entrará y saldrá de aquí.

Luke apoyó el vaso en la mesa antes de que se le cayera de los dedos.

—Sí. En cierta forma, sí.

—Puesto que está aquí ahora... —Ella lo miró y se puso la tarjeta en el triángulo de su biquini—. ¿Por qué no coge lo que necesita?

Luke dudó una fracción de segundo. Las cosas no estaban saliendo exactamente como lo había imaginado. Pero, como solía decir Max, una onza de espontaneidad valía una libra de planeamiento.

—¿Por qué no? —Se puso de pie y, moviéndose con mucha mayor rapidez de lo que ella supuso, metió un dedo debajo de la línea sesgada del biquini.

Mientras ella se arqueaba hacia atrás y el primer grito de lujuria brotaba de sus labios, él ya le había bajado el biquini. En dos movimientos rápidos, también se abrió la bragueta y la penetró con violencia.

—¡Dios! —gritó ella y sus ojos se abrieron de par en par por el placer. Después, las manos de él aferraron sus caderas y la alzó con fuerza para que las piernas de ella se cerraran alrededor de su cintura. Ella jadeó y se entregó por completo.

Él la observó. Su sangre bombeaba como un fuego. Sabía que los perros habían entrado en la cocina, nerviosos y curiosos por los extraños sonidos que hacía su dueña. Estaban acurrucados debajo de la mesa de cristal, y ladraban.

Van Halen daba alaridos por los altavoces. Luke adaptó su ritmo al de ellos. Alcanzó a contar los orgasmos de ella, y vio que el tercero la dejó atontada y floja. Fue un placer para él proporcionarle otro antes de sucumbir con el propio.

—Dios mío —exclamó Miranda y se habría derrumbado en el suelo si él no la hubiera sostenido—. ¿Quién te enseñó todo eso debajo de ese traje tan elegante?

—Solo mi sastre.

—¿Cuándo dijiste que tenías que irte?

—En realidad, mañana por la noche. Pero hoy tengo bastante tiempo libre. —Y, ya que estaba, más le valía utilizarlo para echarle un buen vistazo a la casa—. ¿Tienes una cama?

Miranda le echó los brazos alrededor del cuello.

—Tengo cuatro. ¿En cuál quieres empezar?

—Pareces muy contento contigo mismo —comentó LeClerc cuando Luke dejó caer las maletas en el vestíbulo de la casa de Nueva Orleans.

—Conseguí completar el trabajo. ¿Por qué no habría de estar satisfecho? —Luke abrió el maletín y sacó un cuaderno lleno de anotaciones y dibujos—. El plano de la casa. Dos cajas fuertes: una en el dormitorio principal, la otra en el cuarto de estar. Tiene un Corot en el salón de abajo, y un Monet sobre la cama.

LeClerc gruñó al hojear las notas.

—¿Y cómo hiciste para descubrir la pintura y la caja fuerte de su dormitorio, *mon ami*?

—Tirándomela como un loco. —Con una sonrisa, Luke se sacó la chaqueta de cuero—. Me siento tan vulgar.

—*Casse pas mon coeur* —murmuró LeClerc, divertido—. La próxima vez haré que Max me envíe a mí.

—*Bonne chance*, viejo. No tienes idea de algunas de sus posiciones... —Se interrumpió cuando oyó un ruido proveniente de la parte superior de la escalera. Roxanne estaba allí, aferrada a la barandilla con una mano. Tenía la cara blanca como el papel, salvo por dos parches de color que podrían deberse a la vergüenza o a la furia. Sin una palabra, dio media vuelta y desapareció. Y enseguida se oyó el eco de un portazo.

Ahora sí que Luke se sentía vulgar y sucio.

—¿Por qué cuernos no me avisaste que ella estaba aquí?

—No me lo preguntaste —fue la respuesta de LeClerc—. *Allons*. Max está en el cuarto de trabajo. Querrá oír lo que has descubierto.

En el piso superior, Roxanne estaba tendida bocabajo sobre la cama, luchaba contra la imperiosa necesidad de comenzar a romper cosas. Pero no le daría ese gusto. Ella no lo necesitaba, no lo quería. No le importaba. Si él quería pasarse la vida acostándose con putitas superdotadas, era asunto suyo.

Pero deseó que se fuera al diablo por disfrutarlo.

Había como una docena... bueno, por lo menos media docena de hombres que estarían más que contentos por liberarla de la carga de la virginidad. Tal vez había llegado el momento de elegir a uno de ellos.

Ella también podía alardear, caramba. Y, después, hacer gala de sus proezas sexuales bajo las narices de Luke hasta que él se atragantara.

No, maldito si tomaría una decisión así nada más que por despecho.

Se sentó y decidió que no volvería a esperar entre bambalinas mientras los hombres disfrutaban de toda la diversión. Cuando se dirigieran a la casa de Potomac, ella estaría junto a ellos.

Lloviera o tronara.

—Estoy totalmente lista, papá. —Roxanne trasladó una blusa prolijamente doblada, de su maleta a un cajón en su cuarto del Washington Ritz—. Y he cumplido con mi parte del trato. —Arregló su ropa interior en el cajón de arriba—. Completé mi primer año en Tulane, con excelentes calificaciones. Y me propongo hacer otro tanto en otoño, cuando comiencen las clases.

—Aprecio eso, Roxanne. —Max estaba de pie junto a la ventana. Tras ella, el verano de Washington horneaba el pavimento y se elevaba en olas aceitosas—.

Pero hemos estado meses planeando este trabajo. Es más prudente que hagas tu debut, por así decirlo, con algo más sencillo.

—Prefiero empezar con algo importante —dijo ella y comenzó a colgar vestidos en el armario—. No soy una novata, y tú lo sabes. He sido parte de esta faceta de tu vida, lamentablemente, desde detrás de la escena, desde que era chica. Puedo abrir una cerradura tan bien como LeClerc, y más velozmente que él. Sé mucho sobre motores y mecánica gracias a Mouse. —Después de cerrar el armario, miró a su padre—. Y sé más sobre ordenadores que cualquiera de vosotros. Y no ignoras que esa clase de habilidad es invaluable.

—Y he apreciado mucho tu ayuda en las primeras etapas de este trabajo. Sin embargo...

—No hay sin embargo, papá. Es hora.

—Hay aspectos físicos además de mentales —comenzó a decir él.

—¿Crees acaso que, durante el último año, he estado haciendo gimnasia durante cinco horas semanales por mi salud? —le replicó ella. Habían llegado a una encrucijada. Roxanne eligió su camino y apoyó los puños cerrados sobre sus caderas—. ¿Lo haces porque como padre tienes escrúpulos de estar guiándome por un camino deshonesto?

—Por supuesto que no. Da la casualidad de que considero que lo que hago es un arte antiguo y valioso. El robo es una profesión honrosa, querida mía. Que no se debe confundir con esos matones que asaltan a gente por la calle, o con los malhechores que roban bancos a punta de pistola. Nosotros seleccionamos nuestros blancos. Somos románticos. Somos artistas.

—Muy bien, entonces —dijo ella y se acercó para besarlo en una mejilla—. ¿Cuándo empezamos?

Él se quedó mirando la cara sonriente de su hija y se echó a reír.

—Eres un orgullo para mí, Roxanne.

—Ya lo sé, Max. —Y volvió a besarlo—. Ya lo sé.

El Kennedy Center se prestaba para espectáculos de ilusionismo del más alto nivel, así como también las cámaras de televisión que grababan el evento para un programa especial que se emitiría en otoño. Max había presentado el espectáculo de ciento dos minutos como una obra en tres actos, con orquesta completa, iluminación estudiada y vestuario importante.

El espectáculo comenzaba con Max a solas en un escenario a oscuras, iluminado por el haz de un único foco. Estaba envuelto con una capa de terciopelo color azul noche, adornada con hebras de plata. En una mano sostenía una varita mágica, también de plata, que resplandecía con la luz. En la otra, una bola de cristal.

Merlín habría tenido ese aspecto cuando preparaba el nacimiento de un rey.

El tema era la brujería, y Max interpretaba al místico nigromante con dignidad y dramatismo. Llevó la bola a la punta de los dedos. Titilaba con distintas luces cuando él le habló al público de hechizos y de dragones, de alquimia y de brujería. Mientras los espectadores lo miraban, cautivados, la bola comenzó a flotar: recorrió los pliegues de la capa de terciopelo, ascendió hasta la punta de la varita mágica y comenzó a girar por encima de la cabeza de Max. El público dejó escapar una exclamación de sorpresa cuando la bola inició una caída vertical hacia el suelo del escenario, y aplaudió cuando se detuvo, instantes antes de su destrucción, y comenzó a rotar en una espiral cada vez más amplia y a ascender hasta las manos extendidas de Max, para quedar finalmente apoyada sobre las yemas de sus dedos. Una vez más él la cogió, le dio un golpecito con la varita mágica y la arrojó hacia arriba. La bola se transformó en una lluvia de plata que cayó sobre el escenario antes de que quedara totalmente a oscuras.

Cuando las luces volvieron a encenderse, segundos después, era Roxanne la que ocupaba el centro del escenario, con un atuendo cubierto con lentejuelas plateadas. En su pelo brillaban estrellas. Estaba de pie, erguida como una espada, los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos cerrados. Cuando la orquesta comenzó a interpretar un movimiento de la *Sexta sinfonía* de Beethoven, comenzó a mecerse y abrió los ojos.

Habló de conjuros y del amor perdido, de hechicería. Al descruzar los brazos y levantarlos bien alto, de las yemas de sus dedos brotaron chispas. Su pelo, una llamarada de rizos que casi le llegaba a los hombros, comenzó a ondear en virtud de un viento inexistente. El haz del reflector se ensanchó para mostrar una pequeña mesa junto a ella, y sobre la misma, una campanilla, un libro y una vela apagada. Roxanne se frotó las palmas y produjo fuego, una serie de llamas que ascendían y bajaban como al ritmo de una respiración. Cuando pasó las manos sobre la vela, las llamas se consumieron sobre la palma de sus manos y brotaron del pabito de la vela en una catarata dorada.

Con un movimiento de la muñeca, hizo que las páginas del libro comenzaran a girar, primero despacio y después cada vez con mayor rapidez, hasta parecer un torbellino. La campanilla se elevó de la mesa entre sus palmas extendidas, y sonó cuando ella movió las manos. De pronto, debajo de la mesa, donde antes solo había un espacio vacío, aparecieron tres velas encendidas. Sus llamas se fueron haciendo cada vez más altas hasta que toda la mesa estaba en llamas, iluminando la cara de Roxanne que seguía de pie un poco más atrás. Extendió los brazos hacia adelante, y no quedó nada más que humo. En ese mismo instante, se encendió otro foco. Y allí estaba Luke, a la izquierda del escenario.

Vestía un traje negro trabajado con oro reluciente. El maquillaje aplicado por Lily le había acentuado los pómulos y arqueado las cejas. Su pelo, casi tan largo como el de Roxanne, flotaba en libertad. La miró como lo haría una mezcla de sátiro y pirata.

Ella lo miró desde el otro extremo del escenario, por sobre el humo que se elevaba entre los dos. Su actitud era de desafío: la cabeza echada hacia atrás, un brazo levantado, el otro, extendido hacia adelante. Un haz de luz brotó de sus dedos hacia Luke. Él levantó una mano y pareció atraparlo. El público prorrumpió en aplausos mientras el duelo proseguía. Los combatientes se acercaron, entre el humo y las llamas, y las luces de escena fueron color rosa y oro, simulando un amanecer.

Roxanne se cubrió los ojos con un brazo, como para protegerse. Después, sus dos brazos cayeron, inertes, al costado del cuerpo, y su cabeza cayó hacia adelante. Su traje plateado comenzó a echar chispas y a lanzar luz mientras ella se mecía, como si su cuerpo estuviera sujeto por cuerdas a las manos de Luke. Él la rodeó y pasó sus manos sobre ella, muy cerca pero sin rozarla. Después le pasó una mano extendida frente a los ojos, indicando que estaba en trance. Luego, lentamente, le hizo señas para que retrocediera, cada vez más. Los pies de Roxanne se elevaron del escenario. Pero su espalda permaneció recta como una espada cuando él la hizo elevarse hacia arriba, hasta que quedó acostada sobre jirones de humo azul.

Luke se dio media vuelta, y cuando volvió a estar cara al público sostenía un aro de metal. Con la gracia de un bailarín, se movió alrededor de Roxanne e hizo deslizar el aro por su cuerpo. Después —y eso no formaba parte del acto—, se inclinó hacia ella como para besarla. Sintió que el cuerpo de ella se tensaba cuando le acercó los labios.

—No lo arruines todo, Rox —susurró. Después, se quitó la capa y la arrojó sobre ella. Se mantuvo unos momentos en el aire, antes de que la forma que estaba debajo pareciera comenzar a derretirse. Cuando la capa cayó al suelo, Luke tenía entre sus brazos un cisne blanco.

Se oyó un alboroto entre bambalinas. Luke se inclinó en busca de su capa, rogando al cielo que el maldito cisne no lo picoteara esta vez. Se agazapó, hizo

girar la capa sobre su cabeza, y desapareció.

—No me gustó ese añadido —le dijo Roxanne a Luke en cuanto lo vio.

—¿No? —Le entregó el cisne a Mouse y le sonrió a ella—. Me pareció que era un bonito toque.

—Si vuelves a intentarlo, yo también haré algo fuera de programa —dijo Roxanne y le clavó un dedo en la camisa—. Y juro que terminarás con un labio ensangrentado.

Luke la aferró de la muñeca antes de que ella pudiera alejarse. Por el sonido de los aplausos, supo que Max y Lily mantenían embelesado al público.

—Mira, Rox, lo que hacemos en el escenario es una representación. Un trabajo. Como el que haremos mañana por la noche en Potomac. Nada personal.

Ella sintió que la sangre latía en sus sienes, pero logró esbozar una sonrisa cordial.

—Tal vez tengas razón.

Luke alcanzó a oler su perfume, su maquillaje, el leve dejo de almizcle por la transpiración de escena.

—Por supuesto que tengo razón. Es solo una cuestión de... —Pero no pudo seguir hablando porque ella le clavó un codo en el estómago, se alejó y sonrió, ahora con mucha más sinceridad.

—Nada personal —dijo con dulzura, entró en su camerino, y cerró la puerta con llave. Había llegado el momento de cambiarse para otro acto.

La siguiente vez que tuvo que enfrentarse a Luke, estaban los dos casi nariz a nariz, separados solo por una lámina delgada de madera terciada. Estaban encerrados en una caja trucada y solo tenían segundos para transmutarse.

—Si vuelves a hacer eso —dijo Luke mientras cambiaban de lugar—, juro que te devolveré el golpe.

—Mira cómo tiemblo —dijo Roxanne y emergió de la caja en lugar de Luke para recibir un aplauso monumental.

Los dos saludaron graciosamente después del final. Luke la pellizcó fuerte, como para dejarle un moretón, y ella lo pisó.

Él se inclinó con una reverencia, materializó rosas de la nada y se las ofreció a Roxanne. Ella las aceptó, pero antes de que tuviera tiempo de hacer otra reverencia, él se desplazó. No permitiría que ese golpe quedara impune. Le arqueó la espalda con exageración y la besó.

O eso creyó el público, encantado. Pero en realidad la mordió.

—Hijo de puta —dijo ella mientras se esforzaba por sonreír. Los dos dieron un paso atrás cuando Max hizo su entrada final a escena. Luke tomó la mano de Roxanne. Pero sus ojos se abrieron de par en par cuando ella le apretó un dedo y se lo dobló.

—Por Dios, Rox, las manos no. No puedo trabajar sin mis manos.

—Entonces mantenlas lejos de mí, compañero. —Lo soltó, satisfecha con la

idea de que a él le dolería el pulgar tanto como a ella el labio inferior. Los dos se unieron a Max y a Lily en el centro del escenario para un saludo final.

—Me encanta el mundo del espectáculo —dijo Roxanne, riendo.

El buen humor en su voz hizo que Luke desistiera de su plan de patearle el trasero. Volvió a tomarla de la mano, solo que con más cautela.

—A mí también.

La elegante recepción ofrecida en la Casa Blanca fue el broche perfecto de la velada.

—Parece que la magia hizo prodigios en ti.

Roxanne se giró para ver a su interlocutor, y su agradable sonrisa se desvaneció.

—Sam. ¿Qué haces aquí?

—Disfruto de la reunión. Casi tanto como disfruté de tu actuación. —Le tomó la mano y se llevó a los labios los dedos rígidos de Roxanne.

Había cambiado muchísimo. El adolescente flaco y mal vestido se había convertido en un hombre elegante e impecable. Su pelo color arena lucía un corte conservador, igual que el esmoquin que usaba. En una mano llevaba un discreto anillo con un diamante.

Se lo veía bien afeitado y lustroso, como las fulgurantes antigüedades que llenaban la Casa Blanca. De él emanaba una sólida aura de riqueza y éxito. Y ella pensó enseguida que, como en el caso de los políticos, debajo de esa aura resplandeciente se adivinaba el leve hedor de la corrupción.

—Has crecido, Roxanne. Y estás preciosa.

Ella liberó su mano.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—¿Por qué no lo haces, entonces, mientras bailamos?

Podría haberse negado, rotundamente y con cortesía. Tenía habilidad suficiente para ello. Pero sentía curiosidad. Sin decir una palabra fue con él a la pista y los dos se unieron al gentío que bailaba.

—Te aseguro —dijo ella, bastante sorprendida por la actitud de él—, que la Casa Blanca es el último lugar donde esperaba volver a verte. Pero, bueno —agregó, mirándolo a los ojos—, la mayoría de los gatos caen de pie.

—Yo, en cambio, siempre planeé verte, veros a todos, de nuevo. Qué extraño que el destino haya querido que eso ocurriera aquí, en un entorno tan lleno de poder. —La apretó contra su cuerpo, pese a lo dura que se ponía ella, sin dejar por eso de seguirlo en el baile—. La función de esta noche fue un gran progreso con respecto a lo que hacíais en ese club siniestro. Mejor incluso que el espectáculo que Max ideó para el Castillo Mágico.

—Él es el mejor.

—Tiene un talento fenomenal —convino Sam y juntó su cara con la de Roxanne—. Pero tengo que reconocer que los que me quitasteis el aliento fuisteis tú y Luke. Un número muy *sexy*, por cierto.

—Nada más que una ilusión —dijo ella con frialdad—. El sexo no tuvo nada que ver.

—Si existe algún hombre en el mundo capaz de no sentir nada al verte levitar debajo de sus manos, ese individuo debe de estar muerto y enterrado. —Y qué interesante sería, pensó, poseerla. Sentir que ella se estremecía, voluntariamente o no, bajo sus manos. Esa sí que sería una revancha hermosa, con el beneficio adicional del sexo—. Pero te aseguro que yo estoy bien vivo.

—Si crees que me halaga el bulto de tus pantalones, Sam, te equivocas. —Tuvo la satisfacción de ver cómo él apretaba los labios con rabia antes de que ella continuara. Sí, sus ojos seguían igual que siempre: taimados, sagaces y potencialmente malvados—. ¿Adónde fuiste cuando te marchaste de Nueva Orleans?

Ahora, él no solo deseaba poseerla sino también lastimarla primero.

—Aquí y allá.

—¿Y aquí y allá te condujeron... aquí?

—En una ruta circular. En este momento soy la mano derecha del Caballero de Tennessee.

—Bromeas.

—En absoluto. Soy el principal asistente del senador. Y me propongo ser mucho más.

Ella tardó solo un instante en recobrarle de la sorpresa.

—Bueno, supongo que es coherente, puesto que la política es la máxima estafa. ¿Tu pasado no interferirá en tus ambiciones?

—Por el contrario. Mi infancia difícil me proporciona una perspectiva fresca y comprensiva de los problemas de nuestros niños... nuestra fuente natural más valiosa. Yo soy algo así como un ejemplo, alguien que les demuestra en qué pueden convertirse.

—No creo que en tu currículum hayas puesto que usaste a una criatura ignorante para poder robarle a sus amigos.

—Qué dúo formábamos —dijo él y rio por lo bajo, como si su traición solo hubiera sido una broma—. Y qué mejor dúo seríamos ahora.

—Siento informarte que la sola idea me repugna. —Sonrió y parpadeó. Pero cuando Roxanne comenzó a alejarse, él le apretó la mano con tal fuerza que ella hizo una mueca de dolor.

—Creo que quedan algunas cosas detrás de la bruma de la memoria, ¿no te parece, Roxanne? Después de todo, si de pronto sentiste la necesidad de chismorrear sobre una vieja relación, tal vez yo quiera hacer otro tanto. Y, a menos que me equivoque mucho, sé que preferirías que esas cosas

permanecieran ocultas.

Ella sintió que el color desaparecía de sus mejillas.

—No sé de qué estás hablando. Me haces daño, Sam.

—Preferiría evitar eso —dijo y aflojó la tensión de la mano—. A menos que se tratara de una circunstancia más íntima. Tal vez una cena a medianoche, donde podríamos renovar una vieja amistad.

—No. Comprendo que debe de ser un golpe para tu ego, Sam, pero realmente no tengo ningún interés en tu pasado, tu presente ni tu futuro.

—Entonces no hablaremos de negocios. —Apretó su boca contra la oreja de Roxanne y le murmuró al oído una proposición tan ofensiva, que ella no supo si espantarse o reír en voz alta. No tuvo oportunidad de hacer ninguna de las dos cosas, porque una mano le aferró el brazo y la tiró hacia atrás.

—Quítale las manos de encima —dijo Luke con furia en la cara al interponerse entre Roxanne y Sam. De nuevo tenía diecinueve años, y estaba preparado para todo—. No la toques siquiera.

—Bueno, parece que he pisado algunos callos. —En marcada oposición al murmullo de Luke, Sam habló fuerte y con jovialidad. De hecho, estaba en lo cierto. No todas las chispas que había visto volar por el escenario fueron el resultado de efectos especiales y magia.

—Luke. —Con plena conciencia de que una serie de cabezas giraban hacia ellos, Roxanne le pasó la mano por el brazo. Eso le dio oportunidad de clavarle las uñas en la piel—. Una recepción en la Casa Blanca no es lugar para hacer una escena. —Lo dijo con una gran sonrisa.

—Sensata y hermosa —dijo Sam y asintió, pero sus ojos estaban clavados en Luke. Esos sentimientos seguían allí: los celos y el odio, y Sam se alegró de ello.

—¿Sabes cuántos huesos tienes en la mano? —preguntó Luke con tono agradable mientras sus ojos seguían prometiendo asesinato—. Si vuelves a tocarla, lo descubrirás. Porque te los romperé todos.

—Basta. Yo no soy ningún hueso para que os peleéis los dos. —Con alivio, vio que su padre y Lily se abrían camino hacia ellos por entre la multitud—. Terminemos con esto, ¿vale? ¡Papá! No podrás creer quién está aquí. Sam Wyatt. Después de tanto tiempo.

—Max. —Sam le tendió la mano, y después tomó con la otra los dedos de Lily y se los besó—. Y Lily. Más hermosa que nunca.

—Jamás adivinarás en qué anda ahora Sam —prosiguió Roxanne como si acabaran de reunirse con un amigo viejo y querido.

Max no era hombre de guardar rencor, ni tampoco de bajar la guardia.

—De modo que te decidiste por la política.

—Sí, señor. Podría decir que gracias a usted.

—¿Cómo es eso?

—Usted me enseñó cómo hacer para que los demás apreciaran mis

habilidades, a darle un efecto teatral a mis actos. —Sonrió, y parecía un póster que exaltaba el éxito y la energía juvenil—. Senador Bushfield —le dijo Sam a un hombre apuesto y calvo, con ojos marrones cansados y una sonrisa torcida—. Supongo que conoce a los Nouvelle.

—Sí, sí. Un espectáculo delicioso, como ya le dije, Nouvelle.

—No quise mencionarlo antes senador, porque quería sorprender a mis viejos amigos. —Mirando con expresión divertida a Luke, Sam apoyó una mano en el hombro de Max—. En una ocasión estuve varios meses como aprendiz de este gran mago.

—¡Increíble! —Los ojos de Bushfield se encendieron con interés.

—Es así —dijo Sam con una sonrisa—. Lamentablemente, descubrí que no tenía aptitudes para eso. Pero cuando me marché del lado de los Nouvelle, fue con un nuevo propósito, y le aseguro que no estaría donde me encuentro hoy, si no fuera por ellos.

—Les diré una cosa. —Bushfield palmeó paternalmente a Sam en la espalda—. Este muchacho llegará lejos. Es astuto, sabe lo que quiere y tiene carisma. —Le guiñó un ojo a Max—. Tal vez no fuera bueno para la magia, pero le aseguro que sabe fascinar a los votantes.

—A Sam jamás le faltó encanto —dijo Max—. Solo tal vez para qué usarlo.

—Ahora ya lo sé —dijo Sam mirando a Luke—. Sé cómo hacer lo que hace falta hacer.

—Ese sucio hijo de puta te puso las manos encima.

Roxanne se limitó a suspirar. No terminaba de entender a Luke. Tal vez se debía a que se las había ingeniado para evitarlo durante la mayor parte de las últimas veinticuatro horas.

—Estábamos bailando, imbécil.

—Te estaba dando besitos en el cuello.

—Por lo menos no me mordió —dijo ella, le sonrió con aire de superioridad y se echó hacia atrás. Mouse conducía el coche en silencio por los suburbios, haciendo pasadas lentas alrededor de la casa de Miranda.

—Despílate un poco y concéntrate en el trabajo que tenemos por delante, Callahan.

—Me gustaría saber lo que ese tipo tiene en la cabeza —murmuró Luke—. Es un signo de mala suerte haber tropezado así con él.

—La suerte es la suerte, muchacho —comentó Max desde el asiento delantero—. Lo que hacemos con ella determina que sea buena o mala. —Satisfecho con la atmósfera reinante, Max se sacó la chaqueta y la falsa pechera de camisa que ocultaba un delgado jersey negro.

En el asiento trasero, Luke y Roxanne realizaron transformaciones similares.

—Mantente alejada de él —le dijo Luke a Roxanne.

Era una noche silenciosa y húmeda. La débil luz de ese arco delgadito de la luna estaba casi oscurecida por la bruma, y el calor flotaba en el aire como una capucha. Roxanne alcanzaba a percibir el aroma a rosas, a jazmines y a hierba recién cortada, y el húmedo olor a estiércol y abono acabados de regar.

Se movieron como sombras por el parque. Otra sombra pasó velozmente junto a ellos, haciendo que Roxanne se golpeará pesadamente contra Luke. El corazón le palpitó contra las costillas.

Pero era solo un gato, que corría en busca de un ratón o de un compañero.

—¿Nerviosa, Rox? —Los dientes de Luke brillaron en la oscuridad.

—No. —Fastidiada, se apresuró a avanzar, y el golpeteo del bolso de cuero contra el muslo le transmitió seguridad.

Tal como lo habían planeado, se separaron en la esquina este de la casa. Luke cortó los cables telefónicos y Max se dirigió a desconectar el sistema de alarma.

—Hay que hacerlo con mucha suavidad —le dijo Max con paciencia a su hija—. No hay que apurarse ni confiarse demasiado. Hace falta práctica —dijo, como había repetido innumerables veces durante los ensayos—. Un artista jamás puede entrenar de más. Hasta la bailarina más famosa sigue tomando clases durante toda su vida profesional.

Ella lo observó separar y pelar cables. Era un trabajo tedioso que acalambra las manos. Roxanne le sostenía la luz y observaba cada movimiento que hacía.

—Hay una unidad en el interior de la casa que opera según un código. Con mucho cuidado, es posible anularla desde aquí afuera.

—¿Cómo sabes cuándo lo has conseguido?

Él le sonrió y le palmeó la mano, sin prestar atención a lo mucho que le dolían los dedos.

—La fe, junto con intuición y experiencia. Y... esa pequeña luz de allí arriba se apagará. *Et voila* —murmuró cuando el punto rojo desapareció.

—Ya han pasado seis minutos —dijo Luke, agachado detrás de ellos.

—No cortaremos el vidrio —dijo Max mientras se desplazaban a la puerta de la terraza de atrás—. Como ven, es vidrio armado. Incluso con la alarma desconectada, es peligroso... y nos tomaría mucho más tiempo que si abrimos la cerradura.

Sacó su juego de ganzúas, un regalo que le hiciera LeClerc treinta años antes. Con alguna ceremonia, se las entregó a Roxanne.

—Prueba tu suerte, mi amor.

—Por Dios, Max. Tardará una eternidad.

Roxanne se tomó un momento para mirar con severidad a Luke antes de concentrarse en su tarea. Ni siquiera él podía arruinarle ese momento. Trabajó como su padre le había indicado. Con paciencia. Con manos tan delicadas como

las de un cirujano, operó sobre la cerradura con los ojos cerrados.

Se imaginaba en el interior de la cerradura, desplazando las combinaciones con manos muy suaves. Moviendo, persuadiendo, maniobrando.

Una sonrisa le iluminó la cara cuando oyó el clic.

—Es como una música —murmuró, e hizo que en los ojos de Max asomaran lágrimas.

—Dos minutos, treinta y ocho segundos —dijo Max mirando a Luke mientras oprimía el botón del cronómetro—. Creo que es el mejor tiempo que has hecho.

Suerte de principiante, pensó Luke, pero tuvo la sensatez de no expresar en voz alta su opinión. Entraron en fila india por la puerta y volvieron a separarse.

La descripción que Luke había hecho de la casa era tan completa que no necesitaron sobornar a nadie para conseguir los planos. La tarea de Roxanne era la de apoderarse de los cuadros. Cortó cuidadosamente las telas para sacarlas de los marcos, enrolló varios Manet y una excelente escena callejera de Pissarro, y se las metió en la mochila antes de reunirse con su padre en el cuarto de estar.

No lo distrajo de su tarea. Los dedos de Max hacían girar el dial de la caja fuerte. Roxanne pensó que parecía Merlín, preparando sus conjuros. El corazón se le llenó de afecto.

Intercambiaron sonrisas cuando la puerta de la caja finalmente se abrió.

—Rápido ahora, querida. —Abrió estuches de terciopelo y otros chatos y largos, y volcó el contenido en el bolso de Roxanne. Para demostrar que había aprendido bien, ella extrajo una lupa y, bajo el haz de luz de su linterna, examinó las piedras de un broche de zafiros.

—Excelentes —murmuró—, con un...

En ese momento oyeron el ladrido de un perro.

—Mierda.

—Tranquila. —Max le puso una mano en el brazo para calmarla—. A la primera señal de peligro, sales por esa puerta y vuelves adonde está Mouse.

—No te dejaré.

—Sí lo harás. —Moviéndose con rapidez, Max vació la caja fuerte.

En el piso superior, Luke miró ceñudamente a los pomeranias que gruñían. No los había olvidado. Sabía, por la tarde que había pasado allí, que tenían el hábito de dormir en la cama de su dueña.

Por eso tenía dos huesos con carne en su bolso.

Los sacó y quedó paralizado cuando Miranda les gruñó entre sueños a los perros y se dio la vuelta en la cama. Después, él se puso en cuclillas, una sombra entre las sombras, y les ofreció los huesos a los perros.

No habló, no quiso correr ese riesgo ni siquiera cuando Miranda comenzó a roncar. Pero los perros no necesitaron una invitación verbal. Al oler la comida, saltaron de la cama y se la procuraron.

Satisfecho, Luke tiró hacia afuera el frente falso del estante de la biblioteca y

comenzó a trabajar en la caja fuerte.

Lo perturbaba un poco que la mujer estuviera durmiendo en ese cuarto. No era que nunca antes hubiera robado en una casa en la que una dama roncaba muy cerca. Pero jamás lo había hecho con una mujer con la que hubiera compartido el lecho.

La excitación, siempre vagamente sexual, que sentía cada vez que intentaba abrir una caja fuerte, se vio sumamente incrementada. Cuando por fin logró abrirla, descubrió que tenía una fuerte erección, y lo absurdo de la situación lo hizo sonreír.

Pero, como diría Max, había prioridades y prioridades. Una verdadera pena.

—Tardaste dos minutos más de lo previsto —le dijo Roxanne, con fastidio, al pie de la escalera—. Estaba a punto de subir. ¿Te ocurrió algo?

Él se limitó a sonreír y siguió bajando la escalera.

Cuando ella se dio cuenta del problema de Luke, saltó:

—¡Dios, eres un degenerado!

—Solo un muchacho norteamericano, y muy sano, Roxy.

—Me das asco.

—Chicos, chicos —les dijo Max como un maestro de escuela paciente—. ¿No sería mejor seguir discutiendo eso en el coche?

Roxanne siguió mascullando insultos mientras corrían por el parque. Cuando llegaron al coche, se apoderó de ella la alegría por la emoción de la tarea cumplida. Se dejó caer en el asiento posterior, pero se inclinó para besar a Mouse, muerta de risa. Le estampó otro beso sonoro a Max y, como se sentía generosa —y tal vez también un poco vengativa—, giró la cabeza y oprimió fuertemente sus labios sobre los de Luke.

—Dios mío.

—Espero que sufras. —Y, echándose hacia atrás, apretó el bolso con las gemas contra su pecho—. Muy bien, papá, ¿cuándo será el siguiente trabajo?

Roxanne se paseaba con impaciencia por la tienda de *Madame*, quien, después de treinta años de actividad comercial, seguía desdeñando los adelantos modernos, como por ejemplo una caja registradora: su vieja caja de cigarros pintada a mano, debajo del mostrador, le servía a la perfección.

—Roxanne querida, haberte recibido siendo la quinta de tu promoción, no es poca cosa.

Roxanne se encogió de hombros.

—Solo fue una cuestión de aplicación. Tengo buena memoria para los detalles.

—¿Y eso te preocupa?

—No. Me preocupa mi padre. —Fue un alivio poder decirlo en voz alta—. Sus manos ya no son lo que eran.

Era algo sobre lo que no podía hablar con nadie, ni siquiera con Lily. Todos sabían que la artritis estaba haciendo estragos en Max, hinchándole los nudillos y endureciendo esos dedos ágiles. Hubo muchos médicos, remedios, masajes. Roxanne sabía que el dolor no era nada comparado con el miedo de perder lo que más amaba: su magia.

—Ni siquiera Max puede hacer desaparecer el tiempo, *petite*.

—Lo sé. Lo entiendo. Pero no puedo aceptarlo. Lo afecta emocionalmente. No puedo llegar a él como antes, sobre todo desde que está tan obsesionado con esa maldita piedra.

—¿Piedra? ¿Qué piedra?

—La piedra filosofal. Es un mito, *Madame*, una ilusión. La leyenda dice que esa piedra puede trocar en oro todo lo que toca. Y devolver la juventud a los ancianos y salud a los enfermos.

—¿Y tú no crees en esas cosas? ¿Tú, que has vivido toda tu existencia en medio de la magia?

—Yo sé cómo se realiza la magia. Con sudor y práctica, con un sentido preciso del tiempo y dirigir la atención del espectador a donde uno quiere. Emoción y dramatismo. Creo en el arte de la magia, *Madame*, no en piedras mágicas. No en lo sobrenatural.

—Entiendo —dijo *Madame* y comenzó a dar la vuelta a las cartas de Tarot—. ¿Pero igual buscas las respuestas aquí?

Roxanne frunció el entrecejo y se ruborizó.

—Solo para pasar el tiempo.

—Es una pena desperdiciar esta oportunidad —dijo *Madame* y se inclinó sobre las cartas—. Veo aquí que la muchacha está lista para convertirse en mujer. Y veo también un viaje, pronto.

Roxanne sonrió.

—Haremos un crucero. Al norte, por la ruta de St. Lawrence. Actuaremos a bordo, por supuesto. Max lo considera unas vacaciones de trabajo.

—Prepárate para muchos cambios —dijo *Madame*—. Veo aquí la realización de un sueño... si eres sensata. Y, después, la pérdida de ese sueño. Y alguien del pasado. Y dolor. Pero también tiempo para que cicatrice. Haz tu viaje y aprende, Roxanne.

Luke estaba más que dispuesto a ir. No había nada que deseara más que irse de la ciudad. Sobre la mesa de café estaba el último pago a Cobb, dentro de un sobre y con el sello puesto.

A lo largo de los años, las demandas de dinero habían sido tan regulares y permanentes como el pago de una hipoteca. Dos mil aquí, cuatro mil por allá, hasta alcanzar un promedio de cincuenta mil dólares por año.

A Luke no le importaba el dinero. Tenía más que suficiente. Pero todavía no había logrado controlar las náuseas y repugnancia que sentía cada vez que encontraba una tarjeta en su buzón.

Por eso Luke estaba ansioso partir en el crucero: para alejarse de las tarjetas postales, de esa sensación de insatisfacción que sentía en la nuca, de lo mucho que lo alarmaba la obsesión creciente de Max con respecto a una piedra mágica que no existía.

En el barco, con sus actuaciones, las visitas a puerto y el planeamiento del trabajo que pensaban realizar en Manhattan, estarían demasiado ocupados para preocuparse de esas cosas.

Unos golpes en la puerta lo obligaron a abandonar sus cavilaciones.

—Lily —dijo Luke y se agachó para besarla y tomar de sus manos las cajas y bolsas que llevaba.

—Estaba de compras. Bueno, supongo que eso es evidente. Y tuve ganas de pasar a verte. Espero que no te moleste.

—Al contrario, me encanta —dijo él y colocó las compras en una silla—. ¿Has decidido por fin dejar a Max y venirte a vivir conmigo?

Ella se echó a reír por la broma.

—Si lo hiciera, sería para darles un escarmiento a todas esas mujeres que entran y salen de aquí.

—Yo renunciaría a todas ellas por la persona adecuada.

Esta vez Lily no rio.

—Estoy seguro de que sí, querido. Pero no he venido a hablar de tu vida amorosa, por fascinante que sea.

Él sonrió.

—Me vas a hacer poner colorado.

—No lo creo. En realidad, vine para ver si necesitabas ayuda con las maletas,

o si querías que te comprara algo: calcetines, ropa interior, lo que sea.

Él le rodeó la cara con las manos y la besó.

—Te amo, Lily.

—Yo también te amo a ti. Y sé cómo detestan los hombres hacer maletas y comprar esas cosas.

—Yo ya lo tengo todo listo, lo juro. ¿Quieres un café?

—Preferiría algo fresco, si tienes.

—¿Limonada? —preguntó, dirigiéndose hacia la cocina—. Debo de haber tenido una premonición de que caerías por aquí cuando esta mañana exprimí los limones.

Elegió un vaso color verde claro y le sirvió la bebida y unos cubitos de hielo.

Ella tomó el vaso que le ofrecía y volvió al cuarto de estar, después de haber observado bien la prolijidad de la cocina.

—Tienes muy buen gusto.

Él rio y le preguntó:

—¿Qué ocurre, Lily?

—Nada. Ya te dije que pasaba por aquí.

—Tienes preocupación en los ojos.

—¿Qué mujer no la tiene?

—Déjame ayudarte.

Las lágrimas nublaron la visión de Lily cuando él cogió su vaso, lo apartó y la tomó en sus brazos.

—Sé que me estoy portando como una tonta, pero no puedo evitarlo.

—Está bien —dijo él, le besó el pelo, la sien, y esperó.

—Creo que Max ya no me ama.

—¿Qué? —La intención de él había sido mostrarse comprensivo, consolarla, apoyarla. En cambio, se echó a reír, mientras ella sollozaba—. No. Vamos, Lily, no llores. Siento haberme reído. ¿Qué te hace pensar semejante disparate?

—Él... él... —fue todo lo que pudo decir mientras sollozaba contra el hombro de Luke.

Tengo que cambiar de táctica, pensó Luke, y le acarició la espalda.

—Está bien, querida, no te preocupes. Enseguida voy para allá y le propino una buena paliza.

Eso la hizo reír.

—Lo que pasa es que lo amo tanto. Max es lo mejor que me ha pasado en la vida.

» Conocer a Max y a la pequeña tuvo mucho de magia. Enseguida los amé con todo mi corazón. Él había perdido a su esposa, y tal vez también una parte de sí mismo. Y yo deseaba tenerlo, así que hice lo que toda mujer inteligente habría hecho, y lo seduje.

Luke la apretó más fuerte.

—Apuesto a que él opuso una terrible resistencia, ¿verdad?

Eso la hizo reír y suspirar.

—Podría haber recibido lo que yo le daba y dejarlo así. Pero no lo hizo. Me aceptó a su lado. Me trató como a una señora. Me enseñó cómo debía ser todo entre un hombre y una mujer. Me hizo formar parte de su familia. Pero, por encima de todo, me amó... solo por lo que soy, si entiendes lo que quiero decir.

—Sí, lo entiendo. Pero no creo que haya sido algo unilateral, Lily. Creo que recibiste tanto como diste.

—Siempre lo intenté, Luke. Ya hace casi veinte años que lo amo. Y creo que no podría tolerar perderlo.

—¿Qué te hace pensar en esa posibilidad? Está loco por ti. Esa es una de las cosas que mejor me ha hecho sentir, la manera en que vosotros dos sois el uno para el otro.

—Se está alejando. Sí, sigue siendo dulce conmigo, cuando recuerda que estoy cerca. Max jamás podría lastimarme, ni a mí ni a nadie, a propósito. Pero se pasa horas solo, repasando libros, notas y revistas. Esa maldita piedra. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz—. Está tan obsesionado con ella que casi no piensa en nada más. Y ha empezado a olvidar cosas. Cosas pequeñas. Como compromisos y comidas. La semana pasada casi llegamos tarde a una representación porque él lo había olvidado. Sé que le preocupa no poder hacer y algunos de los juegos de prestidigitación, y que eso le está afectando... —Se interrumpió, preguntándose cómo podría expresarlo de manera delicada—. Lo que quiero decir es que Max siempre fue tan, bueno, intenso sexualmente. Pero últimamente casi nunca... ya sabes.

—Bueno, y o...

—No se trata solo de su desempeño concreto, por así decirlo, sino de la parte romántica. Ya no se gira para mirarme por las noches, ni me toma de la mano, ni me mira de esa manera tan especial.

—Está distraído, Lily. Eso es todo. La enorme presión que implica hacer un programa especial más, escribir otro libro, regresar y hacer una gira por Europa. Y, después, los otros trabajos. Max siempre ha echado sobre sus hombros la preparación y la ejecución de esos trabajos. Y, en mi opinión, estás tan agotada como Max por tantas emociones: la graduación de Rox, prepararse para este viaje.

—Puede ser.

—Créeme cuando te digo que todo se solucionará. Nos iremos por un tiempo, descansaremos y beberemos champán en la cubierta de popa.

Ella se secó las lágrimas y se incorporó en el asiento.

—Te juro que no era mi intención cargarte con mis problemas. ¿Seguro que no quieres que te haga las maletas?

—Ya están hechas. Estoy tan impaciente como tú por partir por la mañana.

—Es cierto que estoy ansiosa. Pero todavía no tengo nada listo.

—¿Qué compras estuviste haciendo? ¿Cosas *sexy*?

—Sí, algunas.

Sabiendo lo mucho que le gustaba a Lily mostrar sus adquisiciones, Luke le siguió el juego.

—¿No me las enseñarás?

—Tal vez. —Parpadeó y dejó su vaso sobre la mesa. En ese momento vio la carta que él había dejado allí y quedó petrificada—. Cobb. ¿Por qué le escribes?

—No le escribo —dijo Luke, se maldijo interiormente, cogió la carta y se la metió en el bolsillo—. No es nada.

—No me mientas. No me mientas nunca.

—No te he mentado. Dije que no le escribía.

—¿Qué hay entonces en ese sobre?

Luke se puso pálido.

—No tiene nada que ver contigo.

Ella no dijo nada al principio, pero en su rostro surcado por las lágrimas aparecieron varias emociones en forma simultánea.

—Todo lo tuyo tiene que ver conmigo —dijo y se puso de pie—. O eso creía yo. Será mejor que me vaya.

—No. Maldita sea, Lily, no me mires así. Estoy llevando esto de la única forma que conozco. Déjame a mí.

—Por supuesto. —Lily tenía la manera de mostrarse perfectamente agradable y simultáneamente poner a un hombre de rodillas—. Estarás en casa a las ocho, ¿verdad? No queremos perder el vuelo.

—Al carajo con todo. Le estoy pagando a ese tipo. Cada tanto le mando dinero y él me deja tranquilo. Nos deja a todos tranquilos.

Lily asintió con la cabeza y volvió a sentarse.

—¡Te está chantajeando!

—Ese es un término cortés. —Furioso consigo mismo, Luke se acercó a la ventana—. Puedo darme el lujo de ser cortés.

—¿Por qué?

Él se limitó a sacudir la cabeza. No se lo diría a ella ni a nadie. Ni lo que había sido, ni de las pesadillas que lo acosaban durante días cuando encontraba esa postal en su buzón.

—Mientras sigas pagándole, jamás te dejará en paz.

—Tal vez no. Pero él sabe algo que me avergüenza y por lo que estoy dispuesto a pagarle para que no se lo diga a nadie. A mí me vale la pena.

—¿No sabes que él ya no puede lastimarte?

—No. No lo sé. Y, lo que es peor, no sé si no podría lastimar a alguna otra persona. No correré ese riesgo, Lily. Ni siquiera por ti.

—Yo no te lo pediría. Pero si te ruego que confíes lo suficiente en mí como

para decírmelo siempre que te pase algo. Sé que soy un poco tonta y...

—Calla.

Pero ella se echó a reír.

—Querido, sé lo que soy. Y no lo lamento. Soy una mujer de mediana edad que usa demasiado maquillaje y que morirá sin dejar que en su pelo aparezca la primera cana. Pero apoyo a los que amo. Hace mucho que te quiero, Luke. Envía ese cheque si sientes necesidad de hacerlo. Y si él te pide más de lo que tienes, ven a mí. Yo tengo mis propios ahorros.

—Gracias —dijo él y carraspeó—. Pero no me duele demasiado.

—Quiero que recuerdes siempre que yo no me avergonzaría de nada de lo que has hecho o podrías hacer. —Se volvió para empezar a recoger todas sus bolsas—. Será mejor que vuelva a casa. Me tomará la mitad de la noche pensar qué poner en las maletas. ¡Dios! —dijo y se tocó las mejillas—. Primero tengo que arreglarme la cara. No puedo salir a la calle con el delineador todo corrido. —Fue hacia el baño con su bolso—. Ah, Luke, podrías venir a casa conmigo y pasar la noche en tu antiguo cuarto. Así sería más sencillo juntar todo por la mañana.

Podría ser, pensó Luke y se metió las manos en los bolsillos. Tal vez sería mejor volver a casa, aunque solo fuera por una noche.

—Espera un momento que busque mis maletas —le gritó a Lily—. Y, después, te llevaré a tu casa en el coche.

Las comodidades asignadas a quienes protagonizaban los espectáculos en el *Yankee Princess* no eran tan lujosas como Roxanne habría deseado. Pero, gracias a su calidad de estrellas invitadas, les dieron camarotes exteriores... apenas por encima del nivel del agua.

El camarote de dos literas era tan pequeño que al menos ella se sintió agradecida de no tener que compartirlo con nadie durante las venideras seis semanas. Su espíritu práctico la alejó del ojo de buey y la hizo sacar el contenido de sus dos maletas. Como era habitual, todas las prendas quedaron cuidadosamente plegadas o colgadas en la cómoda y en el armario tamaño gnomo. Su romanticismo la hizo darse prisa para estar en la cubierta cuando sonara la sirena en el momento de la partida.

Pero primero se miró en el espejo y se retocó el maquillaje. Se dijo que no era solo por vanidad, pues parte de la misión que la troupe de los Nouvelle había asumido era mezclarse con los pasajeros y mostrarse cordiales y agradables con ellos.

No era un precio muy alto para un crucero de seis semanas en un elegante hotel flotante.

Tomó su bolso de lona, salió del camarote y enfiló hacia cubierta. Los pasajeros que acababan de embarcar ya deambulaban por los estrechos pasillos, en busca de su camarote o simplemente explorando el barco.

Cuando llegó a la parte superior de la escalera, se abrió camino por el salón Lido hacia cubierta, en el sector de popa, donde algunos viajeros bebían un cóctel de bienvenida, grababan vídeos o simplemente estaban inclinados sobre la barandilla, esperando para despedirse del perfil de edificación de Manhattan.

Tomó un vaso alto de la bandeja que llevaba un camarero, y mientras bebía se puso a observar a sus compañeros de viaje.

En líneas generales, Roxanne calculó que la edad media de los pasajeros era de sesenta y cinco años. Había algunas familias con chicos, alguna que otra pareja en luna de miel, pero en su mayor parte eran matrimonios mayores, gente soltera de bastante edad y un puñado de mujeres no tan jóvenes a la caza de marido.

—Podríamos llamarlo el *Barco geriátrico* —le dijo Luke al oído y casi logró que ella derramara el líquido del vaso.

—A mí me parece muy tierno.

—No dije que no lo fuera. —Luke decidió que, ya que iban a pasar las siguientes semanas bastante juntos, deberían tratar de tener una actitud civilizada, y le pasó un brazo por los hombros.

—Mira, allá está Mouse —dijo Roxanne y agitó la mano para que se acercara—. ¿Y? ¿Qué te parece todo esto?

—Fantástico. —Su cara grande y pálida estaba roja de placer. Se le notaban los músculos debajo de las mangas cortas de la camisa floreada que Lily le había comprado—. Me dejaron bajar a la sala de máquinas. Tengo que revisar el equipo para el espectáculo y todo lo demás, pero más tarde me dijeron que puedo subir al puente y todo.

—¿Tienen mujeres allá abajo? —preguntó Luke.

—¿En la sala de máquinas? No —dijo Mouse con una sonrisa—. Pero tienen fotos de mujeres en todas las paredes.

—No te alejes de mí, compañero. Y yo te encontraré algunas bien reales.

—Déjalo en paz, hombre lascivo. —Y, en defensa de Mouse, Roxanne le pasó la mano por el brazo. Se oyeron dos largas sirenas—. Estamos zarpando.

—Mira hacia la cubierta de arriba —murmuro Luke cuando la vio buscando a alguien con la vista.

Ella lo hizo y los vio. Lily, con una pámela azul; Max, con chaqueta blanca y pantalones azul marino, y LeClerc, revoloteando como una sombra detrás de ellos.

—Estará bien. —Luke le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Por supuesto que sí. Subamos. Quiero hacer algunas fotografías.

No sería exactamente pan comido. La primera reunión con el personal de a bordo borró de sus mentes la ilusión de que las siguientes seis semanas serían un viaje gratis de placer. Los Nouvelle debían dar esa noche una minifunción de bienvenida para los pasajeros, junto con actuaciones cortas de otros artistas: una cantante francesa, un comediante que salpicaba sus monólogos con malabarismo, y el grupo Moonglades, formado por seis integrantes.

Además de su función, se les pidió que asistieran a las actividades diarias, desde el bingo hasta las excursiones en tierra firme. Cuando descubrieron que Roxanne hablaba francés con fluidez, inmediatamente le solicitaron que ayudara a los dos intérpretes del barco.

También les dictaron algunas normas: ser corteses y cordiales con los pasajeros era obligatorio; intimar demasiado con ellos, no lo era en absoluto. Estaba prohibido aceptar propinas, y no estaba bien vista la embriaguez. Las comidas se tomaban solo una vez que los pasajeros terminaran de hacerlo. Y, en el caso de algún siniestro en alta mar, los miembros de la tripulación y del personal podrían subir a los botes salvavidas solo después de que todos los pasajeros se encontraran a salvo.

El director del crucero, Jack, un hombre con diez años de experiencia en esas lides, agregó:

—Si llegan a necesitar algo, díganmelo. A las tres y media habrá un ensayo general en el salón auditorio, que queda en la cubierta de Paseo, hacia popa. Y la

primera función será a las ocho. Tómense su tiempo para familiarizarse con la distribución del barco.

Roxanne recorrió el barco, ensayó, después volvió a recorrer el barco, mientras contestaba preguntas, sonreía y les deseaba buen viaje a los pasajeros.

Hacia el final de la tarde, consiguió apoderarse de una manzana y de algunos trozos de queso del bufet de pasajeros y esconderlos en el cuarto de depósito en el que ella y Lily se cambiarían para la primera función.

—Son tantos —comentó Roxanne mientras comía un trozo de queso—. Y quieren saberlo todo.

—Pero son agradables y cordiales —dijo Lily mientras se cambiaba—. Me encontré con gente de todo el país. Es casi como andar de nuevo por los caminos.

—A Max le gusta, ¿verdad?

—Le encanta. Ya está fascinado.

Eso fue suficiente para Roxanne, aunque tuviera que apretarse el estómago con la mano al primer movimiento del barco.

—¿Crees que esto seguiré?

—¿A qué te refieres, querida?

—Al movimiento.

—¿Del barco? Es parecido a estar en una cuna, ¿no lo crees? Muy agradable y sedante.

—Sí. Tienes razón —dijo Roxanne y tragó con fuerza.

Logró salir adelante en la primera función antes de que la cuna sedante en la que estaba la hiciera correr hasta su camarote. Justo acababa de vomitar cuando Luke abrió la puerta.

—La he cerrado con llave —dijo ella, con toda la dignidad que pudo reunir mientras estaba sentada en el suelo.

—Ya lo sé. Tardé casi treinta segundos en abrirla.

—Lo que quise decir es que, puesto que la he cerrado con llave, eso probablemente significa que quiero estar sola.

—Mmmm. —Luke estaba muy atareado mojando un paño con agua fría. La ayudó a levantarse y la llevó hasta la litera—. Siéntate. Colócate esto en la nuca.

Pero lo hizo él mismo, y consiguió un suspiro largo y agradecido por parte de Roxanne.

—¿Cómo supiste que estaba mareada?

Pasó la mano sobre las lentejuelas verdes del vestido de ella.

—Tu cara tenía el mismo color de tu ropa.

—Ya estoy bien. —Por lo menos, eso era lo que esperaba—. Me acostumbraré. —Sus ojos tenían una expresión desesperada cuando levantó la vista para mirarlo y preguntó—. ¿No lo crees?

—Por supuesto que sí. —Era extraño ver a Roxanne Nouvelle vulnerable. Algo tan fuera de lo común que Luke tuvo que resistir el impulso de abrazarla y curarla con sus besos—. Tómate un par de estas. —Y le entregó dos píldoras blancas.

—Quiero creer que no son de morfina.

—Lo lamento. Es solo Dramamine. Trágalas con unos sorbos de ginger ale. —Y, como una enfermera competente, le dio la vuelta al paño y colocó sobre la nuca el lado más frío—. Y si no mejoras, el médico del barco te dará la solución.

Al ver que el color de su rostro comenzaba a normalizarse, juzgó que ya estaba mejorando.

—Si no te sientes bien, podemos cubrir tu parte en la segunda función.

—De ningún modo. —Se puso de pie, y obligó a sus piernas y a su cuerpo a permanecer en equilibrio—. Una Nouvelle jamás deserta del espectáculo. Dame solo un minuto. —Fue al baño a enjuagarse la boca y a verificar su maquillaje—. Supongo que te debo una —dijo al salir.

—Querida, me debes mucho más que una. ¿Lista?

—Seguro, estoy lista. —Abrió la puerta y salió—. Luke, no hay por qué mencionar esto, ¿no es cierto?

Él levantó las cejas.

—Mencionar ¿qué?

—Está bien —dijo ella y le sonrió—. Te debo dos.

Como en los días que siguieron no volvió a sentirse mareada, Roxanne no tuvo más remedio que reconocer que el movimiento del barco solo había sido el detonante de una suma desafortunada de factores: la tensión, la copa que había bebido al embarcar pese a tener el estómago vacío, y los nervios. No le resultó fácil reconocerlo a una mujer que siempre se había ufanado de hacer frente a todas las circunstancias. Sin embargo, sus días estaban demasiado ocupados como para preocuparse por ello.

La tensión que, sin saberlo, había llevado a bordo, comenzó a disiparse con cada hora que pasaba. Tal vez habría desaparecido por completo si, al dirigirse a la escalera que conducía a la cubierta Laguna no hubiera encontrado a Max allí parado, y, al parecer, completamente desorientado.

—¿Papá? —Él no respondió, así que Roxanne se le acercó y lo tomó del brazo—. ¿Papá?

Él se sobresaltó, y ella vio pánico en sus ojos. En ese instante, se le heló la sangre. En los ojos de su padre vio más que temor: vio una confusión total. Él no la reconocía. La miraba y no la reconocía.

—Papá —volvió a decir, y no pudo evitar que le temblara la voz—. ¿Estás bien?

Max parpadeó, y un músculo comenzó a moverse en su mandíbula. Como una nube que lentamente se levanta, la confusión se desvaneció de sus ojos y fue reemplazada por fastidio.

—Por supuesto que estoy bien. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Bueno, pensé que tú... —dijo ella y se obligó a sonreír—. Que habías perdido el camino. A mí me pasa todo el rato.

—Sé exactamente adonde me dirijo. —Max sintió que la sangre le latía en la base del cuello. Casi podía oírla. Por un momento, no había podido recordar dónde se encontraba ni qué estaba haciendo. Y el miedo hizo que se irritara con su hija—. No necesito que nadie me cuide. Y tampoco me gusta que me sermoneen por cada movimiento que hago.

—Lo siento —dijo Roxanne y palideció—. Da la casualidad de que iba a tu camarote. Pero no fue mi intención molestarte.

—Perdón —dijo él, sintiendo de pronto mucha vergüenza por su actitud—. Me disculpo. Tenía la mente en otra parte.

Ella solo se encogió de hombros, un gesto típicamente femenino capaz de humillar a cualquier hombre.

Max sacó la llave para abrir la puerta de su camarote. Mouse, LeClerc y Luke ya lo estaban esperando.

—Muy bien, queridos míos —dijo Max, sacó la única silla que estaba junto al escritorio, y se sentó—. Es hora de que pongamos manos a la obra.

—Lily todavía no está aquí —señaló Luke, y le preocupó ver que Max paseaba la vista por la habitación.

—Ah, bueno.

Roxanne se sumió en un silencio incómodo. Se frotaba nerviosamente las manos cuando Lily entró, muy acalorada.

—Siento llegar tarde, pero junto a la piscina estaban haciendo una demostración de tallado en hielo, y me fascinó. Un hombre esculpió un pavo real increíble. —Le sonrió a Max, quien se limitó a inclinar la cabeza con aire ausente.

—Muy bien, entonces. ¿Qué es lo que tenemos?

LeClerc entrelazó las manos detrás de la espalda.

—DiMato en el camarote 767. Aros de diamantes, probablemente de dos quilates, un reloj Rolex y un broche de zafiros de entre cinco y seis quilates.

—Los DiMato son los que están celebrando sus bodas de oro —acotó Roxanne—. El broche fue el regalo que él le hizo para ese aniversario. Y los dos son muy dulces y tiernos.

Max sonrió con expresión comprensiva.

—¿Alguna otra cosa interesante?

—Bueno, la señora Gullager, del camarote 620 —dijo Roxanne—. Un conjunto de rubies: pulsera, collar, aros. Parecen joyas heredadas.

—Esa mujer es un encanto —dijo Lily y en sus ojos hubo una súplica al mirar a Roxanne—. El otro día tomé el té con ella. Vive en Virginia con sus dos gatos.

—¿Otro candidato? —preguntó Max a todos los presentes.

—Está Harvey Wallace en el 436 —dijo Luke y se encogió de hombros—. Gemelos y alfiler de corbata de diamantes, y un Rolex. Pero... mierda, es un viejo tan divertido.

—Sí, es muy agradable —intervino Mouse—. Me contó todo lo referente al DeSoto que reconstruyó en 1962.

—Los Jamison —dijo LeClerc entre dientes—. Camarote 710. Un anillo de diamantes, de aproximadamente cinco quilates. Un anillo de rubíes, creo que del mismo peso. Un broche antiguo de esmeraldas...

—¿Nancy y John Jamison? —lo interrumpió Max—. Lo pasé muy bien jugando ayer al *bridge* con ellos. Él trabaja en una empresa de alimentos procesados y ella tiene una librería.

—*Bon Dieu* —farfulló LeClerc.

—Somos lastimosamente sentimentales, ¿no es así? —dijo Roxanne y palmeó la mano de LeClerc—, algo bastante molesto para ti, estoy segura. Pero lo cierto es que no veo cómo podemos robarle a personas con las que prácticamente convivimos todos los días. Sobre todo si nos caen tan bien.

Max juntó las manos y se tomó la barbilla.

—Tienes mucha razón, Roxanne. Cuando se han establecido lazos emocionales, ya deja de ser divertido. —Fue mirándolos uno por uno—. ¿Estamos de acuerdo, entonces? ¿Ningún candidato esta semana?

Todos asintieron menos LeClerc, que gruñó entre dientes.

—No te desanimes —dijo Luke—. Todavía nos queda mucho tiempo por delante. Es seguro que embarcará alguien que no nos guste.

—Entonces, doy por terminada esta reunión.

—¿Tiene un minuto para mí? —le preguntó Luke a Max cuando el grupo comenzó a dispersarse.

—Desde luego que sí.

Luke esperó a que los dos quedaran solos, pero igualmente tomó la precaución de hablar en voz baja.

—¿Por qué demonios le está haciendo esto a Lily?

—¿Cómo dices? —preguntó Max, boquiabierto.

—Maldita sea, Max, le está destrozando el corazón.

—Eso es absurdo. —Sintiéndose insultado, Max se puso de pie—. ¿De dónde sacaste esa idea ridícula?

—De Lily. Vino a verme el día anterior a nuestra partida de Nueva York. Maldito sea, usted la hizo llorar.

—¿Yo? ¿Yo? —Sacudido por la mera idea de haberlo hecho, Max volvió a

sentarse—. ¿De qué manera?

—Por negligencia. Desinterés. Está tan obsesionado con esa maldita piedra mágica, que no es capaz de ver lo que ocurre delante de sus ojos. Ella cree que usted ya no la ama. Y después de haber visto en este último par de días cómo se comporta con ella, entiendo cómo se le ocurrió a Lily pensarlo.

Muy pálido, muy inmóvil, Max se quedó mirando a Luke.

—No tiene ningún motivo para dudar de mis sentimientos.

—¿Ah, no? —Luke se sentó en el borde de la litera y se inclinó hacia adelante—. ¿Cuándo fue la última vez que se tomó el trabajo de decirle qué siente por ella? ¿Se sentó con ella a la luz de la luna para escuchar el sonido del mar? Sabe perfectamente lo mucho que le importan a Lily los detalles, las cosas pequeñas. ¿Se ha molestado en regalarle algo sin importancia? ¿Ha usado esta cama para alguna otra cosa que no sea dormir?

—Estás yendo demasiado lejos —dijo Max, muy tenso—. Demasiado lejos.

—En absoluto. No toleraré seguir viendo en los ojos de Lily esa mirada tan triste. Ella sería capaz de arrastrarse sobre vidrios rotos por usted, pero usted no puede siquiera darle diez minutos de su valioso tiempo.

—Te equivocas —dijo Max y bajó la vista hacia los puños cerrados—. Y si Lily siente lo que tú dices, está muy equivocada. La amo. Siempre la he amado.

—Pues no lo parece. Ni siquiera la miró cuando ella entró.

—En ese momento hablábamos de negocios —comenzó a decir, pero se frenó. Siempre se había jactado de ser honesto, a su manera—. Tal vez en los últimos tiempos he estado algo distraído, pero jamás la lastimaría. Preferiría arrancarme el corazón antes que herirla.

—Dígaselo a ella —dijo Luke dirigiéndose a la puerta—. No a mí.

—Aguarda. —Max se apretó los dedos contra los ojos. Si había cometido una equivocación, haría todo lo que fuera necesario para repararla—. Necesito que me hagas un favor.

El hecho de que Luke vacilara fue para Max una prueba de lo fastidiado que estaba y de la gravedad de sus propios pecados.

—¿Cuál?

—En primer lugar, quisiera que esta conversación quedara entre nosotros dos. Y, en segundo lugar, después de la función de esta noche, te agradecería que entretuvieras a Lily, o la mantuvieras lejos de la cabina durante alrededor de treinta minutos. Después, quiero que te asegures de que vendrá directamente hacia aquí.

—Está bien.

—¿Luke?

Tenía la mano sobre el picaporte, pero se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Sí?

—Gracias. De vez en cuando, un hombre necesita que alguien se enfrente

con sus defectos y sus virtudes. Tú has hecho las dos cosas.

—Compénsela a ella.

—Sí, lo haré. —Max exhibió una sonrisa ancha—. Eso, al menos, puedo prometerte.

—Estuvimos bien —dijo Roxanne y se dejó caer pesadamente en un sillón, en un rincón de la discoteca. La segunda función de la noche había tenido tanto éxito como la primera.

—Nos los metimos en el bolsillo. —Luke se sentó y extendió las piernas—. Pero, claro, eso no es demasiado difícil con un público de esta edad.

—No seas malvado —saltó Roxanne—. Vamos, sirve para algo y tráenos bebidas a Lily y a mí.

—Yo creo que me iré al camarote —dijo Lily y examinó visualmente el salón en busca de Max—. Vosotros, los jóvenes, deberíais divertirlos.

—De ninguna manera —dijo Luke y la tomó de la mano—. No pienses que te irás sin bailar conmigo. —Y se la llevó, riendo, a la pista.

Dori, una muchacha rubia y alta, miembro del personal de a bordo, se instaló en la silla que Luke había dejado vacía.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó a Roxanne.

—Una copa de vino blanco. Un *Pink Lady* para Lily y una Becks para Luke.

—Que sean dos Becks —le dijo Dori al camarero.

Cuando les sirvieron las bebidas, dijo:

—La primera ronda la pago yo. En realidad me gusta trabajar en los barcos que hacen cruceros. Casi todos los pasajeros están decididos a divertirse y a pasarlo bien. Eso facilita mucho las cosas. Y uno conoce a gente tan diferente. Y ya que estamos en eso, ¿qué problema tiene él?

Roxanne miró hacia donde Luke hacía girar a Lily.

—¿Problema?

—Quiero decir, es estupendo, dinámico, soltero. No será gay, ¿no?

Roxanne se partió de risa.

—Es decididamente heterosexual.

—¿Cómo es entonces que no te has lanzado a conquistarlo?

Roxanne estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—¿Yo? ¿Conquistarlo?

—Roxanne, es un tipo increíblemente apuesto. Lo haría yo, si no fuera porque no me gusta nadar en el estanque de otra persona.

Después de respirar hondo, Roxanne sacudió la cabeza.

—No te sigo, Dori.

—Vosotros dos. Es tan obvio.

—¿Qué es lo obvio?

—Entre vosotros hay suficiente fricción sexual como para incendiar el barco.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? —Dori miró a Luke, bebió un sorbo de cerveza y luego dirigió sus ojos a Roxanne—. ¿Me estás diciendo que no lo deseas?

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir... —No estaba acostumbrada a turbarse de esa manera—. Lo que quiero decir es que las cosas no son así entre nosotros.

—¿Porque tú no quieres que sean?

—Porque... porque no lo son.

—Ajá. Bueno, no me gusta meterme en los asuntos de los demás.

Roxanne no pudo menos que soltar la carcajada.

—Eso es evidente.

—Sea como fuere —dijo Dori con una sonrisa—, si decidiera meterme, te daría un consejo muy sencillo. Intrígalo, confúndelo, sedúcelo. Y si eso no tiene efecto, abalánzate sobre él. Tiene que funcionar.

—Sí, claro —dijo Roxanne con la vista fija en el vino.

—Hasta luego —dijo Dori y se alejó.

Roxanne estaba tan sumida en sus pensamientos que se sobresaltó cuando Luke y Lily volvieron y se sentaron.

—Ha sido muy divertido. —Casi sin aliento, Lily tomó su copa.

—Bébetelo eso y saldremos a bailar de nuevo.

—Estás loco. Hazlo con Roxy.

Roxanne volvió a atragantarse y se puso colorada.

—Tranquila —dijo Luke y le dio golpes en la espalda—. ¿Quieres bailar, Rox?

—No. Tal vez más tarde. —Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo y el corazón le golpeaba en el pecho al ritmo del contrabajo. ¿Fricción sexual? ¿Era eso? En ese caso, era letal. Bebió otro trago, pero con más precaución. Intriga. Muy bien, haría la prueba.

—Me ha gustado mirar cómo bailabais. —Rozó con la mano la espalda de Luke—. Te mueves muy bien, Callahan.

Él se quedó mirándola. ¿Qué era ese brillo nuevo en sus ojos? En otra mujer, lo habría tomado como una invitación. En Roxanne, se preguntó dónde lo mordería o lo arañaría primero.

—Gracias. —Levantó su cerveza y disimuladamente consultó su reloj.

—¿Tienes una cita?

—¿Qué? No.

Qué interesante, pensó Lily. Un juego del gato y el ratón, con Roxanne en el papel del gato.

—Deberíais salir a caminar un rato por cubierta. Es una noche maravillosa.

—Buena idea. ¿Por qué no lo hacemos los tres? —Luke tomó a Lily de la mano y observó a Roxanne con cautela. Debía entretener a Lily durante otros diez minutos, y después tal vez fuera prudente salir huyendo.

—No, no, estoy un poco cansada —dijo Lily y simuló un bostezo—. Creo que iré a acostarme.

—No has terminado tu copa —dijo Luke y volvió a sentarse sin soltar a Lily—. He estado pensando en preguntarte... —¿Qué? ¿Qué demonios podía preguntarle?—. Si crees que mañana lloverá en Sidney.

—¿En Australia? —preguntó Lily, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—No, en Nueva Escocia. Mañana tocamos ese puerto. Y tendremos un par de horas libres, así que pensé que podríamos ir a la ciudad y recorrerla un poco.

Está nervioso, pensó Roxanne, y eso le resultó muy tierno.

—Yo también —murmuró ella—. ¿Necesitas compañía?

—Bueno...

—De veras estoy cansada —dijo Lily, volvió a bostezar y logró liberar su mano de la de Luke—. Divertíos.

Mierda, pensó Luke. Lo único que podía hacer era confiar en que el tiempo transcurrido fuera suficiente.

—Yo también estoy un poco cansado. —Luke se levantó al alejarse Lily. Y se sorprendió cuando Roxanne hizo otro tanto y apretó su cuerpo contra el suyo.

—Una caminata por cubierta te ayudará a dormir mejor —dijo ella y echó la cabeza hacia atrás, de modo que quedaron con los ojos y la boca casi al mismo nivel.

—No. —Luke pensó en todas las cosas que le gustaría hacer con ella, hacerle a ella, a la luz de la luna—. Puedo garantizarte que no. Y creo que también tú deberías ir a descansar.

—No lo creo. —Deslizó un dedo por su brazo—. Supongo que ya encontraré a alguien que tenga ganas de bailar o de caminar conmigo —dijo y le rozó la boca con los labios—. Buenas noches, Callahan.

—Sí. —La miró alejarse y luego inclinarse sobre la mesa donde varios animadores bebían una copa. Dudaba mucho de que pudiera cerrar los ojos esa noche.

Lily abrió con su llave la puerta del camarote. Sonreía al pensar en Roxanne y Luke caminando de la mano a la luz de la luna. Hacía mucho que esperaba que esos dos « hijos » suyos se encontraran. Tal vez esta noche, pensó, y al abrir la puerta se topó con música, rosas y luz de velas.

—Oh. —Se quedó allí parada, su silueta recortada por la luz del pasillo. Max se alejó de la mesa en la que aguardaba una botella de champán recién abierta. Se le acercó y le ofreció una rosa rosada.

No dijo nada, solo le tomó la mano y se la llevó a los labios, mientras cerraba la puerta a sus espaldas. Luego le echó llave.

—Oh, Max.

—Espero que no sea demasiado tarde para una pequeña celebración *bon voyage*.

—No —respondió ella y apretó los labios para reprimir el llanto—. No es demasiado tarde. Nunca es demasiado tarde.

Él le rodeó la cara con las manos y le echó la cabeza hacia atrás.

—Corazón mío —murmuró. Sus labios fueron suaves y fuertes sobre los de Lily. Después, el beso se profundizó y se prolongó. Cuando finalmente él se apartó, en sus ojos estaba el viejo brillo que ella adoraba—. ¿Puedo pedirte un pequeño favor?

—Sabes que sí.

—Esa *negligée* color escarlata que metiste en la maleta. ¿Quieres ponértela mientras yo sirvo el champán?

Finalmente lo entendió. Luke pasó un par de días y un número igual de noches en vela, pero finalmente lo entendió.

Ella se proponía volverlo loco.

Era la única explicación razonable para la conducta de Roxanne. No era que le sonriera tan seguido, sino la forma en que le sonreía. Con esa luz extrañamente femenina en sus ojos, mezcla de invitación, desafío y diversión.

En justicia no podía culparla por el hecho de que no pasaba un día sin que ella le diera uno de esos besos etéreos que lo enloquecían tanto.

Todavía estaban amarrados en la ciudad de Quebec. Desde la barandilla de lo alto podía ver hermosas colinas, calles empinadas, la elegancia de Château Fontenac. Había sido divertido recorrer con ella la ciudad vieja, oírla reír, ver cómo sus ojos se encendían.

No sabía cómo haría para mantener esa actitud fraternal durante las siguientes cinco semanas.

Se giró. La mayoría de las tumbonas de cubierta estaban vacías. Como no zarparían hasta las siete de la tarde, muchos de los pasajeros se quedarían en tierra hasta último momento. Los que preferían descansar a bordo se encontraban dos cubiertas más abajo, disfrutando de los deliciosos bollos que se servían con el té.

Pero Roxanne estaba allí, tendida en una tumbona, los ojos ocultos tras un par de gafas de sol, un libro en las manos, y un biquini insoportablemente escueto que le cubría solo lo indispensable para no contravenir la ley.

Luke maldijo entre dientes antes de acercarse a ella.

Roxanne sabía que él estaba allí, lo supo desde el momento en que él apareció por la escalera y se dirigió a la barandilla. Hacía cinco minutos que estaba en la misma página de la novela.

Pasó la página y extendió el brazo para tomar la gaseosa tibia que estaba en la mesa, a su lado.

—Te gusta vivir peligrosamente.

Ella levantó la vista, enarcó una ceja y se bajó apenas las gafas para mirar por encima de la montura.

—¿Te parece?

—Una pelirroja sentada al sol es una invitación a una quemadura feroz.

—No me quedará mucho tiempo —dijo ella con una sonrisa y volvió a ponerse las gafas—. Además, acabo de pasarme una loción por el cuerpo —dijo, y con lentitud se pasó un dedo por el muslo brillante—. ¿Le diste a Lily el abanico de encaje que le compraste?

—Sí. —Para asegurarse de que sus manos no hacían ninguna locura, se las metió en los bolsillos—. Tenías razón. Le encantó.

—¿Has visto? Tienes que confiar en mí.

Ella se movió, apenas, pero Luke tuvo conciencia de cada músculo suyo, de cada detalle de su cuerpo.

Se merecía que la asesinaran.

—Jack quería saber si podías recibir esta noche a los nuevos pasajeros. Una de las chicas está en cama con un virus.

—Creo que podré hacerlo —respondió ella—. ¿Quieres probar? —Y le ofreció la Coca-Cola tibia—. Pareces acalorado.

—Estoy muy bien. —O lo estaría si lograra mover su pie, que parecía clavado sobre cubierta junto a la silla de Roxanne—. ¿No tendrías que entrar y prepararte?

—Tengo tiempo de sobra. ¿Puedo pedirte un favor? —Tomó el frasco de loción y se lo arrojó—. ¿Me la puedes untar por la espalda?

—¿Por la espalda?

—Ajá. —Bajó el respaldo de la tumbona, y se puso bocabajo—. Yo no llego.

—Tu espalda está muy bien.

—Sé bueno. —Y después de apoyar la cabeza sobre las dos manos, suspiró como una mujer distendida. Pero detrás de sus gafas de sol, tenía los ojos bien abiertos y alertas—. Creo que no estaría bien visto que se lo pidiera a uno de los marineros.

Esas palabras fueron decisivas. Luke apretó los dientes, se agachó y le vertió la loción sobre los omóplatos. Ella volvió a suspirar y curvó los labios.

—Qué agradable sensación —murmuró—. Está tibia.

—Eso se explica por haber dejado el frasco al sol. —Y comenzó a desparramar la loción con las yemas de los dedos, con la sensación de que lo hacía objetivamente. Después de todo, no era más que una espalda. Piel y huesos. Piel tersa y satinada. Huesos largos y delicados. Ella se movió sinuosamente debajo de sus manos, y él reprimió un gemido.

Las manos de Luke eran mágicas sobre la piel resbalosa de Roxanne, conjuraban imágenes, encendían fuegos, nublaban el cerebro. Pero Luke no era el único que sabía de imágenes y de cómo controlarlas.

—Ahora tienes que desatarme la parte de arriba.

Las manos que trazaban círculos en su espalda se detuvieron.

—¿Cómo?

—La parte de arriba —repitió ella—. Suéltamela o me quedará la marca.

—Está bien. —Luke se dijo que no era nada del otro mundo, pero tuvo que intentarlo dos veces antes de lograr su cometido.

Ahora Roxanne cerró los ojos para disfrutar de cada una de las sensaciones.

—Mmmm. Podrías conseguir trabajo con Inga.

—¿Inga?

—La masajista de a bordo. Anoche tuve una sesión de treinta minutos con

ella, pero es una aprendiz a tu lado, Callahan. Papá siempre admiró tus manos, ¿lo sabías?

Dios santo, los huesos de Roxanne se estaban derritiendo debajo de sus manos. La sensación erótica que Luke experimentó era intolerable. Una serie de imágenes desfilaron por su cabeza con intensidad.

Lo que lo hizo volver a la realidad fue su propia respiración descompasada. Descubrió que tenía las manos a los costados de los pechos de Roxanne, y que sus dedos estaban a punto de reclamar ese tesoro.

Ella temblaba, y era obvio que su excitación era idéntica a la de Luke.

Y estamos en cubierta, al aire libre, pensó él con desazón. A pleno sol. Y, lo que era mucho peor, la relación de ambos era tan estrecha como podía serlo sin compartir un parentesco de sangre.

Él apartó las manos.

—Ya es suficiente.

Roxanne levantó la cabeza, y con una mano sostuvo el sujetador en su lugar, mientras con la otra volvía a bajarse las gafas.

—¿Lo es?

Furioso por la facilidad con que ella vencía su fuerza de voluntad, le clavó los dedos en la barbilla.

—Ya he hecho lo necesario para que no te quemes, Rox. Haznos un favor a los dos, y mantente lejos del calor.

Ella se obligó a sonreír.

—¿A cuál de nosotros dos le tienes miedo, Callahan?

Como no sabía la respuesta, se echó hacia atrás y se puso en pie.

—No fuerces tu buena suerte, Roxy.

Pero ella, mientras caminaba por cubierta y descendía por la escalerilla, decidió que eso era exactamente lo que se proponía hacer.

—¿Quién te ha puesto tan furioso, *loup*?

—Nadie. —Luke estaba de pie junto a LeClerc a la entrada del casino, y miraba a los que bailaban en el salón Montecarlo. El cuarteto de músicos polacos interpretaba en ese momento *Noche y día*.

—Entonces ¿por qué tienes esa cara? Te juro que esa forma de mirar ahuyenta a los hombres y estremece y hace suspirar a las mujeres.

Pese a su malhumor, Luke sonrió.

—Tal vez eso es lo que me gusta. ¿Dónde está esa francesa platinada con la que te he visto a menudo?

—Marie-Claire. Vendrá en cualquier momento. Es una mujer atractiva. Tiene carne sobre los huesos y fuego en las entrañas. Una viuda rica es un regalo de Dios para un hombre. Tiene joyas. Ah —dijo LeClerc, se besó la punta de los

dedos y suspiró—. Anoche, tuve su broche de ópalo en la mano. Diez quilates, *mon ami*, tal vez doce, rodeado de una docena de diamantes. Pero tú y el resto me hacéis sentir culpable por pensar siquiera en robárselo. Así que mañana le diré *adieu*, y ella volverá a su hogar en Montreal con su ópalo y sus diamantes, con su anillo de rubí de exquisitas proporciones, y una serie de otros tesoros que me estrujan el corazón. Y yo le habré robado solo su virtud.

Divertido, Luke apoyó una mano sobre el hombro de LeClerc.

—A veces, *mon ami*, eso es suficiente —dijo y miró hacia la entrada del salón.

Roxanne estaba allí y en ese momento el primer oficial del barco le besaba la mano. El hecho de que ese individuo fuera un hombre alto y bronceado y, por añadidura, griego, ya era bastante malo. Pero peor todavía fue el sonido de la risa de Roxanne.

Su vestido era una especie de túnica ajustada, corta y deslumbrante color aguamarina. No tenía tirantes, y dejaba al desnudo los brazos y los hombros de Roxanne. Prácticamente no tenía espalda.

La piel que ella había expuesto al sol esa misma tarde, brillaba con un tono dorado contra ese azul de ensueño. Llevaba el pelo recogido con un pasador enojado.

—No se saldrá con la suya.

—¿Qué?

—Ya sé qué es lo que se propone —dijo Luke en voz baja—. Y no lo logrará. —Luke se dirigió al bar para beberse un *whisky*. LeClerc permaneció donde estaba y rio por lo bajo.

—Ya lo ha logrado, *mon cher loup*. El lobo ha sido atrapado por la zorra.

Dos horas después, Roxanne estaba de pie entre las sombras, detrás del escenario, esperando el momento en que le tocaría actuar. El espectáculo preparado para la última noche del crucero comprendía a todo el elenco. Y los Nouvelle se proponían dejarlos a todos con la boca abierta.

Max y Lily comenzaron con una de las variaciones de « La mujer dividida ». No bien Lily fue recompuesta para que saludaran, Luke salió a entretener al público con su charla y sus malabarismos de bolsillo.

Mientras explicaba el escape que planeaba hacer con esposas y dentro de un baúl cerrado con llave, solicitó dos voluntarios del público y procedió a robarles todo lo que tenían, para deleite de los presentes.

Con solo un apretón de manos, se colgó detrás de la cabeza el reloj del primero, mientras seguía distraendo a sus dos voluntarios a quienes les había dado las esposas para que las examinaran. Ante sus mismas narices, les robó cortaplumas, billeteras y monedas.

—Es realmente bueno, ¿no? —dijo Dori espiando por encima del hombro de Roxanne.

Luke terminó su número y la orquesta atacó con una animada melodía.

En ese momento entró en escena Roxanne. Luke y ella protagonizaron una especie de duelo de juegos de prestidigitación desde los dos extremos del escenario. El atuendo de él, un esmoquin negro con solapas brillantes, armonizaba con el vestido de ella. La precisión en los tiempos era tan esencial como la velocidad. Los objetos aparecían y desaparecían de sus manos, se multiplicaban y cambiaban de color y de tamaño.

Como broche final del acto, Luke cumplió con su promesa del escape del baúl, para lo cual tuvo que tratar de conseguir la colaboración de Roxanne, quien no parecía muy predispuesta.

—Vamos, Roxy, no me obligues a hacer un papelón delante de estas personas tan agradables.

—Hazlo tú solo, Callahan. Sé lo que ocurrió la última vez.

Luke miró a la audiencia y extendió las manos.

—Y, bueno, ella desapareció durante un par de horas. Pero después la hice regresar.

—No.

—No seas mala. —Ella volvió a sacudir la cabeza, y él suspiró—. Está bien, entonces solo te pido que sostengas la cortina.

Ella lo observó con desconfianza.

—Quieres solo que sostenga la cortina.

—Sí.

—¿No hay ninguna trampa?

—Decididamente no. —Se giró hacia un costado y les guiñó un ojo a los espectadores.

—Está bien. Lo haré, pero solo porque el público es tan maravilloso. Hasta te pondré las esposas.

Y las sacudió, haciendo que los presentes se mataran de risa al ver que Luke abría los ojos de par en par y se palpaba los bolsillos.

—Muy astuta, Roxanne.

—Y tengo muchos trucos más. Ponte en posición, Callahan.

La música volvió a sonar cuando él le ofreció las muñecas. Con movimientos muy exagerados, Roxanne le colocó las esposas, se las cerró con llave y, por si acaso, le ató las manos con una cadena. Después rodeó el baúl y abrió la tapa, para que todos vieran que tenía cuatro lados y un fondo. Luke se metió en él y, aprovechando que tenía las manos sujetas, Roxanne se inclinó para darle un beso fuerte.

—Para que tengas suerte —dijo, le empujó la cabeza hacia abajo y cerró la tapa. Después echó los cerrojos y los trabó con llaves que sacó de su bolsillo.

Luego, utilizando una cortina blanca de cuatro lados, se puso de pie sobre la tapa del baúl y dejó que la tela lo cubriera todo desde su barbilla hasta abajo.

—A la cuenta de tres —dijo en voz alta—. Uno. Dos.

Su cabeza desapareció y apareció la de Luke.

—Tres.

El público estalló en aplausos y prosiguió cuando Luke hubo dejado que la cortina cayera al suelo. Ahora usaba un esmoquin blanco con lentejuelas plateadas. Saludó con una reverencia y de pronto miró como al descuido por encima de su hombro. Del interior del baúl brotaban golpes fuertes.

—Caramba, me parece que además he olvidado algo. —Chasqueó los dedos y en ellos apareció una llave. Después de abrir con ella las cerraduras del baúl, levantó la tapa.

—Muy gracioso, Callahan. Realmente gracioso.

Él sonrió y levantó en brazos a Roxanne para sacarla del baúl. También ella usaba un esmoquin blanco, y ahora sus manos estaban esposadas y atadas con una cadena. Él saludó una vez más con Roxanne en brazos, y después la llevó hasta detrás de la escena.

—¿Lista? —le preguntó en voz baja.

—Casi. Ahora.

Él volvió al escenario, con ella en sus brazos, solo que ahora las manos de Roxanne estaban libres y las de él, esposadas.

—Podrías haberlo hecho en dos minutos menos —se quejó él cuando la bajó al suelo frente al camerino.

Por quinta vez, Roxanne se miró al espejo. Acababa de peinarse y su cara tenía apenas un toque de maquillaje. La bata larga de seda color marfil le delineaba cada curva. Se puso perfume en el pelo y después echó a andar entre una nube de fragancia. Decidida, salió del camarote y por el pasillo se dirigió al de Luke.

Él se había quitado casi toda la ropa salvo un par de pantalones grises de gimnasia, y trataba de prepararse para dormir pensando en otros métodos de escape.

Gruñó al oír que llamaban. Su mirada distraída, al oír que la puerta se abría, se convirtió en una sorpresa total al ver a Roxanne.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—No lo creo —respondió ella y se recostó contra la puerta. Hizo girar la llave y atravesó el cuarto. Él se paró y se dispuso a apartarla. Pero Roxanne solo tuvo que apoyar la palma de la mano sobre su pecho desnudo para quebrar sus defensas y estremecerlo.

—Tenías razón —dijo Roxanne y colocó sus dedos extendidos sobre el corazón de Luke— acerca de mi sentido del tiempo. Esto es algo que debería

haber hecho hace mucho tiempo.

—Estoy ocupado, Roxanne, y es demasiado tarde para acertijos.

—Ya tienes la respuesta a este —dijo ella y, riendo, le acarició el pecho y subió las manos hasta sus hombros—. ¿Qué ocurre cuando un hombre y una mujer están juntos, solos, por la noche, en un cuarto pequeño?

—Te dije que... —Pero ella se movió con rapidez y le cubrió la boca con la suya. Poco podía hacer con respecto a la respuesta de su propio cuerpo. Pero podía impedir que fuera más lejos. Rogó a Dios ser capaz de lograrlo.

—Ya está —dijo Roxanne y volvió a besarlo una, dos veces antes de apartarse apenas lo suficiente para sonreírle a los ojos—. Sabía que tenías la respuesta.

Le costó muchísimo, pero Luke dejó caer sus manos y dio un paso al costado.

—Terminó el juego. Ahora vete. Tengo trabajo.

Roxanne sintió que le clavaban un puñal en el pecho. Muy bien, pensó, tal vez sangre, pero no pienso darme por vencida sin luchar. Estaba en plena etapa de seducción, siguiendo los consejos de Dori. Maldito si dejaría que él se diera cuenta de lo aterrorizada que se sentía.

—Esa técnica no funcionó bien ni siquiera cuando yo tenía doce años. —Se le acercó, fuera de la luz, en las sombras, y logró arrinconarlo—. Tampoco funciona ahora. Mirame. —Se le acercó aún más, tanto que Luke extendió las manos para cogerla de los brazos e impedir que su cuerpo rozara peligrosamente el suyo—. Siento cómo me miras cuando estoy en el mismo cuarto. Casi puedo oír lo que piensas en ese momento. —Los ojos de Roxanne eran como un océano oscuro y profundo, y Luke ya se estaba ahogando en él—. Te preguntas cómo sería entre nosotros dos. —Le tomó el mentón y deslizó sus dedos por su mandíbula—. También yo. Te preguntas qué sentirías al poseerme y hacer todas esas cosas secretas que hace tiempo quieres hacerme. Y yo también me lo pregunto.

Él tuvo que hacer un esfuerzo supremo de voluntad hasta para respirar. Si eso era seducción, jamás la había experimentado antes, nunca imaginó que ella pudiera hacerlo con tanta habilidad. Atrapado, solo atinó a pensar. Estaba prisionero en una jaula de necesidades inenarrables y la única puerta de salida era su voluntad, que ya flaqueaba.

—No tienes ni idea de lo que yo quería hacerte. Si lo supieras, huirías enseguida de aquí.

El cuerpo de Roxanne se le acercó más, con un deseo mucho más fuerte que el temor.

—Pero no huyo. No tengo miedo.

—No tienes la sensatez de tener miedo. —Pero él sí la tenía. La apartó con brusquedad—. Yo no soy uno de esos fiables amigos tuyos de la universidad, Rox. Yo no sería cortés ni te haría promesas ni te diría lo que crees que quieres oír. Así

que sé una buena chica y vete de aquí.

Ella sintió el cosquilleo de lágrimas en la garganta, pero permaneció fuerte y con los ojos secos.

—Nunca he sido una buena chica. Y no pienso ir a ninguna parte.

Él suspiró.

—Rox, me estás obligando a que hiera tus sentimientos. —Se le acercó y le palmeó la cabeza, sabiendo que una bofetada habría resultado menos insultante—. Sé que te has esforzado por llevar adelante esta escena de seducción. Y me halaga, en serio, que tengas ese entusiasmo por mí.

—¿Entusiasmo? —Logró decir Roxanne cuando su voz le respondió. Al advertir cómo lo fulminaba con la mirada, Luke supo que había dado en la diana.

—Es un sentimiento muy dulce, y lo aprecio, pero no me interesa. No eres mi tipo, chiquita. Eres linda, y no puedo negar que he tenido algunas fantasías muy apasionantes contigo a lo largo de estos años, pero hagamos frente a la realidad.

—Tú... —La puñalada del rechazo casi la hizo caer de rodillas—. Me estás diciéndome que no me quieres.

—Me parece que está bien claro —dijo él y cogió un cigarro de la cómoda—. No te quiero, Roxanne.

Ella podría haberle creído. Había pronunciado esas palabras con tanta calma, comprensión y tono de disculpa que era un verdadero insulto. Había un brillo divertido en su mirada que cortaba como una navaja y un esbozo de sonrisa en sus labios. Podría haberle creído. Pero vio que tenía los puños apretados con tal fuerza que sus nudillos estaban blancos. Y ya había destrozado el cigarro.

Roxanne mantuvo los ojos bajos un momento, sabiendo que necesitaba una pausa para eliminar de ellos la expresión de triunfo.

—Está bien, Luke. Solo te pido una cosa.

Él respiró hondo y pareció aliviado.

—No te preocupes, Rox, no le mencionaré esto a nadie.

—No es eso. —Levantó la cabeza y la belleza deslumbrante de su rostro borró la fácil sonrisa del rostro de Luke—. Lo que quiero pedirte es... que me lo demuestres.

Dicho lo cual, se soltó el cinturón de la bata.

—Basta. —Dejó caer el cigarro desmenuzado y retrocedió—. Por Dios Santo, Roxanne, ¿qué estás haciendo?

—Mostrarte lo que aseguras no desear. —Sin dejar de mirarlo, echó la bata hacia atrás y la dejó caer al suelo. Debajo tenía más seda, una camisa de la misma seda color marfil, con encaje. Mientras él trataba de recuperar el aliento, uno de los tirantes se le deslizó a ella del hombro—. Si dices la verdad, esto no debería causarte problemas, ¿verdad?

—Vístete. Sal de aquí. ¿No tienes ni una pizca de orgullo?

—Tengo más que suficiente. —Y sintió todavía más orgullo cuando vio el deseo indefenso en los ojos de Luke—. Lo que parece faltarme en este momento es vergüenza. En este momento —murmuró, se le acercó y le echó los brazos alrededor del cuello—, no tengo ni un milímetro de vergüenza. —Inclinó la cabeza y le mordió el labio inferior. El gruñido que lanzó Luke hizo que ella soltara la carcajada—. Dime de nuevo que no te intereso. Dímelo de nuevo.

—Maldita seas, Rox. —Tenía de nuevo las manos en su pelo, cerradas en un puño—. ¿Es eso lo que quieres? —La hizo girar con tal fuerza que fue a dar contra la cómoda mientras la boca de él se estrellaba en la suya—. ¿Quieres ver lo que puedo hacerte, lo que puedo obligarte a hacer? ¿Quieres que te use para después hacerte a un lado?

Roxanne echó la cabeza hacia atrás.

—Inténtalo.

Él la maldijo, la atrajo hacia sí, la arrojó a la cama y se tiró sobre ella. Sin cuidado, sin compasión, la cubrió con sus manos, desgarró la seda, la magulló y se odió por la oleada de excitación que sintió cada vez que ella gemía o jadeaba.

Pensó que los dos se irían al infierno, pero que antes pasarían por el paraíso.

Por entre un laberinto de necesidades y miedos, Roxanne reconoció la furia de Luke. Y su avidez. Supo que él había mentido, y cómo, mientras gritaba cuando sintió su boca cerrarse con hambre sobre su pecho.

Hundió los dedos en el pelo de Luke y se estremeció. Esa era la verdad, esa sensación desesperada de caos era la verdad. El resto era una ilusión, una simulación, un engaño.

Él quedó sin aliento cuando levantó la cabeza para mirar a Roxanne. También sin aliento y magullada. Pero, de alguna manera, la rabia había desaparecido.

Debajo del suyo, el cuerpo de Roxanne vibraba.

Sabiéndose perdido, bajó la frente hacia ella.

—Oh, Rox —murmuró y le acarició los hombros.

Sin vacilar, ella lo rodeó con sus brazos.

—Escúchame, Callahan. Si ahora te detienes, tendré que matarte.

La risa fue un alivio.

—Roxy, la única forma en que podría detenerme ahora sería si ya estuviera muerto. —Levantó la cabeza. Ella vio la concentración en su cara, la misma que le había visto tantas veces cuando él preparaba un truco complicado o un escape peligroso—. Ya hemos cruzado la línea, Roxanne. Esta noche no puedo dejarte ir.

—Gracias a Dios —dijo ella con una enorme sonrisa de felicidad.

Él sacudió la cabeza.

—Harías mejor en rezar —le advirtió él y unió su boca con la suya.

Por fin. Fue el último pensamiento coherente que pasó por la mente de Roxanne cuando la boca de Luke se fijó sobre la suya. Por fin.

Otra mujer tal vez habría deseado escuchar palabras tiernas, manos lentas, una suave persuasión. Pero ella no necesitaba eso en ese momento. Cada deseo que había sentido, cada fantasía que había tejido en secreto le fue concedida con las exigencias salvajes y decididas de las manos y los labios de Luke.

Le dio el regalo más preciado que una mujer le puede otorgar a un hombre: su entrega total.

Ese era su poder y su triunfo.

Las necesidades que habían germinado tímidamente en su interior florecieron del todo. Los temores entremezclados con ellas la hicieron estremecerse. Jamás imaginó, ni en sus fantasías más secretas, que era posible sentirse así.

Indefensa y fuerte. Mareada y sensata.

Volvió a reír, por el mero placer de hacerlo.

Cada suspiro, cada jadeo intensificaba la avidez de Luke. Era Roxanne la que estaba debajo de él, y su cuerpo esbelto y ágil temblaba con cada roce, su boca anhelante se fundía con la suya, su fragancia lo hacía enloquecer.

La luz seguía brillando con intensidad, no con la semipenumbra con que se suele hacer el amor. El cobertor que no habían apartado era áspero contra la piel de ambos. La litera estrecha se mecía con los movimientos del barco. Pero Roxanne se arqueaba contra él y para Luke no había nada más que ella y lo que ella tan temerariamente le ofrecía.

Él deseaba más, necesitaba más, y desgarró lo que quedaba del camisón de Roxanne para sentirla toda.

Impaciente, urgente, la mano de Luke bajó y descubrió que ella ya estaba caliente, mojada y expectante. Con un movimiento violento la llevó a un primer clímax monumental.

Ella sintió como si la hubieran desgarrado en dos con la misma facilidad con que se había partido la seda color marfil. Su cuerpo se estremeció, se convulsionó, explotó antes de que su mente lograra comprenderlo. Incluso cuando se echó hacia adelante, maravillada y aturdida, él ya volvía a acariciarla con fuerza.

Roxanne habría querido decirle que esperara, que le diera un momento para recuperar el aliento y la razón. Pero Luke volvió a llevarla a otro orgasmo hasta que su aliento era un sollozo en los pulmones y toda razón era imposible.

Con voracidad, él se apoderó de sus pechos, uno después del otro, con los dientes, la lengua y los labios, de modo que la respuesta de ella se le propagó a todo el cuerpo e incluso a los huesos.

La sangre golpeaba en la cabeza a Luke y pulsaba sin piedad en sus genitales.

Temblaba cuando finalmente la montó y le levantó las caderas y la penetró bien hondo.

Ella lanzó un grito, y se arqueó cuando el dolor la traspasó como un relámpago blanco y helado en medio de tanto calor. Sus caderas se sacudieron como tratando de huir y él gimió.

—Por Dios, Roxanne. —El sudor le perlaba la frente cuando luchó contra todo su instinto para permanecer inmóvil y no lastimarla más—. Dios santo.

Una virgen. Sacudió la cabeza en un intento desesperado de despejarla, mientras su cuerpo vibraba en el filo de la navaja, entre la frustración y el deseo de terminar. Roxanne era virgen y él había arremetido contra ella como una apisonadora.

—Lo siento, querida. Lo siento. —Palabras sin sentido, pensó Luke al ver las primeras lágrimas rodar por las mejillas de Roxanne. Se apoyó en los brazos y se preparó para salir de ella con la mayor suavidad posible—. No te lastimaré.

El aliento de Roxanne tembló por entre sus labios. Todavía sentía dolor, un dolor irradiado y otro, más profundo y más suave. Y, mezclado con los dos, una sensación de gloria todavía no alcanzada. Instintivamente arqueó las caderas al sentir que él se retiraba.

—No te muevas. —El estómago de Luke se convirtió en una superficie nudosa cuando ella volvió a apretarse contra él—. Por el amor de Dios no lo hagas... —El placer estaba a punto de volverlo loco—. Me detendré.

Ella abrió los ojos y lo miró fijo.

—Ni se te ocurra. —Preparada para la siguiente andanada de dolor, aferró las caderas de Luke, lo oyó maldecir. Pero no podía estar segura. Pues no sentía ningún dolor, solo un placer profundo y glorioso.

Él no pudo resistirlo. Su cuerpo lo traicionó, y le agradeció a Dios por ello. Enterró la cara en el pelo de Roxanne y dejó que ella lo tomara.

Roxanne tuvo la sensación de que su cuerpo era un cristal delicado. Tenía miedo de moverse por temor a estallar en mil pedazos. De modo que eso es lo que hace llorar a los poetas, pensó.

Suspiró y se arriesgó a mover la mano para acariciar la espalda de Luke. Era maravilloso estar allí acostada, sintiendo los latidos del corazón de su amado contra el suyo. Podría haberse quedado así durante días.

Pero él se movió. Roxanne hizo una mueca. Se sentía un poco dolorida. Pero como no quería perder esa sensación de cercanía y de calidez, se acurrucó contra Luke cuando él se giró y se acostó de espaldas.

Mientras miraba el techo, Luke pensaba que no había insultos suficientemente fuertes para lo que él había hecho. La había poseído como un animal, sin cuidado, sin ternura. Cerró los ojos. Si la culpa no lo mataba, Max lo haría.

Hasta entonces, tenía que hacer algo para reparar lo que con tanta brutalidad había destruido.

—Rox.

—Mmmm.

—Soy responsable.

Medio dormida, ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Está bien.

—No quiero que te preocupes ni que te sientas culpable.

—¿De qué?

—De este error —contestó él con impaciencia.

Roxanne abrió los ojos. La sonrisa que tenía en los labios se convirtió en un ceño fruncido.

—¿Un error? ¿Me estás diciendo que lo que acaba de suceder ha sido un error?

—Por supuesto que lo ha sido. —Rodó, se levantó de la cama y buscó su ropa antes de que su cuerpo lo convenciera de repetir la experiencia—. En muchos sentidos. —La miró y mordió fuerte. Ahora Roxanne estaba sentada, el pelo le caía sobre los hombros y se curvaba seductoramente sobre sus pechos. El hecho de ver la mancha de sangre sobre el cobertor logró anular sus deseos crecientes.

—¿En serio? —La sensación estupenda de ensueño había desaparecido. Si Luke no hubiese estado tan ocupado en maldecirse, habría reconocido el brillo de batalla en sus ojos—. ¿Por qué no me dices algunas de esas razones?

—Por el amor de Dios, Roxanne, casi eres mi hermana.

—Ah. —Se cruzó de brazos y enderezó los hombros. Habría sido un gesto muy fuerte si no hubiera estado completamente desnuda—. Creo que en esa frase, la palabra importante es casi. No hay ningún parentesco de sangre entre nosotros, Callahan.

—Max me recibió en su casa. —Para poder mantener la sensatez, Luke abrió un cajón y sacó una camiseta de manga corta. Se la arrojó a Roxanne—. Me brindó un hogar, una vida. Y yo he traicionado todo eso.

—Qué disparate —dijo ella y le arrojó la camiseta de vuelta—. Sí, te recibí y te dio un hogar. Pero lo que sucedió aquí fue algo entre los dos, solo entre nosotros dos. No tiene nada que ver con Max ni con una traición.

—Él confiaba en mí. —Con severidad, Luke tomó la camiseta y la arrojó hacia la cabeza de Roxanne, quien se puso de pie de un salto.

—¿Crees que Max estaría escandalizado y furioso porque nos queremos? No eres mi hermano, maldito seas, y si piensas seguir allí parado y decirme que hace algunos minutos pensabas en mí como una hermana, eres un mentiroso de primera.

—No, no he pensado en ti como una hermana. —La aferró de los hombros y la sacudió—. No he pensado en eso en absoluto, ese es el problema. Te deseaba.

Hace años que te deseo. Es algo que me ha estado carcomiendo por dentro.

Ella echó la cabeza hacia atrás. El gesto era todo un desafío, pero una suave calidez ardía en su interior. Durante años. Hacía años que él la deseaba.

—De modo que has estado jugando conmigo desde que yo tenía dieciséis años. Y todo porque me querías y tu cerebro diminuto y tortuoso creía que eso era algo así como... un incesto emocional.

Él abrió la boca y la cerró. ¿Por qué de pronto eso sonaba tan ridículo?

—Sí, más o menos.

No sabía qué respuesta esperaba de ella, pero por cierto no era la risa. Roxanne se echó a reír a carcajadas hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentó en el borde de la cama.

—Por Dios, qué pedazo de tarado.

El orgullo de Luke estaba en juego. Maldito si iba a reconocer que una mujer desnuda, y muerta de risa a expensas de él, podía excitarlo al extremo de estar a punto de lloriquear y suplicar.

—No veo qué tiene de gracioso.

—¿Bromeas? Es divertidísimo. —Roxanne se apartó el pelo de la cara y lo miró—. Y también sumamente dulce. ¿Estabas protegiendo mi honor, Luke?

—Cállate.

Ella rio entre dientes y se secó las lágrimas de las mejillas.

—Piénsalo, Callahan. Realmente, piénsalo un momento. Tú estás ahí de pie, muerto de culpa por haber hecho el amor con una mujer que usó todos los métodos imaginables para seducirte. Una mujer a la que conoces desde casi toda la vida, y que no tiene, te repito, *no tiene* ningún parentesco contigo. Una mujer soltera, con edad suficiente para saber lo que hace. ¿No te parece gracioso?

Él se metió las manos en los bolsillos y frunció el entrecejo.

—No demasiado.

—Estás perdiendo tu sentido del humor. —Se puso de pie y lo abrazó. Sus pechos desnudos le rozaron el torso y Roxanne tuvo la satisfacción de sentir cómo se estremecían los músculos de Luke. Pero él no le devolvió el abrazo—. Si eso es lo que sientes, supongo que tendré que seducirte todas las veces. Creo que estoy en condiciones de hacerlo. —Le mordisqueó los labios y sonrió al mirar hacia abajo—. Y parece que tú también.

—Terminalo. También hay otras cosas.

—Está bien —dijo ella, deslizó los dedos por la espalda de Luke y le besó el cuello—. Oigámoslas.

—Maldición, eras virgen. —Le aferró los brazos y la apartó para poder escapar.

—¿Y eso te molesta? Siempre creí que eso halagaba a los hombres.

—¿Qué?

—Bueno, poder entrar donde ningún hombre ha estado antes.

Él reprimió la risa.

—Dios. —Deseó tener una cerveza, o mejor, un cartón de seis latas, pero se conformó con una botella tibia de agua mineral—. Mira, Roxanne, la cuestión es que no lo hice bien.

—¿Ah, no? —Inclinó la cabeza con aire de curiosidad—. No puedo imaginar que haya tantas maneras de hacerlo.

Él se atragantó y puso la botella sobre la mesa. Dios santo, no solo virgen sino eróticamente inocente.

—¿Qué les pasó a todos esos compañeros de facultad? ¿No supieron qué hacer contigo?

—Bueno, supongo que sí... si yo lo hubiera querido. —Volvió a sonreír, segura de su poder. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz dulce—. Yo quería que tú fueras el primero. —Vio la emoción en los ojos de Luke y se le acercó—. Solo te deseaba a ti.

Nadie ni nada lo habían conmovido tanto en su vida. Con suavidad, le acarició el pelo.

—Te lastimé. Si te quedas a mi lado, lo más probable es que vuelva a hacerlo. Lo que dije antes sobre lo que hay en mi interior es cierto. Hay cosas que ignoras. Si las supieras...

—Las sé. —Le deslizó una mano por la espalda, sobre las cicatrices—. Hace años que lo sé, desde el día en que se lo contaste a Max. Te oí. Lloré por ti. No te alejes —dijo y lo encerró entre sus brazos con fuerza para que él no pudiera irse—. ¿En serio crees que yo pensaría distinto de ti por lo que te hicieron cuando eras pequeño?

—No me gusta la piedad —dijo él, muy tenso.

—Yo no te la estoy dando. —Los ojos de Roxanne estaban oscuros y ardientes cuando echó la cabeza hacia atrás—. Pero sí comprensión, la comprensión que tienes que aceptar, la que solo te puede dar alguien que te ha conocido y amado durante toda la vida.

Agotado, Luke apoyó la frente sobre la de ella.

—No sé qué decirte.

—Entonces no me digas nada. Solo quédate junto a mí.

No hubo mucho tiempo para disfrutar de la sensación de despertar en brazos de Luke, y ninguno en absoluto para holgazanear por la mañana. Roxanne se tomó apenas un minuto para acurrucarse más cerca de Luke mientras por el altavoz oía el anuncio de los preparativos para el desembarco. Un beso largo y adormilado, algunos gruñidos de frustración y por fin se levantó, se puso los pantalones de gimnasia de Luke y la camiseta que había rechazado la noche anterior. Mientras se sujetaba los pantalones en la cintura con una mano,

entreabrió la puerta y paseó la vista por el pasillo. Al oír que Luke reía a sus espaldas, miró por encima del hombro.

Roxanne tenía el pelo despeinado, la cara arrebatada, los ojos pesados y soñadores. Parecía, pensó Luke conteniendo el aliento, exactamente lo que era. Una mujer que acababa de pasar la noche con su amante.

Y él era su amante. El primero. El único.

—Te espero en cubierta dentro de quince minutos, Callahan —dijo con voz ronca.

—De acuerdo.

Sosteniéndose los pantalones, Roxanne corrió a su propio camarote y, un cuarto de hora después, se presentó en la cubierta Lido. Los pasajeros estaban reunidos en los salones, con bolsas de compras, mientras bostezaban, conversaban y aguardaban su turno para bajar a tierra. Roxanne se pasó el rato estrechando manos, besando mejillas e intercambiando abrazos, mientras el alboroto iba calmándose cada vez más.

A las diez de la mañana, solo quedaban a bordo la tripulación y un pequeño porcentaje de los pasajeros, que se dirigían de vuelta a Nueva York. Los nuevos no subirían al barco hasta la una de la tarde. Max aprovechó ese intervalo de tranquilidad para convocar un ensayo.

Roxanne se alegró de ver a su padre en actividad, tal vez con algo más de lentitud pero sin las vacilaciones que tanto la habían preocupado.

Ella lo hizo todo bien, desde los trucos con cartas hasta otros con sogas y efectos más importantes, sin traicionar lo que estaba en su mente y su corazón. Mantuvo bajo estricto control las imágenes de Luke tumbándola en la cama y los recuerdos que le proporcionaban excitación y placer. Le alegraba que nadie, salvo ella misma y su hombre, estuviera enterado del vuelco espectacular que había tomado su vida.

Pero, desde luego, el amor es ciego.

Lily suspiraba cada vez que los miraba. Su corazón romántico la llevaba a llorar de alegría. LeClerc se mordía los labios. Hasta Mouse, que había pasado la mayor parte de su vida sin prestar atención a los cambios sutiles entre los hombres y las mujeres, sonreía y se ruborizaba.

Solo Max no parecía notar lo que ocurría.

—¿No es maravilloso? —dijo Lily y volvió a suspirar cuando ella y Max se tomaron la hora libre en la cubierta Lido, ahora casi desierta, frente a tazas de consomé y de té de hierbas.

—Lo es, por cierto. —Y él le palmeó la mano, pensando que se refería a ese momento de tranquilidad, a la brisa fresca y la visión de Montreal que se apreciaba desde babor.

—Es como ver que un sueño muy ansiado se hace realidad. Te confieso que comenzaba a pensar que eso nunca ocurriría entre los dos.

Max parpadeó y frunció el entrecejo.

—¿De quién estás hablando?

—De Roxy y Luke, tontito. —Apoyó los codos en la mesa y suspiró con aire soñador—. Apuesto a que en este momento están caminando por Montreal tomados de la mano.

—¿Roxanne y Luke? —Fue todo lo que pudo decir Max—. ¿Roxanne y Luke?

—Por supuesto, querido. ¿A quién crees que me refería? —Y se echó a reír, disfrutando de la superioridad que sienten las mujeres sobre los hombres en asuntos del corazón—. ¿No has visto cómo se miraban esta mañana? Es un milagro que en el salón no se haya prendido fuego con todas esas chispas que volaban.

—Siempre se lanzaron chispas. Y no hacían más que discutir.

—Querido, eso fue algo así como un ritual de apareamiento.

Max estuvo a punto de atragantarse con el té.

—¿Apareamiento? —dijo con un hilo de voz—. Dios mío.

—Max, corazón mío. —Sorprendida y preocupada, Lily le cogió las manos y comprobó que temblaban—. No estarás disgustado, ¿verdad que no, querido? Son tan perfectos el uno para el otro, y están tan enamorados.

—¿Lo que me estás diciendo es que él... que ellos...? —No pudo seguir hablando.

—Bueno, y o no soy una mosca ni estuve en el camarote, pero a juzgar por lo que he visto esta mañana, diría que anoche se acostaron juntos. —Lo dijo en un tono jovial, pero al comprobar que Max seguía mirándola fijo, impactado, su tono cambió—. Max, ¿estás enojado?

—No. No. —Sacudió la cabeza pero tuvo que ponerse de pie. Se dirigió a la barandilla como un hombre en trance. Mi bebé, pensó y sintió que acababan de arrancarle un pedazo del corazón. Su chiquita. Y el muchacho que desde hacía tanto tiempo quería como a un hijo. Habían crecido. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Tendría que haberme dado cuenta, supongo —murmuró cuando Lily lo tomó del brazo.

Max volvió a sacudir la cabeza.

—¿Crees que tendrán lo que tenemos nosotros?

Ella recostó la cabeza sobre el hombro de Max y sonrió.

—Nadie podría, Max.

Esa noche, Luke fue a ella. Roxanne lo esperaba. No importa cuántas veces se dijo que era una tontería, estaba más nerviosa ahora que antes. Supuso que era algo relacionado con el control. La noche anterior, esa primera noche, ella había trazado el recorrido y se había sentido segura del curso a seguir.

Esa noche, sin duda, él la llevaría más lejos.

Se alegró de que él no hubiera ido directamente a su camarote después de la última función, sino que le había dado tiempo para que se quitara el maquillaje de escena, se sacara el vestido con lentejuelas y se pusiera una sencilla bata color azul. Pero ese rato sola también había actuado en su contra, dándole a su corazón la oportunidad de latir con demasiada fuerza y rapidez.

Había sido una tarde preciosa. Hicieron precisamente lo que Lily imaginó que harían. Caminar por las veredas empinadas de Montreal, escuchar música norteamericana, acurrucarse juntos frente a la pequeña mesa de un café sobre la calle.

Ahora estaban de nuevo solos. El ramo de flores que él le compró de un puesto callejero lucía fragante sobre su tocador. La cama estaba cuidadosamente abierta. El barco se mecía debajo de sus pies mientras avanzaba hacia el sur.

—Esta noche tuvimos un buen público. —Un comentario bastante estúpido, se regañó Roxanne.

—Entusiasta —dijo Luke, sacudió la muñeca y en su mano apareció un pimpollo blanco de rosa. A Roxanne se le derritió el corazón.

—Gracias. —Todo saldrá bien, se dijo al tomar la flor. Ahora sabía qué esperar, y podía anticipar el roce de las manos de Luke sobre su piel y ese viaje intenso hacia el olvido. Después de todo, el dolor había sido fugaz. Sin duda algunos momentos de malestar eran un precio bien bajo para el maravilloso placer de yacer acurrucada en sus brazos.

En sus ojos él veía los nervios con la misma claridad con que veía su color. No tenía sentido seguir maldiciéndose por su negligente iniciación de la noche anterior. Por lo menos había tenido el buen tino de pasar el resto de la noche teniéndola en sus brazos.

Le rozó la mejilla con la mano y vio cómo sus ojos subían lentamente de la rosa a su cara. Agradeció a Dios que hubiera en ellos mucho más que miedo. Podía lograr que ese miedo desapareciera. Pasó una mano delante de su rostro y la hizo reír cuando ella vio la vela que apareció entre sus dedos.

—Muy inteligente.

—Todavía no has visto nada. —Se acercó al tocador y le puso encima un candelabro de cristal que había cogido en el comedor. Colocó la vela y chasqueó los dedos. El pabito se encendió y la llama brilló con intensidad.

Un poco más relajada, Roxanne sonrió.

—¿Tengo que aplaudir?

—Todavía no. —Sin dejar de mirarla, apagó las luces y se quitó la chaqueta

—. Puedes esperar hasta que el espectáculo haya terminado.

Inconscientemente, ella se llevó la mano a la garganta.

—¿Hay más?

—Mucho más. —Se le acercó. No era demasiado justo que fuera recompensado en lugar de azotado por su comportamiento de la noche anterior.

Pero la compensaría por ello. Los compensaría a los dos. Tomó la mano que Roxanne todavía tenía en la garganta, se la giró, apretó sus dedos contra la palma y los deslizó a la muñeca frágil donde el pulso latía con la fuerza de un trueno—. Te dije que había más de una manera, Roxanne. —Con la mano de ella todavía sujeta por la suya, fue dándole besos en la mandíbula—. Pero, igual que sucede con la magia, mostrar es mejor que decir. Y prometo que no volveré a hacerte daño.

Al oír eso, ella abrió los ojos. Esos ojos en los que se libraba una lucha entre las dudas y los deseos.

—Está bien —murmuró ella y levantó la boca en respuesta a su invitación.

—Confía en mí.

—Eso hago.

—No, todavía no confías. —Cubrió su boca expectante y la besó hasta que ella cimbó—. Pero lo harás —dijo y la tomó en sus brazos.

Roxanne se preparó para la lucha. Una parte de su ser ardía en deseos de sentir esas manos fuertes y esa boca urgente. Pero esa noche sus labios eran suaves, seductores, hasta sedantes cuando murmuraron sobre los suyos.

—Tengo lugares adonde llevarte. Lugares mágicos.

Ella no tuvo otra opción que seguirlo. Su cuerpo ya flotaba antes de que terminara su beso primero y maravilloso. Luke dejó los labios de Roxanne temblando y deseando más y se embarcó en su propia travesía lánguida, mientras le besaba la piel, se demoraba en su garganta.

Los brazos que se habían levantado para envolverlo quedaron de pronto laxos, y Luke supo que ella le pertenecía.

—Quiero mirarte —susurró y, suavemente, le apartó la bata—. Deja que te mire.

La belleza de Roxanne le abrasó el corazón y le derritió la sangre. Pero en esa tenue luz, le fue tocando la piel con las yemas de los dedos: los deslizó por sus curvas y hondonadas y le maravilló el contraste de su propia piel contra la de ella, cautivado por los temblores que cada caricia suscitaba en Roxanne.

—Antes tuvimos prisa —dijo y, bajando la cabeza, con mucha suavidad le acarició los pezones con la lengua—. Y quizá la tendremos más tarde. —Cuando se enderezó para mirarla, hizo girar el pezón humedecido entre su pulgar y su índice, pellizcando y tironeando con suavidad, para llevarla a ese punto increíble en que el dolor y el placer se funden—. Pero ahora nos tomaremos todo el tiempo que sea necesario, Roxanne. —Y deslizó un dedo hacia abajo por el centro de su cuerpo, disfrutando cada estremecimiento de Roxanne mientras él seguía descendiendo por su suave triángulo de vello para acariciar ese punto tan secreto y sensible.

—Quiero hacerte cosas. Quiero que me lo permitas.

Ella lo veía a la luz de la vela. Su pecho ahora estaba desnudo, aunque

Roxanne no recordaba que él se hubiera tomado tiempo para sacarse la camisa. Sintió su erección contra la pierna, y entonces comprendió que estaba tan desnudo como ella.

Vaya si le hizo cosas, tal como se lo había prometido. Cosas exquisitas, imposibles, deliciosas.

Le mostró lo que era sentirse deseada, ser atesorada y, por fin, lo que era ser poseída lentamente, como un velero que navega en un río sereno y se pierde en la bruma.

La penetró sin dolor y sin problemas, y ella estaba caliente y húmeda y más que lista. Su cuerpo se elevó para recibirlo. Luke jamás imaginó que sería tan fácil, que podría sentir un dolor tan dulce cuando ella se cerró alrededor de él. El ritmo fue creciendo, igual que las necesidades de ambos.

—Roxanne —dijo él con voz ronca y aferró las riendas del control como un hombre que lucha contra una bestia salvaje—. Mírame. Necesito que me mires.

Su voz pareció brotar desde un extremo del túnel largo y oscuro en el que el cuerpo de Roxanne volaba. Levantó los párpados y lo vio. Los ojos de Luke eran de un azul violento, como el calor en el centro de la llama.

—Ahora me perteneces —dijo él y apretó su boca contra la de Roxanne en el momento en que el clímax explotaba dentro de ella. Solo a mí, pensó y dejó que su cuerpo la acompañara.

Roxanne no estaba segura de poder volver a moverse, pero cuando lo hizo fue para girar la cabeza y buscar la boca de Luke. Él respondió con un murmullo ininteligible y rodó para cambiar las posiciones de ambos.

—Así está mejor —dijo ella con un suspiro, ahora que podía volver a respirar. Frotó su mejilla una vez más contra el pecho de Luke—. No sabía que podía ser así.

Tampoco él. Pero a Luke le pareció que quedaría como un tonto si lo decía y, en cambio, le acarició el pelo.

—¿No te ha dolido?

—Para nada. Tuve la sensación de haber levitado hasta la luna.

Le acarició el pecho. Cuando deslizó sus dedos sobre el vientre de Luke, sintió que sus músculos se estremecían. Bueno, bueno, pensó, sonriendo para sí. De modo que él no era el único que tenía poder en sus manos. Muy pronto pondría en práctica lo que acababa de descubrir.

—Entonces... —dijo ella, levantó la cabeza y miró hacia abajo en dirección a Luke—. ¿Cuántas maneras hay de hacerlo?

Él enarcó una ceja.

—Dame algunos minutos y te lo mostraré.

Embriagada con su propio placer, Roxanne cambió de posición y trepó encima de él.

—¿Por qué no me lo muestras ahora mismo? —sugirió ella y cerró su boca sobre la de Luke.

Luke y Roxanne habrían negado con vehemencia cualquier insinuación de que ambos hubieran caído en el cliché denominado « romance en un barco » . Tal vez la brisa marina, las espectaculares puestas de sol y las cubiertas bañadas por el claro de luna podrían influir sobre otras parejas, pero no sobre ellos.

Los dos hicieron descubrimientos. Para alivio de Luke, él conoció que no era un tonto celoso. Incluso disfrutaba de la forma en que los hombres giraban la cabeza cuando Roxanne entraba en un salón. Podía sonreír cuando la veía flirtear o que alguien tomaba una actitud seductora con ella. Las dos cosas eran una cuestión de orgullo y confianza, mezcladas con un toque de arrogancia. Ella era hermosa y le pertenecía.

Roxanne descubrió que detrás de la fachada del muchachito duro y atribulado que había conocido desde la mayor parte de su vida, se escondía un hombre bondadoso y tierno del que ella se había enamorado. El barniz de sofisticación y encanto era una capa muy fina sobre un lecho ardiente de pasiones. Pero, junto con eso, existía una fuerte sensación de lealtad y un anhelo de amor que no era menor que el suyo.

Los dos podían comunicarse mutuamente, incluso en un salón repleto de gente. No necesitaban tocarse ni hablar, una mirada era más que suficiente.

Además de esa fantasía enamorada que les ocupaba los días y las noches, los dos estuvieron de acuerdo en que solo les faltaba una cosa: todavía tenían que escoger un blanco. Su sangre de ladrón se impacientaba. Es cierto que habían aliviado transitoriamente esa impaciencia despojando a la señora Cassell de joyas antiguas con marcasita y rubíes. Como la vieja protestona había pasado siete días a bordo del *Yankee Princess* quejándose, exigiendo cosas y haciéndole la vida imposible a Jack, el director del crucero, los Nouvelle pensaron que era una cuestión de honor darle un auténtico motivo de queja.

Pero el trabajo había sido demasiado sencillo. Roxanne solo tuvo que deslizarse en el camarote de la señora Cassell entre una aparición en escena y otra, y tomar de entre la pila de maletas a medio deshacer el joyero cerrado con llave. Al observar el mecanismo tuvo que alterar su plan original. En lugar de salir y pasarle el joyero a Luke, usó una de las horquillas de la señora para abrir la cerradura. Cuando las joyas estuvieron en el bolsillo de su esmoquin de actuación, volvió a cerrar el joyero y salió del camarote.

Tal como estaba planeado, Luke apareció en ese momento por la galería de popa.

—¿Algún problema?

Ella sonrió.

—Ninguno en absoluto. —Y enarcando una ceja, se palmeó los bolsillos—. Solo necesito buscar algo en mi camarote —dijo mientras sonreía—. No llegaré

tarde a mi entrada en escena.

Luke la rodeó con los brazos y la besó. Y sus dedos ágiles le revisaron el bolsillo para hacer un inventario de la cosecha obtenida.

—Tienes tres minutos, Rox.

Tardó menos de la mitad de ese lapso para guardar las joyas en el falso fondo de su estuche de maquillaje. Tuvo tiempo también para retocarse la pintura de los labios que Luke le había quitado y llegar a escena.

Todos estuvieron de acuerdo en que los engarces eran elegantes y las piedras, excelentes. Pero había sido demasiado sencillo, y extrañaron la excitación que implica un desafío.

Los Nouvelle, uno y todos, anhelaban un trabajo en serio.

—Quizá deberíamos intentar algo en alguno de los puertos —dijo Roxanne con aire ausente. Ella y Lily se encontraban de pie en cubierta. Los nuevos pasajeros embarcados en Montreal salían allí, con su cóctel en la mano y las cámaras listas.

—Supongo que podríamos hacerlo. —Lily seguía preocupada con Max. Se había despertado antes del amanecer y lo vio sentado en el estrecho sofá debajo del ojo de buey, con sus libros de investigación desparramados alrededor de él. Estaba manipulando una moneda entre los dedos. La segunda vez que se le cayó, ella vio la expresión de dolor en su cara. Un dolor que ella supo nunca lo abandonaría.

—Concretamente, pensaba en Newport —prosiguió Roxanne—. Ese lugar está repleto de mansiones. La próxima vez que pasemos por allí podríamos al menos investigar un poco.

—Te pareces tanto a Max —dijo Lily con un suspiro—. Si no estás empeñada en un proyecto, te dedicas a planear otro. Es la única forma en que te sientes feliz.

—La vida es demasiado corta para no disfrutar del trabajo que uno hace. Y Dios sabe bien que disfruto del mío. —En su sonrisa hubo un dejo de malicia.

—¿Qué harías si todo terminara? Si no pudieras seguir haciéndolo. Me refiero a la magia y a lo otro.

—¿Si despertara una mañana y esa posibilidad hubiera desaparecido? ¿Y lo que me quedara por hacer fuera una vida común y corriente? —Roxanne reflexionó un momento y después se echó a reír. A los veintiún años, era imposible creer que algún día llegaría la vejez—. Supongo que meter la cabeza en el primer horno que encontrara.

—No digas eso. —Lily le aferró una mano y se la oprimió hasta hacer que le doliera—. Nunca vuelvas a decir eso.

—Querida, solo fue una broma —dijo Roxanne, sorprendida—. Me conoces y sabes que es así.

Roxanne miró bien a Lily y notó en su rostro ojeras ocultas bajo un hábil

maquillaje. La sorpresa se trocó en preocupación.

—¿Estás bien? ¿No te sientes bien?

—Estoy muy bien. —Su experiencia en la escena le permitía mostrar solo lo que estaba dispuesta a mostrar—. Tal vez solo un poco cansada y ... bueno, sé que es tonto, pero también siento un poco la nostalgia de casa.

—Entiendo lo que quieres decir. Toda la comida es exquisita, pero al cabo de dos semanas, una estaría dispuesta a pagar cien dólares por una hamburguesa con patatas fritas... y diez veces esa suma por un día entero sin tener que hablar con nadie.

Esas palabras hicieron que Lily comprendiera que necesitaba estar sola un rato, y le dijo a Roxanne que iría a su camarote por una hora.

Al quedar sola, Roxanne paseó la vista por cubierta. Nuevas caras, pensó, nuevas historias. Le gustaba la variedad, siempre le había gustado, pero extrañaba a Luke.

Giró la cabeza cuando oyó que alguien la llamaba. Por un instante su sonrisa vaciló, pero luego se mantuvo firmemente en su sitio. Después de todo, era una profesional.

—Sam. Qué mundo tan, tan pequeño.

—Sí, ¿verdad? —Podría haber salido de una revista de modas. Sus pantalones color ante estaban impecablemente planchados. Su camisa, en cambio, era de algodón arrugado... de las que cuestan una fortuna para parecer informales. Su brazo rodeaba a una rubia esbelta, que usaba pantalones de seda azules para hacer juego con el color de sus ojos, y una blusa drapeada del mismo tono. Pero lo que más impresionó a Roxanne fue el sencillo collar de perlas color crema con un zafiro del tamaño del pulgar de Mouse.

—Justine, querida, quiero presentarte a una vieja amiga. Roxanne Nouvelle. Roxanne, esta es mi esposa, Justine Spring Wyatt.

—Mucho gusto —dijo Justine con una sonrisa.

La esposa ideal para un político, decidió Roxanne.

—El gusto es mío.

Roxanne también prestó atención a sus pendientes: dos piedras color índigo y en forma de lágrima, que pendían de un par de perlas magníficas.

—Me sorprendió verte en cubierta —dijo Sam—. Y estoy doblemente sorprendido al ver que perteneces al personal del crucero. —Su mirada bajó hasta el prendedor con su nombre que Roxanne llevaba en el pecho, se demoró allí y volvió a subir—. ¿Has abandonado la magia?

—En absoluto. Durante las próximas dos semanas actuaremos a bordo.

—Fabuloso. —Desde luego que él lo sabía, se había preocupado por averiguarlo. No pudo resistir la tentación de pasar una semana con los Nouvelle —. Justine, Roxanne es una maga consumada.

—Algo muy insólito, por cierto. ¿Trabaja en fiestas infantiles?

—Todavía no —dijo Roxanne y tomó un cóctel de la bandeja de un camarero que pasaba—. ¿Este es su primer viaje en el *Yankee Princess*?

—Bueno, en este barco en particular, sí. Aunque he realizado muchos cruceros... el Caribe, el Mediterráneo, esa clase de viajes. —Levantó una mano blanca y delgada para jugar con el zafiro rodeado de diamantes.

—Qué agradable —dijo Roxanne—. Espero que disfrute igualmente de este crucero.

—Estoy segura que así será. Me encantó que Sam me lo sugiriera como parte de nuestra luna de miel.

—Oh, son recién casados. —Sabendo que era un gesto femenino inofensivo, Roxanne se puso a estudiar los anillos de Justine. Sí, una esmeralda de diez quilates para el de compromiso, y una alianza de platino con diamantes para el de bodas. Deseó poder examinarlos con su lupa—. Qué belleza. Felicidades, Sam.

—Gracias. Me encantará volver a ver a tu familia... y a Luke, por supuesto.

—No faltará la ocasión. Un placer conocerla, Justine. Disfruten de la excursión.

Sonreía cuando se alejaron. Por fin, habían encontrado un blanco que valía la pena.

Luke decidió aprovechar un tiempo libre en la sauna con que contaba el barco. Eso le daría la oportunidad de despejarse la cabeza y pensar en lo que Roxanne le había comunicado esa tarde, cuando logró dar con él.

El señor Samuel Wyatt y señora.

Con todos los barcos que hacen cruceros y que tocan todos los puertos del mundo, pensó e hizo una mueca. Bueno, tendrían que aguantarlos durante la siguiente semana. Pero no estaba seguro de compartir el entusiasmo de Roxanne ante la idea de convertir a esa pareja de recién casados en blanco de sus robos.

No, Luke quería meditar cuidadosamente los peligros involucrados en ese plan.

Cuando la puerta de madera de la sauna se entreabrió, Luke abrió un ojo. Volvió a cerrarlo y permaneció recostado contra la pared negra, con la toalla blanca sujeta a su cintura.

—Me he enterado que estás a bordo, Wyatt.

—Y tú, sigues sacando conejos del culo para ganarte la vida. —Sam se instaló en un banco, debajo de Luke. Solo hicieron falta algunas discretas averiguaciones para descubrir dónde pasaba Luke su hora libre—. Y bailando al compás del viejo.

—¿Alguna vez aprendiste a cortar un mazo con una sola mano?

—Hace tiempo que abandoné los juegos.

Luke solo sonrió.

—No me parece. Siempre fuiste torpe con las manos... salvo para empujar a las niñas.

—Todavía me guardas rencor —dijo Sam y extendió los brazos sobre el banco. Los años habían sido benévolos con él. Su cuerpo reflejaba el fruto de su gimnasia diaria con un profesor particular. Y echaba mano de su posición, y ahora del dinero de su esposa, para utilizar los servicios de estilistas del cabello, manicuras e institutos para el cuidado de la piel—. Qué extraño —prosiguió—. Roxanne no me pareció resentida. Se mostró muy cordial conmigo hoy.

Lo que esas palabras provocaron en Luke no fue rabia, como podría haber sucedido en otra época, sino pura diversión.

—Compañero, ella querría masticarte y escupirte después.

—¿De veras? —Los brazos de Sam se tensaron contra la madera hirviente. Había una cosa que su posición y su dinero no le habían podido dar: sentido del humor con respecto a sí mismo—. Creo posible que ella me encuentre más de su tipo de lo que tú piensas. Una mujer como Roxanne apreciaría más a un hombre de posición encumbrada que a uno que nunca ha logrado superarse. Sigues siendo un perdedor, Callahan.

—Sigo siendo muchas cosas. —Luke abrió los ojos y se puso a estudiar la cara de Sam—. Te hicieron un buen trabajo en la nariz. Nadie diría que la tuviste rota. Salvo y o, por supuesto. Adiós.

Sam apretó y soltó los puños cuando la puerta se cerró detrás de Luke. Al parecer, su viejo amigo necesitaba una lección más contundente. Un telegrama a Cobb, tal vez, pensó Sam y trató de relajar sus músculos tensos. Había llegado el momento de estrujarlo con más intensidad.

—Os digo que es perfecto —dijo Roxanne y miró un rostro tras otro. La reunión llevada a cabo entre una función y otra en el camarote de su padre no estaba saliendo de acuerdo a sus planes—. Cualquier mujer que use piedras como esas por la tarde, tiene que estar cargada de joyas. Y, además, cualquier mujer capaz de casarse con una basura como Sam merece perderlas.

—Sea como fuere —dijo Max y unió las puntas de los dedos mientras luchaba por concentrarse—. Es arriesgado robarle a una persona que uno conoce y que lo conoce a uno, sobre todo en una situación tan limitada como esta.

—Podríamos hacerlo —insistió ella—. LeClerc, si yo te consiguiera fotografías y descripciones detalladas de algunas de las piezas más importantes, ¿cuánto tiempo le llevaría a tu contacto hacer réplicas en pasta?

—Una semana, tal vez dos.

—¿Y si le metieras prisa?

LeClerc pensó un rato.

—Si le untáramos más la mano, cuatro o cinco días. Pero, desde luego, eso no

incluye el tiempo de entrega.

—Eso puede arreglarse con facilidad —dijo Roxanne y miró a su padre—. La última noche del crucero. Cuando Justine llegue de vuelta a su casa y advierta la diferencia, ya estaremos muy lejos. —Aguardó con impaciencia una respuesta—. ¿Papá?

—¿Qué? —contestó él con un sobresalto y por un momento sintió pánico mientras intentaba encontrar el hilo de la conversación—. No hay suficiente tiempo para planear las cosas como es debido.

¿Cómo podía él trazar planes si casi le resultaba imposible pensar? Sintió que un sudor frío le bajaba por la espalda. Todos lo miraban, todos tenían los ojos fijos en él.

—La respuesta es no —dijo en tono categórico y se puso de pie. Quería que se fueran, que se fueran todos. No soportaba ver en sus rostros la pena y la curiosidad.

—Pero...

—No hay más que hablar. —Lo dijo a gritos, haciendo que Roxanne parpadeara y que Lily se mordiera el labio inferior—. Todavía soy yo el que lleva la batuta, señorita. Cuando necesite tus sugerencias y tus consejos, te los pediré. Hasta ese momento, haz lo que se te dice. ¿Está claro?

—Muy claro. —El orgullo hizo que mantuviera la cabeza erguida, pero el *shock* y la pena se le notaban en los ojos. Él no le había gritado nunca antes. Jamás. Habían discutido, sí, pero siempre con amor y respeto. Y ahora, lo único que veía en la cara de su padre era furia—. Si me excusáis, iré a caminar un rato antes de la función.

Luke se puso de pie con lentitud cuando Roxanne partió dando un portazo.

—Estoy de acuerdo con las razones que usted dio para rechazar el trabajo, pero ¿no cree que trató a Roxanne con demasiada dureza?

Max se enfrentó a él.

—No creo necesitar tu opinión sobre cómo tratar a mi propia hija. Tal vez tú te acuestes con ella, pero yo soy su padre. Y mi generosidad hacia ti a lo largo de los años no te da derecho a interferir en los asuntos de mi familia.

—Max. —Lily se acercó para tomarle el brazo, pero ya Luke sacudía la cabeza.

—Está bien, Lily. Creo que yo también iré a caminar un rato.

El mar estaba salpicado por la luz de las estrellas. Con las manos fuertemente apretadas contra la barandilla, Roxanne lo contemplaba. Un fuerte dolor de cabeza acechaba detrás de sus ojos, resultado directo de rechazar las lágrimas que los quemaban. No lloraría como una criatura porque su padre la había retado.

Oyó pasos a sus espaldas y se volvió con vehemencia. Pero no era Luke, como ella esperaba, sino Sam.

—Qué escena tan encantadora —dijo y le tomó las puntas del pelo—. Una mujer hermosa a la luz de las estrellas, enmarcada por el océano.

—¿Has perdido a tu esposa? —Y deliberadamente miró hacia atrás de él antes de levantar una ceja—. No la veo por ninguna parte.

—Justine no es la clase de mujer que necesita estar pegada a su marido. —Cambió de posición y apresó a Roxanne al colocar las dos manos sobre la barandilla. Un relámpago de deseo lo recorrió. Era hermosa, y pertenecía a otra persona.

—Debes de haberla seducido con gestos románticos como este.

—Algunas mujeres prefieren un discurso más directo. —Se inclinó hacia ella, y solo se detuvo cuando Roxanne le propinó un puñetazo en el pecho.

—No soy tu esposa, Sam, pero yo también prefiero las cosas claras. ¿Cómo te comportas así? Te encuentro repugnante, patético y obvio. —Lo dijo con un tono muy agradable y la más encantadora de las sonrisas—. Ahora, ¿por qué no te vas antes de que tenga que decirte algo realmente insultante?

—Lamentarás esas palabras. —Su voz también fue suave, para beneficio de las pocas personas que caminaban por cubierta. Pero la expresión de sus ojos era helada—. Juro que lo lamentarás muchísimo.

—No veo cómo, cuando he disfrutado tanto al pronunciarlas. Ahora, por favor, sal de mi vista.

—No he terminado contigo —dijo Sam antes de alejarse.

Ese angosto pasillo alfombrado que iba de su camarote al de Luke, era uno de los senderos más difíciles que Max había debido recorrer en toda su vida. Sabía que su hija estaba allí, junto con el hombre que él había considerado su hijo. Levantó la mano para llamar a la puerta, pero volvió a bajarla. Esa noche había dolor en los dedos de sus manos, un profundo dolor óseo. Golpeó con fuerza la puerta del camarote, como para castigarse.

Luke abrió la puerta.

—¿Max? ¿Necesita algo?

—Quisiera entrar un momento, si no tienes inconveniente.

Luke vaciló. Por lo menos agradecía a Dios que tanto él como Roxanne estuvieran totalmente vestidos.

—Por supuesto. ¿Quiere beber algo?

—No, nada. Gracias. —Y se quedó parado en el interior del camarote, junto a la puerta, mirando a su hija—. Roxanne.

—Papá.

Los tres permanecieron inmóviles un momento más, como un triángulo

congelado. Tres personas que habían compartido tantas intimidades. Max descubrió que todos los discursos que había preparado se habían desvanecido como el humo.

—Lo siento Roxy —fue lo único que pudo decir—. No tengo perdón.

—Está bien. —Por él, Roxanne estaba dispuesta a dejar de lado su orgullo. Lo hizo, extendió sus manos y se acercó a él—. Supongo que estuve demasiado insistente y pesada.

—No. —Abatido por la facilidad con que ella lo perdonaba, se llevó a los labios las manos de Roxanne—. Estabas exponiendo tu caso, como siempre he esperado que hicieras. Lo mío no fue justo ni bondadoso. Si te sirve de consuelo, es la primera vez en casi veinte años que Lily me grita y me lanza insultos.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles empleó?

—Creo que tarado fue uno de ellos.

Roxanne sacudió la cabeza.

—Tendré que enseñarle algunos mejores. —Besó a su padre y volvió a sonreír—. ¿Harás las paces con ella?

—Me será más fácil si primero lo hago contigo.

—Pues bien, y a lo has hecho.

—Con los dos —murmuró Max y miró a Luke.

—Entiendo —dijo Roxanne—. Me parece que convendría que yo fuera a hablar con Lily y a despejarte el camino. —Rozó el brazo de Luke al pasar y los dejó solos.

—Hay cosas que necesito decir —dijo Max y levantó las manos, con un extraño gesto de desvalimiento—. Creo que, después de todo, aceptaré ese trago.

—Por supuesto. —Luke abrió el cajón inferior de la cómoda y sacó una pequeña botella de coñac. Después, sirvió tres dedos de esa bebida en los vasos para agua—. Usted tiene algunas cosas que decir sobre Roxanne y yo —comenzó a decir Luke—. Me he preguntado por qué no lo hizo antes.

—Me cuesta reconocerlo, pero no sabía cómo. Lo que dije esta tarde...

—Estaba enojado con Rox —lo interrumpió Luke—, no conmigo.

—Luke. —Max le apoyó una mano en el brazo. Sus ojos estaban llenos de pesar—. No me cierres la puerta. Yo estaba furioso, pero la furia, al contrario de lo que afirma la creencia popular, no siempre se basa en la verdad. Quise lastimar, porque yo me sentía herido. Y eso me avergüenza.

—Olvidelo. —Incómodo, Luke apartó el coñac y se puso de pie—. Fue un momento de mal genio, eso es todo.

—¿Le das más importancia a lo que dije en un momento de enojo que a lo que te he dicho y mostrado durante todos estos años?

—Usted me ha dado todo lo que tengo y he tenido. Usted no me debe nada.

—Es una pena que la gente no se dé cuenta del poder que tienen las palabras. Si lo supieran, las usarían con más cuidado. A Roxanne le resulta más fácil

perdonar porque jamás dudó de mi amor. Te confieso que esperaba que tú tampoco tuvieras motivos para dudarlo. —Max colocó su coñac, que no había tocado, al lado del de Luke—. Eres el hijo que Lily y yo nunca pudimos tener juntos. ¿Puedes entender que ha habido periodos en que he olvidado que no eres hijo de mis entrañas? Y que si lo pensé, no tenía importancia.

Por un momento Luke no dijo nada, no pudo decir nada. Después, se sentó en el borde de la cama.

—Sí. Porque hubo momentos en que también yo casi lo olvidé.

—Y quizá, porque esas líneas divisorias estaban borradas en mi corazón, me resultó difícil, muy difícil, aceptar lo que hay entre tú y mi hija.

Luke se echó a reír.

—A mí también me hizo pasar muy malos momentos, a tal punto que casi eché a Roxanne de mi lado. Pero no pude hacerlo, Max, ni siquiera por usted.

—Ella no se habría ido. —Entendía a sus dos hijos. Puso una mano sobre el hombro de Luke y oprimió los dedos, pese a lo mucho que le dolían—. Una lección gratis —murmuró y vio que Luke sonreía—. El amor y la magia tienen mucho en común. Enriquecen el alma, deleitan el corazón. Y los dos exigen una práctica constante e inexorable.

—Lo recordaré.

—Procura hacerlo. —Max se encaminó a la puerta, pero se detuvo cuando un pensamiento apareció en su mente—. Quisiera tener nietos —dijo y Luke quedó con la boca abierta—. Me gustaría mucho tener nietos.

Sam se sentía bastante satisfecho con el progreso de sus planes. Era un miembro respetado de la comunidad, una personalidad reconocible en Washington. Como mano derecha del senador, tenía su propia oficina, un bastión de masculinidad modestamente decorado con sillones de cuero y colores neutros. Tenía su propio secretario, un político veterano muy inteligente, que sabía exactamente a qué número llamar para conseguir información.

Aunque habría preferido un coche extranjero, Sam tenía criterio amplio y manejaba un Chrysler. Cada vez era mayor la importancia que se le daba al hecho de comprar productos norteamericanos. Y él tenía planes de convertirse en un hijo favorito de Estados Unidos.

De acuerdo con su cronograma, seis años después ocuparía el lugar del senador. Los cimientos estaban echados: años de dedicación al servicio público, los contactos en Washington, en el mundo de las grandes corporaciones y en la calle.

Había estado a punto de presentarse en las últimas elecciones. Pero decidió que sería mejor tener paciencia. Sabía que su juventud le jugaría en contra y que algunas personas podrían interpretarlo como una deslealtad para con Bushfield.

De modo que se tomó su tiempo y dio los pasos siguientes con serenidad y con la mira puesta en la década de los años noventa. Cortejó a Justine Spring, la rica heredera de una gran tienda, con linaje impecable y aspecto refinado, y se casó con ella. Justine favorecía a las instituciones de caridad apropiadas, podía organizar una cena para cincuenta personas sin problemas y tenía la ventaja adicional de ser sumamente fotogénica.

Cuando Sam le deslizó la alianza en el dedo, supo que había dado otro paso importante. El pueblo norteamericano prefería que sus dirigentes estuvieran casados. En el momento adecuado, iniciaría su campaña para ocupar el escaño en el Senado como padre devoto de un hijo, y Justine estaría embarazada del segundo y último.

Se imaginó un nuevo Kennedy, no en cuanto a la política, naturalmente. Era la época de Reagan. Pero sí la juventud, la apostura, la mujer hermosa y una familia encantadora.

Funcionaría porque sabía qué cartas emplear en ese juego. Ascendía por la escalinata con pasos lentos y calculados, y ya había subido la mitad.

Solo una cosa le había dejado a Sam el sabor amargo del fracaso: los Nouvelle. Eran cabos sueltos y embrollados, preguntas sin respuesta. Quería vengarse de ellos por motivos personales, pero lo necesitaba también por imperiosos motivos profesionales: era imprescindible debilitarlos, aplastarlos, para que las cosas negativas que pudieran decir de él no fueran tomadas en cuenta.

Tuvo tiempo más que suficiente para observarlos de cerca durante su luna de miel en el crucero. Ahora, cómodamente instalado en el Palacio Hemsley de Nueva York, esperando las fiestas y celebraciones por el centenario de la Estatua de la Libertad, tenía tiempo para efectuar un balance de sus apreciaciones.

El viejo parecía cansado. Sam recordaba la velocidad de movimiento de esas manos una década antes y llegó a la conclusión de que Max iniciaba su decadencia. Resultaba también interesante que el anciano mago pasara tanto tiempo buscando una roca mística.

Estaba Lily, tan espléndida como siempre... y también tan ingenua. Cierta día que Sam decidió buscarla en cubierta y los dos caminaron un rato, ella no hizo más que palmearle la mano y decirle cuánto se alegraba de que le hubiera ido bien en la vida.

Y Roxanne. Ah, Roxanne. Si la magia existía en absoluto, existía en ella. ¿Qué conjuro había convertido a la chiquilla flacucha y discolá en una mujer tan increíblemente atractiva? Una pena que no hubiera tenido oportunidad de hacer algunas jugadas en dirección a ella delante de Justine. Habría disfrutado en seducirla y en usarla en una forma que habría escandalizado y repugnado a su esposa bonita y tibia.

Y eso lo llevó a Luke. Siempre a Luke. En él estaba la llave que conducía a los Nouvelle. Mouse y LeClerc no eran nada, pero Luke era la pieza clave. Destruirlo resquebrajaría de tal modo la fortaleza de los Nouvelle, que seguramente no sería posible repararla. Y, además, representaría un triunfo muy dulce y personal.

Lo de Cobb no progresaba de la forma que esperaba. Tras partir de Nueva Orleans, había tardado años en alcanzar una posición que le permitiera contratar detectives para investigar el pasado de Luke.

El costo había sido alto, pero Sam lo consideraba una inversión de futuro y un pago por lo pasado. Localizar a la madre de Luke fue un golpe de buena suerte. Pero Cobb, Cobb fue el premio mayor. Rememoró aquel primer encuentro.

Había salido de la elegante *suite* en el Hemsley para encaminarse a un húmedo bar ubicado en el muelle.

El aire hedía a pescado y orina, y a *whisky* y tabaco baratos consumidos por los parroquianos.

Eligió las sombras. Un sombrero con el ala bien baja y un sobretodo amplio ocultaban su persona.

Vio entrar a Cobb. Lo vio observar todos los rincones del salón. Cuando lo localizó, asintió y se dirigió al bar. Después, se acercó a la mesa con un vaso de *whisky*.

—¿Tiene algún asunto que tratar conmigo?

—Tengo un ofrecimiento de negocios.

Cobb se encogió de hombros y trató de parecer aburrido.

—¿Ah, sí?

—Creo que conoce a un conocido mío —dijo Sam y dejó su bebida sin tocar sobre la mesa. Había notado, con bastante asco, que la copa estaba sucia—. Luke Callahan.

En los ojos de Cobb apareció una expresión de sorpresa antes de que los entrecerrara.

—No lo conozco.

—No compliquemos un asunto sencillo. Usted se acuesta cada tanto con la madre de Callahan. Vivió con ellos cuando Luke era chico... fue algo así como su padrastro no oficial. Por aquella época, usted se dedicaba al proxenetismo y también a la pornografía... sobre todo con chicos y adolescentes.

El color subió al rostro de Cobb, al punto que la red de capilares que lo cubría se encendió como antorcha.

—No sé qué le habrá contado ese sinvergüenza desagradecido, pero lo traté bien. Siempre tuvo comida en el estómago.

—Usted dejó su marca en él, Cobb. Yo mismo la he visto.

—El muchacho necesitaba disciplina. —El *whisky* comenzaba a poner nervioso a Cobb. Volvió a tomar un buen trago—. Lo vi por televisión. Ahora es todo un personaje. Y no se le ocurre pagarnos a su vieja y a mí por todos los años que le dedicamos.

Eso era exactamente lo que Sam deseaba oír: resentimiento, amargura y envidia.

—¿Usted cree que él les debe algo?

—Ya lo creo que nos debe mucho. —Cobb se inclinó hacia adelante—. Si lo mandó a usted aquí para...

—Nadie me mandó. Callahan también tiene una deuda conmigo. Y usted puede serme útil. —Sam metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre. Después de pasear la vista por el salón, Cobb lo tomó. Con su grueso pulgar contó quinientos dólares en billetes de veinte.

—¿Qué quiere a cambio de esto?

—Satisfacción. Esto es lo que quiero que haga.

Y así fue como Sam mandó su sabueso a Nueva Orleans.

Pero el chantaje no fue tan eficaz como Sam esperaba. Luke pagó religiosamente los treinta o cuarenta mil dólares por año que le exigían. Habría otra tarjeta postal esperando a Luke cuando regresara a Nueva Orleans. Solo que esta vez la cifra sería de diez mil dólares.

Sam calculó que varios meses seguidos de tarjetas con esa suma lograría liquidar las finanzas de Luke.

Luke estaba furioso. Estrujó el cuadrado de cartulina blanca en el puño y lo

arrojó al otro extremo de la habitación. Eso lo aterrizzaba.

Diez mil dólares. No era el dinero en sí mismo; él tenía más que suficiente y podía conseguir más. Era el hecho de comprender que Cobb no solo no desaparecería jamás, sino que se volvía cada vez más codicioso.

La siguiente vez podrían ser veinte o treinta mil.

Que el hijo de puta se dirija a la prensa, pensó. Los periódicos se harían una fiesta ese día.

LA INFANCIA SECRETA DE UN MAGO IMPORTANTE

¿Y qué?

LA VIDA DE PROSTITUCIÓN DE UN ESCAPISTA

¿A quién le importaba un carajo eso?

UN TRIÁNGULO REPULSIVO ENTRE LOS NOUVELLE

Las relaciones de un mago con su mentor y con la hija de este.

Dios santo. Luke se frotó la cara con las manos y trató de pensar. Tenía derecho a su propia vida. La que se había ido armando, paso a paso, desde que huyó de ese apartamento que apestaba a *gin*, con el espantoso dolor de los azotes en la espalda y la angustia de no saber qué le habrían hecho cuando perdió el sentido.

No toleraría que lo ensuciaran ni que hicieran otro tanto con las únicas personas que amaba. Y, sin embargo... Sin embargo perdía algo de sí mismo cada vez que contestaba una de esas postales.

Existía una alternativa que todavía no había tenido en cuenta. Luke tomó una taza de té y se puso a observar su delicado diseño de violetas contra la porcelana color crema. Una alternativa con la que había soñado pero que jamás se atrevió a considerar.

Podía volar a Maine y sacar a Cobb de su madriguera. Y, entonces, hacer lo que tanto había deseado cada vez que su cinto le hendía la piel. Podía matarlo.

La taza se hizo añicos en sus manos, pero Luke ni se inmutó. Siguió mirando hacia abajo mientras la imagen se formaba con más nitidez en su mente, y la sangre le corría por la palma de la mano.

Podía matar.

Los golpes en la puerta lo hicieron volver a la realidad.

—¡Hola! —dijo Roxanne con el pelo empapado. La camiseta mojada se adhería a su torso. Cuando le ofreció los labios a Luke, él aspiró la fragancia de la lluvia y de las praderas en verano—. Pensé que te gustaría un *picnic*.

—¿Un *picnic*? —Luchó por apartar de su mente la violencia y sonreírle a Roxanne. Mientras cerraba la puerta, observó la lluvia que caía a torrentes del otro lado de la ventana—. Supongo que este clima por lo menos ahuyentará a las hormigas.

—Traigo alas de pollo a la parrilla —dijo ella y mostró una caja de cartón.

—¿En serio?

—Sí, y un gran bol de la ensalada de patatas de LeClerc que robé de la nevera, junto con un burdeos blanco.

—Parece que has pensado en todo. Salvo en el postre.

—También pensé en eso. ¿Por qué no buscas un par de copas...? ¿Qué es esto? —preguntó y levantó un trozo de porcelana.

—Yo... he roto una taza.

Cuando se inclinó a recoger los pedazos, vio la sangre en su mano.

—¿Qué has hecho? —Le cogió la mano y le fue restañando la sangre con el dobladillo de su camiseta.

—No es más que un rasguño, doctora.

—No bromees. —Pero vio, con alivio, que era una herida muy superficial—. Tus manos valen mucho, no sé si lo sabes. Profesionalmente, me refiero.

Él le introdujo un dedo en el escote.

—¿Profesionalmente?

—Sí. Bueno, también tengo un interés personal en ellas. —Después de mordisquearle los labios, Roxanne se sentó en cuclillas—. ¿Qué hay de esas copas, y de un sacacorchos?

Él se puso de pie y se encaminó a la cocina.

—¿Por qué no te buscas una camisa seca? Con esa camiseta, rociarás la ensalada de patatas.

—No pienso —dijo ella, y la camiseta empapada aterrizó un paso detrás de Luke y salpicó el piso de linóleo. Luke miró la prenda y después miró a Roxanne. Será un *picnic* muy interesante, pensó. Pollo, ensalada de patatas y una mujer mojada y semidesnuda. La tensión se disolvió en una sonrisa.

—Me encantan las mujeres con sentido práctico.

Después, mucho después, él le dijo:

—Múdate a casa, ven a vivir conmigo, Roxanne.

—Ya tengo las maletas hechas, Luke.

Fue algo tan fácil como sacar un conejo de una chistera. Después de todo, habían vivido muy cerca uno del otro durante años. Conocían los hábitos, los defectos y las excentricidades del otro.

Ella se levantaba al amanecer; él metía la cabeza debajo de las mantas. Él se daba duchas interminables que agotaban la existencia de agua caliente; ella llevaba novelas a la bañera y se quedaba sumergida entre la trama y las burbujas hasta que el agua se enfriaba.

El hacía gimnasia con pesas en el suelo del cuarto de estar; ella prefería asistir a una clase de gimnasia tres veces por semana.

El estéreo atronaba con rock cuando Luke tenía los controles del equipo de audio, y languidecía con blues cuando Roxanne se salía con la suya.

Pero tenían muchas cosas en común. A ninguno se le ocurriría quejarse por la necesidad de practicar una única rutina una vez tras otra.

A los dos les encantaba caminar por la ciudad y los dos gritaban cuando discutían.

A lo largo de las semanas siguientes gritaron mucho. La fricción formaba parte de su relación tanto como respirar, y ambos lamentarían perderla.

Para el cumpleaños de Roxanne, Luke le regaló una varita mágica de cristal, una varilla larga y delgada envuelta en hilos delgados de plata con incrustaciones de rubíes, amatistas y topacios de un azul intenso. Ella la colocó sobre una mesa junto a la ventana para que el sol le diera todos los días e hiciera pulsar su magia y la propagara por el aire.

Estaban locamente enamorados y lo compartían todo. Todo, salvo el secreto que hacía que Luke pagara todos los meses con un cheque al portador por valor de diez mil dólares.

Max los había convocado a una reunión, pero no parecía tener prisa en empezarla. Bebió el café caliente preparado por LeClerc y se tomó su tiempo. Lo hacía sentir bien el hecho de tener de nuevo a su familia reunida. Jamás imaginó la sacudida que significó que Roxanne y Luke no vivieran más bajo su techo. Aunque estaban muy cerca de su casa, sintió una profunda sensación de pérdida.

Pensó que estaba perdiendo demasiadas cosas en un lapso muy corto. Sus hijos, que ya no eran criaturas; sus manos, que con tantas frecuencia parecían pertenecer a un extraño, con sus dedos rígidos.

Incluso sus pensamientos, y eso era lo que más lo asustaba. Tan pronto parecían alejarse flotando de él y quedar fuera de su alcance, que se concentraba e intentaba con desesperación volver a apresarlos.

Se dijo que era porque tenía tantas cosas en la cabeza, tantas cosas que lo preocupaban.

Pero ese día, tenerlos a todos allí lo hacía sentirse más fuerte, más seguro. Su voz no reflejó ninguna de sus dudas cuando les pidió silencio y dio comienzo a la reunión.

—Creo que tengo algo interesante —dijo cuando los murmullos se aquietaron—. Una colección particular de joyas... Lo que más me interesa de esa colección son los zafiros. La señora en cuestión parece tener debilidad por esas piedras, y su gran variedad de joyas refleja esa predilección. Hay también una gargantilla de perlas y diamantes muy elegante que no debemos despreciar. Naturalmente, es solo parte de la colección, pero creo que satisface nuestras necesidades.

—¿Cuántas piezas? —Roxanne sacó un bloc de notas de la cartera y se preparó para garabatear información en su código propio y complejo. Max volvió a sentirse orgulloso por la precisión y el sentido práctico de su hija.

—De zafiros, nueve. Dos collares, tres pares de pendientes, una pulsera, dos anillos y un broche. Asegurados por medio millón de dólares. La gargantilla está valorada en noventa mil, pero me parece una suma un poco excesiva. Creo más razonable ochenta mil.

—¿Tenemos fotografías? —preguntó Luke.

—Naturalmente. ¿Jean?

LeClerc tomó el mando a distancia y lo dirigió hacia el televisor. El aparato se encendió y, después, el video comenzó a funcionar.

—He pasado las fotografías a vídeo. —Cuando la primera apareció, encendió un fósforo y, sosteniéndolo sobre la cazoleta de la pipa, comenzó a aspirar—. Estos nuevos juguetes me divierten. Este collar —prosiguió— tiene un diseño algo conservador, no muy imaginativo. Pero las piedras son buenas. Son diez zafiros color azul claro. Peso total: veinticinco quilates. Los diamantes son *baguettes* de muy buena calidad y de un peso total de aproximadamente 8,2 quilates.

Pero fue la siguiente diapositiva la que atrapó la atención de Roxanne. Con una leve exclamación de sorpresa se quedó mirando la pantalla y después se dirigió a su padre.

—Justine Wyatt. Que me muera si no es la misma joya que le vi usar en el barco el verano pasado.

—No te mueras, por favor —dijo Max—. Es precisamente la misma pieza.

Se inició como una leve sonrisa que le fue abarcando toda la cara y terminó en una carcajada.

—De modo que finalmente lo haremos... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuera una sorpresa —respondió Max, encantado con la reacción de su hija—. Considéralo un regalo de Navidad adelantado, aunque de hecho lo llevaremos a cabo más cerca de Pascua. Sigamos, ¿quieres Jean?

Después podemos volver a esta pieza. Las fotografías son una copia de las que existen en el archivo de la compañía aseguradora. Nuestra propia contribución creo que será más entretenida.

Las imágenes zigzaguearon en la pantalla cuando las diapositivas se pasaron a gran velocidad, y a continuación aparecieron vídeos con auténtico movimiento, tomados a bordo del *Yankee Princess*.

—Estas películas son « caseras » . Las filmé yo —dijo Mouse.

—Un futuro Spielberg entre nosotros —lo felicitó Max.

Pero las imágenes eran perfectas, igual que el sonido y el montaje: las panorámicas lentas, los desplazamientos ópticos con *zoom* y los planos generales se sucedían con fluidez sin los saltos e imperfecciones propios de un aficionado.

—Miren. Allí está la agradable señora Woolburger. ¿La recuerdas, Max? En todos los espectáculos se instalaba en primera fila.

—Y allí está Dori. —Roxanne se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre sus muslos—. Y... Dios. —Se ruborizó cuando el *zoom* de Mouse se enfocó sobre ella y Luke trenzados en un beso prolongado.

—Esta es la parte romántica —dijo Mouse con una sonrisa de oreja a oreja—. En todas las películas siempre hay una.

—La trama se hace más compleja —murmuró Roxanne al ver a Sam y Justine, caminando por cubierta. Se concentró aún más cuando la imagen mostró un primer plano de la pulsera que acababan de observar en la toma fija. La cámara los siguió en su caminata hasta que cada uno eligió una tumbona de cubierta.

No había nada de las sonrisas secretas y las caricias furtivas de los recién casados. Sin intercambiar ni una sola palabra, se instalaron, ella con una revista y él con un tecno-thriller de Tom Clancy.

—Dos auténticos tórtolos, ¿verdad? —comentó Roxanne al observar a Sam—. La cámara es muy generosa con él. Supongo que ese es un logro político.

Cuando las imágenes de la pantalla se oscurecieron y adquirieron un tono grisáceo, y luego volvieron a la vida con una explosión cromática, Roxanne silbó.

—De modo que esa es la gargantilla.

—Es soberbia, ¿verdad? Congela la imagen allí, querida. —Y cuando Roxanne lo hizo, Max comenzó su clase como lo haría un profesor experimentado—. La gargantilla fue un regalo que le hicieron sus padres cuando ella cumplió veintiún años; en abril hará cuatro años. Fue comprada en Cartier de Nueva York, por la suma de noventa y dos mil quinientos noventa y nueve dólares a la que hubo que sumarle los impuestos.

—Me cuesta creer que yo o no le hay visto una pieza así —comentó Roxanne.

—La usó en la fiesta de despedida de la última noche —recordó Lily con precisión—. Creo que tú y Luke estuvisteis muy ... ocupados... hasta la hora del espectáculo.

—Oh. —También Roxanne lo recordaba, y miró a Luke por encima del hombro—. Sí, supongo que sí. Es una pieza única, ¿no?

—Así es —respondió Max, feliz de haber enseñado tan bien a sus hijos—. Y eso hará que sea más difícil, aunque no imposible, disponer de ella. Bueno, creo que ya hemos visto bastante, Roxanne. —Cuando su hija apagó el proyector, Max se echó hacia atrás en su asiento. Pensaba con tal claridad que se preguntó si no se habría imaginado esa niebla que con tanta frecuencia le obnubilaba la mente—. Estamos esperando recibir planos de la casa de Tennessee, así como del *piéd-à-terre* de Nueva York. Nos llevará bastante tiempo estudiar los sistemas de seguridad de las dos residencias.

—Eso nos permitirá disfrutar primero de Navidad —dijo Lily.

La Navidad y el Año Nuevo pasaron con rapidez, y un invierno largo y lluvioso se aposentó con empecinamiento hasta marzo.

En la casa de Chartres, LeClerc mantenía la cocina bien caldeada. Aunque era una afrenta a su amor propio, permanecía en el interior del edificio y rara vez salía, ni siquiera para ir al mercado. El frío lo calaba hasta los huesos.

La vejez, pensaba cuando se permitía considerar el tema, es una hija de puta.

La puerta se abrió y en la casa entró una ráfaga de viento helado y de lluvia. Él saltó:

—Cierra esa maldita puerta. Esto no es una cueva.

—Lo siento —dijo Luke, que no usaba sombrero ni guantes, solo una chaqueta de denim para protegerse del frío. LeClerc sintió una envidia feroz.

—¿Dónde está Roxanne?

—En su clase de gimnasia. Dijo que era probable que después almorzara con un par de compañeras.

—Así que andas medio perdido, ¿oui?

—Estaba estudiando bien los movimientos de mi próximo escape, y necesitaba descansar un rato. —No quería reconocer que el apartamento parecía vacío sin Roxanne—. Lo tendré listo para Mardi gras.

—Te quedan solo dos semanas.

—Es suficiente. Quería conversar con Max sobre un par de detalles. ¿Está en la casa?

—Está durmiendo.

—¿Ahora? —Luke enarcó una ceja—. Son las once.

—Anoche no durmió bien. Un hombre tiene derecho de dormir cada tanto hasta tarde en su propia casa —dijo LeClerc con cara preocupada, pero dándole la espalda a Luke.

—No quise... no solía hacerlo antes —dijo Luke y miró hacia el vestíbulo y por primera vez notó el silencio que reinaba en el lugar—. ¿Está bien?

Luke miró la espalda rígida de LeClerc. Mentalmente le pareció ver a Max trabajando sus manos y sus dedos, flexionándolos, abriéndolos y manipulándolos una y otra vez como un pianista antes de un concierto.

—¿Cómo tiene las manos? —preguntó y, al ver una leve tensión en los hombros de LeClerc, supo que había dado en el clavo.

—No sé qué quieres decir —fue la respuesta de LeClerc, quien siguió dándole la espalda mientras cerraba el grifo de la pila y buscaba un paño de cocina.

—Jean. No me engañes. Y déjame que me preocupe tanto como tú.

—Maldición —dijo él, y esa fue suficiente respuesta para Luke.

—¿No ha visto a un médico?

—Lily lo obligó a consultar a uno —dijo LeClerc. Se giró, y sus ojos pequeños y oscuros reflejaron la preocupación y la emoción que tanto había procurado disimular—. Le dieron píldoras para aliviar el dolor. El dolor de sus dedos, no el dolor de aquí —dijo y se golpeó el pecho con el puño—. Pero eso no le devuelve la magia. Nada logrará hacerlo.

—Tiene que haber algo...

—*Rien* —lo interrumpió LeClerc—. Nada. Dentro de cada hombre hay algo así como un calendario que fija cuándo se le nublará la vista, o se le cerrarán los oídos. En qué día se levantará de la cama con los huesos duros y las articulaciones doloridas. Y cuándo le fallará la vejiga o se le debilitarán los pulmones o le estallará el corazón. Los médicos dicen haga esto, tome aquello, pero el *bon Dieu* ha establecido el día y la hora, y cuando él dice *c'est assez*, nadie puede hacer nada al respecto.

—No lo creo. —Luke no quería creerlo. Se puso de pie—. Lo que afirmas es que uno no puede hacer nada, que no tiene ningún control.

—¿Crees que sí? —preguntó LeClerc y rio—. Esa es la arrogancia de los jóvenes. ¿Crees acaso que fue por casualidad que aquella noche fueras a la feria de atracciones, encontraras a Max y él te encontrara a ti?

Luke recordaba con demasiada claridad la fuerte atracción que le despertó el cartel, la manera en que esos ojos pintados lo sedujeron y lo movieron a entrar en la carpa.

—Fue un golpe de buena suerte.

—Suerte, *oui*. Un nombre más para el destino.

Pero Luke ya había oído bastante de la filosofía fatalista de LeClerc. Se infiltraba peligrosamente cerca de sus propias creencias sepultadas.

—Nada de esto tiene que ver con Max. Deberíamos llevarlo a un especialista.

—*Pourquoi?* ¿Para que le hagan estudios que le destrozarán el corazón? Tiene artritis. Es algo que se puede aliviar, pero no tiene cura. Ahora tú eres sus manos, tú y Roxanne lo sois.

Luke volvió a sentarse.

—¿Lo sabe ella?

—Tal vez no intelectualmente, pero sí en su corazón. Igual que tú. —LeClerc vaciló un instante. Tomó asiento frente a Luke—. Hay más —dijo.

Luke lo miró y la expresión que vio en LeClerc le produjo escalofríos.

—Pasa horas con sus libros, con sus mapas.

—¿La piedra filosofal?

—*Oui*, la piedra. Le habla a los científicos, a los profesores, hasta a los médiums.

—Se ha adueñado de su imaginación —dijo Luke—. ¿Qué tiene de malo?

—Quizá, nada en sí mismo. Pero es su Santo Grial. Creo que, si lo encuentra, tendrá paz. Pero en este momento... Lo he visto mirar fijamente una página de un libro y, una hora después, seguir con la vista fija en la misma página. A la hora del desayuno le pide a Mouse que lleve el sofá junto a la ventana, y durante el almuerzo pregunta por qué han cambiado de lugar los muebles. Le dice a Lily que debemos ensayar un nuevo truco, y cuando ella lo espera un buen rato y va a buscarlo, lo encuentra enfrascado en la biblioteca con sus libros, y él no recuerda nada de un ensayo.

—Lo que pasa es que tiene demasiadas cosas en la cabeza.

—Es precisamente su cabeza, su mente, lo que me preocupa —dijo LeClerc. Suspiró y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Ayer lo encontré de pie en el jardín, sin ningún abrigo pese al frío que hacía. «Jean, ¿dónde está el tráiler?», me preguntó.

—¿El tráiler? Pero...

—Sí, ya sé. Hace casi diez años que no lo tenemos, pero él me preguntó si Mouse se lo había llevado para lavarlo antes de la función.

—Por Dios —dijo Luke.

—Cuando el cuerpo de un hombre lo traiciona, sus movimientos se hacen más lentos. Pero ¿qué hace cuando su mente flaquea?

—Tiene que ver a un médico.

—Ah, *oui*, y eso se hará porque Lily insistirá. Pero hay algo que tú debes hacer.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Asegurarte de que no os acompañe cuando vayáis a Tennessee. —Antes de que Luke pudiera hablar, LeClerc prosiguió—. Debe intervenir en la preparación de la operación, pero no en su ejecución. ¿Qué pasaría si olvida dónde se encuentra o qué está haciendo? ¿Podéis arriesgaros a eso? ¿Permitirías tú que él corriera ese peligro?

—No —respondió Luke después de una pausa prolongada—. No correré ese riesgo. Pero tampoco quiero herirlo. Creo que deberíamos...

—Jean, ¿qué es ese aroma tan maravilloso? —preguntó Max al entrar en la cocina, con un aspecto tan atento y despierto que Luke estuvo a punto de desear lo relatado por LeClerc—. Ah, Luke, veo que tú también le hiciste caso

a tu olfato. ¿Dónde está Roxanne?

—Salió con algunas amigas. ¿Quiere un poco de café? —preguntó Luke y enseguida se levantó y se acercó a la cocina. Max se sentó y extendió las piernas con un suspiro. Movía los dedos sin cesar, como un hombre que toca las teclas de un piano invisible.

—Espero que no tarde. Sé que Lily quería llevarla a comprarle zapatos nuevos. A esa criatura no le dura nada el calzado.

A Luke le tembló la mano y volcó un poco de café. Max hablaba de Roxanne como si ella tuviera doce años.

—Ya volverá.

—¿Estuviste trabajando en el escape del tanque de agua?

—Bueno, en este momento estoy trabajando en el escape de «La sogá en llamas». ¿No recuerda? La fecha fijada es el martes de la semana próxima.

—¿«La sogá en llamas»? —La mano de Max se detuvo y la taza de café que quedó a mitad de camino hacia sus labios osciló. Resultaba penoso observar cómo luchaba por regresar al presente. Abrió la boca y sus ojos se movieron con rapidez. Y luego volvieron a enfocarse. El movimiento de su mano prosiguió llevando la taza a su boca—. Tendrás un público numeroso —dijo—. Los comentarios de la prensa son excelentes.

—Ya lo sé. Y no se podría pedir una pantalla mejor para el trabajo en lo de Wyatt. Quiero realizarlo esa misma noche.

Max frunció el entrecejo.

—Todavía quedan por resolver algunos detalles.

—Hay tiempo. —Odiándose por ello, Luke se echó hacia atrás en su asiento y dijo: Quiero pedirle un favor muy grande, Max.

—Está bien.

—Quiero hacer el trabajo yo solo. —Vio el impacto de sus palabras en la cara de Max, su decepción—. Es muy importante para mí —prosiguió—. Conozco las reglas por las que ningún trabajo debe convertirse en algo personal, pero este es una excepción. Tengo muchas cuentas que saldar con Sam.

—Razón de más para no dejarte dominar por tus sentimientos.

—Se trata precisamente de mis sentimientos. —Eso, por lo menos, era cierto. Y entonces jugó su carta de triunfo—. Si no tiene confianza en mí, si cree que no soy capaz de hacerlo solo, dígamelo.

—Por supuesto que confío en ti. La cuestión es... —No tenía idea de cuál era la cuestión, salvo que su hijo se estaba alejando un paso más de él—. Tienes razón. Ya es tiempo de que intentes algo por tu cuenta. Y eres muy capaz de hacerlo.

—Gracias. —Habría deseado tomar esas manos inquietas en las suyas, pero se limitó a levantar su taza de café a modo de brindis—. Tuve el mejor profesor del mundo.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo harás tú solo? —preguntó Roxanne. Con su bolsa de gimnasia colgada del hombro, había seguido a Luke del cuarto, donde él dejara caer su bomba de tiempo, al dormitorio.

—Lo que dije. Que es mi espectáculo.

—Un cuerno. Todos trabajamos en equipo. Papá no lo permitirá.

—Pues me dio su aprobación. No es nada del otro mundo.

—Lo es. Si todos hemos participado desde el principio en cada una de las etapas de planeamiento, ¿qué te hace pensar que serás el único en divertirte?

—Porque —dijo Luke y se tumbó en la cama y entrelazó las manos detrás de la cabeza—, yo quiero que sea así.

—Mira, Callahan...

—Escúchame tú, Nouvelle. —Que él la llamara por el apellido siempre la hacía morir de risa. Pero igualmente mantuvo una expresión de desafío—. Max y yo lo hablamos y él está de acuerdo. Eso es definitivo.

—Tal vez él esté de acuerdo, pero yo no —dijo ella y puso los brazos en jarras—. Yo voy, compañero. Y punto.

Los ojos de Luke refulgieron.

—Quiero hacerlo yo solo.

—Fantástico. Y yo quiero tener pelo rubio y lacio, pero no me ves gimotear por eso, ¿no?

—Me gusta tu pelo —dijo él, con la esperanza de distraerla—. Parece un manojo de sacacorchos en llamas.

—Qué poético.

—Me gusta sobre todo cuando estás desnuda. ¿No quieres desnudarte, Rox?

—Controla un poco tus hormonas, Callahan. No cambies de tema. Yo iré.

—Como quieras. —En realidad no le importaba si iba o no. Pero el hecho de discutir lo hizo dejar de pensar en Max—. Pero yo dirijo el espectáculo.

—Ni en sueños. Seremos socios con idéntica responsabilidad.

—Yo tengo más experiencia.

—Eso dijiste con respecto al sexo, pero yo aprendí pronto, ¿no es verdad?

—Ahora que lo mencionas... —Amagó tomarla, pero ella logró escapar.

—Ven aquí —dijo él.

Ella ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa seductora por encima del hombro.

—Pareces suficientemente fuerte como para levantarte y caminar, Callahan. ¿Por qué no vienes a buscarme?

Él sabía cómo actuar en ese juego. Después de un movimiento negligente de los hombros, se puso a mirar el cielo raso.

—No, gracias. No estoy tan interesado como para eso.

—Está bien. ¿Quieres comer temprano, para evitar el amontonamiento del

Mardi gras?

—Por supuesto. —Sin moverse un milímetro, bajó la mirada y la vio sacarse la camiseta, debajo de la cual usaba un sujetador delgado de algodón para gimnasia.

—Tengo ganas de algo bien caliente —dijo ella, dobló con cuidado la camiseta y la puso sobre la cómoda. Con movimientos lentos se desabrochó los vaqueros. Luke oyó el suave roce del cierre al abrirse y se concentró en tratar de no tragarse su propia lengua—. Y bien picante.

Se bajó los vaqueros y dejó al descubierto un slip tan blanco como el sujetador. Su piel tenía la palidez del invierno y se veía perfecta. Plegó los vaqueros con el mismo cuidado meticulosos de la camiseta.

Tomó el cepillo y lo golpeó contra la palma de la mano.

—Y tú, Callahan, ¿de qué tienes ganas? —Se acercó lo suficiente a la cama como para que, cuando él extendiera la mano, pudiera tomarle el brazo. Reía a carcajadas cuando cayó sobre el colchón.

—He ganado —dijo él y se encaramó sobre ella.

—Nada de eso. Ha sido un empate —dijo Roxanne y levantó la cabeza para que sus labios recibieran los de Luke—. Somos socios. No lo olvides.

El martes se inició con hojuelas. Pese a todos sus discursos sobre la suerte y el destino, LeClerc creía que podía proteger sus proyectos. Desde que Roxanne recordaba, él siempre preparaba hojuelas el último día antes del comienzo de la Cuaresma, y ella era lo suficientemente práctica como para no burlarse de las supersticiones. Su única modificación fue comprar una mezcla preparada, en lugar de seguir la complicada receta de LeClerc.

Tal vez sus hojuelas fueran delgaditas y fruncidas en los bordes, pero satisfacían los requisitos básicos. Roxanne logró masticar con esfuerzo uno de esos discos gomosos, pero al ver que Luke comía media docena muy contento, dio por sentado que la buena suerte de ambos para ese año quedaba sellada.

Y quizá fuera así.

Las calles y veredas del barrio estaban repletas de gente que celebraba ese último día de Mardi gras. El sonido de música y risas subía hasta su balcón, tal como lo habían hecho durante toda esa semana de festejos constantes. Sabía que esa noche el volumen y el bullicio aumentarían. Desfiles, disfraces, bailes... esa última algazara antes de los cuarenta días de austeridad de la Cuaresma. Pero también habría borrachos, asaltantes, peleas y algunos asesinatos. Detrás de su máscara hermosa y seductora, Mardi gras podría tener un rostro áspero.

Si hubieran tenido la noche libre, ella y Luke podrían haber ido a la casa de Chartres y observar los festejos desde el balcón. Pero lo cierto era que pasarían la mayor parte de la noche en Tennessee, despojando al señor Sam Wyatt y señora de aproximadamente medio millón de dólares en joyas.

Un negocio justo, pensó Roxanne con una sonrisa. Los Wyatt cobrarían las escenas primas de los seguros, y con eso equilibrarían la molestia de que les robaran delante de sus narices. Por lo tanto, los Nouvelle no serían los únicos en sacar provecho.

Roxanne se apretó el estómago con la mano. Esas hojuelas no me cayeron nada bien, pensó. Esperaba que el estómago de acero de Luke las soportara mejor. Lo único que faltaba era que él tuviera náuseas mientras colgaba boca abajo sobre el lago Ponchatrain.

Tenía que dirigirse allá enseguida. El número estaba previsto para una hora más tarde, y Luke quería que ella estuviera cerca. «La sogá en llamas» era un escape que la intranquilizaba, pero ya se había acostumbrado a sentirse nerviosa y tensa antes de cada uno de los números de Luke. Tomó su cartera y la volvió a dejar con un gemido.

¡Malditas hojuelas!, pensó y corrió al baño.

—Ella ya debería estar aquí. —Con una mezcla de preocupación y de fastidio,

Luke trató de prepararse mentalmente para la tarea que tenía por delante. Su cuerpo estaba listo—. ¿Por qué no vino conmigo?

—Porque estaría totalmente preocupada mientras se preparaba todo —dijo Lily, sin quitarle los ojos de encima a Max, que en ese momento le concedía una entrevista a uno de los periodistas de televisión. Ella también tenía otras preocupaciones—. Concéntrate en lo tuyo —le ordenó a Luke—. Roxanne llegará enseguida.

—Solo Dios sabe cómo hará para pasar —dijo Luke mientras miraba el puente. Las autoridades locales lo habían cerrado al tránsito vehicular durante la hora que duraría el espectáculo de Luke, pero, a pesar de las barreras, la multitud había invadido el puente desde sus dos extremos.

Pensó que Lily tenía razón: debía concentrarse en su tarea. Roxanne llegaría a su debido tiempo.

A esa altura, por encima del agua, el viento soplaba con fuerza. Pese a haber tenido ese factor en cuenta, sabía que con frecuencia los elementos de la naturaleza podían jugar una mala pasada.

—Comencemos.

Luke se colocó en posición. Enseguida la gente empezó a aplaudir y a lanzar gritos de aliento. Las cámaras lo enfocaron. Se había decidido que Lily relataría el escape en lugar de Max. Ella tomó el micrófono y levantó una mano para pedir silencio.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Hoy, tienen ustedes el privilegio de presenciar uno de los escapes más peligrosos que se ha intentado jamás: «La sog a en llamas» .

Luego explicó con exactitud lo que ocurriría y presentó a los dos oficiales de policía, uno de Nueva Orleans y otro de Lafayette, quienes examinaron los grilletes y la camisa de fuerza que Luke se colocaría.

Una vez que los brazos de Luke estuvieron en posición, el oficial de Lafayette le colocó un grillete en una muñeca, lo rodeó con la cadena y le colocó el otro en el otro brazo. Le entregaron la llave a Miss Luisiana, quien se había presentado para la ocasión con traje de noche y tiara. El hombre de Nueva Orleans se ocupó de colocarle a Luke la camisa de fuerza.

Después, le ataron las piernas con la sog a y comenzaron a bajarlo, cabeza abajo, hacia las aguas del lago Ponchatrain. Una persona de la multitud lanzó un grito. Luke la bendijo interiormente por su oportunidad. Nada mejor que un toque de histeria y un par de desmayos para aumentar el dramatismo de la situación.

Una ráfaga de viento le cacheteó la cara con fuerza e hizo que le lloraran los ojos. Ya estaba trabajando para librarse de los grilletes de las muñecas.

Sintió el tirón en la cuerda cuando el descenso tocó a su fin. Le quedaban cinco segundos antes de que un voluntario acercara una antorcha al otro extremo de la sog a y el fuego bajara en su busca. Tuvo que luchar contra el vértigo

cuando el viento lo hizo girar sobre sí mismo.

Maldita física, pensó. Un cuerpo en movimiento sigue en movimiento, y se encontraba atrapado en un balanceo pendular que deleitaba y espeluznaba al público, pero dificultaba mucho su tarea.

La satisfacción que sintió al liberar sus manos duró poco. Alcanzaba a oler el humo. Con la movilidad de una serpiente, comenzó a retorcer su cuerpo en el interior de la camisa de fuerza, y sintió una punzada de dolor en sus articulaciones maltrechas. Sus dedos comenzaron a trabajar velozmente.

No permanecería atrapado.

Oyó el rugido de la multitud cuando la camisa de fuerza cayó al agua, vacía. La lancha de rescate, que flotaba sobre el lago, hizo sonar su bocina para felicitarlo. Aunque apreciaba ese gesto, Luke tenía plena conciencia de que todavía era demasiado pronto para celebrar.

Con un gruñido por el esfuerzo, dobló la cintura y tensó sus músculos abdominales al levantarse para tratar de desatar los nudos de sus piernas. No miró el fuego, pero lo olió. Estaba a centímetros de distancia y se acercaba deprisa.

Su reloj mental le advirtió que solo faltaban pocos minutos para que el fuego devorara la soga y él cayera de cabeza hacia el lago en una zambullida vertical.

El nudo que le ataba los pies era más complicado de lo que pensaba. Deseó haber seguido el consejo de LeClerc de colocar un cuchillo en una de sus botas. Pero era demasiado tarde para lamentarse.

Sintió que la soga cedía. Ese tramo final exigía una precisión muy complicada. Si se soltaba demasiado rápido, se zambulliría de cabeza en el lago. Si esperaba de más, terminaría con los pies quemados. Ninguna de las opciones le resultaba tentadora.

Trabó su mano alrededor de la segunda cuerda. El hecho de que la atención estuviera centrada en sus movimientos y en la soga en llamas, y que la otra era muy finita, impedía que el público la viera. Luke sintió que el calor del fuego le quemaba los nudillos y se aferró con firmeza a la segunda soga.

Liberó los pies con una patada y comenzó a trepar por la otra soga. Desde el puente, daba la sensación de estar trepando por una delgada columna de fuego. Pero igual necesitaría una dosis abundante de la poción de salvia preparada por LeClerc para las quemaduras.

Los espectadores contenían el aliento y dejaban escapar una exclamación ahogada cada vez que el viento lo zamarreaba. Cuando Luke llegó arriba, sintió los brazos sólidos de Mouse que lo sostenían con fuerza. LeClerc se inclinó.

—¿Lo tienes? —le preguntó en voz baja a Mouse.

—Sí.

—*Bien.* —LeClerc extrajo una navaja de la manga y cortó las dos cuerdas.

Hubo gritos y estremecimientos cuando la soga en llamas cayó al lago.

—¿Me puedes subir el trecho que falta? —dijo Luke. Sabía que en cuanto disminuyera el flujo de adrenalina en su cuerpo, comenzarían los dolores. Con la ayuda de Mouse se puso de pie. Las cámaras ya se acercaban, pero Luke escudriñaba el gentío.

—¿Y Roxanne?

Tal vez fuera una estupidez, y una actitud abiertamente egoísta. Quizá era muchas otras cosas nada agradables, pero Luke solo sabía una cosa cuando entró en el dormitorio, con olor a humo y a triunfo, y encontró a Roxanne tendida en la cama. Estaba furioso.

—Vaya, vaya, qué bien. —Arrojó las llaves sobre la cómoda con un estruendo que hizo que Roxanne gimiera y abriera los ojos—. Supuse que habías tenido un accidente gravísimo o algo parecido, y te encuentro aquí, durmiendo una siesta.

Ella decidió arriesgarse a abrir la boca y dijo:

—Luke...

—Imagino que era importante para ti que yo estuviera trabajando en este número desde hace meses, que probablemente sea lo más importante que he hecho en mi vida y que prometiste estar allí cuando yo lograra subir por esa cuerda. —Se acercó a los pies de la cama, permaneció un momento allí y luego se alejó—. Solo porque necesitaba concentrarme, esperaba cierto apoyo de parte de mi mujer... En serio, Rox, sabías lo importante que era para mí.

—Iba a ir, pero... —No pudo seguir hablando por la arcada que tuvo—. Mierda... —Se incorporó y salió corriendo al baño.

Él la siguió con actitud arrepentida y le puso un paño húmedo y fresco en la frente.

—Vamos, cariño, vuelve a la cama. Lo siento, Rox. Estaba tan enojado que ni siquiera te miré bien.

—Pensé que eran las hojuelas —dijo ella. Mantuvo los ojos cerrados, la cabeza muy quieta, y solo abrió la boca para decir—: Esperaba verte volver de color verde, para que me confirmaras que fue una intoxicación por la comida.

—Siento haberte decepcionado —dijo él y le besó la frente. La tenía húmeda y fría, pero no le pareció que tuviera fiebre.

—Solo necesito descansar un poco más y estaré bien.

—Roxanne. —Luke apartó el paño frío y le tomó la cara entre las manos—. No irás.

Ella abrió los ojos de par en par. Trató de sentarse, pero él se lo impidió.

—Por supuesto que voy. Esta operación fue mía, en primer lugar. No pienso perderme la fiesta porque comí una hojuela en mal estado.

—No fueron las hojuelas —la corrigió él—. Pero no importa cuál fue la

causa, estás muy descompuesta.

—No lo estoy. Solo un poco floja.

—No estás en condiciones de intervenir en el trabajo.

—Estoy en perfectas condiciones.

—De acuerdo, entonces hagamos un trato. Si ahora te levantas, vas caminando al cuarto de estar y vuelves sin caerte de cara, seguimos de acuerdo a lo planeado. Si fracasas en el intento, voy solo.

Como era un desafío, le resultó irresistible.

—Está bien. Apártate.

Cuando él se levantó, ella apretó los dientes y bajó las piernas de la cama. La cabeza le dio vueltas y sintió que la nuca se le empapaba de sudor, pero se puso de pie.

—Nada de apoyarte en ninguna parte —agregó Luke al ver que estiraba un brazo hacia la pared.

Se irguió, y caminó deprisa hacia el cuarto de estar. Una vez allí, se desplomó en un sillón.

—Solo necesito descansar un minuto.

—No fue ese el trato —dijo Luke y se puso en cuclillas frente a ella—. Rox, sabes que no puedes hacerlo.

—Podríamos postergarlo... —Roxanne se interrumpió y sacudió la cabeza—. No, eso sería una estupidez. —Sintiéndose débil y frustrada, echó la cabeza hacia atrás—. Detesto perderme esto, Callahan.

—Ya lo sé. —La cogió en brazos y la llevó a la cama—. Supongo que a veces las cosas no salen exactamente como uno quiere. —Pensó que no era apropiado mencionar que también sus planes se veían frustrados. Su intención de convertir el entusiasmo de un triunfo compartido en una noche de romance al pedirle que se casara con él le había parecido inspirada. Pero ahora tendría que esperar.

—Tú no conoces tan bien como yo el sistema de seguridad.

—Lo hemos repasado una docena de veces —le recordó Luke, indignado—. No será mi primera noche en esa clase de trabajos.

—Te tomará más tiempo.

—Sam y Justine están en Washington. Tendré tiempo de sobra.

—Llévate a Mouse. —Un miedo repentino la hizo tomarle la mano—. No vayas solo.

—Rox, tranquilízate. Podría hacerlo con los ojos cerrados, tú lo sabes.

—Me siento intranquila.

—Te sientes mal —la corrigió él—. Quiero que descanses. Puedo llamar a Lily para que venga a atenderte —dijo y la besó—. Estaré de vuelta antes del amanecer.

—Callahan —dijo y le apretó la mano. Pensó que era absurda la resistencia que sentía a dejarlo ir—. Te amo.

Él sonrió y se agachó para besarla de nuevo, y fue el beso leve y cordial de un hombre que sabe que muy pronto tendrá tiempo de besarla como es debido.

—Yo también te amo.

Roxanne suspiró y lo dejó ir.

A Luke le encantaba volar. Desde la primera vez que se metió en la carlinga para que Mouse lo iniciara en el arte del pilotaje, quedó atrapado. Y no se trató de aprender algo que podría resultar conveniente para sus dos carreras: desde ese primer instante fue pura fascinación.

El avión que pilotaba se encontraba registrado a nombre de John Carroll Brakeman, el ejecutivo inexistente de una compañía de seguros. Para completar el alias, Luke se había puesto una barba corta y un traje de tres piezas a rayas finas... con varios centímetros de relleno debajo. Su pelo negro exhibía hebras plateadas en las sienes.

Cuando aterrizó en Tennessee registró su plan de vuelo de regreso y llevó su maletín con monograma al Mercedes 450 que había alquilado. Lo condujo al Hilton, pidió la *suite* que había reservado y ordenó que no lo molestaran.

Quince minutos después, sin la barba, el relleno y las canas, bajó deprisa por la escalera y se dirigió a la explanada de aparcamiento donde lo esperaba el sedán oscuro que alquilara bajo otro alias. Como era menos peligroso que recoger las llaves en el mostrador de la conserjería, hizo saltar la cerradura, puso en marcha el motor haciendo un puente con los cables y partió.

Cuando el trabajo quedara completado, llevaría el sedán de vuelta al aparcamiento y subiría disimuladamente a la *suite*. Volvería a ponerse el disfraz y abandonaría el hotel. Más rico en aproximadamente medio millón de dólares, volaría a Nueva Orleans. Nada ni nadie podría relacionarlo ni con su alias ni con el robo.

Estacionó el coche en una calle arbolada, a dos manzanas de la casa de Sam. En ese paraíso suburbano, el césped de los parques se encontraba cuidadosamente cortado, los perros se portaban bien y las casas estaban a oscuras a la una de la madrugada.

Evitó con cuidado los haces de luz de los faroles de la calle. Vestido totalmente de negro, avanzó entre las sombras. Había un poco de niebla que podía causarle problemas en el aeropuerto, pero en ese momento le venía de perilla. La luna lucía la mitad de su cara, pero su luz se ocultaba detrás de las nubes y en el aire flotaba un adelanto de la primavera.

Rodeó la propiedad de los Wyatt, una enorme mansión de dos plantas con columnas blancas. En el sendero no se veía ningún automóvil. Las luces de seguridad brillaban como espadas sobre el parque e iluminaban macizos de narcisos dorados y las hojas incipientes de algunos árboles. Casi lamentó que

Sam estuviera en Washington. El triunfo sería mayor si entrara en la casa y robara lo que quería, mientras su enemigo roncaba.

Un muro alto rodeaba la propiedad en sus tres lados, y en el frente había árboles añosos; Luke aprovechó esas dos cosas para ocultarse mientras se acercaba.

Añoró muchísimo a Roxanne cuando comenzó a trabajar en el sistema de seguridad. Los nuevos sistemas computarizados lo fastidiaban y desafiaban su creatividad. Supuso que los números y las secuencias complejas resultaban atractivas para la mente lógica de Roxanne, pero para él convertían el arte de robar en una contabilidad tediosa.

A pesar de tener grabadas las instrucciones de Roxanne en la mente, tardó el doble de tiempo de lo que habría empleado ella en acceder al código. Pero, bueno, Roxanne no tenía por qué enterarse.

Satisfecho, eligió la entrada posterior de la casa y abrió la cerradura. Prefería ese método a forzar la puerta con una palanca o barreta, algo que cualquier ladrón de segunda categoría haría, y por supuesto a romper un panel de vidrio, tarea que no exigía ninguna habilidad.

Luke entró en una salita que olía a aceite de limón y glicina. Sintió la vieja excitación en la columna. Había algo indescriptiblemente estimulante en permanecer de pie, a oscuras, en una casa vacía, rodeado por las formas y sombras de las posesiones de otra persona. Era como enterarse de sus secretos.

Luke avanzó por un pasillo y dobló a la izquierda hacia la oficina de Sam. Sus dedos ya le cosquilleaban dentro de los delgados guantes quirúrgicos, impacientes por girar el dial de la caja fuerte.

No necesitaba ninguna luz. Sus ojos tuvieron tiempo de adaptarse a la oscuridad, y conocía mejor que sus dueños las dimensiones exactas de ese edificio.

En una casa vacía, el silencio poseía una cualidad muy especial: algo así como un susurro, un zumbido, una música agradable que producía el aire cuando no había nadie que lo respirara.

Luke había entrado en la oficina de Sam antes de darse cuenta de la ausencia de esa música. Entonces se encendió la luz, y lo engeguició.

—Bueno, Luke, adelante. —Sam se echó hacia atrás en su sillón frente al escritorio—. Te esperaba. Por favor —y la luz brilló en la pistola cromada 32 que empuñaba—. Acompáñame con un trago.

Luke observó la sonrisa de Sam y recorrió con la vista la superficie del escritorio donde vio dos copas de coñac.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Varios meses. —Apuntando al pecho de Luke con la pistola, se echó hacia adelante para tomar su copa—. Me avergüenza confesar que no lo sospeché antes. Pero desde hace un tiempo he hecho investigar el extravagante estilo de

vida de los Nouvelle. Siéntate. No sabes cuánto siento que hayas venido solo.

—Yo trabajo solo —dijo Luke, con la esperanza de salvar así a los demás.

—Siempre fuiste patéticamente galante. Siéntate —repitió, y su voz sonó tan fría como el cromado de su pistola. Luke calculó que lo mejor en ese momento era obedecerlo, y se sentó—. El coñac es excelente —dijo Sam y colocó su copa cerca del teléfono—. No temas —dijo al notar un brillo en los ojos entrecerrados de Luke—. No llamaré a la policía.

—Podrías acusarme de haber entrado ilegalmente a tu casa —dijo Luke, muy sereno—. Incluso de intento de robo. Todo lo cual yo podría bien convertir en una broma. En tratar de darle un susto a un rival de la infancia.

Sam permaneció en silencio un momento.

—Dudo que eso te saliera bien, sobre todo cuando yo revelara todo lo que he averiguado últimamente. Maldito hijo de puta —dijo sin que se le borrara la sonrisa de la cara—. Moralistas de porquería, todos vosotros. Mostrarse escandalizados porque yo robé en un par de tiendas, cuando erais, justamente, embaucadores y ladronzuelos.

—No ladronzuelos —lo corrigió Luke y decidió probar el coñac—. Y jamás embaucadores. ¿Qué te propones?

—Lo que siempre quise. Hacerte pagar. Te odié desde el principio. Mantén las manos donde yo pueda verlas —le advirtió. Luke se encogió de hombros y bebió un sorbo de coñac—. Jamás supe por qué, pero te detesté siempre. Creo que fue porque éramos tan parecidos.

Ahora fue Luke el que sonrió.

—Me estás apuntando con un arma, Wyatt. Puedes matarme o mandarme a la cárcel. Pero no me insultes.

—Siempre insolente y temerario. Es una combinación que yo podría haber admirado si no te hubieras mostrado tan asquerosamente superior. Tenías a los Nouvelle en la palma de la mano. Yo intuí entonces las posibilidades que existían, pero tú te cruzaste en mi camino.

—Reconócelo, compañero. —Quizá podría enfurecerlo lo suficiente como para hacerle cometer un error—. Te jodió.

Los ojos de Sam brillaron, pero la pistola no se movió.

—Lo que hice fue tirarme a tu chica. Y seducir a Roxanne para alejarla de ti. Créeme, si hubiera adivinado en qué mujer atractiva se convertiría, me habría acostado con ella en lugar de con... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Annabelle.

La furia que sintió Luke fue tan intensa que tuvo que apretar la mano alrededor del apoyabrazos del sillón para permanecer sentado.

—Tendría que haberte roto algo más que la nariz.

—En eso, y por primera vez, tienes razón. Deberías haberme destruido, Callahan, porque ahora yo te destruiré a ti. Pase, señor Cobb —dijo Sam, levantando la voz.

Luke se puso de pie de un salto y volcó coñac sobre su mano enguantada. Allí, en el vano de la puerta, estaba su pesadilla más antigua.

—Creo que se conocen —prosiguió Sam. Magnífico. Fantástico, pensó. ¿Qué más podía pedir que ver a Luke blanco como el papel? Decidió que mucho más, y rio para sí—. Tal vez no sepas que hace tiempo que el señor Cobb trabaja para mí. Sirvase una copa en el bar mientras yo le explico algunas cosas importantes a nuestro común amigo.

—Lo haré con gusto —dijo Cobb, se acercó a la garrafa con *whisky* y se sirvió una medida doble. Le gustaba la idea de compartir un trago con un hombre de la importancia de Wyatt, que lo invitara, después de tanto tiempo, a su casa—. Parece que te tiene agarrado de las pelotas, Luke.

—Es así exactamente. Ahora que estamos juntos los tres, bosquejaré el trato. —Era algo tan perfecto, que a Sam le costaba impedir que la voz le temblara por la excitación—. Fue idea mía hacer que el señor Cobb se pusiera en contacto contigo y te sacara algunos miles de dólares por mes. Imagínate mi sorpresa cuando supe que le pagabas sin protestar, incluso cuando le di permiso para incrementar las sumas. Entonces me pregunté: Aunque gane bien, ¿cómo hace ese tipo para pagar chantajes que superan los cien mil dólares por año, sin alterar en absoluto su estilo de vida? No puede, por supuesto, a menos que tenga otra fuente de ingresos. Así que comencé a investigarte y a seguirte la pista. Todavía poseo contactos, no sé si lo sabes. Después, coloqué la carnada y observé los mordiscos que le dabas. Mi compañía de seguros, mi sistema de seguridad, mi organigrama. No fue difícil hacerte creer que esta semana yo estaría en Washington.

Luke sintió un sudor frío en la nuca.

—Abriste la puerta de la jaula —logró decir—, pero eso no quiere decir que permitiré que la cierres detrás de mí.

—Lo sé. Con un abogado astuto podrías eludir los cargos. Y, puesto que viniste solo, resultaría difícil, aunque no imposible, culpar también a los Nouvelle. Podría matarte —dijo Sam, levantó la pistola y apuntó hacia la frente de Luke—. Pero en ese caso, estarías solamente muerto.

—No mate a la gallina de los huevos de oro —dijo Cobb y se rio de su propio ingenio.

—Desde luego que no, sobre todo si puedo asarla con lentitud.

—Además, seguirá pagando —dijo Cobb y se sirvió más *whisky*.

—Sí, aunque no en el sentido que usted cree. —Sam le sonrió a Cobb, lo apuntó con el arma y oprimió el gatillo.

El sonido del disparo rebotó con intensidad en la pequeña habitación. Azorado, Luke vio cómo Cobb se tambaleaba, una expresión de sorpresa en su rostro, y la sangre que comenzaba a brotar por el orificio negro que de pronto había aparecido en su frente.

El vaso de *whisky* fue el primero en caer y rodar sobre la alfombra turca. Después, Cobb se desplomó como un árbol talado.

—Ha sido más sencillo de lo que pensaba. Mucho más sencillo.

—Dios mío —exclamó Luke y trató de ponerse de pie, pero sintió las piernas muy pesadas. Se fue incorporando con lentitud, como un hombre que lucha por subir desde el fondo del mar. El cuarto comenzó a girar como una calesita y la alfombra colorida y sangrienta voló a reunirse con él.

Cuando despertó, tenía la mente embotada.

—Por lo visto, tienes mucha energía. —La voz de Sam pareció flotar entre la bruma—. Pensé que estarías inconsciente más tiempo.

—¿Qué? —Con torpeza, Luke consiguió ponerse en cuatro patas. Tuvo que luchar contra una intensa oleada de náuseas antes de animarse a levantar la cabeza. Cuando lo hizo, vio el rostro blanco de Cobb muerto—. Dios. —Levantó una mano y se secó el sudor de la cara. Se sentía mareado y descompuesto, pero lo suficientemente despierto como para darse cuenta de que ya no tenía los guantes puestos.

—¿No me lo agradeces? —preguntó Sam. Estaba de nuevo sentado detrás de su escritorio, pero cuando Luke logró enfocar lo, notó que empuñaba una pistola diferente—. Después de todo, el tipo te hizo la vida imposible, ¿no? Ahora está muerto.

—Ni siquiera parpadeaste. —Sam, el arma, el cuarto se bambolearon cuando Luke trató de despejar su mente—. Le disparaste a sangre fría y ni siquiera parpadeaste.

—Gracias. Recuerda, puedo repetirlo contigo... o con Max o Lily. O con Roxanne.

No iba a suplicar, por lo menos no apoyado en el suelo sobre las rodillas y las manos. Trabajosamente, Luke se puso de pie. Le temblaban las piernas, lo cual añadió humillación al terror que sentía.

—¿Qué es lo que quieres?

—Exactamente lo que conseguiré. Puedo llamar a la policía ahora mismo y decirles que tú y Cobb entrasteis por la fuerza en mi casa cuando yo todavía estaba levantado a pesar de la hora, trabajando en mi oficina. Os sorprendí y tú sacaste una pistola. Después, los dos discutisteis y tú le disparaste. En medio de la discusión, yo logré buscar mi pistola. De paso, te cuento que esta es mi pistola. La otra no está registrada y es imposible rastrear su procedencia... excepto que tiene tus impresiones digitales. Te acusarán de homicidio y, dada tu vinculación con Cobb, dudo que puedas salvarte.

Sonrió, y su sonrisa fue amplia. La de un hombre maravillado por su propio talento.

—Ese es el primer libreto que tengo preparado para ti —prosiguió—. Y tengo la sensación de que tendría éxito. Pero no me gusta tanto como el segundo, sobre todo porque me involucra a mí. En el segundo, te llevas el cuerpo de Cobb y te deshaces de él. Y, después, te vas.

—¿Me voy? —Esforzándose por estar lúcido, Luke se pasó una mano por el pelo—. ¿Así como así?

—Exactamente. Solo que no vuelves a Nueva Orleans. Y no te pones en contacto con los Nouvelle. Literalmente, desapareces. —La sonrisa de Sam se ensanchó y culminó con una carcajada—. Abracadabra.

—Estás loco.

—Te gustaría que fuera así, ¿verdad? Te gustaría porque, finalmente, te he derrotado.

—¿Todo esto? —La voz de Luke seguía exhibiendo rastros de la droga. Habló con cautela y lentitud, como para estar seguro de que él mismo comprendía las palabras que pronunciaba—. ¿Planeaste todo esto, asesinaste a Cobb, nada más que para vengarte de mí?

—¿Te parece descabellado? —Sam se echó hacia atrás en el sillón y lo hizo girar de un lado a otro—. Quizá y o también lo pensaría si estuviera en tu lugar. —De pronto se echó hacia adelante, y tuvo el placer de ver que Luke se sobresaltaba—. Pero, como ves, no lo estoy. Yo controlo la situación. Y tú harás exactamente lo que digo. De lo contrario, te haré arrestar por homicidio, y me aseguraré de que Maximilian Nouvelle sea investigado por robos de mayor cuantía y de que su familia quede arruinada. Lo disfrutaré más que si lo matara.

—Te recogió de la calle.

—Y me devolvió a ella con una patada. No esperes lealtad de mi parte, Callahan.

—¿Por qué no me matas?

—Prefiero la idea de que tengas que ganarte la vida en algún pueblo olvidado, que te desesperes pensando en Roxanne y en los hombres con que ella llenará su vida, que se apague la estrella que mantuviste en alto con tanta intensidad durante los últimos años. A ver si escapas de esto, Callahan. O te vas, o los Nouvelle pagan durante el resto de su vida. Y no pienses que puedes irte ahora y reaparecer dentro de varias semanas. En ese caso, tal vez consigas sacarte el nudo corredizo del cuello, pero te prometo que lo apretaré en el cuello de Max. En la caja fuerte que no tuviste ocasión de abrir, tengo todas las pruebas necesarias para hacerlo colgar.

—Nadie te creería.

—¿No? ¿A mí, un honesto funcionario público con un legajo impecable? ¿Un hombre que pudo ascender pese a su infancia degradante? ¿Que, pese a sentir cierta lealtad hacia el viejo, no le fue posible seguir ocultando los hechos? Y quien, al descubrir síntomas de senilidad, solicitaría que fuera confinado en una

institución para enfermos mentales antes que en una cárcel.

—Nadie le hará eso a Max.

—Depende de ti, Callahan.

—Está bien, Wyatt. Desapareceré. Pero jamás podrás estar seguro de cuándo volveré. Una noche me encontrarás en este lugar.

—Llévate a tu viejo amigo, Callahan —dijo Sam y señaló a Cobb—. Y piensa en mí, todos los días, mientras estés en el infierno.

Luke sabía que era demasiado peligroso, pero los riesgos ya no parecían importarle. Dejó el segundo coche alquilado en el aparcamiento del hotel y, después de tomar uno de los ascensores principales en el *lobby*, subió a su habitación. Una vez dentro, sacó la botella de la bolsa de papel, la puso sobre la cómoda y la miró fijamente.

Siguió haciéndolo durante un buen rato antes de abrirla. Después, la empujó y bebió tres grandes sorbos para dejar que su fuego le quemara la desdicha que sentía.

No funcionó. Por los ejemplos observados en su juventud, sabía que el alcohol no hacía desaparecer la infelicidad y la aflicción, sino que la incrementaba. Pero valía la pena intentarlo.

Todavía le parecía oler a Cobb. Tenía pegado a la piel el hedor a sudor, sangre y muerte. Cargar con el cuerpo y arrojarlo al río fue una tarea repugnante.

Había deseado su muerte. Dios sabía con cuánta intensidad deseó que muriera. Pero no sabía entonces cuál sería el efecto sobre él de una desaparición repentina, violenta y cruel.

No podía olvidar la manera en que Sam había disparado el arma: con tanta indiferencia, como si segar una vida fuera un hecho tan simple como una velada jugando a las cartas. No lo había hecho por odio, ni por dinero, ni cegado por una pasión. Lo hizo con frialdad, lo mismo que una criatura podía voltear un edificio construido con bloques de madera. Todo porque Cobb le servía más muerto que vivo.

Control, se dijo Luke mientras se dejaba caer en la cama como un viejo. Pensar que durante todos estos años creyó tener el control de la situación. Pero fue mentira. Siempre hubo alguien entre bambalinas, tirando de los hilos y burlándose del éxito que creyó alcanzar en su vida.

Cualquiera que hubiera presenciado lo ocurrido esa noche sabría que Sam no era solo ambicioso, insensible y desalmado. Estaba loco. Pero únicamente quedaba una persona viva para atestiguarlo.

¿Qué podía hacer él? Luke se frotó los ojos con las palmas de las manos, como para hacer desaparecer de ellos las imágenes que los poblaban y poder así ver con claridad.

Había entrado por la fuerza en una casa particular. Si la policía sabía dónde buscar encontraría el rastro, y ese rastro conduciría directamente a los Nouvelle. Si Luke se presentaba ante las autoridades con una complicada historia de chantaje y homicidio, ¿a quién le creerían? ¿Al ladrón o al ciudadano intachable?

Podía correr ese riesgo. Aunque no estaba seguro de ser capaz de hacer frente a la cárcel sin enloquecer, podía correr ese riesgo. Pero existía la posibilidad de que Sam cumpliera las otras amenazas. Max en una institución

para enfermos mentales, Lily desolada, Roxanne arruinada. O quizá a Sam le gustara más matarlos... matarlos con la pistola que tenía las impresiones digitales de Luke.

Esa sola idea lo sumió en el pánico y lo hizo coger el teléfono y marcar un número. Sus dedos aferraron con fuerza el auricular. Ella contestó en la primera llamada, como si lo hubiera estado esperando.

—Hola, hola... ¿Quién habla?

A Luke le pareció verla con toda claridad, como si estuviera allí mismo, en esa habitación: sentada en la cama, con el auricular del teléfono en la oreja y un libro abierto sobre las faldas, y una vieja película en blanco y negro parpadeando sobre la pantalla del televisor.

Pero enseguida la imagen se desvaneció, se hizo humo, como si él supiera que nunca más volvería a verla así.

—Hola. Luke, ¿eres tú? ¿Ha ocurrido...?

Pero él cortó la comunicación. Había hecho su elección. Contestarle, contárselo todo, equivaldría a mantenerla a su lado y verla sufrir. Abandonarla, sin una palabra, sin una señal, significaría que ella estaría a salvo pero lo odiaría cada vez más.

Como un hombre ya borracho, se levantó y se llevó la botella a la cama. Quizá no aliviaría su desdicha, pero podría ayudarlo a dormir.

Por la mañana, después de ducharse y de volver a ponerse el disfraz, se marchó del hotel y se dirigió al aeropuerto. Quería vivir. Quizá para asegurarse, desde lejos, de que Sam no molestara a los Nouvelle. Quizá, también, para esperar su oportunidad, vigilar y planear una venganza adecuada.

Todavía no tenía un plan de vuelo, un destino. Aunque le fascinaba volar, su vida estaba ahora tan vacía como la botella que había dejado en el hotel.

—Hace horas que debería haber vuelto. —Frotándose las manos, Roxanne caminaba sin cesar por el estudio de su padre—. Algo ha salido mal. Jamás debió ir solo.

—No es su primer trabajo, querida.

—Papá. Luke está en problemas. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nadie ha tenido noticias tuyas desde que se fue de aquí anoche. Porque debía estar de vuelta a las seis de la mañana y ya casi es mediodía. Porque cuando llamé al aeropuerto para preguntar por John Carroll Brakeman, me dijeron que había registrado su plan de vuelo pero después no se presentó.

—Luke es un muchacho inteligente y lleno de recursos, Roxy. Lo supe la

primera vez que lo vi. Volverá pronto.

—¿Cómo lo sabes tú? —replicó ella utilizando sus mismas palabras.

—Lo dicen las cartas. —Para distraerla y divertirla, Max sacó un mazo del bolsillo y trató de abrirlo en abanico, pero la rigidez de sus dedos se lo impidió y las cartas volaron por el aire.

A Roxanne se le partió el corazón al ver el sufrimiento de su padre. Se agachó para recoger las cartas y se apresuró a llenar ese silencio tan penoso.

—Sé que a veces Luke altera la rutina, pero jamás hace una cosa como esta. —Maldijo interiormente las cartas, la vejez y su propia incapacidad de encontrar las palabras adecuadas—. ¿Crees que yo debería ir a buscarlo?

Él siguió con la vista fija en el suelo, aunque ahora las cartas las tuviera su hija. Cuando volvió a mirar a Roxanne, lo hizo con una sonrisa.

—Si miramos con suficiente intensidad y durante suficiente tiempo, siempre encontramos lo que necesitamos. ¿Sabes que mucha gente cree que existe más de una piedra filosofal?

—Papá —dijo Roxanne y extendió la mano para tocarlo, pero él sacudió la cabeza: estaba a kilómetros de distancia de esa hija que lo miraba con lágrimas en los ojos—. Ven arriba conmigo, papá.

—No, no. Ve tú. Yo tengo mucho que hacer —dijo y se enfrascó en la lectura de libros muy antiguos con viejos secretos—. Dile a Luke que llame por teléfono a Lester. Quiero asegurarme de que el nuevo equipo de iluminación se encuentre ya instalado.

Ella abrió la boca para recordarle a Max que el viejo gerente de La Puerta Mágica se había trasladado a Las Vegas tres años antes, pero en cambio apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Está bien, papá.

Subió por la escalera en busca de Lily.

—Lily, ¿qué le pasa a papá?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Se ha hecho daño? —Se dio media vuelta y habría salido corriendo si Roxanne no se lo hubiera impedido.

—No, no se ha lastimado. Está en el estudio leyendo sus libros.

—Dios. —El alivio que sintió Lily fue tan grande que se llevó la mano al corazón—. Me asustaste.

—Yo estoy asustada —dijo Roxanne—. Está enfermo, ¿verdad?

Por un momento, Lily no dijo nada.

—Creo que deberíamos hablar. Ven, sentémonos.

Lily pasó un brazo alrededor de la cintura de Roxanne.

—Lo obligué a ir al médico. Le hicieron estudios. Después tuve que hacerlo volver para que le hicieran más estudios. No quiso ingresar en el hospital para que se los hicieran todos juntos. Y yo... bueno, no quise atormentarlo.

Roxanne experimentó una sensación punzante detrás de los ojos. Su voz sonó

lejana y muy distinta de la suya habitual.

—¿Qué clase de estudios?

—De todo tipo. Tantos que perdí la cuenta. Lo conectaron a una serie de máquinas y aparatos y se pusieron a estudiar distintos gráficos. Le extrajeron sangre y lo hicieron orinar en un recipiente. Le hicieron radiografías. —Lily levantó los hombros y los dejó caer—. Tal vez hice mal, Roxy, pero les pedí que me dijeran a mí lo que descubrieran. No quería que se lo dijeran a Max si era algo malo. Sé que tú eres su hija, su propia sangre, pero yo...

—No estuviste mal —dijo Roxanne y apoyó la cabeza en el hombro de Lily—. Hiciste lo correcto. —Tardó un minuto en reunir el coraje suficiente para preguntar—. Entonces es algo malo, ¿verdad? Tienes que decírmelo, Lily.

—Seguiré olvidándose de cosas. Algunos días estará normal, y otros no podrá mantener su mente centrada, ni siquiera con la medicación —dijo Lily y por su mejilla rodaron algunas lágrimas—. Es probable que en algún momento se ponga furioso y nos acuse de tratar de dañarlo, o que haga lo que le decimos sin poner ninguna objeción. También es posible que vaya hasta la esquina a comprar algo y después olvide cómo volver a casa. Hasta puede olvidar quién es y, si ellos no logran impedirlo, algún día su mente quede fuera por completo de nuestro alcance.

Eso es peor, pensó Roxanne, mucho peor que la muerte.

—Buscaremos... encontraremos un especialista.

—El médico nos recomendó uno. Lo llamé por teléfono. El mes que viene podemos llevar a Max a Atlanta para que lo vea. Mientras tanto, estudiará todos los análisis y estudios de Max. Lo llaman la enfermedad de Alzheimer, Roxy, y dicen que no tiene cura.

—Entonces nosotros encontraremos una. No permitiremos que a Max le pase esto. —Se levantó de un salto y estuvo a punto de caer si Lily no la hubiera sostenido.

—Querida, querida, ¿qué te ocurre? No debería haberte dicho nada.

—No, es solo que me he levantado demasiado deprisa. —Pero seguía mareada y con muchas náuseas.

—Estás tan pálida. Te prepararé un té o algo.

—Estoy bien —insistió ella—. Es solo un virus estúpido. —Pero no bien llegaron a la puerta de la cocina, el aroma de la sustanciosa sopa que LeClerc preparaba le puso la piel de color verde—. Maldición —dijo por entre los dientes apretados.

Corrió al baño y Lily trotó tras ella.

Cuando terminó de vomitar se sentía tan débil que no protestó cuando Lily la llevó a su cama y le insistió para que se acostara.

—Es la preocupación —diagnosticó Lily.

—Es un virus —dijo Roxanne, cerró los ojos y rogó al cielo que en su

estómago no hubiera nada más—. Creí que se me había pasado. Ayer por la tarde me ocurrió lo mismo pero por la noche ya estaba bien. También esta mañana.

—Bueno, bueno —dijo Lily y le palmeó una mano—. Si me hubieras contado que estuviste descompuesta dos mañanas seguidas, me preguntaría si no estarías embarazada.

—¡Embarazada! —Roxanne abrió los ojos de par en par—. Una no se descompone por la tarde cuando está embarazada.

—Supongo que no. ¿Seguro que no has tenido una falta?

—No exactamente. —Roxanne sintió pánico y algo más: algo que no era temor de ningún tipo sino un placer sutil—. Se me ha retrasado un poco, eso es todo.

—¿De cuánto es el atraso?

—Bueno, de un par de semanas. Quizá tres.

—¡Querida mía! —exclamó Lily con deleite.

—No te apresures a sacar conclusiones. —Con cautela, Roxanne se oprimió el vientre con una mano. Si había allí un bebé, no era precisamente tranquilo. Por otra parte, no podía esperarse que un hijo de Luke fuera dulce y amable, ¿no?

—Ahora existen métodos para averiguar en la propia casa si existe o no un embarazo. Luke saltará de contento.

—Jamás hablamos sobre esa posibilidad —dijo Roxanne y volvió a sentir miedo—. Lily, ni siquiera tocamos el tema hijos. Tal vez él no quiera...

—No seas tonta, por supuesto que quiere. Te ama. Quédate aquí. Te traeré un poco de leche.

—Té —la corrigió Roxanne—. Puedo tomar té... y un par de galletitas de agua.

Un hijo, pensó Roxanne. ¿Por qué no había considerado la posibilidad de estar embarazada? ¿O quizá sí lo había pensado? En realidad, no se sentía demasiado sorprendida. Aunque había tomado puntualmente la píldora, tampoco lo lamentaba.

Un hijo de Luke y suyo. ¿Qué diría él? ¿Qué sentiría?

La única manera de averiguarlo era buscarlo.

Cogió el teléfono y marcó un número.

Cuando Lily volvió un rato después con té y tostadas, Roxanne estaba acostada de espaldas, con la vista fija en el cielo raso.

—Se ha ido, Lily.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Luke. Llamé al aeropuerto. Partió de Tennessee esta mañana a las nueve y media.

—¿A las nueve y media? —dijo Lily y apoyó la bandeja sobre la cómoda—. Son más de las doce, y el vuelo a Nueva Orleans solo dura alrededor de una

hora.

—No se dirigía a Nueva Orleans. Me costó mucho averiguar cuál era su plan de vuelo, pero lo logré.

—¿Qué quieres decir con eso de que no se dirigía a Nueva Orleans? Por supuesto que viene hacia aquí.

—No, a México —susurró Roxanne—. Se ha ido a México.

A la mañana siguiente, Roxanne supo con certeza dos cosas: que estaba embarazada, y que era posible que un hombre desapareciera de la faz de la tierra. Pero lo que desaparecía podía hacerse aparecer de nuevo. No por nada ella era maga de segunda generación.

En el momento de cerrar su bolso de viaje, oyó que alguien llamaba a la puerta. Lo primero que pensó fue que era Luke. Corrió como una exhalación a abrir.

—¿Dónde has...? Oh, eres tú, Mouse.

—Lo siento, Roxy.

—Está bien. Mira, estoy a punto de salir.

—Ya lo sé. Lily me dijo que te vas a México a tratar de encontrar a Luke. Yo voy contigo.

—Muy amable de tu parte, Mouse, pero ya he hecho mis planes.

—Voy contigo. No irás hasta allá sola, en tu... en tu estado —dijo y enrojeció.

—¿Lily ya ha empezado a tejer patucos? —comentó ella. Pero después, suavizó ese sarcasmo palmeándole un brazo—. Mouse, no hay nada de que preocuparse. Sé lo que hago, y no creo que el hecho de llevar en mis entrañas algo del tamaño de una cabeza de alfiler me haga avanzar más despacio.

—Pienso cuidarte. Eso es lo que Luke querría que hiciera.

—Si a Luke le importara tanto, no estaría en México —saltó ella, y enseguida se arrepintió al ver la cara de congoja de Mouse—. Lo siento. Supongo que el embarazo le revuelve a una las hormonas y la vuelve un poco chiflada. Ya reservé pasaje en un vuelo, Mouse.

—Puedes cancelarlo. Yo te llevaré.

Ella empezó a protestar, pero luego se encogió de hombros. Tal vez la compañía de Mouse le haría bien.

Una vez en el aeropuerto de Cancún, estuvieron alrededor de una hora tratando de conseguir información sobre el avión de Luke en la torre de control. Sí, estaba previsto que aterrizara en ese aeropuerto. No, jamás había llegado. Ni siquiera había establecido contacto radial ni pedido permiso para cambiar de ruta.

Sencillamente viró y se dirigió a algún otro lugar por encima del Golfo.

O, como el vendedor de la compañía aérea sugirió en son de broma, hacia el Golfo mismo.

—No cayó, maldito sea —dijo Roxanne mientras volvía furiosa al avión—. Es imposible que se haya estrellado.

—Es un buen piloto —dijo Mouse a sus espaldas, y le acarició el hombro y la cabeza—. Y yo mismo revisé todo el aparato antes de que partiera.

—No se estrelló —volvió a decir ella. Y, después de desplegar uno de los mapas de Mouse, comenzó a estudiar la configuración del terreno del lado mejicano del Golfo—. ¿Adónde podía dirigirse, Mouse? Si decidiera evitar Cancún.

—Mi hipótesis sería mejor si supiera el porqué.

—No sabemos el motivo —dijo ella—. Solo podemos especular... quizá quería cubrir su rastro. No podemos llamar a Sam y preguntarle si los zafiros de su esposa han desaparecido. No ha salido en los diarios ninguna noticia de un robo, pero por lo general evitan publicar esas cosas por un tiempo. Y si tuvo algún problema en Tennessee, tal vez haya decidido, por algún motivo idiota, dirigirse hacia el oeste y dejar que John Carroll Brakeman desaparezca.

—Pero ¿por qué no dio señales de vida?

—No lo sé. Mira esas islas. Algunas tienen que tener pistas de aterrizaje. Oficiales y no tan oficiales. Para el contrabando.

Estuvieron tres días buscando en la península de Yucatán. Difundieron la descripción de Luke por toda la costa, untaron las manos de algunos y siguieron muchas pistas falsas.

Los ataques de náuseas de Roxanne hacían que Mouse se sintiera impotente y deseara que Lily estuviera allí. Sabía perfectamente que, si se diera la oportunidad, Roxanne era muy capaz de internarse sola en la selva, armada, solamente con una cantimplora de agua y su imperiosa necesidad de encontrar a Luke. Hasta que logaran localizarlo, Mouse consideraba que Roxanne era responsabilidad suya. Cuando la veía demasiado pálida o demasiado acalorada, la obligaba a detenerse y descansar.

Esa rutina se fue encarnando de tal manera en ellos, que los dos comenzaron a suponer que continuaría durante el resto de su vida.

Entonces, encontraron el avión.

Roxanne tuvo que pagar mil dólares norteamericanos para mantener una conversación de diez minutos con un mejicano tuerto que dirigía su negocio desde una choza de adobe, en la jungla maya cerca de Mérida.

El hombre se recortaba las uñas con un cortaplumas mientras una mujer de mirada cautelosa freía tortillas.

—Él dijo que quería vender, si yo quería comprar. —Juárez sirvió tequila en un vaso de lata y le ofreció a Roxanne la botella.

—No, gracias. ¿Cuándo compró usted el avión?

—Hace dos días. Le pagué un buen precio. —Prácticamente se lo había robado, y la satisfacción que eso le proporcionaba hizo que Juárez se mostrara expansivo con la bonita señorita—. Él necesita dinero, y o le doy dinero.

—¿Adónde fue?

—Yo no hago preguntas.

Roxanne habría querido maldecir, pero al notar la actitud desconfiaba de la mujer que estaba junto al hornillo, decidió actuar con más tacto.

—Pero si todavía estuviera en esta zona, usted lo sabría —dijo con tono de admiración—. Un hombre como usted, con los contactos que tiene, lo sabría.

—Sí. Se ha ido. Acampó un noche en la jungla, y después... ¡puf! —dijo Juárez y chasqueó los dedos—. Se fue. Se mueve rápido y en silencio. Pero si supiera que una mujer tan hermosa como usted lo busca, seguro que avanzaría más despacio.

—¿Le importaría que yo le echara un vistazo al avión?

—Hágalo. Pero no lo encontrará.

No encontró nada perteneciente a Luke, ni siquiera la ceniza de alguno de sus cigarros. No había señales de que Luke se hubiera sentado alguna vez en esa cabina o sostenido el timón de mando u observado las estrellas por el vidrio.

—Podemos intentar hacia el norte —señaló Mouse cuando Roxanne se sentó en el asiento del piloto y dejó vagar su mirada hacia la nada—. O hacia el interior del país. —Eran solo tanteos, porque a Mouse lo perturbaba la expresión vaga y azorada en la cara de Roxanne.

—No —dijo ella y sacudió la cabeza—. Luke nos dejó su mensaje en este preciso lugar.

Confundido, Mouse paseó la vista por la cabina.

—Pero Roxy, aquí no hay nada.

—Ya lo sé. Ya sé que no hay nada aquí, Mouse. Luke no quiere que lo encontremos. Volvamos a casa.

TERCERA PARTE

Ahora estaba de vuelta. Su acto de desaparición que duró cinco años, había terminado. Y como veterano que era en el arte de las apariciones, Luke le confirió a su regreso un toque de dramatismo y desenvoltura. La única persona que era su público parecía cautivada.

Por un momento.

Luke se apretó contra ella y se concentró en su boca. Todo resultaba tan dolorosamente familiar: el peso de su cuerpo, el sabor de su piel, el martilleo de sus propios latidos cuando esos dedos fuertes subían para cerrarse sobre sus mejillas.

Él era real.

Estaba de vuelta en casa.

Las manos de Roxanne aferraron el pelo de Luke, y después tiraron de él con fuerza suficiente para hacerlo aullar.

—Por Dios, Roxanne...

Pero esa era toda la distracción que a ella le hacía falta. Giró sobre sí misma, le clavó un codo en las costillas y calzó la rodilla entre sus piernas. Él consiguió bloquear esa rodilla amenazadora, pero ella utilizó ese mismo codo para lanzarle un fuerte golpe en el mentón.

Luke vio las estrellas. Casi sin darse cuenta, se encontró tirado de espaldas, con Roxanne montada a horcajadas, y lanzando las uñas en dirección a su rostro.

Él logró aferrarle las muñecas antes de que esos dedos le surcaran la piel. Permanecieron en esa posición, una posición que les traía a ambos recuerdos sensuales bastante incómodos, respiraron hondo y se miraron con odio mutuo.

—Suéltame, Callahan.

—Quiero conservar la cara en el mismo estado en que la tenía cuando entré aquí.

Roxanne trató de liberarse, pero no pudo. Luke seguía siendo fuerte como un toro. Morderlo le habría resultado satisfactorio, pero al mismo tiempo, poco digno. Escogió, en cambio, el desdén.

—Puedes guardarte tu cara. No me interesa.

Aunque Luke la soltó, permaneció en guardia hasta que ella se puso de pie, con la gracia y arrogancia de una diosa que emerge de un estanque.

Entonces se levantó deprisa, con esa rapidez y economía de movimientos que ella recordaba demasiado bien. Sin decir una palabra, Roxanne le dio la espalda y llenó una copa con champán. Esa bebida burbujeante le pareció insípida, pero le dio un momento, un momento que ella necesitaba, para echarle el último cerrojo a su corazón.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó ella al volverse.

—Tenemos mucho que hablar.

—¿Ah, sí? —dijo ella y bebió otro sorbo—. Qué extraño, a mí no se me ocurre nada.

—Entonces hablaré yo. —Luke tomó su copa—. Puedes probar algo nuevo, Roxanne, como por ejemplo, escuchar. —Tiró la mano rápido hacia adelante para aferrarle la muñeca antes de que ella tuviera tiempo de arrojarle el champán a la cara—. ¿Quieres pelear un poco más, Rox? Te advierto que perderás.

Tal vez fuera así, pero ella tenía otras armas. Y las usaría para hacerle pagar todos los años que la había dejado sola.

—No pienso desperdiciar un buen vino en ti. —Cuando él le soltó la mano, ella se llevó la copa a los labios—. Y mi tiempo es todavía más valioso. Tengo un compromiso, Luke. Tendrás que excusarme.

—No tienes nada en tu agenda hasta la conferencia de prensa de mañana —dijo él y levantó su copa en un brindis—. Ya lo verifiqué con Mouse. ¿Por qué no compartimos una cena tardía? Así aclaramos las cosas.

La furia casi la hizo explotar. Roxanne se acercó hacia el tocador y se sentó.

—No, gracias igualmente. —Apartó la copa y comenzó a sacarse el maquillaje con crema—. Preferiría cenar con un murciélago.

—Entonces hablaremos aquí.

—Luke, el tiempo pasa —dijo ella mientras tiraba los trozos de papel tisú. Luke observó que, debajo del maquillaje que se había puesto para el escenario, era todavía más hermosa. Ninguna de las fotografías que pudo conseguir y acumular a lo largo de esos años se acercaba a lo bella que Roxanne era personalmente. Ningún anhelo experimentado durante ese tiempo igualaba al que sentía en ese momento.

» Cuando el tiempo pasa —prosiguió Roxanne—, los hechos aumentan de tamaño o empequeñecen. Se podría decir que lo que tuvimos antes se ha vuelto tan diminuto que es casi invisible. Así que, por favor, no sigamos hablando.

—Sé que te hice daño. —Lo demás que pensaba decirle se le quedó atragantado cuando vio la expresión de Roxanne.

—No tienes idea de lo que me hiciste. —Lo dijo en un murmullo casi inaudible que lo destrozó—. No tienes idea —repitió—. Te amé con todo mi corazón, con todo lo que yo era o podía ser, y tú hiciste trizas ese amor. Me hiciste trizas a mí. No, no me toques —dijo y se tensó cuando Luke extendió la mano para acariciarle el pelo—. No vuelvas a tocarme nunca.

—Tienes todo el derecho del mundo a odiarme. Solo te pido que me dejes explicártelo todo.

—Entonces pides demasiado. ¿Realmente crees que lo que puedes decirme compensaría tu conducta? —Giró en su asiento y se puso de pie. Luke recordó que ella siempre había sido fuerte, y ahora lo era más todavía, y se encontraba a una distancia sideral de él—. ¿Que cualquier explicación que me dieras

solucionaría las cosas para que yo te recibiera con los brazos abiertos?

Roxanne calló al darse cuenta de que le faltaba muy poco para gritar y perder el control de su dignidad.

—Tengo derecho de odiarte —dijo, ya más calmada—. Podría decirte que me destrozaste el corazón y que con gran esfuerzo yo logré unir todas las piezas. Y sería verdad. También puedo ofrecerte una verdad más apropiada. Que mi corazón es ajeno a todo lo que tenga relación contigo. No eres más que humo y espejos, Luke, y ¿quién puede saber mejor que yo cómo son de engañosas esas cosas?

Él esperó a estar seguro de que su voz sonaría tan serena como la de Roxanne.

—¿Quieres que crea que no sientes nada por mí?

—Lo único que me importa es lo que yo creo.

Él se alejó, sorprendido al comprobar que durante tanto tiempo había ansiado estar cerca de ella y ahora necesitaba con desesperación poner distancia. Roxanne tenía razón. El tiempo pasa. Por mucha magia que tuviera, él no podía hacer desaparecer ese paso del tiempo.

—Si lo que dices acerca de tus sentimientos es verdad, entonces no creo que tengas inconveniente en hacer negocios conmigo.

—Yo me ocupo de mis propios negocios.

—Y muy bien, por cierto. —Decidió cambiar de táctica, sacó un cigarro y se sentó—. Como te dije antes, tengo algo que proponerte. Un ofrecimiento de negocios que creo te interesará mucho.

Ella se encogió de hombros y se quitó los pendientes.

—Lo dudo.

—La piedra filosofal —fue todo lo que Luke dijo. Los pendientes cayeron sobre el tocador.

—No oprimas el botón equivocado, Callahan.

—Sé quién la tiene. Sé dónde está, y tengo algunas ideas sobre cómo conseguirla. —Sonrió—. ¿Te interesa?

Ella cogió el cepillo y comenzó a pasárselo lentamente por el pelo.

—Podría ser. ¿Dónde crees que está?

Él no pudo contestarle. No cuando todos los anhelos y los recuerdos parecían inundarlo: Roxanne cepillándose el pelo, sonriendo por encima del hombro. Tan esbelta, tan hermosa.

Los ojos de ambos se encontraron en el espejo. La mano de Roxanne tembló al apartar el cepillo.

—Te pregunté dónde creías que estaba.

—Te dije que lo sé. Está en la caja fuerte de la biblioteca de una casa en Maryland. Una casa que pertenece a un viejo amigo nuestro. —Luke aspiró una bocanada de humo y lo soltó formando una delgada nube azul—. Sam Wyatt.

Roxanne entrecerró los ojos. Luke conocía esa expresión, y supo que la tenía atrapada.

—Me estás diciendo que Sam tiene la piedra filosofal. La piedra que Max busca desde hace años.

—Así es. Parece genuina. Sam, por cierto está convencido de que lo es.

—¿Para qué la querría él?

—Porque Max la necesita —dijo simplemente Luke—. Y porque tiene la certeza de que representa poder. Dudo que vea algo místico en ella. —Se encogió de hombros y cruzó las piernas—. Es más un símbolo de conquista. Max la quería, Sam la tiene. Hace seis meses que la tiene.

A Roxanne le pareció sensato volver a tomar asiento y reflexionar. En realidad, jamás creyó del todo en esa piedra. Hubo momentos en que detestó incluso su leyenda, por apartar cada vez más a su padre de la realidad. Sin embargo, si de veras existía...

—¿Cómo te enteraste de lo de la piedra, y de que Sam la tenía?

Podría habérselo dicho. Había tantas cosas que podría haberle dicho para cerrar esa brecha de cinco años. Pero decir una parte equivaldría a decirlo todo. Y también él tenía su orgullo.

—Cómo lo supe es asunto mío. Lo que quiero saber es si te interesa conseguir esa piedra.

—Si me interesara, nada me impediría conseguirla por mi cuenta.

—Yo te lo impediría. —Luke no se movió, pero ella intuyó el desafío, y la barrera existente entre ambos—. He dedicado mucho tiempo y esfuerzo en rastrear esa piedra, Roxanne. No dejaré que me la birles. Pero... —Hizo girar el cigarro y se puso a estudiar el extremo encendido—. Te ofrezco una especie de sociedad.

—¿Por qué? ¿Por qué me lo ofreces, y por qué debería yo aceptar?

—Por Max —dijo él y la miró—. Al margen de lo que haya o no entre nosotros, yo también lo quiero mucho.

Eso le dolió. Mientras metabolizaba el dolor, se apretó las manos sobre la falda.

—Pues no me parece que le hayas demostrado tu devoción durante los últimos cinco años, ¿no crees?

—Quise darte una explicación —dijo él—. Ahora tendrás que esperar. Puedes trabajar conmigo y tener la piedra, o yo la conseguiré solo.

Ella vaciló. Mentalmente ya barajaba todas las posibilidades. No sería difícil localizar la casa de Sam en Maryland, puesto que era el candidato más popular de las próximas elecciones para senador. El tema seguridad sería algo más difícil precisamente por la misma razón, pero no imposible.

—Tengo que pensarlo.

Pero él la conocía demasiado bien.

—Sí o no, Rox. Ahora. Tardarías meses en obtener la información que yo poseo. Y para ese entonces, yo tendría la piedra.

—Entonces ¿para qué me necesitas?

—Ya llegaremos a eso. Sí o no.

Ella lo miró fijo, miró ese rostro que había conocido tan bien. Hubo una época en que sabía lo que él pensaba, y por supuesto lo que sentía. Pero los años lo habían convertido en un extraño.

Decidió que esa era una ventaja. Si seguía siendo un extraño, ella podría controlar sus sentimientos.

—Sí.

El alivio que experimentó Luke fue como una oleada de aire fresco. Pudo respirar de nuevo. Pero su única reacción exterior fue una leve sonrisa y asentir con la cabeza.

—Espléndido. Hay ciertas condiciones.

—Me lo imaginaba.

—Creo que no serán demasiado gravosas para ti. Este otoño, se llevará a cabo una subasta importante en Washington.

—La colección Clideburg, ya lo sé.

—También debes saber que solamente las joyas están valoradas en más de seis millones de dólares.

—Seis millones ochocientos mil, con una tasación algo conservadora.

—Así es. Quiero robarlas.

Por un momento, ella quedó sin habla.

—Estás loco. —Pero la excitación que apareció en sus ojos la traicionó—. Para eso, entra al Smithsonian y trata de apoderarte del diamante Hope.

—Mala suerte, entonces. —Pero sabía que la tenía en su poder—. Ya he hecho gran parte de la investigación inicial. Aunque todavía quedan algunos detalles que solucionar.

—Imagino que de tamaño atómico.

—Un trabajo es un trabajo —dijo, citando a Max—. Cuanto mayores son las complicaciones, mayor es también la ilusión.

—La subasta es en octubre. Eso no nos deja mucho tiempo.

—Es suficiente. Sobre todo si anuncias en tu conferencia de prensa de mañana que tú y Callahan volveréis a trabajar juntos.

—¿Y por qué demonios habría de hacer eso?

—Porque lo haremos, Roxy, en el escenario y fuera de él. —La cogió de la mano y, sin prestar atención a su resistencia, la hizo ponerse de pie—. Estrictamente en tren de negocios, querida. El mío es un regreso lleno de misterio. A eso, súmale el acto que crearemos juntos, y haremos sensación. Tenemos una pantalla perfecta en octubre: nuestra actuación en la función de gala antes de la subasta.

—¿Ya has firmado el contrato?

A Luke no le importó el sarcasmo, sobre todo cuando jugaba para ganar.

—Eso déjamelos a mí. Todo va junto, Rox: la actuación, la subasta, la piedra. Y cuando haya terminado, los dos tendremos lo que queríamos.

—Sé lo que yo quiero. No estoy tan segura con respecto a lo que quieres tú.

—Pues deberías saberlo —dijo y la miró a los ojos—. Lo has sabido siempre. Te quiero de vuelta a mi lado, Roxanne —dijo y llevó la mano de ella a sus labios—. Y he tenido tiempo más que suficiente para pensar cómo conseguir las cosas que quiero. Si eso te atemoriza, márchate ahora.

—Nada me atemoriza —dijo ella, liberó su mano y levantó la barbilla—. Cuenta conmigo, Callahan. Y cuando el trabajo haya concluido, haré chasquear los dedos y tú desaparecerás de mi vida. Eso es lo que yo quiero.

Él rio y, cogiéndola de los hombros, la atrajo hacia sí con un tirón y le estampó un beso.

—Dios, qué bueno es estar de vuelta. Deslúmbrales en la conferencia de prensa, Roxy, y anúnciales que volveremos a trabajar juntos. Después, iré a tu *suite* y comenzaremos a trabajar en los detalles de la operación.

—No. —Ella apoyó las dos manos sobre el pecho de Luke y lo apartó—. Yo me ocuparé de los medios de prensa y después iré a verte. Asegúrate de tener suficiente material para que yo siga interesada.

—Eso puedo prometértelo. Estoy en el mismo hotel que tú, solo que un piso más abajo.

Roxanne palideció.

—¿Cuánto hace que estás allí?

—Me registré apenas una hora antes de tu espectáculo. —Curioso al ver la reacción de ella, preguntó—. ¿Por qué te molesta eso?

—Significa que tendré que revisar con más cuidado las cerraduras de mi cuarto.

—Ninguna cerradura podría detenerme si decidiera entrar, Rox.

—Luke, ¿ya has visto a Lily? —Cuando vio que él negaba con la cabeza, le dijo—: Si quieres, te la traeré.

—No, hoy no. —En toda su vida había amado solo a dos mujeres. Ver a las dos la misma noche era más de lo que se sentía en condiciones de soportar—. Hablaré con ella mañana.

Y partió, deprisa y sin decir nada más. Roxanne no supo cuánto tiempo permaneció de pie, mirando la puerta que se había cerrado detrás de él. No estaba segura de lo que sentía. Su vida se había trastocado por completo cuando él la dejó. Pero no creía que se hubiera enderezado con su regreso.

Estaba cansada. Muerta de cansancio. El hecho mismo de cambiarse y de ponerse ropa de calle le pareció un esfuerzo sobrehumano. Sus dedos se paralizaron en el cierre de los vaqueros al oír un golpe en la puerta.

Si él había vuelto, ella... Pero no. Luke no se molestaría en llamar.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy yo, querida. —Con los ojos brillantes, Lily asomó la cabeza por la puerta entreabierta. Su alegría se desvaneció un poco al ver que en el cuarto solo estaba Roxanne—. Mouse me dijo... esperaré todo lo que pude. —Entró, y vio el caos de agua y flores en el suelo—. ¡Entonces es cierto que está aquí! Casi no pude creerlo. ¿Dónde se había metido? ¿Lo encontraste bien? ¿Dónde está ahora?

—No sé dónde estuvo. —Roxanne cogió el bolso y se puso a revisar su contenido para tener algo que hacer con las manos—. Parece estar muy bien, y no tengo la menor idea de dónde está en este momento.

—Pero... bueno, quiero creer que no se habrá marchado de nuevo, ¿no?

—No de la forma en que piensas. Se aloja en la ciudad, en nuestro hotel. Es posible que tengamos que hablar de un negocio.

—¿Negocio? —Lily se echó a reír y abrazó a Roxanne—. Creo que es de lo último de lo que hablaríais. Estoy impaciente por verlo. Es un milagro.

—Yo diría que se parece más a las siete plagas de Egipto —murmuró Roxanne.

—Estoy segura de que te debe haber explicado todo.

—Yo no quise escuchar ninguna explicación —dijo Roxanne, se apartó y trató de no fastidiarse por la fácil aceptación de Lily—. No me importa por qué se fue ni dónde estuvo. Ese capítulo de mi vida está definitivamente cerrado.

—Roxy...

—Lo digo en serio, Lily. —Se agachó para recoger las rosas y arrojarlas en la papelera—. Parece que volveremos a trabajar juntos por un tiempo. Pero eso es todo. Ya no hay nada personal entre nosotros. Es así como quiero que sean las cosas.

—Quizá sea lo que dices que quieres. Incluso es posible que en este momento sientas eso. Pero las cosas no son ni pueden ser así. —Lily se arrodilló y apoyó una mano en el hombro de Roxanne—. No le dijiste lo de Nathaniel.

—No. Cuando me dijo que se alojaba en el hotel, al principio tuve miedo de que ya lo supiera. Pero no lo sabe.

—Querida, tienes que decírselo.

—¿Por qué?

—Luke tiene derecho...

—Sus derechos terminaron hace cinco años. Ahora todos los derechos son míos. Nathaniel es mío. Maldición, Lily, no me mires así. —Se puso de pie de un salto para escapar a esa mirada—. ¿Qué le debería haber dicho? Ah, de paso, Callahan, algunos meses después de tu partida, di a luz a tu hijo. Se parece a ti. Es un gran chico. En algún momento te lo presentaré. —Se llevó la mano a la boca para reprimir un sollozo.

—No, Roxy.

—No lloraré —dijo y sacudió la cabeza cuando Lily la rodeó con los brazos—. Jamás lloré por él. Ni una sola vez. Y no empezaré a hacerlo ahora. —Pero dejó que Lily la consolara—. ¿Qué podría decirle a Nate, Lily? Si decido hablarle a Luke sobre Nathaniel, será en el momento y lugar que yo elija. —Aferó a Lily por los hombros—. Quiero que me prometas que no le dirás nada.

—No se lo diré, si tú me prometes hacer lo adecuado.

—Eso intento. ¿Qué tal si nos vamos de aquí? Ha sido un día muy largo.

Horas más tarde, Roxanne estaba de pie junto a la puerta del cuarto donde dormía su hijo. Las sombras comenzaban a desvanecerse, a palidecer y a convertirse en un gris perlado hacia el amanecer. Escuchó la respiración de Nathaniel. Su hijo, su milagro, su magia más potente. Pensó en el hombre que dormía en una habitación, un piso más bajo, el hombre que había contribuido a crear esa vida.

Recordó lo asustada que estaba cuando se sentó frente a su padre y a Lily y les anunció que estaba embarazada. La fuerza con que Max la había abrazado. Lo mucho que todos la apoyaron, incluyendo a Mouse y LeClerc. Los patucos que Lily le tejió y la sorpresa que Mouse le dio al empapelar el cuarto para el pequeño, y la leche que LeClerc le había obligado a tomar.

El día en que por primera vez sintió al bebé moverse dentro de ella. Estuvo a punto de llorar, pero logró detener las lágrimas. Ropa de maternidad, tobillos hinchados. Esa primera patada de su hijo que la despertó de un sueño profundo. Y siempre esa diminuta semilla de esperanza plantada en lo más hondo de su ser, de que Luke regresaría antes del nacimiento de su hijo.

Pero no volvió. Ella tuvo dieciocho horas sudorosas de trabajo de parto, por momentos aterrada y por momentos maravillada. Había visto a su hijo luchar por abandonar su matriz, le había escuchado su primer llanto indignado.

Cada día y todos los días ella lo había mirado y amado descubrir en su rostro la imagen de Luke.

Había observado cómo crecía su hijo, y cómo su propio padre era devorado por una enfermedad contra la que nadie podía luchar. Sintió la soledad. No importa cuánto cariño recibía de su familia, nadie la esperaba cuando volvía a su casa. No encontraba brazos en los cuales refugiarse cuando lloraba porque su padre ya no la reconocía.

Ya no había nadie para protegerla y velar a su hijo cuando amanecía.

Lily se esponjó el pelo, verificó el estado de su maquillaje en el espejo de la polvera y ensayó una sonrisa luminosa y cordial. Echó hacia atrás los hombros y entró todo lo posible la barriga que, aunque detestaba reconocerlo, comenzaba a convertirse en un pequeño problema. Solo entonces quedó suficientemente satisfecha con su aspecto como para llamar a la puerta de la *suite* de Luke.

Se dijo que no era una deslealtad para con Roxanne: lo que haría sería solo saludarlo y, ya que estaba, tal vez le diría lo que pensaba de su conducta. Pero de ninguna manera lo suyo era una deslealtad, aunque su corazón casi estallaba de alegría por ver de nuevo a su muchacho.

Además, había esperado a que Roxanne bajara para su conferencia de prensa.

Cuando oyó que abrían la puerta, ya se había comido la mayor parte del lápiz de labios. Contuvo el aliento, ensanchó su sonrisa y se quedó mirando con sorpresa a ese hombre pequeño y de pelo oscuro que apareció del otro lado. Él también la miró, pero a través de unas gafas de montura plateada y cristales de varios centímetros de espesor. Lily pensó que, por cambiado que estuviera Luke, no era posible que su estatura hubiera disminuido quince centímetros.

—Lo siento. Debo de haberme equivocado de cuarto.

—¡Lily Bates! —De pronto Lily descubrió que esa persona le estrujaba la mano con entusiasmo—. La reconocería en cualquier parte. Es usted mucho más bonita que sobre el escenario.

—Gracias —dijo ella—, pero me temo que he confundido el número de habitación.

Pero él no le soltó la mano y empleó la otra para subirse las gafas que comenzaban a deslizarse por su prominente nariz aguileña.

—Soy Jake. Jake Finestein.

—Encantada de conocerlo —dijo ella, trató de liberar su mano y miró por encima del hombro con la esperanza de que alguien acudiera en su ayuda si se ponía a gritar—. Lamento haberlo molestado, señor Finestein.

—Por favor, llámeme Jake. El espectáculo de anoche fue maravilloso —dijo él con una enorme sonrisa.

—Muchísimas gracias. Perdóneme, pero tengo algo de prisa.

—Pero seguro que tiene tiempo para una taza de café —dijo él.

—De veras, no puedo...

—Jake, deja de hablar solo. Me saca de las casillas. —Con el pelo chorreando agua de la ducha, Luke salió del dormitorio abotonándose la camisa. Se frenó en seco, y la expresión de enojo de su cara se trocó en sorpresa.

—¿Para qué hablar solo cuando se tiene a una mujer hermosa delante? Le decía a Lily que pasara y tomara un café con nosotros.

—Yo... Creo que un café me vendría bien —logró decir Lily.

—Espléndido. Le serviré una taza. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Sí, gracias. —Le daba lo mismo que Jake le sirviera aceite para motores; solo tenía ojos para Luke—. Estás estupendo. —Tuvo que carraspear para disimular el llanto que le oprimía la garganta—. Siento interrumpir tu desayuno.

—No pasa nada. Qué alegría verte. —Fue una respuesta tan odiosamente cortés. Lo único que Luke quería era quedarse allí de pie y mirarla y comérsela con los ojos: esa cara bonita y ridículamente juvenil, esos pendientes absurdos que colgaban de sus orejas, el perfume de Chanel que ya inundaba la habitación.

—Siéntese, siéntese —dijo Jake mientras hacía gestos ampulosos en dirección a la mesa.

Luke lo miró.

—Desaparece, Jake.

—Ya me voy, ya me voy. Buscaré mi cámara y saldré a hacer fotografías como si fuera un turista cualquiera. Señora Lily... —Volvió a coger la mano y a oprimírsela—. Un placer, un verdadero placer.

—Gracias.

Jake lanzó a Luke una última mirada intencionada, se dirigió al segundo dormitorio y cerró la puerta detrás de él.

—Es un hombre muy agradable.

—Es una lata, pero me he acostumbrado a él. —Nervioso como un chico en su primera cita, se metió la mano en los bolsillos—. Siéntate.

—No quiero robarte demasiado tiempo.

—Lily, por favor.

—Tal vez solo un poco de café. —Se obligó a sentarse y a mantener la sonrisa. Pero la taza se sacudió en el platillo cuando ella la levantó—. No sé qué decirte. Supongo que quería saber si estabas bien.

—Estoy bien. —Él también se sentó, pero comprobó que había perdido el apetito. Se limitó a una taza de café negro—. ¿Y tú? Roxanne... bueno, no estaba anoche de humor para hablarme de nadie.

—Estoy más vieja —dijo Lily, en un débil intento de mantener la conversación en un tono alegre.

—No lo parecen —dijo él y la miró, mientras intentaba luchar contra las emociones que amenazaban con inundarlo—. No lo parecen en absoluto.

—Siempre supiste qué decirle a una mujer. Debe de ser la sangre irlandesa que tienes. —Respiró hondo y prosiguió—. LeClerc está bien, aunque un poco más chiflado que de costumbre. Mouse se casó. ¿Lo sabías?

—¿Mouse? ¿Casado? —exclamó Luke y soltó una carcajada—. ¿Cómo fue eso?

—Alice vino a... a trabajar con nosotros —dijo Lily con cautela. No podía decir que Roxanne la había contratado para que cuidara de Nathaniel—. Es una

muchacha inteligente y dulce, y quedó encandilada con Mouse. Tardó dos años en conquistarlo. No sé cuántas horas se pasó ayudándolo a reparar motores.

—Tengo que conocerla. —Se hizo un silencio incómodo—. ¿Qué puedes decirme de Max?

—Que no mejorará —respondió ella y volvió a levantar su taza de café—. Su mente se ha ido a un lugar donde ninguno de nosotros puede llegar. No quisimos... no pudimos internarlo en una institución para enfermos mentales, así que lo estamos cuidando en casa. No puede hacer nada por sí mismo. Eso es lo peor, verlo tan impotente. Es muy duro para Roxanne.

—¿Y qué me dices de ti?

Lily apretó los labios. Cuando habló, su voz sonó firme y pareja.

—Max se ha ido. Cuando lo miro a los ojos, no lo encuentro. Oh, sí, sígo sentándome junto a su cuerpo, lo alimento y lo limpio, pero todo lo que él fue ya ha muerto. Y su cuerpo aguarda el momento de reunirse con su espíritu. De modo que para mí es un poco menos duro. Yo ya he hecho mi duelo.

—Tengo que verlo, Lily —dijo él y sintió la imperiosa necesidad de tocarla, pero no lo hizo—. Sé que es probable que Roxanne se oponga, pero necesito verlo.

—Preguntó muchísimas veces por ti. —No pudo evitar que en sus palabras hubiera una mezcla de reproche y de pena—. Max olvidaba que no estabas aquí, y preguntaba por ti.

—Lo siento —dijo él y le pareció una respuesta lamentable.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Luke? ¿Cómo pudiste irte sin decir una sola palabra y destrozar tantos corazones? —Al ver que él se limitaba a sacudir la cabeza, apartó la vista—. Ahora la que lo lamenta soy yo —dijo, muy dura—. No tengo derecho a interrogarte. Siempre tuviste libertad de ir y venir a tu antojo.

—Un golpe directo al corazón —murmuró él—. Mucho más preciso que todo lo que Rox me dijo anoche.

—Ella te amó siempre, desde que era pequeña. Confió en ti, igual que todos nosotros. Pensamos que te había ocurrido algo espantoso. Estábamos seguros de que era así hasta que Roxanne volvió de México.

—Un momento —dijo él, le tomó la mano y se la apretó fuertemente—. ¿Ella fue a México?

—Te siguió el rastro hasta allá. Mouse la acompañó. No tienes idea del estado en que se encontraba. —Lily logró liberar su mano y se puso de pie—. Fue a buscarte, temerosa de que estuvieras muerto o enfermo o solo Dios sabe qué. Hasta que encontró tu avión y el hombre al que se lo vendiste. Entonces supo que no querías que ella te encontrara. Maldito seas, Luke, creí que Roxanne no lograría sobreponerse nunca. Dime que tuviste amnesia. Dime que recibiste un golpe en la cabeza y que te olvidaste de nosotros y de todo. ¿Puedes decirme eso?

—No.

Lily lloraba ahora, y enormes lágrimas silenciosas le rodaban por las mejillas.

—No puedo decirte eso, y no puedo pedirte que me perdones. Lo único que sí puedo decirte es que hice lo que era mejor para todos. No tuve otra opción.

—¿No tuviste otra opción? ¿No pudiste comunicarnos que estabas vivo?

—No. —Tomó una servilleta y se puso de pie para secarle las lágrimas—. Pensé en vosotros todos los días. Durante el primer año, me despertaba por la noche pensando que estaba en casa, y entonces la realidad me golpeaba. Y buscaba una botella para sustituir a Roxanne. Deseaba estar muerto. Ojalá hubiera podido dejar de necesitar a mi familia. Tuve que esperar doce años para encontrar a mi madre, y no quiero pasar el resto de mi vida sin ella. Dime qué tengo que hacer para convencerte de que me des otra oportunidad.

Lily hizo lo único que podía hacer: abrió los brazos y lo envolvió, y lo mecía y lo acarició cuando él enterró la cara en su pelo.

—Ahora ya estás de vuelta en casa —murmuró—. Eso es lo único que importa.

—Te he echado de menos. Dios santo, cómo te he añorado.

—Ya lo sé. —Lily se sentó y dejó que él apoyara la cabeza sobre su falda—. No quise gritarte, querido.

—Pensé que no querías verme. No te merezco.

—No digas tonterías —dijo ella y lo abrazó fuerte—. Me lo contarás en algún momento, ¿verdad que sí?

—Cuando quieras.

—Más adelante. Ahora quiero mirarte bien. —Lo apartó un poco y lo observó—. Te encuentro bien. —Le pasó los dedos por la cara—. Tal vez un poco más flaco, un poco más recio. —Con un suspiro, lo besó en la mejilla y después trató de quitarle la marca del lápiz de labios con el pulgar—. De chico eras precioso, el chico más guapo del mundo. —Al verlo hacer una mueca, ella se echó a reír—. ¿Todavía haces magia?

—Eso me mantuvo vivo. —Le tomó ambas manos y se las llevó a los labios. Lo inundó una mezcla de vergüenza y gratitud. Había intentado prepararse para su enojo, para el frío de su resentimiento, incluso para su desinterés. Pero no tenía defensas para la constancia de su afecto—. Te veías hermosa anoche. Verte a ti y a Roxanne sobre el escenario me dio la sensación de que todos estos años no hubieran existido.

—Pero existieron.

—Así es. —Luke se puso de pie, pero sin soltarle la mano—. Y no tengo un sortilegio para hacerlos desaparecer. Pero hay cosas que puedo hacer para tratar de reparar lo ocurrido.

—Todavía la amas.

Cuando él se encogió de hombros, ella sonrió, se puso de pie y le rodeó la

cara con las manos.

—Todavía la amas —repitió—. Pero tendrás que tener algo más que una serie de trucos para volver a ganar su corazón. No es una sensiblonita como yo.

—En el parque había un perro grande. Dorado. Que hizo pis en todos los árboles.

Roxanne abrazó a su hijo sobre su falda, y rio mientras él le contaba sus aventuras de la mañana.

—¿Puedo tener un perro? Yo le enseñaré a sentarse y a dar la pata y a hacerse el muerto.

—¿Y a hacer pis en los árboles?

—Sí —contestó él con una gran sonrisa, se volvió y la abrazó.

Vaya si sabe cómo seducir, pensó Roxanne.

De pronto ella lo apretó contra su cuerpo y tuvo que cerrar fuerte los ojos para frenar las lágrimas. No sabía bien por qué tenía ganas de llorar, y tampoco quería averiguar el motivo. Lo único importante era que tenía a su hijo entre sus brazos.

—Será mejor que vayas a lavarte las manos. Yo tengo que salir.

—Dijiste que iríamos al zoológico.

—Y lo haremos. —Lo besó, y lo puso en el suelo—. Estaré de vuelta dentro de una hora, y después iremos a ver cuántos monos se parecen a ti.

Él se alejó corriendo. Roxanne se agachó para recoger los coches en miniatura, los hombrécitos de plástico y los libros de dibujo que estaban diseminados por la alfombra.

—¿Alice? Yo me voy. Volveré dentro de una hora.

—Tómate tu tiempo —canturreó Alice, haciendo reír a Roxanne.

La dulce, fiel e inmovible Alice, pensó. Dios sabía que jamás podría haber seguido trabajando sin la ayuda permanente de Alice.

Y pensar que había estado a punto de descartarla por su aspecto frágil y su vocecita. Pero después de entrevistar a una legión de posibles niñas, fue la misma Alice la que convenció a Roxanne de que Nathaniel estaría a salvo y feliz a su cuidado.

Tenía algo en los ojos, pensó ahora Roxanne mientras se dirigía al vestíbulo. Ese gris pálido y casi traslúcido, y esa silenciosa bondad. El sentido práctico de Roxanne casi la había hecho inclinarse por postulantes más experimentadas, pero Nate le sonrió a Alice desde su cuna, y eso fue definitivo.

Así Alice formó parte de la familia. Esa sonrisa única de un bebé de seis meses había agregado un eslabón más a la cadena de los Nouvelle.

Roxanne optó por la escalera y bajó un tramo para hacer frente a otro eslabón. El eslabón perdido, pensó con maldad al golpear la puerta de la *suite* de Luke.

—Puntual como siempre —comentó Luke al abrir la puerta.

—Solo tengo una hora, así que no perdamos tiempo.

—¿Una cita de amor?

Ella pensó en su hijo y sonrió.

—Sí, y no quiero hacerlo esperar. —Elegió una silla, se sentó y cruzó las piernas—. Oigamos tus planes, Callahan.

—Como tú digas, Nouvelle. —Vio una mueca en los labios de Roxanne, que enseguida ella transformó en sonrisa—. ¿Quieres un poco de vino antes del almuerzo?

—Nada de vino y nada de almuerzo —dijo ella—. Te escucho.

—Primero dime cómo enfocaste la conferencia de prensa.

—¿En lo que a ti concierne? —Roxanne arqueó una ceja y se echó hacia atrás—. Les dije que haríamos una presentación juntos y que estuviste viajando por el mundo para aprender los secretos de los mayas, los misterios de los aztecas y la magia de los druidas. —Sonrió—. Espero que estés a la altura de mis palabras.

—Por supuesto. —Tomó un par de esposas de acero de la mesita de café y se puso a jugar con ellas—. No exageraste. Aprendí una serie de cosas.

—¿Como por ejemplo? —preguntó ella cuando él le pasó las esposas para que las revisara.

—Cómo atravesar paredes, hacer desaparecer a un elefante, trepar por una columna de humo. En Bangkok escapé de un baúl tachonado con clavos. Y me llevé un rubí grande como tu pulgar. En El Cairo fue una caja de vidrio sumergida en el Nilo... y esmeraldas casi tan verdes como tus ojos.

—Fascinante —dijo ella y bostezó mientras le devolvía las esposas. No había encontrado en ellas ningún truco.

—Pasé casi un año en Irlanda, en castillos embrujados y tabernas llenas de humo. Allí encontré algo que jamás hallé en ninguna otra parte.

—¿Qué?

—Podría decir que mi alma. —La miró mientras cerraba las esposas en sus propias muñecas—. Me impresionó profundamente Irlanda, las colinas, las ciudades, hasta el aire. El único otro lugar que me provocó un efecto parecido fue Nueva Orleans. —Tiró de sus dos muñecas hasta que las esposas se cerraron con un ruido metálico—. Pero eso puede haber sido porque tú estabas allí. Te imaginé allá en Irlanda, fabulé que te hacía el amor en uno de esos campos verdes.

Ella no podía apartar sus ojos de los suyos, ni de la imagen que con tanta habilidad había conjurado. Su magia era tal que ella casi los veía a los dos tumbados sobre la hierba, rodeados por la niebla. Prácticamente podía sentir sus manos que le caldeaban la piel y la encendían toda.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos y apartó la vista.

—Un truco muy hábil, Callahan. Pruébalo con alguien que no te conozca tanto como yo.

—Eres una mujer dura, Roxy. —Levantó las esposas de un extremo y las dejó caer sobre la falda de Roxanne. Sintió cierta satisfacción cuando la vio sonreír.

—Ya veo que en eso tampoco has perdido tu toque. Pero hay algo que no entiendo. Si has estado ejerciendo tu profesión con tanto éxito durante estos años, ¿por qué no he oído nada de ti?

—Bueno, creo que sí. —Se puso de pie para responder a la llamada de la puerta y le dijo con aire distraído—: Supongo que oíste hablar del Fantasma...

—El... —Roxanne se mordió la lengua cuando el camarero de servicio entró empujando un carrito. Esperó a que colocara todo lo necesario para el almuerzo en la mesa y Luke firmara la cuenta. Por supuesto que había oído hablar del Fantasma, ese mago extraño y enemigo de la publicidad que aparecía en todos los rincones del mundo y desaparecía con la misma facilidad.

—Encargué la comida para ti —dijo Luke mientras se sentaba frente a la mesa—. Creo recordar tus gustos.

—Ya te dije que no tengo tiempo para almorzar. —Pero la curiosidad la hizo acercarse. Alas de pollo a la parrilla. El corazón le latió rápido. Se preguntó cómo lo habría logrado pues no figuraba en el menú del hotel—. Ya no me gustan —dijo ella y se habría dado media vuelta, pero él le aferró una mano.

—Seamos civilizados, Rox. —Hizo aparecer una rosa en el aire y se la ofreció.

Ella la tomó, pero no quiso dejarse seducir.

—Hasta aquí llegamos.

—Si no quieres comer conmigo, consideraré que es porque el menú te recuerda nuestra pareja. Pensaré también que sigues enamorada de mí.

Roxanne se apartó y arrojó la rosa sobre la mesa. Sin molestarse en sentarse, tomó una pieza de pollo y le pegó un mordisco.

—¿Satisfecho?

—Eso no fue nunca un problema para nosotros. —Sonriendo, le entregó una servilleta—. Si te sientas te ensuciarás menos. —Levantó las dos manos—. Tranquilízate. No tengo nada en la manga.

—Así que eras el Fantasma. Confieso que no estaba segura de que realmente existiera.

—Eso fue lo mejor. Usaba una máscara. Pero supongo que no te interesa que cuente por dónde anduve ni qué hice.

—Volvamos entonces al presente. ¿Cuáles son los planes?

—Haremos las tres cosas en una sola noche: la actuación, la subasta y el golpe.

Ella levantó las cejas.

—Algo ambicioso, ¿no?

—La actuación es la pantalla para la subasta —dijo él, le mostró la palma de la mano vacía, giró la mano e hizo bailar un rublo por sus dedos—. Y la subasta es la cortina de humo para el trabajo en lo de Wyatt. —El rublo desapareció. Después de chasquear los dedos, dejó caer tres monedas en la copa de Roxanne.

—Un viejo truco, Callahan. —Dispuesta a entrar en juego, se puso las monedas en una mano—. Tan poco original como tus palabras. —Con un floreio, giró la palma y mostró que las monedas se habían convertido en pequeñas bolas de plata—. Eso no me impresiona.

—¿Qué te parece esto? Después de nuestra actuación, te unes a las autoridades para la subasta. Eres una invitada importante, y estás impaciente por hacer ofertas por algunos lotes.

—¿Y tú dónde estás mientras tanto?

—Ocupándome de algunos detalles en el teatro, pero después me reuniré contigo. Tú haces ofertas contra cierto caballero por un anillo de esmeraldas, pero él consigue superarte.

—¿Y qué pasará si otros asistentes tienen interés también en ese anillo?

—Cualquiera que sea la oferta, él la superará. Es francés, rico y romántico, y quiere ese anillo para su novia. *Mais alors*, cuando examina el anillo, como lo haría cualquier francés con sentido práctico, descubre que es una imitación.

—¿El anillo es falso?

—El anillo y varias de las otras alhajas. —Entrelazó las manos y apoyó el mentón sobre ellas. En sus ojos apareció ese viejo brillo de picardía que casi hizo sonreír a Roxanne—. Porque, querida mía, nosotros habremos hecho el cambio antes del amanecer. Y mientras Washington y su eficiente fuerza policial se concentran en ese audaz robo de varios millones de dólares en joyas, nosotros iremos a Maryland y le sustraeremos al aspirante a senador la piedra filosofal.

Había algo más, algo muy importante por cierto, pero él se lo iría diciendo con el mismo cuidado con que había preparado la escena que se estaba desarrollando esa noche allí.

—Interesante —dijo ella entre bostezos, aunque realmente se sintiera fascinada—. Hay solo un pequeño detalle que no alcanzo a entender.

—¿Cuál?

—¿Cómo demonios haremos para meternos en una galería de arte bien vigilada?

—De la misma manera que conseguimos introducirnos en una casa de los suburbios, Roxy. Con habilidad y pericia. Creo que también nos ayudará el hecho de que yo tengo lo que podríamos llamar un arma secreta.

—¿Un arma secreta?

—Ultrascreta. —Le tomó una mano antes de que ella pudiera impedirle y se la llevó a los labios—. ¿Recuerdas el día que hicimos un *picnic*? ¿Que nos

recostamos sobre la alfombra y nos pusimos a escuchar el ruido de la lluvia? Creo que empecé a mordisquearte los dedos de los pies y seguí avanzando hacia arriba.

—No, no lo recuerdo —dijo ella, con el pulso aceleradísimo—. He estado en tantos *picnics*.

—Entonces te refrescaré la memoria. Compartimos esta misma comida. —Se puso de pie y la levantó con suavidad—. Por las ventanas corría la lluvia, había poca luz. Cuando te toqué temblaste, igual que tiembles en este momento.

—No es verdad. —Pero lo era.

—Y te besé. Aquí. —Le rozó la sien con los labios—. Y aquí. —En la mandíbula—. Y después... —Se interrumpió y lanzó una imprecación cuando oyó que una llave giraba en la cerradura.

—¡Qué ciudad! —dijo Jake al entrar, cargado con una serie de bolsas de compras—. Podría pasarme aquí una semana.

—Inténtalo en otro momento —murmuró Luke.

—Caramba, parece que interrumpo. —Con una sonrisa, apoyó las bolsas en el suelo y cruzó la habitación para tomar la mano de Roxanne—. Tenía muchísimas ganas de conocerla. Anoche hubiera ido a saludarla al camerino, pero creo que eso me habría costado la vida. Soy Jake Finestein, el socio de Luke.

—¿Socio?

—Roxanne, él es nuestra arma secreta. —Fastidiado, Luke se sentó y se sirvió más vino.

—Ajá —dijo ella, pero sin tener idea de lo que pasaba—. ¿Y cuál es exactamente su secreto, señor Finestein?

—Jake. —Dio un rodeo y se sirvió una de las alas de pollo—. ¿Luke todavía no se lo ha contado? Podría decirse que soy algo así como un *wunderkind*.

—*Un idiot savant* —lo corrigió Luke e hizo que Jake se riera con ganas.

—Está enojado, eso es todo. Creyó que usted caería en sus brazos. El tipo es bastante buen ladrón, pero no sabe nada de mujeres.

—Creo que tu amigo me cae simpático, Callahan —dijo Roxanne con una auténtica sonrisa en los labios.

—Yo no diría que es mi amigo, sino más bien una espina en mi costado, piedritas en un zapato.

—Una mosca en su sopa —dijo Jake, guiñó un ojo y se calzó mejor las gafas—. Supongo que no le mencionó cómo le salvé la vida en Niza.

—No, no lo hizo.

—Casi me mataste —señaló Luke.

—Ya sabe cómo se distorsionan las cosas con el paso de los años —dijo Jake y se sirvió vino—. Bueno, lo cierto es que, después de conocerlo, me entero de que Luke es un mago, y él de que yo soy a los ordenadores lo que Joe diMaggio es al béisbol. No hay sistema que se me resista. Es un don. Solo Dios sabe de

dónde me vino. Mi padre tenía una panadería *kosher* en el Bronx y tuvo problemas con una registradora. A mí, denme un teclado y estoy en el séptimo cielo. De modo que una cosa llevó a la otra, y nos asociamos.

—Jake estaba en Europa, huyendo de un pequeño problema de falsificación.

—Un leve error de cálculo —dijo Jake, pero las mejillas se le encendieron—. Los ordenadores son mi pasión, señorita Roxanne, pero la falsificación es mi arte. Por desgracia, me quise dar demasiada prisa y tuve que huir.

—Pasa en las mejores familias —le aseguró Roxanne y se ganó su gratitud eterna.

—Una mujer comprensiva es un bien más precioso que los rubies.

—Pues conmigo no lo ha sido tanto.

—Pero lo que sucede, Callahan, es que Jake *me cae bien*. Doy por sentado que su habilidad con los ordenadores nos permitirá entrar a pesar de los sistemas de seguridad.

—Todavía no se ha inventado un sistema de seguridad que pueda detenerme. Los haré entrar, señorita Roxanne, y después salir. En cuanto al resto...

—Demos un paso por vez —lo interrumpió Luke—. Tenemos mucho trabajo por delante, Rox. ¿Te sientes capaz de hacerlo?

—Por supuesto que sí, Callahan. —Miró a Jake con una sonrisa—. ¿Ha estado alguna vez en Nueva Orleans?

—Es un deseo que estoy impaciente por alcanzar.

—Nosotros volamos hacia allá mañana. Me gustaría que fuera a cenar a casa cuando lo considere conveniente. —Miró por un instante a Luke—. Supongo que puede traer a su socio.

—Prometo mantenerlo bajo control.

—Estoy segura. —Tomó la copa de Luke y la chocó contra la de Jake—. Creo que esto es el comienzo de una relación hermosa. —Bebió un sorbo antes de apartar la copa—. Tendrán que excusarme. Tengo un compromiso. Esperaré a tener noticias de ustedes.

Jake se llevó una mano al corazón cuando Roxanne cerró la puerta después de marcharse.

—¡Qué mujer!

—Acércatele un milímetro y en el futuro te alimentarás por una pajita.

—Creo que le he gustado.

—Controla tus glándulas, Finestein y ve a buscar tus herramientas. Veamos cómo puedes aproximarte a la firma de Wyatt.

—Ni su banquero podrá notar la diferencia, Luke. Confía en mí.

Era, quizá, el papel más difícil que tuvo que representar en su vida. Por cierto, el más importante. Dando un rodeo en el trayecto entre Washington D. C. y Nueva Orleans, Luke llegó a la propiedad de Wyatt en Tennessee con un sombrero en la mano y venganza en el corazón.

Sabía que debía humillarse, suplicar, mostrarse atemorizado. Tal vez fuera una afrenta a su amor propio, pero la seguridad de los Nouvelle era más importante que su orgullo. De modo que usaría una máscara: no en el sentido literal como la que llevara durante los últimos cinco años, sino una que lograra persuadir a Sam Wyatt de aceptar el regreso de Luke. Por lo menos en forma transitoria.

Solo necesitaba algunos meses, después tendría todo lo que deseaba. O no tendría nada.

Llamó a la puerta y esperó. Cuando la sirvienta de uniforme abrió, Luke bajó la cabeza y tragó fuerte.

—Yo, bueno, el señor Wyatt me espera. Soy Callahan. Luke Callahan.

Ella asintió y lo condujo por el vestíbulo que él recordaba, a la oficina en la que él había presenciado un asesinato y padecido, de alguna manera también, su propia muerte.

Como cinco años antes, Sam se encontraba sentado detrás de su escritorio. Esta vez, además de los muebles elegantes, había un enorme póster de la campaña política apoyado sobre un atril. En grandes letras con borde rojo y azul, decía:

SAM WYATT PARA TENNESSEE SAM WYATT PARA ESTADOS UNIDOS

Sam no había cambiado mucho. Solo algunas hebras grises en las sienes y leves arrugas junto a los ojos cuando sonreía. Y Sam lo hacía y mucho. Como una araña, pensó Luke, al observar que una mosca luchaba con desesperación por escapar de su tela.

—Vaya, vaya, el regreso del hijo pródigo. Puede retirarse —le dijo a la sirvienta. Después se echó hacia atrás, sin dejar de sonreír, cuando la puerta se cerró—. Callahan... se te ve muy bien.

—Y tú pareces haber alcanzado el éxito.

—Así es. Debo confesar que tu llamada de ayer me sorprendió muchísimo. No creí que te animaras a hacerlo.

Luke enderezó los hombros en lo que sabía daría la impresión de un intenso lastimoso de jactancia.

—Tengo una proposición para ti.

—Soy todo oídos. —Riendo, Sam se puso de pie—. Supongo que debería ofrecerte una copa. —Fue hacia donde estaba la garrafa con coñac—. Por los viejos tiempos.

Luke miró la copa que le ofrecía.

—Realmente no creo que...

—¿Qué te pasa, Callahan? ¿Ya no te gusta el coñac? No te preocupes. —Sam hizo un brindis y después bebió un buen trago—. Esta vez no hace falta que le ponga algo a tu bebida para obligarte a hacer lo que yo quiero. Siéntate. —Era una orden, como la que el amo le imparte a su perro. Mientras la sangre le ardía en las venas, Luke obedeció—. Ahora bien... ¿Qué te hizo pensar que yo te permitiría volver?

—Pensé... —Luke bebió un trago como para reunir coraje—. Esperaba que hubiera pasado suficiente tiempo.

—Nada de eso. Entre tú y yo nunca puede haber suficiente tiempo. Quizá no me expresé con claridad... ¿cuándo fue? Hace cinco años. Aquí mismo, en este cuarto, ¿recuerdas? ¿No es interesante?

Se dirigió al punto exacto en que Cobb había caído y se había desangrado. La alfombra era nueva. Una antigüedad italiana comprada con dinero de su esposa.

—Supongo que no habrás olvidado lo que ocurrió aquí.

—No. —Luke apretó los labios y desvió la mirada—. No, no lo he olvidado.

—Creo haberte dicho exactamente lo que pensaba hacer si regresabas. Lo que te pasaría a ti y lo que les pasaría a los Nouvelle. También es posible que, después de una separación tan prolongada, los Nouvelle ya no te fascinen. Que no te importe si yo envío a la cárcel al viejo o, mejor, a toda la familia. Incluyendo a la mujer que alguna vez amaste.

—No quiero que les pase nada. No es necesario que te vengues en ellos. —Como para serenar su voz temblorosa, Luke bebió otro trago. Un coñac excelente, pensó. Una pena que no pudiera darse el lujo de disfrutarlo—. Solo quiero que me des la oportunidad de volver a casa... solo por un tiempo. —Y agregó—: Sam, Max está muy enfermo. Es posible que no dure mucho. Solo te pido que me dejes pasar cerca de un mes con él.

—Qué conmovedor —dijo Sam y volvió a instalarse detrás de su escritorio. Abrió un cajón y sacó un cigarrillo. En el clima político de ese momento, fumar era un punto en contra, por eso solo se permitía cinco por día, y siempre en privado. Quizá estuviera ganando en los sondeos de opinión, pero no quería arriesgar su imagen—. De modo que quieres estar un tiempo junto al viejo, mientras él se muere. —Encendió el cigarrillo y aspiró una bocanada de humo—. ¿Por qué habría de importarme eso a mí?

—Ya lo sé... no esperaba que te importara. Pero como sería por un lapso tan corto. Un par de meses. —Luke levantó la vista, y su expresión fue de súplica—. No veo por qué eso podría ser importante para ti.

—Te equivocas. Todo lo que se refiere a ti y a los Nouvelle es importante para mí. ¿Sabes por qué? —preguntó con una gran sonrisa—. Porque ni tú ni ninguno de vosotros supo reconocer lo que yo era, mis posibilidades. Me aceptasteis por lástima y me arrojasteis a la calle con asco. Estabais convencidos de ser mejores que yo. Erais ladrones comunes y corrientes, pero os considerasteis superiores a mí.

El viejo rencor se avivó y casi lo ahogó. Fue el odio lo que le permitió seguir hablando.

—Pero no lo erais —prosiguió—. Tú te quedaste sin hogar e incluso sin patria, y los Nouvelle tienen que cargar con un viejo que ni siquiera recuerda cómo se llama. Pero yo estoy aquí, Callahan. Soy rico y admirado, he triunfado y estoy camino a la cima.

Luke tuvo que recordarse el plan que estaba siguiendo, los resultados a largo plazo, la satisfacción de dar un golpe inteligente. De lo contrario se habría levantado de un salto y apretado las manos alrededor del cuello de Sam. Porque parte de lo que Sam acababa de decir era cierto: él ya no tenía hogar, y Max había perdido su identidad.

—Tú tienes todo lo que quieres —dijo Luke y mantuvo los hombros caídos—. Yo solo te pido algunas semanas.

—¿Crees que al viejo solo le falta tan poco? —Sam suspiró y bebió lo que quedaba en su copa—. Una pena. En realidad espero que todavía viva un tiempo, la mayor cantidad de tiempo posible, en estado vegetativo, destrozándole el corazón a su familia.

De pronto sonrió, la sonrisa estudiada de un político capaz de seducir a los votantes.

—Lo sé todo con respecto a la enfermedad de Alzheimer. Más de lo que imaginas. Inspirado por el mal que aqueja a Max, parte de mi campaña política se ha centrado en escuchar a las familias que tienen que cuidar y alimentar a seres amados cuya mente es como un nabo. ¡Ah! —Se echó a reír al ver el brillo que apareció en los ojos de Luke—. Veo que eso te ofende. Es un insulto a tu sensibilidad. Bueno, permíteme que te diga una cosa, Callahan. Maximilian Nouvelle y los que están como él me importan un cuerno. Los nabos no votan. Pero no te preocupes, cuando me elijan senador seguiremos con la... ilusión —dijo, disfrutando de la ironía de sus palabras—. Seguiremos haciendo promesas... incluso es posible que cumplamos algunas de ellas... acerca de las investigaciones relativas a esa enfermedad y a los fondos para subsidiarlas, porque sé cómo hacer proyectos a largo plazo.

Su voz se había hecho más potente, como la de un evangelista empeñado en salvar almas. Luke lo observó en silencio.

—Pero supongo que no te interesan la política ni el destino de una nación. Tus intereses son más personales.

—He ganado algo de dinero en los últimos años. Te pagaré, te daré lo que quieras por algunas semanas con Max y los Nouvelle.

—¿Dinero? —Divertido, Sam echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada—. ¿Tengo el aspecto de necesitar dinero? ¿Tienes idea de los fondos que recaudo todos los meses en contribuciones para mi campaña? Además de lo que tengo gracias a mi preciosa esposa.

—Pero si tuvieras más podrías incrementar tu campaña televisiva o lo que te parezca, para asegurarte el éxito en la elección.

—Triunfaré —saltó Sam—. ¿Quieres ver las cifras? El pueblo de este estado me quiere. Quieren a Sam Wyatt. Estoy ganando —dijo y golpeó las manos sobre el escritorio.

—Un millón de dólares —dijo Luke—. Sin duda te vendrían bien un millón de dólares para asegurar la elección. A cambio, yo solo quiero un poco de tiempo. Después volveré a desaparecer. Aunque quisiera quedarme, Roxanne no me lo permitiría. —Agachó la cabeza, con el gesto de un hombre derrotado—. Se ha ocupado de dejarlo bien claro.

—¿Ah, sí? —Sam tamborileó los dedos sobre el escritorio. Se había serenado. Sabía lo importante que era conservar la calma. Tan importante como sacar partido de las ventajas que se presentaban—. De modo que la has visto.

—En Washington D. C. Fui a ver su espectáculo. Solo por un momento. No lo pude evitar.

—¿Así que tu apasionado amor sufrió otro revés? —Nada podía haberlo complacido más. Pero no estaba demasiado seguro, porque conocía bastante a Roxanne y sabía de la existencia de un pequeño llamado Nathaniel—. ¿Y ella te puso al tanto de los hechos salientes de su vida durante tu ausencia?

—Casi no quiso dirigirme la palabra —murmuró Luke—. La hice sufrir mucho, y como no pude explicar los motivos de mi ausencia, no está dispuesta a perdonarme.

Mejor todavía, pensó Sam. No sabía lo de su hijo. Cuánto sufriría Roxanne antes de decírselo... si es que se lo decía. Si lo hacía, cuánto sufriría Luke por tener que marcharse de nuevo.

Volvió a reflexionar sobre las novedades. Pensó que el regreso de Luke le resultaba más satisfactorio que su ausencia definitiva. Después de todo, se disfrutaba más al ver sufrir a la gente que si se imaginaba ese sufrimiento. Además, querían pagarle por divertirse de esa manera.

—¿Un millón de dólares? ¿Cómo hiciste para acumular semejante cantidad?

—Yo... —Con mano temblorosa, apartó la copa de coñac—. Bueno, actué.

—¿No has perdido tu toque mágico? Supongo que también seguiste robando. —Complacido con la expresión culpable de Luke, asintió—. Sí, me lo imaginaba. Un millón de dólares —repitió—. Tendré que pensarlo. Los fondos para la campaña se someten en la actualidad a un control muy cuidadoso. No quisiera

que ningún indicio de corrupción dañara mi imagen, sobre todo cuando mi rival hace gala de tanta pulcritud. Me gustaría...

Se interrumpió al ocurrírsele una nueva idea. Comprendió que era tan perfecta, como si el destino le hubiera regalado un arma más.

—Creo que podremos hacer trato.

Luke se echó hacia adelante con expresión vehemente.

—Tendré el dinero dentro de una semana. Puedo traértelo cuando digas.

—El dinero tendrá que esperar hasta después de la elección. Primero quiero que mi contador encuentre el camino seguro para incorporarlo. Mientras tanto, tengo un trabajo para ti. Con eso podrás pagar el tiempo que tanto necesitas.

Era un giro que Luke no esperaba. Había contado solo con la codicia de Sam.

—Lo que quieras.

—Supongo que recuerdas un pequeño incidente llamado Watergate. En ese caso los ladrones se mostraron muy torpes. Tú tendrías que ser muy cuidadoso y muy astuto.

Luke asintió.

—¿Quieres que robe algunos documentos?

—No tengo cómo saber si existen documentos que valga la pena robar. Pero un hombre con tus vinculaciones sin duda es capaz de fabricar papeles, fotografías, y todo eso. Y si es posible robar, sacar cosas, también es posible ponerlas donde uno quiere.

Sam entrelazó las manos y se echó hacia adelante. Era perfecto. Con esa nueva arma no solo ganaría la elección sino que destruiría a su rival, política, personal y socialmente.

—Curtis Gunner es un hombre con un matrimonio feliz y dos hijos. Sus antecedentes son cristalinos. Quiero cambiar todo eso.

—¿Cambiarlo? ¿Cómo?

—Por medio de la magia —dijo, y sonrió—. Ese es tu punto fuerte, ¿no? Quiero fotografías de Gunner con otras mujeres... con prostitutas. Y también con otros hombres, sí, con hombres. Eso resultará todavía más interesante. Quiero cartas, papeles que documenten su participación en negocios ilegales, y otros que demuestren que extrajo para su uso personal dinero destinado a planes de jubilación. Quiero que esas pruebas sean perfectas, irrecusables.

—No sé cómo...

—Entonces tendrás que encontrar la manera —dijo Sam—. Si quieres tomarte un tiempo para realizar tu viaje sentimental, tienes que pagarlo. Tú ocúpate de reunir las fotos, los papeles, los recibos, la correspondencia, todo lo fraguado, y yo te daré desde ahora, digamos que hasta diez días antes de la elección. Sí, diez días —murmuró para sí—. Luego que esa información se filtre a los medios de comunicación, quiero que esté fresca en la mente de la gente cuando emita su voto.

—Haré lo que pueda.

—Harás exactamente lo que te digo. De lo contrario, una vez vencido el plazo, lo pagarás. Lo pagaréis todos.

—No sé de qué estás hablando.

Con una nueva sonrisa en los labios, Sam tomó su cortapapeles con mango de marfil y probó el filo de su punta con el pulgar.

—O me satisfaces con el trabajo que te estoy encomendando, me satisfaces por completo, o las cosas con que te amenacé hace cinco años se harán realidad.

—Me dijiste que si me iba de aquí, no les harías nada.

Con un golpe, Sam clavó la punta del cortapapeles en la esquina acolchada del secante.

—Pero has vuelto. Y, al hacerlo, has vuelto a arrojar los dados, Callahan. Lo que les ocurra a los Nouvelle dependerá de lo bien que juegues. ¿Entendido?

—Sí, sí. Lo entiendo.

Jugaría, pensó Luke. Solo que esta vez ganaría.

—¿Y? —Con impaciencia, Jake siguió a Luke al Cessna.

—¿Mis cosas están a bordo?

—Sí. ¿Qué pasó con Wyatt? Sé que solo soy un peón en este juego. Nada más que un soldado raso detrás de las líneas de vanguardia, solo...

—Un tarado —completó Luke la frase. Trepó a la carlinga y se puso a verificar los indicadores—. Me fue bien —dijo cuando Jake se sumió en un ofendido silencio—. Sobre todo considerando que tuve que rebajarme a interpretar el papel de pordiosero suplicante cuando lo que habría querido hacer era arrancarle el corazón con una navaja.

—Por lo que sé, ese tipo no parece tener corazón. —Jake ajustó el cinturón de seguridad y se levantó los anteojos. Era obvio que Luke estaba de un humor peligroso, lo cual significaba que ese corto vuelo a Nueva Orleans sería memorable—. De todas formas, conseguiste el tiempo que querías, ¿no?

—Sí, lo conseguí. —Luke se puso al habla con la torre de control para obtener permiso para despegar. Cuando comenzó a moverse, miró a Jake, que ya estaba pálido, con los ojos vidriosos y los nudillos blancos—. También conseguí otro trabajo para ti.

—Qué bueno. Me parece muy bien. —Como autodefensa, Jake cerró los ojos cuando la nariz del avión se elevó. Como le había dicho una y otra vez a Luke, detestaba volar. Jamás le gustó ni le gustaría.

—El trato con Wyatt incluía encender el ventilador y arrojar mierda de manera creativa sobre una persona. —Cuando la máquina continuó su ascenso, Luke sintió que casi toda su tensión desaparecía. Le encantaba volar. Siempre le gustó y siempre le gustaría—. Es algo que encaja perfectamente con tu

especialidad.

—Tirar mierda. —Con cautela, Jake abrió un ojo—. ¿Qué puedo saber yo sobre tirar mierda?

—Él quiere que falsifiquemos fotografías, documentos, correspondencia comercial, etc., que hagan quedar mal a Curtís Gunner, su rival en la elección. Documentos ilegales, nada éticos e inmorales... del tipo de los que hacen perder elecciones, naufragar familias y destruir vidas.

—Caramba, Luke, nosotros no tenemos nada contra ese tal Gunner. Sé que debiste rebajarte mucho para conseguir el tiempo que necesitas para reventar a Wyatt. Pero, demonios, eso no me parece bien.

Después de nivelar la máquina, Luke sacó un cigarro.

—La vida es una mierda, Finestein, no sé si lo has notado. Harás el trabajo, y lo harás bien... con una pequeña modificación.

Jake suspiró.

—Dije que trabajaría contigo y lo haré. Recibirás el material... y te juro que será lapidario.

—Cuento con ello.

—¿Y? ¿Cuál es la modificación?

Luke apretó el cigarrillo con los dientes y sonrió.

—El trabajo no será sobre Gunner sino sobre Wyatt.

—¿Sobre Wyatt? Pero has dicho... —En el rostro pálido de Jake se dibujó una sonrisa picara—. Ahora entiendo. Ya sé. Una traición.

—Vaya si eres inteligente, Finestein.

El dormitorio que Lily y Max habían compartido estaba ahora equipado para atender a un paciente con serio menoscabo de su capacidad cognitiva. Roxanne había trabajado con personal del hospital y un decorador de interiores para asegurarse que el ambiente que rodeaba a su padre fuera seguro y práctico, sin tener la atmósfera de un cuarto de sanatorio.

Los monitores y los remedios eran necesarios, pero también lo eran, en su opinión, los colores vivos y los materiales suaves que Max siempre había amado. Tenía un equipo de tres enfermeras en turnos de ocho horas cada una, y un fisioterapeuta y un psicólogo acudían con frecuencia a verlo. Pero también había flores frescas, almohadones vistosos y una amplia selección de la música clásica favorita de Max.

En las puertas que daban a la terraza instalaron cerraduras especiales para impedirle salir solo. Roxanne había desechado sin dudar el consejo de un médico para poner rejas en las ventanas, y colgó en cambio cortinas nuevas de encaje.

Tal vez su padre fuera cautivo de su enfermedad, pero ella no lo convertiría en prisionero en su propio hogar.

Le alegró ver cómo los rayos de sol se colaban por las cortinas y escuchar los acordes suaves de música de Chopin al entrar en la habitación de su padre. Ya no la destruía tanto que él a veces no la reconociera. Había llegado a aceptar que habría días buenos y días malos. Ahora, al verlo sentado frente a su escritorio, deslizando pelotas de espuma de goma entre sus dedos, sintió una pizca de alivio.

Ese día, se le veía tranquilo.

—Buenos días, señorita Nouvelle. —La enfermera del primer turno se encontraba sentada junto a la ventana, leyendo. Apartó el libro y le sonrió a Roxanne—. El señor Nouvelle está practicando un rato antes de su fisioterapia.

—Gracias, señora Fleck. Si desea tomarse un descanso de diez o quince minutos, LeClerc ha preparado café.

—Creo que un café me vendría bien. —La señora Fleck tenía veinte años de enfermera y ojos bondadosos. Fueron esos ojos, más todavía que su experiencia, los que convencieron a Roxanne de que debía contratarla. Levantó su físico corpulento de la silla y rozó el brazo de Roxanne al salir de la habitación.

—Hola, papá. —Roxanne se acercó al escritorio y se inclinó para besar a su padre en la mejilla. Se lo veía demasiado delgado, tan flaco que con frecuencia ella se preguntaba cómo era posible que esa piel frágil soportara la presión de los huesos—. Es un día precioso. ¿Has mirado hacia afuera? Todas las plantas de LeClerc están en flor, y Mouse ha reparado la fuente del jardín. ¿No quieres sentarte allí más tarde y escuchar el sonido del agua?

—Tengo que practicar.

—Ya lo sé. —Permaneció de pie con una mano apoyada en el hombro de su

padre, observando cómo sus dedos retorcidos intentaban con esfuerzo manipular las pelotitas—. La función salió bien. Y en el final no hubo tropiezos. *Oscar* se porta muy bien, con decirte que ya Lily no se siente nerviosa de estar cerca.

Siguió hablando, sin esperar una respuesta. Era bastante poco común que Max interrumpiera lo que estaba haciendo para mirarla, y mucho más raro aún que se embarcara en una conversación con ella.

—Llevamos a Nate al zoológico. Le encantó. Creí que nunca podría alejarlo del serpentario. No sabes lo grande que está, papá. A veces lo miro y casi no puedo creer que es mío. ¿Alguna vez sentiste eso cuando yo era pequeña?

Una de las pelotas cayó al suelo. Roxanne se agachó para recogerla, y después se puso en cuclillas para que sus ojos estuvieran al nivel de los de Max cuando se la devolvió.

Él apartó la vista, pero ella era paciente y esperó a que volviera a mirarla.

La sonrisa de Max fue floreciendo lentamente, y para Roxanne fue como ver la salida del sol en el desierto.

—Eres muy linda —dijo él y le acarició el pelo—. Ahora tengo que practicar. ¿Te gustaría venir a la función y verme cortar a una mujer en dos?

—Sí. Me gustaría mucho. —Aguardó un momento—. Luke ha vuelto, papá.

Él siguió trabajando con las pelotas, y su sonrisa se trocó en un gesto de concentración.

—Luke —dijo, después de una larga pausa. Y de nuevo—: Luke.

—Sí. Quiere verte. ¿Tienes inconveniente en que venga a visitarte?

—¿Pudo salir de esa caja? —Sus músculos faciales comenzaron a crispase. Las pelotas se le cayeron de la mano y rebotaron en el suelo. Su voz subió de tono, y volvió a preguntar con ansiedad—: ¿Pudo salir?

—Sí —contestó Roxanne y le cogió las manos—. Está perfectamente bien. Lo veré dentro de un rato. ¿Quieres que lo traiga a verte?

—No cuando estoy practicando. Necesito practicar. ¿Cómo quieres que esto me salga bien si no practico?

—Está bien, papá.

—Quiero verlo —farfulló Max—. Quiero verlo cuando haya escapado de la caja.

—Te lo traeré —dijo ella y volvió a besarlo en la mejilla, pero él ya estaba enfrascado en la tarea de empalmar las pelotitas.

Cuando Roxanne bajó por la escalera, tenía su estrategia decidida. Luke estaba de vuelta; ella no podía no tenerlo en cuenta. Tampoco el vínculo que lo unía a Max. Pero eso no significaba que ella no lo vigilaría como un halcón cuando le permitiera visitarlo.

Trabajaría con él porque le convenía, porque su proposición la intrigaba, y

porque, a menos que hubiera cambiado mucho en los últimos cinco años, era el mejor: sobre el escenario y abriendo la caja fuerte más segura.

De modo que lo usaría para sus propios fines, tomaría su parte de las ganancias y se marcharía.

Pero estaba Nathaniel.

Recogió un cochecito de juguete de su hijo que estaba en el suelo y se dirigió a la cocina. Se dijo que necesitaba más tiempo.

No fue una sorpresa agradable encontrar a Luke allí, sentado frente a la mesa de la cocina, con aspecto de sentirse muy cómodo con una taza de café en una mano y un resto de polvorón en la otra.

LeClerc reía, a todas luces encantado de tener en casa al hijo pródigo, tan obviamente dispuesto a perdonar y a olvidar que hizo que Roxanne decidiera no hacer ninguna de las dos cosas.

—Vaya truco, Callahan, cómo atraviesas las paredes.

Él acusó recibo de su presencia y de su estocada con una sonrisa.

—Una de las cinco cosas que más eché de menos durante mi ausencia fueron las exquisiteces que prepara LeClerc.

—Este chico siempre tuvo un apetito de lobo. Siéntate, querida. Te prepararé café.

—No, gracias. —Sabía que su voz era helada, y sintió una punzada de culpa al ver que LeClerc apartaba la mirada—. Si ya has acabado tu *petit déjeuner*, podemos empezar a trabajar.

—Estoy listo. —Se puso de pie y tomó otro polvorón de la cesta que había sobre la mesa—. Me llevo otro para el camino —dijo y le guiñó un ojo a LeClerc antes de pasar por la puerta que Roxanne sostenía abierta—. ¿Todavía se ocupa de cuidar el jardín? —preguntó cuando cruzaron un macizo de flores.

—Sí. Cada tanto deja... —Nathaniel... —deja que uno de nosotros lo ayude —dijo Roxanne—. Pero sigue siendo un tirano con sus rosas.

—No lo encontré más viejo. Yo tenía miedo... —Se interrumpió y cubrió la mano de Roxanne cuando ella la apoyó sobre el pomo de la puerta del cuarto de trabajo—. No sé si podrás entenderlo, pero tenía miedo que hubierais cambiado. Pero al sentarme en la cocina hace un rato, todo me pareció igual: los aromas, los sonidos, el clima.

—Eso te facilita las cosas, claro.

Luke deseó poder culparla por revolver el puñal en la herida con tanta precisión.

—No del todo. Tú sí has cambiado, Rox.

—¿Ah, sí? —dijo ella con una sonrisa glacial.

—Hubo una época en que yo podía leer en tu rostro lo que pensabas y lo que sentías —murmuró—. Pero ahora es como si hubieras accionado un interruptor. Pareces igual, hueles igual, sueñas igual. Supongo que si pudiera llevarte a la

cama, sentirías lo mismo, pero has accionado ese pequeño interruptor. Ahora hay otra mujer superpuesta a la que recuerdo. ¿Cuál de ellas eres, Roxy?

—Soy exactamente la que quiero ser —dijo ella, giró el pomo y abrió la puerta—. Soy la que me he construido. —Encendió las luces, que inundaron el cuarto de trabajo enorme, con sus baúles de colores, sus mesas largas y sus magias—. Ya has visto el espectáculo. Tendrías que tener una idea bastante aproximada de cómo trabajo ahora. El estilo básico es la elegancia, con toques modernos, pero siempre con gracia y fluidez.

—Sí, muy deslumbrante. Aunque tal vez con el acento demasiado puesto en el aspecto femenino.

—¿En serio? —Arqueó una ceja—. Supongo que preferirías cruzar el escenario golpeándote el pecho y flexionando los músculos.

—Creo que podremos llegar a un feliz término medio.

Roxanne se apoyó contra una mesa y dijo:

—Creo que hay un pequeño malentendido, Callahan. Es *mi* espectáculo. Estoy dispuesta a permitir que reaparezcas en público como parte de la diversión, pero soy yo la que lleva esto.

—Tienes razón en una cosa, tesoro. Existe un malentendido.

—Haremos una única función nocturna. La publicidad previa logrará que tengamos un lleno total. Una noche de magia con Roxanne Nouvelle. Con la presentación especial de Callahan.

—Por lo visto tu ego no ha cambiado nada. Seremos socios, Roxanne —dijo y se le acercó—. Tú quieres encabezar el elenco, y yo me portaré como un caballero en ese sentido. Pero el cartel rezará Nouvelle y Callahan.

—Tendremos que negociar.

—Mira, no pienso perder tiempo con tonterías. ¿Qué tal si hablamos en serio?

—Está bien, hablemos en serio. —Pegó un salto y se sentó sobre la mesa—. Es *mi* espectáculo, y dura una hora y cuarenta y cinco minutos. Estoy dispuesta a cederle quince minutos.

—Quiero cincuenta... incluyendo diez minutos para el gran final que haremos juntos.

—¿Ocuparás el lugar de *Oscar*? —Cuando él la miró sin entender, ella sonrió—. El tigre, Callahan. Mi final es con un tigre.

—Pasaremos eso al último acto antes del intervalo.

—¿Quién demonios te dio las riendas del espectáculo?

Él no le contestó y se acercó a uno de los baúles pintados de colores vivos. Era tan alto como él y estaba dividido en tres partes iguales.

—Quiero trabajar en un escape, un efecto de multiplicación en el que he estado pensando mucho. Ilusionismo y transportación del más alto nivel.

Para tener en que ocupar sus manos, cogió tres pelotas para hacer malabarismo.

—¿Nada más?

—No, el final es algo diferente. —Se volvió y tomó otra pelota. Calculando el ritmo de Roxanne, se la arrojó entre las tres con que ella jugaba. Ella la atrapó sin parpadear siquiera—. Quiero hacer una variación del efecto de la escoba voladora que hicimos en el crucero. Lo tengo casi todo solucionado y me gustaría ensayar lo antes posible.

—Son muchas las cosas que te gustaría.

—Sí. —Dio un paso adelante y, con la velocidad de un rayo, deslizó sus manos debajo de las de ella para coger las pelotas—. El truco se basa en saber cuándo moverse y cuándo esperar. —Le sonrió a Roxanne por entre las pelotas en movimiento—. Podemos ensayar aquí, o usar la casa que acabo de comprar.

—¿Ah, sí? —Detestó reconocer ante sí misma que eso le interesaba—. Pensaba que te alojarías en un hotel.

—Me gusta tener mi propio espacio. Es una casa de buen tamaño en el Distrito Jardín. Como todavía no me he molestado en comprar muebles, tendríamos suficiente espacio.

—¿Todavía?

—He vuelto, Rox. Más vale que te acostumbres a la idea.

—No me interesa en absoluto dónde vives. Esto es estrictamente un negocio. Ni se te ocurra pensar que volverás a formar parte del equipo.

—Ya estoy en él —dijo él—. Eso es lo que más te enfurece. —Levantó una mano en son de paz—. ¿Por qué no pensamos mejor en cómo organizar esto? Mouse y Jake ya están trabajando juntos en el aspecto seguridad, y...

—Un momento. —Indignada, se bajó de la mesa—. ¿Qué es eso de que están trabajando juntos?

—Bueno, que Jake vino conmigo. Y que él y Mouse intercambian ideas sobre la parte electrónica.

—No estoy dispuesta a aceptarlo —dijo y lo empujó para tener lugar para caminar por la habitación—. No lo permitiré. No permitiré que vuelvas como Pedro por tu casa y tomes la batuta. Hace más de tres años que yo dirijo todo aquí. Desde que Max... desde que él no pudo seguir haciéndolo. Mouse es mío.

—No me di cuenta de que se había convertido en una propiedad después de mi partida.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Es *mi* familia. Pertenece a *mi* equipo. Tú renunciaste a eso.

Luke asintió.

—Renuncié a muchas cosas. Tú quieres convertirlo en algo personal. Muy bien. Pasé cinco años privándome de todo lo que me importaba. Porque era importante para mí. Ahora he decidido volver a tenerlo, Roxy. Todo. —Al diablo con la cautela, con la cortesía, con el control, pensó al agarrarla por los hombros—. Absolutamente todo. Y nadie me lo impedirá.

Ella podría haberse apartado. Podría haberlo arañado y luchar por conseguir su libertad. Pero no lo hizo. Algo en los ojos de Luke, algo salvaje y desdichado la mantuvo clavada en el lugar, aunque él aplastara su boca sobre la de ella.

Saboreó su furia, su frustración y algo más, un anhelo demasiado profundo para ser expresado en palabras, demasiado intenso para las lágrimas. Esas necesidades sepultadas en lo más profundo de su ser afloraban ahora, y ella respondió con avidez a su voracidad.

Cómo lo deseaba todavía. Cómo anhelaba borrar de un plumazo el tiempo y el espacio y ser de nuevo. Todo se parecía tanto a antes: el sabor de Luke, la forma en que su boca se fusionaba con la suya, esa excitación intensa y palpitante que hacía que su cuerpo necesitara imperiosamente unirse con el de él.

Pero no era igual. Al cerrar sus brazos alrededor de Luke, lo notó mucho más delgado. Era como si él hubiera manejado un hacha y se hubiera seccionado sin piedad hasta quedar convertido en músculos y huesos. Por debajo de lo físico, intuyó otros cambios. Ese Luke no se echaría a reír con tanta rapidez, no descansaría con la misma facilidad, ni amaría con la misma ternura.

Pero, por Dios, cómo lo deseaba.

Él podría haberla tomado allí, sobre esa mesa en la que se había conjurado magia a lo largo de una generación. O sobre el suelo. O en cualquier parte. Allí y ahora. Si lo hacía, si recuperaba lo que lo habían obligado a perder, podría encontrar su salvación. Podría encontrar su paz. Pero si eso equivalía al caos y a un infierno, se mostraría agradecido a Dios. Dejó que su mente se sumiera en esos pensamientos mientras sus manos modelaban ese cuerpo que se fundía con tanta perfección contra el suyo.

Ella era la única. La de siempre. Nada ni nadie le impedirían reclamarla de nuevo.

Salvo él mismo.

—Es igual. Todo sigue igual entre nosotros, Roxanne. Y tú lo sabes.

—No, no es igual —dijo ella, pero siguió aferrada a él y siguió deseándolo.

—Júrame que no sientes nada. —Con furia, él la apartó para mirarla a la cara. Y en ella vio todo lo que necesitaba saber—. Vamos, dímelo.

—Lo que yo sienta o no sienta no tiene importancia —dijo ella y levantó la voz, como si el hecho de gritar lograra convencerla—. Confiaré en ti sobre el escenario. Incluso confiaré en ti durante el trabajo. Pero en ninguna otra parte, Luke.

—Entonces prescindiré de la confianza —dijo él, hundió sus dedos en el pelo de Roxanne y los deslizó por su cabeza—. Tomaré lo que queda.

—Estás esperando que te diga que te deseo. —Se apartó y se dio tiempo para respirar hondo—. Está bien, te deseo, y quizá decida satisfacer ese deseo. Nada de ataduras, ni de promesas, ni de otras cosas.

—Decide ahora.

Ella tuvo ganas de echarse a reír. En esa orden había mucho del viejo Luke.

—El sexo es algo con lo cual siempre tengo cautela —dijo y lo miró a los ojos—. Y eso es todo lo que sería: puro sexo.

—Te muestras cautelosa —murmuró él y se le acercó— porque tienes miedo de que sea mucho más que eso. —Inclinó la cabeza para volver a besarla, pero esta vez ella le dio una palmada en el pecho.

—¿Esto te sirve como respuesta para todo?

Como, lo supiera o no Roxanne, las cosas habían progresado un poco, él sonrió.

—Depende de la pregunta.

—La pregunta es si podremos realizar una serie de trabajos complicados con el estado actual de nuestras hormonas. —Ella le devolvió la sonrisa y lo desafió—. Yo puedo, si tú puedes.

—Trato hecho —dijo Luke y le cogió la mano—. Pero en algún momento te llevaré a la cama, así que, ¿por qué no vienes a mi casa? Allí podremos... ensayar.

—Yo me tomo muy en serio los ensayos, Callahan.

—También yo.

Roxanne rio y se metió las manos en los bolsillos. Sus dedos rozaron el cochecito de juguete, y recordó. La sonrisa se borró de sus ojos.

—Lo haremos mañana.

—¿Qué te pasa? —Frustrado por sentir que una barrera se había interpuesto de nuevo entre los dos, él le tomó la barbilla con la mano—. ¿Adónde te has ido?

—Es solo que hoy no tengo tiempo para trabajar.

—Sabes que no me refería a eso.

—Tengo derecho a mi privacidad, Luke. Dame la dirección, y estaré allí mañana por la mañana. Para ensayar.

—De acuerdo. —Bajó la mano—. Lo haremos a tu modo. Por ahora. Una cosa más antes de irme.

—¿Cuál?

—Déjame ver a Max. —Cuando la vio vacilar se puso furioso—. Por Dios, atácame todo lo que quieras, pero no me castigues así.

—Qué poco me conoces, Luke —dijo ella. Se dio media vuelta y se encaminó a la puerta—. Te llevaré a verlo.

Sabía que sería doloroso. Había juntado los recortes de prensa que se referían al estado de Max, y leído todo lo que pudo encontrar sobre la enfermedad de Alzheimer. Creyó estar preparado tanto para los cambios físicos como para los emocionales.

Pero no imaginó jamás que sufriría tanto al ver a ese hombre que siempre le

había resultado imponente, convertido en un viejito encogido y totalmente confundido.

Se quedó con él una hora, en esa habitación llena de sol y de música de Mozart. Habló sin cesar, incluso cuando no hubo respuesta a sus palabras, y escrutó la cara de Max en busca de algún indicio de que lo reconocía.

Se marchó solo cuando Lily entró y con mucha ternura le dijo que era hora de que Max hiciera sus ejercicios.

—Volveré —dijo Luke, colocó su mano sobre la de Max—. Tengo un par de cosas nuevas que me gustaría mostrarle.

—Tengo que practicar —dijo Max y se quedó mirando la mano fuerte y delgada de Luke—. Buenas manos. Tengo que practicar —dijo y sonrió de pronto—. Tienes condiciones.

—Volveré —repitió Luke y se dirigió a la puerta. Encontró a Roxanne en la sala del frente, mirando hacia la calle por la ventana.

—Lo siento, Roxy. —Cuando se puso detrás de ella y rodeó su cintura con los brazos, ella no solo no protestó sino que por un momento se recostó contra él.

—No hay nadie a quien culpar. Yo lo intenté al principio. Los médicos, el destino, Dios. Hasta tú, solo porque no estabas aquí. —Cuando él le besó el pelo, ella cerró fuerte los ojos. Pero cuando los abrió, estaban secos—. Papá se ha ido a algún lugar en el que era preciso que estuviera. Es así como yo sobrellevo todo esto. No tiene dolores, aunque a veces me da miedo que padezca un sufrimiento más profundo que yo no alcanzo a ver. Pero hemos sido afortunados en poder tenerlo aquí en casa, y cerca de nosotros, hasta que esté listo para irse por completo.

—Yo no quiero perderlo.

—Ya lo sé. —Su comprensión era demasiado profunda como para no dañarlo. Levantó una mano hasta la que Luke tenía apoyada en su hombro y entrelazó los dedos con los de él. En lo que tenía que ver con Max, podía dar sin limitaciones—. Luke, necesito establecer las reglas, y no es para castigarte. Me gustaría que vieras a Max tanto como sea posible. Sé que es difícil, que es penoso, pero tengo que creer que es bueno para él. Tú fuiste... eres... una parte importante de su vida.

—No necesito decirte lo que siento por él, lo que haría por él si pudiera.

—No, ya lo sé. Necesito que me avises cuando quieras verlo. Caer sin anunciar tu visita trastorna su rutina.

—Por el amor de Dios, Roxanne...

—Existen razones. —Se volvió y lo miró—. No pienso explicártelas, y sí establecer los límites. Eres bienvenido a esta casa. Max quería que fuera así. Pero en mis términos.

—¿De modo que tengo que pedir cita?

—Así es. Por lo general, las mañanas suelen ser el mejor momento, como

hoy. Digamos que entre las nueve y las once. —Cuando Nathaniel estuviera a salvo en el colegio—. Así podremos ensayar por la tarde.

—Muy bien —dijo él y echó a andar hacia la puerta—. Prepárame un gráfico con los horarios.

Roxanne oyó que la puerta de calle se cerraba con un portazo. Ese eco familiar casi la hizo sonreír.

Por primera vez en su vida, Roxanne sintió la desaprobación de su familia. No le dijeron que estaba equivocada. No hubo sermones ni consejos no pedidos, ni silencios ni ausencia de sonrisas.

Tal vez habría preferido eso a los murmullos que oía antes de entrar en una habitación, a las miradas prolongadas y llenas de tristeza que notaba a sus espaldas.

Ellos no entendían. Podía decirse eso y perdonarlos, o casi perdonarlos. Ninguna de esas personas se había encontrado nunca embarazada, abandonada y sola. Bueno, tal vez no del todo sola, se corrigió mientras apoyaba el mentón sobre las manos y observaba a Nathaniel jugar con sus cochecitos en el jardín. Ella contó con una familia, un hogar, y un apoyo incondicional.

Pero ninguna de esas cosas logró resarcirla por lo que Luke le había hecho. Maldito si lo recompensaría compartiendo con él su maravilloso hijo y poniendo así en peligro la felicidad de Nate.

¿Cómo era posible que no lo entendieran?

Levantó la vista cuando se abrió la puerta de la cocina y sonrió a Alice al verla atravesar el jardín. Una aliada, pensó Roxanne, complacida. Alice no conocía a Luke, no tenía su afecto puesto en él. Ella sí que entendería que una madre tenía derecho a proteger a su hijo. Y a ella misma.

—Qué bien se está aquí —dijo Alice y respiró hondo para aspirar la fragancia de las rosas, las arvejas y el abono recién regado. El jardín era su lugar preferido, un rincón umbroso que en el verano parecía hecho a medida para sentarse y meditar—. He pensado llevar a Nate a Jackson Square después del colé. Y dejar que corra un rato.

—Ojalá pudiera ir con vosotros. Siempre tengo la sensación de que no paso suficiente tiempo con él.

Alice había aceptado con filosofía todas las facetas de las profesiones de los Nouvelle. En su opinión, lo que hacían no era robar sino repartir las ganancias excesivas.

—Eres una madre maravillosa, Roxanne. Jamás he visto que permitieras que tu trabajo interfiriera en las necesidades de Nate.

—Eso espero. Sus requerimientos son lo más importante para mí. No permitiré que le desorganicen la vida. Ni la mía. Sé qué es lo más conveniente para él. Maldición, quisiera saber qué es lo mejor para él. Por cierto, sé lo que es mejor para mí.

Alice permaneció un momento en silencio. No era mujer de hablar sin pensar. Iba reuniendo sus pensamientos con el mismo cuidado y el mismo sentido selectivo con que recogía flores silvestres.

—Quieres que te diga que mantener a Nate en secreto para su padre es lo

correcto.

—Lo es —dijo Roxanne, miró hacia donde estaba Nate y bajó la voz—. Al menos hasta que sienta que es hora de decírselo. Él no tiene ningún derecho sobre Nate, Alice. Renunció a esos derechos al dejarnos.

—No sabía que esperabas un hijo suyo.

—Esa no es la cuestión.

—Tal vez no la sea, o tal vez sí. No tengo cómo saberlo.

—De modo que —dijo Roxanne y apretó los labios frente a esa nueva traición—, te alineas con el resto de la familia.

—No se trata de elegir bandos, Roxanne. —Como la amistad era lo primero para Alice, cerró su mano sobre los dedos rígidos de Roxanne—. Sea lo que fuere que hagas o no hagas, todos te apoyaremos. Estemos o no de acuerdo.

—Tú no lo estás.

Alice suspiró y sacudió la cabeza.

—No sé qué haría si estuviera en tu lugar. Solo tú puedes saber lo que sientes en tu corazón. Lo único que yo puedo decirte es que hace una semana que conozco a Luke y me cae muy bien. Me gustan su personalidad, su temeridad, el empecinamiento con que se centra en una meta. Esas son también algunas de las razones por las que tú me gustas.

—Así que me estás diciendo que yo debería aceptarlo de vuelta a mi lado, confiarle a Nate.

Qué difícil que es dar consejos, pensó Alice.

—Lo que te digo es que debes hacer lo que sientes que está bien. Lo que hagas no modificará un hecho muy simple: que Luke es el padre de Nathaniel.

Luke, Luke, Luke. Roxanne lo observó con furia mientras él realizaba con Lily la rutina de la mujer encerrada en una caja de vidrio. Mouse y Jake miraban la escena desde un costado.

¿Cómo era posible que Luke volviera e inmediatamente se convirtiera en un sol, alrededor del cual todos giraban como planetas? Eso la enojaba muchísimo.

Todo estaba mal. Ensayaban allí, en su inmenso cuarto de estar. De pronto, estaban en su terreno, y él era el que daba las órdenes.

En el estéreo sonaba música rock. Antes siempre trabajaban con música clásica, pensó Roxanne y se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de gimnasia. Siempre. La enfurecía que eso se adecuara a él y al número que estaban ensayando.

Era dinámico, excitante, *sexy*. Todo lo que él hacía encajaba en esas tres palabras. Sabía perfectamente que al público le encantaría. Eso la enfureció aún más.

—Espléndido. —Luke miró a Lily y la besó en la mejilla—. ¿Cuánto tiempo

ha durado, Jake?

—Tres minutos, cuarenta segundos —dijo después de consultar el cronómetro.

—Creo que podríamos hacerlo en diez segundos menos. —Pese al aire acondicionado, Luke sudaba—. ¿Te animas a repetirlo, Lily?

—Por supuesto.

Claro, pensó Roxanne con desprecio. Lo que quieras, Luke. Y cuando se te antoje. Fastidiada, se dio media vuelta para instalarse en el rincón más alejado del cuarto.

Luke captó su mirada de desdén y sonrió.

—Mouse, ¿qué tal si nos preparamos para la levitación? Creo que para eso ya lo tengo todo resuelto.

—Enseguida —dijo Mouse y se alejó para obedecerlo.

—Mandoneando a todo el mundo, ¿no? —dijo Roxanne cuando él se le acercó.

—Se llama trabajo en equipo.

—Yo lo llamo de otra manera. Lo llamo trabajo solapado y rastrero.

—Piénsalo de este modo, Rox. Cuando hayamos terminado, nunca tendrás que estar cerca de mí. A menos que lo desees.

—Lo estoy pensando. —Eso era mejor que pensar cómo el roce de sus manos le hacía hervir la sangre—. Necesito saber más sobre el trabajo en lo de Wyatt. Me estás ocultando información, y no me gusta.

—Tú también —dijo él—. Y a mí tampoco me gusta.

—No sé de qué hablas.

—Sí que lo sabes —pero ella había roto el contacto visual con él—. Hay algo que no me estás diciendo. Algo que hace que todo el mundo contenga el aliento. Cuando me lo confieses, veremos cómo manejar la situación.

—¿Confesar? —Volvió a mirarlo, pero esta vez su mirada era letal—. ¿Algo que no te estoy diciendo? ¿Qué podría ser? Veamos... ¿podría ser que te detesto?

—No. Durante más de una semana te has ocupado de que yo me entere de eso. Solo me detestas cuando te obligas a pensarlo.

—Pero si es algo que me viene con tanta naturalidad —dijo ella y esbozó una sonrisa.

—Solo porque todavía estás loca por mí —dijo él y le besó la punta de la nariz—. Esto es un negocio, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces pongamos manos a la obra. —Su sonrisa fue lenta y peligrosa—. Y veamos qué es lo que viene naturalmente.

—Quiero más información.

—La tendrás. Del mismo modo en que tendrás la piedra cuando hayamos terminado.

—Un momento —dijo ella y lo tomó del brazo cuando él comenzaba a girar—. ¿Qué has dicho?

—Que la piedra será tuya cuando terminemos con esto. Ciento por ciento tuya.

Ella le estudió la cara en busca de la verdad y deseando ver con claridad lo que él pensaba, como solía hacerlo antes.

—¿Por qué?

—Porque yo también quiero muchísimo a Max.

No había nada que ella pudiera decir, porque esa era la verdad y ella lo sabía. Se le apretó el corazón, y le impidió por un momento respirar y hablar.

—Quisiera odiarte, Callahan —logró decir—. En serio, quisiera odiarte.

—Pero te resulta difícil, ¿no es verdad? —dijo él y le rozó la mejilla con un dedo—. Lo sé porque yo quería olvidarte. De veras quería olvidarte.

Ella lo miró a los ojos, y por primera vez desde su regreso, Luke advirtió una abertura en ella. Se había abierto camino hacia ella solapadamente, pensó con cierta repugnancia. A través de su amor por Max. No era la ruta que él habría preferido.

—¿Por qué? —En realidad, ella habría querido no preguntar, tenía miedo de la respuesta.

—Porque el hecho de recordarte, de recordar mi amor por ti, me estaba destrozando.

Eso hizo que a Roxanne le temblaran las rodillas y se le aflojara el corazón.

—No me conseguirás, Callahan.

—Sí que lo haré. —Le tomó la mano y la condujo al centro de la habitación—. Te conseguiré.

—Todo listo —dijo Mouse y silbó. Qué estupendo tenerlos a los dos juntos de nuevo, pensó. Aunque no sonrieran. Lo ponían nervioso las chispas que saltaban de los dos. Según Mouse, eso era algo que debería ocurrir en la oscuridad, cuando dos personas estaban solas. Esa clase de intimidad resultaba embarazosa para los presentes.

Roxanne levantó los brazos para que Mouse pudiera conectar sus cables. Pero en ningún momento apartó la vista de Luke. Detestaba reconocer que le gustaba el truco que iban a ensayar. Chirriaba y fluía, tenía drama y también poesía.

Además, sería divertido pelear con Luke por cada detalle.

—¿Usaremos música? —preguntó.

—Sí. La que yo elija.

—¿Por qué...?

—Porque tú has elegido la iluminación.

Ella frunció el entrecejo, y decidió no discutir.

—¿Qué es?

—*El humo ciega tus ojos.* —Sonrió cuando ella puso los ojos en blanco—. Los

Platters, Rox. No es música clásica, pero es un clásico. Empecemos.

Roxanne levantó las manos, se meció. Él extendió las suyas y curvó los dedos como para invitarla a acercarse. O para ordenárselo. Ella se resistió, rehusó, levantó un brazo sobre la cara, con la palma hacia él, y se puso de costado. No fue un apartarse sino una forma de seducción. Concentrado en ella y solamente en ella, él imitó sus movimientos en espejo, paso a paso, como si estuvieran unidos por hilos invisibles. Sus dedos se rozaron, se demoraron, se alejaron.

Roxanne no necesitaba recordar el guión para mantener sus ojos fijos en los de Luke. No podría haberlo hecho. La concentración en la cara de él la traspasó, y no le costó nada dejar caer la cabeza como en una ensoñación.

Quizá podría haber vencido en ese duelo. O tal vez, con su entrega, ya lo había hecho.

Luke levantó las manos en una exigencia dramática que Roxanne resistió alejándose suavemente. Pero se detuvo cuando él bajó los brazos y los extendió hacia ella. Lentamente, como en trance, ella giró hacia él.

No se movió cuando Luke se acercó. Su mano pasó frente a la cara de Roxanne, que cerró los ojos. Casi rozándola, Luke la rodeó. Sus gestos fueron prolongados, lentos y exagerados a medida que los pies de ella se elevaban del suelo, su cabello caía hacia atrás, su cuerpo ascendía.

Cuando la música inició un crescendo, las manos de él dibujaron el contorno de Roxanne, a milímetros de un contacto real. El cuerpo de ella se estremeció, fuera de control de su concentración. Lo miró por entre sus pestañas, sin poder evitarlo, seguro de que gritaría por la frustración si esas manos seguían moviéndose sobre ella sin tocarla.

A Luke le pareció oír los latidos del corazón de Roxanne. A duras penas resistió la fuerte tentación de apretar las manos sobre su pecho para recibir en ellas ese palpitante de vida. Tenía la boca seca y sabía que respiraba demasiado rápido. Pero ahora estaba más allá del efecto de magia que estaba realizando.

Había tenido la intención de que fuera romántico, erótico, y sabía que eso implicaría meterse en problemas. Pero jamás imaginó con cuánta rapidez se hundiría.

Inclinó la cabeza hacia ella, los labios muy cerca de los suyos. El leve sonido que hizo Roxanne mientras luchaba para no gemir fue un estruendo en la cabeza de Luke.

Le tomó la mano, deslizó los dedos sobre su palma, por el dorso. Cuando los dedos de ambos quedaron unidos, también él comenzó a levitar. Los ojos de él solo enfocaron el rostro de Roxanne al yacer los dos juntos, suspendidos en el aire. Cuando la música se fue desvaneciendo, él giró su cuerpo, puso una mano debajo de la cabeza de ella y la besó.

Unidos, los dos fueron adoptando lentamente la vertical, mientras sus cuerpos giraban. Cuando sus pies tocaron el suelo, él seguía aprisionándola en sus brazos y

los labios de ambos seguían fundidos.

Jake detuvo el cronómetro y carraspeó.

—No creo que a nadie le interese cuánto ha durado —murmuró y se metió el reloj en el bolsillo—. Vamos, Mouse. Tenemos que ir de compras.

—¿Eh?

—De compras, hombre. Necesitamos esas piezas.

Mouse parpadeó, confundido.

—¿Qué piezas?

—Esas piezas. —Jake puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza en dirección a Roxanne y Luke. Ahora estaban separados, pero solo lo suficiente como para mirarse.

—Yo también necesito algunas cosas. —Lily, con los ojos llenos de lágrimas, aferró a Mouse y tironeó de él—. Necesito muchas cosas. Vámonos de una vez.

—Pero el ensayo...

—No creo que tengáis problemas —dijo Jake y sonreía cuando lograron sacar a Mouse a empujones de la casa.

El silencio resonó con fuerza en la cabeza ya mareada de Roxanne.

—Salió... salió bien.

—Y que lo digas. —Había estado a punto de explotar. Ahora, deslizó las manos con suavidad por la espalda de Roxanne antes de liberarla del arnés de levitación—. Pero será un final espectacular.

—Hay que trabajarlo más.

—No me refiero a *ese* final —dijo y se liberó también él—. Hablo de tú y yo. —Sin dejar de mirarla, metió las manos debajo de la camiseta de ella y las dejó demorarse sobre la piel tibia y suave de su espalda—. Y de esto. —Volvió a besarla con ternura infinita.

A ella no le quedó más remedio que aferrarse a sus hombros para no perder el equilibrio.

—No conseguirás seducirme.

Él le pasó los labios por la mandíbula.

—¿Quieres apostar algo?

—Puedo alejarme de ti en cualquier momento. —Pero su cuerpo estaba apretado contra el de Luke, y su boca le recorría la cara—. No te necesito.

—Yo tampoco —dijo él, la levantó en sus brazos y comenzó a subir por la escalera.

Ella estaba segura de que, si su cuerpo dejara de estremecerse, podría recuperar la cordura. Pero, por el momento, lo mejor era agarrarse fuerte a él.

Sabía lo que estaba haciendo. Dios, esperaba saberlo. Ese anhelo intensísimo hacía que todo lo demás pareciera insignificante. Con un gemido, apretó la cara contra el cuello de Luke.

—Date prisa —fue todo lo que le dijo.

Él habría volado al piso superior si hubiera podido. Pero tuvo la sensación de que los músculos no le respondían demasiado y de que le costaba respirar. Cuando cerró detrás de ellos la puerta del dormitorio con una patada, buscó de nuevo los labios de Roxanne. Y agradeció al cielo que hubiera tenido la previsión de comprar al menos una cama.

Y qué cama. Era una inmensa cama con dosel que se hundió como una nube cuando ambos cayeron sobre ella. Luke aguardó un momento, solo un momento, para mirar a Roxanne y recordar... para obligarla a recordar todo lo que habían sido el uno para el otro, más allá de esa brecha enorme de cinco años.

Había soñado con ese momento infinidad de veces, en infinidad de lugares e infinidad de cuartos. Solo que ahora la realidad era mucho más intensa que la fantasía.

Roxanne no luchó contra esa inundación de sensaciones. Él le estaba devolviendo todo lo que le había quitado, y aún más. Ella ya casi había olvidado lo que era anhelar con semejante ansiedad, y nunca había comprendido del todo lo que significaba abandonarse por completo. Después de una abstinencia tan prolongada, resultaba tan sencillo, tan lógico, sentir solamente.

La sangre de Luke se encendió al oír que ella farfullaba su nombre. Cada suspiro, cada gemido de Roxanne era como un martillazo en sus entrañas. Le soltó las manos y empezó a tironearle de la ropa. Fue un placer inmenso descubrir que, debajo, estaba completamente desnuda.

—Apresúrate —volvió a decir ella y comenzó a arrancarle la camisa para estar piel contra piel. El horno que ardía en su interior estaba a punto de explotar, y quería que cuando eso sucediera él estuviera dentro de ella.

Él quería saborearla y necesitaba devorarla. Luchó por bajarse el cierre de los vaqueros mientras las manos de ella lo torturaban y su boca le quemaba los hombros y el pecho.

Se zambulló dentro de ella y Roxanne estalló en un firmamento de deleites indecibles. Después, se cerró alrededor de Luke, mientras él la penetraba una y otra vez, hasta encontrar su propia liberación y, tal vez, también su salvación.

Él se quedó donde estaba, tumbado sobre ella, íntimamente unido a ella. Sabía que Roxanne había permanecido en silencio durante demasiado tiempo. Si las cosas fueran como antes, ella habría levantado una mano para acariciarle la espalda; habría suspirado y susurrado algo para hacerlo reír.

Pero solo había un largo silencio vacío. Eso lo asustaba.

—No lamentas que esto haya ocurrido —dijo y curvó una mano sobre su pelo para mantenerla quieta mientras él se echaba hacia atrás para mirarla—. Quizá consigas convencerte de eso, pero no me convencerás a mí.

—No dije que lo lamentara. —Qué difícil resultaba mantenerse serena

después de esa sacudida tremenda en los cimientos de su vida—. Sabía que sucedería. Cuando entré a mi camerino y te vi allí, lo supe. Con frecuencia me equivoco, sin que por eso me arrepienta de mis errores.

Los ojos de Luke brillaron antes de que se volviera y se apartara de ella.

—Tú sí que sabes golpear donde más duele. Siempre fuiste así.

—No es una cuestión de venganza. Disfruté haciendo de nuevo el amor contigo. Siempre nos entendimos muy bien en la cama.

—Siempre nos entendimos bien en todo.

—Entendimos —dijo ella—. Seré sincera contigo, Callahan. No he tenido mucho tiempo para esta clase de cosas desde que te fuiste.

—No me digas —dijo él y sintió un profundo halago en su vanidad.

—No te ufanes tanto. Fue mi elección. Estuve muy ocupada.

—Reconócelo —dijo él—. Yo te arruiné para cualquier otro hombre.

—Da la casualidad de que me pescaste en un momento... —Vulnerable no era la palabra que ella quería emplear—. En un momento incendiario. Supongo que cualquiera que hubiera acercado un fósforo me habría hecho estallar.

Él siempre había sido muy rápido. A ella no debería haberle sorprendido encontrarse de nuevo de espaldas, mientras las manos de Luke le demostraban que podía encender llamas de las brasas.

—No es más que sexo —logró balbucear ella.

—Por supuesto. Una secuoya no es más que un árbol —dijo mientras con los dientes jugueteaba con sus pezones, hasta que ella le clavó las uñas en la espalda—. Y un diamante no es más que un trozo de piedra.

Ella habría querido reír. Pero necesitaba gritar.

—Cállate, Callahan.

—Con mucho gusto. —Le levantó las caderas y volvió a hundirse dentro de ella.

Cuando Roxanne abrió los ojos, la luz se había vuelto rosada con la puesta del sol. Para tener tiempo de volver a la realidad, por primera vez tomó nota de la habitación.

Solo había en ella la cama donde estaban acostados y una enorme cómoda de cerezo. A menos que se considerase la ropa que estaba desparramada por el suelo, colgada del pomo de la puerta o apilada en los rincones.

Qué típico de él, pensó. Como también lo era haberse desplazado en la cama para que ella pudiera acurrucarse contra su cuerpo.

Hubo una época en que se habría quedado directamente dormida, sintiéndose a salvo, segura y satisfecha.

Pero ahora eran personas muy distintas.

Roxanne trató de incorporarse, pero el brazo de Luke se apretó alrededor de

ella.

—Luke, esto no cambia nada.

—Querida, si quieres que te lo demuestre una vez más, será un placer para mí. Solo tienes que darme un par de minutos.

—Lo único que hemos comprobado es que seguimos sabiendo cómo satisfacer la necesidad del otro. —Casi toda su furia se había desvanecido, y ahora solo era reemplazada por un pesar profundo. Lo observó con atención y dijo—: ¿Sabes? Estoy tentada de creer en la teoría de amnesia de Lily.

—Avisame cuando quieras oír la verdad. Te la diré completa.

Ella apartó la vista.

—No habría ninguna diferencia. Nada que puedas decir puede borrar estos cinco años.

—A menos que dejes que yo lo haga. —Le tomó la cara con las manos y le fue echando hacia atrás el pelo, de modo que solo sus dedos la enmarcaban. Poseía de nuevo la suavidad y la ternura que creía olvidadas. Eso era más difícil de resistir que la pasión—. Tengo que hablar contigo, Rox. Hay tantas cosas que necesito decirte.

—Las cosas no son como antes, Luke. Han cambiado muchísimo. No podemos volver atrás, y necesito reflexionar. Se hace tarde. Tengo que volver a casa.

—Quédate.

—No puedo.

—No quieres.

—No quiero, entonces. —Se puso de pie, se alisó la camisa. Le resultaba más fácil ser fuerte cuando estaba de nuevo de pie—. Ahora, yo controlo mi vida. Puedes quedarte o puedes irte, y yo asumiré las consecuencias de cualquiera de las dos cosas. Si te debo algo, es gratitud por haberme endurecido lo suficiente como para hacer frente a todo. —Inclinó la cabeza y deseó tener en su corazón el mismo coraje de sus palabras—. Así que, gracias, Callahan.

—De nada.

—Te veré mañana —dijo y se marchó de la habitación, pero ya corría cuando llegó al descanso de la escalera.

La casa era un caos cuando Roxanne volvió. Mientras todos hablaban al mismo tiempo, ella alzó a Nathaniel y lo besó, en parte para saludarlo y en parte como disculpa por no haber estado allí para bañarlo.

—¡Callaos todos! —gritó y se hizo un silencio absoluto. Antes de que nadie tuviera tiempo de comenzar de nuevo, Roxanne señaló a Alice. Sabía que, si no podía contar con Alice para una explicación serena y razonable, todo estaba perdido.

—Empezó en realidad con *San Francisco* —comenzó a decir Alice—. La película... ya sabes, Clark Gable, Spencer Tracy. Sabes también que a la enfermera de la tarde le fascina ver por televisión películas viejas en el cuarto de tu padre.

—Sí, sí.

—Bueno, la estaba viendo mientras Lily ayudaba a tu padre a tomar su cena...

Lily interrumpió el relato cubriéndose la cara con las manos y sollozando. Roxanne sintió pánico.

—¿Papá? —Sin soltar a Nate, giró sobre sus talones y habría subido corriendo las escaleras si Alice no se lo hubiera impedido.

—No, Roxanne, tu padre está bien. Muy bien. —Para ser una mujer pequeña y de aspecto frágil, tenía mucha fuerza en las manos. Apretaba sus dedos sobre el brazo de Roxanne y no lo soltó—. Déjame que te cuente el resto antes de que subas.

—Empezó a hablar —dijo Lily desde atrás de sus manos—. Sobre... sobre *San Francisco*. Roxy, querida, me recordó a mí. Lo recordó todo. Me besó la mano... igual que solía hacerlo antes. Habló sobre una semana que pasamos en San Francisco y que comimos caviar con champán en la terraza de nuestra habitación del hotel y observamos la bruma en la bahía. Y cómo trató de enseñarme algunos trucos de cartas.

—Dios —dijo Roxanne y se llevó una mano a los labios. Sabía que su padre podía tener momentos de lucidez, pero ya no pudo apagar esa llamita de esperanza de que esta vez, duraría—. Debería haber estado aquí.

—No podías saberlo —dijo LeClerc y le tomó la mano—. Alice justo llamaba por teléfono a casa de Luke cuando entraste en casa.

—Subiré. —Le dijo a Nate, al pasárselo a Lily—. Iré a darte un beso de buenas noches.

—¿Y me contarás un cuento?

—Sí.

—¿Un cuento muy largo, con muchos monstruos?

—Sí, de guerra y con monstruos horribles. —Lo besó y lo vio sonreír. Y fue a

ver a su padre.

Max vestía una bata de seda color púrpura. Su pelo, color gris acerado, estaba cuidadosamente peinado. Se encontraba sentado frente a su escritorio, tal como ella solía encontrarlo cada vez que lo visitaba. Pero esta vez estaba escribiendo, con los trazos amplios y floridos que ella recordaba.

Roxanne miró a la enfermera que estaba levantada junto al pie de la cama, registrando las novedades en la historia clínica. Intercambiaron un movimiento afirmativo de cabeza antes de que la enfermera se marchara de la habitación y los dejara solos.

Tantos eran los pensamientos que cruzaban por la mente de Max, que él debía apresurarse a ponerlos sobre el papel antes de que se desvanecieran y se perdieran por completo.

Esa cierta posibilidad era su infierno. El esfuerzo que le demandaba luchar contra la bruma, sostener la pluma con dedos que se acalabraban con el movimiento, habría agotado a un hombre más joven. Pero Max sentía un fuego en su interior que superaba sus dificultades físicas. Su mente era de nuevo suya. Así durara ello una hora o un día, no estaba dispuesto a perder ni un momento.

Roxanne se le acercó. Tenía miedo de hablar. Miedo de que él levantara la vista y que sus ojos la miraran como si fuera una extraña. O, peor todavía, como si fuera apenas una sombra que no significaba para él más que una ilusión óptica.

Cuando su padre levantó la vista, ella primero se alarmó al verlo tan cansado, pálido y delgado. Sus ojos estaban brillantes, y Roxanne vio reconocimiento en ellos.

—Papá. —Se acercó más y cayó de rodillas junto a él, la cabeza apretada contra su pecho. Hasta ese momento no se había permitido enterarse de cuánto necesitaba sentir nuevamente los brazos de su padre alrededor de ella, cuánto extrañaba el roce de sus manos en su pelo.

Se esforzó por no llorar.

—Háblame, por favor. Háblame. Dime cómo te sientes.

—Lo siento. —Inclinó su cabeza para rozar su pelo con la mejilla. Su pequeña. Le costaba mucho tratar de recordar los años que habían pasado entre la chiquilla que era y la mujer en que se había convertido. Solo existía en su mente una bruma, un laberinto, de modo que se resignó a aceptar sencillamente que esa era su pequeña.

—Lo siento tanto, Roxanne.

—No, no. No quiero que te sientas triste.

—También estoy lleno de gratitud. Hacia ti. Hacia todos. —Le besó las manos, suspiró. No podía hablar. Realmente eran tan pocas las cosas de las que podía hablar. Pero sí escuchar—. Cuéntame qué nueva magia estás preparando.

Ella se acurrucó a sus pies, sin soltarle la mano.

—Estoy haciendo una variación del truco de «La sogá india». Algo muy

especial y dramático. Lo grabamos en vídeo para que yo pudiera estudiar mis defectos. Te confieso que me sorprendí a mí misma.

—Me gustaría verlo. Lily me dice que estás trabajando en el efecto del palo de escoba.

—Entonces sabes que él está de vuelta.

—Soñé que él estaba... —El sueño y la realidad se mezclaron de tal modo que Max no podía estar seguro—. Aquí mismo, sentado junto a mí.

—Viene a verte casi todos los días. —Roxanne habría querido ponerse en pie y caminar por la habitación, pero no soportaba la idea de soltar la mano de su padre—. Estamos trabajando juntos, temporalmente. Es un trabajo demasiado atractivo como para pasarlo por alto. En Washington D. C. se llevará a cabo una subasta...

—Roxanne —le interrumpió su padre—. ¿Qué significa para ti... el regreso de Luke?

—No lo sé. Desearía que no significara nada.

—Nada es un deseo muy triste —murmuró y sonrió—. ¿Te ha dicho por qué se fue?

—No, yo no se lo he permitido. —Intranquila, se puso de pie, pero no se alejó—. ¿Qué diferencia puede haber? Me abandonó. Nos abandonó a todos. Cuando hayamos terminado este trabajo, volverá a irse. Solo que esta vez no me importará, porque no dejaré que me importe.

—No existe en los libros ningún truco de magia que proteja el corazón, Roxy. Esta vez hay una criatura entre los dos. Mi nieto.

—No se lo he dicho. —Frente al silencio de su padre, se dio media vuelta, sorprendida de lo preparada que se sentía para presentar batalla—. ¿Lo desapruebas?

Él se limitó a suspirar.

—Siempre has tomado tus propias decisiones. Equivocada o no, es tu elección. Pero nada de lo que hagas puede alterar el hecho de que Luke es el padre de Nathaniel. No hay nada que puedas hacer, por mucho que lo desees, para cambiar eso.

Roxanne volvió a arrodillarse junto a él.

—Quizá tengas razón, pero confieso que de vez en cuando me gustaría que me dijeran qué tengo que hacer.

—Igualmente harías lo que quisieras.

—Sí, claro. Pero lo disfrutaría más si primero alguien me dijera qué debo hacer.

—Entonces yo te diré esto. El resentimiento es un puente con tramos defectuosos. Caerse de uno es mil veces mejor que no tratar de cruzarlo.

—¿Una lección gratis? —murmuró ella y, con un suspiro, apretó la mejilla contra la suya.

Roxanne se sentía un poco estremecida cuando dejó a su padre durmiendo y descendió por la escalera. Él se había fatigado mucho, y ella notó que su mente volvía a nublarse. Cuando lo arrojó en la cama, la llamó Lily.

Tenía que aceptar que era probable que su padre no recordara nada cuando despertara por la mañana. La hora que había pasado con él debía bastarle.

Se dirigió a la cocina, una sonrisa forzada en los labios.

—Vengo oliendo un maravilloso aroma a café... —Se interrumpió al ver que allí, con su familia, estaba Luke, recostado contra el mármol de la cocina, las manos en los bolsillos.

Una vez más, todos hablaron al mismo tiempo. Roxanne sacudió la cabeza y se acercó a la cocina para servirse café.

—Lo dejé dormido. Hablar durante un buen rato lo cansó mucho.

—Quizá ahora esté bien —dijo Lily—. Tal vez todo se solucionará. —La expresión que vio en los ojos de Roxanne la hizo apartar la mirada. Era muy duro sepultar la esperanza, volver a desenterrarla, para luego sofocarla de nuevo—. Ha sido maravilloso hablar de nuevo con él.

—Ya lo sé —dijo Roxanne—. Podríamos pedir que le hicieran más estudios.

Lily dejó escapar un gemido y enseguida se puso a jugar con el recipiente que estaba sobre la mesa de la cocina. Todos sabían lo penosos que eran para Max esos estudios y cómo lo desorientaban. Y lo dolorosos que resultaban para sus seres queridos.

—Podemos esperar que la nueva medicación dé resultado —prosiguió Roxanne—. O podemos dejar las cosas como están.

—¿Qué quieres hacer tú, *chère*? —preguntó LeClerc poniéndole una mano en el hombro.

—Nada —dijo ella con un suspiro—. No quiero que hagamos nada. Pero creo que debemos ponernos de acuerdo con respecto a los estudios que recomienden los médicos. —Respiró hondo y escrutó las caras de los presentes—. Sea cual sea el resultado, tuvimos el regalo de esta tarde. Debemos mostrarnos agradecidos por ello.

—¿Puedo ir a sentarme con él? —preguntó Mouse—. No lo despertaré.

—Por supuesto que puedes. —Roxanne aguardó a que Mouse y Alice se hubieran marchado para dirigirse a Luke—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué crees?

—Convinimos en que no harías visitas intempestivas porque sí —dijo ella, pero la furia en los ojos de Luke la hizo detenerse.

—No es una visita porque sí. Si quieres que explique por qué, aquí y ahora, lo haré con mucho gusto. —Notó que Roxanne todavía podía ruborizarse—. Además de eso —continuó—, cuando Lily llamó por teléfono con las novedades sobre Max, no me iba a quedar en casa matando moscas.

—Querida —dijo Lily—. Creo que Max habría querido que Luke estuviera aquí.

—Max está dormido —saltó ella—. No es necesario que te quedes aquí. Si por la mañana se siente bien, puedes pasar todo el tiempo que quieras con él.

—Muy generoso de tu parte, Roxanne.

—Primero tengo que pensar en Max. No importa lo que haya entre nosotros, tienes que creer que yo jamás te apartaría de él.

—¿Qué es exactamente lo que hay entre nosotros?

—No pienso hablar de eso ahora.

LeClerc comenzó a silbar entre dientes y a limpiar la cocina. Sabía que debería marcharse, darles privacidad. Pero la situación era demasiado interesante. Lily no se molestó en disimular. Entrelazó las manos y observó con avidez.

—Te bajaste de la cama y te fuiste sin más —dijo él—. Yo no pienso dejar esto sin resolver.

—¿Sin resolver? ¿Tú tienes la insolencia de hablarme a mí de dejar algo sin resolver? Te fuiste de casa una noche para hacer un trabajo y jamás volviste. Una variación muy astuta del viejo truco de salir a comprar cigarrillos, Callahan. Pero maldito si me impresiona.

—Tuve mis motivos.

—Tus motivos me importan un cuerno.

—Claro, lo único que te preocupa es hacer que me arrastre por el suelo —dijo él y se le acercó, aunque lo que deseaba era estrangularla—. Pues bien, no lo haré.

—No me interesa que te arrastres por el suelo. A menos que sea desnudo, y sobre trozos de vidrio. Me acosté contigo, ¿no? Fue una equivocación, una estupidez abyecta, un momento de absurda lujuria.

Él la tomó de la camiseta.

—Tal vez haya sido una estupidez o quizá fue por lujuria, por parte de los dos, querida. Pero no fue una equivocación. Y vamos a arreglar esto, de una vez y para siempre, aunque tenga que amordazarte y esposarte para que me escuches.

—Inténtalo, Callahan, y en vez de manos tendrás dos muñones sanguinolentos...

Pero él ya no la escuchaba. Roxanne vio cómo el color desaparecía de la cara de Luke hasta dejarla blanca como el papel. Los ojos que miraban por encima de su hombro se oscurecieron en un azul cobalto.

—Dios... —fue todo lo que él dijo, y la mano en la que aferraba la camiseta de Roxanne se aflojó.

—Mamá.

El corazón de Roxanne se detuvo al oír la voz de su hijo. Giró la cabeza. Nate estaba de pie junto a la puerta de la cocina, frotándose los ojos llenos de sueño

con una mano y, con la otra, arrastrando su perro de paño.

—No has venido a darme el beso de buenas noches.

—Oh, Nate. —De pronto sintió frío, mucho frío, incluso cuando se agachó para alzar a su pequeño—. Lo siento. Habría subido dentro de un rato.

—Tampoco oí el final del cuento que me leyó Alice —se quejó, bostezó y acurrucó la cabeza en el hombro de su madre.

Luke no podía quitar los ojos de encima de ese chiquillo que tenía su cara, su misma cara. Era como mirar por un telescopio y verse a lo lejos. En el pasado. En ese pasado que nunca le habían dado.

Es mi hijo, fue todo lo que pudo pensar. Dios santo. Es hijo mío.

Después de otro gran bostezo, Nate lo miró.

—¿Quién es ese? —Quiso saber.

En todos los libretos imaginados por Roxanne a lo largo de esos años, la presentación de su hijo a su padre jamás se pareció nada a lo que estaba ocurriendo.

—Ah... bueno, es... —¿Un amigo?, se preguntó.

—Este es Luke —dijo Lily—. Fue algo así como un hijo para mí cuando era chico.

—Hola —dijo Nate y sonrió. Lo único que vio fue a un hombre alto, de pelo negro estirado hacia atrás con una cola de caballo, y una cara parecida a la de los príncipes de sus libros de cuentos.

—Hola. —Luke mismo se sorprendió por lo tranquila que sonó su voz cuando el tumulto en su interior era monumental—. ¿Te gustan los perros? —preguntó y se sintió terriblemente tonto.

—Este es *Waldo* —dijo Nate y le entregó el perro de paño para que Luke lo inspeccionara—. Cuando tenga un perro de verdad lo llamare *Mike*.

—Es un nombre muy bonito —dijo Luke y rozó la mejilla de Nate con la yema de los dedos.

Con más astucia que timidez, Nate apretó la cabeza contra el hombro de su madre y le sonrió a Luke.

—¿No te gustaría un helado? —dijo.

Roxanne no pudo soportar más: ni la pena, ni la expresión maravillada en los ojos de Luke, ni su propia culpa.

—La cocina está cerrada, jovencito —dijo, y la avergonzó el impulso cobarde que sintió de salir corriendo con su hijo—. Es hora de que te vayas a la cama, Nate, antes de que te conviertas en un sapo.

—Yo lo llevaré a su cuarto —dijo Lily y extendió los brazos hacia Nate antes de que Roxanne tuviera tiempo de protestar.

Nate echó mano de todo su encanto al decirle:

—¿Me leerás un cuento? Me gusta más cuando me los lees tú.

—Por supuesto. —Lily frunció el entrecejo al advertir, divertida, que LeClerc

seguía limpiando la superficie resplandeciente de la cocina—. ¿No vienes con nosotros?

—En cuanto termine de poner todo en orden. —Suspiró cuando Lily lo miró con reprobación. No siempre era agradable ser discreto—. Sí, me iré con vosotros.

Cuando ellos desaparecieron de la cocina, Roxanne permaneció de pie frente a Luke, prisionera del silencio.

—Creo... —Carraspeó para eliminar el temblor de su voz e hizo un nuevo intento—. Creo que quiero algo más fuerte que café. —Comenzó a volverse, pero Luke la aferró por el brazo.

—Es mío. Por Dios, Roxanne, ese chico es hijo mío. Mío. Tenemos un hijo y tú me lo has ocultado. Maldita seas, ¿cómo pudiste no decirme que tenía un hijo?

—¡No estabas aquí! —gritó ella y le pegó una bofetada que asombró a ambos. Impresionada, se llevó la mano a los labios, y después dejó caer el brazo—. No estabas aquí —repitió.

—Ahora estoy aquí. Hace dos semanas que estoy aquí. «No vayas a casa sin avisar, Callahan» —dijo, y ahora en sus ojos había más que furia: había un huracán—. No lo hacías por Max. Fijabas las reglas para que yo no viera a nuestro hijo. No me lo ibas a decir.

—Sí te lo iba a decir. —No conseguía recuperar el aliento. Jamás en su vida había tenido miedo de Luke en un sentido físico. Hasta ese momento. Parecía capaz de cualquier cosa. De todo—. Necesitaba tiempo.

—Tiempo —dijo él y la levantó en vilo con esa fuerza sorprendente que asustaba a los dos—. ¿Yo he perdido cinco malditos años y tú necesitabas tiempo?

—¿Tú los has perdido? ¿Qué esperabas que hiciera yo, Luke, cuando regresaste a mi vida? Hola, qué tal, encantada de volverte a ver. Ah, lo olvidaba, eres papá. Fúmate un buen cigarro.

Él se quedó mirándola durante un momento que pareció interminable. Lo embargó la violencia, una necesidad profunda y sombría de destruir, de infligir dolor, de gritar clamando venganza. Volvió a apoyar a Roxanne en el suelo. Se dio media vuelta y abrió la puerta de par en par.

Una vez afuera, respiró hondo. Sintió un dolor intenso y profundo.

Su hijo. Su hijo lo había mirado, le había sonreído, y lo creyó un extraño.

Roxanne lo siguió hacia afuera. Curiosamente, ahora estaba tranquila. No la sorprendería que él la golpeara; en sus ojos estaba ese peligro. Se defendería si llegaba a ser necesario, pero el tiempo del miedo había pasado.

—No me disculparé por no decírtelo, Luke. Hice lo que creí mejor. Equivocada o en lo cierto, volvería a hacerlo.

Él no la miró, sino que siguió haciéndolo en dirección a la fuente.

Habían hecho ese milagro juntos, pensó. Concebido ese hijo con amor, risas y lujuria. ¿Sería por eso que era tan hermoso, tan perfecto, tan increíblemente

maravilloso?

—¿Sabías que estabas embarazada cuando me fui?

—No. Lo supe casi inmediatamente después. Estuve indispuesta esa tarde, ¿recuerdas? Resultó que sufría las típicas náuseas matinales, solo que por la tarde.

—Nunca fuiste precisamente convencional —dijo él y se metió las manos en los bolsillos, luchando por mantenerse tranquilo, por ser razonable—. ¿Fue difícil?

—¿Qué?

—El embarazo —dijo por entre sus dientes apretados. Pero todavía no pudo mirarla—. ¿Fue difícil? ¿Te sentiste muy mal?

Eso era lo último que ella esperaba que le preguntara.

—No. Tuve náuseas los dos primeros meses, pero después todo fue sencillo. Creo que nunca en la vida me he sentido mejor.

—¿Y durante el parto?

—No fue una cosa fácil, pero tampoco tan terrible. Dieciocho horas de trabajo de parto, y Nathaniel hizo su aparición en este mundo.

—Nathaniel —Luke repitió el nombre en un susurro.

—No quería ponerle el nombre de nadie conocido. Quería que tuviera uno que le perteneciera solo a él.

—Es un chico sano. —Luke seguía mirando la fuente. Casi lograba ver cada una de las gotas que se elevaban, caían y volvían a subir—. Parece... sano.

—Está espléndido. Jamás se pone malo.

—Como su madre. —Pero tiene mi cara, pensó Luke. *Tiene mi cara*—. Y le gustan los perros.

—A Nate le gusta prácticamente todo. Luke —murmuró, decidió arriesgarse y le rozó el hombro con una mano. Él se volvió con tal rapidez que Roxanne retrocedió. Pero cuando la sujetó, no fue para castigarla.

La rodeó con los brazos y la apretó contra su cuerpo. Ella le acarició el pelo y le devolvió el abrazo.

—Tenemos un hijo —susurró él.

—Sí. Tenemos un hijo maravilloso.

—No puedo dejar que me lo arrebates, Roxanne. No importa lo que pienses de mí o lo que sientas por mí, no puedo dejar que me mantengas lejos de él.

—Ya lo sé. Pero no permitiré que le hagas daño —dijo ella y se apartó—. No permitiré que te conviertas en algo tan importante para él, y que cuando te vayas le causes dolor.

—Quiero a mi hijo. Te quiero a ti. Quiero tener mi vida de nuevo. Por Dios, Roxanne, necesito que me escuches.

—No esta noche. —Pero ya él la había tomado de la mano y la arrastraba por el jardín hacia el cuarto de trabajo—. Esta noche no pienso sufrir otra tortura emocional. Suéltame.

—Yo he vivido cinco años en medio de un tormento emocional. Así que no

tendrás más remedio que aguantarte otra hora. —Abrió la puerta y arrastró a Roxanne adentro.

—¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Cómo puedes portarte así? Acabas de enterarte de que tienes un hijo, y en lugar de sentarte y que tengamos una conversación tranquila y adulta, me arrastras de un lado al otro.

—No tendremos una conversación tranquila, adulta, ni nada que se le parezca. —Tomó un par de esposas y cerró una alrededor de la muñeca de Roxanne—. Una conversación significa dos o más personas que hablan. Lo que harás tú será escucharme —dijo, le colocó la segunda esposa y sujetó ambas en un torno.

—No has cambiado nada. Sigues siendo un hijo de puta y un matón.

—Y tú sigues siendo una sabelotodo testaruda. Ahora cállate.

Él quería hablar, que hablara, pensó Roxanne. Eso no significaba que ella tuviera que escuchar. Toda su atención se concentró en liberar sus muñecas de las esposas.

—Te abandoné —comenzó a decir él—, eso no puedo negarlo. Os dejé a ti, a Max, a Lily y a todo lo que me importa en la vida y volé a México con cincuenta y dos dólares en la billetera y las ganzúas que Max me regaló cuando cumplí veintiún años.

—Olvidas varios cientos de miles en alhajas.

—No tenía ninguna alhaja. Jamás llegué a la caja fuerte. Fue una emboscada. ¿Me estás escuchando? Fue una emboscada desde el comienzo. Solo Dios sabe lo que habría ocurrido si hubieras estado allá conmigo. A pesar de lo mal que salieron las cosas, siempre agradecí que te sintieras enferma ese día y te hubieras quedado en casa.

—Emboscada, un cuerno —saltó ella y maldijo no tener la habilidad de Luke para los escapes.

—Él sabía. Sabía lo del trabajo. Sabía acerca de nosotros —dijo y miró a Roxanne—. Lo sabía todo con respecto a nosotros.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tratas de hacerme creer que Sam sabía que planeábamos robarle?

—Sabía... quería que fuéramos a robarle.

—¿Me crees tonta, Callahan? Él insinuó que sabía algo sobre nosotros hace años, la vez que lo encontramos en Washington D. C. Pero, de ser cierto, habría usado esa información. Es absurdo pensar que quería que entráramos en su casa y le robáramos las joyas de su esposa.

—Él nunca tuvo la intención de que nos lleváramos las alhajas. Vaya si usó la información. La usó para hacerme pagar por ponerme en su camino hace tantos años. Por romperle la nariz. Por humillarlo. La usó para lastimarnos a vosotros por haber tenido la osadía de recibirlo, tratar de ayudarlo y, después, rechazarlo.

Una nueva sensación comenzaba a minar el desdén de Roxanne.

—Si tenía la certeza de que éramos ladrones, ¿por qué no nos señaló con su dedo acusador? Y, en primer lugar, ¿cómo lo sospechó? ¿Cómo lo supo?

—Por mí. Hizo que Cobb me chantajeara.

—¿Quién?

—Cobb. El tipo que vivía con mi madre cuando yo me fui. El tipo que me apaleó hasta que perdí el conocimiento. El que me encerraba en el armario, o me encadenaba a las tuberías del baño. El que por veinte dólares me vendió a un degenerado borracho.

Roxanne palideció. Lo que Luke decía ya era bastante espantoso, pero tener que oírlo recitado con esa voz monótona y sin sentimiento le heló la sangre.

—Luke. Luke, sácame estas esposas.

—No hasta que lo hayas oído todo. Esa noche... ¿recuerdas aquella noche, en medio de la lluvia, Rox? La noche que me contaste que ese hijo de puta había tratado de forzarte. Y yo me volví loco porque sabía lo que era eso. No podía soportar la idea de que nadie te lastimara de esa manera. Y te abracé. Y te besé. Traté de no hacerlo pero lo deseaba tanto. Deseaba tanto todo lo que tuviera que ver contigo. Por un minuto, un solo minuto, creí que todo saldría bien.

—Salió bien —murmuró ella—. Fue maravilloso.

—Entonces lo vi. Pasó junto a nosotros y me miró. Supe que nada saldría bien, te aparté de mí y fui tras él.

—¿Qué...? —Roxanne se mordió el labio, al recordar lo borracho que estaba Luke aquella noche al volver a casa—. No lo habrás...

—¿Matado? —La sonrisa de Luke la asustó—. Habría sido más simple hacerlo. ¿Qué edad tenía yo? ¿Veintidós, veintitrés años? Dios, podría haber tenido doce por lo mucho que me asustaba. Quería dinero... así que le di dinero.

—¿Le pagaste? —preguntó ella con cierto alivio—. ¿Por qué?

—Para que no dijera a nadie lo que sabía. Para que no acudiera a los medios de prensa a informarles que yo me había vendido.

—Pero tú no...

—¿Qué importa cuál era la verdad? Me habían vendido. Me habían usado. Eso me daba vergüenza. Vergüenza que sigo sintiendo aún hoy.

—Pero si no hiciste nada.

—Fui una víctima. A veces eso es suficiente —dijo y se encogió de hombros—. De modo que le pagué. Cada vez que me enviaba una postal, yo le mandaba de vuelta la cantidad que figuraba en ella. Cuando viniste a vivir conmigo, me aseguré siempre de ser yo el que recibía la correspondencia. Por si acaso.

—Un minuto. Espera un minuto. ¿Lo que dices es que por esa época te seguía chantajeando? ¿Pasó durante mucho tiempo y jamás me lo dijiste? ¿No confiabas lo suficiente en mí para compartir lo que te pasaba?

—Sentía vergüenza. Vergüenza por lo que me había pasado, vergüenza de no tener suficientes agallas para mandarlo a paseo. Me aterraba la idea de que se

podiera cansar y entonces hacer realidad su amenaza de decirle a la prensa que Max había... —Se interrumpió, maldiciéndose a sí mismo. No había tenido intención de llegar tan lejos.

Tanto la vergüenza como la furia le hicieron un nudo en el estómago mientras aguardaba.

Roxanne respiró hondo. Tenía miedo de saber lo que vendría a continuación. Pero debía estar segura.

—¿Que Max había hecho qué, Luke?

Está bien, pensó él, se lo diré todo. Ya no podrá decir que no confío en ella.

—Que Max había abusado sexualmente de mí.

La furia le fue borrando el color de la cara hasta dejársela completamente blanca. Pero sus ojos brillaban con intensidad.

—¿Habría sido capaz de decir eso? ¿Habría mentido de esa manera sobre ti y papá?

—No lo sé. Pero no podía arriesgarme a que lo hiciera, así que le pagué. Y, al pagarle, empeoré mucho las cosas.

Ella cerró los ojos.

—¿Qué podía ser peor que eso?

—Ya te dije que Wyatt me echó encima a Cobb, pero era él quien manejaba la situación. Yo no lo sabía, aunque debería haber supuesto que Cobb no tenía la inteligencia suficiente para haber pensado en ese chantaje. Cada vez que se les ocurría, yo pagaba. Sin hacer preguntas. Eso no hizo feliz a Wyatt. Y decidió realizar investigaciones para averiguar cómo hacía yo para pagar más de cien mil dólares al año sin protestar.

—Cien mil... —La sola idea la espantaba.

—Habría pagado el doble con tal de no perderte. Y para que no vieras que yo había sido un cobarde. Que alguien había forjado una cadena de la que yo no podía escapar. Me habían usado.

—Lo sabía. Te dije que lo supe desde siempre.

—Pero no sabías lo que eso me hizo a mí. Adentro. Las cicatrices que tengo en la espalda son solo un recordatorio del lugar de donde procedía. Pero no quería que vieras más allá de ellas. Quería ser invencible para ti... para mí. Fue orgullo, y Dios sabe cuánto pagué por eso.

—¿De veras crees que eso habría cambiado lo que siento por ti?

—Cambió lo que yo sentía hacia mí. Wyatt lo entendió. Y lo usó. Como estudiaba cada movimiento que yo hacía, vio el designio oculto detrás de mi conducta. Tuvo meses para preparar la emboscada. Supongo que por eso le salió tan bien.

Ella ya no luchaba, y a no se sentía furiosa. Estaba atónita.

—Sabía que te presentarías esa noche.

—Lo sabía. Me estaba esperando en su oficina. Tenía una pistola. Supuse que me mataría y así terminaría todo. Pero sus planes eran diferentes. Me ofreció un coñac. El muy hijo de puta me ofreció una copa y me dijo todo lo que sabía. Me pintó un cuadro de lo que yo sentiría si a ti y a Max los enviaban a la cárcel. Yo

empezaba a sentirme mal. Creo que pensé que era debido a la situación, pero era por el coñac.

—¿Te había drogado? Dios santo.

—Mientras yo seguía sentado allí, tratando de calcular mis posibilidades, entró Cobb. En ese momento supe de la asociación de ambos. Rox, Sam le dijo a Cobb que se sirviera un copa. Y después... después lo mató. Le apuntó con el arma, apretó el gatillo y lo mató.

—Él... —Roxanne cerró los ojos. Al abrirlos, comenzó a ver bien—. Él te iba a cargar con ese homicidio.

—Era perfecto. Yo perdí el conocimiento, y cuando volví en mí, lo vi empuñar una pistola diferente.

Más sereno de lo que esperaba, Luke se sentó en un banco y encendió un cigarro mientras le contaba el resto a Roxanne.

—Así que me fui. Desaparecí. Pasé cinco años tratando de olvidarte y sin conseguirlo. Recorrí el mundo, Rox. Asia, América del Sur, Irlanda. Traté de embotarme con el alcohol, pero nunca me gustaron las consecuencias de la borrachera. Intenté hacerlo con el trabajo.

» Hace alrededor de seis meses, ocurrieron algunas cosas. Me enteré de la situación en que se encontraba Max. Te ocupaste de mantenerlo bien oculto.

—Mi vida personal es mía. No la comparto con la prensa.

—Supongo que por eso jamás supe de Nate.

—Tampoco comparto a mi hijo con el público.

—Nuestro hijo —la corrigió él y la miró—. La otra cosa que descubrí fue que Wyatt se postularía para senador en las próximas elecciones. Tal vez fue porque estaba cansado después de esos cinco años, o porque me volví astuto, lo cierto es que me puse a pensar y a trazar planes. Conocer a Jake me vino bien. Hasta ese momento vivía con lo que ganaba como el Fantasma. No podía tocar el dinero que tenía depositado en una cuenta suiza porque no tenía los números, y no había forma de conseguirlos. —Sonrió—. Pero Jake se puso a trabajar en eso y la vida se hizo más fácil. El dinero facilita las cosas, Rox. Y me conseguiré lo que quiero.

—¿Qué?

—Además de ti, digamos que justicia. Nuestro viejo amigo pagará su deuda.

—No se trata, entonces, solamente de la piedra, ¿verdad?

—No. La quiero para Max, pero no es solo eso. Tengo una forma de llegar a él. Me ha llevado mucho tiempo planearlo, y te necesito a ti para que funcione. ¿Sigues conmigo?

—Él me robó cinco años. Me separó del padre de mi hijo. ¿Hace falta que me lo preguntes?

Él sonrió, se inclinó hacia adelante para besarla, pero ella apartó la cabeza.

—Tengo que preguntarte algo, Callahan, así que aléjate y escúchame.

Él se separó algunos centímetros.

—¿Estás aquí porque yo soy una parte necesaria del plan?

—Lo que tú eres, Roxanne, es imprescindible. —Se deslizó de la mesa y giró para acariciarle la parte exterior de los muslos—. Vital. —Como ella todavía tenía girada la cabeza, él se contentó con mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Hubo otras mujeres.

—Me lo imagino —dijo ella con sequedad.

—Pero solo fueron pobres y pálidas ilusiones. Humo y espejos, Rox. No hubo un solo día en que no te deseara. —Deslizó las manos a su cintura, y la obligó a girar la cabeza al estamparle besos en la mandíbula—. Te he amado desde siempre, desde que te conocí.

Sintió que ella se ablandaba cuando le deslizó las manos debajo de la camiseta para acariciarle las costillas.

—Cuando me fui, fue por ti. Volví por ti. No hay nada que puedas decir o hacer para obligarme a dejarte de nuevo.

Con los pulgares, le rozó apenas la parte inferior de los pechos.

—Esta vez, te mataré si lo intentas, Callahan. —Desesperada, apoyó su boca en la de él—. Lo juro. No dejaré que me hagas el amor de nuevo a menos que esté segura de que te quedarás.

—Nunca dejaste de amarme. —La excitación crecía, era casi intolerable. Le tomó los pechos y empleó los pulgares para jugar con sus pezones—. Dilo.

—Yo quería dejar de amarte. —Echó la cabeza hacia atrás con un gemido cuando él comenzó a besarle el cuello—. Eso quería.

—Di las palabras mágicas —volvió a pedirle él.

—Te amo. Siempre te he amado. Jamás dejé de hacerlo. Ahora, sácame estas malditas esposas.

—Tal vez. —Le tironeó del pelo hasta que ella abrió los ojos y centró su mirada en los suyos—. Tal vez más tarde.

Y la besó apasionadamente.

La primera vez todo había sucedido muy rápido, puros estallidos, fuego y necesidad. Ahora quería saborearlo. Quería enloquecerla paso a paso, centímetro a centímetro.

Jugueteó en su cuello con la lengua, mientras sus manos la recorrían con actitud posesiva.

—Si no te gusta, pararé —murmuró—. ¿Quieres que me detenga?

—No lo sé. —¿Cómo podía esperar Luke que ella siquiera pensara en semejante estado?—. ¿Cuánto tiempo me das para que lo decida?

—Te daré tiempo más que suficiente.

Lo cierto era que ella no tenía pensamientos, ni voluntad, ni razón. Saber que su cuerpo era de Luke encendió miles de pequeñas fogatas en su sangre, que quemaban como una droga. Quería ser tomada, explotada para placer de ambos, y conquistada.

Un gemido brotó de su garganta cuando él le rasgó la camiseta. Trató de defenderse, pero las manos y la boca de Luke fueron exquisitamente suaves.

Las sensaciones se convirtieron en emociones violentas que se intensificaban peligrosamente. Cada vez, cada vez que estaba a punto de llegar a ese maravilloso pico final, él se apartaba y la dejaba jadeando y enloquecida.

Era maravilloso verla, apreciar todo lo que se reflejaba en su rostro, sentir cada emoción que le estremecía el cuerpo, oírle murmurar su nombre una y otra vez.

El poder de Roxanne era más fuerte precisamente porque ella no sabía que lo poseía. Su entrega hacía que él se convirtiera, al mismo tiempo, en su prisionero.

Lentamente, Luke le fue bajando los pantalones por las caderas, mientras exploraba cada nuevo centímetro de piel que quedaba expuesto, y la acariciaba con los dientes y la lengua y las yemas de los dedos, hasta que Roxanne se estremeció con violencia en su primer orgasmo.

—Te amo, Roxanne —dijo—. Siempre tú —murmuró, y las manos que había liberado se cerraron alrededor de él—. Solo tú.

La entrega de ambos fue total.

Le molestaba que no le permitiera pasar las noches con ella, y tampoco quisiera pasar las suyas con él. Luke necesitaba mucho más que la intimidad del sexo. Necesitaba recurrir a ella por la noche, verla despertar por la mañana.

Pero Roxanne se mantuvo firme, y no le dio sus motivos.

Ya no ponía restricciones a sus visitas a la casa de Chartres. Había motivos para ello. Todos estaban muy tristes por el agravamiento de Max, y los días en que él era internado para que le realizaran exámenes resultaban insoportablemente largos. Roxanne sabía que el hecho de tener a Luke cerca levantaba el ánimo a todos, incluyéndola a ella, por supuesto. Quería darle a Nate la oportunidad de conocerlo como hombre, antes de que tuviera que aceptarlo como padre.

Trabajaban juntos. Cuando pasó una semana, y después dos, el espectáculo que habían creado comenzó a afianzarse. Prepararon con la misma meticulosidad lo que harían en la subasta. Roxanne tuvo que reconocer que Luke había planeado todos los detalles con total precisión y habilidad. Quedó también gratamente impresionada con la primera de las piezas falsificadas que llegó de Bogotá.

—Buen trabajo —le dijo, mostrándose deliberadamente poco entusiasta con la perfección de la tiara de diamantes y el collar de rubíes. Se puso las joyas, de pie frente al espejo del dormitorio de Luke, y comentó—: Un estilo demasiado pesado para mi gusto, por supuesto, pero están bastante bien. ¿Cuánto nos ha costado?

—Cinco mil.

—Cinco mil. —Levantó las cejas—. Es mucho dinero.

—El tipo es un artista —dijo él con una sonrisa al verla fruncir el entrecejo y jugar con las piedras falsas—. Las auténticas cuestan más de ciento cincuenta mil, Roxy. Cubriremos de sobra los gastos.

—Eso espero. —Tuvo que reconocer, por lo menos para sí, que sin el equipo necesario para verificar su autenticidad, esas imitaciones la habrían engañado. No solo parecían auténticas sino que el engarce parecía de veras antiguo—. ¿Cuándo podemos esperar el resto?

—Llegarán a tiempo.

—Roxanne, pienso ver a Nate todo lo posible. Seré una parte de su vida. Tengo que hacerlo —insistió Luke—. Pero no te culpo demasiado por querer castigarme.

—No quiero castigarte. Bueno, tal vez sí, no estoy segura, y eso es lo peor de todo. Tratar de saber qué hacer, qué es lo mejor, y después verte con él y recordar todo el tiempo perdido. Confieso que me duele verte con él, pero no de la manera que tú crees. Me duele como duele contemplar un amanecer, o escuchar música. Nate mueve la cabeza igual que tú. Siempre fue así, y eso me destrozó el corazón. Tiene tu sonrisa, tus ojos, tus manos. Yo solía mirárselas cuando estaba dormido, contarle los dedos y mirarle las manos. Y echarte muchísimo de menos.

—Rox. —Pensaba, confiaba en que habían pasado lo peor la noche en que le había contado todo a ella—. Lo siento.

—Jamás lloré por ti. Ni una sola vez en estos cinco años me permití derramar una lágrima por ti. Fue por orgullo. Me ayudó a pasar la peor parte. Tampoco lloré cuando volviste. Cuando me contaste lo que había pasado, sentí mucha pena y traté de entender lo que debiste de sentir tú. Pero, maldito seas, Luke, hiciste mal. Deberías haber vuelto a casa. Deberías haber regresado y habérmelo contado todo. Yo me habría ido contigo. Me habría ido a cualquier parte contigo.

—Ya lo sé. —Él no podía tocarla ahora, por mucho que lo necesitara. Le pareció tan frágil que tuvo miedo de quebrarla—. Lo supe entonces, y estuve a punto de volver. Podría haberte llevado lejos, lejos de tu familia, lejos de tu padre. Para ello, no debía importarme el hecho de que estuviera enfermo, de que le debía a él y a todos vosotros lo que yo tenía de bueno. Podría haberme arriesgado a que Wyatt me hiciera buscar por la policía en cualquier momento, acusado de homicidio. Pero no lo hice. No pude.

—Yo te necesitaba. —Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y se cubrió la cara con las manos para dejar que brotaran libremente—. Te necesité

tanto.

Entonces sí, él la abrazó.

Poco a poco, los sollozos fueron convirtiéndose en llanto, y las violentas sacudidas, en estremecimientos.

—Necesito estar sola —susurró Roxanne a través de su garganta seca.

—No. Ya no. Nunca más, Roxanne.

Ella se sentía demasiado débil para discutir. Después de suspirar, apoyó la cabeza contra el hombro de Luke.

—Detesto esto.

—Ya lo sé —dijo él y la besó en la sien—. ¿Recuerdas la vez que descubriste que Sam te había usado? Lloraste entonces, y no sabías cómo resolverlo.

—Tú me protegiste. Y le rompiste la nariz.

—Sí. Haré mucho más esta vez. Es una promesa.

Pero ahora ella no estaba en condiciones de pensar en eso. Se sentía vacía y extrañamente libre.

—Me resultó más fácil darte mi cuerpo que decirte todo esto. —Cerró sus ojos hinchados, y las caricias de la mano de Luke sobre su pelo la tranquilizaron—. Podría decirme que fue solo lujuria, y que si todavía había amor entreverado con ella, yo podía estar controlando la situación. Pero me daba miedo permitir que fueras mi amigo de nuevo. Deja que me vaya a lavar la cara. Déjame sola un momento.

—Rox...

—No, por favor. Hay algo que necesito hacer. Dame media hora.

Lo besó con mucha ternura, antes de que Luke pudiera esgrimir un argumento para quedarse junto a ella.

—Volveré.

Esta vez, Roxanne sonrió.

—Cuento con ello.

Luke le trajo flores. Tal vez fuera un poco tarde para las flores y el cortejo de un enamorado, pues eran amantes, socios y compartían un hijo, pero, como Max podría haber dicho, mejor tarde que demasiado pronto.

Hasta entró por la puerta principal en lugar de hacerlo por la cocina. Como un pretendiente que iba de visita formal, se pasó la mano por el pelo y tocó el timbre.

—Callahan. —Roxanne abrió la puerta y se echó a reír—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a invitar a una mujer hermosa a cenar conmigo. —Le dio las rosas y, con una gran reverencia, en sus manos apareció un *bouquet* de flores de papel.

—Oh. —Eso la conquistó: la sonrisa encantadora, el saludo formal, el enorme ramo de fragantes pimpollos de rosa y el truco tonto. Ese cambio de rutina

enseguida la hizo desconfiar—. ¿Qué te traes entre manos?

—Ya te lo dije. He venido a invitarte a salir.

—Tú... —Otra carcajada—. Muy bien. En veinte años, jamás me invitaste a salir. ¿Qué es lo que quieres?

No era fácil cortejar a una mujer que se reía a carcajadas.

—Llévate a cenar. Y, quizá, dar un paseo después con el coche... a algún lugar donde podamos aparcar al lado del camino.

—No puedo aceptar tu invitación. Tengo otros planes. —Bajó la cabeza para aspirar la fragancia de las rosas. Antes de tener tiempo de disfrutar de ese perfume, volvió a levantar la cabeza—. No me habrás traído flores solo porque lloré, ¿verdad?

—Cualquiera diría que nunca te he traído flores.

—No lo has hecho. Pero vamos, entra. Cenaremos aquí.

—Rox, quiero estar a solas contigo, no en una casa llena de gente.

—Toda esa gente ha salido y, que Dios te pille confesado, Callahan, y yo cocino esta noche.

—Fantástico —dijo él con una sonrisa.

—Entremos. Tengo algo para ti.

—Si no quieres ponerte a cocinar, querida, podríamos comer afuera. —La siguió a la sala y vio al chiquillo sentado en el borde del diván—. Hola.

—Hola. —Nate se quedó observándolo un buen rato con total intensidad—. ¿Cómo es que no vives aquí si eres mi papi?

—Yo... —Emocionado hasta el alma, Luke solo pudo mirarlo fijamente.

—Mamá me dijo que tuviste que irte por mucho tiempo porque un tipo malo te perseguía. ¿Lo mataste de un tiro?

—No. —Tenía que tragar, pero no pudo. Tanto su hijo como la mujer que amaba lo esperaron pacientemente—. En vez de hacer eso, me pareció mejor hacerle una jugarreta. No me gusta dispararle a la gente. —Se sintió incómodo y miró a Roxanne—. Rox. —Con sus ojos le suplicó ayuda, pero ella sacudió la cabeza.

—A veces la única forma es enfrentar al toro —murmuró ella—. Nada de ensayos, Callahan. Ni de libreto ni de trucos.

—Está bien. —Con piernas tambaleantes se acercó al diván y se puso en cuclillas frente a su hijo. Sintió que el sudor le corría por la espalda—. Lamento no haber estado aquí contigo y con tu madre, Nate.

Nate sintió una cosa rara en el estómago desde que su madre lo había sentado y le había dicho que tenía un papá.

—A lo mejor no pudiste evitarlo —murmuró Nate mientras tironeaba los hilos del agujero que tenía en la rodilla de los vaqueros.

—Igualmente, sin embargo, lo lamento. No porque vosotros me necesitarais. Tú ya estás bastante crecido. Bueno, pero nos llevaremos bien, ¿no?

—Sí... supongo —contestó Nate.

—Podríamos ser amigos si te parece bien. No hace falta que me trates como a un padre.

Cuando Nate lo miró, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿No quieres que te trate como a un papá?

—Sí. —Le dolía la garganta. Sintió un bálsamo en su corazón—. Sí, vaya si lo quiero. Lo quiero muchísimo —dijo y tomó la cara de su hijo en sus manos.

El chico gritó de placer cuando Luke lo agarró de las manos y lo balanceó bien alto. Después, se acercó a Luke y le murmuró al oído:

—¿No podrías decirle a mamá que tengo que tener un perro? ¿Un perro bien grande?

—Lo intentaré. Ahora, ¿qué tal si me das un buen abrazo?

—Está bien.

Nate apretó fuerte los brazos alrededor del cuello de Luke. Todavía sentía algo raro en la barriga, y esa sensación se le había corrido al pecho. Pero pensó que no era una sensación fea. Suspiró y acurrucó la cabeza en el hombro de su padre.

—Estoy tratando de concentrarme —dijo Roxanne y movió la mano por encima del hombro para apartar a Luke, que respiraba sobre su nuca.

—Y yo, de invitarte a salir.

—Parece que últimamente estás muy salidor. —Se echó hacia adelante y movió la lámpara que estaba sobre el escritorio de su padre. Desplegados delante de ella se encontraban los planos de la galería de arte. Todavía debían decidir por dónde entrar.

—De arriba hacia abajo, Callahan. Tiene sus razones. La muestra será en el segundo piso, así que ¿por qué entrar por la planta baja y subir?

—Porque de ese modo podemos subir por las escaleras en lugar de colgar de una soga a cinco metros del suelo.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Te estás poniendo viejo.

—Nada de eso. Sucede que ahora soy padre, y tengo que tomar ciertas precauciones.

—Entraremos por el techo, papi.

Él sabía que era el lugar más indicado, pero disfrutaba de la discusión.

—Tendríamos que subir allí a Jake. Y las alturas no le gustan nada.

—Entonces habrá que vendarle los ojos. —Golpeó el lápiz contra el plano—. Aquí, la ventana del este, segundo piso. Ya estoy adentro, haciendo tiempo en el depósito hasta el momento adecuado. Entro en la sala de vigilancia justamente a las 11.17, lo cual me da exactamente un minuto y treinta segundos para manipular la cámara seis antes de que suene la alarma.

—No me gusta la idea de que tengas que ocuparte de eso.

—No seas tan machista, Luke. Sabes de sobra que soy mejor que tú en todo lo que tenga que ver con la electrónica. Después, cambio las cintas de vigilancia —dijo y sonrió—. Ojalá pudiera observar la cara del guardia cuando vea el video preparado por Mouse.

—Eso es de aficionados, querida.

—Cállate, Callahan. Después, siempre y cuando Jake y Mouse hayan hecho lo suyo, me ocupo de abrir la ventana desde adentro. Entonces entras tú, mi héroe —dijo y le hizo una caída de ojos.

—Y tenemos seis minutos y medio para abrir la vitrina, sacar el botín y reemplazarlo con nuestras imitaciones.

—Después, desaparecemos sin dejar rastros. Tú y yo volvemos a nuestra habitación del hotel y follamos como locos.

—Dios, cómo me gustas cuando hablas con esa crudeza. Todavía tenemos que afinar un poco los tiempos.

—Nos quedan varias semanas. —Roxanne extendió los brazos, los levantó y

los entrelazó detrás de la nuca de Luke—. Piensa en esas joyas maravillosas. Todas nuestras, Callahan.

Él hizo una mueca, suspiró y se enderezó.

—Hay algo que quiero decirte desde hace mucho, Rox. —No podía saber cuál sería la reacción de ella, así que había adoptado la actitud más cómoda y cobarde: postergar las cosas—. ¿Quieres un coñac?

—Sí, claro. —Volvio a desperezarse. Era casi la una de la mañana. La casa estaba en silencio, y el vestíbulo totalmente a oscuras. Por un momento pensó en seducir a Luke allí mismo, en el diván, y sonrió cuando él le entregó la copa de coñac.

—¿Seguro que quieres hablar?

Él conocía esa mirada, ese tono, y casi cayó en la trampa para eludir el tema.

—No, pero creo que tenemos que hacerlo. Es sobre el lote que robaremos de la galería de arte.

—Mmmm.

—No nos quedaremos con él.

Ella se atragantó con el coñac. Luke le golpeó la espalda y cruzó los dedos.

—Dios, no hagas chistes malos mientras bebo.

—No es un chiste, Rox. No nos quedaremos con esas joyas.

También ella conocía esa mirada, ese tono. Significaba que Luke había tomado una decisión sobre algo y estaba dispuesto a defenderla.

—¿De qué demonios hablas? ¿Qué sentido tiene robarlas si no nos las guardaremos?

—Ya te he dicho que ese robo era solo una táctica de distracción para el trabajo en lo de Wyatt.

—Por supuesto, y por cierto muy fructífero.

—Sí, pero en un sentido monetario. No para nosotros.

Ella bebió más coñac, pero con eso no logró aliviar el repentino escalofrío que sintió.

—¿Me puedes explicar qué haremos con más de dos millones de dólares en joyas, Callahan, joyas que nos costará aproximadamente ochenta mil dólares robar?

—Plantárselas. Son elementos muy importantes para el golpe con que sueño desde hace casi un año.

—Un golpe. —Roxanne se puso de pie para poder caminar, serenarse y pensar—. Sam. Se las plantarás a Sam. Esa es tu justicia, ¿no? Es lo que tenías pensado todo el tiempo.

—He trabajado durante meses en todos los detalles. Cada pieza depende de las demás.

—¿Estuviste trabajando en eso, dices? —Roxanne se sintió traicionada, luchó

contra ese sentimiento con todas sus fuerzas, porque no estaba segura de poder sobrevivir una vez más a esa clase de pérdida—. Entonces volviste por eso. Para vengarte de Sam.

—Tú eres la razón por la que volví. —No le gustó el frío que percibió en la voz de Roxanne, ni la vulnerabilidad que intuyó detrás de esa voz. Detestaba tener que volver a dar explicaciones—. Ya te dije por qué me fui, Rox, y por desgracia no puedo recuperar los años perdidos. Pero no estoy dispuesto a perderte de nuevo, y no pienso arriesgar a mi familia. —Vaciló. Lo más probable era que ella lo cortara en pedacitos, pero tenía que decírselo todo—. Por eso fui a ver a Wyatt antes de venir a Nueva Orleans.

—¿Lo viste? —Desconcertada, se pasó una mano por el pelo—. ¿Fuiste a verlo y no consideras que eso es arriesgarlo?

—Hice un trato con él. Había pensado sobornarlo con dinero. Un millón de dólares por un plazo de gracia de un mes.

—Un millón...

—Pero no lo aceptó —la interrumpió Luke—. O, mejor dicho, no aceptó eso solo. Así que hicimos un trato. Consintió en darme tiempo, hasta justo antes de la elección, si yo le proporcionaba fotografías comprometedoras de Curtís Gunner. Había que hacer un montaje, desde luego, pues Gunner es un tipo muy recto. Wyatt también quiere documentos que incriminen a Gunner en negocios ilícitos y en relaciones prohibidas. Lo que yo tengo que hacer es fabricarlos y sacarlos a la luz justo antes de que la gente deposite su voto.

Roxanne suspiró y se sentó en el brazo del sofá. Ahora necesitaba el coñac, y bebió un buen trago.

—¿Ese fue el precio que tuviste que pagar por volver?

—Si yo no aceptaba, no podía estar seguro de lo que él podría haceros a ti, a Max, a Lily, a todos los que amo. —Luke la miró a los ojos—. Además está Nathaniel. No hay nada que yo no hiciera para mantenerlo a salvo. Nada.

Roxanne sintió miedo.

—Él no lastimaría a Nate. Él... Por supuesto que lo haría. Bueno, sé que debemos hacer lo que haga falta, pero nunca antes habíamos perjudicado a personas inocentes. No me resigno a hacerlo ahora. Ya encontraremos otra manera.

Luke estaba seguro de que nunca la había amado más que en ese momento. Era una mujer que siempre protegería lo que era suyo, siempre, y jamás transgrediría su propio código de ética.

—Jake ya está falsificando los documentos que yo colocaré, junto con las joyas, en la caja fuerte de Wyatt. Pero no serán exactamente lo que él espera —agregó antes de que ella tuviera tiempo de protestar—. Las fotografías iniciales de Jake son bastante buenas, y solo necesita perfeccionarlas un poco. Pero, en general, Wyatt salió muy bien. Hay una en particular, de él con taparrabo de

cuero negro y botas, que me encanta.

—¿Sam? ¿Estás poniendo a Sam en las fotos? —En sus labios comenzó a dibujarse una sonrisa—. Piensas traicionarlo y utilizar su plan para arruinarlo políticamente.

—Bueno, no tengo nada contra Gunner, y mucho contra Wyatt. Me pareció un buen acto de justicia. Además de las fotos y los documentos, algunos de los cuales incriminarán a Wyatt en una serie de robos con los que estás muy familiarizada, he estado depositando dinero en dos cuentas de bancos de Suiza. En cuentas que están a su nombre.

—Muy astuto —murmulló ella—. Has pensado en todo. Pero no te molestaste en informarme a mí.

—No, no lo hice. Quería asegurarme que me seguirías, Rox. Supuse que el plan inicial te intrigaría, sería un desafío para ti. Esperaba que, cuando te lo contara todo, confiarías en mí. Tienes ganas de enfadarte porque te oculté información, y tienes todo el derecho del mundo. Siempre y cuando estés dispuesta a participar de esto conmigo.

Ella lo pensó y se dio cuenta de que su enojo había disminuido. La belleza del golpe la fascinó. Ella no podría haberlo planeado mejor.

—A partir de esta noche, Callahan, estamos en esto a medias o no hay trato.

—De acuerdo.

Ella levantó su copa para hacer un brindis.

—Por Nouvelle y Callahan.

Él chocó su copa y los dos se miraron a los ojos mientras bebían.

—¿No estabas a punto de seducirme antes de que yo te interrumpiera?

—Ahora que lo mencionas... —dijo Roxanne y apartó su copa—. Lo estaba.

Luke permanecía de pie junto a la silla de Max, y miraba por las puertas-ventana; se preguntaba qué vería él a través del vidrio: ¿los edificios de ese sector de la ciudad, el balcón lleno de flores que estaba del otro lado de la calle, esos trozos de cielo gris que prometían lluvia? ¿O era algo más, algún recuerdo lejano en el tiempo?

Desde su recaída, la mente de Max se había hundido cada vez más en su mundo interior. Rara vez hablaba, aunque en ocasiones lloraba en silencio. Su cuerpo también se deterioraba y adelgazaba cada vez más.

Sabía que Roxanne se había despedido de su padre y estaba ahora abajo con Nate, controlando el equipaje para la semana que pasarían en Washington D. C. Ahora que estaba un momento a solas con Max, Luke no sabía qué decir.

—Ojalá pudiera venir con nosotros —dijo Luke, mirando siempre por la ventana. Le resultaba muy penoso mirar a Max, a su rostro inexpresivo, esos dedos en forma de garras que se movían sin cesar como si estuvieran

manipulando monedas—. Me sentiría mucho más tranquilo si hubiera podido repasar el plan con usted. Creo que le gustaría: tiene drama, emoción, brillo. He estudiado con mucho cuidado cada detalle. —Al escuchar mentalmente la voz de su mentor, Luke sonrió—. Ya sé, ya sé. Hay que calcular los riesgos y prepararse para las sorpresas. Le haré pagar a ese hijo de puta por los cinco años que me arrebató, Max. Que nos quitó a todos. Y le conseguiré a usted la piedra y se la pondré en las manos. Si hay en ella magia, usted la encontrará.

Luke no esperaba una respuesta, pero se obligó a ponerse en cuclillas y mirar esos ojos que una vez le ordenaron entrar en una carpa, que probara, que se arriesgara. Estaban tan oscuros como siempre, pero el poder había desaparecido de ellos.

—Quiero que sepa que cuidaré de Roxanne y de Nate. Y de Lily y Mouse y LeClerc. A Rox no le gustaría oírme decir esto; ella ha hecho un buen trabajo al ocuparse de todo. Pero ya no tendrá que seguir haciéndolo sola. Nate me llama papá. No sabía que ello podía significar tanto. —Con suavidad y ternura, cubrió esas manos nudosas con las suyas—. Papá. Nunca lo llamé así. Pero usted es mi padre. —Luke se echó hacia adelante y besó esa mejilla apergaminada—. Te quiero, papá.

No hubo respuesta. Luke se puso de pie y se marchó en busca de su propio hijo.

Max siguió mirando a través del vidrio, incluso cuando una lágrima brotó de sus ojos y surcó la mejilla que Luke había besado.

Jake tecleó otra secuencia en su ordenador portátil y soltó un grito de felicidad.

—¿Qué te dije? ¿Qué te dije, Mouse? Siempre hay una puerta trasera.

—¿Has entrado? ¿Realmente has conseguido entrar? —Lleno de admiración, Mouse espió por encima del hombro agachado de Jake—. La gran siete.

—El Banco de Inglaterra. Te apuesto a que Charles y *lady* Di tienen una cuenta. Dios, todas esas maravillosas libras esterlinas.

Mouse era un asiduo lector de las revistas en las que se mencionaba a las celebridades, y era fanático de la princesa de Gales.

—¿No puedes ver cuánto tienen, Jake? Deberías transferir algo de la cuenta de él a la de ella. En mi opinión, él no es suficientemente bueno con la princesa.

—Por supuesto. ¿Por qué no? —Jake colocó las manos sobre el teclado, pero se detuvo cuando Alice carraspeó.

—Me parece que le prometiste a Luke no usar el ordenador para meterte en los asuntos de los demás. —No levantó la vista, sino que continuó tejiendo muy tranquila en el sofá, en el otro extremo de la *suite*.

—Está bien. Solo estoy practicando —dijo Jake y puso los ojos en blanco en dirección a Mouse—. Le enseñaba a Mouse alguno de los trucos que esta

maravilla puede hacer desde que le hicimos algunos ajustes.

—Me parece bien. Mouse, no creo que a Diana le gustara que invadieras de ese modo su vida privada.

—¿No? —Miró a su esposa, que se limitó a levantar la cabeza y sonreír—. No, supongo que no. —Derrotado, suspiró—. Se supone que verificaremos la cuenta suiza —le recordó a Jake.

—Está bien, está bien. Él quiere que transfiera diez mil dólares de su cuenta a la de ese sinvergüenza. Eso me pone malo. Le dije que podía sacar el dinero de la cuenta de algún director general de una empresa, pero no quiso. Luke quiere pagar por la operación. Ese hombre es una mula.

—Es una cuestión de orgullo —murmuró Alice.

—Es una cuestión de diez mil dólares —dijo Jake y la miró—. Lo malo es que con esto no ganaremos ni un centavo. ¿No te parece que deberíamos sacar una ganancia razonable?

—Obtendremos una satisfacción —dijo Mouse e hizo que su esposa se llenara de orgullo—. Eso es mejor que el dinero.

—La satisfacción no te permitirá comprarte zapatos italianos —gruñó Jake, pero tuvo que aceptar que los otros lo superaban en número. Además, siempre le quedaba la posibilidad de entrar más tarde a otra cuenta bancaria.

Alice recogió su tejido y se puso de pie. Eran apenas las diez, pero se sentía terriblemente cansada.

—Creo que os dejaré jugar tranquilos y me iré a la cama.

Mouse se inclinó para besarla y acariciarle el pelo. Seguía sorprendiéndolo que una persona tan diminuta, tan bonita, pudiera pertenecerle.

—¿Quieres que pida té o algo?

—No. —Qué hombre tan dulce, pensó. Y qué tonto. Había estado tejiendo en sus propias narices. Decidió que lo intentaría una vez más y sacó el patuco terminado que tenía en el cesto—. Creo que trataré de terminar el otro esta noche. Es un color bonito, ¿no te parece? Verde clarito.

—Sí, es muy bonito. —Mouse sonrió y bajó la cabeza para besarla de nuevo—. A Nate le encantan los títeres de mano.

—No es un títere —saltó ella, indignada—. Es un patuco, maldita sea. —Con esas palabras se marchó al dormitorio contiguo y cerró la puerta.

—Alice nunca maldice —dijo, casi para sí—. Jamás. Tal vez yo debería ir...

—La revelación lo golpeó como un puñetazo en la mandíbula—. Un patuco...

—¿Un patuco? —dijo Jake y sonrió—. Felicidades, colega. —Se puso de pie de un salto para palmea a su amigo en la espalda.

Mouse palideció.

—Dios mío —fue lo único que pudo decir antes de correr al dormitorio.

Alice estaba de pie de espaldas a él, sujetándose la bata.

—Parece que se hizo la luz —murmuró, se acercó al tocador y comenzó a

cepillarse el pelo.

—Alice. —Mouse tragó fuerte—. ¿Estás... estamos...?

Ella lo amaba demasiado para seguir enojada. Lo miró por el espejo y sonrió.

—Sí.

—¿Seguro?

—Absolutamente seguro. Dos tests de embarazo en casa y un obstetra no mienten. Esperamos un hijo, Mouse. ¿Te parece bien?

Él no pudo responder. La emoción se le agolpaba en la garganta. En cambio, se acercó a ella en tres zancadas. Con mucha suavidad y mucha ternura, la abrazó y colocó su manaza sobre el vientre todavía plano de su esposa.

Eso fue mucho mejor que las palabras.

En los suburbios opulentos de Maryland, Sam Wyatt se encontraba sentado frente a su antiguo escritorio de palisandro, con una copa de coñac Napoleón. Su esposa estaba arriba, en la enorme cama Chippendale de ambos, con una de sus terribles jaquecas.

Mientras hacía girar la bebida ambarina en su copa y probaba algunos sorbos, Sam pensó que Justine no necesitaba la excusa de una jaqueca. Hacía tiempo que él había perdido todo interés en hacer el amor a una persona insípida y helada que se disfrazaba de mujer con ropas caras.

Había otras maneras de encontrar alivio sexual, si se era cauteloso y se pagaba lo suficiente. No tenía una amante. Las amantes tenían la mala costumbre de volverse codiciosas y provocar decepciones. Sam no tenía intención de vivir con la amenaza de que alguien publicara un libro relatándolo todo cuando él estuviera en la Casa Blanca.

Y viviría en la Casa Blanca, pensó. A principios del siglo XXI, se sentaría en el despacho oval y dormiría en la cama de Lincoln. Sería inevitable.

Su campaña para su sillón en el senado marchaba espléndidamente bien. Cada nuevo sondeo de opinión lo colocaba un peldaño más arriba. Su rival necesitaría un milagro para cerrar la brecha que existía entre ambos, y Sam no creía en milagros.

De todas formas, tenía un as en la manga llamado Luke Callahan. Cuando decidiera jugar ese as, una semana antes de la elección, aplastaría del todo a Gunner.

Solo quedaban algunas semanas hasta el momento de la verdad.

Tenía todo lo que deseaba... hasta que se le ocurriera algo.

Pensó en la piedra que tenía en su caja fuerte. Si creyera en la magia, podría haber pensado en cuántas cosas habían salido bien después de haberla comprado. Pero, para Sam, fue solo una victoria más sobre un viejo enemigo.

Había aprendido mucho al lado de Bushfield, ese senador tan popular por Tennessee. Adquirió los conocimientos con avidez, mientras permanecía a la sombra de esa personalidad, hasta que se le presentó la oportunidad de convertirse él mismo en una figura importante.

Nadie sabía que Sam había visto morir a Bushfield. Lo lloró públicamente, y pronunció un discurso conmovedor en sus exequias; consoló a su viuda como lo haría un hijo, y se hizo cargo de todos los asuntos pendientes que quedaron en la tarea del senador, como su más devoto heredero.

En realidad, había estado de pie observando al senador cuando jadeaba, se ahogaba, su cara tomaba un color púrpura y cayó al suelo de su oficina privada. Sam había sostenido en la mano el pequeño pastillero esmaltado que contenía las tabletas de nitroglicerina, sin decir nada mientras su mentor extendía el brazo para tomarla, sus ojos vidriados por el ataque.

Solo cuando Sam estuvo seguro de que era demasiado tarde, se arrodilló y colocó una de las tabletas debajo de la lengua del muerto. Después, hizo una frenética llamada al 911, y cuando los paramédicos llegaron, quedaron impresionados por la forma en que Sam le realizaba a la víctima la respiración boca a boca para tratar de resucitarlo.

De tal modo que había matado a Bushfield y cosechado varios partidarios fieles entre la comunidad médica.

No fue tan emocionante como meterle una bala en el corazón a Cobb, pensó ahora Sam. Pero incluso ese acto pasivo de homicidio le había producido cierta excitación.

Se echó hacia atrás y comenzó a planear el siguiente combate, como lo haría una araña que teje su tela y aguarda a que una mosca quede atrapada en ella.

El atrevimiento del regreso de Callahan a la troupe de los Nouvelle seguía intrigándolo. ¿Realmente el tonto pensaba que cinco años eran suficientes? ¿O que más dinero pagaría la desobediencia de volver a escena sin permiso? Sam esperaba que sí. Que actuara en su espectáculo. Que tratara de seducir a Roxanne de nuevo. Que tratara de ser padre de su hijo. Sam disfrutaba con la idea de que ese hombre volviera a formar parte de su familia, reiniciara su carrera y su vida. Eso haría que fuera más dulce volver a arrebatársela.

Lo haría, pensó Sam. Lo haría.

Había seguido de cerca a los Nouvelle. No pudo dejar de sentir cierta admiración por el estilo de Roxanne. En su caja fuerte tenía relatos bien documentados de todas sus actividades. Le habían costado mucho, pero la herencia de su esposa le permitía darse esos lujos.

Se acercaba el momento en que podría utilizar esos datos. El precio que pagaría Luke por colocarse sin permiso debajo de los reflectores sería muy alto. Y todos los Nouvelle lo pagarían. Si, como Sam imaginaba, ellos creían que podían llevar a cabo otro robo como recuerdo de los viejos tiempos, caerían

indefectiblemente en sus redes.

Porque él esperaba, vigilaría, y podía disponer que las autoridades apresaran a todos los Nouvelle después de su siguiente trabajo.

Esa era una posibilidad extremadamente placentera.

Se preguntó si harían algo en la subasta. Pensó que un robo de esa magnitud les resultaría muy atractivo. Hasta era posible que les permitiera salirse con la suya. Por un tiempo breve, muy breve. Entonces cerraría la trampa sobre ellos y los observaría desangrarse.

Sam compró entradas para el espectáculo de los Nouvelle en el Centro Kennedy. Primera fila al centro. Justine estaba sentada junto a él, envuelta en seda y zafiros y sonrisas... la esposa, la compañera devota.

Nadie adivinaría que habían llegado a odiarse.

A medida que el espectáculo se iba desarrollando, Sam aplaudía con entusiasmo. Echó atrás la cabeza y rio, se inclinó hacia adelante con los ojos abiertos de par en par y sacudió la cabeza con incredulidad. Sus reacciones, captadas con frecuencia por las cámaras de televisión, habían sido tan cuidadosamente estudiadas como lo que sucedía sobre el escenario.

Pero debajo, los viejos celos lo carcomían. Luke era una vez más el centro de atención, la estrella deslumbrante, el poseedor del poder.

Sam lo odiaba por eso, tan ciega e irracionalmente como lo había hecho la primera vez.

Pero fue el primero en ponerse de pie cuando estallaron los aplausos sobre el gran final. Se unió al clamor y sonrió.

Roxanne lo miró al saludar. Lo miró y sintió una furia salvaje, que logró controlar solo cuando Luke le tomó la mano y se la oprimió con fuerza.

—Sonríe, querida —dijo él a cubierto por los aplausos y le apretó los dedos—. Solo sigue sonriendo.

Ella lo hizo, hasta que por fin salieron juntos del escenario.

—Nunca pensé que sería tan difícil. —Su cuerpo temblaba por el esfuerzo que le supuso reprimir el deseo de atacar a Sam—. Verlo allí sentado, con su aspecto tan pomposo y próspero. Habría querido saltar a la platea y clavarle las uñas.

—Estuviste muy bien —dijo él y la llevó hacia el camerino—. Fase uno, Roxy. Ahora pasaremos a la siguiente.

Ella asintió, después se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Nosotros robamos, Luke. Comprendo que muchas personas lo encontrarían inaceptable. Pero, igualmente, lo que robamos son cosas fáciles de reponer. Él nos robó tiempo. Y amor, y confianza. Ninguna de esas cosas se pueden devolver ni sustituir. Que lo pague, ese hijo de puta.

Él sonrió y le palmeó el trasero.

—Cámbiate. Tenemos trabajo por delante.

Asistieron a la recepción posterior al espectáculo y entrechocaron sus copas con los dignatarios de Washington. En un momento determinado, Luke se alejó de Roxanne. Esa era una parte que debía jugar solo. Como lo supuso, a Sam no le tomó demasiado tiempo encontrarlo.

—Una función impresionante.

Luke tomó una copa de champán de una bandeja que pasaba un camarero, y sus dedos apenas temblaron.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Ya lo creo. Admiro tu descaro: actuar sin pedirme permiso primero.

—No pensé que... Han pasado cinco años. —Luke paseó la vista por la concurrencia con expresión nerviosa y bajó la voz. En actitud de súplica, cerró una mano sobre la muñeca de Sam—. Por el amor de Dios, ¿qué mal hay en eso?

Encantado de tener a su presa contra las cuerdas, Sam reflexionó un momento mientras bebía champán.

—Eso todavía habrá que evaluarlo. Dime, Callahan, ¿qué opinas del joven Nathaniel?

Esta vez, Luke no tuvo que fingir el temblor de su mano. Fue de auténtica furia.

—¿Estás enterado de la existencia de Nate?

—Yo sé todo sobre los Nouvelle. Creí habértelo aclarado. Dime, ¿has terminado con el trabajo que te asigné?

—Salvo por algunos toques finales —respondió Luke—. Ya te he explicado que, en un trabajo de esta naturaleza, asegurarse de que todo resista a una investigación toma tiempo.

—Me parece que he sido generoso con el tiempo —le recordó Sam—. Justamente el tiempo es lo que se está acabando.

—Me diste un plazo. Lo cumpliré. Sé cuánto depende de eso.

—Espero que así sea. —Levantó una mano, como para acallar la respuesta de Luke—. Dos días, Callahan. Tráeme todo en dos días y tal vez olvide tu impertinencia de esta noche. Disfruta de la velada —agregó al alejarse—, puesto que es una de las pocas que te quedan junto a tu familia.

—Tenías razón, compañero. —Jake, muy elegante con su uniforme de camarero, movió su bandeja—. Es una porquería.

—No falles —dijo Luke en voz muy baja. Y, veloz como un rayo, dejó caer un gemelo de oro con las iniciales de Sam en el bolsillo de Jake forrado de material plástico.

—Confía en mí.

—Deja de sonreír, por el amor de Dios. Eres un criado.

—Bueno, entonces soy un criado feliz. —Pero hizo lo posible por adoptar un aspecto solemne al alejarse de allí.

Una hora más tarde, Jake le entregó a Luke una bolsa de plástico que contenía el gemelo y un único cabello rubio.

—Cuidado cómo los usas, compañero. No quiero que parezca demasiado obvio.

—Diablos, seamos obvios. —Luke levantó la bolsa plástica para estudiar el gemelo. Era discreto, con forma de botón, con las iniciales SW elegantemente grabadas en el oro. Si todo salía bien, esa pequeña joya enviaría a Sam Wyatt al infierno.

—¿Verificaste el equipo? —le preguntó a Jake.

—Lo verifiqué y lo volví a verificar. Estamos en línea. Observa esto —dijo y levantó un aparato no más grande que la palma de su mano—. Mouse —susurró—. ¿Me escuchas?

Hubo un momento de silencio, y después la voz de Mouse resonó por el transmisor.

—Aquí estoy, Jake. Te oigo con toda claridad.

Con una sonrisa, Jake le ofreció el dispositivo a Luke.

—Mejor que el de *Viaje a las estrellas*, ¿no?

—Deploro tener que reconocerlo, Finstein, pero eres muy bueno en lo tuyo. Tenemos quince minutos, así que date prisa.

Él sonrió.

—Esto será fabuloso, Luke. Fa-bu-lo-so.

—No cantes victoria todavía —murmuró Luke y consultó su reloj—. Roxanne está esperando. Salgamos.

La Galería Hampstead era un edificio neogótico de tres plantas, construido detrás de una serie de elegantes robles. En esa noche fresca de otoño tan próxima a Halloween, las hojas doradas se movían al compás de la brisa que anunciaba el invierno, y jirones de niebla bailoteaban sobre el hormigón y el asfalto. Arriba, la luna estaba cortada cuidadosamente por la mitad, y su borde era tan perfecto que daba la impresión de que algún dios hubiera tomado un hacha para partirla. Sin nubes para obstaculizar su luz, el claro de luna plateaba los árboles. Pero las hojas seguían aferradas a las ramas y brindaban la protección de su sombra.

Todo era cuestión de tiempo.

El frente de la galería daba a la avenida Wisconsin. Washington era una ciudad en la que no había demasiada vida nocturna. Lo que primaba allí era la política, y los políticos preferían una pátina de discreción, sobre todo en un año de elecciones. A la una de la madrugada, el tránsito era escaso y esporádico. La mayor parte de los bares estaban cerrados.

En particular en ese pequeño rincón de la ciudad, todo estaba muy tranquilo.

Luke se encontraba de pie detrás del edificio, al abrigo de las sombras, debajo de las gárgolas y de las pilastras.

—Más vale que esto funcione, Mouse.

El transmisor que llevaba sujeto al cuello recogió cada suspiro suyo.

—Funcionará. —La voz de Mouse se oyó serena y clara por el diminuto altavoz—. Tiene un alcance de treinta metros.

—Más vale que funcione —volvió a decir Luke. En las manos tenía algo que parecía una ballesta.

Lo había sido... antes de que Mouse la modificara. Ahora, llevaba un gancho sujeto a una cuerda, para poder escalar el muro del edificio. Luke apoyó el dedo en el gatillo y pensó en Roxanne, acurrucada ya en el depósito del segundo piso. Lo oprimió y observó con el placer de un chico cómo el garfio de cinco puntas salía disparado hacia arriba, llevando tras de sí la cuerda.

Oyó un sonido metálico cuando el metal golpeó contra el techo, y tiró lentamente de la sogá, que se puso tensa cuando las puntas del garfio se hundieron en los ladrillos de la saliente.

Luke tiró fuerte para probarla y después se aferró a ella bien alto para levantar las piernas del suelo.

—Nos sostendrá. Buen trabajo, Mouse.

—Gracias.

—Muy bien, Finestein, tú subes primero.

—¿Yo? —dijo Jake y su voz sonó como un chillido—. ¿Por qué yo?

—Porque si no estoy detrás de ti, aguijoneándote el trasero, no llegaremos arriba.

—Me caeré —protestó Jake.

—Bueno, pero en ese caso por favor trata de no gritar. Alertarás a los guardias.

—Todo corazón. Siempre dije que eras todo corazón.

—Arriba. —Luke sostuvo la sogá con una mano e indicó con el pulgar de la otra hacia arriba.

Aunque todavía tenía los pies apoyados en el suelo, Jake se aferró de la cuerda como un hombre que se ahoga. Cerró los ojos y se puso de puntillas.

—Vomitare.

—Entonces tendré que matarte.

—Detesto esta parte. —Después de tragar por última vez, Jake comenzó a ascender—. Cómo detesto esta parte.

—Sigue subiendo. Cuanto más rápido lo hagas, antes llegarás arriba.

—Lo detesto —siguió murmurando Jake mientras subía con los ojos cerrados.

Luke esperó a que Jake hubiera llegado al primer piso para iniciar su propia ascensión. De pronto Jake quedó paralizado y dijo:

—La cuerda —susurró—. Luke, la cuerda se mueve.

—Por supuesto que se mueve, pedazo de estúpido. No es una escalera. Sigue subiendo. Aférrate al saliente e ízate.

—No puedo. No me atrevo a soltar la cuerda.

—Apoya el pie en mi hombro. Así. Vamos.

Jake desplazó tanto peso sobre su hombro que Luke hizo una mueca de dolor.

—Bien. Ponte en equilibrio. Mantén el peso centrado en mí y aférrate al saliente. Si no lo haces, empezaré a balancear la cuerda. ¿Sabes lo que se siente al estar colgado a varios pisos de altura, de una cuerda que se mece y hace que te raspes la cara contra los ladrillos?

—Lo estoy haciendo. Lo estoy haciendo. —Sin abrir los ojos, Jake soltó los dedos de la cuerda. Raspó los ladrillos dos veces antes de poder agarrarse a ellos. Finalmente, saltó y aterrizó con un golpe seco.

—Con la gracia de un gato —dijo Luke y pasó sobre el saliente sin un solo ruido—. Estamos arriba, Mouse. —Consultó su reloj y comprobó que a Roxanne le faltaban otros noventa segundos para abandonar su escondite.

Dentro del cuarto de depósito, Roxanne observó la esfera luminosa de su reloj. Se puso de pie, trató de distender los músculos que tenía acalambrados después de dos horas de estar sentada, y comenzó a contar los segundos.

Contuvo la respiración al abrir la puerta y salir al corredor. Allí, la oscuridad no era tan densa como en el depósito: en el extremo del pasillo había una luz que emitía un resplandor amarillento para que los guardias pudieran hacer sus rondas.

Caminó hacia allí, siempre contando.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Sí. Suspiró con satisfacción al ver que la luz titilaba y, después, se apagaba.

Mouse había hecho lo suyo. Roxanne echó a correr en la oscuridad, y pasó frente a las cámaras de seguridad —ahora ciegas— en dirección a la sala de vigilancia.

—¡Maldición! —El guardia que había estado ganando a su compañero en una partida de rummy, lanzó una imprecación en la oscuridad y cogió la linterna que llevaba sujeta al cinturón—. El maldito generador debería... —Suspiró con alivio al oír un zumbido y ver que las luces se encendían y los monitores volvían a la vida, lo mismo que los ordenadores—. Será mejor que verifiquemos —dijo, pero su compañero ya marcaba un número de teléfono.

Lily contestó a la segunda llamada.

—Compañía de Electricidad de Washington, buenas noches.

—Somos de la Galería Hampstead. Tuvimos un corte de luz.

—Lo siento, señor. Recibimos informes de la caída de un cable. Ya hemos enviado un equipo.

El guardia cortó la comunicación y se encogió de hombros.

—Lo más probable es que los muy tarados no terminen de arreglarlo hasta

mañana. Maldita compañía de electricidad, no sirve para nada.

—El generador está funcionando bien. —Los dos se volvieron para observar los monitores—. Supongo que es mejor que haga ahora mi recorrido.

—De acuerdo —dijo el otro y se instaló delante de los monitores para servirse café del termo—. Ten cuidado si encuentras ladrones.

—Tú mantén los ojos bien abiertos, McNulty.

En los monitores siguieron apareciendo las diferentes secuencias, cambiando de un display al otro, de un corredor en sombras al otro, cada varios segundos. Vio a su compañero haciendo su recorrido en el segundo piso.

Comenzó a canturrear y pensó que no estaría mal mezclar el mazo de cartas para tenerlo listo para la siguiente partida de rummy. Algo en el monitor le llamó la atención. Parpadeó, bufó y pensó que era producto de su imaginación. Después un gemido brotó de su garganta.

Era una mujer. Pero, al mismo tiempo, no lo era. Una mujer pálida y hermosa con pelo largo, plateado y un vestido blanco y suelto. Su imagen aparecía en la pantalla y enseguida desaparecía. Y —Dios santo—, podía ver los cuadros a través de ella. La mujer le sonrió y extendió una mano hacia él.

—Carson —dijo McNulty en su walkie-talkie, pero lo único que obtuvo como respuesta fue un zumbido mecánico—. Carson, hijo de puta, háblame.

Ella seguía allí, flotando a varios centímetros del piso. También vio a su compañero, que iniciaba su ronda por el primer piso.

—¡Carson, contéstame!

Furioso, se colgó el walkie-talkie en el estuche que llevaba en el cinturón. Tenía la boca seca y el corazón le martillaba en el pecho, pero sabía que lo echarían si no investigaba.

Roxanne apagó el proyector y el holograma de Alice se desvaneció. Con su equipo ya guardado en el bolso, corrió hacia la sala de vigilancia. Los minutos transcurrían deprisa.

Tenía manos firmes y sangre fría cuando comenzó su tarea. Sacó la cinta de la cámara cuatro y la reemplazó con una suya. Siguiendo las instrucciones de Jake, volvió a programar el ordenador. La cámara era ahora inoperable, pero el monitor seguiría mostrando la secuencia requerida. La única diferencia era que los guardias verían una cinta manipulada. Tardó preciosos momentos en arreglar la cámara seis y borrar el holograma. Incluso con el asesoramiento de Jake, no habían encontrado la manera de solucionar el paso del tiempo. Esos malditos treinta segundos en que la imagen de Alice había aparecido podían cambiarse en cierta forma volviendo a programar las cámaras. Pero cuando se descubriera el robo y se examinaran con atención las cintas, ese lapso aparecería.

Aunque, a esa altura, y si las cosas salían bien, ya no sería problema de ellos.

—Ella ya debería haber terminado —dijo Luke, esperó un segundo más y le hizo una seña a Jake—. Adelante.

—Con gusto. —Aliviado de tener ahora algo sólido bajo los pies, Jake sacó algo que parecía ser un mando a distancia complejo, parecido a los que se usan en los hogares con los televisores, los videos y los equipos estéreo.

Visto más de cerca, se lo podría haber confundido con una calculadora de bolsillo. Los dedos de Jake se desplazaron por ese teclado diminuto. A lo lejos, un perro comenzó a aullar.

—Alta frecuencia —explicó Jake—. Esto hará que enloquezcan todos los perros que se encuentran en un radio de ochocientos metros. Durante quince minutos, esto anulará los sistemas de vigilancia. Eso es todo lo que durará este juguete.

—Es suficiente. Quédate aquí.

—Ya lo creo.

Con una sonrisa, Luke se cogió de la cuerda y se deslizó por un costado del edificio. No bien sus pies tocaron el saliente, la ventana se abrió.

—Dios, ¿qué puede haber más romántico que un hombre que se balancea en una cuerda y salta por una ventana? —Roxanne retrocedió para darle a Luke lugar para aterrizar.

—Te lo demostraré cuando volvamos al hotel —dijo él y la besó—. ¿Algún problema?

—Ninguno.

—Adelante, entonces.

—Te digo que vi a alguien —insistió McNulty.

—Sí, claro —dijo Carson y señaló los monitores—. Una mujer que flotaba por el aire... una mujer *transparente* que flotaba por el aire. Supongo que por eso no hizo sonar ninguna alarma. ¿Dónde está ella ahora, McNulty?

—Te juro que estaba allí.

—Saludándote. De acuerdo, veamos un poco. Quizá atravesó alguna de las paredes. Por eso no la vi cuando hice mi recorrido. Y tal vez por eso tú tampoco la viste cuando dejaste tu puesto para ir en busca de un fantasma, compañero.

—Haré retroceder la cinta —dijo de pronto McNulty— y prepárate para comerte tus palabras.

McNulty lo rebobinó y pasó la cinta dos veces. Se aprestaba a hacerlo por tercera vez cuando su compañero se lo impidió.

—Necesitas tomarte unas vacaciones. ¿Por qué no vas a St. Elizabeth? Dicen que es un lugar muy tranquilo.

—Pero es que yo vi...

—Te diré lo que yo veo. Veo a un tarado. Y si el tarado quiere informar sobre una mujer que flotaba por el aire, es asunto suyo. —Dicho lo cual, Carson se sentó y comenzó a jugar un solitario.

Con aire decidido, McNulty se instaló frente a los monitores. Un tic nervioso apareció debajo de su ojo izquierdo mientras aguardaba que la imagen fantástica reapareciera.

Luke sacó su juego de ganzúas del bolsillo. Anulado el resto de los sistemas de seguridad, la cerradura de esta vitrina de exposición era casi un chiste.

Eliigió una ganzúa. Sentía la excitación en sus dedos cuando se inclinó hacia la cerradura. De pronto se enderezó, miró a Roxanne y le ofreció la herramienta.

—Toma. Hazlo tú. Las damas primero.

Ella estuvo a punto de coger la ganzúa pero apartó la mano.

—No, no. Sigue tú. Es tu trabajo.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Roxanne permaneció de pie detrás de Luke, con una mano apoyada sobre su hombro, mientras él trabajaba. Pero no observaba la manera delicada en que él realizaba su tarea. Sus ojos enfocaban las joyas que estaban detrás del vidrio y que refulgían contra el terciopelo azul del fondo.

La cerradura cedió. Con mucho cuidado y sigilo, Luke abrió las puertas de vidrio.

—Dios mío —dijo Roxanne y respiró hondo—. Son increíbles. Luke, ¿no podemos quedarnos con...?

—No.

—Solo una, Luke. Solo ese collar de rubíes, por ejemplo. Podríamos sacar las piedras. Yo las guardaría en un bolso y las miraría de vez en cuando.

—No —repitió él—. Vamos, estamos perdiendo tiempo.

—Valió la pena el intento.

Llenaron el bolso de Roxanne, pieza por pieza. Ella era una profesional, pero también una mujer y una experta en gemas, así que sus dedos se demoraron sobre una esmeralda aquí, un zafiro allá.

—¿Tiempo? —preguntó ella.

—Siete minutos.

—Bien. —Sacó la fotografía polaroid que había tomado esa noche con la disposición de las joyas, gracias a la cual fueron colocando las imitaciones exactamente en el lugar preciso.

—Parecen auténticas —dijo Luke—. Son perfectas.

—Es lo menos que pueden parecer, con lo que nos costaron.

—Ahora, la parte que más me gusta —afirmó Luke, sacó de su bolsillo una

bolsa de plástico y un par de pinzas de depilar y tomó el cabello que había recogido del hombro del esmoquin de Sam. Después de colocarlo en la parte posterior de uno de los estantes de vidrio, volcó en su mano el gemelo.

—Un poco demasiado elegante para alguien que realiza un robo —comentó Roxanne.

—Que él se ocupe de explicarlo —dijo Luke y lo colocó en un rincón del estante inferior, donde apenas se veía—. Sí, que él se ocupe de explicarlo —repetió—. Vámonos.

Cogidos de la mano, corrieron hacia la ventana. Roxanne trepó a ella, sacó las piernas y lo miró por encima del hombro.

—Un placer volver a trabajar contigo, Callahan.

Roxanne sujetó una horquilla suelta de su peinado. El moño armonizaba a la perfección con el elegante traje gris y la blusa de seda cruda. El atuendo se completaba con discretos gemelos de diamantes, un broche en forma de estrella de cinco puntas en la solapa y zapatos negros italianos. Lo consideraba perfecto para la subasta de la tarde.

A su lado, Lily bullía de excitación en su ajustado vestido color rosa y su bolero púrpura.

—Esto me fascina. Toda esas personas altivas, con sus pequeñas tarjetas numeradas... Ojalá realmente nos propusiéramos comprar algo.

—También subastarán cuadros. —Roxanne sacó su polvera, al parecer para retocarse la nariz. Movié el espejo para tratar de localizar a Luke en el fondo del salón—. Puedes hacer ofertas por lo que te guste.

—Pero es que tengo tan mal gusto.

—No, tienes tu propio gusto. Es perfecto. —Roxanne intentó no preocuparse por no haber podido encontrar a Luke y cerró la polvera—. No hay ningún motivo por el que no podamos divertirnos mientras estamos aquí. Siempre y cuando hagamos nuestro trabajo.

En el salón reinaba un murmullo mientras la gente seguía entrando y ocupando las sillas. Al frente de ese espacio de alto cielo raso estaban la tarima del subastador, una mesa larga y cubierta con una tela para exhibir los lotes, y dos guardias uniformados. Guardias armados. A un costado había un escritorio Luis XIV con un teléfono, un ordenador y pilas de carpetas y blocs de notas, pues también se podían hacer ofertas por teléfono.

Roxanne hojeó el grueso catálogo impreso en papel ilustración y, como casi todo el mundo, hizo anotaciones y marcó lotes.

—¡Mira por favor esta lámpara! —El entusiasmo de Lily era tan genuino como las piedras de los pendientes de Roxanne, y consiguió hacer más creíble la actuación de ambas. Varias cabezas se giraron para mirarla al oír esa

exclamación—. ¿No quedaría perfecta en la sala de casa?

Roxanne observó esa monstruosidad de *art nouveau* y sonrió. Solo a Lily podía gustarle.

—Sí. Absolutamente perfecta —dijo.

El subastador, un hombre bajo y gordo con traje de franela gris a rayas finitas, ocupó su lugar.

Los primeros lotes eran cuadros y antigüedades. Las ofertas fueron rápidas, y cada tanto alguien tenía el atrevimiento de expresar la oferta en voz alta en lugar de levantar su tarjeta numerada.

Roxanne comenzó a disfrutar del espectáculo.

—¡Mira! —Lily lanzó un grito de deleite al ver que dos hombres corpulentos transportaban una cómoda tallada, *circa* 1815—. ¿No es una preciosidad? Quedaría perfecta en la *nursery* de Mouse y Alice.

Roxanne todavía trataba de acostumbrarse a la idea de que Mouse tendría un hijo. Esa cómoda pertenecía a un castillo... o a un burdel. Pero a Lily le brillaban los ojos.

—Les encantará —dijo categóricamente Roxanne, con la esperanza de ser perdonada.

Lily levantó su tarjeta antes de que el subastador hubiera concluido la descripción de la cómoda, lo cual hizo que en la sala se oyeran varias risas ahogadas.

Con indulgencia, el subastador inclinó la cabeza hacia Lily.

—La señora abre las ofertas con mil dólares. ¿Alguien ofrece mil doscientos?

Lily subrayaba cada oferta suya con un jadeo o una risa, y blandía su tarjeta como una bayoneta. Aferró el brazo del hombre sentado al lado de ella, se retorció, y en dos ocasiones superó sus propias ofertas. Lo cierto fue que atrajo la atención de todos los asistentes.

—Vendida, al número ocho, por tres mil cien dólares.

Para mostrar su interés, y porque la pieza le gustó, Roxanne hizo una oferta por una escultura *déco*. Y se sintió muy orgullosa cuando consiguió adquirirla por un precio moderado.

—Es la fiebre de las subastas —le murmuró a Lily, un poco avergonzada—. Es contagiosa.

—Tenemos que hacer esto más a menudo.

A medida que transcurría la tarde, los interesados solamente en los lotes y a vendidos se fueron. Y otros entraron al salón. Se exhibió entonces un collar de zafiros, amatistas y esmeraldas. El corazón de Roxanne aceleró sus latidos.

—¿No es elegante? —comentó Lily—. A mí me parece un sueño.

—Mmm. Esos zafiros son color índigo —dijo Roxanne y se encogió de hombros—. Demasiado oscuros para mi gusto. —Ella sabía que eran solo vidrio, con el aditamento de un poco de óxido de cobalto.

Vio desfilar los distintos lotes: pulseras de diamantes que no eran otra cosa que resplandecientes circones; rubíes que eran en realidad vidrio con sales de oro fundidas con strass; ágatas que se hacían pasar por lapislázuli.

Detestaba tener que reconocerlo, y jamás se lo diría a Luke, pero el dinero había sido bien gastado. Cada nueva pieza suscitaba un murmullo de admiración en los asistentes, y las ofertas eran cada vez más altas.

Ella también ofertó en distintos lotes, siempre cuidando calibrar el entusiasmo de sus contrincantes. Lily se apenaba cada vez que alguien le ganaba.

Por último, el anillo. Roxanne cerró el catálogo, en el que había trazado un círculo alrededor de la fotografía de ese lote. Soltó una exclamación cuando el subastador comenzó a describirlo y le murmuró a Lily:

—De Bogotá —dijo, con voz excitada—. Verde césped, una esmeralda absolutamente perfecta en color y en transparencia. Doce quilates y medio, montada *a jour*.

—Hace juego con tus ojos, querida.

Roxanne se echó a reír y se inclinó hacia adelante en su asiento, como un corredor en su marca, justo antes del inicio de la carrera.

Cuando las ofertas llegaron a setenta mil dólares, vio a Luke. No estaba sentado donde le había dicho que estaría, lo cual seguramente era deliberado, para mantenerla alerta. Tenía un aspecto de artista y distinguido, y no se parecía en nada a Luke. Su pelo largo y marrón estaba sujeto atrás en una cola de caballo, y un bigote del mismo color adornaba su labio superior. Usaba anteojos redondos con montura de oro y un traje hecho a medida de color azul, con una camisa fucsia.

Ofertaba en forma permanente, levantando un dedo y moviéndolo como un metrónomo. Roxanne siguió pujando, tal vez más allá de lo prudente, superando las ofertas de Luke hasta que solo quedaron los dos. Dejándose llevar por el juego, levantó su tarjeta y el precio alcanzó los ciento veinte mil dólares.

El silencio absoluto que reinó en la sala después de su oferta la hizo volver a la realidad. Eso y la presión de los dedos de Lily sobre los suyos.

—Dios mío. —Roxanne se llevó la mano a la boca—. He perdido la cabeza.

—Ciento veinticinco mil —dijo Luke con tono sereno y acento francés. Cuando el subastador bajó el martillo, él giró hacia Roxanne y le hizo una reverencia.

—Le pido perdón, *mademoiselle*, por decepcionar a una mujer tan hermosa.

—Se acercó al escritorio Luis XIV, se quitó los anteojos y comenzó a limpiarlos con un pañuelo blanco de lino—. Quiero inspeccionar el anillo.

—*Monsieur* Fordener, la subasta todavía no ha terminado.

—*Oui*, pero yo siempre inspecciono lo que compro. El anillo, por favor.

Mientras Luke permanecía de pie detrás del escritorio, con el anillo en alto hacia la luz, el subastador carraspeó y comenzó la descripción del lote siguiente.

—¡Un momento! —La voz de Luke resonó como un latigazo—. Esto es una imitación. ¡Es un insulto!

—*Monsieur* —dijo el subastador y tironeó del nudo de su corbata, mientras la gente se movía en sus asientos y murmuraba—. La colección Clideburg es una de las más importantes del mundo. Estoy seguro de que usted...

—Desde luego. —Luke hizo un gesto de asentimiento. En la mano tenía una lupa de joyero—. Esto... —levantó el anillo e hizo una pausa para acentuar el efecto dramático—. Esto es vidrio. *Voilà*. —Subió a la tarima y puso el anillo debajo de la nariz del subastador—. Mire, mire. Véalo usted mismo —dijo y le extendió la lupa—. Burbujas, rayas, bandas.

—Pero... pero...

—Y esto. —Con un floreó, Luke sacó un lápiz de aluminio. Los presentes que sabían de piedras preciosas lo reconocieron como un método para distinguir piedras auténticas de imitaciones. Luke desplazó la punta del lápiz sobre la gema y después la sostuvo en alto para que todos vieran la línea brillante y plateada.

—Lo haré arrestar. Lo haré meter en la cárcel antes de que termine este día. ¿Creía usted que podía estafar a Fordener?

—No. No, *monsieur*. No lo entiendo.

—Fordener sí entiende. —Levantó la cabeza y se dirigió al auditorio—. ¡Nos están tratando de embaucar!

En el caos resultante, Roxanne se arriesgó a mirar a Luke. Saluda, pensó. El telón estaba a punto de levantarse para el último acto.

—Los periódicos no hablan de otra cosa. —Roxanne mordisqueó un cruasán mientras leía los titulares—. Es lo más importante que ha pasado en Washington D. C. desde Oliver North.

—Es mucho más importante —dijo Luke y se sirvió más café—. La gente está acostumbrada a subterfugios y mentiras en el gobierno. Pero ahora se trata de un robo de joyas. Un robo magnífico, si se me permite decir, que suena a novela, a magia. Y a codicia.

—Las autoridades están desorientadas —leyó Roxanne y le sonrió a Luke—. Están verificando cada piedra y han convocado a los expertos en gemología más destacados. Desde luego, cuando la galería compró la colección, se hicieron todas las pruebas de práctica: polariscopios, dicroscopios, el baño de bencina y de yoduro de metileno, rayos X.

—Cómo te gusta lucirte.

—Bueno, pasé cuatro años estudiando eso. —Roxanne apartó el periódico y se desesperó.

Todavía llevaba puesta una bata, y debajo de ella estaba desnuda. Era maravilloso sentir pereza, tener ese paréntesis de calma antes de la siguiente etapa de excitación.

Sobre el borde de su taza, Luke vio cómo la bata se abría y revelaba la piel color marfil de Roxanne.

—¿Por qué no terminamos el desayuno en la cama?

Con los brazos todavía extendidos, Roxanne sonrió.

—Eso suena...

—¡Mamá! —Nate apareció corriendo desde el cuarto vecino—. Lo he conseguido. Me he atado los cordones de la zapatilla. —Apoyó una mano sobre la mesa y plantó el pie en las faldas de Roxanne—. Yo solito.

—Increíble. Este muchachito es un prodigio —reconoció y observó el nudo que ya comenzaba a soltarse—. Hoy es un día memorable.

—A ver. Ven enséñame lo —Luke tomó a Nate por la cintura y lo sentó sobre su rodilla—. Vamos, dime la verdad. ¿Quién te ayudó?

—Nadie. —Los ojos abiertos de par en par, Nate miraba a su padre. Aprovechando que su hijo no miraba, Luke apretó el lazo del zapato para que no se aflojara—. Lo juro por Dios.

—Entonces es evidente que ya eres un chico grande. ¿Quieres un poco de café?

—No —dijo el chico e hizo una mueca—. Tiene un gusto malo.

—Veamos, entonces ¿qué otra cosa podría ser? —Se puso a pensar y balanceó al muchachito sobre su rodilla—. ¿Sabes, Rox? Me parece que un chico que es capaz de atarse los cordones de las zapatillas, también es capaz de cuidar a

un perro.

—Callahan —murmuró Roxanne por debajo de la algarabía de Nate.

—Le darías de comer, ¿no es cierto?

—Por supuesto. —Con mirada solemne, llena de sinceridad y buenas intenciones, Nate asintió—. Todos los días. Y también le enseñaría a sentarse y a dar la pata. Y... y a buscar tus zapatillas, mamá.

—Sin duda, después de haberlas destrozado. —Solo una mujer más dura podría resistir la sonrisa de esos dos pares de traviesos ojos azules—. Pero no pienso compartir mi casa con ningún perro de raza presumido.

—Lo que nosotros queremos es un perro desvergonzado, bien grande, ¿no es verdad, Nate?

—Sí. Un perro desvergonzado, bien grande. —Echó los brazos alrededor del cuello de Luke y miró a su madre con expresión suplicante—. Papá dice que en el refugio de animales hay muchos cachorritos sin hogar. Es como estar en la cárcel.

—Qué golpe tan bajo, Callahan —dijo en voz baja—. Supongo que piensas que deberíamos hacernos cargo de uno.

—Es una actitud humanitaria, Rox. ¿No te parece, Nate?

—Sí.

—Bueno, creo que podríamos buscar uno —comenzó a decir, pero Nate ya había saltado de las rodillas de Luke y la abrazaba—. Os habéis aliado los dos para tenderme una trampa —dijo y le sonrió a Luke por encima de la cabeza de su hijo—. Supongo que tendré que acostumbrarme.

—¡Voy a contárselo a Alice! —gritó el chiquillo y echó a correr. Pero se frenó y dijo—: Gracias, papá.

Luke no pudo hacer mucho para disimular la sonrisa de oreja a oreja que se dibujó en su rostro, pero le pareció diplomático fingir un súbito interés en su desayuno.

—Lo vas a malcriar muchísimo.

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué pasa? Solo se tienen cuatro años una vez en la vida. Además, me encanta malcriarlo.

Ella se puso de pie y se sentó sobre sus rodillas.

—Sí, es maravilloso malcriarlo. —Con un murmullo de placer se acurrucó contra Luke—. Supongo que tenemos que empezar a vestirnos. Todavía nos queda trabajo por hacer.

—Ojalá pudiéramos pasar el día con Nate. Los tres solos.

—Ya habrá otros días. Muchos días cuando todo esto haya terminado. —Roxanne sonrió y, con los brazos alrededor del cuello de Luke, se echó hacia atrás—. Me encantaría ver cómo le está yendo en este momento a Tennenbaum.

—Es un veterano —dijo Luke y le besó la punta de la nariz—. En la próxima

hora deberíamos recibir una llamada telefónica suya.

—Detesto perderme su actuación. Debe de ser única.

Harvey Tennenbaum era sin duda un veterano. Durante más de dos tercios de sus sesenta y ocho años, había sido un perista exitoso que solo trataba con la «crema de la crema». Para Harvey, Maximilian Nouvelle fue la crema de la crema.

La proposición de Roxanne en el sentido de que saliera de su retiro de cuatro años y desempeñara un papel pequeño pero esencial en una meticulosa estafa, al principio lo había desconcertado. Después, lo intrigó.

Por último, Harvey aceptó participar. Y, para demostrar cuáles eran sus sentimientos hacia Max y los Nouvelle, decidió hacerlo gratis.

Hasta se mostró impaciente por participar.

Era, por cierto, un nuevo sesgo en la actividad de Harvey. La primera vez en su larga vida que, voluntariamente, entraba en una comisaría de policía. Y, sin duda, la primera vez que confesaba —sin apremios— una transgresión a las autoridades.

Como era la primera, y seguramente la última, la actuación de Harvey fue espectacular.

—Vengo aquí como ciudadano muy consciente y preocupado —insistió mientras miraba seriamente a los dos policías de civil a quienes lo había derivado un sargento demasiado atareado. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos, gracias a pasar la noche viendo películas por la televisión de cable. Con su traje holgado y su corbata ancha a rayas, parecía un hombre desesperado que había pasado toda la noche vestido y sin poder dormir.

Lo único que no era cierto era la desesperación.

—Pareces agotado, Harvey. —Sapperstein, el detective sénior, tomó una actitud compasiva—. ¿Por qué no nos dejas que te llevemos a tu casa en el coche?

—¿Me están escuchando? —Harvey dejó que su indignación se notara—. Vengo aquí... y no es algo que me guste... les doy un dato que es una bomba, y lo único que se les ocurre es decirme que me vaya a mi casa. Como si fuera un viejo senil o algo por el estilo. Anoche no pude pegar los ojos por lo mucho que me preocupaba no saber si tendría el coraje suficiente para hacer esto, y ni siquiera me prestan atención.

Impaciente por naturaleza, irritable por las circunstancias, el segundo detective, un italiano llamado Lorenzo, tamborileó los dedos sobre su escritorio atiborrado de cosas.

—Ya lo sé. —Suspiró, al recordar las viejas épocas—. Nosotros sí que sabíamos divertirnos con nuestro trabajo. Hoy en día, en cambio, para esos jovencitos se trata solo de negocios. No hay creatividad, ni magia.

—Así es. —Sapperstein sonrió—. Tú eras el mejor, Harvey.

—Bueno, pero ustedes nunca pudieron pescarme. Aunque con esto no quiero reconocer nada.

—Nos encantaría quedarnos aquí sentados recordando con usted las buenas épocas —dijo el segundo detective—, pero tenemos mucho trabajo.

—He venido aquí a ayudarte. —Harvey cruzó los brazos y no se levantó de la silla—. Estoy cumpliendo con mi deber de ciudadano. Antes de hacerlo, quiero que me prometan inmunidad.

—Dios santo —murmuró Lorenzo—. Llama al fiscal de distrito. Harvey quiere inmunidad. Pongamos en marcha los engranajes burocráticos.

—No hace falta que se muestre sarcástico —murmuró Harvey—. Yo no debería estar tratando con subalternos. Debería dirigirme directamente al comisionado.

—Sí, hágalo —dijo Lorenzo.

—Si tienes algo que decir, Harvey, desembucha de una vez —dijo Sapperstein—. Tú pareces cansado, nosotros estamos cansados y sin demasiado tiempo.

—Entonces a lo mejor están exclusivamente atareados para oír lo que yo sé sobre el robo de la galería de arte —dijo Harvey y empezó a ponerse de pie—. Creo que me iré. No quiero hacerles perder tiempo.

Los dos detectives pusieron la oreja. Sapperstein mantuvo una sonrisa persuasiva en el rostro. Sabía que era probable que Harvey solo estuviera fanfarroneando. Después de todo, se decía que hacía un par de años que ya no estaba en el negocio, y tal vez sintiera nostalgia.

Pero, por otra parte...

—Espera. —Sapperstein palmeó el hombro de Harvey para hacer que volviera a sentarse—. ¿Así que sabes algo de eso?

—Sé quién lo hizo. —Hizo una pausa—. Sam Wyatt.

Lorenzo maldijo y rompió su lápiz en dos.

—¿Por qué siempre me tocan los chiflados? ¿Por qué siempre a mí?

—¿Chiflados? Mocosos presumidos. Yo comerciaba con joyas ante las narices de la policía cuando tú todavía mojabas los pañales. Si no puedes tratarme con más respeto, me iré.

—Tranquilo, Harvey. ¿Así que viste al candidato a senador Sam Wyatt robar la colección Clideburg? —Sapperstein le formuló la pregunta con estudiada paciencia.

—¿Qué disparate! ¿Cómo podría yo haber visto cuando se las robaba? —Harvey levantó las manos—. ¿Acaso creen que yo estoy parado en las esquinas tratando de localizar ladrones? Ni se les ocurra acusarme de complicidad. Yo dormía en casa como un bebé cuando se produjo el robo. Y, como no estaba solo, tengo una coartada.

—Entonces ¿por qué asegura que el señor Wyatt robó la colección Clideburg?

—Porque me lo dijo. —Una fingida agitación hizo que la voz de Harvey resonara en el despacho—. Por el amor de Dios, sumen dos más dos, ¿quieren? Tal vez alguien... supongamos hipotéticamente que ese alguien era yo... solía venderle algunas gemas cada tanto.

—¿Trata de decirnos que usted ha trabajado para Sam Wyatt? —Se mofó Lorenzo.

—Yo no he dicho tal cosa. Hablaba hipotéticamente. Si ustedes creen que me obligarán a incriminarme en esto, están muy equivocados. Vine aquí por mi propia voluntad, y me iré de la misma manera. No permitiré que me arresten.

—Cálmate. ¿Quieres un poco de agua? Lorenzo, tráenos un vaso de agua.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —contestó Lorenzo y se fue.

—Bueno, Harvey —dijo Sapperstein—, estamos aquí para escuchar. Esto es un hecho. Pero si te propones inventar historias como esas sobre un miembro respetado del gobierno, te meterás en problemas. Tal vez él no te gusta como político, y tienes derecho.

—Político, las pelotas. La política me importa un carajo. Pero te cuento, hipotéticamente, se entiende...

—Sí, entiendo.

—Hipotéticamente, conozco a Sam desde hace mucho. Desde que era adolescente. Jamás le tuve mucha simpatía, pero los negocios son los negocios. Sea como fuere, me utilizó en forma bastante regular. Antes de meterse en política fueron en su mayoría cosas chicas, pero, después, sus blancos se hicieron más importantes.

—¿Así que conoces a Sam Wyatt desde que él era pequeño? —A Sapperstein también se le podía acabar la paciencia. Tomó el vaso que Lorenzo trajo y se lo entregó a Harvey—. Mira, así no le haces bien a nadie...

—No me gusta que me presionen —lo interrumpió Harvey—. Eso es justamente lo que el hijo de puta intenta hacer. Miren, yo ya estoy retirado de los negocios... hipotéticamente. Y si quiero rechazar un trabajo, lo hago.

—Muy bien, no aceptaste lo que te proponía —dijo Sapperstein y puso los ojos en blanco—. No estás involucrado. ¿Qué es lo que sabes?

—Sé muchas cosas. Recibo una llamada telefónica. Él me dice que va a dar un golpe en la galería, y yo le deseo buena suerte, ¿a mí qué me importa? Pero él quiere que yo empiece a tratar de venderle las joyas. Le digo que no y él se pone violento. Dice que me pondrá las cosas difíciles. Ustedes saben que tuve un hijo de Florence, mi segunda esposa. Es dentista y trabaja en Long Island. Bueno, Wyatt está enterado de su existencia y dice que le creará problemas. Mientras me amenaza, me halaga. Me dice que soy el mejor y que no puede confiar en un perista de segunda categoría con esa clase de mercancía. Me recuerda cómo trabajamos juntos antes, y que este golpe nos va a dejar bien parados para

siempre.

Harvey bebió el resto del agua y suspiró.

—Tengo que confesar que esto me hizo perder el sueño. Wyatt me preocupó mucho, y también me interesó. Un trabajo así no se presenta todos los días. La comisión me solucionaría los problemas de por vida. He estado pensando en ir a vivir a Jamaica. Allí el clima es templado todo el tiempo. Y hay mujeres semidesnudas por donde uno mire.

—No te vayas por las ramas, Harvey —le aconsejó Sapperstein—. ¿Qué hiciste con respecto al trabajo?

—Le seguí el juego. Primero pensé que quizá lo podría hacer y, después, que era muy peligroso. Ya no soy tan joven. Entonces se me ocurrió que por una vez haría lo correcto: entregarlo. Sin duda hay una recompensa. Y, así, al hacer una buena obra también embolsaba algunos dólares.

—De modo que le pasó la mercancía —dijo Lorenzo—. A ver, enséñemela.

—No me meta prisa. Me encontré con él ayer, en el zoológico, junto a la jaula de los monos.

—Muy bien —alentó Sapperstein, tratando de acallar a su compañero—. Sigue.

—Me dijo que el trabajo salió bien. Se puso a fanfarronear. Me contó cómo lo había hecho y cómo había sustituido las alhajas con imitaciones, para ganar tiempo. Y me señaló que quería venderlas inmediatamente después de las elecciones.

—Me parece un poco difícil, Harvey.

—Quizá lo pienses, pero puedo decirte algo más. El tipo no está bien de aquí —dijo Harvey y se golpeó la cabeza.

Con un suspiro, Sapperstein tomó un bloc de notas.

—¿Qué compañía de taxis utilizaste para ir al zoológico? —Fue anotando la información a medida que Harvey se la daba—. ¿A qué hora lo cogiste? ¿Por qué medio volviste a tu casa? —Todo eso se podía verificar con facilidad—. Solo por curiosidad, ¿cómo te dijo él que lo hizo?

A Harvey se le ensanchó el corazón, como le pasaría si tuviera un pez gordo en el punto de mira, o una gema reluciente en la mano. En frases concisas, describió el robo en forma tan parecida a la operación auténtica que todo coincidiría a la perfección durante la investigación.

—Muy astuto y con tecnología de punta. Hologramas, dispositivos electrónicos. —Podría haber funcionado, pensó Sapperstein mientras su sangre de policía comenzaba a bullir.

—Aprendió algo de magia de esos artistas de Nueva Orleans. Me dijo que vivió un tiempo en casa de ellos. Creo que ahora son muy famosos. Sea como fuere, siempre solía tratar de hacer trucos con cartas.

—Sabrás que, aunque algunas de estas cosas resulten ciertas, no es suficiente

para que nosotros interroguemos a Sam Wyatt.

—Ya lo sé. Tengo más. —Con un ademán, metió la mano en el bolsillo de la camisa y extrajo un papel doblado. Por hábito, Sapperstein lo tomó por los bordes.

En él había descripciones de la colección Clideburg.

—Él me dio esto para que me ayudara a planear mi tarea. Pero cometió un grave error. No me gustan las amenazas, y estoy retirado. —Movi6 las cejas—. Hipotéticamente.

—No se haga el gallito. —Lorenzo miró el papel que Sapperstein introducía en ese momento en una bolsa de pruebas—. Supongo que quieres que mande eso al laboratorio.

—Consigue todas las piezas, Lorenzo, y empieza a tratar de ponerlas en su lugar. Haz que revisen esto para ver si tiene impresiones digitales. Averigua si tenemos las de Wyatt. Y, ya que estás, trata de conseguir una muestra de su escritura.

—Acabo de oír que obtuvieron una pieza de evidencia en la vitrina de la galería. Un gemelo de oro. Con las iniciales SW grabadas —dijo Lorenzo.

—Muy bien, Harvey —dijo Sapperstein—, ¿por qué no vienes a sentarte aquí? —Y lo condujo a un banco cerca de la puerta de su despacho—. Nosotros seguiremos a partir de ahora.

—Me prometiste inmunidad —dijo Harvey y aferró la manga de la chaqueta de Sapperstein—. No pienso permitir que me metan adentro por esto.

—No creo que tengas que preocuparte. —Y, con una última palmada en el hombro, el detective se marchó. Su sonrisa se desvaneció al llegar junto a su compañero—. Pienso conseguir todo lo posible del gemelo. Diles a los del laboratorio que se den prisa con ese papel. Lorenzo, es factible que ese viejo crápula le haya dado un buen empujón a nuestra carrera.

El viejo crápula permanecía sentado, pacientemente aguardando su momento de gloria. Paladeaba ya la venganza pensando en su viejo amigo Max.

—Entonces este es el último acto —dijo Roxanne y observó por la ventana cómo el viento arremolinaba las hojas caídas en las veredas—. Ojalá papá pudiera estar aquí para verlo. —Se obligó a sonreír—. Espero que esto no demore más de un día nuestro regreso a Nueva Orleans. Detestaría perderme la fiesta de Halloween en casa.

—Llegaremos a tiempo. —Luke le tomó la mano y se la besó—. Te lo prometo.

Sam tenía las maletas listas para su viaje a Tennessee. Lo esperaban diez días de

campana, todos los cuales los pasaría con su equipo y su esposa. Justine ya le había ocasionado problemas con la cantidad de equipaje que alegaba necesitar. Estaba en el piso superior, contrariada, por la forma cruel en que él había reducido a dos las cuatro maletas que quería llevar.

Ya se le pasará, pensó Sam. Cuando pudiera tener las tarjetas de Navidad impresas, en las que figurara senador Samuel Wyatt y señora, se le pasarían muchas cosas.

Lamentaba que lo abigarrado de su agenda no le permitiera ocuparse enseguida del castigo a Luke. Deseaba aplicárselo pronto, y que fuera definitivo.

Le habría gustado asistir a la subasta de la colección Clideburg. No tenía ninguna duda de quién había planeado y realizado el robo. Sería un peso más en la balanza cuando decidiera entregarle a la policía la documentación que poseía.

Pero eso tendría que esperar.

Usaría los diez días que faltaban para la elección y asegurarse un lugar en la historia.

No prestó atención al timbre de la puerta de calle, y dejó eso a la servidumbre. Su asistente se había ocupado de preparar las maletas, pero Sam siempre llenaba personalmente su maletín: sus papeles, sus discursos, los preservativos que usaba religiosamente en todas sus aventuras extramatrimoniales, su agenda, lapiceros, bloc de notas, un pesado libro sobre economía. Lo cerraba con llave en el preciso instante en que una sirvienta se acercaba a la puerta del estudio.

—Señor Wyatt, la policía está aquí. Dicen que quieren hablar con usted.

—¿La policía? —Notó la mirada de interés en los ojos de la sirvienta y decidió echarla en la primera oportunidad que tuviera—. Hágalos pasar.

—Señores. —Sam rodeó el escritorio para estrechar las manos de Sapperstein y Lorenzo. Su apretón de manos fue el de un político: firme, seco y confiado—. Siempre es un placer recibir a los muchachos de la fuerza policial. ¿Qué puedo ofrecerles? ¿Café?

—No, gracias —respondió Sapperstein por los dos—. No queremos robarle demasiado tiempo, señor Wyatt.

—Me gustaría decirles que se quedaran todo el tiempo que deseen, pero debo tomar un avión en un par de horas. Estoy en plena campaña electoral —dijo y guiñó un ojo—. ¿Alguno de ustedes tiene amigos o parientes en Tennessee?

—No, señor.

—Bueno, tenía que hacer el intento. —Indicó una silla—. Tome asiento, oficial...

—Detective Sapperstein, y detective Lorenzo.

—Detectives. —Por razones que lo sorprendieron, Sam comenzó a sudar el cuello de su camisa con monograma—. ¿Por qué no me dicen de qué se trata?

—Señor Wyatt, tenemos una orden de registro del juzgado. —Sapperstein la

sacó y esperó a que Wyatt se pusiese sus gafas de leer—. Estamos autorizados a revisar la casa. El detective Lorenzo y yo encabezaremos el equipo que aguarda afuera.

—¿Una orden de registro? —Todo el encanto de Sam desapareció—. ¿De qué demonios habla?

—De la colección Clideburg, que fue robada de la Galería Hampstead el 23 de octubre. Tenemos pruebas de que usted está involucrado en ese robo y, por orden del juez Harold J. Lorrington, estamos autorizados a llevar a cabo una investigación.

—Están completamente locos. —Con las manos de pronto mojadas, Sam le arrancó el papel a Sapperstein—. Esto es un fraude. No sé cuál es el juego, pero... —Se interrumpió e hizo una mueca—. Callahan los mandó. Pensó que podía montar todo este asunto para acabar conmigo. Bueno, se equivoca. Pueden regresar y decirle a ese hijo de puta que está equivocado y que lo liquidaré por esto.

—Señor Wyatt —continuó Sapperstein—. Estamos autorizados a realizar esta búsqueda, y lo haremos con o sin su cooperación. Le pedimos disculpas por cualquier inconveniente que ello pueda ocasionarle.

—Mentira. ¿Creen acaso que no huelo un engaño? Ustedes no son policías. —Triunfante, sacudió un dedo hacia ellos—. Ninguno de los dos. Salgan de mi casa o yo mismo llamaré a la policía.

—Tiene libertad para hacerlo, señor Wyatt —dijo Sapperstein y recuperó el documento—. Nosotros esperearemos.

No cayó en esa trampa. Es una maniobra lamentable, pensó mientras llamaba al despacho del Juez Harold J. Lorrington. Cuando le dijeron que la orden de registro había sido firmada menos de treinta minutos antes, tironeó del nudo de su corbata. Marcó el número de su abogado.

—Windfield, habla Sam Wyatt. Tengo en mi oficina a un par de tipos que dicen que son policías y traen una orden de registro que seguro que es falsa. —Se arrancó la corbata y la arrojó al suelo—. Sí, eso es lo que he dicho. Ahora venga enseguida para aquí y ocúpese de esto. —Sam colgó con un golpe—. Ustedes, no toquen nada, absolutamente nada, hasta que llegue aquí mi abogado.

Sapperstein asintió.

—Tenemos tiempo —dijo. Miró su reloj y sonrió—. Pero creo que usted perderá ese avión.

Antes de que Sam tuviera tiempo de ladrar una respuesta, Justine entró corriendo.

—Sam, ¿qué ocurre? Frente a la casa hay aparcados dos coches de la policía.

—¡Cállate la boca! —Saltó hacia ella como un tigre y la empujó hacia la puerta—. Cállate y sal de aquí.

—Señor Wyatt —dijo la sirvienta—. Tiene visitas en el *foyer*.

—Dígalas que se vayan —dijo entre dientes—. ¿No ve que estoy ocupado? —
Fue al bar y se sirvió dos dedos de *whisky*. Por un momento había perdido la
cabeza, pero eso no importaba. Cualquiera reaccionaría así en circunstancias
parecidas. Bebió el *whisky* y esperó a que le hiciera efecto.

—Señores. —Con su sonrisa de anuncio de dentífrico de nuevo en el rostro, se
volvió—. Me excuso por haberme portado así. Ha sido una sacudida terrible.
Jamás me han acusado de robo.

—Robo con allanamiento —lo corrigió Lorenzo.

—Sí, por supuesto. —Anotaría el número de la insignia de ese hombre... si no
era falsa—. Prefiero esperar la llegada de mi abogado, solo para verificar el
procedimiento. Les aseguro que tienen libertad para registrar la casa. No tengo
nada que esconder.

Las voces en el corredor hicieron que todos giraran la cabeza. Cuando Luke
pasó junto a la sirvienta y entró en el cuarto, seguido de cerca por Roxanne, la
compostura recién recuperada de Sam se tambaleó.

—¿Qué haces en mi casa?

—Me llamaste, me exigiste que viniera —dijo Luke y rodeó a Roxanne con el
brazo en actitud de protección—. No sé qué quieres, Wyatt, pero no me gustó el
tono de tu invitación. Yo... —su voz se perdió, como si por primera vez advirtiera
la presencia de los detectives.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Roxanne, levantando la cabeza: una mujer
hermosa y valiente, que a todas luces se encontraba muy nerviosa.

—Lo siento, pero debo pedirles a los dos que se vayan. Esto es oficial.

—Quiero saber de qué se trata. Has vuelto a hacer algo horrible, ¿verdad,
Sam? —dijo ella y saltó hacia él—. No volverás a lastimar a Luke. —Se aferró
de sus solapas y lo sacudió—. Me usaste una vez, pero no lo harás nunca, nunca
más.

—Querida, por favor —dijo Luke y se le acercó—. No te pongas así. Él no
merece la pena. Nunca valió nada.

—Yo te llevé a mi casa —dijo Roxanne y sacudió de nuevo a Sam. Solo la
presencia de esos testigos le impidió a él golpearla—. Yo confiaba en ti y también
mi familia confiaba en ti. ¿No es suficiente que nos hayas traicionado hace tantos
años? ¿Es necesario que todavía abrigues ese odio virulento hacia nosotros?

—Quítame las manos de encima. —La tomó por las muñecas y se las torció.
El grito de dolor de Roxanne hizo que los dos detectives intervinieran.

—Tranquilo, Wyatt.

—Mi amor.

Ese era el «pie» de Roxanne. En un acceso de llanto que la encegueció, se
tambaleó, cayó hacia Luke y tiró el maletín del escritorio. Las cerraduras se
abrieron y del maletín se derramó el centelleo helado de los diamantes, seguido
por el fuego de los rubíes.

—Oh. —Roxanne se llevó las manos a la boca—. Dios mío, es el collar de la reina de la colección Clideburg. Tú... —levantó un brazo y señaló a Sam con dedo acusador—. Tú las robaste. Igual que le robaste a *Madame* hace tantos años.

—Estás loca. Él colocó esas joyas en mi maletín —casi gritó Sam y miró a todos lados con desesperación, incapaz de creer que su mundo tan cuidadosamente estructurado se estuviera desintegrando con semejante rapidez—. El muy hijo de puta las puso allí. —Sam pegó un salto y Luke se preparó para defenderse. Cuando Lorenzo avanzó para interceptarlos, Roxanne desplazó el cuerpo. Y su pie se trabó debajo de la pierna de Sam, quien cayó de bruces sobre el maletín abierto.

—No dejaré que hagas este truco de magia, Callahan —rugió Sam, y se sentó, jadeando—. Todavía te tengo. En la caja fuerte. Allí tengo pruebas contra este hombre. Es un ladrón y un asesino. Y esta mujer también es una ladrona. Todos lo son. Puedo probarlo. Puedo probarlo. —Al renquear hacia la caja fuerte, seguía farfullando en voz baja.

—Señor Wyatt. —Sapperstein le puso una mano en el hombro—. Le aconsejo que espere a su abogado.

—Ya he esperado lo suficiente. He esperado años. Ustedes querían revisar la casa, ¿no? Bueno, busquen aquí dentro. —Hizo girar el dial de la caja fuerte en un sentido y en otro, hasta marcar el último número de la combinación. La abrió y metió la mano. Después se quedó mirando, atónito, cuando la pequeña carpeta cayó hacia afuera y de ella se desparramaron algunas fotografías en colores.

—Unas instantáneas muy interesantes, señor Wyatt —dijo Lorenzo al levantar algunas y hojearlas—. Es usted realmente fotogénico... y ágil. —Sonrió y le pasó las fotografías a su compañero.

—Ese no soy yo. —Sin dejar de mirar, Sam se pasó el dorso de la mano por la boca—. Es Gunner. Se supone que es Gunner. Están trucadas. Cualquiera puede darse cuenta. Jamás he estado con ninguna de esas personas. Nunca las he visto antes.

—Pues ninguna parece considerarlo un desconocido —murmuró Sapperstein. Había trabajado un tiempo en la División Moralidad, pero nunca había visto algo tan... creativo.

Lorenzo golpeó un dedo sobre una toma que mostraba una posición particularmente lasciva y poco común.

—¿Cómo crees que logró esta posición? A mi mujer le encantaría.

—Basta —dijo Sapperstein y carraspeó. Recordó que había una dama presente—. Señor Wyatt, por favor siéntese aquí hasta que nosotros...

—¡Están trucadas! —gritó Sam—. Él lo hizo. Él mintió e hizo trampa —y señaló a Luke—. Pero me las pagará. Todos me las pagarán. Tengo pruebas. —Reía entre dientes cuando volvió a meter la mano en la caja fuerte. Y se derrumbó por completo cuando lo que sacó fue una tiara de diamantes—. Es un

truco —dijo—. Un truco. —Retrocedió, la vista fija en la tiara que tenía en las manos, mientras su sonrisa era una mueca espantosa—. Desaparecerá.

Sapperstein le hizo una seña a Lorenzo, quien le arrebató la tiara.

—Le asiste el derecho de permanecer callado —dijo, mientras le ponía las esposas y Sapperstein vaciaba la caja fuerte de joyas.

—Seré presidente —dijo Sam—. Ocho años más, solo necesito ocho años más.

—Creo que te darán más que eso —murmuró Luke. Chasqueó los dedos y le ofreció a Roxanne la rosa que apareció entre ellos.

En Nueva Orleans, el otoño era cálido, brillante y maravillosamente seco. Los días se hicieron más cortos, pero noche tras noche las puestas de sol eran una espectacular sinfonía de colores y tonos que apretaba la garganta y el corazón.

Max falleció durante uno de esos increíbles espectáculos de luces, en su propia cama, con un sol rojo rubí como telón definitivo. Su familia estaba con él. Como dijera LeClerc al beber una de las innumerables tazas de café consumidas durante esa noche, fue la mejor manera de morir.

Roxanne tuvo que contentarse con eso, y con el hecho de que Luke pudo colocar la piedra filosofal en la frágil mano de su padre, de modo que se deslizó de un mundo al otro, sosteniéndola.

No era una gema brillante ni una joya refulgente. Es solo una piedra gris, pulida por el tiempo y por los innumerables dedos que trataron de extraer de ella la verdad. En tamaño, le cabía perfectamente en la palma de la mano, tal como había descansado en otras palmas a lo largo de otros siglos.

Si tenía poder, ella no lo había sentido. Esperaba que Max sí lo hubiera percibido.

Fue enterrada con Max en una luminosa mañana de noviembre, con un cielo muy azul y una leve brisa que mecía la hierba que crecía entre las tumbas de la ciudad que el tanto amaba. Había perfume en el aire, con melodías de Chopin ejecutadas por una docena de violines.

Max habría detestado crespones negros y música de órgano.

Cientos de personas se habían congregado en el cementerio: personas con las que había tenido algún contacto a lo largo de su vida, jóvenes magos ansiosos de lograr éxito, viejos magos cuyas manos y ojos comenzaban a fallarles. Alguien soltó una docena de palomas blancas que dieron la ilusión de ser ángeles que habían venido a llevarse el alma de Max.

A Roxanne le pareció un gesto de increíble belleza.

Durante los días que siguieron, Roxanne no lograba liberarse del peso de su congoja. Su padre había sido la influencia más importante de su vida. Durante su enfermedad, no le quedó más remedio que hacerse cargo de la familia. Pero mientras él permaneció allí en cuerpo y alma, ella tuvo la ilusión de tenerlo.

Deseó haber podido compartir con él su último gran triunfo. Los titulares de los periódicos seguían ocupándose del escándalo de Samuel Wyatt, excandidato a senador, ahora procesado por robo de mayor cuantía, entre una serie de cargos menores.

En su casa de Maryland habían encontrado pruebas adicionales. Un pequeño dispositivo parecido a un control remoto o una calculadora de bolsillo, un juego de ganzúas de acero inoxidable, un cortavidrios, una ballesta a motor que lanzaba un garfio con cuerda, un único gemelo de oro con las iniciales SW grabadas y, lo

más comprometedor, un diario en el que se detallaban minuciosamente robos cometidos en un período de quince años.

A Jake le tomó un mes completarlo, para lo cual tuvo que falsificar la escritura de Sam. Pero fue un trabajo muy bien hecho.

Se descubrieron asimismo cuentas en bancos de Suiza, en los que se encontraba depositado más de un cuarto de millón de dólares. Luke lo consideraba una inversión que ya le había brindado dividendos.

Roxanne estaba dispuesta para compadecerse de Justine. Pero le resultó divertido leer la noticia de que la devota esposa de Sam, libre de toda implicación, ya había iniciado los trámites de divorcio y vivía en un chalet en los Alpes suizos.

—Empieza a hacer frío aquí afuera. —En medio de las sombras del atardecer, Lily cruzó el jardín hacia donde Roxanne se encontraba sentada en el banco de hierro, observando la fuente—. Deberías abrigarte.

—Estoy muy bien así. —Para demostrarle a Lily que su presencia era bien recibida, le pasó un brazo por los hombros cuando se sentó junto a ella—. Me encanta este rincón. Siempre me he sentido mejor después de estar sentada aquí un rato.

Permanecieron en silencio algunos minutos, escuchando el sonido del agua de la fuente. Las sombras se alargaron y se hizo de noche.

—No lo echas de menos, querida. —Lily sabía que no lo había expresado bien, y deseó tener la facilidad de palabra de Max—. Él no quería que lo lloraras mucho tiempo.

—Ya lo sé. Al principio tenía miedo de que si no seguía sufriendo, eso significaría que había dejado de amarlo. Pero sé que no es así. Hace un momento recordaba el día que todos partimos para Washington D. C. —Roxanne inclinó la cabeza y la apoyó sobre el hombro de Lily—. Él estaba sentado en su sillón, mirando hacia afuera por las cristaleras de su cuarto. Quería ir con nosotros, Lily. Me di cuenta. Lo sentí. Necesitaba ir.

Roxanne se echó a reír, un sonido que Lily no había oído en muchos días.

—Pero era empecinado —prosiguió Roxanne—. Quería morir en Halloween. Como Houdini. Juraría que debió haberlo planeado. Y ahora pensaba que, si existe un cielo para los magos, él seguro que está allá, haciendo trucos con Robert-Houdini, los Herrmann y Harry Keller. Eso le fascinaría, ¿no es cierto, Lily?

—Sí. —Con lágrimas en los ojos, pero sonriendo, Lily la abrazó—. Y luchando con uñas y dientes para figurar en primer término.

—Esta noche, y por toda la eternidad, Maximilian Nouvelle, *Conjurer extraordinaire*. —Se echó a reír de nuevo y besó las mejillas de Lily—. Ya no sufro. Siempre lo extrañaré, pero ya no me duele.

—Entonces te diré otra cosa. —Tomó la cara de Roxanne entre sus manos—.

Vive tu vida. Siempre has sido fuerte, inteligente y osada. No aflojes ahora.

—No sé qué quieres decir con eso.

Lily oyó que una puerta se abría, miró por encima del hombro y vio a Luke junto a la puerta de la cocina.

—Vive tu vida —repitió y se puso de pie—. Voy adentro para ayudar a Alice a elegir el papel para el cuarto de su bebé. Entra si tienes frío.

—Lo haré.

Lily se cruzó en el jardín con Luke.

—Si tú no puedes mantenerla abrigada —dijo ella en voz baja—, te retiraré el saludo.

Luke se sentó en el banco, atrajo a Roxanne hacia sí y la besó.

Con la cabeza echada hacia atrás y apoyada en el brazo de Luke, ella abrió los ojos.

—¿Eso por qué fue?

—Estaba obedeciendo órdenes. Pero ahora va por mí. —Y la volvió a besar. Después, suspiró, se echó hacia atrás, estiró las piernas y las cruzó por los tobillos —. Bonita noche, ¿no?

—Sí. Está saliendo la luna. ¿Cuántas veces te obligó Nate a leerle *Huevos verdes con jamón*?

—Las suficientes para que me lo sepa de memoria. De todas formas, ¿quién quiere comer huevos verdes? Es repugnante.

—Pasas por alto esa metáfora no tan sutil, Callahan. Se trata de no juzgar las cosas por su apariencia, y probar nuevos terrenos.

—¿En serio? Qué curioso. Yo he estado pensando en probar nuevos terrenos. —Pero primero quería estar seguro de que era el momento adecuado—. ¿Cómo estás, Rox?

—Estoy bien. Estoy bien, Luke —repitió y le sonrió—. Sé que no podía retenerlo para siempre a mi lado, no importa a cuánta magia recurriera. Pero ayuda saber que uno lo quiso mucho. Tal vez, de una extraña manera, los cinco años que estuviste lejos me dieron tiempo de concentrarme mucho en él, cuando más me necesitaba. Aguantó hasta que estuvieras de vuelta, y yo pudiera seguir viviendo sin él.

—¿El destino?

—La vida me parece una palabra más apropiada. Las cosas están cambiando ahora. —Se acurrucó contra él, no porque tuviera frío sino porque así se sentía mejor—. Mouse y Alice se mudarán de aquí pronto. ¿No es fantástico que, justo ahora que quieren empezar por su cuenta, tú tengas una casa en venta que es ideal para ellos?

—Con un precioso apartamento en el segundo piso, perfecto para un soltero. Así Jake los puede volver locos.

—Sabes bien que lo quieres mucho.

—Querer es una palabra muy grande, Rox —dijo Luke, pero sonrió—. Lo que yo siento por Jake es más una leve tolerancia, que se desvanece en periodos de extremo fastidio.

—Seguro que Lily se pondrá en marcha para conseguirle esposa.

—Ella oculta tan bien esa faceta sádica que tiene. Al menos Jake es útil entre bambalinas. —Luke le cogió la mano y se puso a jugar con sus dedos—. ¿Sabes, Rox? He estado pensando en el acto.

Ella suspiró.

—¿Crees que está listo para presentarlo?

—Sí, está listo. Pero pensaba también en otra cosa.

—¿En qué?

—En ese edificio que está en venta en el extremo sur de este barrio. Tiene buen tamaño. Necesita bastantes arreglos, pero tiene posibilidades.

—¿Posibilidades? ¿De qué tipo?

—De tipo mágico. El Centro Nouvelle de Magia, Nueva Orleans. Un teatro para presentar actos nuevos y sorprender a la gente. Tal vez con un negocio de magia en la que podríamos vender trucos. Una operación de primera clase.

—Un negocio. —Intrigada, pero con cautela, Roxanne se apartó para poder verle la cara. En ella, vio un entusiasmo apenas disimulado—. ¿Quieres abrir un negocio?

—No es solo un negocio. Es una posibilidad. Tú y yo, socios. Actuaríamos allí, convocaríamos a los grandes nombres de la magia y daríamos una oportunidad a los nuevos. Una especie de feria de atracciones, Rox, solo que esta permanecería siempre en el mismo lugar.

—Veo que has estado pensando mucho en esto. ¿Desde cuándo?

—Desde Nate. Quiero poder darle lo que Max me dio a mí. Una base. —Para darle tiempo a Roxanne para digerir la idea, tomó su mano, llevó los dedos a los labios y se los besó uno por uno—. Igualmente nosotros saldríamos a hacer funciones en otros lados. Es nuestro trabajo. Pero no estaríamos viajando nueve meses de cada doce. Pronto Nate tendrá que empezar a ir al colegio.

—Ya lo sé. Lo estuve pensando. Planeaba trabajar menos cuando llegara ese momento.

—Si hiciéramos lo que te propongo, no tendrías que trabajar menos. Solo hay un inconveniente.

—Siempre lo hay. ¿Cuál es?

—Tienes que casarte conmigo.

Roxanne no podía decir que se sentía sorprendida. Fue más bien como un poderoso *shock* eléctrico.

—¿Cómo dices?

—Que te casarás conmigo. Eso es.

—¿Es eso? —Se habría echado a reír, pero no creía tener fuerzas suficientes

para hacerlo. Pero consiguió ponerse de pie—. Me dices que tengo que casarme contigo. ¿Te refieres a todo eso de «sí, quiero» y «hasta que la muerte nos separe»?

—Te lo pediría, pero supongo que perderías tiempo sopesando los pros y los contras. Así que te lo digo.

Roxanne levantó la barbilla.

—Y yo te digo...

—Espera. —Levantó una mano y se puso de pie para poder estar cara a cara con ella—. Te lo iba a pedir la noche que pensaba volver de lo de Sam con los bolsillos llenos de zafiros. ¿Qué habrías hecho si yo te hubiera pedido entonces que te casaras conmigo?

—No lo sé. —Y esa era la pura verdad—. Nunca hablamos sobre eso. Supongo que las cosas seguirían tal como estaban.

—Pero no fue así.

—Es verdad. Lo habría pensado, lo habría pensado mucho.

—Si te lo pidiera ahora harías lo mismo. Así que me salto ese paso. Nos casaremos o el resto del trato se anula.

—No puedes obligarme a que me case contigo.

—Si esto no resultara, te seduciré —dijo Luke y le pasó las manos por los brazos, un viejo hábito que seguía fascinándola—. Empezaré diciéndote que te amo. Que eres la única mujer que he amado en mi vida. Y que amaré. —La atrajo hacia sí y comenzó a jugar con los labios sobre los suyos—. Quiero hacerte promesas y que tú me las hagas a mí. Quiero tener más hijos contigo. Quiero estar aquí cuando crezcan dentro de ti.

—Oh, Luke. —Hasta le pareció percibir una fragancia a azahares. Matrimonio, pensó. Era algo tan trillado, un lugar común. Y tan excitante—. Está bien. —Se llevó una mano a la boca, como asustada de que esas palabras hubieran salido de ella. Entonces se echó a reír y las volvió a pronunciar—. Está bien. Acepto.

—Ahora no puedes echarme atrás —le previno él, la levantó en sus brazos y la hizo girar en un círculo.

—Jamás dejo de cumplir una promesa.

—Entonces, la próxima vez que subamos a escena, será para presentar a Callahan y su bella esposa, Roxanne Nouvelle.

—Ni en sueños —saltó ella y le golpeó el hombro cuando la dejó tocar el suelo.

—Está bien. Solo Callahan y Nouvelle —dijo y enarcó una ceja—. Está en orden alfabético, Rox.

—Nouvelle y Callahan. Yo soy la que te enseñé el primer truco con cartas, ¿recuerdas?

—Nunca me has dejado que lo olvide. Trato hecho —dijo Luke y le estrechó

formalmente la mano—. Nate tendrá padres legalmente casados y un perro. ¿Qué más puede desear un chico?

—Todo es tan convencional que me da miedo. —Se pasó una mano por el pelo—. En cuanto a ese perro...

—Jake lo sacó a pasear. No te preocupes. En esta última hora, *Mike* no se ha tragado nada que valga la pena. No te hagas la severa conmigo, Roxy. Esta mañana te vi darle galletitas de chocolate.

—Era parte de un plan. Calculé que si lo engordaba lo bastante, no podría subir la escalera y orinar sobre la alfombra del dormitorio.

—Le rascaste las orejas, le hiciste ruiditos y dejaste que te lamiera la cara.

—Fue un momento de locura. Pero ahora ya me siento mucho mejor.

—Me alegro, porque tengo que decirte otra cosa.

—Solo una, por favor.

—Sí. Que dejaremos de robar.

—Que nosotros... —Tuvo que sentarse—. ¿Dejaremos de robar?

—Exactamente —dijo Luke y se sentó junto a ella—. Lo he pensado mucho. Ahora somos padres, y me gustaría tener otro hijo lo antes posible. No creo que te convenga hacer trabajos en un primer piso con un bebé a bordo.

—Pero... si eso es lo que hacemos.

—Es lo que hacíamos —la corrigió él—. Y fuimos los mejores. Abandonemos esa carrera en pleno éxito. Con Max, fue el fin de una era. Ahora, nosotros tenemos que empezar la nuestra. Por Dios, ¿qué haríamos si Nate termina siendo policía? —De nuevo le besaba los dedos y reía—. Podría arrestarnos. ¿Te parece que es justo cargar de culpa a una criatura por mandar a la cárcel a sus propios padres?

—Qué tonterías dices. Los chicos pasan por distintas etapas de crecimiento.

—¿Qué querías ser tú cuando tenías cuatro años?

—Maga —dijo ella con un suspiro—. Pero, renunciar a eso, Callahan... ¿No podríamos sencillamente trabajar menos?

—Es más limpio de esta forma, Rox. Sabes que lo es.

—Solo robaríamos a los hombres terriblemente ricos y pelirrojos.

—Acéptalo, querida.

Roxanne se echó hacia atrás.

—Casada, con un negocio y honrada, todo al mismo tiempo. No sé, Callahan. Creo que podría explotar.

—Lo iremos haciendo poco a poco.

Roxanne supo que él había ganado la partida. La imagen de Nate con una insignia policial y, entre lágrimas, encerrándola detrás de las rejas, fue demasiado para ella.

—No me extrañaría que me dijeras ahora que deberíamos comenzar a hacer fiestas de cumpleaños para nuestro hijo. —Cuando él no le contestó, Roxanne se

sentó bien erguida—. Oh, Dios, Luke.

—No es tan terrible. Es solo que... bueno, el otro día cuando llevé a Nate a la guardería, estuve hablando con su maestra. Y, bueno, le prometí que haríamos una pequeña actuación en la fiesta de Navidad.

Durante un largo minuto reinó el silencio. Después Roxanne se echó a reír. Comprendió que Luke era perfecto, absolutamente perfecto, y absolutamente suyo.

—Te amo —dijo y lo sorprendió echándole los brazos alrededor del cuello y besándolo apasionadamente—. Amo a la persona que resultaste ser.

—Lo mismo digo. ¿Quieres que nos quedemos aquí mimándonos a la luz de la luna?

—Ya lo creo que sí. —Le puso un dedo en los labios antes de unirlos a los suyos—. Te prevengo una cosa, Callahan. Si llegas a comprarte una furgoneta, te convertiré en un sapo.

Él le besó el dedo, luego la boca, y decidió que esperaría un momento más oportuno para mencionar el adelanto que había hecho esa misma mañana por un vehículo exactamente así.

Como Max habría dicho, lo más importante era encontrar el momento apropiado.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirlas. Así nació su primer libro: *Fuego irlandés*. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de *Mistery Writers of America* y del *Crime League of America*. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista *Kirkus Reviews*, «la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora solo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.